



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN LETRAS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

**EDICIÓN CRÍTICA DE “LOS PARIENTES RICOS” (1901-1902),
DE RAFAEL DELGADO**

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTORA EN LETRAS

PRESENTA

MARIANA FLORES MONROY

TUTORA PRINCIPAL

DRA. ANA LAURA ZAVALA DÍAZ (IIFL, UNAM)

COMITÉ TUTOR

DRA. ESTHER MARTÍNEZ LUNA (IIFL, UNAM)

DRA. LUZ AMÉRICA VIVEROS ANAYA (COLMEX)

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX.

AGOSTO DE 2023



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Esta investigación fue realizada gracias a la beca otorgada por la Coordinación General de Estudios de Posgrado de la UNAM.

*A Consuelo,
cómplice, mejor amiga
y lectora favorita*

AGRADECIMIENTOS

Hace ya varios años tuve la oportunidad de trabajar en una gran editorial donde aprendí varias lecciones valiosas. La principal de ellas, sin duda la que más atesoro, fue una frase que mis compañeros editores me dijeron tan pronto como crucé el umbral de aquel sitio en el que asomaban, aquí y allá, voluminosos manuscritos asegurados con ligas de colores: “Todo lo sabemos entre todos”, una máxima que, según dicen, solía repetir Alfonso Reyes y que en apenas cinco palabras condensa una verdadera filosofía del trabajo colaborativo. Como pude constatar en el tiempo que duró mi estancia en esa casa, el editorial es un equipo que se atribuye el mérito del trabajo bien hecho —por lo general invisible—, pero también se responsabiliza de los errores individuales que puedan cometerse. Y si bien en una tesis los errores son responsabilidad única de su autor, estoy convencida de que los aciertos que en ella puedan hallarse son fruto de una labor que el tesista lleva a cabo en compañía de muchas personas valiosas que le obsequian su tiempo, atención y sabio consejo.

Esta tesis debe mucho a las doctoras Esther Martínez Luna y Luz América Viveros Anaya, quienes semestre a semestre leyeron con gran cuidado mis avances e hicieron invaluable aportaciones que mejoraron notablemente mi trabajo. Asimismo, las doctoras Yliana Rodríguez González y Raquel Mosqueda Rivera siguieron el desarrollo de este proyecto, al que también contribuyeron con inestimables recomendaciones académicas, además de alentarme con su ejemplo y sus palabras a llevar a buen término esta empresa.

También estoy en deuda con la doctora Ana Laura Zavala Díaz, mi asesora, por ser una guía cariñosa y paciente, por su permanente disponibilidad, por las largas charlas y consejos, y, sobre todo, por creer en mí e impulsarme en todo momento.

No puedo dejar de mencionar a la doctora Belem Clark de Lara, quien fomentó en mí el gusto por la edición crítica y me inició en la investigación. A mi ahora primo Roberto Macías, quien sin dudarlo me ayudó a conseguir una copia de la tesis de James G. Bickley sobre Delgado en la Universidad de Berkeley. A Maresa Oskam, amiga y confidente, quien atravesó un océano llevando a cuestas un pesado tesoro

bibliográfico que resultó fundamental para desarrollar mi investigación. A mi querido colega y amigo Víctor Romero, que enriqueció mi conocimiento del linotipo y la edición con sus geniales charlas acerca de la labor de su padre. A mi hermana María Fernanda Flores, mi tía María Monroy y mi madre, Consuelo Monroy, quienes accedieron generosamente a cotejar conmigo la novela de Delgado y con ello hicieron grata e inolvidable esa faena vespertina. A todos ellos, gracias de corazón.

Por último, debo agradecer a Antonio Sierra, mi Toño, que escuchó todas y cada una de mis interminables disquisiciones sobre Delgado, sin importar que eso le robara horas de sueño y sin hacerme notar mis obsesivas y machaconas repeticiones. Sin su amor, paciencia y apoyo, estas páginas no serían lo que son.

ÍNDICE

ADVERTENCIA EDITORIAL	I
Antecedentes y justificación	I
Desarrollo del proyecto	VI
<i>Las ediciones o testimonios</i>	VI
<i>Tradición textual y metodología</i>	IX

ESTUDIO PRELIMINAR

1. RAFAEL DELGADO Y VICTORIANO AGÜEROS: UNA HISTORIA EDITORIAL EN DOS EPISODIOS	XXIII
Primer episodio: <i>El Tiempo</i> y sus semanarios	XXVIII
Segundo episodio: la Biblioteca de Autores Mexicanos	XL
A manera de desenlace	LVII
2. <i>LOS PARIENTES RICOS</i> , UNA NOVELA POR ENTREGAS	LIX
El proceso editorial de <i>Los parientes ricos</i> : algunas hipótesis	LXII
Materialidad y distribución: <i>Los parientes ricos</i> como una máquina de lectura	LXXVIII
<i>Los parientes ricos como novela por entregas</i>	LXXIX
3. DE LECTORES CURIOSOS Y DISCRETOS: RAFAEL DELGADO Y SU PÚBLICO	CIV
Lectores en la ficción	CVII
<i>Mujeres que leen</i>	CVII
<i>Varones lectores</i>	CXXI
Escribir para quienes saben “leer entre renglones”: el silencioso diálogo entre pares	CXXXIV

LOS PARIENTES RICOS

<i>Prólogo</i>	5
Capítulos I a XCI	9

APÉNDICES

1. Fe de erratas (1903)	455
2. Tipología de errores (1901-1902 y 1903)	459
BIBLIOGRAFÍA	465

ADVERTENCIA EDITORIAL

... la disposición fidedigna de un texto incumbe al editor filológico mas también al estudioso de la literatura, al editor literario, al heredero y al albacea, al posible colaborador de un escritor y, por supuesto, al lector: a todos nos afectan las vueltas que el autor realiza sobre un texto, las incursiones externas a él, los modos en que las obras se transmiten e incluso las disposiciones legislativas relativas a la propiedad intelectual, y en general al derecho moral.

JAVIER LLUCH-PRATS 2012, s. p.

ANTECEDENTES Y JUSTIFICACIÓN

De acuerdo con el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia, la palabra *filología* puede entenderse en dos sentidos: como la ‘ciencia que estudia las culturas tal como se manifiestan en su lengua y en su literatura, principalmente a través de los textos escritos’, y como la ‘técnica que se aplica a los textos para reconstruirlos, fijarlos e interpretarlos’ (RAE 2014, s. v.).

Sin duda, las ediciones críticas poseen las dos funciones que se atribuyen a la filología. Por un lado, rescatan, depuran y fijan los textos, al tiempo que establecen su autenticidad y los preservan del deterioro ocasionado por el paso del tiempo y los factores humanos y materiales que amenazan su conservación. Con ello, además, proporcionan a los estudiosos de la literatura la infraestructura necesaria para emprender nuevas investigaciones y ponen al alcance del lector, sea este especializado o novel, el patrimonio cultural que por derecho le corresponde. Por otro lado, al ofrecer una anotación de tipo histórico, lingüístico y exegético, amén de completos estudios producto de investigaciones rigurosas, constituyen una aportación de carácter hermenéutico, lo que en último término contribuye a la

creación de la historia integral de la literatura.¹ En suma, una edición crítica representa una valiosa e importante contribución al conocimiento de la literatura y, más aún, de la cultura de un país.

En un artículo cuya finalidad es hacer un repaso histórico de la crítica textual en México, Laurette Godinas plantea que en el ámbito hispánico la inquietud por esta disciplina se manifestó a principios de la década de los ochenta del siglo xx, con la creación, en Buenos Aires, del Seminario de Crítica Textual y el lanzamiento de *Incipit*, “primera revista en lengua española dedicada exclusivamente a problemas de ecdótica”,² bajo la dirección de Germán Orduna, así como con la publicación del *Manual de crítica textual* de Alberto Blecua (Madrid, Castalia, 1983). En el caso específico de México, a finales del siglo xx y principios del XXI, Godinas destaca empresas universitarias como la Nueva Biblioteca Mexicana, en especial en algunos tomos de las obras reunidas de Manuel Gutiérrez Nájera y José Tomás de Cuéllar. Asimismo, la autora menciona colecciones que fueron concebidas expresamente para publicar ediciones críticas; ejemplos de ello son la Colección Archivos de la Literatura Latinoamericana, del Caribe y Africana del siglo xx,³ la Biblioteca Novohispana de El Colegio de México, los Clásicos Mexicanos de la Universidad Veracruzana y la colección de Documentos Lingüísticos de la Nueva España, del Centro de Estudios de Lingüística Hispánica del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM (Godinas 2001, p. 165).⁴

¹ En el caso de la literatura mexicana del siglo xix, tal historia está aún por escribirse y por fuerza habrá de sustentarse en el quehacer filológico (cf. Clark 2011, p. x).

² Aunque autores como Elisa Ruiz consideran la crítica textual como una rama de la ecdótica (la cual, a juicio de esta autora, comprende también la historia de los textos, la bibliografía material y la textología; cf. Ruiz 1989, p. 70), en la práctica ambos términos pueden considerarse sinónimos. Es común encontrar también, con este mismo significado, el término *filología*, en su sentido práctico, de ciencia “que se aplica a los textos para reconstruirlos, fijarlos e interpretarlos” (Clark y Curiel 2001a, p. 81). Sin embargo, considero más pertinente emplear este concepto en su sentido amplio, que combina la ecdótica con la hermenéutica. Una exposición amplia y diacrónica de la evolución del concepto y la práctica de la filología puede leerse en Chaves 2001.

³ La de Archivos fue una empresa editorial sin precedentes que involucró varios países de habla hispana y se propuso reconstruir el canon de la literatura latinoamericana del siglo pasado, dando cuenta del proceso de escritura de los textos y ofreciendo versiones fidedignas de estos.

⁴ Al repaso de Godinas deben añadirse las contribuciones pioneras de Ana Elena Díaz Alejo, cuyo *Manual de edición crítica de textos literarios* sigue siendo herramienta imprescindible para el quehacer ecdótico, así como la destacada labor que realiza el Seminario de Edición Crítica de Textos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, cuya revista, *(An)ecdótica*, muestra la labor ecdótica de textos iberoamericanos de los siglos xvi al XXI, además de abordar otras líneas de investigación, como la materialidad, la historia de la literatura y la historia de las ideas.

En cuanto al trabajo ecdótico realizado en otras latitudes de Hispanoamérica, puede hablarse de una constante que subyace a los diferentes abordajes editoriales; se trata del planteamiento de que los textos de esta región del globo, por su peculiar modo de producción, deben editarse con una metodología adecuada, que no necesariamente coincide con la que se aplica a la producción europea. Tal como lo explica Raïssa Kordic Riquelme en un artículo que forma parte de su tesis doctoral *Edición crítica de un epistolario chileno del siglo XVIII*, dirigida por Alberto Blecua, “la Filología hispanoamericana debe enfrentarse, en la labor de editar textos de época, a problemas diferentes de los planteados por la crítica textual peninsular: las historias de sus textos y de sus contextos culturales divergentes exigen perfilar algunos aspectos metodológicos distintivos” (Kordic 2006, p. 191).⁵

En relación con lo anterior, descuellan las aportaciones de la crítica genética argentina. En su artículo “La irrupción de la crítica genética y el Programa Internacional ‘Archivos’”, Élide Lois considera que Argentina “es el país de América Hispánica en que [los estudios filológico-genéticos] han tenido mayor presencia”, aunque reconoce que en Brasil han alcanzado un desarrollo notablemente superior y se ha constituido una Associação de Pesquisadores do Manuscrito Literário, que edita *Manuscrita. Revista de Crítica Genética*. De acuerdo con Lois, el inicio de la crítica genética en suelo argentino tuvo lugar con la publicación del *Cuaderno de Bitácora de “Rayuela”*, de Julio Cortázar, por Ana María Barrenechea, discípula de Amado Alonso que dirigió el Grupo de Investigación sobre Genética Textual e introdujo “un cuestionamiento del concepto de texto que hasta entonces se había venido manejando”, pues, en vez de verlo como un producto acabado, ponía el énfasis en su proceso de gestación (Lois 2012: s. p.).⁶

Por lo que se refiere a España, las aportaciones filológicas de carácter teórico se han centrado sobre todo en el tratamiento de textos anteriores a la modernidad (esto es, medievales y de los Siglos de Oro), siguiendo el camino trazado por la Escuela

⁵ Aunque esta autora se enfoca en el periodo colonial, sin duda su afirmación también es válida para el tratamiento de la producción literaria decimonónica mexicana.

⁶ La propia Élide Lois, con su *Génesis de escritura y estudios culturales. Introducción a la crítica genética*, ha creado una escuela en su país y en el ámbito hispánico. Cabe agregar que tanto ella como Lluch-Prats atribuyen a Amado Alonso el papel de “precursor del geneticismo por su capacidad de manipular e interpretar material de génesis” (Lluch-Prats 2007, p. 3).

de Filología Española, conformada por los discípulos de Ramón Menéndez Pidal. En consecuencia, en el hispanismo peninsular habría “una exigua indagación de índole teórica respecto de la edición de textos literarios contemporáneos [es decir, de los siglos XIX y XX] y, del mismo modo, [...] una escasa incidencia del geneticismo labrado en París” (Lluch-Prats 2007, p. 1). Por tanto, en España la reflexión aunada a la edición de textos literarios contemporáneos se ha resuelto principalmente en la práctica y con base en manuales que, como el de Blecua, fueron pensados para documentos de épocas previas (p. 2).⁷

Volviendo al caso concreto de México, si bien desde fines del siglo XIX se han emprendido proyectos de rescate y edición de las obras que conforman el panorama literario decimonónico, en particular de sus figuras señeras, todavía existe un gran número de materiales por rescatar (Clark y Zavala 2009, pp. 80-81). Y, aun en el caso de escritores cuyas obras pueden conseguirse con relativa facilidad por haber alcanzado fama en su época y en la nuestra, no debe soslayarse la importancia de presentar ediciones críticas, pues, tal como ha señalado Alejandro Higashi, especialista en crítica textual, en la academia mexicana

primero se piensa en la edición de divulgación (aquella que apuesta por un texto desconocido que, según ciertos criterios, vale la pena reimprimir modernizado, pero sin otro trabajo crítico

⁷ No obstante lo anterior, el mismo Lluch-Prats, investigador de la Universidad de Valencia dedicado a la historia de la edición y la lectura, así como a la crítica textual y genética, destaca diversos esfuerzos académicos cuya finalidad es poner a disposición de los estudiosos documentación (como manuscritos, fragmentos, borradores, ediciones, etcétera) que les permita realizar un abordaje más adecuado de los textos contemporáneos. En este sentido, cita la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, alojada en la Universidad de Alicante, y la Red de Centros y Archivo Virtual de la Edad de Plata de la Cultura Española Contemporánea (de la que no encontré información). Mención aparte merecen algunos estudios propiamente genéticos, como los que en los últimos tiempos han llevado a cabo los galdosistas (empresa que se ha visto favorecida “por el funcionamiento de la Casa-Museo Pérez Galdós” y por los materiales conservados en la Biblioteca Nacional de España), además de ediciones recientes de obras de Leopoldo Alas Clarín, Emilia Pardo Bazán, Pío Baroja, Ramón del Valle-Inclán, Miguel de Unamuno, los hermanos Machado (Manuel y Antonio), algunos miembros de la Generación del 27 y Max Aub, entre otros (Lluch-Prats 2007, pp. 4-5). Por último, no hay que olvidar “ediciones elaboradas con rigor filológico”, como aquellas de las editoriales Crítica, Cátedra y Castalia (p. 6). Lluch-Prats concluye su completo recuento con un recordatorio del objetivo de toda edición crítica: “el restablecimiento de un texto atendiendo a las particularidades de su transmisión y respetando la intención autorial”. Asimismo, plantea la necesidad, para la filología en español ejercida a ambas orillas del Atlántico, de una “reflexión acerca de qué actitud adoptar ante los textos de la literatura contemporánea”, lo que requiere considerar “cuantas prácticas críticas nos circundan” (p. 6).

que un prólogo que justifique dicho “rescate”) y solo después se piensa en la edición crítica, como si las ediciones de divulgación fuesen borradores o versiones “de emergencia” que pueden presentarse de cualquier modo, pues, en realidad, se está esperando la “gran edición”. A la larga, y lo prueba la experiencia, la gran edición nunca llega y en nuestros fondos académicos se siguen acumulando las ediciones de divulgación [Higashi 2013b, p. 33].

Por lo que toca a Rafael Delgado (1853-1914), escritor respetado y reconocido por sus contemporáneos y que aun en la actualidad goza de considerable prestigio, puede decirse que su producción literaria sigue siendo objeto de investigación y forma parte del programa de estudios de las licenciaturas en letras. Sin embargo, solo *La Calandria* ha visto la luz en una edición crítica a cargo de Manuel Sol (Xalapa, Universidad Veracruzana, 1995, colección Clásicos Mexicanos); las demás obras de su autoría circulan en ediciones de divulgación que en su mayoría no especifican el testimonio que fijaron ni garantizan la fidelidad del texto.⁸

Respecto a las ediciones de *Los parientes ricos*, tercera novela de Rafael Delgado, se debe tener presente que aquellas que se publicaron después de 1914 no contaron con el visto bueno del autor;⁹ en términos generales, son ediciones de divulgación que no pretenden ser críticas. Sin embargo, por tratarse de una obra

⁸ Lamentablemente, la edición crítica de *La Calandria* está agotada y, salvo en bibliotecas especializadas, no hay forma de conseguir un ejemplar. La misma suerte han corrido los cinco tomos de la Biblioteca de Autores Veracruzanos dedicados a reunir la obra de Rafael Delgado, con motivo del centenario de su natalicio (de acuerdo con el “Prólogo general” del primer volumen, firmado por Leonardo Pasquel, había el proyecto de publicar once volúmenes; sin embargo, solo tengo noticia de la existencia de los tomos I, *Poesías*; II, *Conversaciones literarias*; III, *Estudios literarios*; IV, *Discursos*, y XI, *Lecciones de literatura*, todos de 1953). Las obras de Delgado que siguen siendo accesibles en librerías comerciales son *La Calandria* (en las ediciones de Porrúa y Penguin; de esta última hay versión electrónica también), *Angelina* (en edición de Porrúa y en versión electrónica, comercializada por las editoriales Tagus y Good Press), *Cuentos y notas* (en edición de Porrúa) y *Los parientes ricos* (en ediciones de Porrúa, Lectorum, Educual y Trillas).

⁹ En 1932 la novela se incluyó en el semanario de literatura *Alborada* (Orizaba); en 1944 se publicó en Porrúa, en el número 6 de la Colección de Escritores Mexicanos (en la actualidad circula la novena edición, de 1993); también, con prólogo de Felipe Garrido, fue editada por Promexa en 1979, en la colección Grandes Clásicos de la Literatura Mexicana; en 1986 se reprodujo en el tomo II de las *Obras* del autor editadas por María Guadalupe García Barragán y publicadas por la UNAM en la Biblioteca del Estudiante Universitario (números 105 y 106); en 2007 fue incluida por la Universidad Veracruzana en la Biblioteca del Universitario, con prólogo de Adriana Sandoval y presentación de Sergio Pitol; en 2014 hubo una edición por parte de Conaculta (hoy Secretaría de Cultura), en la colección Clásicos para Hoy; en 2013 se publicó una versión resumida de la novela en Trillas, y en 2016 vio la luz una edición de Lectorum.

destacada de la producción literaria del escritor veracruzano, en la que este plasmó buena parte de sus inquietudes estéticas y éticas con gran madurez, y por ser también un documento histórico y literario de enorme importancia para conocer mejor el contexto finisecular mexicano, consideré que ameritaba una edición rigurosa, cuidada y que garantizara la fidelidad del texto. Decidí acometer dicha labor aplicando la metodología de la edición crítica, pues eso me permitió: a) estudiar las ediciones que se publicaron en vida del autor; b) detectar las variantes que hay entre ellas, y c) elegir la versión que considero la voluntad estética autoral, basada en el examen y valoración tanto de los diferentes testimonios como de su tradición textual, entendida esta como “el conjunto de prácticas de transmisión de una obra literaria” (Higashi 2013b, p. 111).

DESARROLLO DEL PROYECTO

Las ediciones o testimonios

Como afirmé antes, *Los parientes ricos* es la tercera novela del veracruzano Rafael Delgado. Fechada en “Jalapa, noviembre de 1902”, esta obra tuvo dos ediciones en vida de su autor. La primera apareció en el *Semanario Literario Ilustrado*,¹⁰ en 47 entregas que vieron la luz desde el lunes 3 de junio de 1901 hasta el lunes 29 de diciembre de 1902 y que detallo a continuación:

Tomo I, 1901

1. Prólogo del autor, caps. I y II (primera parte), núm. 23, 3 de junio, pp. 266-267.
2. Caps. II (segunda parte) y III (primera parte), núm. 24, 10 de junio, p. 284.
3. Caps. III (segunda parte) y IV (primera parte), núm. 25, 17 de junio, pp. 294-295.
4. Caps. IV (segunda parte), V y VI (primera parte), núm. 26, 24 de junio, pp. 306-307.

¹⁰ Sobre esta publicación hebdomadaria, fundada y dirigida por el editor guerrerense Victoriano Agüeros, *vid.* el segundo capítulo del “Estudio preliminar”.

5. Caps. VI (segunda parte), VII y VIII, núm. 27, 1 de julio, pp. 314-315.
6. Caps. IX y X, núm. 28, 8 de julio, pp. 330-331.
7. Caps. XI y XII, núm. 29, 15 de julio, pp. 338-339.
8. Caps. XIII y XIV, núm. 30, 22 de julio, pp. 350-351.
9. Caps. XV y XVI, núm. 31, 29 de julio, pp. 366-367.
10. Caps. XVII-XIX, núm. 32, 5 de agosto, pp. 374-377.
11. Caps. XX y XXI, núm. 33, 12 de agosto, pp. 386-388.
12. Caps. XXII y XXIII, núm. 34, 19 de agosto, pp. 400-401.
13. Caps. XXIV y XXV, núm. 35, 26 de agosto, pp. 412-413.
14. Caps. XXVI y XXVII, núm. 36, 2 de septiembre, pp. 422-425.
15. Caps. XXVIII y XXIX, núm. 37, 9 de septiembre, pp. 436-437.
16. Cap. XXX, núm. 38, 16 de septiembre, pp. 448-449.
17. Cap. XXXI, núm. 39, 23 de septiembre, p. 458.
18. Caps. XXXII y XXXIII, núm. 40, 30 de septiembre, pp. 470-471.
19. Caps. XXXIV y XXXV, núm. 41, 7 de octubre, pp. 484-485.
20. Caps. XXXVI y XXXVII, núm. 43, 21 de octubre, pp. 506-507.
21. Caps. XXXVIII-XL, núm. 44, 28 de octubre, pp. 514, 516 y 518.
22. Caps. XLI y XLII, núm. 45, 4 de noviembre, pp. 532-536.
23. Caps. XLIII-XLV, núm. 46, 11 de noviembre, pp. 542-543.
24. Caps. XLVI y XLVII, núm. 47, 18 de noviembre, pp. 558 y 560.
25. Caps. XLVIII y XLIX, núm. 49, 2 de diciembre, pp. 582-583.
26. Caps. L y LI, núm. 51, 16 de diciembre, pp. 606-607.
27. Caps. LII-LIV, núm. 53, 30 de diciembre, pp. 622-624.

Tomo II, 1902

28. Caps. LV y LVI, núm. 56, 20 de enero, pp. 34-36.
29. Caps. LVII y LVIII, núm. 59, 10 de febrero, pp. 70-71.
30. Cap. LIX, núm. 60, 17 de febrero, p. 91.
31. Cap. LX, núm. 61, 24 de febrero, p. 108.
32. Cap. LXI, núm. 87, 25 de agosto, pp. 560-561.
33. Cap. LXII, núm. 88, 1 de septiembre, pp. 576-577.
34. Cap. LXIII,¹¹ núm. 89, 8 de septiembre, p. 596.

¹¹ Hay un error en el *Semanario*, donde el capítulo aparece con el número LXII.

35. Cap. LXIV, núm. 90, 15 de septiembre, p. 615.
36. Cap. LXV, núm. 92, 29 de septiembre, p. 650.
37. Caps. LXVI y LXVII (primera parte), núm. 95, 20 de octubre, p. 700.
38. Caps. LXVII (segunda parte) y LXVIII, núm. 96, 27 de octubre, pp. 720-721.
39. Cap. LXIX (primera parte), núm. 97, 3 de noviembre, p. 737.
40. Caps. LXIX (segunda parte), LXX y LXXI (primera parte), núm. 98, 10 de noviembre, pp. 751-752.
41. Caps. LXXI (segunda parte) y LXXII (primera parte), núm. 99, 17 de noviembre, p. 761.
42. Caps. LXXII (segunda parte), LXXIII y LXXIV (primera parte), núm. 100, 24 de noviembre, p. 786.
43. Caps. LXXIV (segunda parte) y LXXV (primera parte), núm. 101, 1 de diciembre, p. 795.
44. Caps. LXXV (segunda parte), LXXVI y LXXVII (primera parte), núm. 102, 8 de diciembre, p. 816.
45. Caps. LXXVII (segunda parte), LXXVIII y LXXIX (primera parte), núm. 103, 15 de diciembre, pp. 831-832.
46. Caps. LXXIX (segunda parte) y LXXX (primera parte), núm. 104, 22 de diciembre, p. 851.
47. Caps. LXXX (segunda parte), LXXXI-XCI, núm. 105, 29 de diciembre, pp. 859-869.

Por su parte, la segunda edición de la novela, que se hizo en formato de libro, tiene una particularidad importante, pues de ella se hicieron dos impresiones¹² idénticas en cuanto al formato y la presentación del texto, pero que difieren en ciertos elementos de índole editorial.¹³ Si bien ambas impresiones vieron la luz el 31 de enero de 1903 y salieron de la imprenta de Victoriano Agüeros, ubicada en la calle de la Cerca de Santo Domingo número 4, una de ellas al parecer circuló de manera individual, mientras que la otra se ostenta como parte de la Biblioteca de Autores Mexicanos, colección fundada por Agüeros y de la cual me ocupó en detalle en el primer capítulo del “Estudio preliminar”.

¹² Utilizo el término *impresión* según lo define Alejandro Higashi: “Una tirada separada y completa que usa la misma composición de la edición. Dos o más impresiones de la misma composición corresponden entonces a la misma edición” (2013b, p. 185).

¹³ Al respecto, *vid.* el segundo capítulo del “Estudio preliminar”.

Tradición textual y metodología

La producción literaria de Rafael Delgado forma parte de una tradición textual específica que no puede comprenderse sin pensar en las publicaciones periódicas que la dieron a conocer. Tal como explican Belem Clark de Lara y Luz América Viveros Anaya, en el siglo XIX mexicano “la edición entre dos pastas siguió siendo la excepción; nuestras obras de creación vieron la luz principalmente en publicaciones periódicas que hoy constituyen la mayor fuente historiográfica de nuestras letras” (Clark y Viveros 2017, p. 113).

En relación con lo anterior, Alejandro Higashi ha advertido la necesidad de delinear una “ecdótica nacional”, con una metodología que se adecue a las particularidades de las ediciones; en sus palabras:

Otra peculiaridad [de la tradición textual mexicana] tiene que ver con las penurias económicas que suponía la edición de autor y la garantía de buena divulgación que tuvo la prensa periódica en un México decimonónico, pobre y analfabeto; al amparo de ambas razones, las páginas de los diarios se transformaron en el receptáculo ideal para muchas primeras ediciones en folletín [...]. De ahí que una buena parte de nuestra reflexión futura deba tener en cuenta los mecanismos de publicación dentro de los periódicos [...] para poder formular una metodología más acabada de las situaciones textuales a las que nos enfrenta dicha mecánica de publicación [Higashi 2013b, p. 18].

En consecuencia, más que tratar de reconstruir un original perdido o idealizado —objetivos de la crítica textual de cuño lachmanniano aplicada a los estudios bíblicos o clásicos—, se debe diseñar un método de trabajo sensible a las peculiaridades del texto, sin dejar de atender en ningún momento a su historia editorial.¹⁴ En consonancia con lo anterior, Higashi ha propuesto una tipología editorial de las obras mexicanas publicadas a partir de la Independencia; así, habla

¹⁴ En este sentido, en el panorama académico mexicano destacan los esfuerzos editoriales que se han llevado a cabo desde hace décadas y que he detallado en la sección “Antecedentes y justificación”, los cuales han privilegiado la tradición textual al determinar el tratamiento ecdótico de cada material. Así, sin dejar de lado el rigor que exige una edición crítica, han ajustado el método de forma casuística.

de: a) *editiones unicae*, textos con una sola edición en vida de su autor; b) tradiciones lineales, en cuya publicación no interviene el autor; c) *editiones in ephemeride*, esto es, obras que en algún tramo de su tradición textual vieron la luz en una publicación periódica; d) tradiciones con varios testimonios, en los cuales hubo intervención del autor; e) *codex ineditus*, textos que permanecieron en formatos anteriores a su publicación, y f) pre-textos, a saber: “manuscritos, mecanogramas, compugramas, galeradas” (Higashi 2013b, pp. 113-175).

Como se ha señalado, las *editiones in ephemeride* abundan en el panorama editorial mexicano decimonónico; de ahí que el autor citado haya propuesto una nutrida subdivisión de esa categoría, de la cual me interesa destacar las “*editio in ephemeride* durante el primer tramo de la transmisión”, ya que es precisamente el caso de *Los parientes ricos*. Respecto de esta categoría editorial, Higashi explica lo siguiente:

La obra se publica por primera vez en el periódico, completa o en partes, pero ante un éxito comercial moderado, mediano o rotundo, merece después una edición en el formato más tradicional y prestigioso del libro [...]. Las posibilidades que ofrece esta tradición textual son muy diversas: desde la publicación integral de la obra para ganarse la fidelidad del público [...] o la búsqueda intensiva de un mercado más amplio y diferenciado [...], hasta el *work in progress* de una obra más ambiciosa [...]. Su valor para la crítica textual también resulta variado, pero creo que una constante es la posibilidad de intervención que tiene el autor en el paso de la publicación periódica (apresurada y por lo general perecedera) a su versión en libro (perdurable, más prestigiosa y por ello digna de la mayor atención) [2013b, p. 166].

Ahora bien, partiendo de una adaptación del método neolachmanniano según lo resumió Alejandro Higashi (2001, pp. 540-541), la presente edición se desarrolló en dos grandes fases, *recensio* y *constitutio textus*, a su vez organizadas en las siguientes subetapas:

1. *Recensio*

1.1. *Fontes criticae*: esta primera subetapa consistió en la búsqueda, acopio y examen de los testimonios de *Los parientes ricos* publicados en vida del

autor y descritos en la primera parte de esta sección. Para la búsqueda me basé, por un lado, en el recuento bibliográfico que de las obras de Rafael Delgado hicieron Ernest R. Moore y James G. Bickley en el artículo “Bibliografía, Rafael Delgado, notas bibliográficas y críticas”, de 1943, y, por otro, en la revisión del acervo de la Biblioteca Nacional y las bibliotecas de la UNAM, El Colegio de México, la Universidad Veracruzana y la Universidad Nacional Autónoma de Nuevo León, así como del catálogo de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Ello me permitió identificar las dos ediciones publicadas antes de 1914, con las dos impresiones de la segunda edición.

A continuación, a partir del examen de las dos ediciones —identificadas como los testimonios *1901-1902* y *1903*, respectivamente—, pude constatar que en la segunda Rafael Delgado tuvo la oportunidad de revisar su obra y mejorarla. Por esta razón, me incliné por ofrecer una “edición genética” según la definió Alejandro Higashi, esto es, aquella “en la que el texto crítico sigue la última voluntad estética de su autor y el aparato de variantes sirve para dar cuenta del proceso de creación detrás de la obra en su versión más acabada” (Higashi 2013b, p. 45).¹⁵ Es necesario precisar, sin embargo, que, debido a las condiciones de producción editorial de la imprenta de Agüeros, en algunos *locus* me vi obligada a descartar la versión de 1903 porque incorporaba errores o ambigüedad al texto, y seguir la versión de 1901-1902. Asimismo, decidí aplicar casi en su totalidad las modificaciones consignadas en la fe de erratas incluida en la segunda edición,¹⁶ por considerar que este documento muy probablemente contó con la revisión del autor y, por ende, se puede tomar como expresión de su voluntad. Esta apreciación se basa

¹⁵ Aclaro que no pretendo aplicar aquí los principios establecidos por la crítica genética francesa, interesada sobre todo en mostrar el proceso creativo de un autor por medio de las versiones preliminares o pre-textuales de su obra (borradores, manuscritos, pruebas corregidas, etcétera), lo que ciertamente resulta provechoso tratándose de la producción de escritores modernos y contemporáneos, “caracterizada por la conservación de varios estados de variación estética, determinados por distintas soluciones creativas de su autor a lo largo de los años y de las ediciones” (Higashi 2013b, p. 57). Respecto del surgimiento, evolución y perspectivas de los estudios geneticistas, *vid.* los recuentos históricos de Grésillon 2012 y Hay 2012, así como Ramírez 2009.

¹⁶ Solo omití aquellas modificaciones que resultaban improcedentes por no existir el error que se pretendía corregir o porque el cambio habría supuesto incorporar una lección errónea. La fe de erratas se reproduce íntegra en el “Apéndice 1”.

en el hecho de que algunas correcciones de la fe de erratas son de carácter estilístico y coinciden con preferencias del autor. Ejemplo de ello es el cambio de *tórrida* por *túrrida*, adjetivo que en esta y en otras obras de Delgado se aplica a Pluviosilla. Lo mismo puede decirse de la sustitución de *Linilla* por *Lenilla*, modificación que difícilmente podría haber hecho alguien que no fuera Delgado: el primer hipocorístico corresponde a Angelina, personaje principal de la novela homónima del escritor veracruzano, mientras que el segundo es la forma cariñosa como los Collantes llaman a Elena (*vid.* “Apéndice 1”).

1.2. *Collatio externa*: en este punto efectué un “estudio comparativo de los rasgos paratextuales de los testimonios con miras a su filiación preliminar” (Higashi 2001, 540). Mediante este examen pude comprobar que las dos impresiones de la segunda edición son enteramente idénticas en su contenido y que solo difieren en las páginas preliminares. Aclaro que para fijar el texto me basé en la impresión que circuló como parte de la Biblioteca de Autores Mexicanos, digitalizada por la Universidad Autónoma de Nuevo León.

1.3. *Collatio codicum*: en esta fase realicé el cotejo o lectura comparativa de los dos testimonios, con el fin de determinar las variantes que existen entre ellos.

1.4. *Examinatio y selectio*: durante este proceso llevé a cabo la identificación de las lecciones variantes.¹⁷

2. *Constitutio textus*

2.1. *Examinatio y selectio*: en esta etapa fue preciso determinar qué cambios podían atribuirse únicamente al autor y cuáles eran a todas luces producto

¹⁷ El método neolachmanniano incluye una última fase de la *recensio* llamada *constitutio stemmatis*, la cual consiste en la “representación gráfica de la relación genética de los testimonios” (Higashi 2001, p. 541); sin embargo, al haber gran claridad en cuanto a la tradición textual de *Los parientes ricos* (esto es, no hay duda de que el testimonio de 1903 es posterior al de 1901-1902 y se basa en él), omití ese paso.

de la intervención de agentes externos a la voluntad autoral.¹⁸ El criterio para discriminar variantes fue el sentido que tenían las lecciones en el texto: cuando dos lecciones eran igualmente válidas en un *locus*, las consigné en el aparato crítico como variantes, para cuya expresión empleé un aparato de tipo positivo; en cambio, cuando una de ellas introducía un error o un sinsentido, las consideré erratas. Si bien las modificaciones de este último tipo pueden verse como errores de imprenta llanos y simples, me pareció importante consignarlas y clasificarlas en una suerte de catálogo (*vid.* “Apéndice 2”), con el deseo de contribuir a la construcción, en un futuro, de

una tipología que [...] albergaría los errores más conocidos (tipos volcados, debido a la composición de páginas invertidas), pero también alumbraría otros factores menos evidentes, como el del “empastelamiento” [...] o una mejor comprensión de los ajustes que harían los autores en sus textos en función de los formatos de la época, aspecto relevante para los folletines en revistas, cuyos capítulos y consecuentes cortes se orientarían por las dimensiones del cuadernillo en cuestión [...] y cuyas consecuencias, en algunos casos, pueden resultar más que iluminadoras [Higashi 2013b, p. 147].

Con esa misma intención, decidí dejar constancia, en notas al pie, de “marcas” como la transposición de líneas (el “empastelamiento” del que habla Higashi) y las modificaciones del texto a que esos errores dieron lugar (al respecto, *vid.* el segundo capítulo del “Estudio preliminar”).

2.2. *Dispositio textus*: en esta última etapa resolví erratas evidentes, como inversión, omisión o adición de uno o dos caracteres y fallas de concordancia

¹⁸ Acerca de las variantes, vale la pena citar aquí la siguiente reflexión de Javier Lluch-Prats: “Cuántas modificaciones presenta un texto realizadas por su creador constituyen *variantes de autor*, denominación consensuada entre filólogos para cuantos cambios reflejan la voluntad compositiva del escritor, su admisión consciente de variantes deliberadamente introducidas para modificar el texto, en la expresión o en el contenido. En su conjunto, como hemos apuntado, estas variantes pueden surgir antes o después de la publicación de la obra: en las fases pre-redaccional (notas y esbozos primeros), redaccional (textualización en sí) y editorial (transmisión del texto impreso), de tal forma que pueden ser *genéticas* o *redaccionales*, más abundantes, y *de transmisión* o *editoriales*, presentes en menor grado, las cuales modifican la voluntad autoral cuando se producen [...] a raíz de la corrección de galeras, la intervención del editor o la coacción de instituciones censorias” (2009, pp. 236-237).

de número o género. También modernicé el uso de mayúsculas, acentuación y puntuación, siguiendo los criterios que detallo más adelante. La finalidad de todo ello fue ofrecer al lector actual un texto que, sin grandes modificaciones, permita su lectura ágil y fluida, así como su cabal comprensión. Cabe señalar que para la modernización acaté las reglas que la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española establecieron en la última versión de la *Ortografía*, publicada en 2010. La razón principal para haber tomado esa decisión fue el hecho de que Rafael Delgado era miembro correspondiente de la Academia Española (desde 1892) y miembro de número de la Mexicana (desde 1895). Al menos en *Los parientes ricos*, la importancia que esa circunstancia tuvo para el escritor resulta evidente en aspectos como la corrección del lenguaje, la precisión de los términos (predilección que puede advertirse en ciertas variantes que consisten en reemplazar un vocablo por otro, de significación más exacta) y el cuidado en la puntuación (perceptible sobre todo en la cadencia del texto).¹⁹

Estos fueron los criterios generales para la fijación del texto:

1. Actualicé la puntuación en los siguientes aspectos:

- Cuando había signos de puntuación (sobre todo coma y punto y coma) antes de paréntesis de apertura o comillas de cierre, los reubiqué de acuerdo con

¹⁹ Cabe decir que para Delgado el lenguaje tiene una importancia principal, al grado de ser un elemento distintivo de su escritura. En primer lugar, destaca el espacio central que en sus novelas ocupa el diálogo. Como ha señalado Rafael Olea Franco para el caso de *La Calandria*, en los dinámicos diálogos que menudean a lo largo de esta obra, el narrador reduce al mínimo su intervención y los personajes llegan a reconocerse “por sus particulares inflexiones verbales” (1997, p. 235). Y si bien en *Los parientes ricos*, por la procedencia relativamente uniforme de la mayoría de los personajes, el último aspecto no resulta tan notorio, sí es perceptible un esfuerzo por introducir elementos como el léxico o ciertos modismos para caracterizar a algunos individuos, en especial a Filomena, aunque también a los afrancesados Collantes y la afectada Conchita Mijares. En segundo lugar, llama la atención la tendencia del autor a incorporar regionalismos y nacionalismos en su prosa —lo que Olea Franco ha considerado parte de su afán realista—, aunque siempre diferenciados mediante el uso de énfasis tipográficos como comillas y cursivas. Si bien esto podría verse como una convención editorial común en la época, creo que también puede interpretarse como señal de respeto a los lineamientos dictados por la Academia de la Lengua, por entonces más reacia a conceder plena carta de ciudadanía a usos considerados locales o periféricos.

el uso actual (por ejemplo: *Pero Pablo, que estaba presente, hizo un gesto de disgusto, y, en pocas palabras, manifestó al impertinente que su deseo era poco “correcto;”* por *Pero Pablo, que estaba presente, hizo un gesto de disgusto, y, en pocas palabras, manifestó al impertinente que su deseo era poco “correcto”;*).

- Eliminé los puntos que por lo general aparecían después de cada número de capítulo, así como después del título de la novela en las páginas preliminares.
- Suprimí la coma cuando esta se interponía entre sujeto y predicado (por ejemplo: *Alfonso, Elena y Margarita, estaban en la sala por Alfonso, Elena y Margarita estaban en la sala*).
- Cuando fue necesario, introduje comas de vocativo y para delimitar oraciones incidentales; también, antes de oraciones subordinadas explicativas, para diferenciarlas de las especificativas, y antes de apéndices confirmativos (del tipo *¿sí?, ¿no?, ¿verdad?*).
- Uniformé los puntos suspensivos, cuyo número en la novela era variable y no parecía tener una finalidad expresiva (sino, como se verá en el segundo capítulo del “Estudio preliminar”, más bien tipográfica), de suerte que solo aparecen los tres que marca la convención actual.
- Introduje signos de exclamación e interrogación de apertura, pues por lo regular solo aparecen los de cierre.²⁰
- En diez ocasiones (capítulos II, IV, XI, XIII, XXX, XXXIV, XLVI, XLIX, L y LXV), el autor comenzó una oración con un signo de interrogación y la terminó con una exclamación, o viceversa. Este sigue siendo un recurso válido,²¹ así que lo respeté sin anotación alguna; sin embargo, cabe hacer aquí un par de comentarios sobre su empleo en la novela: 1) solo aparece en diálogos y, 2) excepto en un caso, el signo de apertura es el de interrogación. Considero que este uso tiene una finalidad expresiva: indicar la conjunción de dos o más

²⁰ En las notas de variantes consigné el signo de apertura únicamente cuando este se encontraba en el texto original; de lo contrario, me limité a reproducir el signo de cierre.

²¹ Cf. RAE y ASALE 2011, inciso *b*) del apartado 3.4.9.2, “Usos especiales de los signos de interrogación y exclamación”, p. 393. Cito a partir de la edición mexicana; sin embargo, aclaro que la edición española vio la luz en 2010.

sentidos (duda, sorpresa, enojo, molestia, emoción, asombro, preocupación) en una misma oración, lo que en la actualidad suele representarse con ambos signos —el de admiración y el de interrogación— abriendo y cerrando a la vez.

- Adopté el uso actual de las rayas, en especial en diálogos.
- Reemplacé comillas por cursivas cuando se mencionaban títulos de obras de arte o de publicaciones periódicas; también en este caso adopté el criterio en vigor en cuanto al uso de mayúsculas.
- Según la convención actual, dejé en cursivas voces que aparecían entrecomilladas y que para la época constituían neologismos o mexicanismos.²²
- Introduje comillas para delimitar los pensamientos de los personajes.
- También empleé comillas de seguir para facilitar la identificación de diálogos y citas textuales extensos.

2. En cuanto a la acentuación:

- Eliminé las tildes en palabras monosilábicas (como *á, ó, é, ú, nó, sér, trás, dí, ví, tén* y otros verbos similares en pasado y en imperativo) y en participios terminados en *-uido(a)* (como *construido, huida*).
- En construcciones verbales con los sufijos *-se, -le(s)* (como *fuéronse, dele, comproles*) apliqué las reglas en uso para voces agudas, graves, esdrújulas y sobreesdrújulas.
- De acuerdo con la última versión de la *Ortografía* de la Real Academia, suprimí la tilde del adverbio *solo*, así como de los pronombres demostrativos *este, ese* y *aquel*, con sus femeninos y plurales (RAE y ASALE 2011, p. 269).
- En voces en cuya pronunciación hay hiato introduje el acento correspondiente; es el caso de *mohíno(a), oír, oído, rehúsa, transeúnte*.

²² En relación con este punto, cabe señalar que en ninguna de las dos ediciones de *Los parientes ricos* hay cursivas. En contraste, llama la atención el hecho de que, en la segunda edición de *La Calandria* (Delgado 1891), títulos de obras, nombres de plantas, voces extranjeras, neologismos, mexicanismos, apodos, usos enfáticos o irónicos, nombres de establecimientos, entre otros, aparecen en itálicas. Ello permite suponer que los linotipos de Agüeros no disponían de la fuente cursiva y que el uso de esta se cubrió con las comillas.

- Acentué mayúsculas cuando fue pertinente.

Otros criterios:

- Modernicé el uso de mayúsculas, salvo cuando tenían una función expresiva clara.
- Modernicé el uso de *g*, *j* y *x* en palabras como *canongía*, *Méjico*, *extricto*, etcétera.
- Desaté abreviaturas (como *Dr./doctor*, *Sr./señor*, *vd./usted*), excepto en los encabezados y firmas de las cartas incluidas en el texto, y en el caso de abreviaciones poco comunes.
- En voces y nombres extranjeros, restituí la ortografía del idioma original.
- Siguiendo el uso de las ediciones de las obras de José Tomás de Cuéllar a cargo del Seminario de Edición Crítica de Textos de la UNAM, anexo una nómina de las palabras que actualicé y que no están incluidas en los criterios anteriores, esperando que sean de utilidad para estudiosos de distintas disciplinas:

ahullaba	estadio	orígen
ananas	extricto	pára (del verbo <i>parar</i>)
conspícua	ingénuo(a)	saúz
cortesmente	geta	substituir
dahalia	Jerusalem	trasmitir
epilepsía	oscuro (y sus derivados)	virreynal

Por lo que toca a la conformación del aparato crítico que acompaña la novela, el lector encontrará notas de tres tipos:

1. De variantes: informan de las diferencias que existen entre los dos testimonios.
2. De *emendatio*: en ellas notifico al lector de los errores significativos que corregí, como cambio de nombres de personajes, líneas transpuestas o invertidas, faltantes, entre otros.
3. Informativas: en ellas procuré proporcionar al lector información que lo ayude a situar la novela en su contexto histórico y a comprender la importancia de ciertos referentes en relación con la obra y la persona de Delgado. Al respecto, debo aclarar que en las notas de carácter general —en especial las de corte biográfico o enciclopédico— omití la fuente a fin de evitar repeticiones; en esos casos, los datos provienen en su gran mayoría de las siguientes obras de consulta: *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México* (2 t., 3.^a ed., 1971); *Diccionario universal de historia y geografía. Obra dada a luz en España por una sociedad de literatos distinguidos, y refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México con noticias históricas, geográficas, estadísticas, y biográficas sobre las Américas en general, y especialmente sobre la República Mexicana* (7 t. y un apéndice en 3 t., 1853); Claude Augé (dir.), *Pequeño Larousse ilustrado. Nuevo diccionario enciclopédico* (3.^a ed., 1916); la *Enciclopedia de la literatura en México* y la *Enciclopedia Británica* (disponibles en línea en <http://www.elem.mx> y <https://www.britannica.com>, respectivamente).

Asimismo, considerando que Delgado retomó personajes y escenarios de sus novelas anteriores, remití a los pasajes correspondientes. Por último, puesto que el lenguaje tenía gran importancia para el veracruzano, incluí varias notas de corte filológico cuya intención es aclarar ciertos usos y tratar de seguir los intereses del autor.

El propósito final de este trabajo es que haya una nueva difusión de la tercera novela de Rafael Delgado en una versión confiable y pulcra. También me he propuesto proporcionar al lector una serie de herramientas filológicas y ecdóticas para que pueda comprender mejor la novela y su contexto de producción, además de tender puentes entre esta obra y otras creaciones del autor. Espero que todo ello pueda contribuir, por un lado, a dilucidar cómo pudo ser leída la novela en su momento y, por otro, a que su recepción actual sea adecuada y, por añadidura, placentera. Si bien mi destinatario ideal es un público universitario (conformado por estudiantes, profesores e investigadores), deseo que también resulte de interés y utilidad a los lectores no especializados que deseen apropiarse de una muestra de su patrimonio literario. Después de todo, y tal como afirma Javier Lluch-Prats en relación con la validez de la edición de textos literarios de los siglos XIX y XX como instrumento que atañe al patrimonio cultural nacional:

Si de nuestros clásicos hablamos, y si pensamos que somos lo que leemos, o que la lectura nos ayuda a conformar un pensamiento crítico, no menos cierto es que leemos lo que se edita. La emergencia de un texto canónico (el “modelo que leer”) se relaciona, pues, con la transmisión y la edición, con la publicación y la diseminación de los textos, esto es, con el intervencionismo en el campo literario que opera en una línea de canonización: al sistematizar el devenir de textos y de autores, en la historia posterior se proyectan valores que tratan de ser representativos de ese devenir. Por tanto, en esta noción jerárquica del canon, tan debatida en nuestro tiempo de cultura de masas y nuevos medios digitales, la labor del filólogo como restaurador de textos y crítico literario es también esencial [Lluch-Prats 2012, s. p.].

ESTUDIO PRELIMINAR

CAPÍTULO 1
RAFAEL DELGADO Y VICTORIANO AGÜEROS:
UNA HISTORIA EDITORIAL
EN DOS EPISODIOS

Sea cual sea la terminología que utilicemos, no podemos afirmar que los editores se limitan a producir libros sin más. Los editores no producen un solo ejemplar de un libro para guardarlo bajo llave. Eso sería fabricar libros, no publicarlos. Si bien los editores suelen preocuparse por maximizar su público lector, en última instancia dicho público lector debe existir previamente para que constituya una publicación.

Tenemos aquí, pues, una comprensión práctica de la “edición”: hacer libros y hacerlos públicos, amplificarlos, encontrar y construir una red de lectores para ellos, con todo lo que esto implica.

MICHAEL BHASKAR Y ANGUS PHILLIPS 2019, p. 21

“Los autores no escriben libros”. Esta contundente afirmación que Roger Chartier hace en su ensayo “Comunidades de lectores”, y que podría causar extrañeza a más de uno, contiene en su brevedad una reflexión de suma importancia para los estudios literarios.¹ Con ella, el académico francés hace hincapié en el proceso que transforma los textos —estos sí producidos por autores— en “objetos escritos, manuscritos, grabados, impresos (hoy electrónicos)” (Chartier 2017a, p. 30). De hecho, entre un texto y un libro hay una distancia que ha sido olvidada con gran frecuencia, pese a ser “justamente el espacio en el que se construye el sentido” (p. 30). Dicho espacio se conforma gracias a la mediación de una serie de agentes que

¹ La autoría de esta frase que a Chartier le gusta citar es del bibliógrafo Roger Stoddard y fue formulada originalmente en inglés: “Whatever they may do, authors do not write books” (De Diego 2020, p. 7).

llevan a cabo el proceso de transformación al que me he referido, y cuya intervención afecta la forma en que nos acercamos a una obra.

En relación con lo anterior, Robert Darnton, en un famoso ensayo titulado “¿Cuál es la historia de los libros?”, propuso un modelo general para comprender “cómo surgieron los libros y se extendieron por la sociedad” (2010, p. 181). Conceptualizado por Darnton como un circuito de comunicación, dicho modelo describe a grandes rasgos el ciclo vital de los libros y visibiliza los distintos agentes que participan en él; así, el recorrido

va del autor al editor [...]; de ahí al impresor, al transportista, al librero y al lector. El lector cierra el circuito porque influye en el autor tanto antes como después del acto de escribir [...]. Así, el circuito se cierra. *Transmite mensajes transformándolos por el camino*, conforme pasan del pensamiento a la escritura, de ahí a los caracteres impresos, y de vuelta al pensamiento [2010, p. 181; las cursivas son mías].

De acuerdo con Darnton, cada una de las fases del circuito se conecta: 1) “con las actividades que está realizando una persona dada en un punto dado del circuito”; 2) “con otras personas situadas en el mismo punto pero de otros circuitos”; 3) “con otras personas en otros puntos del mismo circuito”, y 4) “con otros elementos de la sociedad” (p. 182). Los tres primeros puntos tienen una repercusión directa en la transmisión del texto; en cambio, el último está relacionado con “influencias externas, que pueden ser infinitamente variables”, pero que podrían reducirse a las siguientes categorías generales: influencias intelectuales y publicidad, coyuntura económica y social, sanciones políticas y legales (p. 183).²

A mi juicio, el modelo de Darnton cuestiona la autonomía del autor en el proceso creador, al poner de manifiesto la participación o declarada intervención, en la transformación del texto en libro, de otros personajes que tienen el poder de tomar decisiones que escapan al control autoral. Algunas de estas decisiones tienen gran

² Al analizar cada uno de los elementos de su modelo, Darnton plantea una serie de interrogantes que sin duda invitan a la reflexión; por ejemplo, refiriéndose a los autores, se pregunta cómo se relacionaban con “los editores, los impresores, los libreros, los críticos y los demás escritores”. Y agrega: “Hasta que no tengamos las respuestas a estas preguntas, no terminaremos de saber cómo se transmite un texto” (2010, p. 194).

peso en la recepción del lector y pueden llegar a condicionar su lectura o al menos influir en ella; me refiero, por ejemplo, a la elección del tipo de soporte y el formato, el establecimiento del precio de venta, los canales de distribución y el tiro, así como la redacción de los textos publicitarios, como aquellos que se inscriben en solapas y contraportadas, o los que se envían a la prensa.

Uno de los agentes del “ciclo vital” del libro que me interesa de manera particular es el editor, figura que hasta ahora ha sido poco considerada dentro del proceso de composición literaria, por concebirse como mero intermediario pasivo entre autores y lectores. Sin embargo, como ha demostrado, entre otros, Alejandro Higashi, el editor tiene una participación activa, a la que él denomina “intervención editorial”,

concepto que debe entenderse en el mismo sentido en el que hoy nos referimos a una *intervención artística* o museográfica [...] o a una *intervención artística* en el espacio público [...]. En ambos casos, se trata de poner en crisis la noción de autor (el de la obra intervenida ¿es el que crea o el que interviene?), el significado de la obra (¿la obra de arte es obra de arte en sí o está determinada por el espacio museográfico de percepción?) y el significado, de manera general, del espacio (donde importa más crear situaciones que obras de arte en sí) [2016, p. 37].

Aunque el propio Higashi explica que la intervención editorial causa un efecto mucho mayor en la lectura y comprensión de las obras poéticas, también establece que, si el autor es quien “carga con la responsabilidad de las decisiones estéticas”, quien edita entabla “un diálogo intenso con el lector o lectora”, que principia desde la portada y “se continúa en la disposición del texto, el tipo de letra, el tipo de caja, las ilustraciones si las hay, el formato, el tipo de papel, etcétera, y, de forma general, la experiencia sensorial de lectura” (p. 41).³ Más aún, la reflexión sobre la praxis editorial como un proceso de intervención colectiva —lo que significaría considerar

³ Para Higashi, “todo aquel profesional que edita realiza algún tipo de intervención editorial”; “el catálogo de posibilidades puede ser muy amplio: desde minucias como una coma por aquí, una tilde olvidada por allá, hasta trabajos de mayor calado en los que muchas veces el autor del libro puede no participar [...]; la mera selección de la obra para una colección y no para otra sugiere ya una intervención editorial” (2016, p. 37).

tanto al editor como a la plétora de agentes que colaboran con él— hace posible, de acuerdo con Freja Cervantes, entender las “resoluciones y formalizaciones” en que se enmarcan las obras, conforme a

modelos y fórmulas previos, para (re)transmitirlas y difundirlas. Estos indicios y marcas de la práctica editorial que dieron existencia a las obras permiten recrear la articulación de las redes intelectuales que las planearon y concretaron materialmente, además de problematizar a los sujetos de la edición, cuyas iniciativas e intereses se realizan en condiciones críticas [2019, p. 13].

Simplificando un poco, podría decirse que las condiciones críticas en que el editor se desempeña tienen su origen en el doble cariz de su función, en la que debe combinar “el espíritu con el negocio, para que el que escribe literatura pueda vivir y el que la edita pueda seguir haciéndolo” (Unseld 2018, “El conflicto autor-editor”, párr. 6). Como lo resumió de forma muy acertada el novelista alemán Alfred Döblin: “El editor mira con un ojo al escritor y con el otro al público. El tercer ojo, sin embargo, el ojo de la sabiduría, está fijo en la bolsa del dinero” (citado en Unseld 2018, “El conflicto autor-editor”, párr. 6).

Así, pues, el editor no solo tiene una responsabilidad intelectual, sino también material de las actividades de su empresa: ha de responder tanto por los libros que produce como por su negocio, “no solo política, moral, intelectual y jurídicamente, sino materialmente con todo su patrimonio” (Unseld 2018, “El conflicto autor-editor”, párr. 8). Esto obedece, en última instancia, a que el libro en sí es un objeto de naturaleza dual, al mismo tiempo “económica y simbólica, [...] a la vez mercancía y significación”. Por tanto, el editor “es también un *personaje doble*, que ha de saber conciliar el arte y el dinero, el amor por la literatura y la búsqueda de beneficios, con estrategias que se sitúan en algún punto entre dos extremos: la sumisión realista o cínica a las consideraciones comerciales y la indiferencia heroica o insensata a las necesidades económicas” (Bourdieu 1999, p. 16; las cursivas son del original).⁴

⁴ “... le livre, objet à double face, économique et symbolique, est à la fois marchandise et signification, l'éditeur est aussi un *personnage double*, qui doit savoir concilier l'art et l'argent, l'amour de la littérature et la recherche du profit, dans des stratégies qui se situent quelque part entre les deux extrêmes, la soumission réaliste ou cynique aux considérations commerciales et l'indifférence

Por último, no se debe olvidar que el editor es quien tiene el “extraordinario” poder de publicar, esto es, como dice Pierre Bourdieu, “hacer que un texto y un autor tengan existencia *pública* conocida y reconocida” (p. 3; las cursivas son del original).⁵ Ello implica, en términos del sociólogo francés, una “consagración” o “transferencia de capital simbólico” de la casa editora al autor (aunque el proceso también puede verificarse en la dirección opuesta), capital que es directamente proporcional a la importancia de los escritores que la empresa edita y ha editado en el pasado (p. 3).⁶

Me he detenido a mostrar la relevancia y la complejidad de la figura del editor porque ese es el horizonte desde el que me gustaría explorar la relación profesional que Rafael Delgado estableció con Victoriano Agüeros, quien, como es sabido, publicó buena parte de su producción literaria y, especialmente, la novela *Los parientes ricos*.⁷ Esta relación se remonta al menos a 1883, con la aparición de un poema de Delgado en la primera edición literaria de *El Tiempo*, y se prolongó hasta 1903, cuando vio la luz la segunda edición de la novela mencionada. A lo largo de esas dos décadas, el novelista veracruzano participó de forma activa en las dos empresas editoriales más importantes de Agüeros: *El Tiempo* (1883-1912) y la Biblioteca de Autores Mexicanos (1896-1910).

héroïque ou insensée aux nécessités de l'économie” (en este y los casos siguientes, la traducción es mía).

⁵ “L'éditeur est celui qui a le pouvoir tout à fait extraordinaire d'assurer la *publication*, c'est-à-dire de faire accéder un texte et un auteur à l'existence *publique* [...], connue et reconnue”.

⁶ “Cette sorte de ‘création’ [la edición] implique le plus souvent une *consécration*, un *transfert de capital symbolique*”. Para Bourdieu, el capital simbólico asociado a una editorial y a su nombre, así como a sus colaboradores y autores, reside en un conjunto de características que pueden ser calculadas o evaluadas, y que contribuyen a la representación colectiva de la casa y la hacen partícipe de la “nobleza” (*noblesse*) de la profesión: la antigüedad; la importancia y la calidad del fondo o catálogo editorial (lo cual se mide con base en el número de escritores consagrados y clásicos publicados), y la ubicación de la empresa (en la capital del país, en provincia, en el extranjero) (1999, pp. 4n y 14).

⁷ Hasta donde se sabe, para la publicación de sus obras Delgado tuvo relación, además de Agüeros, con tres editores. El primero fue Pablo Franch, en cuya Tipografía Católica, ubicada en Orizaba, se imprimieron *La Calandria* (1891) y la segunda edición de *Angelina* (1893). El segundo fue Eduardo Murguía Segura, dueño de la Antigua Imprenta de Eduardo Murguía, donde se dio a la estampa la tercera edición de *Angelina* en 1895. El último editor de Delgado fue el periodista católico y antipositivista Trinidad Sánchez Santos, quien fundó *El País* (1899-1914), en cuyo folletín, entre el 31 de octubre y el 18 de noviembre de 1904, se reprodujeron las once entregas de *Historia vulgar*, postrera novela de Delgado; la obra se reeditó el mismo año, esta vez en formato de libro, en la Tipografía de la Compañía Editorial Católica, como parte de la Biblioteca de El País.

PRIMER EPISODIO:
EL TIEMPO Y SUS SEMANARIOS

El Tiempo, diario de corte católico, tuvo distintos semanarios en los que aparecieron numerosos textos de Delgado.⁸ La colaboración de este en esos proyectos resulta sumamente interesante por dos motivos. El primero es que *El Tiempo* —y en especial los semanarios a él asociados— funcionó como un centro en torno al cual se congregó un grupo de creadores con sus particulares tendencias estéticas, ideológicas y políticas, lo que sin duda permite trazar coordenadas comunes a Delgado, Agüeros y otros personajes afines a ellos. Haciendo mías las ideas de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz —quienes a su vez recuperan un planteamiento de Guillermo de Torre—, puedo afirmar que estas publicaciones periódicas “representan una fuente invaluable de información para conocer tanto las costumbres intelectuales, las inclinaciones estéticas y las relaciones de poder y de reconocimiento dentro del sistema literario, como las prácticas de producción y circulación de la literatura” (Clark y Zavala 2020a, p. 13). Así, al igual que las asociaciones literarias y científicas, tan abundantes y nutridas a fines del siglo XIX, estas publicaciones revelan complejas redes intelectuales con sus intercambios, reiteraciones, afinidades y aversiones. Más aún, permiten efectuar “el registro de un momento de la cultura a través de los debates, difusión de estéticas, divulgación de autores extranjeros, traducciones, en fin, el clima intelectual imperante”, al tiempo que constituyen “ejes de religación”, entendidos como la conjunción de “un objetivo

⁸ A reserva de detenerme más adelante en estos semanarios, quiero hacer un breve recuento de sus distintas ediciones y su duración. A la primera publicación semanal de contenido literario que se incluyó en *El Tiempo* se le dio el título de *Edición Literaria*; apareció los domingos del 8 de julio de 1883 al 2 de marzo de 1884. Desde noviembre de ese año y hasta junio de 1889 salieron a la luz las *Páginas Literarias de los Domingos*; asimismo, en 1887 se distribuyó el *Almanaque de El Tiempo. Primer año*, que al parecer no tuvo continuación. El 7 de julio de 1889 se publicó la primera entrega de *El Tiempo de los Domingos*, número semanal que circuló hasta diciembre de 1890. A partir del 5 de julio del año siguiente hubo un cambio importante en los semanarios de *El Tiempo*: ese día comenzó a distribuirse un cuadernillo ilustrado de doce páginas, con numeración independiente de la del periódico y contenido mayormente literario; con el título de *El Tiempo. Edición Ilustrada*, esta publicación vio la luz los domingos hasta agosto de 1900. El primer día del año siguiente, *El Tiempo* renovó su semanario, que siguió siendo ilustrado y literario, aunque ahora aparecía los lunes; presentó varios títulos: *El Tiempo Literario Ilustrado* (así en el primer número), *Semanario Literario Ilustrado de El Tiempo*, *Semanario Ilustrado de El Tiempo*, *Semanario Literario Ilustrado* y, a partir de 1904 y hasta 1912, *El Tiempo Ilustrado*.

común, un lenguaje más o menos homogéneo y las políticas de amistad [o animadversión, me atrevo a agregar] que anima[n] las relaciones” (Maíz 2011, p. 76).

El segundo motivo es que, a lo largo de dos décadas de colaboración, puede rastrearse un proceso doble, en cierta forma propiciado por Victoriano Agüeros o cuando menos por su política editorial:⁹ por una parte, la creación de una suerte de firma o marca literaria, aparejada a la consolidación del prestigio de Delgado como escritor,¹⁰ y, por otra, la tendencia a publicar de forma preferente la obra narrativa del autor, en detrimento de la poesía o el teatro, géneros con los que el veracruzano comenzó su carrera literaria. A no dudarlo, ambos aspectos constituyen formas de intervención editorial en el sentido propuesto por Alejandro Higashi.

En cuanto a las ediciones literarias fundadas y auspiciadas por don Victoriano, resulta muy sugestiva y valiosa la reseña que Agustín Agüeros hizo en un artículo titulado “La labor literaria de *El Tiempo*”, el cual se publicó el 1 de julio de 1908 como parte de un número destinado a conmemorar el vigesimoquinto aniversario del diario católico.¹¹ De acuerdo con el hijo mayor de Agüeros, la primera de dichas publicaciones data de 1883, cuando se hacía notar “en la prensa del país la falta de periódicos puramente literarios y artísticos, que dedicaran exclusivamente sus columnas a las composiciones de los prosistas y poetas mexicanos de la época”; por tanto, “con la idea de contribuir al impulso y animación de las letras mexicanas”,

⁹ Uso este término en el sentido propuesto por José Luis de Diego: conjunto de acciones y decisiones “que conllevan siempre concepciones del libro, la cultura y la literatura, y tomas de posición específicas en determinadas coyunturas del campo editorial” (2020, p. 15).

¹⁰ El “efecto de marca” es un concepto acuñado por Jean-François Botrel para referirse a un fenómeno que se produjo a fines del siglo XIX y principios del XX, asociado a la dignificación del autor-novelistas y a la relevancia que adquirió el nombre de este en la presentación física de las novelas, evidente en la inversión título y autor/autor y título, operada en las portadas de los ejemplares. También parte de dicho proceso es el uso del “don” que antecede al nombre del autor (según Botrel, a partir de 1840 en España), los retratos que se publican al inicio o al frente de las novelas, las noticias biográficas de los escritores o la reproducción de cartas que estos intercambian con sus lectores (Botrel 2001, párr. 10-11).

¹¹ A la muerte de Victoriano Agüeros, acaecida el 8 de octubre de 1911, Agustín ocupó la dirección de *El Tiempo* junto con su hermano José, y también encabezó *El Tiempo Ilustrado*, donde venía desempeñándose como secretario de redacción. Sin embargo, debido a una afección cardíaca, murió el 26 de mayo de 1912, a la edad de veintiocho años, por lo que José permaneció al frente de la empresa familiar hasta su desaparición, que ocurrió poco tiempo después. // Salvo que se especifique otra cosa, las citas de las páginas siguientes provienen del artículo mencionado de Agustín Agüeros.

el director de *El Tiempo* “solicitó el valioso concurso de algunos de los más ilustrados publicistas de aquel entonces, entre los que se contaban varios de los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española”, y con su aquiescencia decidió crear un cuadernillo de 26 por 17 centímetros, que se anunciaba como la “Edición Literaria” del diario. Algunos colaboradores de esta edición, de distribución gratuita para los suscriptores de *El Tiempo*, fueron los académicos Ipandro Acaico, Joaquín García Icazbalceta, Tirso Rafael Córdoba, José María Roa Bárcena, José Sebastián Segura, Manuel Peredo y Francisco de P. Guzmán, así como Joaquín Arcadio Pagaza, José Peón y Contreras, Ramón Valle, Bernardo Ponce y Font y Francisco de P. Sánchez Santos (hermano de Trinidad).¹² Aún joven y de corta fama, Delgado fue incluido en calidad de poeta novel en el impreso mencionado, con un poema dedicado a Ricardo Domínguez (*El Tiempo. Edición Literaria*, 1883, p. 399).

Tras la desaparición de esta edición, comenzaron a incluirse las “Páginas Literarias” en *El Tiempo* de los domingos, dos planas en las que se ofrecían “leyendas, poesías, anécdotas, relaciones, etc., etc., de los mejores autores nacionales y extranjeros”. Delgado volvió a participar en esta publicación con el monólogo “Antes de la boda”, “estrenado por la señora doña Josefina Duclós de Figuerola en el Teatro Llave de Orizaba, la noche del 19 de noviembre de 1885” (*El Tiempo*, año III, núm. 715, 3 de enero de 1886, p. 2).

Cabe decir que el autor no figuró en ninguno de los dos proyectos que vinieron a continuación: el *Almanaque* de 1887, compuesto de “artículos y poesías inéditas o escritas expresamente” para *El Tiempo*, y la primera edición literaria dominical ilustrada, en la cual se incluyeron, principalmente, trabajos originales de los redactores del diario, entre ellos el propio Agüeros, los hermanos Sánchez Santos y Alejandro Villaseñor y Villaseñor.

Sin embargo, el panorama dio un giro a raíz de la publicación de *La Calandria*, primera novela de Delgado, con la cual este adquirió enorme fama y conquistó un

¹² Como se verá más adelante, algunos de estos personajes estuvieron presentes en la nómina de la Biblioteca de Autores Mexicanos creada por Agüeros, lo que refuerza la idea de que las publicaciones periódicas, lo mismo que las editoriales, constituyeron una forma de asociación de estos hombres de letras.

sitio principal en la República de las Letras. La obra, cuya redacción definitiva fue alentada por Francisco Sosa, apareció en las páginas de la *Revista Nacional de Letras y Ciencias* del 15 de enero al 15 de junio de 1890. Al decir de Sosa, la aparición de *La Calandria* fue “saludada por el aplauso de los más entendidos literatos de México, de Sud-América y de España misma”; además, “la prensa periódica no se limitó a elogiarla, sino que reprodujo algunos de sus pasajes más bellos, e indicó la conveniencia de formar un volumen con aquellas páginas, para facilitar más su lectura, poniéndolas al alcance de los que no acostumbran suscribirse a revistas científicas y literarias” (Sosa 1891, p. vi). Muchos de sus amigos instaron a Rafael Delgado y a la postre obtuvieron de él la promesa de hacer una nueva edición que se publicó en diciembre del año siguiente en Orizaba, lo cual fue muestra patente de la buena acogida de la obra entre el público.

Este hecho literario marcó un cambio trascendental en la consideración de que gozó el escritor veracruzano en la empresa de Agüeros, así como en la frecuencia de sus colaboraciones en *El Tiempo* e, incluso, en el género literario predominante de estas. Así, en su primer año (1891), el nuevo semanario ilustrado que Agüeros preparó, con la intención de hacer de él “una especie de *Ilustración Mexicana* a semejanza de las publicadas en otros países”, incluyó seis colaboraciones de Delgado: la poesía “Alrededores de Orizaba”; “La gardenia”, obra teatral traducida por el novelista, y los cuentos “Misa de madrugada”, “La única mentira”, “El desertor” y “Adolfo”.¹³

El notable predominio de los textos en prosa publicados en 1891 no hizo más que acentuarse el siguiente año, cuando las páginas del semanario ofrecieron los cuentos “Amparo”, “Crepúsculo”, “Voto infantil”, “La chachalaca”, “Mi Semana Santa”, “Amor de niño”, “El asesinato de Palma Sola”, “Mi vecina” y “En el anfiteatro”, así como el ensayo “1492-1892” y la poesía “Bajo los sauces”. Salvo esta y uno de los cuentos, todas las piezas fueron escritas expresamente para el semanario.

¹³ De esas piezas, las últimas tres fueron escritas para el diario, lo que muy probablemente supuso algún tipo de retribución para el autor.

Prueba del buen éxito que tuvieron las colaboraciones de Delgado es el hecho de que, en 1893, el semanario publicó *Angelina*, escrita por encargo de Agüeros;¹⁴ las veinte entregas aparecieron con ejemplar puntualidad entre el 6 de agosto y el 31 de diciembre de ese año. Esto, aunado al reciente nombramiento de Rafael Delgado como académico correspondiente de la Real Academia, verificado el 31 de mayo de 1892 (cf. Bickley 1935, p. 71), contribuyó a cimentar la reputación del escritor; muestra de ello es que, en poco más de dos años, *Angelina* tuvo dos ediciones en formato de libro, una publicada en Orizaba, en 1893, y otra en la Ciudad de México, en 1895.¹⁵

Asimismo, en agosto de 1893 *La Calandria* comenzó a ser incluida en las páginas de *La Revista Ilustrada de Nueva York*, elegante y atractiva publicación periódica de amplia circulación, que reunió escritos de autores de la talla de Pedro Antonio de Alarcón, Ramón de Campoamor, Julián del Casal, Emilio Castelar, Rubén Darío, Salvador Díaz Mirón, Federico Gamboa, Manuel Gutiérrez Nájera, Mariano José de Larra, José Martí, Gaspar Núñez de Arce, Manuel José Othón, Manuel del Palacio, Ricardo Palma, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Juan de Dios Peza, Manuel Tamayo y Baus, Juan Valera y Ramón del Valle-Inclán, entre muchos otros.¹⁶

¹⁴ Este comentario de Agustín Agüeros resulta sumamente ilustrativo al respecto: “Rafael Delgado se había hecho de bien adquirida fama con su novela *La Calandria*. Era lo que pudiéramos decir el narrador del día, y de allí el que el director propietario de *El Tiempo* le encargase que escribiera una novela de costumbres para su periódico. Fue esta la *Angelina* que comenzó a publicarse en la edición dominical” (1908, p. 3). Asimismo, en el recuento de “Escritores mexicanos contemporáneos”, firmado por J. D. (¿Jacobó Dalevuelta?) e incluido en el primero tomo de la *Guía general descriptiva de la República Mexicana*, se asienta lo siguiente respecto de *Angelina*: “Esta última fue publicada por primera vez en la edición literaria de *El Tiempo* pagando el Director de este periódico al autor, según tenemos entendido, una buena suma” (Figueroa 1899, p. 113n).

¹⁵ Vid. *supra*, nota 7.

¹⁶ Un escrito del poeta veracruzano Ricardo Domínguez, titulado “Rafael Delgado y la ‘Revista Ilustrada’ de N. York” y publicado en *El Partido Liberal* el 28 de septiembre de 1893, proporciona información muy valiosa en relación con esta edición prácticamente desconocida de *La Calandria*. Según ese texto, el prólogo de la obra de Delgado estaba firmado por Felipe Gerardo Cazeneuve, escritor de origen cubano que fue agente y corresponsal de *El Partido Liberal* en París (Ruiz y Márquez 2000, p. 181). Como dicho prólogo contenía datos erróneos (el más grave de todos: se afirmaba que Delgado había muerto tres o cuatro años antes de la reedición de su novela), Domínguez hacía las aclaraciones pertinentes y aseguraba que él mismo había presentado a Cazeneuve con su paisano en México (Domínguez 1893, pp. 1-2). Por lo que toca a la publicación de la novela en la *Revista Ilustrada*, en los índices de esta, preparados por Vernon A. Chamberlin e Ivan A. Schulman (1976), hay registro de cuatro colaboraciones de Delgado con el título “La Calandria”, fechadas entre agosto y noviembre de 1893 (pp. 190-192). No me ha sido posible

Al respecto, con el título “La Calandria”, una nota sin firma, publicada en *El Tiempo*, decía lo siguiente: “Esta preciosa novela mexicana, obra de nuestro querido amigo y distinguido colaborador el señor don Rafael Delgado, está siendo reproducida actualmente por la *Revista Ilustrada* de Nueva York” (*El Tiempo*, año XI, núm. 3 009, 13 de septiembre de 1893, p. 2). Considero que la noticia, al poner de manifiesto la celebridad del escritor y hacer hincapié en la relación de amistad y colaboración que lo unía con el diario, constituye un mecanismo de transferencia, a la empresa editorial de Agüeros, del capital cultural obtenido en esos años por Delgado. No se olvide, en este mismo sentido, que al menos desde 1894 y hasta 1897 en las páginas de *El Tiempo* se incluyeron anuncios de la novela, redactados en los siguientes términos:

La Calandria, novela mexicana por don Rafael Delgado, miembro correspondiente de la Academia Mexicana. Esta obra, que tanto ha llamado la atención del público, y que tan elogiada ha sido en México y en el extranjero, forma un volumen de 356 páginas, en excelente papel y limpia impresión.

Quedan ya pocos ejemplares, y están de venta en la Administración de *El Tiempo* al precio de \$ 1.50 el ejemplar en la Capital y \$ 2.00 en los Estados [*El Tiempo*, año XI, núm. 3 121, 30 de enero de 1894, p. 4; las cursivas son mías].¹⁷

Nótese el uso del “don” antepuesto al nombre del autor y el énfasis en su pertenencia a la Academia de la Lengua, lo cual puede considerarse parte del proceso de creación del efecto de marca del que hablé al inicio de este apartado.

Sin duda, lo anterior explica que cuando Rafael Delgado, en agosto de 1894, se trasladó a la capital del país para trabajar en una compañía minera, al parecer desempeñando labores contables y como secretario de su adinerado pariente, el

consultar el microfilme de la publicación que se encuentra en las bibliotecas de las universidades de Kansas y Washington; no obstante, la colección que Schulman y Chamberlin pudieron reunir y microfilmear solo abarca de 1886 a 1893. Esto, aunado al hecho de que se desconoce cuándo dejó de publicarse la revista, hace imposible saber si hubo más entregas de la obra del veracruzano.

¹⁷ Según el testimonio del señor Gabriel García Guapillo, empleado de la imprenta de Pablo Franch, de la primera edición de *La Calandria* se hizo un tiro de 1 000 ejemplares; de estos, 200 se imprimieron en papel especial, para obsequio de los amigos del autor y el editor, y el resto se estampó en papel ordinario. Franch costó la edición y a cambio se quedó con la mitad de la producción (cf. Bickley 1935, p. 108n). Es probable que los libros de venta en la administración de *El Tiempo* hayan sido los que correspondieron a Delgado.

empresario don Fernando de Teresa —quien además era uno de los directores de la firma—,¹⁸ su llegada ameritara una nota en el periódico de Agüeros, redactada en términos muy elogiosos que nuevamente subrayaban el vínculo del escritor con la publicación: “Este distinguido literato, autor de varias novelas conocidas ya de los lectores de *El Tiempo*, como *Angelina*, *La Calandria*, y varios cuentos cortos, ha llegado a esta capital. Le damos la bienvenida” (sin firma, “Don Rafael Delgado”, en *El Tiempo*, año XII, núm. 3 272, 2 de agosto de 1894, p. 2). Por si fuera poco, algunos meses después de su arribo a la Ciudad de México, Delgado recibió el nombramiento de miembro numerario de la Academia Mexicana, honor para el cual, según Amado Nervo, el único obstáculo había sido el apartamiento del autor de la capital debido a “sus negocios” (1896, p. 31).

De forma paradójica, a partir de 1894 y hasta 1900 las colaboraciones de Rafael Delgado en el semanario de *El Tiempo* fueron escasas, muy esporádicas y ninguna de ellas se publicó de forma exclusiva.¹⁹ Si bien en ese lapso su producción literaria no fue precisamente abundante, sí dio a las prensas varias piezas, tanto en prosa como en verso, aunque la poesía fue el género predominante.²⁰ Al hacer una

¹⁸ Los datos relativos a la ocupación de Delgado en la Ciudad de México provienen del trabajo de James Bickley (1935, pp. 72-73). De acuerdo con este investigador, no hay certeza respecto de la empresa en la que el escritor trabajó; mientras unos aseguraban que había sido en la Compañía de las Minas Auríferas de Oaxaca, otros hablaban de la Negociación Minera de Taviches. En todo caso, y como bien lo explica Bickley, muy probablemente se trató de un empleo que el novelista se vio forzado a desempeñar para mantenerse durante su estancia en la capital.

¹⁹ Las piezas de Delgado publicadas entre 1894 y 1900 en la edición ilustrada de *El Tiempo* son los poemas “A un amigo” (t. VIII, núm. 368, 11 de septiembre de 1898, p. 296), “Rosas pálidas” (t. X, núm. 451, 22 de abril de 1900, p. 122) y “Ojozarco” (t. X, núm. 468, 19 de agosto de 1900, p. 261), así como el monólogo “Antes de la boda” (t. X, núm. 461, 1 de julio de 1900, pp. 103-105).

²⁰ De acuerdo con el recuento de Ernest R. Moore y James C. Bickley (1943, pp. 160-186), en 1894 Delgado publicó un fragmento de *La Calandria* en la *Revista Azul* (“El jardín de Orizaba”) y el poema “Ojozarco” en la segunda época de *El Renacimiento*. Al año siguiente la *Revista Azul* incluyó seis poemas del autor: “Ojozarco”, “El salto de Tuxpango”, “En las montañas”, “El salto de Barrio Nuevo”, “La fuente de Zoquitlán-Viejo” y “El río de Tlilpan”. En 1896, *El Cosmopolita*, de Orizaba, dio a conocer dos cuadros de costumbres: “El lechero” y “Tipos de Pluviosilla: la cigarrera”, y el *Segundo Almanaque Mexicano*, el cuento “Justicia popular”. En 1897 *El Reproductor* publicó tres poemas: “La ceiba”, “Escamela” y “Ojo de agua”. En 1898, año de su creación, la *Revista Moderna. Arte y Ciencia* dio a luz el poema “En el jardín”, el relato “Epílogo” y el cuadro de costumbres “La gata”, y al año siguiente, “El caballero” y el monólogo “Antes de la boda”. Ese mismo año, *La Reforma*, de Tlaxcala, ofreció a sus lectores un poema en memoria de Josefa Murillo y *El País* publicó la poesía “En las montañas”. Por último, en 1900 la *Revista Moderna* incluyó los poemas “Ocaso” y “¿...?”, así como los estudios “D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza” y “Shakespeare. *Hamlet*”. Mención aparte merece el hecho de que en 1894 se seleccionaron los poemas “La cruz de hierro”, “En las montañas”, “Ojozarco”, “Palmas” y “El salto de Tuxpango” para la antología que la Academia Mexicana preparó con motivo del cuarto centenario de la llegada de Colón a América, y que en 1898 se recogieron los

revisión de las publicaciones periódicas que por entonces incluyeron textos del escritor veracruzano, puede verse que son dos las principales: la *Revista Azul* y la *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, ambas consideradas emblemáticas del movimiento modernista.

Ante la falta de testimonios del propio autor o de sus contemporáneos en este sentido, solo resta especular acerca de los motivos de esta suerte de cambio temporal en la preferencia editorial de Rafael Delgado. En mi opinión, este giro podría obedecer a dos razones. La primera es el interés del autor por seguir cultivando la poesía, lo que no era alentado por la política editorial de Agüeros. La segunda consiste en que, si bien autor y editor tenían notables coincidencias ideológicas —entre ellas, la importancia concedida a la pureza y corrección de la lengua, lo que en último término se traducía en un gran respeto y cierta subordinación a la institución que, allende el océano, velaba por su buen uso, y la admiración por varios de los escritores que conformaron el panteón o canon fijado por Agüeros en su colección editorial—, las inquietudes estéticas de Delgado lo impulsaban a frecuentar artistas con los que compartía ideas, tendencias y preocupaciones de vanguardia, como el arte por el arte, la sonoridad y originalidad del lenguaje, el uso de sensaciones visuales y auditivas, aunadas a otros rasgos que permiten entender que Delgado se contara entre los redactores de la *Revista Moderna*, al lado de personajes como José Juan Tablada, Jesús E. Valenzuela, Julio Ruelas, Jesús Urueta, Balbino Dávalos, Ciro B. Ceballos, Bernardo Couto Castillo, Alberto Leduc, Francisco M. de Olaguíbel, Amado Nervo y Rubén M. Campos.²¹

Así, por ejemplo, en el prólogo a *Angelina*, Delgado declaró que “una novela es una obra artística; el objeto principal del Arte es la belleza, y... ¡con eso le basta!”

relatos “Amistad” y “El retrato del nene” en la antología de *Cuentos mexicanos* publicada por la Tipografía de El Nacional, donde también aparecieron piezas de Ciro B. Ceballos, José Juan Tablada, Rubén M. Campos, José Ferrel, Alberto Leduc y Bernardo Couto Castillo, entre otros (sobre la gestación de esta antología, *vid. Viveros 2023*).

²¹ La afinidad de Delgado con el modernismo se atenuó con los años; de hecho, hacia el final de su vida el escritor llegó a sentir franco rechazo hacia algunas manifestaciones modernistas. Al respecto, *vid.* la primera parte del tercer capítulo de este estudio. En ese mismo apartado abordo las estrategias de las que el autor se valió para introducir un mensaje didáctico en *Los parientes ricos* sin traicionar su declarada convicción de que el arte no debía obedecer a propósitos docentes.

(1895, prólogo, p. 9), con lo cual se hacía eco de los planteamientos artepuristas tan en boga en el contexto finisecular. Asimismo, el capítulo LXII de *Los parientes ricos*, en el que se describe un elegante banquete, fue publicado de forma independiente en la *Revista Moderna* en la primera quincena de noviembre de 1902 (año v, núm. 21, pp. 331-333), hecho que por sí solo puede tomarse como prueba de filiación estética. En ese texto, además, es posible identificar varias características atribuidas al modernismo, como el uso de ciertas voces (entre otras: *esmaragdino, glauco, musmé, granates, rubíes*) y la construcción de imágenes visuales (“Inmensa oleada de luz inundó el recinto: centelleó la argentería; subió el mantel en nitidez; brillaron con transparencia incomparable vasos y garrafas; duplicaron los boles su glauco tinte, y aviváronse granates y rubíes en los póculos de burdeos y de chablís”). Aun cuando a primera vista esto puede constituir una contradicción, piénsese que un autor tan cercano a Delgado y reconocido por su nacionalismo como José López Portillo y Rojas “admitía que ‘el arte debe vivir por el arte y sin propósitos docentes’, aunque si en el transcurso de la obra se presentaba la ocasión de describir ‘fealdades sociales’, esta descripción podía aprovecharse para enmendarlas” (Flores 2006, p. 127); aseveración que el propio Delgado podría haber suscrito.

Pero si la ausencia del escritor veracruzano de las páginas de *El Tiempo* fue prolongada, su regreso muy bien podría calificarse de estelar. Así, en la primera página del número inicial de *El Tiempo Literario Ilustrado*, publicado el martes 1 de enero de 1901, se reprodujo el cuento “Adolfo”, dedicado a “Micrós” y firmado por Rafael Delgado. A este siguieron, el mismo año, los relatos “¿A dónde vas?” (núm. 3, 14 de enero), “La noche triste” (núm. 5, 28 de enero), “Para testar” (núm. 9, 25 de febrero), “¡Así!” (núm. 11, 11 de marzo) y “Margarita” (núm. 46, 11 de noviembre).

De forma paralela, a partir del mismo martes 1 de enero, en la primera y la cuarta páginas de *El Tiempo* aparecieron veintiún cuentos de Delgado, con una periodicidad prácticamente diaria:²² “Mi vecina”, “Amistad”, “Amparo”, “En legítima defensa”, “El caballerango”, “La gata”, “¡¡¡To... rooo!!!”, “En el anfiteatro”, “La

²² Los cuentos se publicaron los días 1, 3, 4, 5, 6, 8, 11, 12, 13, 16, 18, 19, 20, 23, 25 y 26 de enero.

chachalaca”, “La única mentira”, “Amor de niño”, “El asesinato de Palma-Sola (Histórico)”, “El desertor”, “Voto infantil”, “Justicia popular (Cuadro rústico)”, “La misa de madrugada (1866)”, “Bajo los sauces (Fragmento de un diario)”, “Epílogo”, “El retrato del nene (Historia amorosa)”, “Mi Semana Santa” y “Crepúsculo (Recuerdos de un viaje a la costa de Sotavento)”. Los textos publicados en la primera plana del diario estaban dispuestos en el extremo inferior derecho, ocupando aproximadamente un cuarto de las dos últimas columnas, con el siguiente encabezado, compuesto con una tipografía distinta en cada línea: “Literatura mexicana. / Novelas cortas, cuentos, / tradiciones, poesías, monografías, / biografías, artículos de costumbres, / descriptivos, de crítica literaria, etc., etc.”. Cabe señalar que ninguno de estos textos era inédito; de hecho, trece se habían incluido ya en el semanario de *El Tiempo* y los demás se habían dado a conocer en otros periódicos y revistas de Veracruz o de la capital de la República.²³

De igual modo, el lunes 3 de junio de 1901, en el número 23 del semanario y con el título “El señor Rafael Delgado”, apareció el siguiente anuncio, sin firma, el cual ejemplifica a cabalidad el concepto de efecto de marca propuesto por Botrel y permite hablar de una consagración en términos de Bourdieu:

Engalanamos desde hoy las columnas de nuestro *Semanario* con la novísima obra del distinguido y afamado literato señor don Rafael Delgado, intitulada *Los parientes ricos*. No necesitamos encarecer los merecimientos que en él reconocen cuantos han leído sus obras, y que lo han colocado en muy alto lugar entre nuestros escritores contemporáneos; nos limitamos, por lo mismo, a ufanarnos de poder ofrecer a nuestros lectores la nueva novela del autor de *La Calandria* y de *Angelina*, la cual era esperada con ansia por los amantes de la bella y sana literatura. Al hacer a nuestros lectores el exquisito obsequio de obra tan selecta, lo acompañamos con un buen retrato del autor.

La primera entrega de la novela, en efecto, incluye un retrato de cuerpo entero del escritor (el cual ocupa un tercio de la plana) y abarca dos páginas completas de la publicación; contiene el prólogo, el primer capítulo y la mitad del segundo.

²³ Según afirmación del propio Delgado en el prólogo a sus *Cuentos y notas* reunidos en el tomo I de sus *Obras*, publicado como el número 42 de la Biblioteca de Autores Mexicanos (cf. Delgado 1902, p. xxxvii). Al respecto, *vid.* Moore y Bickley 1943, pp. 159-168.

Volviendo al anuncio citado, me interesa detenerme en los términos con los que en él se incitaba a los lectores a conocer la obra de Delgado, pues están vinculados con varias consideraciones de índole ideológica que han sido advertidas por Ana Laura Zavala Díaz en su obra *Cuerpo, enfermedad y escritura*. De acuerdo con esta investigadora, en México, a partir de la década de 1870, “la mayoría de los sectores de las clases letradas introdujeron en sus discursos referencias, analogías y metáforas organicistas para ejemplificar el funcionamiento no solo del Estado y de la sociedad, sino también de distintas esferas de conocimiento”, entre las que se incluyeron la literatura y la crítica literaria. Tales referencias, analogías y metáforas constituyen expresiones de un “fenómeno de representación somática” en el que lo corporal tendió a organizarse en la oposición “cuerpo sano vs. cuerpo enfermo, de la cual se desprendieron otras de muy diversa índole que [...] resultaron de central importancia para establecer los valores de la cultura porfiriana” (2021, p. 12). Es justamente en ese marco ideológico en el que ha de entenderse la alusión a “los amantes de la *bella* y *sana* literatura”, quienes de forma tácita se opondrían a aquellos que preferían una literatura “enferma” y de “cuestionable” belleza.

Desde luego, esa toma de postura se sitúa en un contexto específico: el del repudio, incluso por parte de los miembros de la segunda generación modernista, del término *decadente*, que hacia fines del siglo XIX se había cargado de connotaciones negativas y que en cierta medida ejemplifica el desplazamiento, mostrado por Zavala Díaz, de la dicotomía salud/enfermedad del plano fisiológico al psiquiátrico, así como de las obras artísticas a sus creadores. En este sentido puede decirse que, en tanto fenómenos discursivos, el anuncio y la publicación de la novela de Delgado en el semanario de Agüeros tuvieron como marco determinadas “prácticas sociales y textuales existentes o preexistentes en el momento de su elaboración y enunciación”; en consecuencia, forman parte del “diálogo crítico y dinámico” que tanto el novelista como su editor establecieron, no sin ciertas contradicciones y vacilaciones, con otros miembros del campo intelectual, mostrando ya adhesión, ya claro deslinde (*cf.* Zavala Díaz 2021, p. 14).²⁴

²⁴ Retomo esta reflexión, desde la perspectiva de Delgado, en la primera parte del tercer capítulo del presente estudio.

En este sentido también, como plantea Beatriz Sarlo, puede afirmarse que las revistas —y, en general, las publicaciones periódicas— constituyen “bancos de pruebas” que entrañan la posibilidad de hacer política cultural y realizar “intervenciones exigidas por la coyuntura” (1992, p. 9). En palabras de Sarlo:

El tejido discursivo de las revistas puede ser visto como un laboratorio donde se experimentan propuestas estéticas y posiciones ideológicas. Instrumentos de la batalla cultural, las revistas se definen también por el haz de problemas que eligieron colocar en su centro (o, a la inversa, según los temas que pasaron en silencio) [...]. En cada una de estas publicaciones se experimenta con una hipótesis cultural exclusiva e inclusiva. En su laboratorio ideológico se comprueba qué sucede con los autores y discursos que las revistas no incorporan a su espacio [p. 14].

Aun sin hacerlos explícitos, en *El Tiempo* y sus semanarios habría una serie de valores compartidos por los miembros de la red intelectual que se agrupó en torno a esas publicaciones. Esto significa que Delgado asumió, en mayor o menor medida, las convicciones de ese grupo y participó en la intervención cultural operada desde los semanarios de Agüeros en el momento de publicar *Los parientes ricos* y filiar su literatura con aquella corriente “sana” y edificante que se postulaba en sus páginas en clara oposición al decadentismo literario, pero también a otras expresiones, como las asociadas con el naturalismo. Desde esa perspectiva, la renovada vinculación de Delgado con Agüeros se proponía como una pauta que guiaría la lectura y la recepción de la novela, y con la que se reiteraba la consagración que el empresario deseaba fomentar como parte de las estrategias de mercado de sus proyectos editoriales. En este sentido, hay que señalar que la “literatura bella y sana” se convirtió en una suerte de marca, una etiqueta literaria con la que Agüeros procuró colocar las obras que salían de sus talleres, lo que, una vez más, recuerda que al sesgo ideológico del editor guerrerense se unía un sesgo comercial que subyacía a buena parte de sus decisiones y estrategias editoriales.

Retomaré con más detalle este tema en el tercer capítulo, donde intentaré delinear el perfil de los lectores de la obra de Delgado y ofreceré algunas lecturas posibles de *Los parientes ricos*. Por ahora me gustaría ocuparme de la Biblioteca

de Autores Mexicanos, una de las empresas más ambiciosas de Victoriano Agüeros, donde apareció la segunda edición de la mencionada novela de Delgado y que constituye la continuación de la historia entre este escritor y su católico editor.

SEGUNDO EPISODIO:
LA BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS

El 24 de abril de 1896 terminó de imprimirse un modesto volumen en rústica, cuyo tamaño era parecido a lo que hoy conocemos como libro de bolsillo; había salido de la Imprenta de V. Agüeros, localizada en el número 4 de la calle de la Cerca de Santo Domingo, en el centro de la capital mexicana. En 448 páginas, el ejemplar, intonso, contenía varios opúsculos de Joaquín García Icazbalceta, que había muerto un par de años atrás y con quien Agüeros mantuvo una relación cercana a la amistad.²⁵ El libro era la materialización de un prospecto publicado el 29 de mayo de 1896 en *El Tiempo* y que a la letra decía:

Es bien sabido que aunque México cuenta con una brillante pléyade de escritores, las obras de estos, por desgracia, permanecen desconocidas, ya porque están agotadas las ediciones, ya porque se encuentran diseminadas en periódicos, revistas o folletos que no están al alcance de todos [...].

Urge, pues, si no queremos que se pierdan u olviden más de lo que están nuestros tesoros literarios, que se haga una colección de ellos, en una serie de tomos, de limpia, clara y correcta impresión, que sirva para perpetuar nombres gloriosos de la literatura patria, y que sean dignos de presentarse en círculos y Academias literarias del extranjero, no solo por el mérito de los escritos en ellos contenidos, sino también por su exterior elegante, serio y de buen gusto.

Creemos que la *Biblioteca de Autores Mexicanos* que hoy anunciamos, viene a llenar esa necesidad de nuestra literatura, y las obras de aquellos podrán fácilmente ser conocidas, leídas y estudiadas por muchos que quizá hasta ignoran su existencia [...].

²⁵ Así lo prueba la correspondencia cruzada entre ambos y que se remonta al menos hasta 1879. En el archivo Rafael Heliodoro Valle, del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, se conservan cuatro cartas que Icazbalceta dirigió a Agüeros, fechadas en 1879, 1880 y 1883 (ERHC, exp. 21, docs. 3, 6, 19 y 20); lamentablemente, no hay copia de las respuestas del editor guerrerense.

En la *Biblioteca* que hoy anunciamos, y cuyo primer tomo está ya concluido y de venta, vamos a publicar las obras de nuestros más distinguidos autores (historiadores, poetas, novelistas, críticos, dramáticos) antiguos, modernos y de nuestros días [sin firma, “Biblioteca de Autores Mexicanos”, en *El Tiempo*, año XIII, núm. 3 813, p. 4].

Además de la función utilitaria atribuida al proyecto, llama la atención el propósito de reunir representantes de distintas ramas del saber, pues para el editor guerrerense esos autores formaban parte de la historia de la literatura mexicana, lo cual revela una concepción literaria amplia que coincide con aquella que, de acuerdo con Gerardo Bobadilla, prevaleció en México entre 1780 y 1876, aproximadamente. En ese lapso, la literatura —también llamada “poesía” o “bellas letras”— era un género discursivo “cuyas características éticas y estéticas lo hacían realmente un metasigno cultural y artístico”, de modo que, exceptuando las ciencias físicas y exactas, abarcaba “todo lo escrito, con independencia de las áreas temáticas desarrolladas” (2019, p. 273). Al decir de Bobadilla, la importancia de esta definición reside en tres aspectos: 1) ella “permite advertir que el concepto y campo de lo literario [...] integraba a la mayoría de las áreas o disciplinas de lo que entonces se consideraban las humanidades”; 2) “los alcances del campo determinaban la función ética más amplia que cumplían [...] tanto la obra como el escritor: la de configurar un imaginario que comunicara los valores establecidos”, y 3) las distintas disciplinas agrupadas bajo la denominación de bellas letras “eran entendidas y asumidas, cada una, como formulaciones de un modelo del mundo capaz de exponer y simbolizar un orden general, universal, posible: de allí, el carácter representativo y trascendental de sus diversas expresiones genéricas escriturarias, al margen del carácter racional o ficcional de sus manifestaciones” (pp. 274-275). A la luz de estas consideraciones, no solo la Biblioteca, sino toda la trayectoria editorial de Agüeros adquiere una dimensión más amplia y compleja, vinculada a la “creación y articulación de la tradición cultural y literaria mexicana” (p. 269).

Aunado a este punto, destaca, en el mismo prospecto de la Biblioteca, lo que puede verse como el anuncio de la formación de un canon —“nuestros más distinguidos autores [...] antiguos, modernos y de nuestros días”— capaz de trascender épocas y, por su propia naturaleza, de excluir a quienes no pertenecieran

a él. Ese particular repertorio de Agüeros, como se sabe, corrió una suerte variopinta, pues mientras unos autores siguen incorporándose en las historias literarias, otros han quedado en el olvido, en gran medida a causa del innegable sesgo ideológico con que el editor llevó a cabo su selección;²⁶ sin embargo, sería reduccionista decir que eligió a los autores solo por ser conservadores o católicos, ya que hubo otros factores —como, por ejemplo, los de índole legal o económica— que también pudieron pesar en la decisión, según trataré de mostrar en las páginas siguientes.

Ahora bien, al primer tomo de las obras de García Icazbalceta siguieron, ese mismo 1896, otros dos, así como el volumen I de las obras de Peón y Contreras. La producción mostraba un ritmo veloz, aun para los parámetros actuales: de las prensas de Agüeros salía aproximadamente un título por bimestre.²⁷ La celeridad de la producción corría parejas con otro fenómeno que caracterizó la colección creada por el director de *El Tiempo*: la oportunidad de su difusión a escala internacional, pues, para fines de ese año, los cuatro libros se encontraban en manos de los académicos Juan Valera, Gaspar Núñez de Arce y Marcelino Menéndez Pelayo, célebres y respetados autores españoles que, además de agradecer calurosamente el envío, saludaron entusiastas el proyecto, ya que a sus ojos contribuía a estrechar relaciones entre España y México, y constituía, en palabras de Valera, “una empresa tan patriótica y útil a la cultura de esa nación [mexicana] y a la de todos los pueblos hispanoparlantes”.²⁸

Por su parte, Menéndez Pelayo, en carta de 15 de mayo de 1897, con la cual respondió tardíamente al envío de los primeros libros de la Biblioteca, comunicó a Agüeros su beneplácito:

²⁶ Al respecto, véase la siguiente crítica de Alfonso Reyes acerca de la Biblioteca de Autores Mexicanos, “aquella labor literaria con que Agüeros prestó a nuestras letras un positivo servicio, un servicio ‘cuantitativo’”: “Frágiles en la costura, defectuosos en la impresión, los ejemplares resultan poco atractivos a los ojos, y, por desgracia, no contentan más el entendimiento. Ante todo y para ser justos, Agüeros debió haber llamado su colección: *Biblioteca de Autores Católicos Mexicanos*” (1996, p. 288; las cursivas son del original).

²⁷ De acuerdo con la información del colofón, el número 2 de la Biblioteca quedó terminado el 20 de agosto; el 4, el 26 de noviembre, y el 3, el 7 de diciembre. Cabe señalar que los tomos de los autores aparecieron alternados; según explicación del propio Agüeros, esto era parte de una estrategia comercial, orientada a ganar el favor del público (cf. carta de Victoriano Agüeros a Ricardo Palma, del 14 de marzo de 1898, en Palma 1949, vol. 2, p. 69).

²⁸ Carta de Juan Valera a Victoriano Agüeros, del 25 de enero de 1897, ERHC, exp. 21, doc. 35.

La empresa literaria de usted es digna del mayor elogio, no solo por las condiciones tipográficas, sino por lo acertado de la selección.

Conocía y admiraba mucho los magistrales estudios del señor García Icazbalceta [...]. Y encuentro muy feliz la idea de haber formado con ellos serie aparte, porque dispersos, como antes estaban [...], era patrimonio de muy pocos estudiosos el rico caudal de erudición y doctrina que en ellos se contiene y que tanto importa, para la recta estimación de la historia colonial y española. [...]

Felicitando a usted por su empresa, y deseándole el mejor éxito en ella, para solaz de cuantos nos deleitamos con los frutos de las letras castellanas de aquende y allende el Océano, quedo de usted muy afecto y agradecido [citado en Agüeros 1897, s. p.].

En términos similares se expresó Núñez de Arce, para quien la Biblioteca estaba

llamada a prestar un gran servicio, no solo a México sino a las letras en general, facilitando el conocimiento y el estudio de una serie de obras que merec[ía]n fijar la atención, y que [...], por falta de la necesaria publicidad, se encontraban en el más injusto olvido, o agotadas las cortas ediciones que de ellas se ha[bí]an hecho o perdidas en el cúmulo de trabajos que s[ervía]n de pasto a la insaciable voracidad de periódicos y revistas.²⁹

Cabe decir que el editor guerrerense procuró sacar el mayor provecho de lo que invirtió en sus diligentes envíos: se aseguró de reproducir estas misivas tanto en el último pliego de los tomos de la Biblioteca como en los frecuentes anuncios de esta que aparecían en *El Tiempo*; con esa maniobra dotaba de legitimidad sus ediciones y de paso reforzaba la publicidad, intervención editorial no muy alejada de los comentarios de autores famosos o laureados que hoy se incluyen en cintillos y contraportadas de los libros en venta para incidir en la elección del lector.

Con tan decidido impulso, los tomos de la Biblioteca continuaron apareciendo con admirable constancia: seis números vieron la luz en 1897, ocho en 1898 y otros ocho en 1899; además, de 1900 a 1910 se imprimieron cinco títulos por año en

²⁹ Carta de Gaspar Núñez de Arce a Victoriano Agüeros, del 26 de enero de 1897, ERHC, exp. 21, docs. 36-37. Nótese que, con esas palabras, el escritor español se hacía eco del prospecto remitido por Agüeros junto con los ejemplares.

promedio, hasta completar setenta y siete títulos.³⁰ Además, Agüeros se cercioró de que los ejemplares llegaran no solo a España, sino también a Lima, donde el escritor Ricardo Palma, por entonces a cargo de la Biblioteca Nacional de Perú, estaba muy interesado en reunir un acervo de obras mexicanas; a Colonia, donde se encontraba el hispanista y académico Juan Fastenrath; a Bogotá, donde vivía el diplomático y crítico literario colombiano Antonio Gómez Restrepo, y a París, donde a la sazón residía el filólogo y erudito bogotano Rufino José Cuervo.³¹

Prácticamente todos los interlocutores del editor coincidían en celebrar la Biblioteca, a la que encomiaban en términos semejantes, destacando el patriotismo de la empresa y alentando a Agüeros a perseverar en su propósito, pese a los escollos que encontraba a su paso. Entre estos, el principal parecía ser la financiación del proyecto, pues en no pocas ocasiones don Victoriano externó que los gastos que suponían las ediciones salían de su peculio y que aquellas habían sido pésimo negocio, aunque los casi quince años que la colección se mantuvo a flote hacen sospechar un poco de la veracidad de esa afirmación o al menos obligan a matizarla. Otro obstáculo para la continuidad del proyecto eran las dificultades para adquirir los materiales por publicar, pues en ocasiones los familiares de escritores difuntos se mostraban renuentes a facilitar los manuscritos al editor; esto se deduce de la respuesta de Ricardo Palma a una misiva de Agüeros del 6 de agosto de 1902: “Realmente que es necesario tener mucho amor por las letras patrias para llevar adelante la empresa, por usted acometida. Yo creí que usted contaba con decidido apoyo de parte de la familia de los escritores difuntos, y que ellos no se harían remolones para proporcionar a usted originales. Apena, en

³⁰ Hay que aclarar que la producción no fue tan regular; los volúmenes aparecieron de la siguiente forma: cinco en 1900, ocho en 1901, siete en 1902, tres en 1903, cuatro en 1904, dos en 1905 y en 1906, siete en 1908, cuatro en 1909 y nueve en 1910. En 1907 no se publicó ningún número. Hay cierta discrepancia en cuanto a los títulos que comprendió la Biblioteca; si bien muchos estudiosos afirman que fueron setenta y ocho, coincido con Pamela Vicenteño en que solo vieron la luz setenta y siete, pues el último libro que se anunció en *El Tiempo* fue el tomo VI de las *Obras* de José María Roa Bárcena, publicado en 1910 como el número 77 de la colección (cf. Vicenteño 2020, p. 38n).

³¹ Agüeros estuvo empeñado en dar a conocer la literatura mexicana en otras latitudes. Antes de su Biblioteca, se encargó de remitir a sus interlocutores extranjeros un volumen titulado *Escritores mexicanos contemporáneos* (1880), el cual reunía buena parte de los ensayos que a partir de 1878 publicó en *La Ilustración Española y Americana* y en el que intentó recopilar “un corpus de obras y autores” nacionales a fin de “poder escribir la historia literaria de México” (Mora 2015, p. 362; *vid.*, asimismo, Ramírez Vuelvas 2012, pp. 100-101).

verdad, lo que usted me refiere”.³² A ello habría que agregar la “frialidad” y el “desdén” con que, a juicio de Agüeros, había sido recibida la Biblioteca por el público mexicano, lo que para él se debía a su posición como director de un diario católico, que tenía “malquerientes y enemigos”.³³

En este punto cabe hacer algunas anotaciones en relación con la postura política e ideológica de Victoriano Agüeros, quien mantuvo una relación compleja y cambiante con el régimen de Porfirio Díaz. Para ello me serán de gran ayuda los planteamientos de Jorge Adame Goddard (1981), quien afirma que, si bien a partir de 1867, con la victoria del partido liberal, la actividad política del grupo de católicos que integraban el partido conservador se suspendió, su doctrina continuó desarrollándose bajo los posteriores regímenes liberales. Para Adame, la primera etapa de ese pensamiento católico abarcó de 1867 a 1892 y se caracterizó por un tradicionalismo político. Sus representantes, como Alejandro Arango y Escandón, Ignacio Aguilar y Marocho, Tirso Rafael de Córdoba, José de Jesús Cuevas, Manuel García Aguirre y el arzobispo Pelagio Labastida y Dávalos, “fueron, ante todo, creyentes; estaban conscientes de que su filosofía política debía subordinarse a la fe católica; siempre se mantuvieron sumisos a las autoridades eclesiásticas [...] y trabajaron por defender los derechos y fomentar los intereses de la Iglesia en México” (p. 8). Más que conservadores, fueron “reaccionarios’ o, en ciertos momentos, ‘revolucionarios’, pues sus principios políticos esenciales se op[usieron] completamente a los postulados liberales vigentes” y no deseaban, como sus predecesores, preservar un orden político anterior (p. 9).

A esta primera etapa siguió la de los “católicos sociales” (1892-1914), grupo integrado por jóvenes que a partir de la década de 1890 se ocuparon “principalmente del estudio de los grandes problemas sociales de su tiempo: el pauperismo, la concentración de la riqueza, la organización obrera, etcétera” (p. 10). La actividad intelectual de estos católicos, entre los cuales se encontraban

³² La carta de Palma tiene fecha de 20 de septiembre de 1902 (ERHC, exp. 21, doc. 67). Esta circunstancia pudo influir en que Agüeros desistiera de publicar algunos autores contemplados al elaborar el prospecto de la colección, como Manuel Orozco y Berra, Ignacio Aguilar y Marocho, Francisco Pimentel, José Joaquín Pesado e Ignacio Rodríguez Galván, entre otros.

³³ Carta de Victoriano Agüeros a Marcelino Menéndez Pelayo, de 26 de diciembre de 1896, en Menéndez Pelayo 1982-1991, vol. 14, carta 140.

Victoriano Agüeros, Trinidad Sánchez Santos, Eustaquio O’Gorman, Longinos Cadena, Francisco Elguero y Francisco Pascual García, fue “receptiva y difusiva”, pues procuraron “asimilar, explicar y divulgar la doctrina social de la Iglesia desarrollada en Europa, con el fin ulterior de adaptarla a la realidad mexicana” (p. 10). Esto llevó a la articulación de un movimiento social y un partido político católicos que buscaban reformar de forma pacífica la sociedad mexicana. Por tanto, Adame Goddard considera que estos católicos “no son ya ni conservadores ni reaccionarios, sino reformistas” (p. 10). Movidos sobre todo por las ideas de la encíclica *Rerum Novarum*, expedida por el papa León XIII en 1891 y publicada por la prensa católica mexicana en mayo de ese año,³⁴ estos hombres se preocuparon “por formar una doctrina social que sirviera para diseñar o poner en práctica un plan de reformas sociales que superase las deficiencias y vicios del sistema liberal” (p. 7).

El gobierno de Díaz, por su parte, mantuvo en materia religiosa una política de conciliación que se desarrolló “a nivel de relaciones personales” entre el primer mandatario y los obispos mexicanos; sin embargo, esto no se tradujo “en un concordato con la Santa Sede o siquiera en una reforma de la legislación vigente que afectaba a la Iglesia” (p. 103).

La realidad —explica Adame Goddard— era distinta. Es cierto que la política de conciliación permitió alguna libertad a la Iglesia, pero era una libertad condicionada, que dependía de la buena voluntad del gobernante y que exigía, entre otras cosas, la exclusión de todo elemento religioso en el sistema educativo oficial, la tolerancia de todo tipo de manifestaciones jacobinas, a veces provenientes de funcionarios o de periódicos subvencionados, la vigencia formal de las Leyes de Reforma, la perpetua amenaza de confiscación de los bienes eclesiásticos y de disolución de las corporaciones religiosas, y la no participación política de los seculares católicos [...].

³⁴ Punto de partida del pensamiento social de los católicos mexicanos, esta encíclica “señalaba [...] la existencia del conflicto entre propietarios y obreros debido, por una parte, al crecimiento de la industria, la concentración de riquezas en pocas manos y el consiguiente empobrecimiento de la multitud; por otra, a la unión que habían alcanzado los obreros junto con la conciencia que habían adquirido de su propio valer y poder y, en general, a la corrupción de las costumbres” (Adame 1981, p. 145).

Los católicos siempre habrían de tener en mente que su participación política podía servir de pretexto para atacar a la Iglesia, pero no por eso [...] fueron incondicionales del gobierno [p. 158].

En consonancia con lo anterior, Agüeros aseguraba que tanto su periódico como su editorial habían sido fundados a costa de esfuerzos y sacrificios personales, aunados a las generosas donaciones y apoyos de algunos particulares, como Juan Lavat y el sacerdote inglés Kenelm Vaughan, y que, a diferencia de otras empresas periodísticas, como *La Libertad* o *La Patria*, no recibía financiamiento gubernamental.³⁵ También llegó a mostrar una postura crítica, cuando no abierta oposición, hacia el mandato de Manuel González y el de Díaz, como ocurrió en relación con la deuda inglesa y el asunto del níquel.³⁶ Incluso, don Victoriano mantuvo correspondencia con Francisco I. Madero a mediados de 1908, y en las páginas de *El Tiempo* se informó con oportunidad “del levantamiento maderista, de la renuncia de Porfirio Díaz y de la toma de posesión de Francisco León de la Barra” (Camarillo 2006, p. 616). Asimismo, el Partido Católico Nacional, fundado el 3 de mayo de 1911 por las mismas personas que dirigían el Círculo Católico —entre las cuales figuraban Agüeros y Sánchez Santos—, adoptó la candidatura de Francisco I. Madero, quien vio con buenos ojos la creación de dicho partido, con cuyo ideario coincidía en términos generales (Adame 1981, p. 174).

No obstante su postura crítica, Agüeros osciló entre el rechazo y la aceptación de un gobierno que muy pronto dio señales de convertirse en dictadura. Por ejemplo, a partir de 1898 y a semejanza de otros católicos, trocó en “simpatía y abierto apoyo al régimen” la indiferencia y el recelo que este grupo había mostrado hacia la reelección de Díaz en 1892 y su proclamación como el “hombre necesario”

³⁵ *Vid.*, a este respecto, Pascual García 1908, pp. 1-2.

³⁶ Como se sabe, ambos episodios ocurrieron en 1883, durante el gobierno de Manuel González. Se considera que fueron dos grandes errores económicos que provocaron reacciones muy negativas en la opinión pública y desprestigiaron la gestión del compadre de Díaz, además de preparar el regreso de este último a la presidencia, en diciembre de 1884 (cf. Kuntz y Speckman 2010, p. 508). La postura crítica de Agüeros coincide con la afirmación de Erika Pani en el sentido de que, “durante las primeras dos décadas del gobierno de Díaz y antes del advenimiento del catolicismo social, los diarios católicos no se limitaron a exponer las doctrinas políticas católicas [...]. Como observadores no comprometidos del Estado liberal, se erigieron en los críticos más consistentes del régimen de Orden y Progreso” (2005, p. 128).

(cf. pp. 158-161). Si bien tal cambio pudo deberse a la convicción, generalizada por entonces, de que el gobierno de Díaz trabajaba por el bien común, también podría atribuirse a la creencia de que un Ejecutivo fuerte podría hacer frente tanto a los “renovados brotes de jacobinismo” como al “peligro de una intervención *yankee*”, circunstancias ambas temidas por los católicos. Cabe agregar, asimismo, que Agüeros obtuvo patrocinio estatal para publicar los dos tomos que conforman el *Romancero de la Guerra de Independencia* (números 71 y 74 de la Biblioteca de Autores Mexicanos), título que se promocionó como serie junto con los *Episodios históricos de la Guerra de Independencia* (números 72 y 75 de la Biblioteca), de varios autores, y unas *Biografías de los héroes y caudillos de la Independencia* escritas por Alejandro Villaseñor (números 73 y 76 de la colección, tomos III y IV de las *Obras* del autor).³⁷ Todos estos libros vieron la luz en el marco de los festejos del centenario de la Independencia, organizados con gran fasto por el gobierno de Díaz.

Ahora bien, para 1902, cuando Agüeros parecía mantener su postura de aceptación o apoyo hacia el régimen y apareció el primer tomo de las *Obras* de Rafael Delgado como el número 42 de la Biblioteca de Autores Mexicanos, ya se habían publicado en esta colección las obras del aludido Joaquín García Icazbalceta, José Peón y Contreras, Alejandro Villaseñor y Villaseñor, Victoriano Agüeros, José María Roa Bárcena, José López Portillo y Rojas, José Bernardo Couto, José Fernando Ramírez, José de Jesús Cuevas, Ignacio M. Altamirano, Manuel E. de Gorostiza, Lucas Alamán, Joaquín Baranda, Rafael Ángel de la Peña, Silvestre Moreno, Primo F. Velázquez, Manuel Payno y Fernando Calderón.³⁸

³⁷ A pesar de que en la portadilla de la obra de Villaseñor aparece 1910 como fecha de edición, en el colofón se lee lo siguiente: “Este libro acabose de imprimir en la imprenta de Victoriano Agüeros, el miércoles 21 de marzo de 1906, 100º aniversario del natalicio de D. Benito Juárez” (Villaseñor 1910, [p. 481]). Este dato es interesante al menos por dos motivos: en primer lugar, habla de la ambivalencia de la postura política de Agüeros, al recordar públicamente una efeméride relacionada con uno de los más importantes impulsores de las Leyes de Reforma, tan combatidas por los católicos; en segundo lugar, muestra la capacidad del editor guerrerense para colocar ejemplares que sin duda estaban lejos de considerarse un éxito de ventas. Este hecho recuerda que el libro, además de ser un objeto de naturaleza simbólica, es mercancía.

³⁸ Sin contar los incluidos en los seis números antológicos, la Biblioteca publicó obras de 31 autores; por orden de aparición, son los siguientes, con sus respectivos volúmenes: Joaquín García Icazbalceta (10 vols.), José Peón y Contreras (3 vols.), Alejandro Villaseñor y Villaseñor (4 vols.), Victoriano Agüeros (1 vol.), José María Roa Bárcena (6 vols.), José López Portillo y Rojas (4 vols.),

Al comparar los datos biográficos de esos dieciocho autores destacan ciertos elementos que resultan de interés, pues pueden ayudar a delinear una suerte de perfil ideal considerado por Agüeros para seleccionar el repertorio de su Biblioteca. El primer elemento es que cerca de la mitad (8) eran o habían sido colaboradores de *El Tiempo* y doce desempeñaban o habían desempeñado cargos públicos, como legisladores, diplomáticos, secretarios de Estado, etcétera. Además, casi la mitad (8) de los autores habían muerto al momento de la publicación del primer tomo de sus obras y solo cuatro no fueron miembros de la Academia de la Lengua. Huelga añadir, por ser prácticamente la norma entre los escritores de la época, que la mayoría no eran originarios de la capital y que pertenecían a distintas asociaciones literarias, formales o informales.

Con base en estos datos resulta fácil entender por qué Rafael Delgado fue seleccionado por Agüeros para formar parte de su Biblioteca de Autores Mexicanos: no solo representaba una de sus apuestas literarias más importantes; también reunía características comunes a los demás escritores de la colección: pertenecía a varias asociaciones culturales de gran prestigio (a saber: el Liceo Mexicano Científico y Literario, el Liceo Altamirano, la Academia de Literatura Española del Seminario Palafoxiano y la Sociedad Sánchez Oropesa), era miembro correspondiente y de número de la Academia Mexicana y, por añadidura, asiduo colaborador literario de *El Tiempo* y sus diversos semanarios, con cuya ideología comulgaba en términos generales.

Pero aunque resultan evidentes las razones por las que Agüeros reanudó su relación editorial con Delgado, me parece productivo preguntarse por qué este accedió a participar en la Biblioteca de Autores Mexicanos y por qué pudo haber aceptado escribir su tercera novela por encargo del editor guerrerense para incluirla

José Bernardo Couto (1 vol.), José Fernando Ramírez (5 vols.), José de Jesús Cuevas (1 vol.), Ignacio M. Altamirano (1 vol.), Manuel E. de Gorostiza (4 vols.), Lucas Alamán (4 vols.), Joaquín Baranda (1 vol.), Rafael Ángel de la Peña (1 vol.), Silvestre Moreno (1 vol.), Primo F. Velázquez (1 vol.), Manuel Payno (1 vol.), Fernando Calderón (1 vol.), Rafael Delgado (2 vols.), Juan Díaz Covarrubias (1 vol.), Florencio M. del Castillo (1 vol.), Bernardo Ponce y Font (1 vol.), [fray] Manuel [Martínez de] Navarrete (1 vol.), Alfredo Chavero (1 vol.), Justo Sierra [O'Reilly] (4 vols.), Ignacio Pérez Salazar y Osorio (1 vol.), Rafael Ceniceros y Villarreal (2 vols.), Manuel Ramírez Aparicio (2 vols.), Manuel G. Revilla (1 vol.), Alfonso M. Maldonado (3 vols.) y Manuel Domínguez (1 vol.). Téngase presente que los tomos vieron la luz de manera alternada.

en dicha colección. Aun cuando pueda darse por sentado que, frente a una industria editorial incipiente y un mercado en construcción, ningún autor se habría negado a formar parte de una empresa cultural como la de la Biblioteca, considero que la indagación que propongo podría ayudar a aclarar las motivaciones del escritor relacionadas con su percepción de la editorial de Agüeros, de los escritores publicados por ella y de las condiciones en que las obras se producían y distribuían. En esa exploración me será de gran utilidad la reflexión que Sigfried Unseld plantea en su obra *El autor y su editor*, en la cual plasmó sus experiencias formativas y al frente de la famosa y emblemática editorial alemana Suhrkamp.

En sus apuntes sobre la tarea del editor, Unseld establece que los autores, al decidirse por una editorial, “lo hacen por su fisonomía total y por su gerente”, lo que significa que eligen: a) por el grupo de autores que publica la casa; b) por la forma en que se presentan sus libros; c) por los colaboradores de la empresa, esto es, “por la capacidad de realización de los libros y proyectos confiados a la editorial”; d) “por la persona del editor, primer interlocutor del escritor y además responsable absoluto de los tres puntos antes citados” (2018, “Apuntes sobre la tarea del editor”, párr. 1-5).

Por lo que toca al primer punto, Unseld manifiesta que el rango —esto es, la influencia y las distinciones— de los autores que publica una editorial es lo que confiere a esta su prestigio, aunado al “grado de interés que sus libros suscitan y [...] las consecuencias que provocan” (“Primer punto”, párr. 1). Y añade:

puede decirse que cuando el conjunto de autores permite reconocer el perfil de un programa, este ya no es casual. El programa surgido orgánicamente, compuesto por el editor, tiene su propia dinámica y actúa tanto hacia fuera, como expectativa del público, como hacia dentro, sobre los mismos autores y sobre todos los que trabajan en la empresa e intentan realizar ese proyecto en su trabajo cotidiano [párr. 5].

En relación con este asunto conviene recordar, con Claudio Maíz, que los proyectos editoriales “se rigen por un criterio selectivo” en el que el propósito comercial es solo “una de las aristas de la empresa, ni de lejos la más relevante” (2011, p. 84). Tal como lo ha explicado el crítico argentino:

Al hablar del mecanismo selectivo que activa tanto una colección de libros (editorial) como una colección de textos literarios (antología) salta a la vista que aparece como mediador un sujeto que materialmente —podría decirse— pone en juego sus preferencias. Que el sujeto sea el actor material no significa que la selección esté hecha de manera aislada y atada exclusivamente a sus gustos [...]. En rigor y más estrictamente hablando, los proyectos editoriales constituyen un componente del mecanismo de enlace de las redes, pero también son un eventual resultado de ellas. El proyecto editorial contribuye a conformar, al fin de cuentas, parte de la biblioteca de la red, esto es, proveer los instrumentos necesarios para la configuración de un mapa de lecturas que suministran los tópicos discursivos de la red, y al mismo tiempo, ayuda a reforzar la cohesión y densidad de la red mediante la circulación de los libros que la red consiente [pp. 84-85].

Ya se ha visto que en los escritores que hasta 1902 habían sido incluidos en la Biblioteca de Autores Mexicanos es posible reconocer cierto perfil, lo que en el caso de Agüeros confirmaría la opinión de Unseld de que el programa de la colección poseía su propia dinámica e influía tanto en el público como en los mismos escritores. En relación con esto, resulta sumamente ilustrativo el siguiente comentario que, con el título de “Opinión autorizada acerca de la Biblioteca de Autores Mexicanos”, apareció el 8 de febrero de 1901 en la primera plana de *El Tiempo*; pese a su extensión, me permito reproducirlo completo, en virtud de su enorme importancia para esta exposición:

Como decimos en otro lugar, la Noticia Biográfica del señor licenciado don Silvestre Moreno, cuyas obras forman el tomo 32 de la Biblioteca de Autores Mexicanos, que acaba de publicarse, está escrita por el reputado literato don Rafael Delgado, quien se expresa acerca de dicha publicación en términos sumamente honrosos para el Editor, y que este agradece en el alma, sin creerse acreedor a ellos.

Dice el señor Delgado que el libro del señor licenciado Moreno es “ofrecido con laudable empeño a la cultura hispano-americana por el diligente editor de la Biblioteca de Autores Mexicanos; colección destinada a dar a conocer en ambos mundos las obras literarias de nuestros ingenios; a reimprimir libros escasos o rarísimos; a publicar otros nuevos; a sintetizar nuestra actividad intelectual en todos los ramos del saber humano, durante las ocho décadas transcurridas desde la consumación de nuestra independencia política”.

Y después continúa:

“Parécenos inútil encomiar esta empresa, tan noble y valerosamente acometida por el señor licenciado don Victoriano Agüeros, y —sin duda alguna— merecedora del favor público y de la protección leal y franca de un gobierno ilustrado, ajeno a prejuicios del partido y a mezquindades de bandería.

”En esta Biblioteca podrá hallar quien aspire a informarse de nuestra literatura muchos libros que, sin los esfuerzos de tan desinteresado editor, permanecerían en el olvido, ignorados de la generación actual; libros de los cuales no se tiene noticia en las librerías; conservados por uno que otro amante de las cosas de la tierra; rarísimos en las bibliotecas públicas; por caso raro anotados en catálogos y monografías bibliográficas, y de tan difícil adquisición, que parecería cosa rayana en lo imposible hacerse con un solo ejemplar.

”Gracias al señor Agüeros tenemos hoy a mano el teatro de Gorostiza, lustre y regocijo de la escena española y de la nuestra; un volumen de don José Bernardo Couto (gloria purísima de Orizaba), sabio eminente de quien se ha dicho que en su tiempo fue el primer hombre de letras de la América latina, después de Andrés Bello, y cuya famosa defensa del general Reyes sigue siendo perdurable monumento de castiza elocución y de finísima dialéctica; las obras de don José Fernando Ramírez, desconocidas por tantas personas, y los numerosos e incomparables trabajos del inolvidable García Icazbalceta, indagador concienzudo e ilustrador maravilloso de nuestro siglo XVI.

”Mas en esta compilación debían tener cabida, asimismo, obras de escritores contemporáneos, no solo de aquellos que en la capital de la República brillan y florecen, sino de otros muchos que en diversas y distantes regiones del país han cooperado, activos e incansables, al desarrollo de nuestra cultura, y de los que, al presente, van siendo, por decirlo así, creadores de la literatura regional.

”De tales ingenios tenemos ya en esta Biblioteca algo del señor licenciado Baranda, en cuyos escritos corren apareadas con la delicadeza y la nitidez del estilo la intención y la profundidad; los donosos cuentos de don José María Roa Bárcena, el intachable periodista de agitados tiempos, crítico perspicuo, galano poeta e historiador sereno e imparcial de nuestra gloriosa guerra con los Estados Unidos; y una preciosa novela regional, *La parcela*, del señor licenciado don José López Portillo y Rojas, libro encantador, sin precedente en nuestros anales literarios, cuadro interesantísimo de la vida rústica, opulento de luz, de color y de movimiento, hecho según la expresión de un amante de toda belleza artística ‘muy adentro de nuestra propia vida’.³⁹

³⁹ Se refiere a Jesús E. Valenzuela, según se aclara en nota al pie.

”¡Qué mucho que también tengan sitio en esta larga serie de tomos, las obras de un modesto y sabio maestro, de un jurisconsulto distinguidísimo, a quien buena parte de la juventud veracruzana debe profundo cariño, discreto estímulo, nobles ejemplos y atinada fructífera doctrina!” [*El Tiempo*, año XVIII, núm. 5 210, pp. 1 y 4].⁴⁰

A no dudarlo, Delgado admiraba y respetaba a la mayoría de los autores seleccionados por Agüeros; de hecho, en su comentario mencionó a ocho de los dieciocho que hasta 1902 habían sido incluidos por el editor en su repertorio. Además, en varios pasajes de sus obras hay referencias constantes y elogiosas a otros, como Lucas Alamán, José Peón y Contreras e Ignacio Manuel Altamirano. Otras afinidades lo unían con Rafael Ángel de la Peña, como él académico de la lengua y quien dedicó un pormenorizado estudio a *Angelina*.⁴¹ Y lo mismo puede decirse del propio Agüeros, con quien parecía mantener una relación no solo profesional, sino también afectuosa. Aunado a lo anterior, resulta difícil no contar a Delgado entre los escritores contemporáneos que, fuera de la capital de la República, habían “cooperado, activos e incansables, al desarrollo de nuestra cultura”, y entre los “creadores de la literatura regional”. Esta circunstancia, por lo demás, diferenciaba al veracruzano de otros autores que habían hecho de la Ciudad de México el epicentro de su escritura; tal era el caso de los decadentes, quienes exaltaron los poderes ambivalentes de la capital, en un claro enfrentamiento con el campo, dotado por ellos de un signo negativo, opuesto al que Delgado le había conferido.

Así, pues, en el prólogo al primer tomo de sus *Obras*, Delgado manifestó el deseo

de escribir más tarde (mi sueño azul), una novela rústica y veracruzana, a manera de *La parcela* de mi admirado amigo don José López Portillo y Rojas; novela en que palpiten la vida y las costumbres campesinas de esta privilegiada región [...]. ¡Dios me dé salud y reposo para poner mano a la susodicha novela rústica, y no me niegue favor y ayuda para que salga

⁴⁰ El texto citado de Delgado proviene de la primera parte de los “Apuntes biográficos” que acompañaron a las *Obras* de Silvestre Moreno (*vid.* Delgado 1901).

⁴¹ “*Angelina*. Estudio crítico”, en *El Renacimiento*, segunda época, entregas 9 y 10, del 4 y 11 de marzo de 1894, pp. 129-132 y 145-148. Se publicó también en el tomo IV de las *Memorias de la Academia Mexicana* (1895).

digna de nuestra naciente literatura regional, y del pueblo que habrá de inspirarla y producirla!
[1902, p. xxxviii].⁴²

Puede concluirse, por tanto, que la Biblioteca de Autores Mexicanos habría proporcionado a Delgado la oportunidad de pertenecer de manera explícita a un grupo del que intelectual y afectivamente se sentía parte. Al mismo tiempo, este importante proyecto respondía, como he señalado antes, a una concepción de la literatura ligada a las ideas de sanidad y progreso, con la cual el escritor veracruzano parecía comulgar en términos generales.

Volviendo al listado de Sigfried Unseld, en su segundo punto este autor asienta que la “voluntad del editor se manifiesta con total claridad en sus diferentes colecciones”, en las que puede “expresar sus propias ideas” (2018, “Segundo punto”, párr. 2). Y añade que, si bien la imagen de una editorial la determina el contenido de sus libros, ella también depende de su “aspecto exterior”. “Tampoco en este caso —continúa Unseld— hay que pretender la uniformidad, pero sí cierta unidad en la pluralidad. Lo más importante: la forma del libro tiene que ser adecuada” (párr. 3). Aunque desconozco cuál era la opinión de Delgado en relación con la presentación de las obras de la Biblioteca de Agüeros, sí sé que este consideró importante ese elemento en la descripción de su proyecto. Así, informó a los potenciales lectores que el modelo para su colección era la “Biblioteca [*sic* por Colección] de Escritores Castellanos” que por entonces se publicaba en Madrid, bajo la dirección del editor, escritor y académico de la lengua Mariano Catalina, y en la cual, por cierto, vieron la luz veintidós tomos de las obras de Marcelino Menéndez Pelayo.⁴³ De acuerdo con el prospecto ya citado, los tomos de Agüeros estarían “impresos en buen papel”, la impresión sería “correcta y esmerada”, los

⁴² Esta novela, hasta donde se sabe, no pasó de ser un proyecto de su autor, lo mismo que *La apostasía del padre Arteaga* y *La huelga* (cf. Bickley 1935, pp. 211-214; *vid.*, asimismo, *Los parientes ricos*, “Prólogo”, nota 3).

⁴³ La Colección de Escritores Castellanos, publicada en Madrid entre 1880 y 1929, incluyó 161 volúmenes de formato pequeño, igual que el de los tomos de la Biblioteca de Agüeros (10 × 16.5 cm). De acuerdo con el *Catálogo de las obras de literatura e historia* de la Casa Editorial y Librería de los Señores Hernando y Compañía, impresores y librerías de la Real Academia Española, dicha colección de “tomos en 8.º de 400 a 500 páginas” venía “a completar la Biblioteca de Autores Españoles, dando a luz las obras de nuestros más famosos escritores contemporáneos en elegantes y correctísimas ediciones” (1897, p. 4).

“tipos elzevirianos”, y la portada, “a dos tintas (negro y rojo), con una guarda estilo Renacimiento”; además, se garantizaba que todos los ejemplares serían enteramente iguales entre sí. Por añadidura, el primer tomo de las obras de cada autor incluiría el retrato y la firma de este, amén de una noticia biográfica y bibliográfica.⁴⁴

Pese a no mencionarlo, ciertamente Agüeros pudo inspirarse también en otras colecciones con las cuales Delgado tal vez estaba familiarizado, como la Biblioteca de Autores Mejicanos (1883-1889) formada por Ramón Lainé, editor y librero francés avecindado en Veracruz, donde tenía una de las dos sucursales de la casa que llevaba su nombre y en la que “vendía sus obras y hacía descuentos al mayoreo” (la otra se ubicaba en Puebla; *cf.* Vicenteño 2020, p. 23). De acuerdo con Pamela Vicenteño, la colección comenzó a imprimirse en París y después siguió produciéndose en Puebla y Veracruz, de donde se distribuía a lo largo del territorio nacional, así como en España y otros países. El sello que identificó esta Biblioteca fue Librerías La Ilustración y luego Ramón Lainé, Editor. Los ejemplares se vendían por suscripción y estaban “lujosamente” impresos y empastados “con tapas duras color rojo, con un águila y una serpiente doradas al centro” (p. 23). La Biblioteca de Lainé incluyó textos poéticos y dramáticos de los más distinguidos escritores mexicanos de la primera mitad del siglo XIX, como José Peón y Contreras, Ignacio Rodríguez Galván, Manuel Carpio, Alejandro Arango y Escandón, José Sebastián Segura, Manuel M. Flores, Manuel Acuña, Juan de Dios Peza y Joaquín Trejo Aguirre, quienes “para entonces ya eran hitos de la poesía nacional” (p. 24).

Al respecto, cabe decir que recopilaciones como las de Agüeros y Lainé, que se propusieron construir un canon nacional privilegiando ciertos géneros y agrupaciones de determinado signo estético e incluso ideológico, constituyen un fenómeno que no fue privativo de México. De hecho, según afirma Álvaro Ceballos Viro en un artículo titulado “Las colecciones editoriales y la construcción nacional”, a medida que el paradigma nacional se globalizó, “la receta de la colección nacional [fue] imitada, calcada, estandarizada y finalmente asumida como una fórmula tan

⁴⁴ En ocasiones, como se ha visto en el caso de Silvestre Moreno, esta noticia se encomendaba a los propios autores de la colección.

indispensable como las instituciones y los símbolos nacionales” (2017, p. 330); de ahí que no sorprenda que Agüeros haya recuperado para su Biblioteca —a sabiendas o no— el título elegido por su colega francés y tomado por modelo una colección española con pretensiones similares a las que él mismo abrigaba. Tampoco es casual el desplazamiento del interés del editor de la poesía a la prosa, pues si bien la primera seguía teniendo numerosos adeptos, la segunda podía considerarse garantía de venta, lo que explica el predominio de la narrativa no solo en la colección y las empresas periodísticas de Agüeros, sino también en la oferta editorial de la época.

Ahora bien, los dos últimos puntos mencionados por Unseld están íntimamente vinculados. Acerca de ellos, el editor alemán dice lo siguiente: “El autor se inclinará por la editorial a la que crea capaz de sacar adelante su manuscrito. Su decisión abarca también a los colaboradores de la empresa” (2018, “Tercer punto”, párr. 1). Y agrega:

La confianza de un escritor en una editorial se concentra en el hombre que se responsabiliza intelectual y materialmente de la casa, que le puede dar seguridad y a menudo tiene que animarle a continuar un trabajo empezado, a emprender una nueva obra o a recomenzar después de un fallo, una renuncia, una crítica o un fracaso estrepitoso [“Cuarto punto”, párr. 2].

Delgado sabía por experiencia que, pese al descuido editorial y las abundantes erratas de que solían quejarse los críticos de Agüeros,⁴⁵ la empresa de este se había mostrado capaz de sacar adelante otras obras suyas, promoverlas e incluso distribuirlas. De hecho, el escritor era consciente de que, al ser incluidas en la Biblioteca, sus obras llegarían a España y Sudamérica; prueba de ello es el siguiente pasaje de su prólogo a los *Cuentos y notas*, fechado en 1902:

⁴⁵ Un ejemplo entre muchos lo proporciona Enrique Fernández Ledesma, quien comentó lo siguiente respecto de la Biblioteca: “Aunque esta colección de Agüeros es muy estimada, porque en sus tomos se alojan autores y material de cuantía, constituye, sin embargo, un esfuerzo apenas estimable en cuanto a méritos tipográficos” (1991, p. 156).

Comprendo que *para los lectores españoles y sudamericanos* vendría como de perlas, a la fin de este libro, un vocabulario que les enseñara lo que dicen o quieren decir ciertas palabras de uso corriente entre nosotros. Quede reservada tamaña labor a los filólogos, y a quienes, como el inolvidable García Icazbalceta, gusten de catalogar vocablos y de rebuscar, en libros viejos y nuevos, voces y modismos que vayan a aumentar con oro de América [...] el inmenso tesoro de la incomparable lengua del pasmoso Cervantes y de mi amadísimo Pereda [1902, p. xxxix; las cursivas son mías].

De igual modo, el empresario guerrerense había logrado convencer a Delgado de escribir una novela y numerosos cuentos, y muy probablemente lo remuneró por ello. Todas esas razones, sin duda, fueron suficientes para que el escritor eligiera a Agüeros como editor de su tercera novela y que aceptara integrarse a la Biblioteca de Autores Mexicanos, a pesar de haber mostrado cercanía estética con autores y proyectos editoriales de otras tendencias.

A MANERA DE DESENLACE

La historia editorial de la que me he ocupado en estas páginas finalizó justo al llegar a su clímax: una vez que terminó la publicación del segundo tomo de las *Obras* de Delgado, el escritor veracruzano no volvió a colaborar en *El Tiempo* ni en sus semanarios. Además, como ya expliqué, su última novela, *Historia vulgar*, fue escrita exclusivamente para *El País*, periódico fundado y dirigido por Trinidad Sánchez Santos, donde se publicó por entregas a fines de 1904. Una de las posibles razones de la ausencia de Delgado de las páginas del diario de Agüeros es que, después de *Los parientes ricos*, su producción literaria fue muy escasa:⁴⁶ dio a las prensas el libro de texto *Lecciones de literatura, I, Estilo y composición* (Jalapa, Imprenta del Gobierno del Estado, 1904), el cual era “refundición” del *Traité théorique et pratique de littérature, style et composition* (1871) de Émile Lefranc

⁴⁶ Unos cuantos textos suyos se reeditaron, como los poemas “Escamela” y “Ojo de agua”, que vieron la luz en la *Revista Moderna. Arte y Ciencia* en 1903; el relato “Justicia popular” y el poema “A Jalapa”, en *El Cosmopolita*, en 1905, y “Mi vecina”, en este mismo diario, al año siguiente.

(Moore y Bickley 1943, p. 185); compuso un discurso para celebrar el tercer aniversario secular de la publicación de *El Quijote* (Orizaba, Oficina Tipográfica, 1905), y preparó unas *Lecciones de geografía histórica* (Jalapa, Oficina Tipográfica del Gobierno del Estado, 1910), libro de texto que también era traducción, a veces “casi literal”, de Th. Burette, *Géographie ancienne* (París, Chamerot, Librairie Éditeur, s. f.) (pp. 183 y 184). A ello puede añadirse el hecho de que la salud y el ánimo del autor decayeron de forma paulatina hasta su muerte, acaecida el 20 de mayo de 1914, “después de tres semanas de enfermedad” (Sol 1995b, p. 55). Esta circunstancia parece reflejarse en la factura de *Historia vulgar*, cuya calidad no es comparable con la producción anterior del autor y de la que incluso se sospecha que fue “mutilada en algunos pasajes” (Moore y Bickley 1943, p. 165).

Especulaciones aparte, lo cierto es que la relación que Delgado y Agüeros mantuvieron por casi dos décadas fue muy provechosa y a ella debemos que buena parte de las obras del autor se haya conservado hasta nuestros días. En las páginas siguientes profundizaré en el modo de producción y distribución de *Los parientes ricos*, objeto de esta investigación, así como en otros aspectos relacionados, como la intervención de diversos agentes, entre ellos el linotipista, en el proceso de composición literaria de la novela.

CAPÍTULO 2

LOS PARIENTES RICOS, UNA NOVELA POR ENTREGAS

La obra literaria consiste, exhaustiva o esencialmente, en un texto, es decir (definición mínima), en una serie más o menos larga de enunciados verbales más o menos dotados de significación. Pero el texto raramente se presenta desnudo, sin el refuerzo y el acompañamiento de un cierto número de producciones, verbales o no, como el nombre del autor, un título, un prefacio, ilustraciones, que no sabemos si debemos considerarlas o no como pertenecientes al texto, pero que en todo caso lo rodean y lo prolongan precisamente por *presentarlo*, en el sentido habitual de la palabra, pero también en su sentido más fuerte: por darle presencia, por asegurar su existencia en el mundo, su “recepción” y su consumación, bajo la forma (al menos en nuestro tiempo) de un libro.

GÉRARD GENETTE 2001, p. 7

Estas palabras de Gérard Genette ponen el acento en un aspecto de la obra literaria que complementa el enfoque adoptado en el capítulo anterior. Pues si en un principio me centré en la relación profesional que Rafael Delgado mantuvo a lo largo de dos décadas con su editor Victoriano Agüeros, para lo cual tomé en cuenta la naturaleza doble del libro, en la que conviven mercancía y significación, en estas páginas me enfocaré en otra dualidad, señalada por Roger Chartier, para quien el libro es a un tiempo objeto y discurso (Chartier 2017b, p. 3). Esta consideración forma parte de un acercamiento, el de la materialidad, que por un lado cuestiona la autonomía de la creación literaria y ancla la obra en el contexto de su producción, y, por otro, pone dicha obra en relación con sus distintos modos de lectura y

distribución, mostrando “cómo los soportes y las formas tienen consecuencias sobre la interpretación” (Sánchez García 2005, p. 67).¹

La premisa central de este enfoque consiste, pues, en que no hay obra literaria sin realización material. Por tanto, el concepto de la “materialidad del texto” (“matérialité du texte”) busca remontar la oposición, “clásica pero errónea” (“classique mais trompeuse”), entre la obra —inmaterial— y el libro —objeto impreso— (Chartier 2017b, p. 2); asimismo, rechaza el anhelo de recuperar el “texto en sí”, es decir, un “original” que subyacería a las distintas ediciones o estados de una producción literaria determinada. Como lo han explicado de manera elocuente Margreta de Grazia y Peter Stallybrass en un ensayo pionero dedicado a examinar la materialidad de Shakespeare,

“La cosa en sí”, el auténtico Shakespeare, es en sí misma una categoría problemática, basada en una metafísica del origen y la presencia de la que el posestructuralismo nos ha enseñado a sospechar [...]. Regresar a los primeros textos no permite acceder a un “original” privilegiado; por el contrario, para el lector moderno impide el acceso. Las características difuminadas por la modernización y la enmienda permanecen empecinadamente en su sitio para obstruir la ilusión de transparencia, la impresión de que hay un “original” ideal detrás del texto.

Estas características son precisamente el objetivo de este ensayo: tipografías y formas de escritura antiguas, divisiones irregulares de líneas y escenas, portadas y otros elementos paratextuales, así como enigmas textuales. Constituyen lo que llamamos la “materialidad del texto”. Descartadas o transformadas hasta quedar irreconocibles en las ediciones

¹ Para el planteamiento de este capítulo han sido esenciales las ideas de Donald F. McKenzie. En consecuencia, la intención que anima estas páginas se inspira en los objetivos que este estudioso estableció para la bibliografía material, “disciplina que estudia los textos como formas registradas, así como los procesos de su transmisión, incluyendo su producción y su recepción [...]. También acepta abiertamente que los bibliógrafos deberían ocuparse de demostrar que las formas repercuten en el significado. Más allá de esto, nos lleva a describir no solo los procesos técnicos, sino también los procesos sociales de transmisión [...]. Se refiere a una historia del libro y, de hecho, de todas las formas impresas [...]. Porque una historia del libro que excluyera el estudio de las motivaciones sociales, económicas y políticas de la edición, las razones por las que los textos fueron escritos y leídos como lo fueron, el porqué fueron escritos de nuevo y rediseñados, o se dejó que muriesen, degeneraría en insignificante listado de libros y nunca llegaría a ser una historia que verdaderamente mereciera la pena” (2005, p. 31). Es claro que las ideas de este especialista tienen gran relación con el quehacer ecdótico, sobre todo por el interés de la bibliografía material en el estudio de los textos como formas registradas; tal enfoque multidisciplinario invita a quien hace edición crítica a ampliar el campo de visión y considerar aspectos que, si bien están “fuera” del texto, son inseparables de él.

convencionales, permanecen obstinadamente en las páginas de los primeros textos, insistiendo en que se les vea *directamente* y no que se vea *a través de ellas* [1993, pp. 256-257].²

Si se atiende a esta argumentación, resulta evidente la afirmación de que los textos son “móviles e inestables”, pues varían en función de las distintas realizaciones materiales que de ellos se hacen e, incluso, a lo largo del proceso de publicación, como resultado de “una pluralidad de decisiones, o de errores” que pueden englobar “el descuido del autor, las equivocaciones de los cajistas, la falta de atención de los correctores” (Chartier 2006, p. 7) y un largo etcétera que plantea una importante disyuntiva para el trabajo ecdótico y la crítica literaria: aspirar a recuperar y estudiar el texto que el autor “compuso, imaginó, deseó, y que el trabajo en el taller tipográfico necesariamente hubo de deformar”, o asumir que “las formas, incluso extrañas, en las cuales una obra fue publicada deben ser consideradas como sus diferentes encarnaciones históricas”, lo cual podría conducir a la postulación extrema de editar críticamente cada uno de los estados de un texto “porque, al ser resultado tanto de los gestos de la escritura como de las prácticas del taller, constituyen la obra tal y como fue transmitida a sus lectores” (p. 8).³ Desde luego, llevada a sus últimas consecuencias, esta segunda postura sería difícil de sostener, pues resultaría económicamente inviable emprender tal cantidad de ediciones, para no hablar de la (im)posibilidad de publicarlas.

² “‘The thing itself,’ the authentic Shakespeare, is itself a problematic category, based on a metaphysics of origin and presence that poststructuralism has taught us to suspect [...]. Return to the early texts provides no access to a privileged ‘original;’ on the contrary, for the modern reader it bars access. The features that modernization and emendation smooth away remain stubbornly in place to block the illusion of transparency—the impression that there is some ideal ‘original’ behind the text. / These features are precisely the focus of this essay: old typefaces and spellings, irregular line and scene divisions, title pages and other paratextual matter, and textual cruxes. They constitute what we term the ‘materiality of the text.’ Discarded or transformed beyond recognition in standard editions, they remain obstinately on the pages of the early texts, insisting upon being looked *at*, not seen *through*” (las cursivas son del original; en este y los casos siguientes, la traducción es mía).

³ Chartier ejemplifica la primera de estas posturas con la clásica edición del *Quijote* a cargo de Francisco Rico; la segunda, en cambio, le parece característica de la crítica shakesperiana (cf. 2006, pp. 7-8). En la edición crítica que ahora presento he adoptado un enfoque quizá más afín al de Rico, pues decidí fijar la segunda edición de *Los parientes ricos* por creerla más cercana a la voluntad autoral; sin embargo, soy consciente de que, en ausencia de un manuscrito, resulta sumamente complicado establecer tal voluntad a cabalidad.

Independientemente de la opción que se elija, en todo momento es preciso tener presente que “editar una obra no es recuperar un *‘ideal copy text’*, sino explicitar la preferencia otorgada” a uno u otro de los estados de un texto, “así como las elecciones hechas en cuanto a su presentación: divisiones, puntuación, grafía, ortografía” (Chartier 2006, p. 8). No hay que olvidar, en este sentido, que la propia materialidad de los textos que editamos vuelve evidente que también las prácticas y teorías modernas poseen una historia específica y, por fuerza, contingente (De Grazia y Stallybrass 1993, p. 257).⁴

Con base en lo anterior, en las siguientes páginas me gustaría detenerme en dos aspectos del enfoque de la materialidad de los textos y su expresión en *Los parientes ricos*: el primero atañe al proceso editorial de la novela y los agentes que intervinieron en él; en el segundo, donde abordo la relación entre materialidad y distribución, expondré algunas consideraciones vinculadas con el proceso creativo de Delgado y la forma en que se vio afectado por la modalidad y el tipo de soporte en los que se publicó el primer testimonio de su tercera novela.

EL PROCESO EDITORIAL DE *LOS PARIENTES RICOS*:

ALGUNAS HIPÓTESIS

Como he señalado, uno de los planteamientos centrales de la materialidad es que el texto se caracteriza por su inestabilidad y que, en consecuencia, resulta imposible ofrecer su edición definitiva (Sánchez García 2005, p. 65). Pero el alcance de esta aseveración no se detiene ahí: entraña también un importante cuestionamiento del protagonismo autoral en la creación de sentido de la obra literaria, puesto que, a la hora de publicar, la figura otrora capital del escritor y sus intenciones se ven

⁴ Donald F. McKenzie expresó una opinión parecida: “Pretender hacer hoy una edición definitiva ha venido a convertirse en un ideal imposible a la vista de los muchos testimonios que demuestran que los autores revisaban sus obras y que, por tanto, existe una inestabilidad textual. Cada versión reclama su derecho a ser editada a su propia manera, respetando su historicidad como tal realidad concreta” (2005, pp. 19-20).

afectadas por la intervención de otros actores, como el editor, el mercado, los operarios del taller tipográfico, el librero, el impresor, entre otros.

De acuerdo con esto, Alejandro Higashi, en un artículo en el que buscó aplicar los principios de la bibliografía material al análisis literario, planteó que en el espacio de tensión constituido por los aspectos “periféricos” o externos de las obras (títulos, cuartas de forros, portadas, textos de solapas, etcétera) “confluyen varias voluntades, no solo la omnipresente voluntad autoral que estamos acostumbrados a privilegiar”, sino también la del editor; el artista plástico cuya obra se plasma en la portada; el diseñador propiamente dicho, responsable del aspecto exterior del libro y la disposición interior del texto; el autor de la cuarta de forros, e incluso el vendedor que tasa el precio del volumen, así como aquello “que en última instancia puede determinar la compra y el disfrute posterior del ejemplar o su eventual abandono” (2013a, pp. 558-559). En opinión de Higashi, todos esos elementos, aunque ajenos a la “sacralizada figura del autor”, repercuten en el “deseo lector y, con toda probabilidad, en la experiencia total de lectura a la que será sometido el material” (pp. 559-560).⁵

En relación con lo anterior y según advertí antes, en este apartado pretendo explorar tanto el proceso mediante el cual *Los parientes ricos* se inscribió en su materialidad como los actores que tomaron parte en dicho proceso. Así pues, plantearé una serie de hipótesis en torno al proceso editorial de la tercera novela de Rafael Delgado, destacando aquellos personajes, decisiones y factores que repercutieron en la obra publicada. Para ello me será necesario describir, así sea brevemente, tres características del contexto editorial en que este título se publicó.

La primera característica —que de algún modo ejemplifiqué en el capítulo anterior, a partir de la figura de Victoriano Agüeros— es que en el tránsito entre los siglos XIX y XX el editor comenzó a adquirir funciones específicas y diferenciadas en el proceso de producción y difusión editorial. De acuerdo con Jesús A. Martínez Martín, la figura del editor empezó a distinguirse mediante “señas de identidad propias” y experimentó una depuración que supuso un verdadero salto cuantitativo

⁵ Esto último, por supuesto, no descarta la existencia de la experiencia estético artística a la que el autor busca encaminar al lector, aspecto que abordaré en el capítulo siguiente.

en lo que respecta a la creación de libros; así, este personaje se erigió como financiador y gestor;⁶ aportó “una labor intelectual para discernir textos y acoplarlos a la demanda, proyectando gustos o asumiéndolos”, además de desempeñar una función de carácter técnico al planificar “la fabricación de las formas de los libros y una estrategia comercial para su difusión” (2001a, p. 34). A tal grado ganó protagonismo este agente del proceso editorial que la iniciativa de creación de los textos ya no dependió solo del autor en su afán de verse publicado, sino de “las propuestas y encargos del editor para surtir el mercado, como [en] el caso de las novelas por entregas” (p. 70).

La segunda característica, que sin duda contribuyó a la transformación de la labor del editor en relación con el mercado, son los importantes cambios demográficos que se registraron en el país a lo largo del Porfiriato. Durante esta etapa, la población pasó de 9.5 a más de 15 millones de habitantes, de los cuales un porcentaje significativo contaba entre 16 y 30 años. La mayoría estaba concentrada en la capital y los estados del centro, que albergaron alrededor de 35 % de los mexicanos (Kuntz y Speckman 2010, p. 529). Si bien la nación continuó siendo primordialmente rural, después de 1900 hubo más de cinco ciudades con más de 50 000 habitantes, y poco más de 70 con 20 000 (p. 530). Todo ello se tradujo en la conformación de un mercado editorial que, aunque incipiente e inestable, supuso un reto para el editor: este debió ser capaz de interpretar y responder con una oferta diversificada a las nuevas condiciones de una demanda cada vez más abundante, heterogénea y con diferentes perfiles poblacionales —niños, mujeres y obreros, por ejemplo—.⁷

Tal aumento y diversificación de la oferta editorial fue posible gracias a la tercera y última característica del contexto editorial finisecular: el abaratamiento

⁶ De hecho, Martínez Martín lo considera como un nuevo “mecenas” o “empresario aportado por la economía materialista” (2001a, p. 34).

⁷ No se puede negar, claro está, que la tasa de alfabetización nacional era realmente muy menor en comparación con la de otras naciones desarrolladas. Según el Censo de Población de 1895, solo sabían leer 14 % de los habitantes del país, y 38 % de quienes poblaban la capital; y hay que tener claro, como señala Marlène Schmitt, que saber leer no es sinónimo de poseer una práctica lectora (1999, p. 103). Sin embargo, aun en esas condiciones se registró un paradójico crecimiento del número de periódicos y revistas, cuya abundancia y diversidad caracterizaron la centuria; al respecto, véase Clark y Zavala 2020a, p. 6, y Toussaint 2018, p. 43.

generalizado de los insumos y los procesos editoriales debido a la introducción de nuevas tecnologías. En este sentido, no pueden omitirse los efectos que tuvo la considerable disminución del precio del papel a partir del establecimiento, en la última década del siglo XIX, de la empresa San Rafael, la cual se vio favorecida por varias exenciones fiscales y otras facilidades otorgadas por el régimen porfirista (Zamora 2013, p. 136).⁸ Gracias a ello pudo introducir importantes innovaciones tecnológicas con las que inauguró en México una nueva era “en la que se basa la industria del papel hasta estas fechas” (Lenz 2001, p. 689).⁹ A partir de 1897, esta empresa, erigida en sociedad anónima, agrupó varias fábricas y llegó a convertirse en un verdadero monopolio que en breve concentró la venta de papel a imprentas, casas editoras y prensa (Zamora 2013, p. 137).¹⁰

Por lo que toca a las tecnologías en el ámbito editorial, puede decirse que, a escala global, se registraron varias transformaciones en el marco de un proceso de modernización que tuvo distintos ritmos en función del grado de avance de cada contexto regional. En el caso mexicano es posible rastrear, sobre todo en la prensa, una lenta pero innegable evolución de las técnicas de composición e impresión que condujo a una paulatina transformación del mercado y las actividades editoriales (Zamora 2013, p. 9).¹¹ En general hay acuerdo en considerar que tres inventos tuvieron el mayor protagonismo en lo que se ha llamado la “multiplicación del impreso” o la “impresión para todos” al declinar el siglo XIX: el huecograbado, que permitió reproducir fotografías a un precio muy reducido; la rotativa, capaz de

⁸ No es casualidad que entre los accionistas de la compañía se contara el hijo de Porfirio Díaz, para quien probablemente resultaba provechoso tener participación indirecta en la producción papelera, pues ello podría suponer un control de lo que se publicaba o dejaba de publicarse (cf. Zamora 2013, p. 136).

⁹ La de San Rafael fue la primera fábrica de papel en México totalmente electrificada, gracias a que contó con planta hidroeléctrica propia; también utilizó como materia prima, en vez de trapo, celulosa al sulfito y pasta mecánica de madera, ambas elaboradas en sus mismas instalaciones (Lenz 2001, p. 689).

¹⁰ Considérese que de las fábricas de esta gran empresa salía lo que consumían *El Imparcial*, *El Mundo*, *El Popular*, *El País*, *El Tiempo*, *El Diario del Hogar* e, incluso, el material en que se imprimían las finas estampas de *El Mundo Ilustrado* (Zamora 2013, p. 137).

¹¹ Al respecto, Marlène Schmitt afirma que “la prensa del siglo XIX, con sus tiros, sus suplementos literarios, sus primas de suscripción, así como sus folletines, hizo mucho más por el desarrollo de la cultura literaria en México que la edición tradicional” (“la presse du XIX^{ème} siècle, en raison de ses tirages, ses suppléments littéraires, ses primes d’abonnement et aussi ses feuillets, a fait beaucoup plus pour développer la culture littéraire au Mexique que l’édition traditionnelle”; 1999, p. 104).

imprimir unas 20 000 hojas por hora, y el linotipo, que facilitó la composición de entre 6 000 y 8 000 caracteres en ese mismo lapso (cf. Rueda 2001a, pp. 73-74, y 2001b, p. 220).

De acuerdo con Raquel Sánchez García, una “consecuencia inmediata de la producción masiva y del aumento de lectores fue, desde luego, el desarrollo de la competencia” (2001, p. 243). Ejemplo de lo anterior es el interés de los principales diarios de la capital mexicana por anunciar la oportunidad con que habían adquirido los primeros linotipos. Así, aunque *El Imparcial* se arrogó el mérito de haber introducido esta tecnología en el país, su número inaugural, del 12 de septiembre de 1896, fue formado con los tradicionales y añejos tipos móviles, y solo a partir de septiembre de 1899 la composición de sus textos se llevó a cabo por medio de la linotipia. No obstante, para esta fecha el vespertino *The Two Republics* llevaba meses empleando esas máquinas —que por cierto fue el primero en importar—, y otras empresas, como *El Tiempo* de Victoriano Agüeros, estaban por recibir las en sus talleres (Zamora 2013, pp. 27-28).¹²

Pero ¿qué es el linotipo y qué relación tiene con la publicación de *Los parientes ricos*? La linotipia fue una tecnología que se patentó en 1885, desarrollada por el relojero alemán Ottmar Mergenthaler. Este aparato representó una verdadera revolución para la producción de libros y publicaciones periódicas: a diferencia del tipo móvil, que requería que un cajista dispusiera de forma individual cada uno de los caracteres que conformaban una línea, este aparato contaba con un teclado en el que un solo operario introducía el texto. La máquina se encargaba de agrupar las matrices o moldes (correspondientes a cada letra seleccionada) en una línea sobre la cual se inyectaba metal caliente a presión en la cámara de fundición; el metal, al endurecerse, formaba un renglón completo. Una vez fundida la línea, los moldes

¹² A propósito de este punto, Yolanda Zamora afirma que “en la edición del 24 de abril de 1898 el vespertino *The Two Republics* [fue] el primer periódico en el país que utiliz[ó] los linotipos Mergenthaler para la composición tipográfica de página editorial y otras secciones del diario” (2013, p. 11). Gracias a la investigación de esta autora pude localizar el dato de que para marzo de 1899 la imprenta de Agüeros había importado dos linotipos que se le remitirían próximamente de los Estados Unidos (cf. sin firma, “Una invención notable. La ‘linotipo’, máquina para ‘parar’ líneas de tipos de imprenta”, en *El Tiempo*, año xvi, núm. 4 656, pp. 1-2). A ello agrego que el 10 de octubre de 1899 apareció la primera edición del diario católico hecha en linotipo; así lo afirma Medardo Fernández, reportero del diario católico de Agüeros, en un artículo titulado “Lo que *El Tiempo* ha hecho en pro del periodismo” (Fernández 1908, p. 2).

volvían a su lugar, de modo que el linotipista podía seguir capturando el texto. Este procedimiento permitió pasar de las seis letras por minuto que era capaz de colocar un cajista experto, a componer hasta 8 000 caracteres por hora —según los cálculos más optimistas—, lo que supuso reducir hasta cuatro o cinco veces el tiempo empleado en la formación de planas. Otra ventaja de este sistema era que para hacer una corrección no se requería volver a formar la plana entera, sino que bastaba con reemplazar la línea o líneas en cuestión e insertarlas en el sitio correspondiente; además, podían obtenerse dos o más copias de una misma línea, lo que hacía posible realizar varias composiciones a la vez.

Considerando que el precio de un linotipo rondaba los 7 000 pesos mexicanos y que demandaba un espacio de cinco metros cuadrados, además de 13 a 15 pies de gas de alumbrado por hora (Zamora 2013, p. 28), no es de extrañar que Agüeros estuviera interesado en sacar el máximo partido de su inversión y de paso procurara mantenerse a flote en el competitivo entorno de la prensa capitalina, aprovechando para ello el significativo aumento de lectores potenciales de que he hablado antes. Por tanto, como se verá a continuación, el sagaz editor habría solicitado a Delgado una novela con miras a publicarla de forma casi simultánea en tres soportes distintos, cada uno de ellos destinado a un público específico.

Según expliqué en la advertencia editorial, la primera edición de *Los parientes ricos* vio la luz en 47 entregas que aparecieron en las planas del *Semanario Literario Ilustrado* desde el 3 de junio de 1901 hasta el 29 de diciembre de 1902. Las páginas de dicha publicación estaban organizadas en tres columnas de aproximadamente 32 centímetros de largo por 6.8 de ancho, las cuales admitían hasta 89 líneas de texto, con unos 44 caracteres cada una (considerando espacios entre palabras y signos de puntuación). Si bien la revista incluía abundante material gráfico y titulares de dimensiones variables, la retícula de tres columnas se mantuvo, ajustando en ella los diversos elementos de la plana.

Por su parte —y como también se señaló en la advertencia editorial—, la segunda edición de la novela, que se imprimió en forma de libro en enero de 1903, circuló en dos impresiones idénticas en cuanto al formato y la presentación del texto, pero

distintas debido a ciertos elementos de índole editorial.¹³ Ambas impresiones tienen las mismas medidas, a saber: 11 centímetros de ancho por 18 de alto, lo que coincide con lo que hoy denominamos libro de bolsillo.¹⁴ Asimismo, su extensión es de 656 páginas consideradas en la foliación, más cuatro planas preliminares sin folio, las cuales, con escaso margen de duda, puede suponerse que se agregaron después de tener impresos los pliegos centrales, o al menos que se imprimieron por separado.¹⁵

Y es justamente en esas páginas preliminares donde radica la diferencia entre las dos impresiones. En la primera de estas, la anteportada presenta el nombre del autor centrado en letras mayúsculas. La página 2 está en blanco. La página 3 contiene la portada; en ella, encuadrado en un hermoso ornamento de un centímetro de ancho que forma un rectángulo y hace las veces de marco, se lee: “OBRAS / DE / DON RAFAEL DELGADO / MIEMBRO CORRESPONDIENTE / de la / REAL ACADEMIA ESPAÑOLA / e individuo de número de la Mexicana. / [raya] / LOS PARIENTES RICOS. / [ornamento] / MEXICO. / [raya] / Imp. de V. Agüeros, Editor. / Cerca de Sto. Domingo, 4. / 1903” (vid. figura 1).¹⁶ La página 4 contiene la siguiente leyenda, cargada hacia el lomo, centrada verticalmente y dispuesta en tipo menor y en dos líneas (la segunda de las cuales está sangrada): “Queda asegurada conforme a la

¹³ En las siguientes descripciones me fueron de gran utilidad las reflexiones que Donald F. McKenzie planteó en su obra *Bibliografía y sociología de los textos* (2005), sobre todo en su primera parte, titulada “El libro como forma expresiva” (pp. 10-47); también retomé en parte las observaciones de Alejandro Higashi contenidas en la sección “*Instrumenta: la obra y sus testimonios como estructuras mediadoras*” (2013b, pp. 178-225).

¹⁴ Las medidas de los ejemplares conservados pueden variar debido a la encuadernación. A partir de los volúmenes que he podido consultar, sostengo la hipótesis de que las pastas eran blandas y los libros se vendían intonsos.

¹⁵ En este caso, cada pliego contiene ocho páginas; en cada página múltiplo de 8 puede leerse, en el extremo inferior de la caja y en un tipo menor que el del texto (tal vez dos puntos más pequeño): “Parientes Ricos.—1”, “Parientes Ricos.—2”, etcétera. El número se refiere al pliego de que se trata; como hoy, esta indicación servía para hacer la encuadernación final (solo que en la actualidad se imprime fuera de la marca de corte). En total hay 82 pliegos numerados, cuyo comienzo coincide con la primera página contemplada en la foliación; es casi seguro que las cuatro páginas que preceden a esta se imprimieron aparte, puesto que la portada, tal como lo anunció Agüeros en su prospecto, presenta dos tintas (rojo y negro).

¹⁶ Con el uso de versales y versalitas he tratado de emular el juego tipográfico de la portada, que concede mayor peso a ciertos elementos. Las palabras en versales, así como el año, fueron impresos en tinta roja, lo mismo que el contorno exterior e interior del marco de la portada.

ley / la propiedad de esta obra”; en la parte superior e inferior de este texto hay dos rayas de la misma extensión que la primera línea.¹⁷

En cambio, en la anteportada de la otra impresión, a la que sigue una página en blanco, en vez del nombre del autor se lee, centrado: “BIBLIOTECA / DE / AUTORES MEXICANOS”. De igual modo, en la portada el ornamento rectangular es más ancho, sobre todo en su base, y en su parte superior incluye el número 47, en el centro de una suerte de escudo, flanqueado por la leyenda, impresa en una especie de listones: “BIBLIOTECA / DE / AUTORES / MEXICANOS” (*vid.* figura 2). Eso explica que antes del título se lea “tomo II”, ya que, como se mencionó, en el número 42 de esa colección se publicó el tomo I, con los *Cuentos y notas* del escritor veracruzano. La leyenda relativa a la propiedad de la obra también aparece después de la portada, con la disposición que describí antes.¹⁸



FIGURAS 1 y 2. Impresiones de la segunda edición de *Los parientes ricos* (1903). A la izquierda se observa la presentación de la novela como obra individual, y, a la derecha, como parte de la Biblioteca de Autores Mexicanos.

(Fotografías de la autora).

¹⁷ Esta impresión no figura en el acervo de la Biblioteca Nacional ni en las bibliotecas de la UNAM, El Colegio de México y la Universidad Veracruzana. Para su descripción me basé en un ejemplar de mi propiedad y en la versión digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, disponible para su consulta y descarga gratuitas en el siguiente enlace: <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/obras-de-don-rafael-delgado-los-parientes-ricos/>>.

¹⁸ Esta impresión está disponible para su consulta y descarga gratuitas en la Colección Digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León, con el siguiente enlace: <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080013802_C/1080013803_T2/1080013803_T2.html>.

Con base en estos datos es posible suponer que cada una de estas impresiones se distribuyó de modo distinto: mientras una habría circulado como obra individual, la otra lo habría hecho como parte de la Biblioteca de Autores Mexicanos (de la que me ocupé en el capítulo anterior). Tal comercialización diferenciada, que tendría como objetivo captar diversos compradores y públicos, puede deducirse de los siguientes anuncios:

De esa preciosa e interesante novela, publicada en el *Semanario Ilustrado* de *El Tiempo*, se ha hecho una edición en un tomo de 650 páginas esmeradamente impresa.

Es una novela que honra al autor de *La Calandria* y *Angelina*. Pinta admirablemente a la sociedad mexicana en nuestros días, y su estilo es verdaderamente exquisito y correcto.

De venta en la administración de *El Tiempo*, a \$1.50 el ejemplar en toda la República [“Los parientes ricos”, *El Tiempo*, año XXI, núm. 5 961, 26 de agosto de 1903, p. 2].

De esta interesante novela del notable literato don Rafael Delgado, que se publicó en la edición ilustrada de *El Tiempo*, se ha hecho una edición esmerada, que forma parte de la “Biblioteca de Autores Mexicanos”, tomo 47.

Lo que avisamos a nuestros lectores, para que los que deseen poseer tan precioso libro, se apresuren a hacer sus pedidos, pues por la mucha demanda que ha tenido, creemos que quedará agotada muy en breve.

Precio: \$1.50, en toda la República [“Los parientes ricos”, *El Tiempo*, año XXI, núm. 5 923, 11 de julio de 1903, p. 2].

Ahora bien, es importante señalar que en ambas impresiones la caja mide 11.8 centímetros de alto por 6.8 de ancho; admite 33 líneas de unos 44 caracteres cada una (considerando espacios y signos de puntuación), aunque algunas planas tienen menos renglones. Si bien en apariencia este formato es muy distinto del que presenta el *Semanario*, tras realizar un examen detallado puede cambiar esa consideración. Así, al comparar las medidas de las columnas del *Semanario* con las de la caja de la segunda edición, advertí que tanto el ancho del renglón como el número de caracteres por línea son exactamente los mismos. Además, en ambos

casos la fuente es Century Old Style de 9 puntos,¹⁹ con una interlínea de 10, y carece de cursivas. A ello se añade la peculiaridad de que, para suplir la u con diéresis (*ü*), se emplearon dos íes (*ii*).

Tal coincidencia no es en modo alguno producto de la casualidad, sino de la tecnología empleada en el taller de Agüeros: en las dos ediciones de la novela la composición se llevó a cabo usando el linotipo, lo que se constata sobre todo en el hecho de que, en su mayoría, las líneas son exactamente iguales en una y otra versiones; coincide incluso el número de los puntos suspensivos (que, como se sabe, en la época era variable),²⁰ así como las secciones en que las letras resultan menos visibles en la composición (al parecer debido a la altura del molde del lingote en que se fundían las matrices). Esto me permite asegurar que la formación de las dos ediciones se realizó de forma simultánea y únicamente se ajustó en cada caso al largo de la plana (recuérdese que, mientras una columna de la revista podía alojar hasta 89 líneas, en una página del libro solo cabían 33). Esta práctica, sin duda, demuestra el claro propósito comercial que perseguía Agüeros con su empresa editorial, el cual no se contraponía con una genuina intención cultural de difundir la producción literaria de (algunos de) sus contemporáneos, dentro y fuera de las fronteras mexicanas.

De hecho, *Los parientes ricos* no fue la única obra de Delgado con la que Agüeros procuró sacar el máximo provecho de la flamante maquinaria que comenzó a emplear en la formación de su periódico apenas en octubre de 1899. En el capítulo anterior mencioné que, a partir del primer día de enero de 1901, tanto en el *Semanario Literario Ilustrado* como en las páginas de *El Tiempo* se publicaron veintisiete de las veintiocho piezas que conforman el primer tomo de las *Obras* de

¹⁹ Esta fuente fue diseñada por el ingeniero estadounidense Linn Boyd Benton, fundador de la American Typefounders Company (ATF) en 1892 y quien por cierto inventó el “punzón pantográfico, una ingeniosa buriladora que tallaba punzones de acero para la manufactura de tipos metálicos” (Garfield 2011, p. 252). Agradezco enormemente al maestro Víctor Hugo Romero Vargas, experto en tipografía, hijo de un linotipista y actual responsable de cuidado editorial en el Fondo de Cultura Económica, por haberme ayudado a identificar la fuente y por sus fascinantes y generosas explicaciones acerca del funcionamiento del linotipo.

²⁰ En ocasiones, los puntos parecen haberse usado como una suerte de comodín para llenar líneas; de esta suerte, si una corrección hacía que el renglón quedara más corto, se aumentaban los puntos suspensivos con el fin de evitar un recorrido del texto (pues eso habría supuesto rehacer las líneas contiguas).

Rafael Delgado, el cual terminó de imprimirse en 1902. Llama la atención que los textos que se publicaron en el diario (un total de veintiuno) tienen casi el mismo orden que en el libro. Lejos de ser fortuita, esta particularidad se vuelve significativa cuando se cotejan los distintos soportes (esto es, el libro con el periódico o el semanario): el contenido de cada uno de esos cuentos coincide línea por línea, tal como ocurre con la novela. Esto me permite aseverar que Agüeros, aunando su intuición mercantil a la reforzada capacidad tecnológica de su imprenta, buscó satisfacer a tres tipos de público de manera prácticamente simultánea: los suscriptores de *El Tiempo*, los abonados al *Semanario Literario Ilustrado* y los lectores que decidieran adquirir el volumen en la librería propiedad del mismo editor guerrerense, así como en las “demás librerías de la capital” y, en los estados, “en las casas de los agentes y corresponsales de *El Tiempo*”, según podía leerse en la cuarta de forros de los volúmenes de la Biblioteca de Autores Mexicanos. Supongo que esos distintos consumidores se diferenciarían, desde luego, por su poder adquisitivo, pero también por las motivaciones culturales, sociales, ideológicas, educativas, etcétera, que los llevarían a elegir uno de los diversos formatos ofrecidos por el editor, así como por su capacidad para descifrar y asimilar el contenido.²¹

Y es claro que Delgado no fue en modo alguno el único autor con el que Agüeros empleó esta estrategia. A reserva de realizar un estudio pormenorizado, me atrevo a proponer que buena parte de las obras que se incluyeron en la Biblioteca se publicó también, de forma total o parcial, en las páginas de *El Tiempo* o en el semanario ilustrado. Y aun llegó a suceder, en más de una ocasión, que concurrieran dos obras en el periódico, para cuya disposición había incluso dos espacios delimitados; al respecto, resulta sumamente ilustrativa la siguiente nota, sin firma, titulada “Nuestro folletín”:

²¹ En relación con la variedad de públicos, conformados por “distintos grupos socio-profesionales, distintos grados e intereses intelectuales, distintas sensibilidades, grupos diferentes de sexo, edad o tradiciones, etc.”, Raquel Sánchez García explica que la “complejidad que alcanza la trama puede ser contemplada en la forma de una pirámide invertida que nos indicaría que los más favorecidos tendr[ía]n acceso a todo el mercado, mientras que los menos, solo podr[ía]n hacerse con las publicaciones más baratas que, frecuentemente, eran las más hostiles para ser leídas por su mala calidad tipográfica, su carencia de ilustraciones y su disposición a dos columnas, en lugar de a línea tirada” (2001, pp. 242-243).

Como habrán visto nuestros lectores, desde el domingo comenzamos a publicar en *nuestro folletín de la cuarta plana* una colección de leyendas, por el señor doctor don Manuel Domínguez.

Debemos advertir que dichas leyendas son enteramente inéditas, y que a su mérito literario, reúnen algún interés histórico, por lo cual no dudamos que serán leídas con gusto.

Pronto continuaremos, en *nuestro folletín de la primera plana*, la obra del señor Roa Bárcena, “Historia anecdótica de México”, que hemos suprimido en estos días por abundancia de original [*El Tiempo*, año xxvi, núm. 8 871, 22 de septiembre de 1908, p. 2; las cursivas son mías].²²

De hecho, las entregas de los cuentos de Delgado en *El Tiempo* —que, según expliqué en el capítulo anterior, tuvieron una periodicidad casi diaria— se vieron interrumpidas de manera algo abrupta (el último cuento finaliza con el aviso incumplido de “Continuará”) y reemplazadas de inmediato por las novelas cortas de Manuel Payno incluidas en el número 36 de la Biblioteca, editado en 1901. Asimismo, a lo largo de junio de 1908 las páginas de *El Tiempo* ofrecieron de modo simultáneo, en entregas numeradas y reproducidas en el folletín de las páginas 1 y 4, respectivamente, los *Cuentos y narraciones* del doctor Alfonso Maldonado y *La hija del judío* de Justo Sierra O’Reilly; ambos títulos volvieron a ver la luz el mismo año en la Biblioteca de Autores Mexicanos, con los números 62, 63 y 65.²³

²² Las leyendas de Manuel Domínguez se incluyeron en el número 67 de la Biblioteca, publicado en 1909; por su parte, el *Ensayo de una historia anecdótica de México en los tiempos anteriores a la Conquista*, de José María Roa Bárcena, conformó el tomo v de las *Obras* del autor, al que correspondió el número 66 de la colección y terminó de imprimirse también en 1909.

²³ Cabe decir que Agüeros no fue ni el primero ni el único editor que buscó sacar el mayor provecho de los recursos de su empresa. Un caso emblemático en este sentido fue el de Ignacio Cumplido, quien estuvo al frente de la Biblioteca para Todos. De acuerdo con Diana Geraldo, ese proyecto editorial, creado a finales de la década de 1860, “tenía como objetivo comercializar, por entregas semanales e independientes al periódico [*El Siglo XIX*], novelas de autores extranjeros (los escritores franceses fueron los que ocuparon el primer puesto). [...] Una vez terminada la distribución del texto, el propio diario solía vender la edición encuadernada, editada en las prensas de Cumplido, a veces en la misma semana en que había finalizado la publicación fragmentada. La venta del libro era casi inmediata a la venta por entregas, porque el editor tenía los derechos de publicación y, para eso, los diarios contrataban traductores que se desempeñaran a su cargo y así vender lo más pronto posible una edición completa. Muchas veces eran los mismos redactores quienes traducían; por ejemplo: Hilarión Frías y Soto, mientras fue redactor oficial, tradujo algunas obras francesas que se publicaron en *El Siglo XIX*” (Geraldo 2013, pp. 104 y 106).

Ahora bien, en este punto me gustaría plantear otras observaciones relacionadas con el modo de producción y las diferencias entre las dos ediciones de *Los parientes ricos*. Tras hacer un cotejo de estas, una de las particularidades más interesantes que encontré, además de las variantes atribuibles al autor, fue una serie de modificaciones que dan pie a pensar que en ambas versiones hubo intervención de otros agentes, en especial del linotipista. De estas modificaciones, consignadas en el “Apéndice 1”, ofrezco algunos ejemplos representativos a continuación:

1901-1902	1903
ahsios	alisios
anonas	ananás
azar	azor
caprices	capuces
consulta	consueta
coro-chuelista	covachuelista
Cravesí	Craven
descartado	descastado
Nallar	Nadar
plácidos	flácidos
Sixtecia	Lutecia
Treppel	Freppel
zalde	jalde

Aunque a fines del siglo XIX las máquinas de escribir podían adquirirse cuando menos en la Ciudad de México,²⁴ me atrevo a aseverar que Rafael Delgado, como la mayoría de los escritores de la época, redactó sus originales a mano y el linotipista se encargó de transcribirlos. Para hacer esta afirmación me baso en el hecho de

²⁴ Ya desde 1875, en un anuncio titulado “Máquina de escribir” se asentaba lo siguiente: “Hemos visto el ingenioso aparato inventado por Remington el fabricante de las máquinas de coser. Consta de un teclado sobre el cual, en caracteres grandes, están las letras todas del alfabeto, los números y los signos de puntuación. Al comprimir sobre el teclado cada una de las letras, estas hacen saltar por medio de un resorte a las letras que forman cada una alternativamente el centro de un círculo. Al saltar cada una de las letras tocan sobre un cilindro que les da tinta y se marcan sobre el papel [...]. El aparato es elegante y se encuentra de venta en la 1.ª calle de Plateros, almacén del Sr. D. Alejandro Jacot” (*La Voz de México*, t. vi, núm. 182, 7 de agosto de 1875, p. 3).

que en la versión de 1903 se corrigió un conjunto de errores —sobre todo en la escritura de palabras cultas y nombres extranjeros— que revelan ya sea una escasa formación literaria²⁵ (rasgo que no cabe atribuir a Delgado), ya sea dificultad para descifrar la caligrafía del autor (lo que se evidencia en una recurrente confusión de letras: *j* por *z*, *p* por *f*, *a* por *o*, etcétera). Es de suponer que estas fallas no se habrían presentado si en la imprenta se hubiera contado con un mecanograma autógrafo.

Como he dicho, para corregir estos y otros errores, el linotipista debía volver a teclear la línea o líneas en cuestión y reemplazar con ellas el texto original. Sin embargo, con gran frecuencia este proceso incorporaba más equivocaciones a la formación. La más común era la que se conoce con el nombre de “empastelamiento”, que no es otra cosa que la transposición de líneas; ello daba pie a tergiversaciones y lecturas confusas, así como a la modificación del texto para enmendar la nueva falla. De hecho, esta es una de las marcas distintivas del uso del linotipo y, como lo verá el lector de esta edición, está presente en *Los parientes ricos*. En las dos versiones de la novela localicé un total de trece casos de empastelamiento o transposición de líneas; de ellos, siete se produjeron en la primera edición y seis en la segunda; asimismo, la corrección de esos errores requirió modificar la redacción de la obra en dos ocasiones.²⁶

En relación con este aspecto, destaco el hecho de que el linotipo, hacia 1901-1902, que es cuando se publicó por vez primera la novela de Delgado, era una tecnología aún nueva y sus operadores estaban en proceso de desarrollar la pericia necesaria para desempeñar su oficio con eficacia y cometiendo el menor número de errores. En este sentido, resulta muy elocuente la nota que, con el título de “Incorrecciones tipográficas” y sin firma, apareció en la primera plana del número de

²⁵ Al revisar una de las primeras versiones de este apartado, la doctora Esther Martínez Luna me comentó que en el siglo XVIII las imprentas solían ser centros de sociabilidad literaria y los cajistas verdaderos intelectuales, situación que contrasta con lo que parece haber sido el taller de Agüeros y sus operarios.

²⁶ Los errores de la primera edición se localizan en buena parte (3 de 7) en la última entrega (número 47), la cual por cierto es la más extensa (cerca de 40 cuartillas de 1800 caracteres, considerando espacios entre palabras y signos de puntuación). En este caso, desde luego, habría que sumar, a la presumible impericia del operador, la premura con que seguramente se preparó el material que se ofreció a los suscriptores esa última semana de diciembre de 1902.

El Imparcial correspondiente al 23 de octubre de 1899 (t. VII, núm. 1 130) y que a la letra decía:

Nuestros lectores habrán notado que desde hace algunos días, han aparecido en este diario varios errores tipográficos que consisten especialmente en la repetición o falta de una que otra línea en el final de párrafo.

Estos errores son originados por la poca experiencia que tienen aún nuestros operarios para manejar las galeras de composición de linotipo. Como la adquisición de esta experiencia es obra de breve tiempo, pueden quedar seguros los lectores de que muy pronto se subsanarán las indicadas correcciones.²⁷

Sin embargo, la destreza de los linotipistas no pareció llegar tan pronto como lo suponía el redactor de *El Imparcial*. Al menos en las páginas de *El Tiempo* y sus semanarios, he encontrado numerosos errores debidos a estos agentes del proceso editorial. Ejemplar en este sentido es la fe de erratas incluida en la segunda edición de *Los parientes ricos* y en la cual se enmendaron descuidos (no pocos atribuibles al linotipista) introducidos en 1903 o bien inadvertidos en las dos versiones de la obra. Sorprende que entre tales correcciones hay al menos dos que no proceden por no existir el error consignado en el texto. Asimismo, una corrección incluye una falta de concordancia y otra incorpora una lección errónea: pide cambiar *hermanos* por *hermos*.²⁸

En su particularidad, la fe de erratas constituye un muestrario de los cambios efectuados en la edición: mientras unos revelan la cuidadosa relectura del autor (o del editor), otros buscan enmendar las fallas de actores que, pese a ser externos al proceso creativo, influyen en él de manera directa. Mi tarea, en este caso, consistió en distinguir entre ambos tipos de intervenciones. En este sentido habría que

²⁷ Debo a Yolanda Zamora la localización de esta valiosa nota. La misma autora cita en su trabajo otro interesante artículo de *La Patria* sin firma y titulado "El linotipo y los cajistas", en el cual se atisba apenas lo que después se convirtió en dura realidad: la desaparición del oficio de cajista y el consiguiente desempleo de quienes lo desempeñaban, a causa de la introducción del invento de Mergenthaler. El texto asienta lo siguiente: "Si la adquisición de esos aparatos no es costosa, lo que es de presumir por la sencillez de su mecanismo, pronto serán servidas las imprentas, especialmente las de los periódicos, donde tiene que pararse rápidamente y con premura, por linotipos, y los cajistas tendrán que conformarse exclusivamente con distribuir la letra, o que renunciar a su oficio, por cierto bien ingrato" (*La Patria*, año XXIII, núm. 6 658, 17 de enero de 1899, p. 1).

²⁸ Cf. el "Apéndice 1", en el que reproduzco este documento íntegro.

plantear, como lo hace Javier Lluch-Prats, la existencia de una “autoría múltiple” que obliga a preguntarse qué texto editar y cómo editarlo; en sus palabras:

Desde la modernidad hasta nuestros días, con frecuencia el filólogo se halla ante un nutrido corpus de testimonios, de *redacciones múltiples* de la obra literaria, o de parte de ella, y, por consiguiente, ante un concepto de *autor* que apunta a una *autoría múltiple*, dadas las variaciones del escritor o de otros, aprobadas o no por él, que dan lugar a un *texto último*. Además, la consideración de la escritura como reescritura [...], así como esa autoría múltiple, han arrastrado la idea fijada del texto único, cerrado y definitivo, aumentando el interés por las vicisitudes del escritor durante el proceso creador [2009, p. 235].²⁹

En relación con lo anterior y atendiendo al “conjunto muy amplio de intervenciones que rondan desde el editor del periódico y el cajista hasta la propia musa del autor, en los casos en los que intervino de modo directo en el proceso editorial”, Alejandro Higashi ha planteado que, en vez de *usus scribendi*, se emplee “otro término que dé cuenta de la complejidad de un proceso, como el de *usus imprimendi*” (2013b, p. 150).

En estrecha vinculación con el complejo proceso editorial que materializó la obra de Delgado, en el siguiente apartado intentaré mostrar la forma en que otros factores aparentemente ajenos al autor, como el modo de distribución, mediaron e influyeron en su proceso escritural, dando a su obra un cariz estilístico y una estructura particulares.

²⁹ Lluch-Prats abunda en esta idea al plantear que, tanto en la revisión de galeras como en la “relectura de primeras y sucesivas ediciones”, es frecuente encontrar la intervención del autor y de otros agentes en la obra redactada. “Colateral a esta situación —continúa el académico— se presenta la de *textos deturpados*, es decir, aquellos deformados por motivos técnicos o impropia corrección de galeras en la imprenta, en los cuales el filólogo debe distinguir las lecciones auténticas de las accidentalmente auténticas. Así, dicho análisis le ayudará a pulir el texto último considerado por el autor, ya que puede haber variaciones significativas por tales errores mecánicos o de impresor. Por ejemplo, a principios del xx fue moneda corriente utilizar los moldes tipográficos para la doble impresión, en folletín y en libro” (2009, pp. 238 y 241).

MATERIALIDAD Y DISTRIBUCIÓN:

LOS PARIENTES RICOS COMO UNA MÁQUINA DE LECTURA

... todos y cada uno de los libros que han existido han sido siempre algo aún más importante: objetos, artefactos realizados para ser leídos; es decir, pensados y destinados para los ojos de sus lectores, personas coetáneas a la fabricación del libro y con unos hábitos lectores determinados. Un libro es, así, y lo ha sido siempre, una máquina de lectura.

EMILIO TORNÉ 2001, pp. 145-146

En mi opinión, una de las grandes aportaciones del enfoque de la materialidad es el planteamiento de que “las diferencias de organización física del texto en las distintas ediciones de la ‘misma obra’” —es decir, los formatos en que esta se realiza y se difunde— influyen sobre “los significados que los lectores infieren”, y que “formatos totalmente distintos implican lecturas diversas y nuevas prácticas de lectura”. Más aún: una determinada forma física puede suponer también un tipo de lector específico (Littau 2008, p. 50). Con base en esta aseveración, Roger Chartier ha indicado que el estudio morfológico de las disposiciones tipográficas y el análisis social de los públicos tendrían que estar profundamente vinculados, pues las formas que se asignan a los textos suelen decidirse en función de las competencias y expectativas que el autor, el editor o el impresor atribuyen al lector. Mas tales formas, a su vez —explica Chartier—, tienen una dinámica propia capaz de construir nuevos públicos y permitir apropiaciones inéditas de textos que anteriormente tuvieron otros modos de circulación y distintos lectores (2017b, p. 9).³⁰ Aunado a lo

³⁰ En este punto conviene recordar la diferencia, señalada entre otros por Karin Littau, entre la historia del libro y la crítica textual: mientras la primera se interesa por el significado “de la lectura en la vida de la gente (común): qué leían, dónde y cuándo lo hacían, incluso cómo leían (las formas concretas de sus hábitos de lectura)”, la segunda, en cambio, hace énfasis en “los procesos materiales que respaldan la producción, distribución y recepción de la palabra escrita”, y se enfoca en el “ciclo de vida de un texto en su historia de transformaciones físicas, y también [en el] tipo de significado que los lectores construían a partir de él” (2008, p. 51). Sin duda, en esta edición he privilegiado este último enfoque por razones obvias, aunque en el tercer capítulo de este “Estudio

anterior estaría el hecho de que cada uno de los formatos en que circula una obra conlleva un peculiar modo de producción, con sus ritmos, exigencias, condiciones de distribución y venta, todo lo cual incide sin duda en la creación literaria y, sobre todo, en la manera en que un autor ejecuta su obra.

En este apartado me propongo abordar la forma en que circuló la tercera novela de Delgado, considerando algunos aspectos vinculados con la producción, la función expresiva de las modalidades de inscripción del texto y el modo de publicación y distribución. Como he dicho antes, estoy convencida de que Agüeros tomó la decisión de hacer tres versiones de *Los parientes ricos* desde un principio, sin esperar a constatar su posible éxito (lo cual era la práctica más habitual tratándose de *editiones in ephemeride* durante el primer tramo de la transmisión; cf. Higashi 2013b, p. 166). Más aún: sostengo que se aventuró a publicar la obra de ese modo sin haberla leído en su totalidad, pues Delgado, según trataré de demostrar en las páginas siguientes, escribió buena parte de su novela —si no es que toda— sobre la marcha, al ritmo de las entregas semanales que remitía a su editor.

Decidí centrar mi exploración en la primera edición de la obra porque ese primer testimonio representa, de acuerdo con las filólogas Paola Italia y Giulia Raboni, “la conclusión del proceso creativo originario” de *Los parientes ricos* y, lo que aquí resulta más importante, porque hace posible “reconocer su ‘tradición’” (2014, p. 25), en este caso como parte de un conjunto de novelas escritas y publicadas de manera fragmentada y periódica en la prensa, antes de volver a imprimirse en formato de libro.

***Los parientes ricos* como novela por entregas**

He creído necesario comenzar esta sección con una breve (y por fuerza provisional) distinción terminológica entre los conceptos de novela por entregas y novela de

preliminar” incursiono en el primer tipo de acercamiento teórico, al analizar la ficcionalización de la lectura en la novela de Delgado y la significación que para el autor tenían el libro, la lectura y los lectores.

folletín, puesto que, al ser formas de publicación íntimamente vinculadas y asociadas a la prensa periódica, suelen confundirse y aun entremezclarse con gran frecuencia, tanto en su práctica como en su caracterización.

Las novelas por entregas eran aquellas que llegaban al lector o consumidor en cuadernos o pliegos (algo semejante a los modernos fascículos), “a los que [solían] acompañar ilustraciones fuera de texto o no incluidas en él”. En términos bibliológicos, “la entrega es la unidad-base, de uno o varios pliegos, de un libro por hacer” (Botrel 1974, p. 111).

En cambio, el folletín es un fenómeno editorial cuyo origen se remonta a los albores del siglo XIX, en la prensa francesa; de acuerdo con Marie-Ève Thérénty, se trataba de un espacio que surgió en enero de 1800 como “un subterfugio fiscal” cuya finalidad consistía en reportar ganancias a los editores. En palabras de la estudiosa:

antes de convertirse en un género el folletín fue primero un espacio que debía ser llenado. En efecto, los propietarios de este periódico [el *Journal des Débats*], al mirar de cerca la legislación, descubrieron que podían aumentar el formato de la página [...] sin tener que pagar impuestos adicionales. De este aumento emana un nuevo espacio independiente en el seno del periódico llamado folletín, por asimilación con el pequeño cuaderno de ocho páginas que se podía encontrar en el centro de algunos periódicos. Los otros diarios adoptaron más o menos rápido este nuevo espacio [2013, p. 12].

En efecto, el folletín era una franja dispuesta en la parte inferior de los diarios; si bien suele asociarse a la publicación de novelas, esa área también fue llenada por “otras series —crítica dramática, salón de pintura, crítica literaria, informe de la academia de ciencias, crónica parisina— que seguían dando ritmo al periódico y que, dentro de los diarios que buscaban ser más serios, eran ampliamente mayoritarias” (p. 16). De hecho, aunque Thérénty sitúa en Francia, en 1836, la introducción de la novela por entregas en el folletín, aclara que tal modalidad de publicación no se volvió exclusiva de la “planta baja” del periódico “antes de la década de 1870” (p. 15).³¹

³¹ La misma autora atribuye al diario galo *La Presse* la “gran innovación” de “hacer un llamado a la flor de la juventud romántica, Théophile Gautier, Alexandre Dumas, Nerval, Balzac, quienes

Es necesario aclarar que también se conoce con el nombre de folletín un tipo de novela construida con “un conjunto de técnicas de escritura, estrategias narrativas, recursos, tendencias ideológicas, intereses temáticos, un método de producción y un estilo de escritura dinámico y en fragmentos, que tiene injerencia en los diferentes niveles del discurso y que participa en la elaboración del texto” (Geraldo 2013, p. 9). La denominación proviene del hecho de que los autores que dieron al folletín francés enorme popularidad, como Frédéric Soulié, Eugène Sue, Alexandre Dumas, entre otros, crearon un peculiar estilo novelístico que luego fue imitado y literalmente reproducido por otros escritores tanto en Europa como fuera de ella.³² La influencia de estos novelistas fue tal que la denominación de “novela de folletín” o “folletinesca” se aplica a obras que no necesariamente se publicaron de manera fragmentada ni en la prensa, por lo que más bien puede hablarse de un estilo que “se puede encontrar incluso en autores que publicaron sus novelas en volumen completo, sin la demora que implicaba la entrega y que, sin embargo, se sirvieron del compendio de artificios propio de la construcción folletinesca” (p. 39).³³

A lo anterior hay que agregar que entre la novela por entregas y el folletín existe un terreno mixto en el que caben submodalidades nada infrecuentes en la historia literaria mexicana. Así, por ejemplo, hubo novelas que vieron la luz por entregas, en las páginas de suplementos literarios y sin circunscribirse a una zona determinada de la publicación, como fue el caso de *Los parientes ricos*, y obras que, sin ser novelas ni participar de las convenciones estéticas del género, ocuparon el espacio del folletín, como ocurrió con varios números de la Biblioteca de Autores Mexicanos.

quedaron encargados de la colección de crónicas, críticas y ficciones del folletín” (2013, p. 16). Por tanto, puede decirse que esta zona del periódico funcionó como un verdadero “laboratorio de géneros” en el que, “durante una treintena de años, bajo la presión de estos jóvenes románticos principiantes [...], se experimentaban formas de escritura totalmente innovadoras” (p. 16).

³² Por lo que toca al ámbito mexicano, Diana Geraldo sostiene que la novela de folletín ingresó en la prensa en la década de 1840. La primera novela nacional que se publicó en nuestro país con ese formato fragmentado y la técnica de escritura propia del género fue *El fístol del Diablo* (1845-1846), de Manuel Payno, incluida en la *Revista Científica y Literaria* (2013, p. 111). Otro de los precursores del folletín mexicano fue Justo Sierra O'Reilly con *La hija del judío*, publicada en las páginas de *El Fénix* entre 1848 y 1849. Esta novela, que incorporó los recursos del género novelístico francés, tuvo el mérito de inaugurar la novela histórica de folletín al estilo de Walter Scott (p. 113).

³³ Al distinguir entre una técnica de composición literaria y una forma de publicación, la investigación de Diana Geraldo constituye una aportación al estudio de la literatura decimonónica, tanto popular como canónica.

Para los fines de este trabajo y siguiendo a Diana Geraldo, emplearé la denominación de “novela por entregas” para referirme únicamente a un método de distribución (2013, p. 18) que compartió ciertas características formales con el folletín, entre las cuales Jean-François Botrel distingue tres:

- a) Periodicidad: esta es determinada por el ritmo de publicación y “crea una regularidad en la adquisición”, a la que a su vez “puede corresponder una regularidad en la lectura periódica de determinadas cantidades de texto y un posible hábito” (1974, p. 21).³⁴
- b) Fragmentación: en palabras de Botrel, “la publicación periódica de narraciones largas, como son las novelas de folletín o por entregas, suele conllevar la fragmentación en ‘retazos’ de la obra que ‘se continúa’, dejando el relato y a veces la frase y hasta la palabra en suspenso [...], con las conocidas consecuencias, aunque estén todavía en gran parte por estudiar, sobre el ‘contar fragmentado’ [...], el ‘estilo corto, y aun deshilachado’ de los folletines [...] o sobre la ‘escritura periódica’” (p. 22). Este tipo de adquisición tuvo también cierta función educativa o formativa, “al contribuir al aprendizaje del libro por el futuro nuevo lector y coleccionista” (p. 23).
- c) Brevedad: por lo regular, los fragmentos que el lector reunía tenían una extensión corta, propia de los géneros poético, dramático o narrativo popular, y “propiciada por la peculiar morfología de la prensa como compuesto de distintas unidades de limitada extensión” (p. 24).

Ahora bien, al ser por fuerza “objetos de mercadotecnia” y, como tales, estar condicionadas en última instancia “por criterios más económicos que artísticos” (cf. Zavala 2010, p. 159), es natural que las obras por entregas atendieran también a este factor a la hora de remunerar a sus creadores. De esta suerte, la periodicidad de esa forma de producción resultaba ideal por permitir al editor pagar a los

³⁴ De acuerdo con Jean-François Botrel, en relación con esta característica cabría plantearse “la posibilidad de una relación periódica y discontinua con el texto, con la lectura de unidades diarias o semanales, desvinculadas de hecho, con tal vez una relectura de lo anterior si cabe, o la socorrida ayuda del narrador quien ‘refresca’ la memoria del lector” (2007, p. 21).

escritores “por entregas, sin que la obra estuviera concluida” (Martínez Martín 2001a, p. 66).³⁵ Si bien en el caso de Delgado lamentablemente se desconocen muchos detalles de la edición —como el tiro o el costo de producción— y el tipo de “arreglo” que estableció con Agüeros, puedo afirmar que el novelista escribió *Los parientes ricos* a solicitud de su editor³⁶ y que, al aparecer de forma exclusiva en el *Semanario Literario Ilustrado*, la publicación de esta novela supuso una remuneración para el autor.³⁷

Igualmente, puedo decir con certeza que para Agüeros la publicación de esta obra fue, por una parte, la expresión máxima de su apuesta literaria por Rafael Delgado, cuya fama y prestigio, como he dicho, contribuyó a cimentar y consolidar, y, por otra, una oportunidad de agradecer el favor de los lectores del semanario y de paso asegurar su fidelidad. Así lo sugiere un anuncio en el que se pretendía convencer a los abonados de *El Tiempo* de cubrir un aumento “verdaderamente insignificante” en el precio de la suscripción mensual, esgrimiendo como argumento los enormes beneficios que la publicación ofrecía y entre los cuales destacaban sin duda las novelas inéditas seleccionadas por Agüeros:

³⁵ Soy consciente de que Jesús A. Martínez Martín se refiere al contexto español; por desgracia, se conservan pocos datos crematísticos para el caso mexicano. De cualquier modo, es claro que el pago que recibía el autor no era en nada comparable a las ganancias que correspondían al editor (que aun así solían ser exiguas, en virtud de la ya mencionada inestabilidad del incipiente mercado editorial). Valga el ejemplo del mismo Cuéllar, quien solo recibió doscientos pesos por la redacción de las seis primeras novelas de la primera época de *La Linterna Mágica*, las cuales tuvieron un tiro de 2 000 a 2 500 ejemplares y “produjeron la nada despreciable cantidad de ‘veinticinco mil pesos’” (Zavala 2010, p. 160).

³⁶ Así lo deja entrever el siguiente anuncio, titulado “Los parientes ricos” y publicado sin firma el 4 de mayo de 1901 en *El Tiempo* (año xviii, núm. 5 279, p. 2): “Deseosos de corresponder a la excelente acogida que ha obtenido nuestro *Semanario Literario Ilustrado*, hemos arreglado con el señor don Rafael Delgado, novelista de fama bien cimentada y justa, la publicación de su nueva obra, inédita hasta ahora, *Los parientes ricos*” (las cursivas son mías).

³⁷ Estoy en posibilidad de asegurar que Delgado contaba con la propiedad de las obras literarias que escribió, la cual pudo legar a su muerte a Manuel Hernández Jáuregui, su discípulo y amigo, con la indicación de que entre sus papeles se encontrarían “los documentos relativos, debiendo advertir que si para conservar la propiedad de alguno de mis escritos publicados en el periódico intitulado *El Tiempo* o adquirirla de nuevo, fuere conveniente hacer en ellos algunas adiciones o modificaciones, el mismo señor Hernández Jáuregui queda ampliamente facultado por mí para hacerlo y para solicitar lo que sea procedente del ministerio respectivo” (“Última voluntad y testamento de Rafael Delgado”, Orizaba, año de 1914, núm. 164, juzgado segundo de primera instancia, ramo civil, cantón de Orizaba, estado de Veracruz-Llave, citado en Bickley 1935, apéndice III, p. 241).

Cuando decidimos publicar una edición literaria ilustrada, no nos figuramos que las necesidades de una información gráfica resultaría[n] tan costosa[s], que nos obligara[n] a sacrificios pecuniarios superiores a nuestros cortos elementos. Además del extraordinario valor de los grabados, hay que considerar el aumento en el valor del papel, que tenía que ser de mejor clase, para que aquellos salieran bien impresos. Si a esto se agrega que la parte literaria también nos ha causado un fuerte gasto, y nos lo seguirá causando, pues después de “Los Parientes Ricos” publicaremos *otras novelas inéditas, expresamente escritas para nuestro Semanario*, se comprenderá que nos es absolutamente imposible seguir haciendo a nuestros suscriptores el obsequio que hasta hoy han recibido cada domingo [sin firma, “A los señores suscritores de ‘El Tiempo’”, en *Semanario Literario Ilustrado*, t. II, núm. 54, 6 de enero de 1902, p. 8].³⁸

Cabe aclarar, como ya lo he apuntado, que la obra no solo era inédita, sino que estaba por escribirse (en su totalidad o al menos en buena parte), aspecto del que, precisamente, me ocuparé en el siguiente apartado.

Las entregas y el ritmo de producción

En su texto “Relojes blandos y periódicos locos. Ritmos e imaginarios del tiempo cotidiano en el siglo XIX”, Marie-Ève Thérénty plantea que, hacia fines de la antepasada centuria, el periódico constituyó un nuevo tipo de ritmo “e inauguró una de las formas más radicales, universales e intransigentes de medición: la medida mediática [...]. Especialmente bajo su forma cotidiana, el periódico funda esta entrada de la civilización en un régimen de la periodicidad” (2013, p. 52). El diario encarnó, según esta autora, “la época moderna, repetitiva y fragmentada”, y tanto el folletín como la novela por entregas no habrían hecho más que reforzar “los

³⁸ En un mensaje posterior dirigido “A nuestros lectores” se aseguraba que todos los suscriptores de la capital y los estados habían accedido, “con rarísimas excepciones” y “de muy buena voluntad”, a pagar el incremento de 50 centavos en la tarifa mensual (con lo que esta se habría elevado a un peso en la Ciudad de México y 1.25 en el resto del país). Para corresponder tan favorable respuesta, se anunciaba el aumento del número de páginas de la publicación, a fin de no perjudicar el texto debido a la gran profusión de imágenes que se ofrecían en cada número (*Semanario Literario Ilustrado*, t. II, núm. 60, 17 de febrero de 1902, p. 81). Sin embargo, desde enero de 1901 hasta diciembre de 1902, al menos en la portada del *Semanario* la tarifa se mantuvo invariable.

efectos de espera y medida de la cotidianidad, redoblando de hecho la periodicidad del diario” (p. 54).

Si hay una profesión profundamente afectada por el ingreso del siglo en la civilización de la periodicidad —añade Thérénty— es claramente la de los escritores, la cual es obligada con gran violencia a someterse a este paradigma que forma parte de la entrada en la era mediática.

Para comprender la violencia de la obligación que se ejerce sobre la literatura, hay que recordar que, con muy raras excepciones, todos los hombres de letras participaron más o menos de manera voluntaria en la civilización del periódico, distribuyendo artículos y crónicas en los diarios o, los más afortunados, publicando anticipadamente sus obras en la prensa, bajo una forma fragmentada y secuenciada [p. 57].

Al considerar el ritmo semanal de producción que implicaba la publicación por entregas, cabe preguntarse, con Jean-François Botrel, si ello no influía en el proceso creativo. Pues, aunque podía ocurrir que el editor contara de antemano con el texto de la obra que pensaba ofrecer a sus lectores, era muy frecuente que el ritmo de creación siguiera el de la producción; “en otros términos, que el escritor escribía cada semana, a veces a escape, el texto que había de publicarse en la próxima entrega, sobre todo cuando publicaba varias novelas al mismo tiempo o tenía otras ocupaciones” (1974, pp. 129-130).

Hay un par de testimonios en este sentido que me gustaría analizar aquí, pues creo que alumbran algunos aspectos del proceso creativo y de la composición interna de *Los parientes ricos*. El primero de estos testimonios proviene de la experiencia de Clarín, novelista español en quien la producción literaria estuvo íntimamente vinculada con la apremiante necesidad de obtener dinero para cubrir sus gastos. Esto lo obligó a producir para la prensa cuentos largos y “paliques”, que se traducían en una ganancia más inmediata y por lo tanto en una mayor rentabilidad; sin embargo, ello contravenía su verdadera vocación literaria, que se inclinaba a la escritura de novelas, “su gran aspiración de escritor, lo que más le entusiasmaba” (Martínez Martín 2009, “Clarín y los términos de la profesionalización

inacabada”, párr. 9). En carta a Manuel Fernández Lasanta, su editor, el autor se expresaba de la siguiente manera:

Pienso escribir más novela (sin abandonar los artículos ordinarios que son los que dan más renta) y *Su único hijo* que lo tuve abandonado años y años, ahora estoy decidido a terminarlo, a lo cual me obligará el ir entregando original periódicamente. Solo así pude concluir la *Regenta*, que fue escrita como artículos sueltos, sin quedarme yo con borrador (como ahora) y olvidándome a veces hasta de los nombres de algunos personajes [citado en Martínez Martín 2009, “Clarín y los términos de la profesionalización inacabada”, párr. 27].

De este fragmento destaco dos elementos. El primero es que el mismo ritmo exigente con que debía entregar sus textos llegó a ser visto por el autor como un acicate para concluir una obra emprendida tiempo atrás; el segundo, que en ocasiones los escritores remitían sus originales sin tomarse el tiempo de hacer copias de ellos y muy probablemente sin contar con un esquema pormenorizado de sus personajes y otros detalles narrativos. A ello habría que sumar la dificultad de ver las pruebas impresas de la obra completa y la necesidad de corregir esta también sobre la marcha, conforme las entregas veían la luz, lo que seguramente ocurrió con *Los parientes ricos*. Todo lo anterior propiciaba la aparición de errores, como los lapsus y las incongruencias que con frecuencia se encuentran en las novelas publicadas de forma fragmentaria. Muy elocuente en este sentido es, de nueva cuenta, el caso de Clarín, quien asentó en su correspondencia “que entregó al impresor parte de *La Regenta* antes de finalizarla”; mientras la novela se imprimía, el novelista corregía “para adelantar la obra, ‘yendo a mucha distancia de la imprenta para que no me coja” (Martínez Martín 2009, “Clarín y los términos de la profesionalización inacabada”, párr. 26). Algo similar ocurrió con la producción de *Su único hijo*: a medida que Clarín “fue entregando original de esta novela, el editor la iba imprimiendo para ganar tiempo y el autor corrigiendo mientras enviaba más original” (párr. 25).

El otro testimonio es el de José Tomás de Cuéllar, quien en entrevista con Ángel Pola reconoció haber aceptado, a solicitud de su amigo Manuel Peredo, escribir cuatro novelas sin tener siquiera el título de ellas. Ante la insistencia de Ignacio

Cumplido, quien habría de publicar el material prometido y requería el manuscrito del autor —que, huelga decirlo, aún no existía—, Cuéllar decía no poder entregarlo porque estaba corrigiendo el texto. En sus palabras:

Llegó el día de dar material y treinta y seis páginas se comieron diez cuartillas de letra mía, menuda y metida. Material y más material me pedían, y yo escribía y escribía; andaba moviendo mis personajes en mi imaginación, en las calles, y en todas partes. Material, y más material; y me ponía a escribir hasta las dos de la mañana. A las tres o cuatro entregas ya se me facilitó. Yo nunca escribo una novela sin que me la pidan, ni menos para leerme a mí mismo [citado en Zavala 2010, p. 161].

Estas elocuentes palabras revelan varios aspectos que sin duda fueron comunes a los autores decimonónicos, obligados a ajustarse a los tiempos de la prensa, en la que daban a conocer sus creaciones. En primer lugar, destaca el hecho de que el compromiso de escribir la obra podía establecerse sin tener siquiera un plan para su escritura, lo cual se vio favorecido por la misma naturaleza fragmentaria de la publicación. En segundo lugar, llama la atención que, tanto en Cuéllar como en Clarín, la insistencia del editor es determinante para el emprendimiento, el avance o la conclusión de la escritura.

En el caso de Delgado, se sabe que *La Calandria* tomó su forma definitiva gracias a la tenacidad de Francisco Sosa, quien convenció al autor de convertir sus apuntes en una novela que él se encargó de publicar por entregas en las páginas de la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*. De acuerdo con Rafael Olea Franco, la corta vida de la revista —en cuya dirección estaban el propio Sosa, Manuel Gutiérrez Nájera, Jesús E. Valenzuela y Justo Sierra—, sumada a la modalidad de publicación de la obra, pudo haber influido en el desenlace de esta, pues, de las nueve entregas en que la novela se dio a conocer, las últimas dos concentran la mayor parte de los capítulos y constan de 52 a 55 páginas, respectivamente, frente al resto de las entregas, que oscilan entre 16 y 22 páginas. Para el especialista, la acumulación de capítulos en las últimas dos entregas podría deberse a ciertos “problemas financieros” a los que aludieron los editores en el último número de la revista; de ahí

puede deducirse “que la *Revista Nacional* sobrevivió con el fin de que la novela pudiera finalizar” (1997, p. 242).

Lo anterior no es un mero dato anecdótico y superfluo —aclara Olea—, pues un análisis estilístico demuestra que hay un fuerte cambio de ritmo en la conclusión, cuyos capítulos, más breves, están escritos con menos descripciones, mediante párrafos más cortos y con oraciones directas enlazadas con verbos de movimiento. Sin duda, todos estos elementos propician una narración con mayor dinamismo en la que los incidentes se suceden con rapidez [p. 242].

Por lo que toca a *Los parientes ricos*, tras analizar la distribución del texto a lo largo de las 47 entregas en que se publicó, advertí que, hasta la número 31, predominan las entregas de dos capítulos completos (un total de 19, frente a cuatro de tres capítulos y seis de uno; hay dos entregas que únicamente presentan capítulos fraccionados). En cambio, a partir de la entrega 32 y hasta la 46 se ofrece un capítulo completo por semana, solo o acompañado de capítulos fraccionados, e incluso hay cuatro entregas que solo incluyen capítulos incompletos. Al respecto, cabe señalar que la periodicidad —que de por sí se había vuelto irregular desde la entrega 25, al pasar del ritmo semanal al quincenal e incluso trisemanal, sin que mediara ningún aviso a los suscriptores—³⁹ registró una notable interrupción entre las entregas 31 y 32: mientras la primera apareció el 24 de febrero de 1902, la segunda vio la luz el 25 de agosto del mismo año. Por un aviso publicado el día 21 de ese último mes en *El Tiempo* (año xx, núm. 5 665, p. 3) se sabe que este corte de seis meses se debió por entero al autor. Con el título ““Los parientes ricos””, la nota, sin firma, explicaba lo siguiente:

Tenemos el gusto de anunciar a nuestros lectores, y especialmente a los de nuestro *Semanario Literario Ilustrado*, que desde el próximo número de este, continuaremos

³⁹ Solo he localizado un anuncio de esta clase, publicado el 14 de octubre de 1901, cuando se presentó el primer retraso en las entregas; con el título ““Los parientes ricos”. A nuestros lectores”, el texto, sin firma, decía lo siguiente: “No publicamos hoy la continuación de esa preciosa novela, por no haberse recibido el original correspondiente de Jalapa, donde reside el autor, señor don Rafael Delgado” (*Semanario Literario Ilustrado*, t. I, núm. 42, p. 500). En los demás casos, al parecer no se ofreció ninguna explicación a los lectores.

publicando, hasta su conclusión, la novela *Los parientes ricos*, de que es autor el distinguido literato don Rafael Delgado.

Dicho señor se ha servido manifestarnos las causas que le habían impedido continuar remitiéndonos los originales de su preciosa novela; cosa que tanto lamentábamos, pues nos consta el interés con que muchos suscriptores estaban pendientes de la continuación de *Los parientes ricos*.

Aunque el texto de *El Tiempo* omite los motivos aducidos por el autor, considero que el incumplimiento de su compromiso con Agüeros pudo deberse a las actividades propias del cargo de profesor de Literatura General y Español que desde el 6 de enero de 1901 desempeñaba en el Colegio Preparatorio de Jalapa, junto a su colega y amigo Salvador Díaz Mirón. Al decir de James Bickley, desde su llegada a su nuevo destino laboral, Delgado dedicó mucho de su tiempo a la preparación de un libro de texto para uso de las escuelas veracruzanas, que en su mayor parte era traducción y adaptación de una obra francesa y que se dio a las prensas en 1904, con el sello de la Imprenta del Gobierno del Estado y el título de *Lecciones de literatura, I. Estilo y composición* (1935, p. 83).⁴⁰

Especulaciones aparte, puedo afirmar que, cuando Delgado retomó la escritura (o al menos los envíos), la cantidad de texto que se ofreció cada semana a los lectores del *Semanario Literario Ilustrado* fue mucho menor en comparación con lo que se incluyó en las primeras 31 entregas de la obra (en promedio, se pasó de siete cuartillas a cinco). Sin duda, esto tiene relación con el hecho de que, a partir de esa reanudación y tras una importante elipsis que lleva al lector de octubre de 1894 a febrero del siguiente año, la novela llega a su clímax (el lector empieza a sospechar el embarazo de Elena, Juan recibe instrucciones de abandonar la capital con rumbo a Pluviosilla a fin de embarcarse hacia Europa en fechas próximas) y se suceden varias acciones simultáneas que tienen lugar en distintos escenarios (en

⁴⁰ Si bien cabría plantearse la posibilidad de que la elaboración de las *Lecciones* hubiera entrañado un pago superior al que Delgado habría recibido por *Los parientes ricos*, Pedro Caffarel Peralta asegura que en la primera empresa el escritor obró principalmente por el “extraño amor que profesaba a la enseñanza” y movido “únicamente [por] el deseo de que a sus discípulos les resultara ‘simpático y amable’ el estudio de la asignatura. Los preparatorianos supieron responder a esta generosidad y le honraron nombrándole presidente honorario de la sociedad ‘Antonio María Rivera’” (1995a, p. xxx).

diversos puntos de la capital y de Pluviosilla) y en un breve lapso (varias escenas transcurren en diferentes momentos del mismo día). Aunque no deja de haber descripciones (destaca la del capítulo LXII, que se detiene en una elegante cena que Juan Collantes organiza en honor del obispo,⁴¹ así como la del capítulo LXXII, una larga digresión en la que el narrador retrata la Catedral desde el punto de vista de Margot),⁴² en la mayoría de los capítulos abundan los diálogos, lo que da a la novela, hasta su desenlace, un ritmo muy ágil y dinámico, más propio del teatro (recuérdese que en sus inicios Delgado incursionó con cierto éxito en el género dramático).⁴³

Por ejemplo, es mediante este efectivo recurso como el lector adquiere la confirmación del embarazo de Elena, quien, ante la súbita partida de Juan a Pluviosilla, debe pedir a Filomena que escriba una carta a su amado, a escondidas de su madre y hermanos. El diálogo, que se reproduce en los capítulos LXVIII y LXIX, combina de forma muy creativa los géneros epistolar y dramático:

—Sigue escribiendo... —dijo la joven.

Filomena obedeció.

⁴¹ El siguiente pasaje, situado al inicio del capítulo LXII, destaca por el uso de adjetivos inusitados y por su notable intención estética, cualidades ambas que sin duda evocan la pulida y renovadora prosa modernista: “Lucieron las frutas su belleza rústica: las pomos californicas su carmín amoratado; las mandarinas su ardiente juboncillo; las naranjas cordobesas su ropilla jalde; los racimos el ámbar róseo de su orujo dorado, y las ananás, aunque tardías espléndidas, sus penachos esmaragdinos y sus regios hipiles recamados de oro”. No sorprende, por tanto, que el capítulo entero se hubiera publicado en la *Revista Moderna. Arte y Ciencia* (vid. *Los parientes ricos*, cap. LXII, nota 1, y la primera parte del capítulo 1 de este “Estudio preliminar”).

⁴² La digresión tiene lugar mientras doña Dolores y Margot aguardan a que el padre Fernández concluya el sermón que está pronunciando en el púlpito de la Catedral para poder entrevistarse con él. Durante la espera, la madre reza el rosario y “la joven se entreg[a] a la admiración que causa en cuantos la visitan aquella majestuosa basílica”. Si bien la blonda señorita lamenta “el desaseo de la Catedral, muy necesitada de cuidado y aliño”, se extasía “contemplando las vastas proporciones del grandioso edificio”. El admirado examen da pie a una prolija descripción del recinto y sus visitantes, a la cual sigue una reflexión de índole arquitectónica acerca del estilo que, a juicio de Margot, habría sido más adecuado para el imponente inmueble; quizá por inusitada, dicha reflexión hace exclamar al narrador: “¡Sabe Dios en qué libro había aprendido la joven tales cosas! Ello es que, para Margarita, el arte plateresco habría sido en la Catedral Metropolitana gráfico poderoso símbolo de la vida religiosa de México, durante la época colonial”.

⁴³ Sin duda, el inicio del capítulo LXXII recuerda la descripción del escenario que precede al desarrollo de una escena teatral: “Oscura la noche; el patio de la entrada semialumbrado por un foco puesto en el extremo de un mástil; la estación desierta; el andén tenebroso; luz insuficiente en la oficina del jefe, donde apenas era visible la mesa de despacho esclarecida por una lámpara de petróleo; en los asientos del corredor de espera, un mozo de cordel, fastidiado y soñoliento; frente al restaurant silencioso, un velador que iba y venía meciendo su linterna, la cual asomaba entre las puntas de un sarape rojo; el tren listo: un vagón con dormitorio y un carro de equipajes”.

—Decíamos...

—Que...

—Lee.

—... “quiero que vengas, necesito que vengas antes de salir para Europa. Lo que te dije es cierto, y el asunto debe ser resuelto muy pronto. Ven y arréglalo con mis tíos...”.

[...]

—“No lo hagas por tí... ni por mí... Hazlo por tu...”.

—¿Por quién? —preguntó Filomena, en cuyo pensamiento estaba ya la terrible palabra—. ¿Por quién, niña?

—“¡Por tu hijo!” —respondió sin vacilaciones la ciega.

—Pero...

—¡Escribe lo que te digo!

—Pero, Elenita... ¿Qué quiere decir eso?

—Lo que dice.

—¡Niña, por Dios! —exclamó angustiada la servidora [cap. LXIX].

Cabe destacar que la escena incluye también un largo pasaje en el que el narrador, valiéndose del discurso directo e indirecto libre, da a conocer al lector las vacilaciones y el conflicto que se desarrolla en la mente de Filomena, quien, a diferencia de doña Dolores y sus hijos, censura —si bien para sus adentros— la falta cometida por Elena, aunque muy pronto la compasión ocupa el lugar del repentino “desprecio profundo” que por unos momentos se revuelve “como una víbora en el corazón de la honrada” servidora.

También por medio de un diálogo con Margarita, Alfonso se entera del reprochable proceder de Juan:

—Habla... No acierto a adivinar lo que quieres que adivine [dice Alfonso a Margot].

—¿Observaste alguna vez la inclinación de tu hermano hacia mi hermana?

—Sí.

—¿Observaste también la predilección de Elena para Juan?

—Sí.

—¿Sí? Pues... bien...

—Te comprendo... Que son novios y que las locuras de mi hermano han venido a malograr las esperanzas y las ilusiones de esa pobre niña, ¿no es eso?

—Algo más.

—¿Algo más? No te entiendo. ¿Qué más puede ser? No te comprendo...

[...]

—No me entiendes y..., ¡y yo no sé cómo decirte lo que a decirte voy!

—Margarita mía... —dijo Alfonso suplicante, tomando a la joven una mano—. ¡Margarita mía..., habla sin temor!

—La creciente palidez de tu rostro, lo inquieto de tu mirada, lo trémulo de tu voz me indican... que ya vas entendiéndome.

Y la joven retiró su mano de entre las manos de su amante.

—Me espanto de lo que estoy pensando...

—¡Sin duda has acertado ya! [cap. LXXXVI].

Del mismo modo, Margarita da por terminado el noviazgo con su primo; resolución que, por cierto, la joven toma en el curso de la conversación con Alfonso:

Quedose pensativa Margot. A poco dijo:

—Alfonso: Dios sabe cuánto te he querido y cómo te amo; Él sabe que te amaré siempre...

Digámonos adiós.

—Margot... —suplicó el mancebo.

—Dicho y resuelto está [...].

—¡Margot!... —murmuró tímidamente Alfonso, rendido a la enérgica resolución de la joven.

—¡Digámonos adiós! [cap. LXXXVI].

Muy vinculada con el diálogo, la reproducción de cartas tiene gran importancia en la novela y resulta crucial en los últimos capítulos.⁴⁴ Por ejemplo, a través de la respuesta de Juan a sus dos mensajes previos, Elena al fin puede leer correctamente los sentimientos de su amado (caps. LXXIV y LXXVIII). Asimismo, mediante una misiva dirigida a su hermana y leída en voz alta, la joven se entera de la huida de Juan y Conchita a París (cap. LXXXIII). También es por carta como el

⁴⁴ No hay que olvidar, como anota Graciela Batticuore, que “*la carta es una conversación por escrito*. Es decir, el género epistolar está ligado a la oralidad o, más propiamente, se debate entre la oralidad y la escritura. Y, por eso también, los modos que adopta la carta nos hablan del corresponsal, tanto como del vínculo con el interlocutor de turno” (2017, p. 114).

padre Anticelli aconseja a Margot en relación con la penosa situación de Elena (cap. LXXXIX). Por último, gracias a la extensa misiva que Conchita escribe a su madre antes de zarpar con rumbo a Europa y que ocupa todo el capítulo LXXXII, el lector puede conocer el estado mental de la muchacha y las circunstancias de su partida:

Debo explicarte mi conducta, antes de embarcarme; pero, primeramente, he de implorar tu perdón [...]. Hay almas que nacieron para vivir unidas. La mía y la de Juan son de esas. Esto lo dice todo. He dejado a ustedes, pero su recuerdo vive en mi corazón e irá conmigo. Yo volveré. ¿Cuándo? ¡Cuando sea yo la esposa de Juan! Entonces, los que ahora me censuran [...] me disculparán y serán bondadosos. El dinero es el rey del mundo ¡y todo lo puede! La vida de Pluviosilla me era fastidiosa, y justo es que, ya que ahí no pude encontrar un buen partido, yo me lo haya buscado hasta hallarlo. A las tristezas de aquí sucederán las alegrías de París y de Europa... [cap. LXXXII].

Sin duda, tanto las cartas como el diálogo que predominan en los últimos capítulos dotan de dinamismo a la novela y de alguna forma relevan al narrador de sus funciones convencionales, pues no son pocos los acontecimientos y estados de ánimo que se comunican al lector mediante estos recursos que agilizan la narración y dan a la obra cierta naturaleza híbrida y moderna, lo que habla de la constante búsqueda estética y experimentación del autor con géneros y corrientes literarias.⁴⁵ Asimismo, ambas estrategias narrativas, pero sobre todo el diálogo, traducen una “alta tensión emocional” propia de las novelas por entregas, la cual, como ha señalado Raquel Sánchez García en su ensayo “Morfología del texto y producción de sentido en la lectura”, se ve reflejada “en la tipografía y la disposición de la página” (2005, p. 85); en sus palabras:

La existencia de multitud de puntos suspensivos, de signos de exclamación e interrogación, párrafos cortos, espacios en blanco, etc., denota el deseo de provocar en el lector unas

⁴⁵ Aunque no tan frecuente como el diálogo o las cartas, la aparición de textos periodísticos desempeña un papel similar. Ejemplo de ello son las notas de *El Siglo de León XIII* y *El Contemporizador* a propósito de la fuga de Conchita y Juan, las cuales se reproducen en el capítulo LXXXI.

determinadas expectativas y exaltaciones emocionales. En gran medida, lo que [...] percibía el receptor era una sensación de realidad, de la realidad de los diálogos de la calle [p. 85].

Por otra parte, habría que agregar que los abundantes diálogos y las escenas simultáneas producen un efecto de precipitación de la trama hacia su culminación que se ve aumentado por dos factores, uno de naturaleza puramente literaria y otro vinculado, de nueva cuenta, con el modo de publicación de la novela: 1) el hecho de que las acciones narradas en los capítulos LXII a XCI abarcan escasas dos semanas⁴⁶ y 2) la circunstancia de que la entrega final de la novela, que vio la luz el lunes 29 de diciembre de 1902, comprendió once capítulos completos.

Por lo que se refiere al segundo factor, cabe decir que, a diferencia de la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, el *Semanario Literario Ilustrado* tuvo una larga vida que se prolongó hasta 1912, de suerte que no podría pensarse que el cierre de la publicación influyó en la conclusión relativamente apresurada de la novela, como ocurrió con *La Calandria*. Asimismo, puesto que en los números siguientes del semanario, ya de 1903, tampoco hubo una publicación por entregas de la importancia de *Los parientes ricos* —lo que habría podido motivar la premura con que se puso fin a la primera edición de esta obra—, aventuro que el cierre apresurado de la narración se debió al cambio de domicilio de las oficinas de *El Tiempo* al edificio cuyo proyecto fue encomendado por Victoriano Agüeros al ingeniero don Rafael García y Sánchez Facio, y cuya primera piedra se colocó el 15 de septiembre de 1902 (cf. sin firma, “La casa de El Tiempo”, en *Semanario Literario Ilustrado*, t. II, núm. 91, 22 de septiembre de 1902, pp. 628). El inmueble, situado en el número 18 de la primera calle de Mesones, tenía tres pisos en los cuales se instalaron “todas las oficinas del periódico: dirección, redacción, administración, talleres de tipografía (cajas, linotipos, prensas), talleres de fotografía, fotograbado y dibujo, departamentos de empaque y despacho del periódico, etc., etc.” (sin firma,

⁴⁶ De acuerdo con los indicios temporales proporcionados por el narrador y los personajes, se sabe que la cena organizada en honor del obispo se realizó el 20 de febrero; Juan parte a Pluviosilla al día siguiente, y el 25 o 26 por la noche se marcha a Veracruz con Conchita. Para entonces, ya ha recibido las dos cartas que Elena le envió entre el 22 y el 24, pues su respuesta a la joven tiene fecha de 25 de febrero. Por Filomena se sabe que ha transcurrido alrededor de una semana desde que ella se enteró del embarazo de Elena hasta que se vio obligada a confesarse con Margot, por lo que puede pensarse que el desenlace de la historia tiene lugar en los primeros días de marzo.

“La casa de ‘El Tiempo’”, en *Semanario Literario Ilustrado*, t. II, núm. 72, 12 de mayo de 1902, p. 286). En el semanario del 9 de febrero de 1903 se anunció que la mudanza a la nueva sede se realizaría próximamente, y el 23 de marzo siguiente se informó de la inauguración de las oficinas, verificada el 15 de ese mes (t. III, núms. 111 y 117, pp. 98 y 184-185, respectivamente).⁴⁷

Otra posibilidad (que ciertamente no se contrapone con la anterior) es que Agüeros hubiera programado las actividades de su taller en función de un calendario de producción que comprendería los tres tomos de la Biblioteca que se publicaron en 1903, incluido el de Delgado. En este sentido, hay un dato que me permite proponer esta hipótesis. El contenido del tomo 48, del yucateco Bernardo Ponce y Font, vio la luz por entregas en *El Tiempo* entre el 9 de julio y el 4 de septiembre de 1902, por lo que desde esa fecha, considerando el proceso editorial de la imprenta de Agüeros que he descrito, ese material seguramente estaba listo para publicarse en formato de libro. Es probable, por tanto, que el editor guerrerense hubiera decidido culminar la publicación fraccionada de *Los parientes ricos* antes de que finalizara 1902 e imprimir el libro prácticamente de inmediato, con el objetivo de dejar paso a la producción del siguiente número de la Biblioteca, el cual, tal vez, ya tendría comprometido.

Ahora bien, hay un aspecto más de los ritmos de producción y publicación que me interesa abordar aquí. Me refiero a las dos fechas que Delgado anotó en su novela. La primera corresponde al prólogo, escrito en “Pluviosilla a 29 de mayo de 1901”; la segunda se ubica al final de la obra y remite a “Jalapa, noviembre de 1902”. Si se considera que la entrega inicial de *Los parientes ricos* apareció el lunes 3 de junio de 1901, no deja de asombrar que en un lapso de escasos cuatro o cinco días (suponiendo que el domingo 2 de junio fuera laborable) el texto se remitió de Jalapa u Orizaba a la Ciudad de México, el linotipista pudo teclearlo en su totalidad y se

⁴⁷ Con el título “La casa de El Tiempo”, la nota del 23 de marzo, sin firma, reproducía el programa y enumeraba a los asistentes a la inauguración (muchos de ellos miembros de la Iglesia y de la colonia española). También incluyó un par de fotografías de los padrinos e invitados al evento. El lunes siguiente, 30 de marzo, se informaba que el día 19 los empleados y redactores de *El Tiempo* habían ofrecido un banquete a su director, Victoriano Agüeros, “para felicitarlo por el feliz acontecimiento de la terminación del nuevo edificio” (sin firma, “Una fiesta íntima. Banquete a nuestro director”, en *Semanario Literario Ilustrado*, t. III, núm. 118, pp. 201, 204 y 205).

hizo una placa con la que luego fue posible imprimir esa parte del *Semanario*. Esto da pie a pensar que las entregas de *Los parientes* veían la luz muy poco después de que su autor las enviaba desde su domicilio, con un ritmo que recuerda al que describe Clarín en el pasaje citado páginas atrás.

Por lo que toca a la segunda fecha, que sitúa la conclusión del texto en un día no especificado de noviembre de 1902, existiría la posibilidad de que Delgado, teniendo la novela concluida, hubiera retrasado su envío hasta finales de diciembre para revisar el material; empero, a juzgar por la cantidad de lapsus⁴⁸ que se registran en los once capítulos finales (cinco de diecinueve, aunque en el resto de los casos no hubo más de un lapsus por entrega), esa hipótesis no parece muy acertada. Por el contrario, la persistencia, en la segunda edición, de errores obvios que no se consignaron en la fe de erratas lleva a suponer que el autor tuvo poco tiempo para corregir su obra.⁴⁹

Por tanto, otra hipótesis, a mi juicio más plausible, consiste en que Agüeros, en posesión de la obra terminada, tomó la decisión de concentrar la mayoría de los capítulos en el último número de 1902 del *Semanario*. De hecho, como trataré de mostrar en el siguiente apartado, el espacio que en esta publicación se asignó a la novela, al menos en diciembre, permite suponer que Agüeros organizaba las entregas en función de sus necesidades editoriales.

⁴⁸ Los lapsus a que me refiero consisten en la confusión de los nombres de los personajes. Si bien en su mayoría estos errores pueden achacarse a la premura de la redacción, hay tres casos en los que cabría pensar que Delgado, a semejanza de Clarín, pudo haber enviado sus originales a Agüeros sin conservar copia o borrador. Así, en la primera entrega doña Dolores aparece como “la señora de Cervantes”; de igual modo, en las entregas 6 y 10, Margarita figura como Enriqueta y Eugenia como Angustias. El primero de estos equívocos se corrigió en la fe de erratas; los otros dos persistieron sin ser advertidos en la segunda edición.

⁴⁹ Según el testimonio del señor Gabriel García Guapillo, empleado de la imprenta de Pablo Franch, en Orizaba, Delgado se mostró muy meticuloso en la revisión de las pruebas de la segunda edición de *La Calandria*. Pese a haber solicitado dos tandas de correcciones, pidió detener el proceso de impresión en una tercera ocasión por haber detectado nuevos errores. Tras breve discusión y ante la negativa de Franch, el escritor terminó aceptando que la obra siguiera imprimiéndose tal como estaba (cf. Bickley 1935, p. 108n). Este dato, aunado a las variantes de tipo estilístico localizadas a lo largo de la novela, hace pensar que el autor no tuvo tiempo suficiente para corregir a conciencia *Los parientes ricos*. Al respecto, hay que considerar que, entre la publicación de la entrega final de la novela y la fecha registrada en el colofón de la segunda edición, solo media un mes.

*Cuando la novela convive con otros discursos:
algunos aspectos de la puesta en página*

Refiriéndose al caso de José Tomás de Cuéllar, quien entre 1882 y 1886, tras haber pasado diez años fuera del país, publicó cinco novelas por entregas,⁵⁰ Ana Laura Zavala Díaz ha señalado que “estas composiciones no se concibieron como una serie ni se distribuyeron en fascículos para su venta semanal e independiente; por el contrario, se insertaron en la geografía diversa” de distintas publicaciones periódicas, lo cual, en opinión de la autora, “modificó la dinámica e intencionalidad de la escritura”, pues Facundo debió, por un lado, aprovechar de la mejor manera el espacio que se le había otorgado en el diario, y, por otro, dialogar con los contenidos “del abigarrado corpus periodístico” (Zavala 2010, p. 172).

Partiendo de esta idea, en las páginas siguientes me gustaría describir la forma como *Los parientes ricos* se insertó en la sintaxis textual del *Semanario Literario Ilustrado*, para lo cual considero necesario describir muy brevemente algunas características de esta publicación en sus primeros dos años de vida (1901-1902). Como mencioné en el capítulo anterior, este suplemento semanal fue el último de una serie de publicaciones periódicas de corte literario dirigidas por Victoriano Agüeros y asociadas a *El Tiempo*. Esta empresa editorial, cuya vida se prolongó de 1901 a 1912, se caracterizó por el énfasis puesto en el material gráfico que ofreció a sus suscriptores; además de grabados, incluía numerosas fotografías que ilustraban extensos reportajes sobre temas de actualidad y que en ocasiones, sobre todo a partir del segundo tomo (correspondiente a 1902), complementaban las noticias publicadas en *El Tiempo*. El semanario tuvo una extensión variable, que osciló entre las 12 y las 24 páginas; se vendía mediante suscripción mensual, la cual tenía un costo de 50 centavos en la capital y 75 en los estados.

Ya desde el número inicial, en cuya portada aparece una imagen del “General Porfirio Díaz, Presidente de la República, en su despacho en el Palacio Nacional”, es posible deducir que, por entonces, la postura del director de la publicación era

⁵⁰ Los títulos son *La Noche Buena. Negativas tomadas del 24 al 25 de diciembre de 1882* (1883), *Los fuereños* (1883), *El divorcio* (1883-1884) y *Baile y cochino* (1885), así como la tercera versión de *Las Posadas* (1882) (cf. Zavala 2010, p. 172).

favorable al régimen, por lo que no sorprende que muchos de los reportajes tuvieran como tema actos oficiales protagonizados por Díaz —sobre todo inauguraciones de obra pública— y que a menudo se reprodujeran retratos de políticos y diplomáticos (de México y del extranjero), además de escritores, músicos, personajes históricos, miembros de la realeza europea y del clero. En relación con esto último, no se debe olvidar que, a partir de febrero de 1901, este “Semanario de Literatura, Historia, Bellas Artes, Variedades, etc.”, estuvo “dedicado especialmente a las familias católicas de la República”, frase que fue el lema de la publicación en sus primeros dos tomos. Sin duda, ese sesgo católico, que por lo demás se correspondía con las creencias personales del editor, explica el considerable espacio concedido a personajes, temas y edificios vinculados con la Iglesia. Sin embargo, no deja de sorprender que entre los textos que poblaron las páginas del semanario en su etapa inicial se cuenten piezas de Charles Baudelaire, Julián del Casal, Gabriel D’Annunzio, Rubén Darío, Balbino Dávalos, Salvador Díaz Mirón y su hijo José María, Fernangrana, Catulle Mendès, Manuel José Othón, José Santos Chocano y José Juan Tablada, quienes alternaron con escritores menos polémicos, como José Zorrilla, Emilia Pardo Bazán, Gaspar Núñez de Arce, Justo Sierra, Victoriano Salado Álvarez, Vicente Riva Palacio, Guillermo Prieto, José López Portillo y Rojas, Lamartine, Juan de Dios Peza, Jorge Isaacs, José Joaquín Pesado, el papa León XIII, Joaquín Arcadio Pagaza, el obispo de San Luis Potosí y un largo listado de firmas que representaban generaciones y corrientes estéticas e ideológicas diversas.

Esta gran variedad autoral coincidió con una notable pluralidad en las secciones de que constaba la publicación, algunas de las cuales sobrevivían apenas un par de números después del por lo general llamativo anuncio de su inserción. Así ocurrió, por ejemplo, con el ofrecimiento de destinar una página del semanario a dar a conocer los trabajos de los aficionados a la fotografía (t. II, núm. 56, 20 de enero de 1902, p. 36),⁵¹ o con una sección inaugurada por las tapatías señoritas Corcuera,

⁵¹ No es casual que apenas unos días después se anunciaran en el semanario los “Grandes talleres de fotograbado de *El Tiempo*”, en los siguientes términos: “Participamos a nuestros lectores y al público en general, que desde esta fecha [24 de febrero de 1902] quedó instalado nuestro taller de fotograbado, montado conforme a los últimos adelantos del arte. / Desempeñamos toda clase de

dedicada a las damas mexicanas y que desapareció al poco y sin explicación alguna (t. I, núm. 28, p. 323). Aunque fugaces, esas secciones traducen un constante deseo de innovación, cuyo objetivo primordial era satisfacer a un público creciente y cada vez más diverso, en el cual comenzaban a descollar, como grupo diferenciado, las mujeres lectoras. De hecho, el protagonismo femenino era tal que había anuncios dirigidos “A nuestros lectores” y “A nuestras lectoras”. Eso explica que, pese a la constante transformación del semanario, prevaleciera casi desde su creación el espacio “Para las damas”, que se publicó a partir del número correspondiente al 15 de abril de 1901 (t. I, núm. 16). Al parecer esta sección fue muy exitosa: llegó a tener ocho páginas, lo que significó multiplicar por cuatro el espacio que se le asignó en un principio;⁵² además, al ubicarse al final de la publicación, concentraba también parte de la publicidad (el resto estaba en las contraportadas). Esta incluía anuncios diversos, pero también una oferta ciertamente especializada: máquinas de coser, paraguas, estufas y metales para bordar. Aparte de una revista de modas (con profusión de grabados), textos sobre costumbres sociales, recetas y consejos prácticos (para quitar manchas, perfumar la ropa, teñir el pelo), la sección femenina ofrecía contenido literario, en buena parte escrito por mujeres.

Entre 1901 y 1902 *Los parientes ricos* se insertó en esa particular geografía del semanario, con el cual entabló un diálogo; de ello da cuenta, en primera instancia, la filiación ideológica de Delgado y Agüeros, ya explorada en el capítulo anterior. Pero el diálogo también puede encontrarse en los públicos que el novelista parece haber tenido en mente al escribir su obra; así, en esta es posible rastrear una importante preocupación por la educación de las mujeres (lo que sin duda incluía a

fotograbados de medio tono, grabados de líneas, zincgrabados, etc., etc. / Especialidad en encabezados para cartas, facturas, avisos. Ilustraciones para periódicos, catálogos y obras. Grabados de cuadrícula gruesa para ilustraciones en papel corriente. / Cerca de Santo Domingo núm. 4.—México” (*Semanario Literario Ilustrado*, t. II, núm. 61, p. 106). A semejanza de lo ocurrido con el linotipo, es evidente que Agüeros trató de sacar el mayor provecho de esta novedosa maquinaria, satisfaciendo de paso las necesidades y aficiones de su variado público.

⁵² Al respecto, resulta muy ilustrativo el siguiente comunicado, titulado “La sección de las damas”, del 3 de febrero de 1902 (t. II, núm. 58, p. 60): “A causa del recargo de ilustraciones que tenemos, desde hace varios números nos hemos visto en la necesidad de suspender, contra nuestra voluntad, la sección destinada a las damas. Deseando reparar esa falta, próximamente publicaremos, agregado al SEMANARIO, un cuaderno destinado exclusivamente a nuestras lectoras. Este cuaderno contendrá una reseña de las modas más recientes, abundantes grabados y, en una palabra, todo aquello propio del hogar”.

las cada vez más abundantes damas lectoras),⁵³ lo mismo que un deseo de exponer inquietudes éticas y estéticas ante “lectores profesionales”, “miembros de los campos literario, periodístico e intelectual” (Zavala 2020, p. 405).⁵⁴ Entre estos últimos se contarían los propios colaboradores del semanario y algunos de sus suscriptores, públicos potenciales a los cuales la novela interpelaría en diferentes niveles, como se analizará en el siguiente capítulo.

Por lo que respecta a la puesta en página, hay que señalar, en primer lugar, que las 47 entregas de la novela de Delgado se presentaron siempre con el mismo diseño, con su cabecera de tipos góticos en la parte superior de la plana. Llama la atención que esta fuente densa y pesada, asociada “a la obra de los amanuenses de la nobleza” y usada para “evocar nobles tradiciones”, de suerte que puede considerarse parte del mensaje (Garfield 2011, pp. 198-200), se empleó también en la portada del semanario, debajo del título principal, para expresar el lema de la publicación y el nombre del director. Asimismo, al menos durante una primera etapa, con esta fuente se compuso el titular de la sección “Para las damas”, ya referida. En segundo lugar, se debe mencionar que durante la publicación de *Los parientes ricos* no hubo ninguna otra colaboración semejante tan extensa ni presentada de forma tan llamativa y constante. A mi juicio, estas circunstancias pueden ser expresión de la identificación que Agüeros quiso proyectar entre los valores de su publicación y los de la apuesta literaria que representaba el escritor veracruzano, lo que también en este caso abarcaría a las damas que leían el semanario.

En cuanto a las entregas, por lo general se dispusieron en las páginas 6-7, 8-9 o 10-11. Hasta la entrega 31, el espacio asignado promedio fue de 1.8 planas y posteriormente tendió a disminuir a una página. En algunas entregas, el fragmento de la novela ocupó una o dos planas enteras; en otras, a continuación del texto de Delgado se incluyeron colaboraciones en las que resulta difícil ver una relación

⁵³ Hay que decir que la educación femenina fue una preocupación constante ya desde el siglo XVIII; sin embargo, en el XIX se registró un importante cambio en la consideración de las mujeres, quienes, además de personas por educar, empezaron a ser vistas como consumidoras.

⁵⁴ Ana Laura Zavala se refiere en este pasaje al trabajo de Yliana Rodríguez sobre la recepción de *Santa* entre los lectores —tanto “profesionales” como “ordinarios”— contemporáneos a la aparición de dicha novela (Rodríguez 2014, p. 396). Retomo el planteamiento de Rodríguez en el tercer capítulo de este “Estudio preliminar”, sobre todo en la segunda parte.

directa con *Los parientes ricos*. Se trata de textos de naturaleza muy diversa: desde biografías de obispos hasta reportajes sobre personajes y procesos de la política nacional e internacional, pasando por poemas, epigramas, leyendas religiosas, notas misceláneas, entre otros. Lo mismo puede decirse de las imágenes que en no pocas ocasiones se intercalaron en las entregas: en todos los casos correspondían a otras colaboraciones más extensas (principalmente reportajes) y no ilustraban la novela. Esta circunstancia me lleva a conjeturar que el acomodo del material no obedecía a una cuidadosa programación temática, sino que en buena parte se hacía en función de los originales disponibles y de intereses comerciales condicionados por la competencia del medio, como el de ofrecer información gráfica sobre temas de actualidad para no perder suscriptores.

En relación con este aspecto, me gustaría señalar que hubo 16 entregas que incluyeron capítulos incompletos, interrumpidos en todos los casos de manera abrupta, de modo que la siguiente entrega comienza con unos cuantos párrafos (y a veces incluso unas pocas líneas) que enseguida dan paso a un nuevo capítulo. Me atrevo a asegurar que tal división no respondía a ninguna lógica narrativa ni abrigaba el propósito de crear suspenso en el lector; en todas esas ocasiones puede hablarse de un corte practicado en función del espacio otorgado a la novela en las páginas del semanario. En términos llanos, el criterio podría ser formulado de esta manera: si la extensión del capítulo (o, quizá, el material recibido de Jalapa) rebasaba la plana a la que debía ceñirse, el texto “sobrante” se reservaba para la próxima entrega.⁵⁵ Aunque quizá no era del todo deliberada, considero que esta estrategia meramente editorial pudo haber proporcionado al lector esa satisfacción e insatisfacción de las que habla Botrel a propósito de la fragmentación de las novelas por entregas, “imperativo editorial y factor de accesibilidad en la lectura” que empujaba al receptor “a desear el acceso a la continuación del relato, a través de otra entrega” (1974, p. 124).

Por lo que toca al tipo de lector al que llegaba el *Semanario Literario Ilustrado* y, por tanto, al que se habría destinado la tercera novela de Delgado en su primera

⁵⁵ Considero que esto refuerza la hipótesis de que Agüeros distribuyó los últimos capítulos de la novela en los números de diciembre de 1902 según sus necesidades editoriales.

edición, es posible plantear algunas hipótesis más. La primera es que la propia disposición de la publicación, en tres columnas de escaso interlineado y gran número de renglones, sumada al reducido tamaño de los tipos y la recargada presentación de los textos (que en ocasiones lindaba con la saturación), requería lectores con cierta pericia y no un público recién alfabetizado.⁵⁶ La segunda es que estos lectores, en su mayoría, habrían carecido de hábitos de consumo de bienes culturales, razón por la cual la “baratura” pudo representar un aliciente o un factor determinante para la compra: mientras una entrega de *Los parientes ricos* (con el añadido del resto del contenido del semanario) costaba unos 12.5 centavos, el libro valía 1.5 pesos (es decir, el precio de tres suscripciones mensuales o de doce semanarios), lo que podría haber parecido al consumidor “mucho y caro, incluso suntuario” (Botrel 1974, p. 117).⁵⁷ Y si bien, como apunta Botrel (p. 116), esa pretendida economía resultaba paradójica, pues el costo de adquirir las 47 entregas de la novela equivalía a casi seis pesos,⁵⁸ al parecer “lo que le importa al público es menos la cantidad final gastada en la adquisición del libro que el modo de adquirirlo y de gastar su dinero [...]. La entrega [...] es una unidad de consumo semanal, y consigue crear una necesidad semanal de consumo” (p. 118).

⁵⁶ Merece la pena contrastar esta suposición con el siguiente comentario de Botrel en relación con los formatos de las novelas por entregas españolas de los años 1850-1870, dirigidas a un público menos experto en la lectura: “Estos tipos [mayores que los corrientes] y estos blancos [generosos] convienen a unos lectores que todavía están en la infancia de la lectura: unos lectores para quienes leer supone un esfuerzo, una tensión mayor que para otros lectores más experimentados, y que encuentran en los blancos el descanso momentáneo pero apreciable de la vista; [...] unos lectores, también, que no gozaban de condiciones de alumbrado (diurnas o nocturnas) perfectas, ni mucho menos, y, en estos casos, el tamaño generoso de los tipos ayuda mucho, como es sabido” (1974, p. 119).

⁵⁷ Por la profusión de anuncios y el tipo de bienes que se publicitaban en las páginas del *Semanario*, me cuesta creer que el grueso de sus lectores tuviera un bajo nivel adquisitivo, por lo que más bien me inclino a pensar, con Botrel, en ciertos hábitos de consumo en relación con contenidos culturales. Desde luego, tampoco se descarta el hecho de que el carácter misceláneo del semanario hubiera constituido un atractivo para los lectores mayor que el ofrecido por la edición en forma de libro: mientras este solo incluía la producción de un autor, aquel en cambio albergaba un contenido diverso que podía interesar a distintas personas a la vez y que comprendía una variedad de firmas y géneros literarios, sin dejar de lado el llamativo material gráfico.

⁵⁸ Este cálculo considera solo el precio individual de 47 números del semanario; hay que pensar, sin embargo, que la publicación no se vendía sin suscripción y que hubo algunos números que no incluyeron entregas de la novela.

A lo largo de este capítulo, guiado por el enfoque de la materialidad, intenté demostrar cómo, frente a un público creciente y complejo, se erigió una competencia que propició la modernización del medio editorial mexicano, a la que no fueron ajenos los escritores, quienes debieron ajustarse a las exigencias impuestas por los ritmos del periódico y los requerimientos de los nuevos lectores, y que por entonces iniciaban su propia profesionalización, principalmente en la prensa. En el caso de *Los parientes ricos*, este panorama dio pie a la conjunción de estrategias autorales y editoriales con miras a satisfacer una demanda específica, sin dejar de lado la expresión de inquietudes éticas y estéticas, ni el cumplimiento de objetivos comerciales. En todo ello pueden verse, sin duda, las dualidades del particular artefacto cultural llamado libro, a un tiempo objeto y discurso, a la vez mercancía y significación. De esta última, que sin duda depende en gran medida del lector y está íntimamente vinculada con la recepción, pienso ocuparme en el tercer y último capítulo de este trabajo.

CAPÍTULO 3

DE LECTORES CURIOSOS Y DISCRETOS: RAFAEL DELGADO Y SU PÚBLICO

En los pasajes, episodios y motivos de la representación de la lectura los textos de ficción elaboran auténticas teorías del libro como documento, como relato autobiográfico, como icono, como anuncio, como panfleto. Allí se condensan las ficciones del libro: por un lado, invenciones que estructuran formalmente los textos; por el otro, emblemas morales, estéticos o políticos de la función de la lectura.

NORA CATELLI 2001, p. 40

Tras haber abordado la relación de Rafael Delgado con su editor y la influencia que sobre el proceso creador de aquel ejerció el modo de producción y distribución de su obra, en este capítulo me propongo explorar la forma en que los lectores —último y fundamental eslabón del “circuito de comunicación” concebido por Robert Darnton para explicar el modo en que los libros surgen y se difunden en la sociedad (2010, p. 181)— influyeron en la configuración de *Los parientes ricos*. En otras palabras, mi intención es averiguar, sobre todo a partir de la ficcionalización de la lectura en la tercera novela de Delgado, cuál era la idea que este tenía de una parte de su lectorado —el mayoritario, integrado por individuos anónimos—, así como las funciones que, pensando en él, atribuyó al libro, a la novela como género y, finalmente, al acto de leer. Como complemento de esa exploración, pretendo rastrear la posición que el escritor asumió, ante un sector de sus posibles receptores reales —los que, siguiendo a Yliana Rodríguez (2014, p. 396), llamaré lectores profesionales, en oposición a los comunes—, respecto de las tendencias estéticas y literarias vigentes en su época, y cómo, de manera más o menos indirecta,

respondió a las polémicas que ocuparon a sus contemporáneos y tomó partido por el bando más afín a sus intereses y creencias.

En este punto se impone una aclaración de corte teórico y metodológico. Como explica Karin Littau, es tan abigarrado el panorama de los estudios sobre la relación entre texto y lector, con su “fárrago de enfoques diferentes”, que más bien puede hablarse de un conjunto de críticas orientadas “hacia la respuesta del lector”, en las cuales se incluirían desde los adeptos a la Escuela de Constanza (Wolfgang Iser, Roman Ingarden, Hans Robert Jauss) hasta las más modernas “perspectivas originadas en los estudios de género, de la sexualidad, la raza y la etnicidad” (2008, p. 165). Por tanto, considero necesario precisar que en este trabajo he seguido, si bien de manera general, los lineamientos planteados por las estudiosas argentinas Nora Catelli (2001), Susana Zanetti (2002) y Graciela Batticuore (2017),¹ quienes en sus respectivas investigaciones han mostrado la importancia y la significación de la lectura en algunos personajes y tramas de novelas decimonónicas, así como su relación con los imaginarios de los lectores (especialmente de las lectoras) y las prácticas letradas de la época.²

¹ Aunque las investigaciones citadas son referencia obligada para quien desee adentrarse en el estudio de la lectura en el siglo XIX, la misma naturaleza de esos trabajos, enfocados en obras concretas leídas en momentos históricos precisos, los convierte por fuerza, más que en rígidos derroteros, en fértiles puntos de partida. En mi caso, las propuestas de las estudiosas argentinas constituyeron una fuente de inspiración en el trazo de una ruta propia para indagar la función de la ficcionalización de la lectura en *Los parientes ricos*, atendiendo al contexto mexicano y a la idiosincrasia del autor.

² Como antecedentes de esta investigación por su enfoque orientado hacia los lectores y la lectura, debo mencionar dos importantes trabajos. El primero es la tesis doctoral de Adriana Sandoval, publicada en 1999 con el título *A cien años de “La Calandria”*, en la cual la autora, aplicando la teoría de la recepción formulada por Iser y Jauss, estudió la recepción de la primera novela de Delgado desde su publicación en 1890 hasta la edición crítica preparada por Manuel Sol en 1995. Como la propia especialista lo aclara, su investigación se basó sobre todo en los testimonios de “los llamados ‘lectores privilegiados’ (críticos, académicos, reseñistas, literatos, etc.)”, cuyos registros, por lo general incluidos en libros, periódicos o revistas, suelen conservarse con mayor facilidad que los de los lectores comunes, “escasos o de difícil acceso”, cuando no inexistentes (1999, pp. 13-14). El otro trabajo es un artículo de Manuel Sol titulado “El bovarismo en *La Calandria* de Rafael Delgado” (1997), que recupera algunos planteamientos plasmados por el académico veracruzano en su edición crítica de la novela mencionada y en el que el autor se propuso analizar el bovarismo —entendido como el “poder que tiene el hombre de concebirse a sí mismo diferente de como es” (“pouvoir qu’a l’homme de se concevoir autre qu’il n’est”; la traducción es mía) y “enfrentar una realidad muy distinta a la imaginada por él”, y cuyas “obras primarias y por excelencia son el *Quijote* y *Madame Bovary*” (p. 252)— en la creación de los personajes de *La Calandria*. De acuerdo con el propio Sol, en este último proceso desempeña un papel fundamental la lectura, pues contribuye a explicar, por ejemplo, la personalidad de la protagonista, al tiempo que ofrece modelos de conducta.

Suscribo, pues, las palabras de Susana Zanetti cuando propone aventurarse

al pasaje difícil de la categoría formal de lector a la social, [manteniéndose alerta] a episodios que van mostrando a la lectura como una actividad productiva, abierta a diferentes modos de leer, a pesar de tópicos convencionales y estereotipados, en situaciones históricas dadas. Procurando cercar la brecha, el proyecto reside en comprender cómo, a través de tales ficcionalizaciones, se desea o se disciplina a los lectores, al tiempo que se hacen visibles cuestiones de colocación del escritor, de sus modelos, de sus disputas estéticas e ideológicas, así como cooperan en trazar los horizontes morales, sociales, culturales que circundan la lectura de una etapa.

La novela ficcionaliza una constelación de lectores y de situaciones de lectura que tienden puentes peculiares entre literatura y vida. [...] Desde la simple mención del libro, el periódico o el recitado de un poema, ese grano menudo de lo verosímil, articula tipologías, induce lógicas de lectura, presenta lectores ideales tanto como alienta lecturas de placer o de goce [2002, pp. 14-15].

Consciente de la complejidad del tema y de lo ambicioso de mi objetivo, he organizado estas páginas en dos secciones. En la primera me enfocaré en la ficcionalización de la lectura, para lo cual haré un corte entre modelos de lector femenino y masculino, intentando desentrañar sus respectivas funciones en la lógica narrativa. En la segunda abordaré el posicionamiento de Delgado en relación con las inquietudes éticas y estéticas de su tiempo, y la forma en que cristalizaron, tanto en las páginas de su novela como en otros textos de naturaleza variada (discursos, prólogos y cartas), ciertas ideas compartidas con sus pares y que el autor supo incorporar a su poética narrativa, como parte de los fundamentos de su proyecto creador, en los que también integró, a no dudarlo, las representaciones de la lectura a que me he referido. Mi intención final consiste en mostrar, con todo ello, que *Los parientes ricos* es un texto literariamente complejo, pleno de oscilaciones y aun contradicciones, que ofrece distintos niveles de lectura y no se agota en una sola interpretación.

Mujeres que leen

Regocijada con el hallazgo corrió [la Calandria] a tomar asiento en el sofá. No leía, devoraba las brillantes y pintorescas estrofas. Allí la sorprendió el padre González. Al ver un libro en manos de la muchacha, acercose, diciendo entre afectuoso y severo:

—¿Qué lee usted?

La sobresaltada lectora presentó el libro, abierto por el centro.

—¡Ah! ¡Muy bonito! ¡Muy bonito! Siga usted..., siga usted. Pero..., pero... otra vez, Carmen, no tome usted ningún libro sin mi permiso. No todas las obras que hay allí —añadió, señalando hacia la recámara— son a propósito para una joven...

RAFAEL DELGADO 1891, cap. XXVI, p. 241

Se ha vuelto casi un lugar común mencionar que, a fines del siglo XIX, los niveles de alfabetización en México eran considerablemente bajos y que, de la privilegiada minoría de personas alfabetizadas, un porcentaje muy menor correspondía a las mujeres. No menos frecuente es la paradójica afirmación de que a esa escasa y predominantemente urbana proporción de habitantes con posibilidades de leer y acceder a material escrito correspondió un auge inusitado de publicaciones que, gracias a las innovaciones técnicas a que me he referido en páginas anteriores, vieron aumentados su oferta, tirajes y distribución. En consecuencia, habría una suerte de misterio en torno al número de lectores reales de los 100 000 ejemplares diarios que llegó a imprimir *El Imparcial*, sumados a los abultados tiros de otras

publicaciones cotidianas de la época.³ No menos misterioso resulta, asimismo, el hecho de que, siendo tan ínfima la cifra de mujeres que sabían leer y escribir, su representación artística, tanto literaria como pictórica, hubiera sido tan común.⁴ Y si bien en esta época, como asienta Graciela Batticuore y según apunté en el capítulo anterior, comenzó a verificarse un proceso de masificación del público lector “que incluía a las mujeres como consumidoras activas de cultura” (2017, p. 129), la abundancia y ubicuidad de esas estampas femeninas parecen corresponder más a un deseo o a un temor que a la realidad (Catelli 2001, p. 27). En palabras de Batticuore:

La lectura femenina planteó interrogantes en todas las épocas y lugares. Constituyó una escena atractiva e inquietante también para los artistas, que —al igual que los letrados y los pedagogos, aunque probablemente con diferentes respuestas— parecen hacerse esas preguntas que a todos preocupan: ¿qué sucede con las mujeres cuando leen, cuando escriben, cuando se conectan con el mundo a través de la escritura? ¿Hacia dónde las lleva la lectura? [2017, pp. 92-93].

Como puede suponerse, Rafael Delgado no fue ajeno a esta inquietud: en su novela planteó sus preocupaciones en relación con la lectura femenina y delineó lo que para él era la forma “correcta” de acercarse a la letra escrita. En este sentido, hay un personaje clave que me propongo analizar a continuación: Conchita Mijares, paradigma de la “mala” lectura.

De forma muy esquemática, podría decirse que Conchita es una joven que vive en una pequeña población provinciana y aspira a llevar un modo de vida distinto del que le correspondería por su origen y situación familiar. Desde su primera aparición, en el capítulo XVIII, se le describe como una persona curiosa y propensa a la envidia,

³ Florence Toussaint estima que “la élite consumidora de publicaciones periódicas” constituía la décima parte de la población, calculada en 10 millones de habitantes (2018, p. 100).

⁴ En ciertos países, como se ha estudiado en los casos de Francia y Argentina, podría hablarse de una verdadera obsesión decimonónica. Al respecto, Graciela Batticuore afirma: “De Europa al Río de la Plata, pasando por las diversas regiones del continente americano, la mujer lectora aparece y reaparece en variadas poses artísticas y literarias, bajo la mirada ávida de unos actores comprometidos con la realidad de su época” (2017 p. 13). Nora Catelli habla incluso de una “omnipresencia femenina” en las representaciones decimonónicas de la lectura, y contrasta esa situación con el escaso grado de alfabetización de las mujeres de la época (2001, pp. 17-40).

atraída por “el esplendoroso ambiente de la riqueza” que presumiblemente rodeará a los Collantes de Pluviosilla una vez que se realice su traslado a la capital. Además de esos defectos, la muchacha es muy dada a la murmuración, rasgo que la caracteriza, al grado de que otros personajes, para censurar ese acto, dicen: “Ya te vas pareciendo a Conchita Mijares” (caps. XXII, XLI y XLVII). También siente gran afición por el lujo, inclinación que se manifiesta de diversas maneras: en su paso por la capital, su “mayor placer” es mostrarse en landó abierto o, en la ópera, en el palco de la familia de Juan Collantes, ataviada con elegancia gracias a la generosidad de María y doña Carmen; asimismo, cuando regresa a Pluviosilla después de su estancia citadina, lo que más echa de menos es “el bullicio y los encantos de esa brillante capital” (cap. LXI), y se entristece al “comparar la modestia y sencillez” de su casa “tan humilde” con “el palacete de don Juan” (cap. LXX).⁵ Con no menos insistencia se repite que la joven es coqueta —falta que, con cierto determinismo, se atribuye a su carácter (cap. LVIII)— y que sabe cómo imponerse a su familia para lograr lo que se propone; como lo dice ella misma y lo reitera Margarita: “se sale siempre con la suya” (cap. LXI).

A lo anterior se añadan ciertas debilidades que, a juicio de Margot, ponen en “gran peligro” a la muchacha y que se vinculan con el medio y las circunstancias en que se ha desenvuelto: pese a ser “lista” y poseer “cierta cultura”, “no tiene seso”, es “ligerita de cascos” y fue mimada “desde chiquilla”. Además, “falta de padre, o como si tal fuera” (cap. LXI), la joven, que no por casualidad vive en la calle de los Desamparados, ha carecido de dirección, lo que la vuelve en extremo maleable y proclive a sucumbir al influjo de malas compañías o a influencias negativas. Junto a Arturo Sánchez, Conchita se vuelve “librepensadora y jacobina” (cap. LXI); al lado de Juanito y su familia, “se cree en la opulencia, pisando alfombras y servida por lacayos vestidos con lujosísima librea” (cap. LXXX). También el sentido moral de la muchacha es “débil, caedizo, inestable”, lo que le impide diferenciar entre el bien y el

⁵ También en el capítulo LXX, cuando Juan, de paso para Europa, llega a Pluviosilla y visita a Concha, la tía de esta es descrita como una “excelente mujer, tan conforme con su pobreza como escasa de entendimiento” (cap. LXX), lo que, por contraste, establecería una relación directamente proporcional entre inteligencia y ambición en el caso femenino. Al parecer, la dirección de la que carece la avispada Conchita sería el remedio para esa asociación de características que se presenta como algo muy pernicioso en la novela.

mal, y la devoción es en ella “limitada” (cap. LXI), algo solo aparente: “*parece devota*” sin serlo.

En consonancia con esas características, Concha es afectada a las “sensiblerías”⁶ y está convencida de que “sin amor no se puede vivir”, lo cual la lleva a apasionarse por los hombres con notable facilidad y rapidez. Esa gran “sensibilidad” sin duda está relacionada con sus dotes artísticas: ante Juanito y Alfonso, la joven es descrita como no fea, relativamente elegante y “una artista”, pues es muy aficionada al teatro, a tal punto que una de sus ocupaciones consiste en ensayar comedias con el “librepensador” Arturo y su compañía “estudiosa y modesta” (cap. xxv). Justamente en el capítulo xviii, cuando se hace su presentación en la historia, la chica dice estar ensayando una comedia en la cual interpretará “un papel de bachillera”⁷ pese a ser, según propia confesión, de una “maravillosa ignorancia”. La vocación teatral de Concha llega a ser tan intensa que impregna desde sus gestos cotidianos hasta su forma de relacionarse. Así, la muchacha se despide con “indolente y *teatral* elegancia” (cap. xxvi), además de *representar*, ante doña Dolores y sus hijas, un afecto que no siente, pues desde la introducción del personaje se informa al lector que solo se acerca a las Collantes movida por el interés (cap. xviii). También, ante su familia, interpreta una “comedia” para ocultar su romance clandestino con Óscar, quien no goza de la aprobación de su madre (cap. LXI), y, cuando es cortejada por Juanito, su respuesta a las frases amorosas de este es, aunque afable, “oliente a comedia” (LXXV).

Mas el “desvío” de Conchita no parece tener su origen en la calidad de las piezas que actúa, pues estas son presentadas por el narrador de manera elogiosa. Así, se menciona por sus obras a José Echegaray, “insigne dramático español”; se habla

⁶ Lejos de ser exclusiva de Conchita, la propensión a las sensiblerías parece ser, en *Los parientes ricos*, un rasgo femenino, asociado con cierto tipo de literatura o fomentado por esta: en el capítulo xx, Martita Pérez, Clarita Ferrer y Lupita Castro, amigas de Margot, atribuyen a unos candelabros un “origen novelesco” y los consideran tema digno de un “relato sensiblero”, al que identifican como “novela”. Al narrar la historia del objeto, además, despliegan recursos provenientes de ese género narrativo e incluso llegan a emplear la expresión “como dicen en las novelas”. Asimismo, Margarita se refiere al episodio como una “página de ajena vida”, con lo cual subraya la tendencia — pretendidamente femenina— a imbricar la ficción con la realidad.

⁷ De acuerdo con el diccionario académico de 1899, esta voz designaba a la ‘persona que ha recibido el primer grado en una facultad’, pero también a quien ‘habla mucho impertinentemente’ (RAE 1899, s. v.). Sin duda, este doble sentido coincide con la tendencia del narrador a contrastar las creencias de Conchita con la percepción que los demás tienen de ella.

de “nuestro” Peón Contreras, y se destaca una “soberbia escena” de un drama de Manuel Tamayo y Baus. El problema, más bien, parece residir en la “interpretación” —en el doble sentido del término: ‘explicar(se) el sentido de un texto’ y ‘representarlo’— que “la monologuista” hace de esos materiales, pues es capaz de convertir un “célebre diálogo” en “vil sainete y desastrada loa” (cap. XXV). Tampoco hay una valoración negativa de su participación en la representación de comedias;⁸ en cambio, sí es motivo de reproche permitir que esa actividad altere su conducta y le impida distinguir entre el teatro y la vida: “¡Por Dios, Conchita, que no hagas locuras ni tonterías! —le escribe Margot a la joven—. No es malo representar comedias, no, señor, no lo es; pero *ya tu vida es la de una verdadera actriz*. ¿No crees que el tiempo que gastas en estudiar dramas y comedias podrías emplearle en cosas de mayor provecho?” (cap. LXI; las cursivas son mías).

Por no ser capaz de leer sino de forma literal, o, mejor dicho, queriendo representar o ver representado lo que lee,⁹ la muchacha no reconoce la ficción en las palabras con que Juanito busca persuadirla de que huya con él a Europa, y más bien encuentra en el estereotipado cuadro parisino esbozado por el lechuguino la confirmación de sus referentes librescos:

Entonces el mancebo trazó a grandes rasgos, con palabra viva, ardiente, rápida, insinuante, tentadora, mareante, embriagadora como veneno somnífero, el deslumbrante cuadro de la vida de París [...]. Después... Europa... El vértigo de los bulevares... Fiestas, espectáculos... [...] Lujo..., elegancia, trajes suntuosos... La existencia cosmopolita de la ciudad suprema... El Arte... La Gran Ópera... El Teatro Francés... Los grandes artistas... Los dramáticos célebres... La cena íntima en el restaurant de moda... ¡Los hermosos días!...

⁸ No obstante, en el caso de la “muy *leída y escrebida*” mulata Magdalena, de *La Calandria*, el gusto por el teatro parece formar parte de los rasgos negativos del personaje, quizá porque se opone al desarrollo de las labores hogareñas, presentadas como propias del sexo femenino: “No era capaz de freír unos frijoles, pero sí de recitar y declamar con frenesí versos y más versos. Años atrás le habían confiado el papel de Lola en *Flor de un día*, y desde entonces cobró tal afición al teatro que de buena gana se hubiera metido a cómica” (Delgado 1891, cap. VIII, p. 68).

⁹ En esta lectura literal, Conchita se asemejaría a Emma Bovary, de quien, citando a Rita Felski, Karin Littau proporciona la siguiente interpretación: “Emma nunca lee entre líneas; según indica la novela, su manera de leer más parece un ‘soñar entre líneas’ [...]. Rita Felski explica que Emma lee demasiado ‘literalmente’ —y borra, por lo tanto, la frontera entre ‘la vida y el arte’ [...]— porque no consigue reconocer ‘la autoridad mediatizadora de la forma literaria’ [...]. La literalidad de su lectura es un indicio de ignorancia literaria, circunstancia que hace de ella, *de facto*, una lectora burda” (2008, p. 122).

Todo esto, dicho hábilmente, aunque con mil y mil giros y frases francesas..., desplegando ante la chica un programa tentador de satánica urdimbre, que *exponía ante Conchita magias y prestigios, siempre por ella presentidos y millones de veces precisados por libros de viajes y novelas francesas...* [cap. LXXV; las cursivas son mías].

Por otra parte, Conchita es la única que abiertamente pone en duda la afirmación —que para los demás personajes parece tener el carácter de ley invariable— de que los hombres adinerados solo se casan con mujeres de su condición,¹⁰ y, sin duda influida por sus lecturas, se marcha a Europa con la convicción de que “No siempre los ricos se han de casar con ricas” y de que “Hay almas que nacieron para vivir unidas. La mía y la de Juan son de esas” (caps. LXI y LXXXII). De hecho, es la propia joven quien toma la decisión de huir con su amante, lo que la hace sentir “contenta” y “dueño del porvenir”: “Yo sabré bien lo que debo hacer —escribe, a bordo del barco, a su madre y tías—. El resultado será el que yo quiero, el que yo me propongo que sea, y ese será y no otro” (cap. LXXXII).

Ligado a lo anterior, aunque la conducta de Concha provoca la censura de quienes la rodean y en ocasiones, de manera más o menos velada, la del narrador, no deja de llamar la atención la franca manifestación de sus deseos, opuestos a las disposiciones de su familia y a las rígidas convenciones provincianas. No menos digna de interés es la incipiente sexualización del personaje, que no se presenta enteramente como víctima u objeto de seducción, sino como alguien capaz de expresar y hacer su voluntad, es decir, con cierta agencia, rara en los personajes

¹⁰ Así lo expresa Pablo, hablando con su madre acerca de la coquetería de Conchita: “[Juan] No se casará jamás, y menos con una muchacha así como Concha... ¡Juan no ha nacido más que para vivir de fiesta en fiesta, de placer en placer! Si algún día se le ocurre casarse, será con una rica...” (cap. LVIII). Y luego, hacia el final de la novela, Arturo Sánchez lo repite, concluyente: “¡[Juan] es simpático, ni quien lo niegue, pero [...] en lo que menos ha de pensar es en casarse, y menos con nuestra amiguita! *Los ricos buscan ricas...* (*eso lo sabe todo el mundo*). Y más esos ricos que tienen las costumbres francesas...” (cap. LXXX; las cursivas son mías). También en *La Calandria* se reitera la idea de que los ricos solo se casan con personas de su mismo estrato social. Así lo expresa, entre otros, doña Pancha, quien desea impedir que Carmen repita la desgraciada historia de su madre, también seducida por un catrín: “Aunque sea duro te lo voy a decir, óyelo: mírate en el espejo de tu mamá. ¡Qué caro le costó haber creído en las promesas de tu padre! Hay que conocerse, hija..., cada oveja con su pareja” (Delgado 1891, cap. XIV, p. 131). Curiosamente, esta sabiduría popular no parece aplicarse en el caso de Elena y Margot, que también son pobres (aunque, a diferencia de Conchita Mijares, en tiempos pasados tuvieron una posición holgada, esto es, vinieron a menos). Al parecer, su unión con los primos no sería realizable por la ceguera y el carácter de Juanito, en el primer caso, y en el segundo, debido a la deshonra familiar.

femeninos decimonónicos; así, Juan no solo “galantea” a la muchacha, sino que esta “se deja galantear” por él (cap. LVI), además de desplegar continuamente “sus coqueterías” con el lechuguino. Pero a pesar de esos discretos indicios de autonomía e independencia, el personaje de Conchita, por no poder leer sino de forma literal, no es capaz de descifrar el carácter simbólico de la fotografía de Juan “en traje de caza” que conserva en su propio hogar (cap. LXX), por lo que, vulnerable y seducida, se presenta “sola” ante el cazador y avanza hacia él “ligera y alegre como un pájaro” (cap. LXXV).¹¹

Ahora bien, aunque los libros “ricamente encuadernados” de Alphonse Daudet y Benoît-Constant Coquelin con que Alfonso obsequia a Conchita no suscitan comentarios negativos por parte del narrador, hay otras obras francesas que sí son motivo de censura. Cuando Conchita refiere por carta a Margot que “unas amiguitas muy simpáticas y muy literatillas” le han prestado “un libro de los Goncourt” que consideran “de lo más interesante” (cap. LXI), Margot no demora en responderle, alarmada, que “una señorita no debe leer cualesquiera libros, aunque una u otra persona se los recomiende y elogie”, y concluye, terminante: “No solamente yo pienso así. Alfonso, *que es muy discreto, que ha leído tanto y que, en punto a novelas y poesía, conoce cuanto en Francia se ha publicado*, es de la misma opinión [...], no debes leer ese libro de que me hablas, porque no está escrito para señoritas. *Pregúntale al padre Anticelli. Ya me dirás lo que contesta*” (cap. LXI; las cursivas son

¹¹ A lo largo de la novela se insiste en presentar a Juanito como un cazador y un donjuán, y a sus conquistas, como aves. Por ejemplo, antes de apersonarse por primera vez en casa de doña Dolores, en Tacubaya, el joven envía a Elena un racimo de chochas muertas, presumiblemente cazadas por él (cap. XLI). Asimismo, en el capítulo LXXIV, cuando está en Pluviosilla y recibe la segunda carta de Elena, el joven se siente “condolido, y por su mente desfila[n] en rápida hilera, *como una bandada de palomas heridas*, muchas infelices mujeres...”. De igual modo, una vez que ocurre la fuga de Conchita, una de las hermanas de Arturo Sánchez se refiere a la chica como “la palomita” (cap. LXXX). Por último, en el departamento que los hijos de Juan Collantes comparten hay un paisaje campestre que representa “una escena del *Don Juan*” (cap. XXXIX).

mías).¹² Desde luego, el “naturalismo pornográfico”¹³ que los contemporáneos de Delgado veían en los libros de los hermanos Edmond y Jules de Goncourt podría ser causa suficiente para querer disuadir a la joven de acercarse a semejante obra; empero, lo que parece aquí más importante es la necesidad de la mediación del varón (y no cualquiera: el avezado¹⁴ o el religioso) para la selección e incluso la cabal comprensión de la lectura femenina.

Aunado a ello, la dificultad con que Conchita lee esa polémica obra por estar en francés podría verse como una metáfora de su falta de herramientas y preparación para acceder a textos que no se consideraban apropiados a su edad ni a su sexo: “¿Conoces tú esa novela? —le pregunta a Margarita—. *Esta que me prestaron está en francés, y como yo en esa lengua no soy, que digamos, una profesora, voy entendiendo el libro poco a poco y con mucho trabajo*” (cap. LXI; las cursivas son mías). Confundiendo una vez más la ficción con la realidad, es de suponer que algo semejante ocurre cuando la joven, en su “pésimo francés”, no hace más que charlar con Juanito en una fiesta celebrada en casa de Arturo Sánchez (cap. LXXIII); presumiblemente, la muchacha no es capaz de comprender a cabalidad las palabras extranjeras de su interlocutor: tanto el idioma como las costumbres de este son ajenos al entorno provinciano de Pluviosilla.

A mi entender, la insistencia en enjuiciar los actos y la forma de leer de Conchita está relacionada con un elemento que tiene gran importancia tanto en la obra de Delgado como en las producciones de corte realista, no solo mexicanas sino

¹² Columba Galván Gaytán, al estudiar “las prácticas de apropiación de la lectura por el uso de los libros” en *La Quijotita y su prima*, de José Joaquín Fernández de Lizardi, destaca el hecho de que en esa novela las mujeres aparecen “como lectoras cotidianas, con posibilidad de acceso a los libros en amplio número” (2004, p. 213). Aunque según esta autora “Fernández de Lizardi abre el campo del conocimiento a las mujeres de su tiempo”, las prefiere “en la esfera doméstica de dominio patriarcal”, como esposas y madres (p. 213). Aunado a ello, considera que la lectura es para Lizardi un medio de formación social y que las mujeres “pueden actuar mejor si leen ciertas obras” (p. 215). Como puede verse, en *Los parientes ricos* Margot estaría expresando un planteamiento similar, al sugerir que había libros escritos especialmente para “señoritas”, esto es, mujeres jóvenes y solteras.

¹³ Cito las palabras de Francisco Sosa empleadas en su prólogo a los *Cuentos y notas* de Delgado (cf. 1902, p. xxv). Es curioso que no se mencione el título de la obra que escandaliza a Margot; no puedo sino ver en ello una precaución de Delgado para que sus imaginadas lectoras no se precipitaran a buscar un ejemplar.

¹⁴ Llama la atención que en este pasaje se otorgue a Alfonso cierta autoridad “en punto a novelas y poesía”, cuando, sobre todo hacia el final de la novela, se le presenta como alguien que ha leído sin orden ni guía y que además se dejó extraviar por las filosofías modernas y la “flamante” literatura francesa; ahondaré en este asunto más adelante.

también, como se verá, españolas; me refiero a la intención didáctica, la cual era incluso esperada por algunos lectores del novelista orizabeño, aunque este hubiera negado de forma explícita su presencia en la novela.¹⁵ Pues aunque en el prólogo a *Los parientes ricos* Delgado aseguró que el único objetivo de su obra era procurar “apacible entretenimiento y grata diversión” al lector (omitiendo así el primer elemento de la máxima horaciana de “educar deleitando”), resulta difícil, dada la tradición en que la novela se inscribe, pasar por alto el propósito educativo de la historia de Conchita Mijares. Así pues, cabría preguntarse de qué estrategias se valió el autor para insertar esta trama secundaria en su obra sin traicionar su supuesta convicción, expresada en el prólogo de *Angelina*, de que “una novela es una obra artística; el objeto principal del Arte es la belleza, y... ¡con eso le basta!” (Delgado 1895, “Prólogo”, p. 9).¹⁶

Al respecto, estimo que resultan de gran utilidad las reflexiones que Susan R. Suleiman (2018) planteó a propósito de la novela de tesis y su relación con los “relatos ejemplares”. De acuerdo con esta estudiosa, la novela de tesis —a la que considera como un “género narrativo didáctico”— establece una relación particular entre texto y lector: se trata de obras que no solo se definen en términos de la intención del autor, sino también en función del efecto que buscan producir en el receptor. Así, las novelas de este tipo estarían fundadas en una acción: demostrar.

¹⁵ Por ejemplo, en una carta publicada en *El Tiempo* el 9 de junio de 1901, un individuo identificado como “Ignotus” afirmaba que, tras haber leído la primera entrega de *Los parientes ricos*, se había “impuesto del argumento objeto del análisis que campeará en toda la narración”, y con su lectura se prometía “tener ratos no solo de solaz y recreo como usted nos dice a todos sus lectores (que somos muchos), sino también de *instrucción*” (Ignotus 1901, p. 1; las cursivas son mías).

¹⁶ Las palabras que anteceden a esta declaración son sumamente elocuentes; con ellas, Delgado pide a su lector abstenerse de buscar en “los capitulejos” de su novela “‘hondas trascendencias y problemas’ al uso. No entiendo de tamañas ‘sabidurías’ —aclara—, y aunque de ellas supiera me guardaría de ponerlas en novela; que a la fin y a la postre las obras de este género [...] no son más que *libros de grata, apacible diversión*” (1895, “Prólogo”, p. 8; las cursivas son mías). Sin duda, con ese comentario el autor parecía marcar distancia respecto de los lineamientos enunciados por Altamirano casi treinta años atrás, cuando en su primera revista literaria (1868) afirmó que la novela era, amén del “mejor vehículo de propaganda” (1988, p. 48), “el artificio con que los hombres pensadores de nuestra época ha[bía]n logrado hacer descender a las masas *doctrinas y opiniones* que de otro modo habría sido difícil hacer que aceptasen” (p. 39), al tiempo que negó que el objetivo de este género fuera únicamente el de “proporcionar recreo y solaz a los espíritus ociosos” (p. 39). Acerca de lo anterior cabe decir que, si bien Delgado no se abstuvo de introducir un mensaje didáctico en su novela (con lo cual, a fin de cuentas, seguía las enseñanzas del Maestro), tuvo cuidado de encubrirlo para poder adherirse (no sin ciertas salvedades, como se verá) a las filas de aquellos de sus contemporáneos que se declaraban defensores del arte por el arte y entre los que, no está de más aclararlo, no solo se contaban los modernistas.

“La demostración”, según Suleiman, “se define esencialmente por el efecto perlocutivo que debe producir: la convicción o la persuasión. Si yo deseo demostrar (o enseñar o probar) algo a alguien, lo que deseo es convencerlo o persuadirlo de la verdad de ese algo” (p. 36).¹⁷ Más aún, añade la autora, “puedo incluso persuadir a mi interlocutor de adecuar sus acciones a esa verdad. En ese caso, mi demostración no es más que el prelude de otro acto ilocutivo, que es la exhortación o el requerimiento, y que en términos perlocutivos puede definirse como una tentativa de hacer que alguien haga algo por su propio bien” (p. 36).¹⁸ Y aunque lo anterior haría de la novela de tesis un género retórico, aquella se diferencia del discurso oratorio por no presentar, de manera lógica y ordenada, argumentos persuasivos; por el contrario, al igual que cualquier otra novela, la de tesis cuenta una historia inventada y, por tanto, “no verificable”.¹⁹ Así pues, se pregunta Suleiman, ¿cómo es que tal historia puede demostrar algo que por añadidura tenga alguna relación con la vida de su destinatario? (p. 37). A juicio de la estudiosa, la respuesta parece residir en el *exemplum*, nombre con el que la retórica clásica

¹⁷ “La démonstration [...] se définit essentiellement par l’effet perlocutoire qu’il est censé produire, qui est la conviction ou la persuasion. Si je veux démontrer (ou enseigner, ou prouver) quelque chose à quelqu’un, c’est que je veux le convaincre ou le persuader de la vérité de cette chose”. En este y los casos siguientes, la traducción es mía.

¹⁸ “Je peux aller même plus loin : [...] je peux essayer de persuader mon interlocuteur de rendre ses actions conformes à cette vérité. En ce cas, ma démonstration n’est que le prélude à un autre acte illocutoire, qui est l’exhortation ou l’injonction, et qui est définissable en termes perlocutoires comme une tentative de faire faire quelque chose à quelqu’un pour son propre bien”. // Los actos de habla “ilocutivos” implican la “realización de una función comunicativa, como afirmar, prometer, etc.”; por su parte, los “perlocutivos” entrañan “la (re)acción que provoca dicha emisión en el interlocutor, como convencer, interesar, calmar, etc.”. Ambos términos y sus definiciones fueron propuestos por el filósofo británico John L. Austin, cuya teoría fue perfeccionada por su discípulo John Searle (*Diccionario de términos clave de ELE*, s. a., s. v. “Acto de habla”).

¹⁹ En palabras de Suleiman: “Todo esto equivale a decir que la novela de tesis es un género retórico en el sentido más literal de la palabra [...], y que el lector de una novela de tesis ocupa, en relación con aquel que escribe, una posición análoga a la del público frente a un orador, un profesor o un predicador. No obstante, el discurso oratorio, el ensayo pedagógico y la prédica son textos sistemáticos: presentan, de una manera lógicamente ordenada, argumentos. La novela de tesis, por el contrario, comparte con cualquier novela el hecho de ser un texto narrativo: ella cuenta una historia” (“Tout ceci revient à dire que le roman à thèse est un genre rhétorique au sens le plus littéral de ce mot [...], et que le lecteur d’un roman à thèse occupe, par rapport à celui qui écrit, une position analogue à celle du public vis-à-vis d’un orateur, d’un professeur ou d’un prédicateur. Mais discours oratoire, essai pédagogique et prédication sont des textes systématiques : ils présentent, d’une manière logiquement ordonnée, des arguments. Le roman à thèse, par contre, a en commun avec n’importe quel roman le fait d’être un texte narratif : il raconte une histoire”; p. 37).

“designaba la persuasión por inducción, o el argumento por analogía”,²⁰ y cuyos ejemplos, en su variante ficticia, serían las parábolas y las fábulas (p. 37). Para estudiar las primeras, Suleiman propone un modelo según el cual toda parábola “implica la presencia (cuando menos virtual) de un destinador y un destinatario” (p. 46),²¹ siendo el primero el responsable de la historia, de su interpretación y del mandato que contiene, mientras que al segundo le correspondería una posición pasiva. Asimismo, el texto parabólico estaría estructurado en “tres niveles jerárquicamente relacionados: el narrativo, el interpretativo y el pragmático” (p. 46).²² Sin embargo, la autora constata con cierta sorpresa que ni siquiera en la Biblia se ajustan enteramente las parábolas a su modelo teórico: siempre se omite al menos uno de los enunciados correspondientes a los niveles interpretativo y pragmático, de suerte que su comprensión se realiza de forma implícita (p. 47).²³ Siendo así, vuelve a preguntarse Suleiman, ¿mediante qué indicios formales es que la historia apuntaría hacia su propia interpretación o “buena lectura”? Por un lado, como condiciones de esta última, la autora menciona dos factores externos al texto: la competencia general del lector y la competencia específica creada por el contexto. Por otro lado, habría un indicio, presente en el propio universo diegético, que supliría los enunciados interpretativos: se trata de los personajes que interpretan su historia, reemplazando en esta función al narrador.²⁴ Por último, si se considera que para sugerir una regla de acción la interpretación del texto ha de ser necesariamente unívoca —esto es, en modo alguno puede producir ambigüedad o

²⁰ “C’est par le nom d’*exemplum* (grec *paradeigma*) que la rhétorique classique désignait la persuasion par induction, ou l’argument par analogie”.

²¹ “... tout texte parabolique implique la présence (au moins virtuelle) d’un destinataire et d’un destinataire”.

²² “... tout texte parabolique est articulé selon trois niveaux hiérarchiquement liés – le niveau narratif, le niveau interprétatif, et le niveau pragmatique”.

²³ En palabras de Suleiman: “la presencia manifiesta de enunciados interpretativos y de enunciados pragmáticos no es indispensable para que un texto determinado funcione como texto parabólico. Es suficiente que tales enunciados puedan deducirse de los enunciados narrativos; en otras palabras, que la historia esté construida de tal manera que su interpretación y el mandato que de esta se deriva se impongan por sí mismos” (“la présence manifeste des énoncés interprétatifs et des énoncés pragmatiques n’est pas indispensable pour qu’un texte donné fonctionne comme texte parabolique. Il suffit que ces énoncés se laissent déduire des énoncés narratifs – en d’autres termes, que l’histoire soit construite d’une telle façon que son interprétation et l’injonction qui en découle s’imposent d’elles-mêmes”; p. 47).

²⁴ Con un término propio de la narratología, Suleiman designa como “dobles diegéticos” a estos personajes, representantes del intérprete principal del texto, que sería el destinador del relato.

presentar contradicciones internas (p. 48 y 48n)—, los textos que “hablan por sí mismos”, al prescindir de los enunciados interpretativos del narrador, requieren igualmente elementos redundantes, tanto internos como en el contexto intertextual en el que la historia narrada se inserta.

Si me he permitido esta larga digresión es porque creo que la historia de Conchita Mijares puede entenderse como una suerte de *exemplum* ficticio, tal como lo define Suleiman. Su inserción en la novela constituye, a mi juicio, una estrategia de la que el autor se valió para ofrecer una enseñanza y sugerir una regla de acción sin necesidad de introducir una interpretación autoral, expresada por medio del narrador. Para ello, Delgado se sirvió de la reiteración (así puede leerse la multiplicidad de juicios negativos de los personajes hacia la muchacha), que impide cualquier asomo de ambigüedad.

Así como la trágica paradoja de Emma Bovary es creerse protagonista de una novela romántica y ser, en cambio, personaje principal de una obra realista, en el caso de Conchita hay una ironía semejante: mientras ella se sueña asistiendo a “las representaciones del Teatro Francés” y teniendo una existencia holgada, libre de trabajo y con posibilidades de ofrecer “recepciones y fiestas” (cap. LXXXII), quienes la rodean ven en su historia “¡un drama!... Vamos, ¡una comedia!... Mejor dicho: un sainete... ¡más interesante que cuantas obras y piezas hemos representado acá!” (cap. LXXX). Incluso, el mismo Arturo Sánchez advierte lo predecible que resulta lo sucedido a su excompañera de escenario y en cierta forma prefigura uno de los posibles destinos de la muchacha: “Ya... veremos el fin de esta novelita... [...]. Comprendo la exposición..., adivino la trama..., me doy cuenta de los resortes dramáticos..., presiento el nudo... y miro claramente el desenlace... o, mejor dicho, ¡la catástrofe! Último acto: en París... ¡No lo sé, porque no conozco París!, pero... me lo imagino: Le Moulin Rouge” (cap. LXXX). También Pablo opina que la historia de Concha es “comedia de veras” (cap. LXXXIII), y Margarita llega a calificarla, quizá por la probable vida de pobreza y prostitución que podría aguardar a Conchita en Europa, de “novelita naturalista”²⁵ (cap. LXXXVI). Finalmente, es el padre Anticelli

²⁵ Respecto al naturalismo, del cual Delgado y sus contemporáneos tenían una opinión mayormente negativa, *vid.* la segunda sección de este mismo capítulo.

quien señala el carácter *ejemplar* de la suerte de Conchita y de paso alude a las posibles destinatarias (pasivas) de esa “demostración” narrativa: “Ya sabrás la burrada de Concepción Mijares... ¡Era de esperarse! ¡Dios ponga remedio! *Que lo que ha pasado sirva de ejemplo a muchas madres y a muchas hijas*” (cap. LXXXIV; las cursivas son mías).²⁶

En mi opinión, es muy probable que esas madres e hijas de las que habla el sacerdote, mujeres comunes de su tiempo, hayan sido buena parte de los lectores que el autor tuvo en mente al escribir su novela. Es de suponer que Delgado les atribuiría cierta competencia general, adquirida en su frecuentación de otras obras del género (es decir, conocerían lo que eran las novelas, especialmente las de folletín y aquellas que se publicaban por entregas, y sabrían que era posible extraer enseñanzas de ellas), y una competencia específica, creada por el contexto, para lo cual servirían tanto las reiteradas alusiones teatrales como el resto de la producción literaria del autor (con la que, al decir de Delgado y su editor, el público estaba familiarizado). De este modo, la suerte de la protagonista de *La Calandria* se convertiría en una guía de lectura de la historia de Concha.

Por lo que puede deducirse a partir de la lectura de la primera novela de Delgado, la mayor falta de Carmen, su personaje principal, sería aspirar a una condición distinta de la que le correspondería al ser fruto de la unión extramatrimonial de una lavandera y un rico capitalista. A causa de esa ambición, la joven desdeña el amor sincero de un humilde ebanista y presta oídos al catrín que la corteja, al grado de terminar huyendo con él. Para los demás personajes, desde un inicio es claro que el galán no tiene intenciones de casarse con la muchacha, pero esta solo adquiere plena conciencia de ello cuando se ve abandonada, y en un acto desesperado, al saberse sola y desamparada, se quita la vida.

²⁶ Refiriéndose a la recepción de *Santa* y a la actitud de Federico Gamboa respecto de sus lectores, Yliana Rodríguez hace un comentario que resulta muy pertinente también en el caso de Delgado y su público (especialmente el femenino): “La redundancia en el mensaje, de parte de Gamboa como autor, y su intromisión en sus textos de ficción, son características de lo que conocemos como novela de tesis. Sin la redundancia, el texto literario, polisémico por naturaleza, indeterminado, sería recibido de manera ‘errónea’ o, por lo menos, no del modo en que el autor se obstinaba en que fuera hecho” (2014, p. 401).

Como lo ha estudiado Manuel Sol, en el caso de Carmen la lectura desempeña un papel importante; la letra escrita influye en el ánimo y la personalidad de la joven no solamente en su estancia en San Andrés Xochiapan —cuando tiene a su disposición la biblioteca del padre González—, sino también en “aquellos momentos de su infancia y adolescencia que el novelista escamotea en parte, pero que [...] vienen a formar lo que podría llamarse la prehistoria del personaje” (1997, p. 255). Sol considera que Carmen es “asidua lectora” y “una mujer romántica, cuya personalidad, como Emma Bovary, se explica por la oscilación entre la ilusión y la desilusión, y en cuya alma dolorida luchaban dos formidables pasiones: el amor y la ambición” (pp. 256 y 257).

Sin duda, Conchita presenta grandes semejanzas con Carmen; empero, una diferencia sustancial entre ambas es que en la primera la lectura tiene una función determinante, a tal punto que su propia historia se equipara con una obra literaria. Y si bien la falta de dirección de Concha es lo que en último término está detrás de aquellas decisiones que la apartan del comportamiento femenino socialmente aceptable en la época, su “errada” forma de leer constituye un factor que favorece o acelera lo que se presenta como su “inevitable” final (el cual, por lo demás, solo queda sugerido, es decir, se deja a la imaginación del lector). En ello veo el interés didáctico del autor por transmitir a sus lectoras una velada lección acerca de lo que para él eran los peligros de la lectura “mal encauzada” y también informal, por estar fuera de la custodia de una institución o autoridad.

Y aunque en la actualidad el procedimiento puede parecer algo obvio, creo que a Delgado, enfrentado a una sociedad cambiante en la que las mujeres tenían cada vez mayor presencia pública, le permitió mantenerse fiel a sus convicciones estéticas sin renunciar a sus preocupaciones morales y pedagógicas, derivadas de su formación y su principal ocupación laboral. Cabría agregar que tales inquietudes no fueron ajenas a su tiempo y que tampoco estaban exentas de prejuicios de género y clase: al igual que sus contemporáneos, Delgado juzgaba indispensable normar la lectura femenina, para la cual se requería la mediación del varón, pues de lo contrario se corría el riesgo de que las mujeres atentaran contra el *statu quo* y cuestionaran su papel en la sociedad, ya fuera buscando mejorar su condición social

(como ocurre con Conchita y Carmen) o rechazando las funciones que se consideraban propias de su sexo (como Magdalena, en *La Calandria*). En este sentido podría leerse la siguiente sugerencia o comentario que Felipe T. Contreras planteó en una reseña de *Los parientes ricos* que se publicó el 9 de septiembre de 1904 en la *Revista Positiva*: “Margot, sobre todo, *la blonda señorita*, como la llama usted cariñosamente, [...] sería aún más bella, a mi humilde juicio, si no apareciese de vez en cuando revestida de cierta cultura intelectual y estética, muy poco común hasta hoy en nuestras mujeres” (p. 536; las cursivas son del original).

Varones lectores

Cierto amigo nuestro, historiador y crítico, [...] fue hallado una ocasión muy metido y engolfado en la lectura del *Quijote*. “¿Qué hacéis?”, le preguntaron. “Converso con Cervantes... —respondió—. Leí una flamante novela parisiense, y... ¡estoy desinfectándome!”.

RAFAEL DELGADO, “Discurso pronunciado el 8 de julio de 1905, en el Teatro Llave de Orizaba, para conmemorar el Tercer Aniversario Secular de la publicación del *Quijote*” (en 1953d, pp. 33-54; *loc. cit.*, p. 51)

Ciertamente, las mujeres que estaban en proceso de desarrollar sus competencias lectoras y a las que resultaba necesario “educar” no fueron el único destinatario que Delgado consideró al crear su novela. Como puede suponerse, buena parte de sus lectores —comunes y profesionales— eran varones, y de su forma de leer el veracruzano se ocupó en una conferencia titulada “El amor a los libros” (1953b, pp. 3-17).

En esta pieza, leída en una velada de la Sociedad Sánchez Oropesa que se celebró en Orizaba el 25 de septiembre de 1886,²⁷ Delgado comenzó por hacer un somero y erudito repaso de la historia del libro desde su surgimiento hasta la edad moderna. A continuación refirió el desarrollo de la relación de la humanidad con esta tecnología a lo largo de su vida. De acuerdo con el escritor, la obra con la que se realiza la iniciación “en la vida intelectual, moral y social” es la Biblia, a la cual siguen los relatos infantiles, de carácter “maravilloso” (p. 6). Luego, “en los elegidos”, el amor a los libros que “en la infancia principia a desarrollarse” continúa cultivándose en la muy frecuentada biblioteca familiar, compuesta por “unas cuantas docenas” de gastados ejemplares: “obras piadosas”, de historia universal y eclesiástica, “anales patrios”, “amena literatura”, “novelas de honrado carácter” y “obras de algún poeta” (p. 8). Posteriormente “se acerca”, a quienes entran en “la vida del estudio”, el libro de texto, “compañero de nuestros trabajos, testigo de nuestros afanes”, el cual será la base de la “modesta biblioteca” de aquellos que son llamados “a la noble carrera de las letras” (p. 9). A estos los esperan “poetas amables” y “novelas sentimentales”, “tan conformes con nuestro modo de vivir en la edad florida” (pp. 9-10). Ya en la edad madura, la afición por los libros “se convierte casi en culto, que inspira todos nuestros actos, anima todos nuestros pensamientos y como que regula los movimientos de nuestro corazón. Se lee, se aprende, se estudia con respetuoso empeño, y con afán sin tasa” (p. 10). Con semejante avidez, añade Delgado, “cuando el estudio nos ha dado a conocer el mérito” de algunos trabajos, desearíamos “llegar a poseer las mil y mil obras que diariamente salen a luz y cada día se anuncian como verdaderos demonios tentadores” (p. 10).²⁸

²⁷ Aunque se carece de información puntual acerca de los lectores reales de las obras de Delgado, sí se tiene conocimiento del público que asistía a las conferencias ofrecidas por la Sociedad Sánchez Oropesa: en su mayoría eran varones, miembros de la “naciente clase media” orizabeña. Asimismo, entre los integrantes de dicha sociedad se contaban sobre todo catedráticos, alumnos y exalumnos del Colegio Preparatorio (cf. Galindo 2013, pp. 332, 337 y 339).

²⁸ En este texto, el autor expresó su asombro ante la producción editorial de su época, que describió en términos ciertamente hiperbólicos: “Al presente, día a día, minuto a minuto, las prensas tipográficas, auxiliadas por el grabado, la litografía y la galvanoplastia, derraman a torrentes sus productos por todo el orbe, correspondiendo así a esa prodigiosa actividad de la mente humana, que [...] en nuestro siglo no se manifiesta en reducido número de individuos, ni limita sus vuelos a determinados asuntos, sino que en todo sitio, por todas maneras, en todas clases y abarcando todos los ramos de la sabiduría, en todo brilla, en todo deslumbra” (1953b, p. 6).

Por último, el autor describió lo que podría considerarse como una biblioteca ideal, cuyo acomodo parece sugerir una suerte de orden de lectura, como si el lector debiera emprender el recorrido desde la base hasta la cima. De esta suerte, en “los anaqueles bajos de la estantería” yacerían los volúmenes de jurisconsultos, teólogos, moralistas y exégetas, así como los anales históricos; “en los anaqueles intermedios”, los filósofos, “no lejos” de los “risueños” clásicos antiguos, los matemáticos, astrónomos y naturalistas; finalmente, “acullá y por lo alto”, poetas y novelistas (p. 13). Entre aquellos, Delgado nombra a algunos grecolatinos y españoles de los Siglos de Oro, y, dando un considerable salto en el tiempo, incluye a Alphonse de Lamartine, Victor Hugo, Alfred de Musset y Lord Byron (si bien concede preponderancia sobre ellos al “viejo Horacio, el dulce Virgilio y los bucólicos griegos”; p. 14). También menciona a William Shakespeare, para él a la altura del “viejo Esquilo” y por encima de Pierre Corneille, Pedro Calderón de la Barca y Alessandro Manzoni. Entre los autores de novelas cita a François-René de Chateaubriand, Lamartine, Johann Wolfgang Goethe, Jorge Isaacs, Bernardin de Saint-Pierre y Alexandre Dumas padre, cuyas obras, a juicio del orizabeño, ya habían sido olvidadas por otros libros “no más aplaudidos, pero sí coronados, al presente, con los laureles de la moda” (p. 15).²⁹

Me he detenido en este texto porque considero que contiene algunas ideas de gran interés para mi exposición. En primer lugar, destaca el hecho de que Delgado proponga un acercamiento formal a la lectura, por la vía de la educación; de acuerdo con el escritor, tal actividad debía estar custodiada por la familia y —sobre todo en el caso de los varones— por el Estado, al desarrollarse en el marco de una institución educativa (donde se impartiera la “noble carrera de las letras”). En segundo lugar, cabe hacer notar la división tácita que se establece entre los libros que son objeto de una lectura frecuente o intensiva (especialmente los religiosos, pero también los destinados al estudio) y aquellos que se leerían una sola vez, en

²⁹ Es interesante que Delgado se haya referido a estos escritores —asociados con la corriente romántica— por los nombres de los protagonistas de sus novelas, claro indicio de que presuponia en su público (o al menos en buena parte de este) cierta familiaridad con tales obras. Algo similar ocurre en *Los parientes ricos*: se citan versos de Lamartine y Leopardi en su idioma original sin traducirlos ni mencionar al autor (caps. LXIV y LXXIX).

una lectura que me atrevo a calificar de extensiva (“las mil y mil obras” que ven la luz “cada día”; p. 10).³⁰ En tercer lugar, llama la atención que, a juicio de Delgado, la cultura literaria precisaba bases firmes que comprendían una sólida educación prácticamente renacentista, por lo abarcadora, de modo que las novelas y la poesía —objeto de la lectura extensiva— venían a ser como la cúspide de semejante formación lectora; a ello se aúna el hecho de que la preparación adquirida con base en el estudio es lo que permitiría discernir los textos valiosos de los que no lo son (“cuando el estudio nos ha dado a conocer el mérito de algunas obras”). Por lo que toca a la peculiar selección de autores literarios —especie de canon personal—, puede decirse que está presente (de forma implícita y explícita) a lo largo de la producción del autor, de modo que resulta sumamente provechoso estudiar la intención de sus menciones y concomitancias en *Los parientes ricos*, a partir de estas reflexiones de carácter más bien ensayístico. Desde esta perspectiva es que me interesa analizar el personaje de Alfonso, el cual presenta ciertas semejanzas con el héroe melancólico del decadentismo³¹ y sirve muy bien para contrastar las ideas de la lectura masculina que Delgado plantea en su novela.

³⁰ Los conceptos de “lectura intensiva” y “lectura extensiva” fueron acuñados por Rolf Engelsing. Este estudioso sostuvo que en el siglo XVIII, gracias a la multiplicación de los impresos, se produjo un “desplazamiento de la literatura religiosa a la literatura secular, de los sermones a la ficción”, y que a ello correspondió una “revolución en la lectura”, verificada en la segunda mitad de la centuria. Fue entonces cuando “la piadosa lectura intensiva dedicada con anterioridad al único libro que la familia poseía —invariablemente la Biblia— cedió su lugar a una lectura frecuente, por lo tanto extensiva, para llenar el tiempo libre, que se desplazaba rápidamente de un libro (o de un artículo de periódico o revista) a otro en procura de distracción. De este modo, la gente comenzó a leer muchas novelas superficialmente en lugar de releer la Palabra de Dios con profundidad” (Littau 2008, pp. 44-45; *vid.*, asimismo, Poblete 1999, pp. 88-89, y Catelli 2001, pp. 36-37).

³¹ De acuerdo con Ana Laura Zavala, uno de los elementos distintivos del “‘imaginario’ de corte decadente descansó en la configuración e interacción de tres personajes, a través de los cuales se expresaron buena parte de las angustias existenciales del hombre, más aún del artista, ante los cambios ocasionados por el fenómeno modernizador; [...] me refiero a la tríada *femme fragile*, *femme fatale* y el [...] héroe melancólico” (2012, p. 21). Respecto de este último, la misma investigadora aclara que se distingue principalmente “por una constitución sentimental y psicológica intrincada, que en ocasiones linda con lo ‘anormal’ o con los estados exaltados de conciencia; su notoria hipersensibilidad lo convierte un ser en extremo vulnerable, a merced de los embates del exterior, del cual casi siempre se distancia para estructurar un cosmos íntimo, cerrado, único lugar donde puede satisfacer sus requerimientos existenciales” (p. 26). Sobre la heterogénea caracterización del héroe decadente, *vid.*, asimismo, Chaves 1996 y De Diego 2000b. Como se verá más adelante, Alfonso comparte con el héroe melancólico no solo ciertos rasgos fisonómicos, sino también algo de su disposición anímica.

Al menos en el físico y a primera vista, la descripción de Alfonso coincide con la de su hermano Juanito: ambos muchachos son pálidos, endeble, exangües, distinguidos, elegantes y “con notable acento francés en el habla” (cap. VIII). Sin embargo, el rasgo que caracteriza al más joven de los Collantes es una gran melancolía, notoria en su carácter “ensoñador” y de fondo “serio” (cap. XLIV), y en su mirada, en la que también hay “cierta bondad compasiva, cierta expresión ensoñadora y lánguida, delatorias de misteriosas secretas añoranzas” (cap. VIII).

Según el propio Alfonso, las “tristezas” —o “añoranzas”, como las llama Margot— que lo distinguen no se deben a “penas de amor malogrado o perdido”, sino a “ciertos anhelos [del] alma nunca satisfechos” (cap. LII). No obstante, lo que en realidad parece haber moldeado la personalidad del joven Collantes es, por un lado, el tiempo que vivió en París, en un mundo que a juicio de Margarita le envenenó el alma y marchitó su corazón (cap. XLVI), y por otro, como lo reconoce él mismo casi al final de la novela, la frecuentación tanto de “cien filosofías perversas y ponzoñosas”,³² que hicieron de él un hombre “maleado”, como de la “flamante literatura” francesa, que lo entenebreció (cap. LXXXVI). Me interesa, por tanto, indagar en las lecturas y la forma de leer de este personaje y su posible función en la obra.

Entre las características de Alfonso como lector destaca el hecho, señalado por el narrador, de que el joven es “inteligente”, “y no solo inteligente, sino culto: [habla] inglés, francés e italiano” (cap. LXV). Asimismo, en opinión de Margot, su primo es lector “discreto”, ha leído mucho y, “en punto a novelas y poesía, conoce cuanto en Francia se ha publicado” (cap. LXII), además de seguir “con empeño el movimiento literario” galo (cap. XLV). En lo que respecta al repertorio de sus autores favoritos, el narrador informa que Alfonso “se sabía de memoria versos de Lamartine, de Musset, de Hugo, de Verlaine, de Baudelaire y de todos los poetas de la última generación” (cap. XLV); también trajo de Europa las publicaciones más recientes, entre las que

³² Pese al elevado número de “filosofías” que el joven Collantes habría conocido en Francia, en la novela solo se menciona un filósofo, Schopenhauer, quien junto con el romántico Leopardi sería representante de la escuela pesimista (al respecto, *vid. Los parientes ricos*, caps. LXV, n. 7, y LXVI, n. 4). Sin embargo, según lo confiesa el propio Alfonso a Margot, su pesimismo es solo “incipiente” y se disipa gracias a la benéfica influencia de “la blonda señorita” (*cf.* cap. LXVI).

se mencionan, sin especificar el título, “la última novela de Zola” y “los últimos cuentos de Catulo Mendès” (cap. XVI). A estos autores se añaden otras reiteradas referencias, como Byron, Chateaubriand, Félix Arvers, François Coppée, Théophile Gautier, Alphonse Daudet, Ferdinand Fabre, Giacomo Leopardi e, incluso, Arthur Schopenhauer.³³

De esta particular selección de autores hay al menos un par de aspectos en los que me interesa detenerme. El primero de ellos es que las preferencias de Alfonso se inclinan de forma muy marcada hacia el romanticismo, pese a que hacia fin de siglo sus representantes habían sido desplazados por otros escritores de moda, según la opinión expresada por el propio Rafael Delgado en su texto de 1886 antes citado. Esto último coincide con la impresión que de Alfonso tienen otros personajes: por ejemplo, doña Dolores considera que su sobrino es “medio romántico y melancólico” (cap. XXXI), y Margarita, reprochándole que sea “demasiado romántico”, le aconseja olvidar su desengaño amoroso (al que califica de “novela” y “literatura poética”) y vivir “para ser dichoso”, asegurándole que su corazón, entonces “mustio y sin aliento”, será capaz de volver a amar (cap. XLVI). Y al parecer la percepción del personaje como romántico no se limitó al universo de la ficción; en la reseña de *Los parientes ricos* de Felipe T. Contreras a que me he referido antes, se dice del “noble” Alfonso, única “figura [que] resplandece hermosamente” en el hogar de don Juan, que es un “delicado tipo *lamartiniano*, cuya inmensa desgracia, el adiós de Margot, nos deja melancólicos y pensativos” (1904, p. 537; las cursivas son del original). En segundo lugar, y por lo que se refiere a los polémicos autores asociados con la vanguardia literaria francesa —a saber, Gautier, Mendès, Coppée, Baudelaire y Verlaine—,³⁴ se hace necesario plantear algunas reflexiones.

Pese a las diferencias que hubo entre las tres corrientes literarias que se desarrollaron en Francia entre 1860 y 1885, esto es, el parnasianismo, el simbolismo y el decadentismo,³⁵ a ojos de algunos de sus coterráneos, y sobre todo

³³ Cabe señalar que, a semejanza de lo que ocurre con los dramas que Conchita representa, estas obras no suscitan comentarios negativos de otros personajes ni del narrador; por el contrario, al decir de este último, los libros nuevos que Alfonso trajo de Europa son “de lo mejor” (cap. XVI).

³⁴ De los naturalistas Daudet y Zola me ocuparé en la segunda parte de este capítulo.

³⁵ Para una caracterización de estos movimientos literarios, *vid.* Feria 2015, Carden 1960 y De Diego 2000b.

de sus contemporáneos no franceses (en especial los de zonas periféricas, como México), tendieron a parecer un solo movimiento artístico debido a la forma en que se sucedieron y a la inevitable convivencia de sus representantes. Además, su adopción —por lo demás selectiva y en ocasiones muy relacionada con ciertas propuestas románticas, que supuestamente constituirían el extremo opuesto de tales tendencias innovadoras— respondió a distintas inquietudes estéticas y aun éticas, dependiendo de cada contexto.

De esta suerte, en sus *Lecciones de literatura*, Delgado aludió, de forma algo indistinta y vaga, a las “escuelas modernista y decadentista”, a las que, por una parte, reconocía el mérito de haber llevado a cabo “la renovación del lenguaje artístico, como se debió al culteranismo la riqueza de expresión”, pero, por otra, las acusaba de mostrar cierta tendencia a extraviarse, “arrastradas por la fogosidad innovadora o impulsadas por su aplaudida prepotencia, y confundir, en esto del color, unas impresiones con otras” (1904b, p. 56).³⁶

De hecho, la única corriente finisecular que en *Los parientes ricos* se nombra expresamente, y con cierta carga negativa, es el decadentismo. En la primera mención (cap. L), el narrador habla de un “gacetillero decadentista” que escribe la crónica de una función teatral de beneficio en la que Pablo y Juan hicieron costosos obsequios a una actriz; sin embargo, no se añaden más elementos que justifiquen o expliquen el uso (claramente peyorativo) del calificativo. En la segunda, Margot se encuentra en la Catedral, reflexionando acerca del estilo arquitectónico más adecuado para el sagrado recinto; al respecto, el narrador, empleando el discurso indirecto libre para expresar las ideas del personaje, aclara:

³⁶ Con el paso de los años, Delgado se mostró cada vez menos dispuesto a reconocer los méritos del modernismo y más proclive a manifestar su rechazo por esta corriente, en la que al parecer incluía las manifestaciones decadentistas, en virtud de que este término adquirió una connotación negativa y cayó en desuso entre sus mismos exponentes a partir de 1898. De acuerdo con Francisco R. Vargas, “tiempo después” de dar a la estampa sus *Lecciones literarias* de 1904, el novelista escribió, “en la intimidad de una carta” a un amigo cuyo nombre se desconoce: “Vivimos en un desquiciamiento literario, y no sabe un autor el camino que debe seguir, dados los extravíos y ligerezas de autores y de poetas. Ya me carga el modernismo. ¿Cuándo soplará sobre nuestras almas el benéfico aliento de lo ideal?” (“Prólogo”, en Delgado 1953c, pp. ix-xxvi; *loc. cit.*, p. xix). La animadversión llegó a tal grado que, según James G. Bickley, “en los escasos momentos de delirio que precedieron a su muerte, Delgado reprochó a su amigo Díaz Mirón las tendencias modernistas de sus últimos versos” (“In the few delirious moments just before his death, Delgado was reproving his friend Díaz Mirón for the modernistic tendencies in his later verse”; 1935, pp. 210-211).

Pero no quería la joven para la Metropolitana el plateresco extremo, profuso hasta parecer manirroto, por la prodigalidad de adornos y de intrincadas caprichosas floraciones; no, le quería sobrio, prudente, económico, discreto, con su variedad interminable, con su simbolismo diáfano, con su aparentemente rota simetría; *no un arte enfermizo, delirante y decadente*, que vive de lo abstracto y apela a lo estrambótico para realizar belleza [cap. LXXII; las cursivas son mías].

Si bien las observaciones de Margot se refieren al arte novohispano, el uso de los adjetivos “enfermizo, delirante y decadente”, muy empleados por la crítica antidecadentista mexicana a partir de 1893, lleva a pensar que, a través de uno de sus personajes, el autor aludió de forma negativa a una tendencia artística propia de su contexto histórico.³⁷ En consonancia con ello, al hablar de la “flamante literatura” y los poetas “de la última generación”, cuyas creaciones habían gastado el alma y entenebrecido el espíritu del joven Collantes, Delgado no solo se habría referido a Gautier, Coppée, Mendès, Verlaine y Baudelaire —cuyos nombres, por cierto, se mencionan junto con los de otros autores francamente románticos, sin hacer distinción entre ellos (*cf.* cap. XLV)—: de forma indirecta y encubierta, también pudo haber estado aludiendo a los exponentes del “decadentismo” mexicano, mediado por esas literaturas europeas.³⁸

³⁷ De hecho, las ideas que sobre el “plateresco extremo” Delgado atribuye a Margot coinciden de forma notable con las expresó Atenedoro Monroy respecto del decadentismo en un ensayo laureado en los Juegos Florales de Puebla de 1902. Con el título “Valor estético de las obras de la escuela decadentista”, el texto se publicó ese mismo año, justo cuando aún se estaba distribuyendo la primera edición de *Los parientes ricos*; también fue reproducido en 1903 en la *Revista Positiva*, lo cual es señal indudable de su éxito. En esa pieza, Monroy resumió de la siguiente manera la fórmula del decadentismo francés, del que el hispanoamericano no era, a su parecer, sino mera copia: “escuela poético-lírica de origen metafísico, en que se traduce un hondo y amargo malestar social de cansancio y decrepitud, *por medio de símbolos oscuros e ininteligibles, expresiones rebuscadas o alteradas caprichosamente en su significación*, metros de calculadas disonancias o virtualidades musicales de absoluta libertad y novedad, rimas regresivas y *fantaseos y alucinaciones personalísimos, propios solo de la neurosis y el desequilibrio cerebral*” (1903, p. 195; las cursivas son mías). La coincidencia de ideas de Delgado y Monroy adquiere mayor trascendencia cuando se considera que el segundo prologó la obra *Elevación y caída de Porfirio Díaz* (1921), de José López Portillo y Rojas, autor con el que el veracruzano tuvo gran amistad y afinidad.

³⁸ Una muy completa exposición del desarrollo de este movimiento finisecular mexicano y las polémicas que entre 1893 y 1898 protagonizaron sus principales representantes puede encontrarse en Clark y Zavala 2002 y Zavala 2012, cap. I. Asimismo, un interesante enfoque de las disputas que suscitó el decadentismo en nuestro país lo proporciona Luz América Viveros en un artículo en el que explora la gestación de la famosa antología de cuentos publicada por *El Nacional* en 1897. En ese

Tomando en consideración lo anterior, en la caracterización de Alfonso no deja de llamar la atención el reiterativo empeño del narrador en presentarlo como un personaje melancólico, con cierta inclinación a “lamentarse de la existencia” (cap. XII) y cuya alma se encuentra “marchita” (cap. VIII), “entristecida” (caps. XXIV y LII), “entenebrecida por un desengaño” (cap. XLIV); su espíritu, también “entenebrecido” (caps. XXIV y LII), y su corazón, “cansado”, “dolorido, [...] gastado por amores tempestuosos” (cap. LII). Pues si bien estos rasgos asociarían al joven Collantes con el héroe melancólico, la ausencia de otros elementos característicos de la imaginería decadente, todos ellos expresión de una profunda crisis existencial derivada del proceso modernizador —la excentricidad, la búsqueda de “sensaciones nuevas y vertiginosas”, la sustitución de “lo natural y lo real por el artificio”, la evasión y la ensoñación procuradas mediante la experimentación con diversos “paraísos artificiales”, la originalidad y la ruptura con las convenciones sociales (cf. De Diego 2000b, pp. 59, 64 y 65)—, conduce a pensar que Delgado quiso crear una representación estereotipada de un posible lector contemporáneo para señalar un tipo de literatura que muy probablemente le parecía ajeno al medio mexicano.³⁹ Me atrevo a plantear que, a semejanza de lo que ocurre con la aleccionadora historia de Conchita Mijares, con el personaje de Alfonso el autor pudo haber buscado alertar a los jóvenes acerca de los efectos nocivos de ciertas

texto, la autora analiza “algunos episodios clave para la historia del decadentismo” que se desarrollaron en “los espacios literarios” de las empresas de Gregorio Aldasoro y Rafael Reyes Spíndola, justo un año antes de la fundación de *Revista Moderna* (2023, p. 188). Haciendo hincapié en “las relaciones entre literatura y prensa periódica”, la investigadora considera las polémicas decadentistas como “el contexto para la comprensión de las varias dimensiones con que puede ser estudiado el proyecto Cuentos Mexicanos” (p. 188), que reunió a “varios de los futuros colaboradores” de la publicación mencionada (p. 203).

³⁹ Recuérdese, a este respecto, la observación de Lucía, muchacha lenguaraz de Pluviosilla que solo aparece en el capítulo XVII: “Pues, como iba diciéndote: son guapos, muy guapos, pero flácidos. Unos parisienses pintiparados. ¡Ninguno de ellos podría llevar con éxito el traje de charro, el gallardo traje nacional! ¡Ninguno! ¡Y tú me entiendes!”. Piénsese, asimismo, en la pregunta que Victoriano Salado Álvarez formuló a Amado Nervo en el marco de la polémica que estos escritores sostuvieron en 1898, a propósito de la publicación de *Oro y negro*, de Francisco M. de Olaguibel: “¿Cómo usted pretende [...] fundar todo un sistema literario sobre la sola imitación de modelos que podrán ser y son de hecho admirables en donde florecieron; pero que aquí se despegan completamente de nuestra manera de pensar y sentir?” (2002, p. 228). Un planteamiento similar fue expresado por Atenedoro Monroy en su citado ensayo: “[Las literaturas solo] crecen, viven y se dilatan en condiciones especialmente adecuadas, y cualesquiera importaciones de escuela o gustos de un medio a otro distinto son siempre desastrosas. [...] / No; en nuestro hermoso mundo americano no hemos llegado aún a la mayor edad. Nuestras civilizaciones no son decrepitas, y sean cuales fueren nuestros vicios de raza y de educación, no nos está prohibido aspirar a extirparlos” (1903, p. 221).

obras y proporcionarles modelos de lectura y conducta aceptables. De esta suerte, el menor de los Collantes vendría a ser la contraparte masculina de la ahijada de doña Dolores.

Al respecto, vale la pena recordar el juicio, expresado por el novelista veracruzano en el prólogo a la traducción de un cuento de Georges de Peyrebrune hecha por el doctor Gregorio Mendizábal y publicada en 1889, de que las obras “corruptoras” son producto y a la vez retrato de las “sociedades corrompidas” en las que surgen (Delgado, “Prólogo a *Los hermanos Colombe*”, en 1953c, pp. 19-21; *loc. cit.*, p. 21). Al señalar como causa de la melancolía tenebrosa y el pesimismo de Alfonso la literatura francesa, fruto de una sociedad muy distinta de la mexicana y respecto de la cual, en opinión del autor, cabría hablar de corrupción de las costumbres —no en vano Margot y el narrador se refieren a París como la “Universidad de los Siete Pecados Capitales” (caps. xxiv y Lxxiii)—, Delgado se sumaba a quienes creían que determinadas obras —desde luego, extranjeras; en este caso, francesas— podían ser fuente de contagio, un elemento ajeno, en cierta forma artificial pero no por ello menos “infeccioso”, capaz de “contaminar” y “subvertir” “no solo las subjetividades femeninas sino también las masculinas” (González-Stephan 2005, p. 56).⁴⁰

Así lo expresó, por ejemplo, Atenedoro Monroy, para quien el “prurito de la novedad y de la imitación de los autores franceses” del que provenía el decadentismo mexicano, aunado a la “exageración con que se ha[bía] ansiado seguir el conceptualismo exuberante de Agustín F. Cuenca y las huellas luminosas de Gutiérrez Nájera”, había

⁴⁰ Hay que decir que este argumento es constante en la crítica antidecadente; entre sus defensores más convencidos se contaba Victoriano Salado Álvarez, quien por cierto veía en la poesía (sobre todo en su escritura) más posibilidades de “contagio” que en la prosa. En el elogioso texto que dedicó a “Don Rafael Delgado” y que se publicó en la *Revista Moderna*, este autor afirmó: “No parece sino que el verso es como los dones diabólicos, que trastornan y enloquecen a quien pretende poseerlos, y la prosa droga benéfica que sana mejor que el eléboro de tres Anticiras. Nadie se ha conservado, en verdad, más distante de ese contagio que Rafael Delgado, prosista cuyos méritos han opacado los que de poeta podía ostentar, con ser estos múltiples e importantísimos” (1903, p. 242).

ocasionado en la fisiología de los centros nerviosos de nuestra juventud literaria el mismo efecto que la lectura de ciertas novelas de imaginación exaltada en edad prematura: anticipación de funciones para las cuales el organismo aún no despierta naturalmente porque no es hora, y de aquí una serie de perturbaciones que no pueden menos de llevar a formar parte de la “familia neuropática” [1903, p. 220].⁴¹

Con ello, el ensayista equiparaba la lectura de obras inadecuadas con la creación decadentista, y asociaba el resultado de ambas prácticas a un estado patológico que lindaba con la locura. En el caso de Alfonso, por tanto, parece claro que, al estar expuesto a las perniciosas letras galas, no pudo evitar “enfermar”; empero, si bien no podía considerarse un “alma sana”, tampoco era un “ser corrompido”, al grado de que Margot está convencida de que las suyas son “almas gemelas, idénticas, criadas la una para la otra” (cap. XC).⁴²

A esto último contribuye el hecho de que el joven Collantes, lejos de adaptarse a la vida parisina o disfrutarla, parece haber sido sometido a ella; el narrador es insistente en este punto, al decir que, en la capital francesa, el personaje fue “*traído y llevado* de aquí para allá” y “*arrastrado inconscientemente* de salón en salón” (cap. VIII); “*traído y llevado* por los asfaltos de la gran ciudad” (cap. XXIV); “*traído y llevado* por el tempestuoso mundo de los placeres parisienses” (cap. XLV). Todo indicaría que esa ausencia de voluntad fue lo que permitió a Alfonso conservar la bondad de su carácter y mantenerse relativamente a salvo ante la influencia corruptora del medio francés. Asimismo, a diferencia de su hermano Juan, que añora París y en

⁴¹ Monroy abundó en esta idea al afirmar que en México, puesto que “ni en ciencias, ni en letras, ni en nada [habíamos] vivido lo bastante para suponernos ya gastados y desfallecidos”, “nuestra decadencia” era “solo *de imaginación y de libros*” (1903, pp. 221-222), con lo que dejó claro el poder corruptor de ciertas lecturas extrañas al medio nacional.

⁴² También cabría pensar que Delgado, a semejanza de algunos de sus contemporáneos, estaría poniendo en evidencia cierta falsedad en la constitución anímica de los héroes decadentes, vulnerables al tóxico influjo de la literatura extranjera de vanguardia; de ahí que no mencione la totalidad de los autores franceses frecuentados por Alfonso. Justamente, una de las críticas más reiteradas de Atenedoro Monroy al decadentismo mexicano era su carácter “facticio y falso”, “de puro similar” (1903, p. 218). “¿Qué necesidad tenemos —se preguntaba— de ir a otros mundos y otras vidas en demanda de inspiración y anticipándonos amarguras de vejez facticia que solo han engendrado una literatura enfermiza, desequilibrada, antisocial en su causa y en sus efectos?” (p. 224). Asimismo, consideraba que, en “las más celebradas producciones” del “cenáculo” decadentista mexicano, lo que tenía el poder de llegar al corazón era lo más personal, nacido “no de lecturas [...] ni del ajeno ni de la morfina, sino de las raíces mismas las más profundas del ser, de lo sentido y vivido por ellos, de lo que ha arrancado de su propio corazón” (p. 224).

cambio detesta Pluviosilla y sus bellezas naturales, Alfonso confiesa a Margot que antes de conocerla soñaba con que su papá adquiriese “una finca cerca de Pluviosilla, o en alguna de las regiones inmediatas, y allí sepultarme en vida, y allí pasar los años, entregado a rústicas labores, a la caza y a la lectura” (cap. LII).⁴³

Por lo que atañe a la forma en que el más joven de los Collantes se acerca a los libros, creo que en ella convergen dos tipos de lectura: la intensiva y la extensiva. La primera estaría representada por la frecuentación de los poetas románticos, cuyos versos el joven declama en su lengua original, lo que supone, como es obvio, una memorización y merece un par de comentarios elogiosos del narrador: “El joven echó atrás la cabeza, descansándola en el brazo de Margarita, buscando la mirada de su prima, y murmuró, que no dijo, con melodiosa y correcta pronunciación francesa” unos versos de Lamartine (cap. XLIV) y “El mancebo rompió el silencio, diciendo, con cierta entonación melancólica, delatora de secreta añoranza, los primeros versos del célebre e incomparable soneto de Arvers” (cap. XLV). La lectura extensiva, en cambio, puede deducirse del amplio conocimiento que tiene Alfonso de la reciente literatura gala (el joven ha leído “cuanto en Francia se ha publicado”), la cual habría entenebrecido su alma por carecer de una adecuada preparación o sistematización, indispensable en la formación lectora ideal esbozada por Delgado en su texto “El amor a los libros”: “no nací —explica el joven Collantes— para hacer carrera..., pero me gusta leer, me gusta saber de todo” (cap. XVI). Sin bases sólidas, sin guía certera, Alfonso se convierte en un lector vulnerable o un “mal lector”, incapaz de distinguir, entre una abundante oferta editorial (los “verdaderos demonios tentadores”), las obras de mérito. De ahí, el “contagio” que mina la salud de su alma y cuya cura estaría en el equilibrado amor de Margot, quien representa un conjunto de valores (nacionales) que en la novela se proponen como deseables:

⁴³ Al preferir lo artificial a lo natural, además de consumir ajeno y otras sustancias, como “la morfina”, “el éter”, “el cloroformo” o “el alcohol”, en los que sabía buscar “alivio para una enfermedad, consuelo para cualesquiera penas, por insignificantes que fuesen, y olvido para un desengaño” (cap. LXXIV), el joven Juan Collantes podría estar encarnando los rasgos más negativos y transgresores del héroe decadente. Considero que, si el autor los hubiera puesto en Alfonso, habrían hecho más difícil su “curación” y que despertara la simpatía del lector. Sin embargo, creo que también en el caso de Juan los elementos decadentistas son superficiales, ya que la caracterización de este personaje se acerca mucho más a la del catrín seductor de la tradición realista (piénsese, por ejemplo, en Alberto Rosas, de *La Calandria*).

un profundo sentido moral, la franqueza, la modestia, la rectitud, la dignidad, la sensatez, el autodominio, la religiosidad y la buena lectura. A todo ello se opondrían los “valores” y costumbres (extranjeros) que caracterizan a la familia de don Juan Collantes: la hipocresía, la ambición, la presunción, la envidia, la vanidad, el materialismo y la superstición.

Al parecer más interesado en la redención del personaje que en su caracterización, el autor hace que Alfonso diga a su prima, casi al final de la obra:

De mí, del indiferente, del maleado por cien filosofías perversas y ponzoñosas, del entenebrecido por la flamante literatura, has hecho un hombre religioso, un creyente; de quien arrastró sus primeros años juveniles por los bulevares de París y de Viena, has hecho un hombre de altas y serenas aspiraciones; del cansado de la vida, del pesimista incipiente, hiciste un satisfecho de la existencia; de quien lloraba desengaños, hiciste un enamorado, dichoso y feliz, porque es dueño de tu corazón, de tu alma, de tu destino y de tu felicidad; del que desfallecía desencantado hiciste un mozo que sueña azules sueños... [cap. LXVI].

En mi opinión, además de servir para introducir otro velado componente didáctico en la novela, pues lo que se propone con la “curación” o “normalización” de Alfonso es un modelo de comportamiento y de lectura, este personaje ejemplifica la selectiva y en ocasiones paradójica apropiación que Delgado, al igual que otros artistas finiseculares mexicanos, hizo de las “modernas” estéticas francesas, y, de forma algo más indirecta, revela su posicionamiento ante tales propuestas artísticas.⁴⁴ Este elemento muestra que Delgado participó, si bien de forma tangencial, de las discusiones que por entonces estaban modelando las dinámicas organizativas del cuerpo literario. Si concedió un espacio algo marginal al decadentismo, esto pudo deberse al momento de escritura de la novela, cuando la particularidad literaria del movimiento se desdibujaba y el término, con una creciente carga peyorativa, comenzaba a desplazarse a diferentes objetos culturales.

⁴⁴ Como explica Ana Laura Zavala, quien a su vez retoma los planteamientos de Sylvia Molloy, “nuestras literaturas de fin de siglo”, lejos de importar de forma masiva el decadentismo europeo, “llevaron a cabo una traducción ‘singularmente desigual’ de esa corriente, lo que implicó una apropiación selectiva de ciertos elementos del “archivo decadentista” con “fines autoconstitutivos” (cf. 2023, pp. 30-31).

Pero el decadentismo no fue el único tema del nutrido diálogo que Delgado mantuvo en su creación con sus pares, los llamados lectores profesionales; así pues, seguiré ocupándome de este asunto en el siguiente apartado.

ESCRIBIR PARA QUIENES SABEN “LEER ENTRE RENGLONES”:

EL SILENCIOSO DIÁLOGO ENTRE PARES

Mira usted en aquella lujosa y exuberante Naturaleza cuanto hay que ver en ella [...], y *quien entienda de honduras artísticas lo sabrá apreciar y estimar como es razón; pero no así la mayoría de los lectores, a quienes bastan los rasgos salientes, los necesarios para que se les revele el alma de las cosas.* Usted enseña Geografía, como yo la he enseñado, y habrá podido observar que los niños (*y niños son sin duda los lectores en su inmensa mayoría*) cuando tienen delante un mapa [...], miran nombres y más nombres sin poder dar ni acertar con el que buscan. Tal me parece que sucede con la descripción cuando en ella superabundan pormenores.

RAFAEL DELGADO a CAYETANO RODRÍGUEZ BELTRÁN,

23 de diciembre de 1904

(“Carta literaria”, en 1953c, pp. 13-16;

loc. cit., p. 15; las cursivas son mías)

A juzgar por sus escritos, tanto Delgado como sus pares se mostraban convencidos de que existía una muy clara división en el público al que llegaban sus obras: por un lado se encontraba el grueso de los lectores, compuesto sobre todo por “el pueblo” y la clase media, cuyo nivel intelectual promedio, creían, era algo limitado (“los niños” a los que, no sin cierto elitismo, se refería el veracruzano), y, por el otro, “un círculo reducido de inteligencias superiores a las masas” (Altamirano [1868] 1988, p. 56); “un cenáculo de escogidos” con los que el literato cuenta, “que lo leen

y acaba por hacer de ellos su único público” (Nervo [1896] 2002, p. 164); un selecto grupo integrado por los “que poseen la facultad de leer entre líneas, y a quienes basta que se les inicie un pensamiento para darle todo el desenvolvimiento de que es susceptible” (Sosa 1902, p. xvii); “una notoria minoría del grupo social”, constituida por “los amantes del estudio y los cultores de la ciencia” (López Portillo y Rojas 1906, p. 56); “quienes saben leer” (Delgado, [1904] 1953c, p. 15); en suma, “los que escriben” (Nervo 2002, p. 164).⁴⁵

Por consiguiente, no es de extrañar que, al acercarse a la obra de Delgado, esos escasos lectores profesionales hubieran destacado las cualidades de esta que pasaban inadvertidas al vulgo y a “los que sin formar parte de él no [tenían] sin embargo el ojo experimentado ni la intuición reveladora de la belleza estética” (Sosa 1902, p. xvii). Francisco Sosa, por ejemplo, en su prólogo al primer volumen de las *Obras del veracruzano*, conformado por una selección de cuentos, se consideraba entre los pocos capaces de apreciar “la galanura del lenguaje, la verdad de las descripciones, la intención, la moral del cuento”, así como el asunto, que a juicio de los profanos, lectores inexpertos, “solo pudo ocupar al autor que le dio importancia sin merecerla” (p. xvii). Asimismo, refiriéndose a *La Calandria*, suscribió las ideas de otro “lector experimentado”, las cuales se hallaban expuestas en “el magistral

⁴⁵ En relación con la brecha que dividía a los lectores mexicanos hubo distintas posturas. Por ejemplo, el entusiasta Altamirano de la República Restaurada pensaba que mediante la literatura, y en especial con la novela, se iniciaría al pueblo “en los misterios de la civilización moderna” y se le proporcionaría “la instrucción gradual” necesaria para “el sacerdocio del porvenir” (1988, p. 56). Al decir del Maestro, la novela contribuiría, junto con otros adelantos de la centuria, “a la mejora de la humanidad y a la nivelación de las clases por la educación y las costumbres” (p. 48). Una opinión muy parecida se encuentra en José López Portillo y Rojas, quien en su ensayo *La novela* veía en este género literario “una de tantas facilidades abiertas a la manifestación de las ideas por el espíritu moderno, como el vapor, el teléfono y el telégrafo”, y confiaba en que ese “medio educativo, social y artístico de primer orden” contribuiría a establecer “una especie de nivelación entre todas las clases”, al poner “en contacto a los lectores con los buenos usos sociales, con las exquisiteces del lujo y con los primores del arte” (1906, pp. 57-58). En contraste, Amado Nervo consideraba que el grueso del público ni pagaba ni comprendía lo que los literatos escribían, por sencillo que fuera, de modo que resultaba “justo” que “se les dejase escribir por y para el arte”. “¿Qué cosa más natural —se preguntaba— que escriba[n] para los que si no lo[s] pagan lo[s] compren al menos?” (2002, p. 164). Fiel a su vena didáctica, es posible suponer que Delgado se inclinaba hacia la primera postura, aunque no es difícil imaginarlo sintiéndose orgulloso de pertenecer a su selecto y selectivo grupo de pares.

estudio sobre *La novela en México*, debido a la docta pluma del señor [Silvestre Moreno Cora], publicado en la Biblioteca de Agüeros (número 32).⁴⁶

Como se sabe, el orizabeño Silvestre Moreno fue mentor de Delgado y una muy importante influencia en el desarrollo de su carrera magisterial. Se tiene noticia de que el maestro ponía su biblioteca a disposición del discípulo y que este siempre conservó la admiración hacia aquel, a quien lo unía además una gran amistad (cf. Sosa 1902, p. XIII). Por tanto, resulta casi natural que entre ambos personajes existiera una notable coincidencia en las ideas e incluso cierto diálogo implícito a través de sus escritos. En el ensayo citado por Sosa, “La novela en México. Con motivo de *La Calandria* de don Rafael Delgado” (1892) —cuyos planteamientos en gran medida pueden hacerse extensivos a *Los parientes ricos*—, Moreno destacó dos grandes aciertos que habían procurado al novelista “la buena suerte de contar con el aplauso unánime” del público (1901b, p. 405): la elección del asunto, “al alcance de los lectores de todas clases” (p. 394), y que, “antes de exponerse a los azares de la publicidad”, hubiera “estudiado con detenimiento y atención las teorías modernas y las aficiones del público, escribiendo su obra con pleno conocimiento de los medios que iba a emplear para darle la mayor perfección posible” (p. 405). Al decir de Moreno, la “generalidad de los lectores” únicamente podría conocer el resultado del arduo trabajo previo del escritor; en cambio, “el crítico imparcial” no solo advertía tal “estudio concienzudo y reflexivo”, sino que además se veía en la obligación de señalarlo “como uno de tantos méritos del autor” (p. 405).

De acuerdo con Moreno, entre las “teorías modernas” examinadas por Delgado figuraba en primerísimo sitio el realismo, en el cual sus pares encontraron la filiación más clara del escritor veracruzano. En relación con esta corriente solían plantearse algunas consideraciones cuya relevancia puede estimarse a partir de la frecuencia con que se repetían en la época. Así, una de las ideas más recurrentes era que, como toda manifestación literaria, la escuela realista era resultado y expresión del estado evolutivo de la sociedad; concretamente, según lo enunció Moreno en un texto de 1883 titulado “La novela realista”, esta tendencia literaria venía a ser “como

⁴⁶ Tal como lo expuse en el primer apartado de este “Estudio preliminar”, la Biblioteca de Agüeros funcionó como una red intelectual que agrupó a escritores con importantes afinidades ideológicas y estéticas; así lo ilustra de forma muy evidente el caso de Sosa, Delgado y Moreno.

el corolario” de la filosofía positivista, “que desdeñando, como superior al alcance de la mente humana, toda investigación acerca de la esencia y el origen de las cosas, se limita[ba] al estudio de los fenómenos” (1901a, p. 138).⁴⁷ Precisamente en este aspecto residía, para Moreno, la distinción entre realismo y naturalismo, los cuales no eran sino manifestaciones diversas de una misma corriente literaria; de esta suerte, si bien ambas tendencias tenían por objeto reproducir fielmente la realidad, la segunda, al ceñir el tratamiento del ser humano a lo estrictamente comprobable u observable, negaba al hombre tanto un valor espiritual como la libertad (Brushwood 1998, p. 64), pues se le concebía como un ser sujeto al determinismo de las leyes de la naturaleza. En consecuencia, el naturalismo constituía una reprobable exageración que conducía al pesimismo y que claramente estaba más a tono con la decadente sociedad francesa, de la que dicha escuela provenía, que de la prometedora circunstancia mexicana (p. 55).⁴⁸ De acuerdo con John Brushwood, este reparo que los mexicanos opusieron a la introducción del realismo-naturalismo correspondía a un problema de naturaleza filosófica y que

⁴⁷ Muy vinculada con esta idea estaba aquella que planteaba que en la esfera literaria se verificaba una evolución que seguía de cerca (de hecho, era su consecuencia) el movimiento progresivo del plano intelectual. Por consiguiente, las expresiones literarias eran producto de las corrientes filosóficas que se enfrentaban y sucedían a lo largo del tiempo; en palabras de Moreno: “La filosofía sensualista ha debido producir, y de hecho ha producido, la novela sensual y licenciosa del siglo XVIII; la filosofía espiritualista e idealista dio origen, en gran parte, a la literatura romántica de hace más de cuarenta años; por último, la filosofía positivista [...] ha dado nacimiento a la escuela literaria de nuestros días, que se denomina realista, y que por haber dado mayor exageración a sus principios ha recibido el nombre de naturalista” (1901a, pp. 152-153). Delgado sin duda compartía esta convicción de su maestro; empero, al escribir una década después, no relacionó el “rebajamiento moral” de la época con el realismo-naturalismo, sino con el decadentismo (*Los parientes ricos*, cap. LXXII). En relación con esto, vale aclarar que “los escritores mexicanos debatieron al respecto de la emergencia del realismo naturalista” con “objeciones [...] muy similares a las que más tarde enfrentaron al decadentismo” (Rodríguez 2010, [p. 1], n. 2).

⁴⁸ Cabe destacar que, en sus respectivas reseñas de *La Calandria*, los modernistas Rubén M. Campos y Ciro B. Ceballos coincidieron en señalar la presencia del determinismo en la historia de la protagonista; ambos escritores atribuyeron este elemento a la habilidad narrativa del autor para disponer los elementos narrativos. “El conjunto de *La Calandria* —asienta Campos— es sabiamente pensado, desarrollado y concluido; la catástrofe obedece *fatalmente* a las *causas determinantes*” (1897, p. 2). En la misma línea, Ceballos veía en la novela la triste historia de una “pobre muchacha *arrastrada* a la perdición, al martirio, a la muerte, por el egoísmo, por la maldad y por la intriga de unas cuantas gentes despreciables” (2010, p. 149; las cursivas son mías); en su opinión, Carmen era una “víctima *predestinada* para el eterno sacrificio”, “*marcada por el destino* para la esclavitud” (p. 149). Asimismo, reconocía que en la novela el “romance” se desenvolvía con “método pasmoso y perfecta serenidad”; a su parecer, en la obra de Delgado todo era “equidistante” y estaba “previsto con sabiduría” (p. 149). Como se verá, la calculada medida con que Delgado aplicó el elemento determinista del naturalismo hizo de él un representante ejemplar del realismo en su aplaudida variante mexicana, mucho más afín a las realizaciones españolas que a las francesas.

atañía a los límites de la realidad (p. 64); en ello, ciertamente, coincidieron con las apreciaciones expresadas por Emilia Pardo Bazán en su muy leída —y a veces tácitamente aludida— *Cuestión palpitante* (1882; cito por la cuarta edición, de 1891). En ese famoso ensayo, hablando de “Zola y sus tendencias”, la escritora gallega observó:

Curioso libro podría escribir la persona que dominase con igual señorío letras y ciencias, sobre el darwinismo en el arte contemporáneo. En él se contendría la clave del pesimismo, no poético a la manera de Leopardi, sino depresivo, que como negro y mefítico vapor se exhala de las novelas de Zola; del empeño de patentizar y describir la bestia humana, o sea el hombre esclavo del instinto, sometido a la fatalidad de su complexión física y a la tiranía del medio ambiente; de la mal disimulada preferencia por la reproducción de tipos que demuestren la tesis; idiotas, histéricas, borrachos, fanáticos, dementes, o personas tan desprovistas de sentido moral, como los ciegos de sensibilidad en la retina [1891, p. 209].

En estrecha relación con esta opinión de Pardo Bazán, que Silvestre Moreno suscribía (*cf.* 1901b, pp. 406-407), estaba otra idea expresada por el maestro orizabeño: si bien el naturalismo había heredado del clasicismo la observación de la naturaleza, así como la libertad creativa de los románticos, había hecho de ambas cualidades una “exageración combinada”, pues por un lado, en vez de describir la naturaleza en su totalidad, se enfocaba solo en los aspectos negativos, y, por otro, usaba la total libertad enarbolada por el romanticismo para retomar “cualquier material que sirviera a sus propósitos”, sin importar su valor moral o estético (*cf.* Brushwood 1998, p. 55-56). De hecho este fue, según Brushwood, el segundo reparo que los mexicanos opusieron al realismo-naturalismo, pues, a diferencia de lo que dictaba el método naturalista, consideraban que la reproducción de la realidad debía omitir todo aquello que ofendiera al pudor o “atentara contra el buen gusto” (p. 65).⁴⁹

⁴⁹ El buen gusto es una categoría difícil de definir con exactitud, pues no ha tenido un solo significado en todas las épocas. De acuerdo con Esther Martínez Luna, en “las primeras décadas del siglo [XIX] hablar de ‘buen gusto’ estuvo ligado a la preocupación reformadora y crítica de darle un cauce normativo y sistemático a las composiciones literarias” (2015, s. p.). Por tanto, según la misma investigadora, el concepto se vinculaba con las preceptivas que buscaban retornar a la sobriedad clásica y desterrar los excesos culteranos y gongoristas: “Así, el ‘buen gusto’ para nuestros letrados

Que Rafael Delgado hizo suya esta postura común a sus contemporáneos resulta bastante claro en *Los parientes ricos*, donde el autor se limitó a sugerir, por ejemplo, el final de Conchita Mijares, o bien la entrega de Elena a su primo Juan, en un pasaje que recuerda vagamente el célebre paseo en carroza de Emma Bovary con su amante León por las calles ruanasas.⁵⁰ También muy elocuentes en este sentido son dos fragmentos de la novela. El primero se sitúa en Pluviosilla, cuando Pablo y Ramón pasean con Juan y Alfonso, recién llegados de Europa; refiriéndose a Juanito, el narrador dice:

Charló a su sabor de los placeres con que París brinda afanosa a la mocedad, e hizolo de tal manera y por tales caminos que Pablo se vio obligado a detenerle. Hablaba delante de Ramón, que era de lo más respetuoso con su hermano, y *el mancebo no creyó conveniente que así y en semejantes términos, y de modo tan crudo, levantara Juanito ante el muchacho velos tupidos que no era cuerdo levantar* frente a un chiquillo que aún no cumplía los quince años de edad [cap. VIII; las cursivas son mías].

El segundo fragmento tiene lugar cuando Margot se propone informar a su primo Alfonso del embarazo de Elena:

—[...] No es esta la primera locura de Juan... En Trouville y en Niza...

—¡No me cuentes asquerosidades, Alfonso!

—No, señorita mía... No las contaré... [cap. LXXXVI].

consistía en escribir respetando las reglas y preceptos que habían establecido los manuales sancionados de la época” (s. p.). Sin embargo, hacia fines de siglo, el *gusto* se definía como ‘la facultad de sentir y apreciar lo bello y lo feo’, así como la ‘cualidad, forma o manera que hace bella o fea una cosa’ (RAE 1899, s. v.). El “buen gusto”, por tanto, estaba sobre todo asociado con la belleza y su apreciación, aunque también, como se verá, admitía componentes de índole moral.

⁵⁰ Esta similitud ha sido señalada por Adriana Sandoval; respecto de la “escena de la seducción” de Elena, la investigadora observa: “En una muy tímida emulación del censurado pasaje de la relación física entre Emma y León, en el coche que pasea por todo Rouen con las cortinas bajadas, en *Madame Bovary* —la ‘mejor novela del siglo XIX’, según Delgado—, Juan y Elena pasean por Chapultepec. Después de mutuas declaraciones de amor, hay un intermedio del que no se da cuenta entre un párrafo y el siguiente [...]. Es decir, no hay nada que indique lo que sucedió en medio, salvo el punto y aparte, que cumplirá la misma función para la vida de los Collantes pobres” (2007, pp. 26-27).

El autor fue aún más explícito al respecto en el prólogo a *Los hermanos Colombe*, donde distinguió entre “la intemperancia” de la escuela realista y “la excelencia de sus teorías artísticas”; en sus palabras:

aprovecho la oportunidad para hacerlo notar [...], que la inmoralidad del Realismo, tan vociferada y maldecida, es cuestión de acierto en los autores, y que no todos los escritores de la aborrecida escuela gustan de presentar horrores e inmundicias físicas y morales. Realista es esta historia vulgar que a la vuelta sigue: puedes leerla sin temor, que en ella no encontrarás nada que no vaya ajustado a los principios de la moral más severa; léela que harto te vas a divertir y harto encontrarás que imitar en ella, si eres de los que leen y meditan para sacar provecho de virtud de todo libro [1953c, p. 21].

Y aunque Delgado veía en el trabajo del novelista una labor “a las veces tan ardua, que parece rayana en heroísmo”, pues para llevarla a cabo se requería “bucear en el ponto siempre oscuro y entumecido del corazón humano” y aun “descubrir deformidades repulsivas, repugnantes lacerias, podredumbres y lacras que ponen asco en quien las toca” (1953d, pp. 37 y 38), uno de sus modelos de moralidad literaria eran las obras de Cervantes, quien “no se complace en describir el mal, ni le fustiga despiadado, ni le presenta en cínicos alardes, ni le huye con meticulosa gazmoñería. Le pinta y le expone tal como es, *sin revelaciones indiscretas e inútiles*; le mira con desprecio, y festivo, regocijado, le compadece, se ríe de él, y le pone en ridículo” (pp. 50-51; las cursivas son mías).⁵¹ Casi huelga decir que tal proceder se contraponía, en opinión del veracruzano, al de “los novelistas contemporáneos, prodigiosos por la exquisitez y elegancia del estilo, y tan preciados de su veracidad minuciosa, pero hipócritas, corrompidos, malsanos, y muy jactanciosos de su pretendida piedad social” (p. 51). Y, como para que no quedara duda de que el objeto de su crítica eran los excesos del naturalismo a la Zola, añadía: “¿no es preferible la fealdad salutífera de Maritornes a la hermosura enfermiza de Nana?” (p. 51). De hecho, el escritor también se refirió a las producciones naturalistas, “flamantes novelas parisienses”, como libros “penosos,

⁵¹ Quizá por esta postura mesurada, Ciro B. Ceballos consideró a Delgado como un “hábil, aunque pusilánime, explorador de los modernos problemas psicológicos” (2010, p. 150).

epilépticos, atormentadores, lúgubres y tenebrosos” (1904b, p. 51). No sorprende, por tanto, que la última novela de Zola figurara entre las lecturas que habían “contaminado” a Alfonso con el terrible germen pesimista.⁵²

Ahora bien, otra de las grandes objeciones de los mexicanos frente a la adopción del método naturalista tenía que ver con “el principio de la observación objetiva”, sumamente vinculado con la aspiración a la impersonalidad de la obra de arte y con el “desarrollo narrativo” (Brushwood 1998, p. 64). Este principio fue expresado, entre otros, por Zola, quien lo definió en los siguientes términos en el texto “El naturalismo en el teatro”:

La novela [naturalista] es impersonal, quiero decir que el novelista no es más que un escribano que no juzga ni saca conclusiones. [...] Así pues, el novelista desaparece, guarda para sí sus emociones, expone simplemente las cosas que ha visto. [...] Un novelista que experimenta la necesidad de indignarse contra el vicio y de aplaudir la virtud, deteriora igualmente los documentos que aporta, pues su intervención es tan molesta como inútil; la obra pierde parte de su fuerza, ya no es una página de mármol sacada de un bloque de la realidad; es una materia trabajada, petrificada de nuevo por la emoción del autor, emoción que está sujeta a todos los prejuicios y a todos los errores [1989, p. 121-122].

Tanto Delgado como buena parte de sus contemporáneos mexicanos veían al menos dos importantes dificultades en la realización de esta aspiración: el primero era que resultaba “sobrehumano e imposible” para un escritor mantenerse fuera de su creación, pues “el autor está siempre en sus obras” (*Los parientes ricos*, “Prólogo”); el segundo era que la estricta aplicación del método naturalista impedía

⁵² Aunque tanto Delgado como su maestro Moreno no dudaron en expresar su aversión por las obras del novelista de Médan, los dos demostraron que hablaban con conocimiento de causa cuando se referían a ellas. Así, Moreno confesó: “La única novela de Zola que he leído, no es más que una serie de fotografías, copiadas con una fidelidad desesperante, de los más repugnantes caracteres, y de los excesos más asquerosamente sensuales” (1901a, pp. 147-148). Delgado, en cambio, podría considerarse todo un conocedor de la obra zoliana; su opinión al respecto oscila entre el reconocimiento y el repudio, y a menudo se aleja de lo moral para concentrarse en lo estético. Por ejemplo, en sus *Lecciones de literatura* utilizó un pasaje de *Le ventre de Paris* para ilustrar “el poder de una palabra colocada en su sitio” (1904b, pp. 83-86) y, al mismo tiempo, censuró el aburrimiento que producía en el lector una descripción en el primer capítulo de *Lourdes* (pp. 105-106). Por último, en el tratamiento del color, Delgado asoció a Zola con los exponentes de las escuelas modernista y decadentista; para él, el francés representaba el límite entre “el acierto y el extravío”, lo que ejemplificó citando un pasaje de *La faute de l’abée Mouret* (p. 56).

“llevar la narrativa al clímax, seguido de un resultado”, puesto que se exigía del novelista que mantuviera inalterados “el ritmo y la intensidad de la novela [...] a lo largo de todo su desarrollo” (Brushwood 1998, p. 65). En relación con el primer aspecto, Silvestre Moreno se expresó en términos muy similares a los que su discípulo Delgado empleó casi una década después en el prólogo a *Los parientes ricos*:

Ya hemos dicho que es propio de la novela realista elegir como asunto de sus cuadros escenas comunes y personajes vulgares, y hemos añadido, además, que en ella no debe advertirse designio alguno preconcebido por el autor con el objeto de enaltecer o deprimir a ninguna de las clases sociales o favorecer determinadas tendencias. Este es un grave escollo, y lo que se llama impersonalidad del autor es tan difícil de lograr, que algunos han llegado a creerla irrealizable, y otros, por una lamentable confusión de ideas, han juzgado que en la novela realista debe estar desterrado por completo todo elemento subjetivo, lo cual es imposible [1901b, pp. 421-422].⁵³

Por lo que se refiere al segundo aspecto, relacionado con el desarrollo narrativo, Silvestre Moreno juzgaba válido el “procedimiento medio que consiste en contraponer unas pasiones a otras, reproduciendo así por la ficción, el espectáculo real y verdadero que la vida nos ofrece” (1901b, p. 415). Empero, al admitir que el deber, lo mismo que las pasiones, no siempre se presenta a nuestros ojos “claramente definido”, concedía al novelista cierta libertad (el “elemento subjetivo”) para describir los combates de “las pasiones con el deber” y pintar “con vivísimos colores” las “tristes derrotas” de los “caracteres mejor templados” (p. 415). De otra suerte, la novela quedaría “reducida a un simple relato, que solo puede cautivarnos por la belleza del lenguaje y la exactitud de las descripciones” (p. 416).

⁵³ De hecho, la presencia del elemento subjetivo podía ser vista como algo positivo, siempre y cuando hubiera un equilibrio con el componente racional; así lo expresó, por ejemplo, Rubén M. Campos en su apreciación de la narrativa de Rafael Delgado, quien para él encarnaba al realista ideal: “apasionado de la vida, candente en el análisis de la pasión, pintor en la copia del paisaje, artista en la intensidad del sentimiento” (1897, p. 2). Y añadía, en refuerzo de esta idea: “Para salir victorioso en las bregas del arte *era necesario poseer corazón y cerebro*” (p. 2; las cursivas son mías).

Aunque Delgado llegó a afirmar que “la novela es historia, y no siempre tiene esta trama y disposición del drama escénico. A juicio mío, debe ser *copia* artística de la verdad; algo así como la historia, arte bello”, y aun añadió que con *Los parientes ricos* solo se había propuesto ofrecer una “página *exacta* de la vida mexicana” (citado en Sosa 1902, pp. XVIII-XIX; las cursivas son mías), la pretendida fidelidad del autor respecto de su modelo se ve cuestionada por una estructura narrativa en la que puede advertirse una marcada dualidad con dos bandos muy bien definidos. Como lo ha advertido Yliana Rodríguez, en la tercera novela del veracruzano hay “un afán armónico estructural y de sentido [...] que desde luego formaba parte del esquema” de la obra, el cual es anunciado por una “armazón antitética evidente desde el arranque” (2015, pp. 116-117). La antítesis, como he tratado de mostrar, enfrenta los valores de los dos sectores de la familia Collantes, los pobres y los ricos, aunque también estaría presente en varios personajes (por ejemplo: Margot y Elena, Juan y Alfonso, el difunto don Ramón y don Juan, el padre Anticelli y el padre Grossi, doña Dolores y doña Carmen);⁵⁴ ello, a fin de cuentas, permitió a Delgado presentar claramente los debates entre la pasión y el deber a los que se refería su maestro. Así pues, la “página exacta de la vida mexicana” que el novelista pretendía haber plasmado, además de contener una importante dosis de imaginación, no dejaba de haber sido “urdida por el ingenio, tramada por la discreción” (Delgado 1953d, p. 34).⁵⁵

Relacionado con lo anterior, había otro aspecto en el que los realistas mexicanos coincidían —al menos en teoría— con sus homólogos franceses y españoles —más con los segundos que con los primeros—: “la exclusión de toda tendencia dogmática o docente” (Moreno 1901b, p. 411). Como el propio Delgado llegó a expresarlo con

⁵⁴ En palabras de Yliana Rodríguez: “En lo que toca a los personajes, estos son necesariamente, por la esencia dual de la novela que he señalado, estereotipos, y sus conflictos no logran escapar a esta limitación” (2015, p. 117).

⁵⁵ Sin duda, la exactitud en la reproducción de la naturaleza no estaba reñida con la libertad del artista para “embellecer” el modelo. Al menos, eso es lo que puede deducirse de los planteamientos de Rubén M. Campos, quien luego de asegurar que para “lidiar con gloria y vencer con honra” al artista le era “preciso no alterar a la naturaleza [...], no violarla ni corregirla jamás”, declaró que el artista naturalista podía idealizar cuanto veía y sentía. “Quien se restrinja a embellecer lo creado —argumentaba— tendrá ya a la naturaleza de su parte, fundirá los espíritus de la vida observada en una creación abstracta, ciñéndose siempre a la verdad, [...] y así, sin haber extralimitado las leyes naturales, tendrá una obra humana exclusivamente suya, habrá sido también creador” (1897, p. 2).

claridad en su prólogo a *Angelina*, las novelas tendenciosas se consideraban aborrecibles, y adivinar las intenciones del autor en su obra, tarea de “críticos zahoríes” (1895, p. 9). Empero, aunque los novelistas mexicanos expresaron su aparente acatamiento de la prohibición del propósito didáctico que imponía el método realista-naturalista, no aceptaban que

en la novela realista est[uviera] desterrada del todo la enseñanza. Esto no sería posible, porque siendo o debiendo ser la reproducción fiel de la vida, tener tal pretensión sería tanto como querer excluir de la existencia humana uno de los más preciosos elementos con que el hombre cuenta para alcanzar su perfección, cual es la experiencia. Nuestra vida entera no es más que una serie no interrumpida de enseñanzas, de las cuales no siempre, por desgracia, sabemos aprovecharnos [Moreno 1901b, pp. 410-411].⁵⁶

De hecho, en su discurso sobre el *Quijote* Delgado ofreció una definición de novela en la que, además de destacar la importancia del objetivo estético, puso de relieve su carácter ficcional y sugirió veladamente la presencia de cierto contenido didáctico:

Es la novela, señoras y señores, narración gallarda, exquisita y entretenida de *imaginarios* acaecimientos, de *supuestas* aventuras y de particulares andanzas, urdida por el ingenio, tramada por la discreción, hecha con *hidalgo propósito* y *noble designio*, y realizada *por modo artístico* y *con fines estéticos*, para dar al espíritu plácido solaz y grato esparcimiento [1953d, p. 34; las cursivas son mías].⁵⁷

⁵⁶ Esta idea se encuentra, formulada de manera muy parecida, en *La cuestión palpitante*: “Claro está que la enseñanza moral de los realistas no se formula en sermones ni en axiomas: hay que leerla en los hechos. Así sucede en la vida, donde las malas acciones son castigadas por sus propias consecuencias” (Pardo 1891, p. 240). De acuerdo con Brushwood, en el propósito didáctico residía la cuarta de las objeciones que los mexicanos opusieron al método realista-naturalista; al decir del crítico: “Se pensaba que el método [...] prohibía tal instrucción [la de “ciertos principios morales”], porque el autor debía permanecer fuera de su obra. Los escritores mexicanos dedicaron esfuerzos considerables a explicar la imposibilidad de ese procedimiento y, aunque deseaban otorgarle la primacía del arte a la novela, esperaban que esta funcionara como algo más que una creación puramente artística” (1998, pp. 65-66).

⁵⁷ Siguiendo a Yliana Rodríguez, considero que estas palabras revelan la importancia de la preceptiva en la obra del veracruzano, si bien este, como muchos de sus contemporáneos, mantuvo en su narrativa una relación subrepticia con las normativas sancionadas (principalmente españolas), las cuales “auxiliaban al que creaba, y al que leía, para interpretar, adornar, legitimar y crear una literatura que se adhería, por medio de la imitación y el diálogo intertextual, en el mejor de los casos,

Sin duda, lo anterior permite comprender en su justa dimensión la inclusión de las historias de Conchita Mijares y Alfonso en *Los parientes ricos*, las cuales harían posible a los lectores extraer una enseñanza moral de la experiencia ajena.

Puede suponerse, asimismo, que el elemento didáctico no pasó inadvertido a los lectores de Delgado. Por ejemplo, refiriéndose a *La Calandria*, Ciro B. Ceballos declaró que esta obra, “la mejor” del escritor veracruzano, “condensa[ba] una doctrina irrefutable” (2010, p. 148), y no vaciló en incluir la “tendencia docente” entre los méritos que hacían tan completa la novela (p. 150).⁵⁸ Por su parte, respecto de *Los parientes ricos*, Francisco Sosa afirmó: “*Sin ser una novela tendenciosa, brinda verdaderas enseñanzas, pues como todo cabe dentro del género, Los parientes ricos son, si no me equivoco, una sátira de las costumbres que privan hoy en cierta clase de la sociedad que está inficionando, corrompiendo más bien, a su fiel imitadora, que es la llamada clase media*” (1902, p. XXIII; las cursivas son mías).

De todo lo expuesto puede concluirse que, en su mayoría, los realistas mexicanos realizaron una apropiación selectiva de dos tendencias literarias que, al menos en Francia, se presentaron de forma sucesiva y diferenciada. Así, para Delgado y buena parte de sus coterráneos resultó perfectamente válido tomar de cada corriente los elementos que consideraron adecuados para la circunstancia nacional, con la única condición de no caer en los excesos de ninguna escuela. Y, vale destacarlo, esa apertura comprendió incluso ciertos elementos del romanticismo, presentes en la literatura realista finisecular.⁵⁹ En su estudio sobre *La Calandria*, Silvestre Moreno resumió la fórmula realista mexicana de la siguiente manera:

a una tradición de abolengo que le otorgaba, naturalmente, autoridad y valor estético” (Rodríguez 2010, [p. 7]).

⁵⁸ Es preciso aclarar que Ciro B. Ceballos publicó su “apología” de Rafael Delgado en 1898 en la *Revista Moderna*; en ella se limitó a examinar *La Calandria* y *Angelina*. En 1902, desde la cárcel de Belén, el autor corrigió y reunió ese y otros “retratos literarios” de sus contemporáneos en un volumen titulado *En Turania*.

⁵⁹ Desde luego, la obra de Delgado no es la excepción en este aspecto, lo cual ha sido señalado por varios críticos. Por ejemplo, José Luis Martínez veía en las novelas de Delgado una interesante fusión de romanticismo y realismo, si bien incluyó al escritor dentro de la segunda de estas tendencias (cf. 2004a, p. 753).

De esta suerte la escuela realista [...] comprende dentro de sus anchos linderos todas aquellas obras literarias en las cuales, equilibrándose perfectamente la razón y la imaginación, se reproduce la vida real, tal cual es, sin que el poeta o el escritor sustituya o trate de sustituir la concepción de tipos o de situaciones ideales, a la expresión o al retrato de situaciones o caracteres que tienen como mérito principal y como motivo de atracción para los lectores, el ser en todo conformes a la verdad. Considerada así la novela realista, no hay motivo para excluir de ella ni las agitaciones interiores del alma, ni las aspiraciones del hombre a una belleza ideal, ni la lucha de las pasiones con el deber, porque todo ello forma parte de la realidad [1901b, p. 408].

Como haciéndose eco de este posicionamiento de su maestro en relación con el “realismo bien entendido”, “digno de aplauso” (Delgado 1953c, p. 21), en *Los parientes ricos* el novelista veracruzano puso en labios de Alfonso la afirmación de que romanticismo y realismo “no son términos antitéticos” (cap. XLVI), y, en el mismo diálogo, hizo que Margot llevara esa postura estética al plano de la existencia: “Primo: ni novelas lamartinianas ni novelas de Zola... La vida no es perfectamente buena ni perfectamente mala...” (cap. XLVI).⁶⁰

Pero Delgado y su mentor no fueron los primeros en articular la defensa de un realismo que abarcara el espíritu y la materia, el cuerpo y el alma. En su texto sobre *La Calandria*, Silvestre Moreno remitió a sus lectores a “lo que acerca de este interesante asunto ha escrito la señora doña Emilia Pardo Bazán, en su opúsculo intitulado *La cuestión palpitante*” (1901b, pp. 406-407). En efecto, en el ensayo mencionado la escritora gallega expresó sin vacilaciones su definición del realismo:

Si es real cuanto tiene existencia verdadera y efectiva, el realismo en el arte nos ofrece una teoría más ancha, completa y perfecta que el naturalismo. Comprende y abarca lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma, y concilia y reduce a unidad la oposición del naturalismo y

⁶⁰ También en su prólogo a *Los hermanos Colombe* el autor aclaró que el realismo y el romanticismo no eran “peligrosos” por sí mismos; más bien, el riesgo estaba en los excesos en los que solían caer los representantes de una y otra corrientes. En sus palabras: “Ayer se quejaban los moralistas de los peligros de la novela romántica e idealista y hoy lamentan y anatematizan las crudezas de la literatura realista. Ayer condenaban a unos y hoy condenan a otros. / Yo soy el primero en confesar, lector amabilísimo, que el peligro de unas y otras es cierto, pero advierto que ninguno de los géneros es malo de por sí y que intemperancias caben, por desgracia, tanto en el uno como en el otro. A mi ver ambos géneros serán buenos cuando los autores vayan por el sendero debido, digo más, por sendero cristiano” (1953c, p. 20).

del idealismo racional. En el realismo cabe todo, menos las exageraciones y desvaríos de dos escuelas extremas, y por precisa consecuencia, exclusivistas [Pardo 1891, pp. 67-68].

Como es de suponerse, esta amplia definición permitía incluir entre las obras realistas todas las que “se fundan en la realidad”; sin embargo, Pardo Bazán consideraba que “aquellas donde tan perfectamente se equilibran la razón y la imaginación”, “obras maestras universalmente reconocidas como tales”, eran las que cumplían a cabalidad el “programa” de la estética realista (1891 pp. 69-70). En ese grupo, además de “los poemas de Homero y Dante”, el *Fausto* y “los dramas de Shakespeare”, se encontraba, por supuesto, el *Quijote* (p. 70). La mención de esta última obra como ejemplo del realismo más puro fue uno de los argumentos que la escritora esgrimió para plantear la existencia de una corriente propiamente española, distinta de la francesa y cuyas raíces se remontaban a los albores de los gloriosos Siglos de Oro, con la *Celestina* como obra inaugural (p. 108):

¿Quién duda que también España propende [...], con fuerza bastante, a recobrar en literatura su carácter castizo y propio, más realista que otra cosa? Se han establecido de algún tiempo acá corrientes de purismo y arcaísmo, que si no se desbordan, serán muy útiles y nos pondrán en relación y contacto con nuestros clásicos, para que no perdamos el gusto y sabor de Cervantes, Hurtado y Santa Teresa. No solo los escritores primorosos y un tanto amanerados, como Valera, sino los que escriben libremente, *ex toto corde*, como Galdós, desempolvan, limpian de orín y dan curso a frases añejas, pero adecuadas, significativas y hermosas. Y no es únicamente la forma, el estilo, lo que va haciéndose cada vez más nacional en los escritores de nota; es el fondo y la índole de sus producciones [Pardo 1891, pp. 94-95].⁶¹

El anhelo de asociarse a ese glorioso pasado literario español no fue privativo de los escritores realistas peninsulares. También algunos mexicanos manifestaron su

⁶¹ Además de Pérez Galdós y Valera, Pardo Bazán contemplaba entre los realistas españoles de pura cepa a José María de Pereda, de quien se expresó en términos harto elogiosos: “Para el realismo, poseer a Pereda es poseer un tesoro, no solo por lo que vale, sino por las ideas religiosas y políticas que profesa. Pereda es argumento vivo y palpable demostración de que el realismo no fue introducido en España como mercancía francesa de contrabando, sino que los que aman juntamente la tradición literaria y las demás tradiciones, lo resucitan” (1891, p. 270).

orgullosa pertenencia a una añeja tradición en la que no dudaron en inscribir sus propias creaciones. Así, por ejemplo, en su discurso sobre el *Quijote*, Rafael Delgado expresó su admiración por la obra cervantina y al mismo tiempo hizo una contundente declaración de principios literarios:

¡Ah! ¡Pluguiese al Cielo depararnos otro paladín de tamaño empuje que acabara con esos retablos de Maese Pedro, tan abundantes hoy en día; con esas novelas que andan por esos mundos de Dios [...] en riña con la lengua de Cervantes [...], y con esas fatalmente corruptoras que vienen a emponzoñar corazones, a entenebrececer espíritus, y a prostituir entre nosotros *el concepto genuino de la novela castellana, que es la nuestra*; a matar el buen gusto en las masas populares, y a retardar, por años de años, la formación de una literatura romancesca, genial, abundante y rica, cual corresponde a *nuestro abolengo literario*! Sí; digna de aumentar el repertorio de la novela castellana, que se honra con Valera, con Galdós, y con ese novelista montañés, en quien alienta espíritu netamente español, y que es, allá en nuestra literaria metrópoli, representante, conservador y glorificador de lo más castizo que tiene la novela castellana, y [...] paladín contrario a la invasión de modas, costumbres y usos idos de extraña tierra.

Sí; *una literatura mejicana, debidamente española*; digna de Rojas, el iniciador de la novela naturalista, cuando ni rusos ni franceses sabían que pudiera existir en el mundo algo que se llamase naturalismo; de Mateo Alemán, que supo estudiar la picaresca; de Vicente Espinel, explotado por Lesage, hasta beberle el alma; de Hurtado de Mendoza, leído por Shakespeare; en suma, ¡digna de ser vasalla de Cervantes! [1953d, p. 44-45; las cursivas son mías].

Como se observa, Delgado aspiraba a hacer de sus obras una muestra de esa literatura *mejicana* realista digna de su noble linaje hispánico. Tal aspiración, por lo demás, resulta muy acorde con la manifiesta admiración que el veracruzano sentía por el autor de *El sabor de la tierra*, aquel castizo novelista montañés con el que Sosa relacionó a su paisano y al que se menciona en *Los parientes ricos* como el novelista favorito de Margot (cf. cap. LXI), lectora ejemplar y, en mi opinión, *alter ego* femenino del autor.⁶² Otro tanto puede decirse de la necesidad de apelar, en el

⁶² Sosa recurrió incluso a la “ley de la herencia” para explicar “las ineludibles influencias que en [el espíritu del veracruzano] han ejercido las obras maestras del insigne Pereda, el afortunado renovador de la prosa del siglo de oro de las letras castellanas” (1902, p. xxvii). Según Sosa, Delgado

prólogo a la tercera novela de Delgado —cuyo estilo, por cierto, se asemeja en gran medida al de las páginas preliminares de *Sotileza* (1885), considerada entre las obras más distintivas de Pereda—,⁶³ a “mi señor y maestro don Miguel de Cervantes Saavedra”, al igual que el uso, a lo largo de la novela, de ciertas voces y expresiones arcaizantes, de clara raigambre cervantina, así como la introducción de referencias manifiestas a la obra cumbre del escritor alcalaíno.⁶⁴ Ejemplo de estas últimas es la exclamación del narrador al describir la murmuración de que fueron objeto los Collantes, con motivo de la llegada de don Juan y su familia a Pluviosilla: “¡Cómo su noble conducta y su limpia fama anduvieron en labios de aquellos gratuitos malquerientes, a quienes, como *al bueno de don Alonso de Quijada, se les hacían gigantes los molinos de viento!*” (cap. XVII; las cursivas son mías). De igual modo, Margot se refiere a su tío Juan, con discreta ironía, como “flor de la banca y facedor de empréstitos”, en clara alusión a don Quijote, quien es descrito por Cervantes como “flor de la andante caballería” y de quien se dice que tenía por “oficio y ejercicio andar por el mundo *enderezando tuertos y desfaciendo agravios*” (cap. LXVIII; cf. Cervantes 2006, pp. 598 y 170, respectivamente; las cursivas son mías).

Así pues, si bien Francisco Sosa estuvo dispuesto a reconocer en Delgado afinidades con ciertos autores franceses relacionados con el naturalismo, como Daudet y los hermanos Goncourt,⁶⁵ no dudó en colocarlo dentro de la tradición

era “realista sin pretensiones de psicólogo, ni de materialista o experimental, y por lo tanto, novelador más bien afín de Pereda que de Daudet y los Goncourt, sin embargo de que [...] irradian en sus obras los fulgores de los geniales naturalistas franceses” (p. xxix).

⁶³ Entre tales coincidencias estilísticas destaca el párrafo inicial de ambos prólogos, con la promesa de los autores de someterse al “fallo” y a los “juicios” de los lectores, así como la referencia a Cervantes, que en el caso de Pereda es implícita. En el último párrafo de su texto preliminar, el novelista santanderino dice, pensando en la posibilidad de que su obra no fuera del agrado del público: “Pues por más que ustedes digan, no es para todos la tarea de hinchar perros de esta catadura” (1888, p. 9). Con esa frase, el escritor aludió al prólogo de la segunda parte del *Quijote*, en la que Cervantes comparó el trabajo de hacer un libro con el de hinchar un perro (cf. Cervantes 2006, p. 544).

⁶⁴ Pueden considerarse voces provenientes del léxico cervantino el adjetivo *amojamado*, con que el narrador describe a don Cosme Linares y que significa ‘acartonado, como la mojama’ (caps. I y xxxv); *entonado*, calificativo aplicado a monseñor Fuentes, con el significado de ‘engreído’ (cap. xxxv); *famoso(a)*, en el sentido de ‘digno de fama’, referido a doña Dolores (cap. II); *frontero(a)*, ‘colocado enfrente’ (*passim*), y la frase *estar o estarse “en sus trece”*, ‘perseverar’ (cap. LXXXIV; cf. Cervantes 2006, glosario, pp. 1157-1235, s. v.). Otras referencias a la obra de Cervantes están presentes en *La Calandria* y en *Angelina* (vid. Delgado 1891, cap. XI, p. 96; cap. xxv, p. 230; cap. xLI, p. 327, y 1895, cap. III, p. 36; cap. XII, p. 119).

⁶⁵ A juicio de Sosa, Delgado, al igual que Daudet, sentía “la pasión de los vastos horizontes reales”, creía “en la necesidad de los medios exactos y de los personajes estudiados según el

española, al afirmar que su colega y paisano practicaba un realismo que “comprende y abarca, según lo dijo tiempo ha, muy atinadamente, la señora Pardo Bazán, lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma, y concibe y reduce a unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional, excepción hecha de las exageraciones y desvaríos de las dos escuelas extremas y por precisa consecuencia exclusivistas” (1902, p. xxiv).⁶⁶ Pero el prologuista fue un poco más allá al emparentar al veracruzano con un grupo de creadores mexicanos que habían sabido tomar de allende el océano los elementos necesarios para desarrollar una narrativa propia, con sello y sabor nacionales; en sus palabras:

Y bien, [...] ¿a qué escuela literaria o, para ser más exacto, a qué agrupación de novelistas pertenece el autor de la *Calandria*, de *Angelina* y *Los Parientes Ricos*? Responderé sin vacilar: a los realistas. Sí, no hay por qué asustarse: Rafael Delgado es novelador realista en la más noble y genuina expresión del vocablo, como lo son igualmente don José López Portillo y Rojas en *La Parcela* y en sus *Novelas Cortas*, don Emilio Rabasa en *La Bola* y en sus dos novelas posteriores, el doctor don Porfirio Parra en *Pacotillas* y don Manuel Sánchez Mármol en *Juanita Sousa* y en su inédito *Antón Pérez*; cuatro autores realistas que en nuestros días forman la vanguardia de *los que en México han hecho florecer esa rama de la literatura que lleva el nombre de novela, cultivándola con esmero todos ellos, conforme a la técnica de su propia escuela, sin diferir en los procedimientos pero sin dejar por eso de*

natural”, sacaba “la materia de sus obras de la vida moderna” y aun “profesa[ba] por los cuadros populares y burgueses un particular cariño” (1902, p. xxv). A ello se añadía el hecho de que ambos escritores hubieran sido poetas antes que prosistas y que en sus sátiras se abstenían de “lanzar dardos envenenados”, pues preferían ocultar “la violencia de sus ataques” (p. xxv). Sosa también encontraba un punto de contacto entre Delgado y los Goncourt, el cual radicaba en la “importancia secundaria” concedida a la trama y en la peculiar manera de “sentir lo bello en la naturaleza”. El prologuista de Delgado, sin embargo, se cuidó de subrayar la disparidad que había entre este y sus homólogos franceses, “si en el naturalismo pornográfico de los hermanos Goncourt se ha[cía] hincapié nada más” (p. xxv). También Ceballos comparó a Delgado con los Goncourt en su afición por “los capítulos cortos y laboriosamente condensados”, y aseguró que su paisano sabía, a semejanza de los hermanos franceses, “hacer de los periodos aristocráticas diademas” (2010, p. 153). No obstante, al hablar de la reputación literaria de Delgado, no dudó en colocarla a la altura de la que habían alcanzado Galdós y Pereda, y declaró que en México nadie había superado al escritor veracruzano “en el cultivo de la novela regional” (p. 152).

⁶⁶ Cabe destacar que tanto Moreno como Sosa citan de forma textual la definición que de realismo ofreció Emilia Pardo Bazán en su *Cuestión palpitante* (cf. Moreno 1901b, p. 408, y Pardo 1891, pp. 67-68).

imprimir a su obra, cada uno de ellos, el sello de su genialidad y de su temperamento [1902, p. XXIV; las cursivas son mías].⁶⁷

Con esa declaración, Sosa insertaba a Delgado en una tradición novelística plenamente nacional, formada a partir de la apropiación de ciertos elementos foráneos acordes con las necesidades locales y tomando en cuenta los requerimientos intelectuales del público mexicano, así como las aspiraciones y objetivos de quienes se dirigían a este. Con la lectura de su novela y otros de sus escritos, resulta claro que Delgado no dejó de tomar parte en las discusiones sobre las varias “cuestiones palpitantes” que inquietaron a sus contemporáneos, como el decadentismo, el naturalismo, la consolidación de la novela netamente mexicana, la creciente participación femenina en la sociedad, la acelerada modernización que transformaba ciudades y campo casi a ojos vistas. Como he intentado mostrar en estas páginas, el escritor veracruzano buscó reafirmar, con su producción literaria, una visión del mundo que compartía con algunos de sus contemporáneos y que no fue ajena a influencias externas ni permaneció inmutable a lo largo del tiempo. Por el contrario, en la trayectoria de Delgado puede apreciar la ininterrumpida transformación de un escritor que intentó mantener una apertura intelectual y que muy probablemente experimentó un conflicto constante entre su firme ideología católica y su arraigada devoción por la belleza estética.

Es mi deseo más sincero que con esta edición de *Los parientes ricos* el lector tenga la posibilidad de adentrarse en el universo de este escritor que supo concitar la admiración y el respeto prácticamente unánimes de sus contemporáneos, y que

⁶⁷ Sin duda, Silvestre Moreno compartía esta opinión de Sosa: “Parecida *La Calandria*, en cuanto a la forma, a las novelas más estimadas de los modernos novelistas españoles, se distingue, sin embargo, de ellas, por el carácter, no solo nacional, sino hasta local, que el señor Delgado ha sabido dar a sus personajes” (1901b, pp. 419-420). Asimismo, varios años después, en su ensayo *La novela*, José López Portillo y Rojas trazó una suerte de genealogía literaria que se remontaba a la aparición de *Clemencia*, “la primer manifestación de esa toma de posesión de nuestra personalidad íntegra, en el campo de las letras” (1906, p. 49). A su juicio, la “semilla” que con esa obra había dejado plantada Altamirano había fructificado años después, con *La bola*, de Emilio Rabasa; *La Calandria*, de Delgado; *La parcela*, de su autoría; *La Rumba*, de Ángel de Campo; los “episodios históricos nacionales” de Victoriano Salado Álvarez, Enrique de Olavarría y Ferrari y Heriberto Frías; *La siega*, de Rafael Ceniceros y Villarreal, y *De noche*, de Carlos D. González (pp. 49-50).

su lectura, nueva y fresca, testimonie la vigencia de esa compleja, fecunda y sugerente producción literaria.

LOS PARIENTES RICOS¹

¹ Conozco dos testimonios de *Los parientes ricos*. El primero, identificado como 1901-1902, se publicó en 47 entregas en el *Semanario Literario Ilustrado*, del 3 de junio de 1901 al 29 de diciembre de 1902. El segundo, registrado como 1903, corresponde a la segunda edición de la obra, la cual tuvo dos impresiones: la primera vio la luz como el número 47 de la Biblioteca de Autores Mexicanos y segundo tomo de las *Obras* de Rafael Delgado, y la otra al parecer circuló como volumen independiente (para más detalles acerca del proceso editorial y de las peculiaridades de esta edición, véase el segundo capítulo del “Estudio preliminar”). Decidí fijar la segunda edición (1903), en la impresión que se publicó como parte de la Biblioteca de Autores Mexicanos. // 1901-1902 incluye: *Novela por Rafael Delgado, correspondiente de la Real Academia Española, e individuo de número de la Mexicana*.

Al señor don
FRANCISCO SOSA¹
Su amigo que mucho le quiere
EL AUTOR²

¹ Francisco Sosa, poeta, cuentista, periodista, historiador y político campechano. Desde 1866 se estableció con su familia en la Ciudad de México, donde desarrolló su carrera (Rojas 2004a, p. 547). Al igual que Rafael Delgado, era miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua; recibió su nombramiento en 1892, el mismo año en que Delgado fue designado miembro correspondiente. Asimismo, los dos escritores formaron parte del Liceo Mexicano Científico y Literario, asociación fundada en 1885 (Perales 2000, p. 182). Es posible que la amistad entre ambos personajes haya surgido a raíz de su convivencia en las sesiones que el Liceo celebraba regularmente en distintas sedes.

² 1901-1902 incluye debajo de la dedicatoria: *Es propiedad.—Se prohíbe la reproducción.*

PRÓLOGO

Aquí tienes, lector amable —para tu recreo y solaz—, este nuevo libro que de buena gana ofrezco a tu benévola curiosidad, con deseo vivísimo de conseguir que sus desaliñadas páginas te den apacible entretenimiento y grata diversión.

Júrote por quien eres, no por quien soy, que desde ahora me someto a tu fallo, por adverso que me sea; que desde hoy agradezco tus elogios y me pago de tu aplauso, si aplauso y elogios tuvieres para mí; que respetuoso y humilde acataré tus juicios, siempre muy atinados y discretos, por contrarios que me fueren, y te prometo para otra ocasión enmendarme y corregirme, si en algo o en mucho me corriges y enmiendas, pues no soy pecador empedernido y contumaz, y, a fuer de buen cristiano, sé dolerme de mis culpas y arrepentirme de mis pecados.

En esta novela encontrarás descritas y pintadas varias cosas que he visto con estos mis ojos, y entre ellas muchas otras de las cuales me han dado conocimiento la sociedad en que vivo y los círculos que he frecuentado: todas comunes y corrientes, llanas y vulgares, y tanto que, puedes creerlo, son como el pan de cada día.¹

¹ En este párrafo hay dos ideas que tienen gran relevancia en la obra de Rafael Delgado. La primera es la “sencillez” y la “vulgaridad” de las historias que animan sus novelas. Así, por ejemplo, en un pasaje de *La Calandria* el narrador define esta como una “novela vulgar” (Delgado 1891, cap. xxii, p. 215). De igual modo, en *Angelina*, tanto en el prólogo como en el capítulo LXV, que es una suerte de epílogo, se reitera que la obra es “sencilla”, “vulgar” y “más vivida que imaginada” (Delgado 1895, pp. 7 y 543). Por último, la cuarta y postrera novela del escritor veracruzano se titula precisamente *Historia vulgar* (1904). Esto, desde luego, se vincula con la segunda idea, que consiste en la exigencia de verosimilitud inherente al realismo, al que puede decirse que Delgado se filió; ello se traduce en la insistencia en que el escritor ha “visto” con sus propios ojos las historias que narra y que sus obras son “meros apuntes de cosas vistas y de sucesos bien sabidos” (Delgado 1902, p. xxxviii). En ese sentido, como lo explica Joaquina Navarro al describir la novela realista mexicana: “Todo ello [“las costumbres como, asimismo, la Naturaleza, los oficios y las preocupaciones

Mas como acontece a menudo que los lectores de este linaje de historias —por buenos que parezcan y por excelentes que se muestren—, si conocen al autor, suelen atribuirle los hechos narrados en libro escrito de su pluma, y si este tiene forma autobiográfica llegan hasta declararle protagonista de la obra, adviértote que esta mía, verídica como la crónica más verdadera, no contiene retratos (Dios y el Arte me han librado de hacerlos) y que nada de lo que voy a contarte me ha pasado, ni me acaeció jamás cosa alguna de todo cuanto vas a saber. Lucidos y medrados andaríamos los novelistas, viviendo tantas vidas, llorando tantas desventuras y traídos y llevados de dolor en dolor.

Cierto es —y vaya en excusa de tales lectores— que el autor está siempre en sus obras, y que “eso de la impersonalidad en la novela” es empeño tan arduo y difícil que, a decirte verdad, le tengo por sobrehumano e imposible.²

Plázcate mi novela de *Los parientes ricos*, que ellos te dejen convidado para leer otro librito que tengo en cañamazo, *La apostasía del padre Arteaga*,³ y que Dios te

religiosas y políticas”] es parte de la realidad que rodea al escritor y que este refleja en cumplimiento del viejo precepto de Champfleury que abogaba por la ‘sinceridad en el arte’ como primera condición del realismo. De esta sinceridad y veracidad en la documentación de la vida que observa se sirve el escritor realista como medio artístico para penetrar en los problemas de la sociedad que le rodea” (Navarro 1955, p. 23).

² La impersonalidad en la novela fue una característica de los representantes del realismo y el naturalismo, sobre todo en Francia, aunque también hubo exponentes de ambas corrientes (con ciertos matices y nunca en estado puro) en Hispanoamérica (García Barragán 1993, p. 31). Según podrá ver el lector de *Los parientes ricos*, Delgado no aplicó tal principio en la obra de forma tajante; sin embargo, en comparación con sus dos novelas anteriores, en esta es “más visible su objetividad”, “de tal manera que esto es lo que explica que nadie se atreva a negar el realismo de *Los parientes ricos* y, en cambio, se haya dudado de la filiación realista de *La Calandria*, y ya no digamos de *Angelina*, a la que se ha comparado más de una vez con *María* de Jorge Isaacs” (Sol 1995b, p. 46; respecto de este tema, *vid.*, asimismo, el tercer capítulo del “Estudio preliminar”).

³ De esta obra, como bien comenta Pedro Caffarel Peralta, “mucho se ha dicho y poco se sabe” (1995a, p. xxxi). Puede afirmarse que Delgado tenía al menos la idea de desarrollar el personaje del padre Arteaga desde antes de 1895. Prueba de ello es que tanto en *La Calandria* como en *Angelina* hay alusiones a los hermanos Arteaga y, sobre todo, al expadre Francisco (o Panchito), que se hizo protestante (*vid.* Delgado 1891, cap. xxv, p. 238, y 1895, cap. xxiv, p. 250; *vid.*, asimismo, *infra*, cap. iii). De igual modo, en la edición de *Angelina* que publicó la Antigua Imprenta de Eduardo Murguía se insertó un anuncio en el que se promocionaban otras obras “del mismo autor” (*La Calandria* y *Angelina*) de venta en la librería homónima, situada en Portal del Águila de Oro número 2. Al pie del anuncio se lee: “En preparación: / APOSTASÍA” (Delgado 1895, entre pp. 302 y 303), lo cual lleva a pensar que el bosquejo o proyecto (significado de la voz *cañamazo*, según Moliner 2006, s. v.) debía de estar muy avanzado hacia 1901. Sin embargo, poco después de la publicación de la segunda edición de *Los parientes ricos*, “con no ocultos propósitos de provocar polémica, surgió, como una nube en el horizonte, un comentario periodístico al que don Rafael no respondió, ni aparentemente dio importancia alguna; pero que, asociado a indiscretas murmuraciones, fue quizá la causa de que abandonase la idea de dar cima a la *Apostasía*, novela de la cual solo se llegaron a conocer los planes” (Caffarel 1995a, p. xxxi).

bendiga, y a mí me guarde⁴ de aquellos “sotiles y almidonados” de quienes, con ser quien era y valiendo tanto como valía, se mostraba tan receloso mi señor y maestro don Miguel de Cervantes Saavedra.⁵

Pluviosilla, a 29 de mayo de 1901⁶

RAFAEL DELGADO

⁴ 1901-1902: *libre por guarde*

⁵ La expresión entrecomillada proviene del remate del prólogo a las *Novelas ejemplares* (1613), donde Cervantes, al igual que Delgado, anunció los libros que por entonces estaba componiendo y se proponía publicar, cosa que, por lo demás, era en él habitual (Cruz 2003, s. p., y Cervantes s. a., “Prólogo”). De la admiración que Delgado sentía por Cervantes dan cuenta las continuas referencias al escritor y su obra, en especial al *Quijote* (*vid.* Delgado 1891, cap. xi, p. 96; cap. xxv, p. 230; cap. xli, p. 327, y 1895, cap. iii, p. 36; cap. xii, p. 119, así como *infra*, cap. xviii), además del uso de ciertas voces y expresiones de origen cervantino (al respecto, *vid.* la segunda parte del tercer capítulo del “Estudio preliminar”). Asimismo, cabe recordar que el 8 de julio de 1905, con motivo del “tercer aniversario secular” de la publicación de la primera parte del *Quijote* (1606), Delgado pronunció un discurso en el Teatro Llave de Orizaba; la pieza es una elocuente expresión de su concepción de la novela y la misión del novelista, pues para el veracruzano el novelista por antonomasia era Cervantes (Delgado 1953d, pp. 33-54). Así lo muestra la siguiente cita, extraída de sus *Lecciones de literatura*: “Cada época tiene su manera y su estilo, como cada escritor tiene los suyos, y el estilo arcaico tiene que ser cansado para quien busca en los clásicos lo que no tienen: la gracia y la soltura de los escritores modernos. Solo Cervantes consigue hoy, como siempre lo consiguió, cautivar la inteligencia y regocijar el espíritu de sus lectores. ¡Envidiable poder del Genio!” (Delgado 1904b, p. 219).

⁶ Si bien Delgado, en el prólogo a *Angelina*, pidió explícitamente al lector que no intentara “averiguar dónde está Villaverde, cuna de mi protagonista”, pues “[perdería] el tiempo y [correría] peligro de mentir”, y añadía a continuación: “Ya sabes que los noveladores inventan ciudades que no existen, y de las cuales no te daría noticia ni el mismísimo García Cubas...” (1895, p. 8), es posible identificar Pluviosilla, Villaverde y Villatriste (ciudad esta última donde transcurre *Historia vulgar*) con Orizaba (Sol 1995b, p. 47n).

LOS PARIENTES RICOS

I

—Pues bien, esperaremos... —dijo el clérigo, en¹ tono decisivo, dirigiéndose resueltamente a la sala, seguido de don Cosme.

Uno y otro entraron en el saloncito, y después de dejar en una silla próxima a la puerta capas y sombreros, se instalaron cómodamente en el estrado.

La criada, una muchacha de buen hablar, limpia, fresca y sonrosada, un sí es no es modosita, saludó con ademán modesto y cortés, y se volvió al jardinito² enflorado con las mil rosas de una primavera fecunda y siempre pródiga.

“Dejemos en paz a los señores —díjose Filomena—, que, a juzgar por su llaneza, serán, acaso, amigos, si no es que parientes, de los amos”.

El clérigo y su compañero, repantigados en las mecedoras, no decían palabra y se entretenían silenciosamente en examinar el recinto.

—¡Calor insufrible! —dijo el canónigo, secándose la frente y el cuello con amplio pañuelo de hierbas—. ¡Calor —repitió— como no había vuelto a sentir³ desde que salí de Tixtla⁴ hace más de veinte años!

¹ 1901-1902: *con por en*

² 1901-1902: *jardincito por jardinito*

³ 1901-1902: *sentirse por sentir*

⁴ Situada a “cuarenta leguas de la costa”, Tixtla o Ciudad de Guerrero (hoy municipio Tixtla de Guerrero) se caracterizaba por su “temperamento templado”. En lo eclesiástico, formaba parte del obispado de Chilapa, tras haber dependido de la mitra de Puebla (Rivera Cambas 1880, vol. 3, p. 328). Desde 1836 fue cabecera de partido y perteneció al distrito de Chilapa (Estado de México);

—¡No sé —exclamó su amojamado interlocutor— cómo pueden vivir las gentes en esta ciudad, donde cuando no llueve agua, llueve fuego!...

—¡No se queje usted, amigo don Cosme!... Temperatura más cálida tendrán a estas horas nuestros amigos. Hoy habrán llegado a Veracruz, y si hoy no desembarcan, mañana saltarán a tierra; recibirán el mensaje que pusimos esta mañana, hablarán con el cura, a quien el señor arzobispo los ha recomendado, y al día siguiente los tendremos aquí. Los muchachos querrán llegar a México⁵ horas después, pero mi compadre los obligará a detenerse aquí unos tres o cuatro días. Diré la misa de réquiem en la capilla; comeremos acá con doña Dolores, con las niñas y con los muchachos; visitaremos con mi compadre a una media docena de viejos amigos, y en seguidita, ¡al tren!... Ocho horas de ferrocarril y⁶ cátese usted, señor don Cosme, en su casa, y en nuestra diaria partida de tresillo.⁷

—¡Dios lo haga, señor doctor! —contestó don Cosme—. ¡Dios lo haga! Ya no estoy en edad para estos viajes y para estos ajetreos... Desde el año 56 no había yo vuelto a salir de la capital... Y tenga usted por cierto que de allí no volveré a salir, como no sea para ir al sepulcro, cuando me duerma yo en el Señor, y, como

una vez erigido el estado de Guerrero (1849), se incorporó a este como municipio. En 1851 y por breve tiempo fue capital del estado.

⁵ Es preciso aclarar que en la versión de 1903 hay preferencia por la forma *Méjico*, lo que contrasta con la versión de 1901-1902, en la que de manera recurrente se fijó la grafía actual. Como se sabe, hasta hace no mucho la ortografía recomendada por la Academia era *Méjico*, ya que la forma con *x*, según el *Diccionario panhispánico de dudas* (RAE y ASALE 2005, s. v.), es un “arcaísmo ortográfico” que se conservó en nuestro país y en el español de América. Me inclino a pensar que Delgado, y no su editor, habría optado por la escritura ortodoxa, quizá pensando en que su novela tendría difusión allende el océano gracias a su inclusión en la Biblioteca de Autores Mexicanos, muy promocionada por Victoriano Agüeros entre los académicos peninsulares e hispanoamericanos. La presencia de la *x* en el nombre de esta colección me llevó a desestimar que la variante pudiera ser atribuida al editor guerrerense.

⁶ 1901-1902: *ferrocarril*, por *ferrocarril* y

⁷ El tresillo era un ‘juego de naipes entre tres’ (RAE 1884, s. v.). En su obra, Delgado lo presentó como un entretenimiento propio de personas mayores, preferiblemente de tendencia conservadora e inclinaciones religiosas. Así, por ejemplo, en *Angelina* se dice de don Quintín Porras, abogado vehemente y polemista al que se menciona más adelante (*vid. infra*, cap. VI), que lo “dominaban dos pasiones: la de controvertir y disputar, y otra, muy dulce y pacífica, el *tresillo* nocturno en casa de Sarmiento [médico defensor del Imperio y el catolicismo], con el padre Solís, don Cosme [personaje “con aspecto de sacristán”] y algunos más” (Delgado 1895, cap. XXIII, p. 222; las cursivas son mías). Igualmente, el protagonista de “Rigel” —relato recogido en *Cuentos y notas* (Delgado 1902)—, marqués “riquillo, gastado, lleno de dolamas y de crueles desengaños”, solía jugar tresillo con el médico y el cura del pueblo en el que recientemente se había instalado, por ser esas “las únicas personas de buen trato” en el lugar (pp. 346 y 348).

lo tengo pedido, y me lo tiene prometido Antonio Pedraza, me lleven a su hacienda de los Chopos para darme cristiano enterramiento.

—El hombre pone... ¡y Dios dispone, don Cosme! Dice la Sagrada Escritura...

—Y... dígame usted —interrumpió Linares, variando de tema, fijos los vivarachos ojuelos en un retrato al óleo, obra de excelente artista y colocado arriba del sofá—, ¿es cierto que esta familia se encuentra en situación precaria, a causa de no sé qué litigio ganado hace poco por un extranjero, y a causa también de viejos y amargos rencores de familia? Parece, me han dicho, que la catástrofe vino a raíz de la muerte de don Ramón y durante la ausencia larguísima de don Juan.

—Es verdad, amigo Linares, es verdad; como es cierto que estas gentes no han querido acudir a mi compadre en demanda de⁸ auxilio y de segura salvación.

—Por de contado que don Juan...

—Sin duda; pero Lolita no echa en olvido ciertos disgustillos que por cuestiones e ideas políticas separaron a su marido y a su cuñado. Ramón era testarudo como un aragonés; Juan no desmiente su abolengo vizcaíno... Pero mi compadre (usted le conoce) ha estado y está dispuesto a proteger y otorgar favor y ayuda a sus parientes. Así me lo escribió desde Lourdes, ha menos de seis meses, y a eso viene, y por eso no fue a Sevilla a pasar la Semana Santa, y por eso, y con el objeto de allanar cualesquiera dificultades que se presenten, he venido yo por encargo de nuestro amigo; que para recibirle y verle diez o veinte horas antes de su llegada a México no era necesario el viaje que hemos hecho, corriendo mil peligros en el tren, ni pasar por esos cerros de Maltrata y por esos puentes alzados hasta las nubes,⁹ ni faltar al coro, ni tener que confiar a un compañero los¹⁰

⁸ 1901-1902 incluye: *seguro*

⁹ Se refiere a las cumbres de Maltrata, localizadas en la parte superior de la sierra Madre Oriental y que descienden hasta el valle del río Blanco, entre el pico de Orizaba y la sierra Negra. El paso del ferrocarril por esta compleja geografía, en la cual se realizaba un descenso de 700 metros en menos de ocho kilómetros, fue una verdadera hazaña para la ingeniería decimonónica. "De Maltrata —explica José María Naredo, cronista orizabeño— se dirige la vía a buscar en el rincón llamado la Bota, la parte más baja de la montaña; y ya levantando grandes terraplenes, ya abriendo anchos desmontes en las peñas, ya lanzando atrevidos y elevados puentes que unieran las laderas opuestas de las cumbres, se llegó a Boca del Monte, límite de nuestro Cantón [es decir, Orizaba] y Estado [Veracruz]" (Naredo 1898, t. I, libro primero, cap. v, pp. 39-40).

¹⁰ 1901-1902 incluye: *tres*

sermones del mes de María que he debido predicar ayer y hoy, y el¹¹ que debo predicar mañana en la Profesa, en San Bernardo y en Jesús María.¹²

—¡Sea para bien!

—Lolita es persona de carácter (ya la conocerá usted),¹³ es mujer expedita y de talento, y no me será fácil convencerla...

—¡Con la elocuencia de usted, señor doctor!...

—¡No habrá elocuencias que valgan! No me será fácil convencerla de que debe, por ella y por sus hijos, solicitar de mi compadre, que está muy rico, como quien dice nadando en oro...

—¡Sí, señor doctor, podrido en pesos!

—... Que debe apelar a su cuñado, que es generoso, y hasta manirroto, sí, manirroto, en demanda de ayuda... Ya sabe usted que Juan no se tienta el corazón para gastar el dinero... Díganlo si no las obras de caridad que sostiene; el auxilio que desde hace más de veinte o treinta años (y me quedo corto) viene prestando a las iglesias pobres; dígalo si no el seminario ese, levantado por él desde los cimientos...

—¡Don Juan, señor doctor —exclamó, incorporándose en su asiento, el de Linares—, don Juan es un modelo de buenos cristianos! ¡Mil veces lo he dicho! ¡Mil veces! No por él se diría aquello de que para los opulentos suele estar cerrada la puerta del Cielo.¹⁴

¹¹ 1901-1902 no incluye: *el*

¹² El mes de María es mayo. En cuanto a los templos, los tres se ubican en el Centro Histórico de la Ciudad de México y destacan por su arquitectura y majestuosidad. Originalmente de culto jesuita, la Profesa, fundada en 1592, ha pertenecido a la congregación del Oratorio de San Felipe Neri desde 1771, poco después de la expulsión de los jesuitas; se ubica en el actual corredor peatonal Madero (antes 3.^a de San Francisco y luego avenida Francisco I. Madero) esquina con Isabel la Católica (antes del Espíritu Santo). El de San Bernardo es un templo de estilo barroco localizado en la avenida 20 de Noviembre y Venustiano Carranza, y cuya existencia se remonta a 1636. En sus inicios contó con un convento, pero las monjas concepcionistas que lo habitaban fueron exclaustradas en 1861, a consecuencia de las Leyes de Reforma (Toussaint 1938, p. 31). Por último, el templo de Jesús María, “uno de los más hermosos de México” a juicio de García Cubas (1904, p. 24), se sitúa en el número 39 de la calle homónima; data de 1580 y fue fundado por concepcionistas. Tenía un convento anexo, pero fue adjudicado durante la Reforma.

¹³ 1901-1902: *carácter, ya la conocerá usted, por carácter (ya la conocerá usted)*,

¹⁴ Don Cosme alude al Evangelio de San Marcos, cuyo capítulo 10, versículo 25, reza: “Es más fácil que un camello pase a través del ojo de la aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios” (cito por la versión Reina Valera revisada, 1977).

El canónigo inclinó la cabeza en señal de asentimiento, se arregló¹⁵ el solideo, se compuso solemnemente el alzacuello con el índice y el medio de la diestra, y prosiguió:

—¡Al fin persona de buena cuna! Hombre de sólidos principios y de sanas ideas...

E interrumpiéndose un instante, y como atento a ruidos y voces que llegaban del corredor, dijo:

—Me parece que esas gentes llegaron ya.

Oíanse en el zaguán voces femeniles.

El canónigo y su compañero guardaron silencio. El clérigo se mecía dulcemente en su sillón; don Cosme se preparaba a encender un purillo recortado, cuya aspereza y cuya palidez denunciaban la mala clase del artículo y lo burdo de la hechura. El viejo, inclinado hacia el lado derecho, en busca de la luz que entraba por la ventana, revolvía el cigarro entre los sarmentosos dedos, sin dar con la espira que indicaba la torcedura de la hoja, sin acertar con la línea de la pecosa capa.

Dos¹⁶ lindas jóvenes, una alta y rubia, la otra baja y morena, sencilla y elegantemente vestidas, pasaron por el corredor hacia las habitaciones interiores. La segunda se apoyaba en el brazo de su compañera.

Tras ellas apareció doña Dolores, la cual entró en la sala.

¹⁵ 1901-1902: *compuso* por *arregló*

¹⁶ 1901-1902: *capa. Dos por capa. / Dos*

II

—¡Muy bien! ¡Lindísimo! ¡Ni un aviso con algún amigo, ni cuatro letritas por el correo, ni un telegrama! ¡Muy bien, señor Fernández!

Esto decía la dama, dirigiéndose hacia el estrado, a tiempo que el clérigo se adelantaba tendiendo los brazos para abrazarla —en ademán litúrgico—,¹ a la manera como el preste abraza al diácono en las misas cantadas.

—¡Dolores! ¡Dolores! —repetía el canónigo—. ¡Siempre tan famosa y tan bien conservada! ¡Por usted no pasan los años!

La señora ahogó un suspiro.

—Pero vamos —dijo el eclesiástico, presentando a su compañero—. Amigo don Cosme: la señora de Collantes...² El señor don Cosme de Linares: excelente caballero,³ el fundador de la Hermandad de las Rosas Guadalupanas, viejo amigo de Juan, persona de excelentes prendas...

Y, cambiadas las frases de cortesía, sentose la dama en el sofá y los visitantes volvieron a sus sillones.

La señora repitió sus quejas:

—¿Por qué no avisar!⁴ ¡Los habríamos hospedado acá con tanto gusto!... La casa es chica, pero no tanto que ustedes hubieran estado mal instalados.

¹ 1901-1902: *abrazarla, con ademán litúrgico, por abrazarla —en ademán litúrgico—,*

² En los dos testimonios se lee *la señora de Cervantes...* A todas luces se trata de una equivocación, pues no hay ningún personaje con ese apellido en la historia. El error y su corrección se consignaron en la fe de erratas de 1903. La confusión de personajes, que con escaso margen de duda podría atribuirse al autor, es frecuente en la novela; algunas veces la falla se corrigió en 1903, pero otras persistió sin ser advertida (al respecto, *vid.* el segundo capítulo del “Estudio preliminar”).

³ 1901-1902: *persona, por caballero,*

⁴ 1901-1902: *avisar? por avisar!*

Además: habríamos ido a recibirlos en la estación. ¡Vaya, señor doctor! ¿Ya no somos amigos? Si Ramón viviera no quedaría contento de usted... Pero... ¡si no le perdono a usted esta manera de venir! Yo... siempre preguntando por usted; siempre informándome de su salud, ¡y de todo!... Y, a propósito, a propósito: mis felicitaciones, sí, mis felicitaciones por la canonjía. Leímos la noticia en *La Voz de México*⁵ y nos dio mucho gusto, y dije a las muchachas (ya las verá usted, no tardarán en venir) que era preciso mandar a usted nuestros parabienes... Margarita era la encargada de escribir, porque con los muchachos no se cuenta, y Elena, la pobre Elena, ¿sabe⁶ usted la desgracia?

El canónigo hizo un ademán afirmativo.

—Pero con tantas penas, con tantas amarguras, ¡ya sabrá usted!⁷ Y luego la mudanza... ¡Mudar una casa en la cual nada se había movido durante tantos años, más de ochenta, según me contaba Ramón! Luego, el instalarse aquí; después, la enfermedad de Ramoncito, que el pobrecillo se vio a la muerte... Y así fue pasando el tiempo y no llegó el día en que Margarita escribiera. Pero usted nos perdonará. ¡Bien sabe cómo le queremos!

—Sí, Dolores —respondió el canónigo—, mucho les agradezco su cariño y sus recuerdos. El padre López, a quien vemos por allá frecuentemente, me ha llevado las memorias y saludos de ustedes. No bien llega y le digo “¿qué dice Pluviosilla?”, me habla de ustedes y de todos los amigos. Por él he sabido los cuidados y las amarguras de usted. De todo ello trataremos con la calma debida.

Y variando de conversación prosiguió:

—Pero... cómo he sentido el calor. Solo en Guerrero le he sentido igual... Y sabe usted⁸ que tienen una bonita casa...

—Muy chica... —replicó la señora.

—Ya la veo; pero con un lindo jardín. Ya me fijé en él. Muchas flores, ¿eh?

⁵ *La Voz de México. Diario Político, Religioso, Científico y Literario de la Sociedad Católica* fue una publicación de corte religioso cuya existencia se prolongó desde 1870 hasta 1908.

⁶ 1901-1902: *sabrá por sabe*

⁷ 1901-1902: *(ya sabrá usted!)* por *¡ya sabrá usted!*

⁸ 1901-1902: *sabes por sabe usted*

—Es el tiempo de ellas. Ahora hay⁹ pocas... Las muchachas, en este mes, cortan todas para mandarlas a Santa Marta.¹⁰

—Bien hecho: ¡que engalanen los altares de la Madre de Dios!

—Si ustedes gustan iremos al patio... para que vean cuanto tenemos, antes que oscurezca. Probablemente al señor Linares le gustarán las flores.

—¡Sí, señora! —murmuró don Cosme con la frialdad de un sordo a quien le alaban una pieza de música.

—Pues vamos, Dolores... Vamos a ver ese jardín famoso...

—¿Tomarán ustedes chocolate? Mientras lo hacen veremos las flores... Tenemos ahora magníficas rosas.

—¿Habrá dalias?¹¹

—En la otra casa llegamos a reunir una magnífica colección. Aquí se nos han perdido muchas. Pero no son flores de estos meses. Ya en julio principian...¹²

Y todos se levantaron. En ese momento llegaban las señoritas.

Una, la morena, de gran belleza, y en quien la juventud hacía alarde de todos sus dones y de su exuberante opulencia, era conducida por su hermana. Ciega desde antes de cumplir quince años, a consecuencia de no sabemos qué enfermedad que la ciencia supo vencer en la niña, pero sin lograr que la luz volviera a las pupilas de esta, inclinaba la frente al andar y se encorvaba un poco,

⁹ 1901-1902: *verá usted por hay*

¹⁰ La iglesia de Santa Marta se ha identificado con la de Santa María de los Servitas o Siervos, “antes llamada Santa Escuela, que se encuentra actualmente en Oriente 2 [número 256], entre Sur 5 y 7”, en el centro de Orizaba (Sol 1995b, p. 79n). Este templo se llama así porque en 1856 se alojó en él la Congregación de Servitas (para más información, *vid.* Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. XIV). También con el nombre de Santa Marta, este recinto aparece en *La Calandria* (Delgado 1891, *passim*), *Angelina* (Delgado 1895, caps. V, p. 51; XXIV, p. 246, y XXXIV, p. 322) y en el relato “Mi Semana Santa” de *Cuentos y notas* (Delgado 1902, p. 304).

¹¹ Ambos testimonios registran la ortografía *dahalia*. Aunque el nombre actual de la flor mexicana (*dalia*) se incluyó en los diccionarios académicos desde 1846 (Salvá 1846, s. v.), en 1853 y 1879 se consignó la variante *dahalia* (Dominguez 1853b, s. v., y Salvá 1879, s. v.), y en 1869, *dahlia* (Dominguez 1869, s. v.). Las dos últimas formas reflejan la escritura de la denominación científica de la especie (*Dahlia*), bautizada en honor de Anders Dahl, botánico sueco discípulo de Linneo, por el español Antonio José Cavanilles y Palop, profesor y director del Jardín Botánico Real de Madrid (Mera y Bye 2006, p. 5). La elección de la ortografía “etimológica” del término en los dos testimonios de *Los parientes ricos* revela la preferencia de Delgado por las formas cultas, lo cual es muy razonable viniendo de un académico de la lengua. Sin embargo, según quedó establecido en los criterios de esta edición, utilizo aquí la escritura sancionada por la última edición del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia.

¹² 1901-1902: aquí concluye la entrega número 1.

habituada a ir y venir en el interior de la casa, siempre a tientas y siempre apoyándose en las paredes o en los muebles. Brillaba en aquellos ojos fulgor mortecino, pero eran grandes, rasgados, límpidos; negras las pupilas; los párpados vivos¹³ y orlados, de largas y levantadas pestañas.

En su hermana, en la gentil Margarita, había la soberbia altivez de una estatua griega. Pálida, con palideces¹⁴ de lirio, de púrpura los labios, de flor de lino las pupilas, había en ella cierta suprema majestad de princesa. Parecía una piadosa Antígona que guiara no a un Edipo desventurado, sino a la más bella de las jóvenes tebanas cegada por la implacable crueldad de los dioses. En la rubia toda la dulce y regocijada hermosura de la azucena; en la morena la belleza ardiente de una centifolia abierta por el rocío, al despuntar los albores de una mañana de mayo.

“¡Qué hermosas!”, pensaba don Cosme.

—¡Qué lindas y qué grandes! —repetía el clérigo—. ¡Con razón nos hemos hecho viejos! ¡Quién las vio, como tú,¹⁵ de chiquillas, picarillas y traviesas!

—Margarita: ¡chocolate para los señores!...

Elena sonreía al oír las frases joviales del canónigo que hacían contraste con la sequedad y reserva de don Cosme.

Todos se dirigieron hacia el patio. Elena apoyada en el brazo de doña Dolores; el clérigo al lado de esta; don Cosme en el opuesto, junto a la ceguezuela.

¹³ 1901-1902: *vivos los párpados* por *los párpados vivos*

¹⁴ 1901-1902: *palidez* por *palideces*

¹⁵ 1901-1902 no incluye: *como tú,*

¡Cuán espléndido se ocultaba el sol tras la colina de la Saucedá!¹⁶ ¡Qué limpio y azul el cielo de Pluviosilla! ¡Qué ardiente el celaje! ¡Qué nubes aquellas que parecían inmóviles¹⁷ sobre la cima dorada del Citlaltépetl!¹⁸

¹⁶ 1901-1902: *del Escobillar! por de la Saucedá!* // La Saucedá corresponde a la Alameda de Orizaba (hoy llamada Francisco Gabilondo Soler), parque público situado en el antiguo barrio de Santa Anita (Sol 1995b, p. 190n). La Alameda comenzó a construirse el 27 de septiembre de 1854, fecha de la colocación de la primera piedra (Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. XX, pp. 226-227). En uno de sus costados está limitada por el cerro del Borrego, que en *Angelina* recibe el nombre de colina del Escobillar y en *Los parientes* se conoce como la colina del Recental (también, tal vez por su cercanía, colina de la Saucedá). Llama la atención el lapsus del autor y el parecido de la descripción con esta, extraída de *Angelina*: “Ni una nube en el cielo. El cielo de un hermoso azul; el sol poniéndose detrás de la colina del Escobillar, y al noroeste soberbias montañas, el pie nevado del Citlaltépetl” (Delgado 1895, cap. XXI, p. 205).

¹⁷ 1901-1902: *Pluviosilla, sin más nubes que unos cuantos celajes, que parecían inmóviles allá, por Pluviosilla! ¡Qué ardiente el celaje! ¡Qué nubes aquellas que parecían inmóviles*

¹⁸ Citlaltépetl (‘Monte de la Estrella’) es el nombre con el que en la historia antigua se conoció el volcán o pico de Orizaba. Sobre el origen de este topónimo náhuatl, *vid.* Naredo 1898, t. I, libro segundo, cap. I, pp. 9-10.

III

—¡Qué grato frescor el de este patio! —dijo el sacerdote.

—¡Como que Filomena acaba de regarle! —respondió la dama—. ¡Y vaya si le ha regado bien! Vea usted... Ha inundado algunas callejas... Pero no teman ustedes la humedad.

La señora y la señorita se detuvieron; el clérigo y su amigo se adelantaron hacia el centro del patio.

Ardía el poniente. Sobre la hermosa colina que limita y da sombra a la Saucedá, el mejor paseo de la ciudad, declinaba el sol en una espléndida gloria de púrpura; se hundía como en un piélago de doble múrice, cuyo oleaje carminado¹ se extendía impetuoso hacia las regiones del norte.

El canónigo contempló breve rato las magnificencias del flamígero² crepúsculo, y llamando la atención de don Cosme hacia la suprema hermosura de aquella puesta de sol, díjole, haciendo un gesto:

—Mañana tendremos sur...³ ¡Buena música nos dará esta noche!

Sonrieron las señoras que se habían detenido, y avanzaron hasta la fuente, en la cual parloteaba el chorro, y en cuyas aguas agitadas se revolvían asustados⁴

¹ *Carminado* es el participio pasado del verbo *carminar*, en una acepción que dejó de consignarse en los diccionarios académicos después de 1853 y que a la letra decía: 'Pintar, colorar con carmín. || Convertir en carmín' (Domínguez 1853a, s. v.). Para 1901, la voz era un cultismo en desuso.

² 1901-1902: *ardiente* por *flamígero*

³ 1901-1902: "*Sur*"... por *sur*... // Se refiere al viento que viene de ese punto cardinal. Con el nombre de *surazo*, Santamaría (2005, s. v.) lo define como 'viento fuerte y desapacible que azota del sur, en Sotavento de Veracruz, después de que pasan los nortes en abril. Le dicen también *surada*'. En *La Calandria* (Delgado 1891, cap. IV, p. 27), *Angelina* (Delgado 1895, cap. XLVI, p. 406) y en el relato "Epílogo" (Delgado 1902, p. 263) se describe este fenómeno atmosférico de forma muy semejante a la que aparece aquí (*vid. infra* caps. V y VI).

⁴ 1901-1902 incluye: *los*

rojos y dorados ciprinos.⁵ La dama mostraba el simpático conjunto del jardinito. Elena mojaba sus dedos en el agua que había en el borde de la fuente.

—Esta azalea —decía doña Dolores, señalando una caja arborífera—⁶ era la favorita de Ramón. Los jardineros llaman a esta planta “perla de Alemania”. No es rara, pero aquí, en Pluviosilla, florece ricamente, durante el invierno. Es un encanto verla. Se cubre de flores núbneas... Cada corola luce en el fondo suaves tintas verdes...

Y suspirando agregó:

—Cuando murió el pobre Ramón, la planta estaba en flor, como si se hubiera adornado para despedirse de su dueño, y las niñas cortaron todas las flores, todas, e hicieron una corona...

Humedeciéronse los ojos de la dama. El clérigo se apresuró a interrumpirla:

—¿Y cuál es el nombre de esas hojas tan frescas y tan lindas, listadas de morado y también moradas por el revés?...

En aquel instante se acercó Margarita:

—¿Esas? ¡Ah! Son *calateas*. Es una soberbia planta de sombra. Es el mejor adorno de nuestras casas, pero es delicadísima: el frío la mata; los rayos de sol la queman. Vean ustedes mis flores preferidas. Para papá las azaleas; para mamá las dalias. Elena no gusta más que de las violetas; a mí me encantan las rosas... Ahora hay pocas. En este mes, todas las mañanas, cortamos las flores abiertas en la noche y las mandamos a Santa Marta. Vea usted, señor doctor...

La blonda doncella, seguida del canónigo y de don Cosme, fue deteniéndose frente a cada rosal.

Habíalos de mil especies; a cuál más bellos; desde los rastros que se tienden como alfombras en la tierra, hasta los más altivos y osados que trepan a⁷ las tapias, queriendo escaparse por los techos. La rosa centifolia lucía su falda sérica, pródiga de su aroma deleitable y místico; la blanca alardeaba de su opacidad

⁵ *Ciprino*: ‘Género de peces fluviales, o de aguas dulces, cuyo tipo es la carpa, aunque él mismo es tipo de los ciprinoides’ (Salvá 1879, s. v.).

⁶ No encontré la voz *arborífero(a)* en ninguno de los diccionarios que tuve oportunidad de consultar; sin embargo, es posible deducir que está formada por el prefijo latino *arbori*, ‘árbol’, y el sufijo, también latino, *fero*, ‘que lleva, contiene o produce’ (Moliner 2006, s. v.).

⁷ 1901-1902: *por por a*

butírica⁸ y se desmayaba rendida al peso de sus ramilletes; la *reina*, fina, aristocrática, sedienta de luz, ofrecía sus póculos incomparables; la *dorada* entreabría sus capullos pujantes y lucía sus cráteras olímpicas; la *Napoleón*, vívida y sangrienta, era la nota ardiente de aquella sinfonía primaveral; la *té*, menuda y grácil, vibraba en haces sus botoncillos delicados; la musgosa rasgaba su envoltura de felpa glauca, como ansiosa de desplegar su nítida veste; la *Malmaison*, sensual, voluptuosa, languidecía de amor; la *concha*, risueña y amable, extendía sobre la fuente sus ramos floribundos;⁹ la *duquesita* se empinaba para que vieran su ingenua elegancia, y la *triumfo de México*, láctea aquí, con bordes carminados allá, flameante al morir, soltaba sus pétalos, orgullosa de sus miríficas arcanas apariencias. En un ángulo, arrimada al muro, protegida de las madre selvas embriagantes y de los jazmines de España, crecía la singular *jalapeñita*, muy modesta con su túnica de gasa. Cerca, cubriendo la tapia, alargaba sus tallos flexibles la trepadora máscula, y la femínea entrelazaba sus guías punzantes con las de su compañera jalde, y se deshacía en lluvia de hojuelas inodoras y mustias sobre el follaje oscuro¹⁰ de la rosa-mosqueta,¹¹ riza y albeante.¹²

Don Cosme se mostró cortés, siguiendo a la joven, pero insensible a tales bellezas. No así el canónigo, que parecía embelesado con la conversación de Margarita y con las pompas del jardín.

El chocolate estaba servido. Así lo anunció Filomena, y en tanto que la rubia doncella cortaba rosas y hacía dos ramilletes para obsequiar con ellos a las visitas, en el corredor y cerca de la puerta de la sala, el doctor y su amigo gustaron

⁸ *Butírico(a)*: muy probablemente se trata de un adjetivo formado a partir del sustantivo latino *butiro*, 'manteca' (Gaspar y Roig 1853, s. v.), por lo que la rosa blanca tendría una opacidad mantecosa.

⁹ *Floribundo(a)*: esta voz proviene del latín *floribundus*, 'que da muchas flores'; es término propio de la botánica (Alemany 1917, s. v.).

¹⁰ 1901-1902: *avitelado* por *oscuro*

¹¹ 1901-1902: "*mosqueta*" por *rosa-mosqueta*,

¹² Una descripción muy semejante se encuentra en el capítulo x de *La Calandria*, donde se presenta el Jardín de la Plaza —el parque Castillo de Orizaba, según lo estableció Manuel Sol (1995b, 190n)— y su abundante vegetación (Delgado 1891, pp. 84-87 y en especial p. 85).

del excelente refrigerio: del soconusco¹³ aromático, de los bollos incitantes y de los panecillos mantecados y suaves; todo servido en fina porcelana antigua, puestos los pocillos en virreinales mancerinas de plata.¹⁴

—¡Qué lujos los tuyos! —exclamó el canónigo, metiendo en la jícara un bizcochuelo—. ¡Mira qué ricos chirimbolos!

—¡De los que ya son raros! —añadió don Cosme.

—¿A esto llama usted lujo, señor doctor?

—Sí, Dolores; lujo es este, y lujo del bueno, del antiguo y serio; de aquel de nuestros abuelos, que no se pagaban de oropes y trampantojos. ¡Ya de esto no hay! ¡Ya es raro ver una mancerina! Pero, en cambio, ¡qué de cacharros vistosos sin valor ni mérito!

El clérigo se deleitaba contemplando el rico plato, limpio y brillante.

—Las mancerinas esas eran de los abuelos, o de los bisabuelos de Ramón, ¡qué sé yo! Han pasado de padres a hijos... y, créame usted, señor doctor, créame usted, las conservamos como un tesoro. Rara vez salen, como no sea en casos y circunstancias como estas... Se trataba de usted y del señor...

Don Cosme sonrió y dio las gracias con un ademán. El señor Fernández prorrumpió:

—¡Mucho te lo agradezco, Dolores! Ya verás, o verá usted, que no nos portamos mal, y que hacemos a tu chocolate los honores debidos...

—¿Y por qué —repuso la dama—, por qué a veces me tutea usted y en otras me da tan respetuoso tratamiento? ¡Bien! No escribir, no avisar de la llegada, no poner ni un mensaje para que le esperásemos, ¡y ahora tratarme de usted, cuando siempre me tuteó!

¹³ *Soconusco*: 'Cacao de superior calidad, en general, por alusión al del Departamento de ese nombre en el Estado de Chiapas' (Santamaría 2005, s. v.). La voz ha ingresado en el *Diccionario de la Academia* con el significado de 'chocolate hecho' (RAE 2014, s. v.).

¹⁴ La mancerina es una pieza específicamente destinada al servicio del chocolate. Este original utensilio data del siglo XVII; se trata de un plato que tiene una abrazadera circular en el centro, la cual sostiene una jícara o pocillo. La invención de este objeto se atribuye a uno de los marqueses de Mancera y se cree que su finalidad era evitar que el chocolate se derramara sobre la ropa del comensal. Las primeras mancerinas eran de plata y más tarde se hicieron en cerámica (Lorenzo 2007, p. 2); de ahí que los ricos o lujosos "chirimbolos" de doña Dolores resultaran dignos de atención por su rareza y antigüedad.

—Tienes razón, hija, tienes razón. La falta de costumbre. ¿Desde cuándo no nos veíamos? Pues...¹⁵ ¡friolera! ¡Desde hace más de treinta años, desde que pasé por aquí con el señor Garza, desterrado como él!...¹⁶ Cuando regresé vi a Ramón, sí, pero a ti no. Estabas con tu padre en una hacienda. Así me lo dijeron las Arteagas. Y dime: ¿viven todavía esas buenas señoras?¹⁷

—Sí, señor, viven, y muy fuertes y bien conservadas.

—Si tenemos tiempo, ya las veremos...¹⁸

—No están aquí ahora. Están en Villaverde.¹⁹ Año a²⁰ año pasan allí una temporada.

—Bien; pues me las saludarás cariñosamente. ¡Si supieras cuántos esfuerzos hice para que su hermano volviera al buen camino! Pero todo fue inútil. ¡Dios haya tenido piedad de su alma!²¹

Apuraba don Cosme el vaso de agua limpidísima, cuando Margarita llegó con sus ramilletes.

Dio a cada cual el suyo, y en seguida,²² mientras jugaba con una rosa pálida, apoyose en el respaldo del mecedor ocupado por Elena. Acariciola dulcemente como a una chiquitina mimosa, y terminó por colocar entre los negros cabellos de la ceguezuela la hermosa y gallarda flor.

—Volvamos a tus mancerinas, Dolores —dijo solemnemente el canónigo—: consérvalas cuidadosamente; ¡mira que ya de eso no hay, y que son precioso recuerdo de familia!

¹⁵ 1901-1902: *Pues, por Pues...*

¹⁶ Sin duda, el canónigo se refiere al año de 1860, cuando Orizaba fue ocupada por las fuerzas del gobierno de Benito Juárez y “se publicaron las leyes reformistas por el nuevo jefe político don Joaquín Camacho” (26 y 27 de agosto). Como se sabe, dichas leyes (concretamente la de Desamortización de las Fincas Rústicas y Urbanas de las Corporaciones Eclesiásticas y Civiles, conocida como Ley Lerdo, refrendada y aprobada por el Congreso en junio de 1856) ordenaban la disolución de las corporaciones religiosas y la desamortización de los bienes que hasta entonces habían pertenecido al clero. En consecuencia, tanto en Orizaba como en el resto del país se clausuraron conventos e iglesias, y sus ocupantes se vieron forzados al destierro (Naredo 1898, t. I, libro segundo, cap. xxv, pp. 152 y 156; para más información acerca de la Ley Lerdo, *vid. infra*, cap. IV, nota 3).

¹⁷ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 2.

¹⁸ 1901-1902: *veremos. por veremos...*

¹⁹ Sobre Villaverde, *vid.* la nota 6 del “Prólogo”.

²⁰ 1901-1902: *con por a*

²¹ Sobre los hermanos Arteaga, *vid.* la nota 3 del “Prólogo”.

²² 1901-1902 incluye: y

—¡Bien que las cuido, señor doctor! —Y añadió²³ entristecida—: Por cierto que en la enfermedad de Ramoncito estuve a punto de venderlas... Pero las niñas se opusieron a ello.

—Sí —exclamó Margarita—, yo dije que no; ¡que antes se vendieran otras cosas!²⁴

—Yo tampoco quise... —murmuró plácidamente Elena—. Y tengan ustedes en cuenta que yo... ya no las veo, pero les tengo cariño. Me conformo con tocarlas. Yo las guardo, y yo las cuido.

Llamaban a la puerta. Acudió Filomena: un criado del hotel venía en busca del señor Fernández, para quien traía un mensaje.

—Con permiso de ustedes... —dijo el clérigo, rompió la envoltura y leyó en alta voz—: “Viaje feliz. Prevenga familia. Mañana nos veremos. Iremos coche especial, en ordinario. Juan”. —Y agregó con acento afable y franco—: Ya lo saben ustedes.

La dama hizo un gesto de contrariedad; Margarita permaneció impasible; Elena sonrió y se apresuró a decir:

—Mamá: tú y Margarita irán a recibir a mi tío. Saludarán a todos de parte mía...

—¡Y tú también, chiquilla, tú también! —replicó el canónigo.

—No; me es penoso ir a sitios de gran concurrencia... Usted comprenderá...

—Sí, tienes razón, criatura, pero²⁵ irás al hotel, a visitar a tus tíos y a tus primos.

Así lo desean.

—Pero... —dijo doña Dolores.

—Mujer: ¡no hay pero que valga! Es necesario olvidar los viejos disgustos... Ya hablaremos tú y yo, largamente, como lo requiere el caso. ¡A qué temores! ¡A qué, siendo tan buena como eres, ese rencorcillo pertinaz! ¡Ea! ¡Como siempre!

—Vea usted, señor doctor —replicó la señora—, si no han anunciado su venida; si en tantos años, jamás, ni a Ramón ni a mí nos escribieron; si cuando enviudé no se dignaron darnos el pésame, si...

²³ 1901-1902: *agregó por añadió*

²⁴ 1901-1902: *cosas. por cosas!*

²⁵ 1901-1902 incluye: *sí*

—¡Eh, señor don Cosme! ¡Con el tentempié despachado no le faltarán las fuerzas!... Váyase a ver al padre López, y vuelvan los dos por mí. En Santa Marta nos espera; no pierda usted el tiempo, y de pasadita visite a otros amigos: a Castro Pérez, que aquí reside actualmente; a los hijos de su primo de usted, don Cosme II, como le dice mi tocayo...²⁶ Yo me quedo a departir con Lolita. Tenemos que arreglar importantes negocios.

—Lamento, señor, que no esté aquí alguno de los muchachos, para que le acompañara. ¿Conoce usted bien la ciudad?

—Sí —contestó don Cosme—; en los treinta años que falto de aquí no estará Pluviosilla tan mudada que en ella se extravíe quien en ella pasó la juventud. ¡Felices tiempos aquellos, mi señora! No me despido, y hasta luego...²⁷ ¡Volveré por usted, señor doctor! De paso visitaré al Santísimo y rezaré el rosario...

Y se fue. La blonda doncella le acompañó hasta la puerta, después de darle graciosamente la capa y el sombrero.

²⁶ El licenciado Castro Pérez, el más ilustre jurisconsulto de Villaverde, es un personaje que aparece en *Angelina*, donde se le describe como “un pavo vanidoso, engreído con su fama, pagado de su saber, de su crédito y de su dinero, atascado en el pantano de su prosopopeya jurídica” (Delgado 1895, cap. xxiii, p. 230; también, cap. xv y *passim*). Este abogado tiene dos hijas, Luisa y Teresa (“las de Castro Pérez”), quienes se mencionan más adelante (*vid. infra*, caps. xvii, xix, lxx y lxxi). Por su parte, don Cosme Linares también es un personaje de *Angelina*, célebre por su tacañería y su moral hipócrita; se dice de él que “tenía el talento de saber callar, siempre temeroso de que le conocieran, empeñado en ser un arcano para todos, sonriendo, poniendo paz, tratando de conciliar sus deseos y sus malas pasiones con los preceptos de la moral más severa, el cumplimiento de la ley divina con la utilidad y conveniencia propias” (Delgado 1895, cap. xxiii, p. 230). Nótese que tanto el Cosme de Villaverde como el de Pluviosilla tienen el mismo aspecto “amojamao”; además, ambos se dicen “descendientes de un virrey”, de ahí que lleven idéntico nombre (*vid. infra*, cap. xlvii).

²⁷ 1901-1902: *luego*. por *luego*...

IV

—Sí, Lola: ya es tiempo de olvidar lo que fue causa de tantos disgustos. ¿Cuál fue el origen de ellos? La maldita y aborrecible política. Mi tocayo conservador, liberal tu marido..., ¡qué había de suceder! Después vino lo de la casa aquella.

—Mi marido la salvó. Él denunció el capital. Juan se oponía a ello, y si Ramón no lo hubiera hecho, ¡qué habría sucedido!¹ No solo él, otros muchos como él, y de los que militaban en el partido conservador, hicieron lo mismo, y ninguna persona sensata² lo tuvo a mal... Mi esposo quería salvar lo suyo. No denunció un solo capital impuesto en finca ajena. Denunció ese, quince mil pesos, y debe usted saber que después, cuando fue posible, arregló el asunto con la mitra de Puebla.³ ¡De ese capital no tomó Ramón ni un peso! Créalo usted: ¡así fue!⁴

—¡Lo sé, lo sé todo, hija mía! En aquellos tiempos los ánimos estaban exaltadísimos, mucho mucho, y Juan era intransigente. Él perdió más de ochenta mil duros. Después, ya lo sabes, Dios le ha bendecido. Está muy rico. ¡Cuando Dios dice a dar, no para...!⁵

¹ 1901-1902: *sucedido. por sucedido!*

² 1901-1902 incluye: *se*

³ La referida Ley Lerdo (1856) estableció en su primer artículo que las fincas rústicas y urbanas que pertenecieran a corporaciones religiosas y no se destinaran directamente al cumplimiento de sus funciones pasaran a ser propiedad de sus arrendatarios, a condición de que estos denunciaran o reclamaran el inmueble en cuestión. Si esto no ocurría en un plazo de tres meses, cualquier persona podía realizar la denuncia, y, a falta de denunciante, el Estado tenía la facultad de efectuar una subasta pública (González Lezama 2019, p. 3). Eso explica que Ramón Collantes se hubiera visto obligado a denunciar el capital impuesto en la finca que presumiblemente arrendaba. La aplicación de esta legislación produjo abierta oposición entre el clero y sus adeptos. Así, por ejemplo, el obispo Pelagio Labastida y Dávalos escribió una airada protesta en la que declaró que aquellos que hubieran adquirido “bienes o fincas de la Iglesia estaban moralmente obligados a devolverlas”, so pena de excomunión (p. 3); ello permite entender el posterior “arreglo” de Ramón Collantes con la mitra de Puebla.

⁴ 1901-1902: *fue. por fue!*

⁵ 1901-1902: *Cuando Dios dice a dar, no para... por ¡Cuando Dios dice a dar, no para...!*

—¡Sí, lo sé!⁶ Pero, con toda franqueza, padre mío, ¿era eso motivo fundado para que Juan riñera con Ramón, y para que dijera, porque lo dijo, sí que lo dijo, lo sé de buena tinta, cuando empezaron para Ramón las dificultades, a poco de la quiebra de los Durand, que mi esposo se merecía eso y mucho más; que debía ver en los quebrantos de su fortuna un castigo de Dios! Esto le dolió mucho a Ramón, y tanto que solo yo sé los días y las noches tan amargas que pasamos. Mi esposo todo lo perdonó; ¡pero jamás consiguió olvidarlo!

—Como tú no lo conseguirás, hija mía. Y ¿sabes por qué? ¿Sabes por qué? ¡Porque no quieres echarlo en olvido!

—¡Me duele aún el corazón, señor doctor! ¡El hermano más querido! Llegó el asunto a tal grado que no solo ellos no se veían ni se hablaban, sino que Juan prohibió a los muchachos y a Carmen que nos visitaran. Venían a Pluviosilla y no ponían un pie en esta casa. Nosotros nos vimos obligados a seguir su ejemplo, y fuimos a México, cuando Elena se enfermó, fuimos para consultar con el doctor Carmona,⁷ y tampoco pusimos los pies en la casa de ellos. Una vez, en el teatro (me acuerdo bien de que en esa noche cantaba Ángela Peralta *La sonámbula*),⁸

⁶ 1901-1902: sé. por sé!

⁷ Se refiere al doctor Manuel Carmona y Valle, “decano de los médicos mexicanos” y uno de los más destacados oftalmólogos del país. Formado en la Escuela Nacional de Medicina, marchó a París para proseguir sus estudios. Se matriculó en el Colegio de Francia, donde permaneció una década y adquirió los más avanzados conocimientos en materia de oftalmología. Fue uno de los pioneros en esta disciplina en México y por su consultorio “se podía encontrar a las grandes personalidades de la vida social, cultural y artística del siglo XIX” (Sanfilippo 2001, s. p.; sobre este médico, *vid.*, asimismo, sin firma, “La muerte del doctor don Manuel Carmona y Valle”, en *Semanario Literario Ilustrado*, t. II, núm. 96, 27 de octubre de 1902, p. 719).

⁸ Ángela Peralta, cantante de ópera originaria de Mazatlán, Sinaloa, y mejor conocida como “el Ruiseñor Mexicano”. Se formó en el Conservatorio Nacional de Música y debutó a los quince años con una pieza de Verdi. Al año siguiente partió a Europa, donde continuó su educación y permaneció un lustro; allí ganó merecida fama —que también supo mantener en su país— con sus interpretaciones de *La sonámbula*, de Bellini. En 1865, por invitación de Maximiliano, a la sazón emperador, regresó a México, donde cantó *La sonámbula* en un abarrotado Teatro Imperial. Ese fue el inicio de una serie de representaciones que continuó en distintos estados de la República (Valladolid 2009, s. p.). Ahora bien, si se considera que la historia de *Los parientes* está situada en 1894 (*vid. infra*, cap. LVIII), que Elena enfermó entre los trece y los quince años (*vid. supra*, cap. II, e *infra*, cap. XXXI) y que Peralta murió en 1883, el concierto al que se alude debió tener lugar a inicios de la década de 1880 (y eso suponiendo que Elena tuviera veintiocho o veintinueve años al comenzar la historia, cosa poco probable). Sin embargo, para esas fechas la fama de la cantante había declinado debido a un escándalo ocasionado por su relación con un hombre casado, por lo que tuvo que suspender su carrera durante tres años; la reanudó poco antes de su muerte, con una gira en provincia que terminó en Mazatlán, donde cayó enferma de fiebre amarilla (Valladolid 2009, s. p.). De cualquier modo, es muy posible que la intención de Delgado al mencionar personajes reales —como el doctor Carmona y Ángela Peralta— haya sido

ocupamos una platea cerca de⁹ la que ellos tenían. Nosotros no esperábamos tener en la ópera tales vecinos... A la mitad del primer acto entraron ellos. Nos vieron y no saludaron. Nosotros hicimos lo mismo. De buena gana me habría ido con mis hijos, pero Ramón me dijo que no, y sufrí resignada aquel martirio. ¿Quiere usted, señor doctor, que ahora, después de todo lo que pasó, me presente yo a recibir a mi cuñado?... No me parece decoroso el hacerlo... ¿Lo haría usted en lugar mío?

—Sí; porque, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, perdonaría a quienes me han hecho mal.

—¡Si yo he perdonado!...

—Sí, pero no olvidas. Mira, Lola, humíllate; humíllate, hija mía, en bien de tus hijos. Mi tocayo está dispuesto a favorecerte, a auxiliar a ustedes; a prestarte ayuda, y ayuda eficaz, para que la situación de ustedes varíe desde luego, y para que puedas atender a la educación de tus hijos. Puedes estar segura de ello: no tendrás mucho que hablar. Apenas digas a mi compadre media palabra, te concederá cuanto le pidas, ¡cuanto le pidas!¹⁰

—Tal vez, pero yo no pediré nada. Señor: ¡si pienso que eso parecería como pedir limosna!...

Doña Dolores decía esto acongojada, casi sollozante.

—Pero, hija mía —prosiguió el canónigo—, ¿en qué piensas? ¿Te has detenido, diez minutos siquiera, a meditar en las tristes consecuencias de ese empeño tuyo en vivir alejada de tus parientes? Porque, digas lo que digas, mujer, parientes tuyos son. Tú harás, por lo que a ti toca, cuanto quieras, sí, cuanto quieras, hasta perecer de miseria y de hambre; hasta verte obligada a pedir limosna; hasta morir en la cama asquerosa de un hospital. (Y supongo que los hospitales de Pluviosilla no han de ser¹¹ modelo de limpieza y¹² aseo...). Sí, Lola,

dotar a la historia de mayor verosimilitud (propósito principal del realismo), aunque incurriera en inexactitudes cronológicas.

⁹ 1901-1902 no incluye: *de*

¹⁰ 1901-1902: *pidas. por pidas!*

¹¹ 1901-1902 incluye: *un*

¹² 1901-1902 incluye: *de*

sí, tú estás en tu derecho para hacer lo que quieras... Pero¹³ dime, mujer, dime: ¿y tus hijos?, ¿y esas niñas?, ¿y esa infeliz ciegucecita? Dios te tomará, un día, cuenta estrecha de esta tenacidad tuya, de ese¹⁴ orgullo, que puede ser causa de muy graves desgracias. ¿Sabes tú cuáles son los designios de la Providencia? Hoy el Cielo te depara en tu hermano político un protector, un benefactor que con la mayor nobleza, con caritativo celo, desea favorecerte, y favorecer a tus hijos... ¿Vas a cerrar la puerta al bien de Dios? ¿Vas a contestar con silencio de rencor, con odio de enemigo implacable, a la delicada bondad de tu hermano? No; no harás tal desatino, hija mía, porque yo, el viejo amigo de tu esposo (a quien Dios tenga en gloria),¹⁵ no lo he de permitir. Dime que cedes; dime que aceptarás el favor de Juan; dime que mañana, dando al olvido ese rencorcillo...

—Si no es rencor...

—¿Pues qué es? ¿Qué nombre merece, señora mía, ese afán de no olvidar viejos disgustos? ¿Cómo deberá ser llamado? ¡Dímelo por Dios! Eres buena cristiana... Lo sé, lo sabemos todos... Apelo a tu conciencia.

—Bien. Haré lo que usted desea, siempre que en ello no haya para mí ni para mis pobres hijos humillación alguna... Pero... no me obligue usted a ir a recibir a Juan y a su familia...

—¡Irás, mujer, irás!¹⁶ ¡O hacer bien las cosas, o no hacerlas!

—¡No; eso sí no!

Esta respuesta, enérgicamente expresada, salió de labios de la señora como en un sollozo. El canónigo dulcificó su lenguaje.

—Mira, criatura mía: Juan recomienda en su mensaje que te prevenga yo de su llegada... Sería penoso para mí, y para él, que al saltar Juan¹⁷ del tren no encuentre tus brazos extendidos para recibirle.

—Padre mío..., ¡qué dirá la gente! ¡Qué¹⁸ dirá Pluviosilla, informada como ha estado, y como estará, de todo lo pasado!

¹³ 1901-1902: *quieras... / Pero por quieras... Pero*

¹⁴ 1901-1902: *este por ese*

¹⁵ 1901-1902: *esposo, que Dios tenga en gloria, por esposo (a quien Dios tenga en gloria),*

¹⁶ 1901-1902: *irás. por irás!*

¹⁷ 1901-1902 no incluye: *Juan*

¹⁸ 1901-1902: *¿qué dirá la gente? ¿Qué por ¡qué dirá la gente! ¡Qué*

—No te importe a ti lo que diga el mundo. ¡Bueno es el mundo para decir, cuando siempre dice cosas malas!

—Pero, señor...

—¡Nada de peros! Piensa en tus deberes de madre.

—Padre, pienso y creo...

—Oigamos: ¿qué piensas y qué crees?¹⁹

—Que usted es el autor de todo esto; que usted, amigo de Ramón, y amigo que nos quiere y estima, compadecido de nosotros, sabedor de nuestras desgracias y condolido de nuestras penas, ha venido preparando²⁰ esta entrevista, de la cual espera usted obtener para nosotros el favor y el auxilio de mi cuñado...

—¡Mucho te engañas, alma de Dios! ¡Mucho te engañas! Yo deseo para ustedes todo bien, y mucho me agradecería hacer o haber hecho cuanto has pensado de mi antigua y sincera amistad, pero, puedes estar segura de ello, ¡no tienes en esto nada que agradecerme! Juan desea verte... Ya²¹ me oíste leer el mensaje y ya sabes lo que dice en él...

—¡Bien, padre mío! ¡Lo que usted guste; lo que usted quiera!...²² Iré con mis hijos y con Margarita..., pero a condición de que ellos vendrán a esta casa. Lamento no poder recibirlos en ella como en mejores tiempos.

—Vendrán, hija mía, vendrán... Pasado mañana diré en Santa Marta una misa de difuntos (así me lo ha encargado mi tocayo) por el descanso eterno de sus padres y por el reposo santo de tu marido.²³ Esa misa será, a la vez, como una misa de perdón. ¡Ea! Olvidar..., perdonar, ¡y que Dios bendiga a todos por los siglos de los siglos!

¹⁹ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 3.

²⁰ En 1901-1902, la frase *sabedor de nuestras desgracias y condolido de nuestras penas, ha venido preparando* abarca dos líneas completas; en 1903 esas líneas están invertidas, de suerte que aparecen las mismas palabras, pero con un orden distinto: *de nuestras penas, ha venido preparando sabedor de nuestras desgracias y condolido*. Seguí la lección de 1901-1902, puesto que resulta mucho más clara. Como explico en el segundo capítulo del "Estudio preliminar" y se verá más adelante, la transposición de líneas, muy común cuando se trabaja con linotipo, es un error recurrente en la novela, y aunque en muchas ocasiones 1903 enmendó las equivocaciones de 1901-1902, a veces incorporó nuevas erratas, como en este pasaje.

²¹ 1901-1902: *verte... / Ya por verte... Ya*

²² 1901-1902: *Bien, padre mío. Lo que usted guste; lo que usted quiera...* por *¡Bien, padre mío! ¡Lo que usted guste; lo que usted quiera!...*

²³ 1901-1902: *esposo. por marido.*

Oscurecía... La campana de la Parroquia dio el toque de oración.²⁴ Levantose el clérigo, levantose la señora y rezaron devotamente.

—¡Santas y buenas noches, Lolita!

—¡Buenas noches!

Entonces entró Filomena²⁵ y puso en el velador central una lámpara encendida.

—Te ruego —dijo el doctor— que mañana no falten tus hijos... Bien harías en recomendarles que hoy mismo me busquen en el hotel. Los espero a las nueve. Ya sabes:²⁶ en el Hotel de Diligencias.²⁷

²⁴ Se refiere a la actual catedral de San Miguel Arcángel, fundada por franciscanos; su construcción se inició a finales del siglo xvii y concluyó después de 1720. Tiene a los lados dos bellas capillas y una torre de dos cuerpos; en el primero de ellos hay cinco campanas y en el segundo un elegante y costoso reloj público que en 1863 se mandó traer de París, obra de *monsieur* Borrel, relojero del emperador Napoleón III. Este templo, ubicado en la calle Madero Norte 88, colonia Centro, fue elevado a catedral en el año 2000; en la época de Delgado era conocido como la Parroquia, aunque no era la única ni la primera con esta categoría (Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. IV).

²⁵ 1901-1902: *Filomena entró por entró Filomena*

²⁶ 1901-1902: *saben: por sabes:*

²⁷ El de Diligencias, ubicado en la calle Real, era uno de los cinco hoteles con que Orizaba contaba a fines de siglo, todos “esmeradamente atendidos” (los otros eran El Comercio —antiguo San Pedro—, La Borda, Achótegui y Colón). Por dos pesos diarios estos establecimientos ofrecían “cuarto decentemente amueblado”, desayuno, almuerzo y comida o cena (Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. xxiv, p. 264).

V

Después de la cena, el canónigo y su amigo tomaban fresco y departían sabrosamente en el balcón del hotel.

Desde allí se domina la parte meridional de Pluviosilla: tres barrios que en días serenos y límpidos ofrecen al espectador magnífico panorama.

Esa noche no había nubes en el cielo y el perfil de las montañas recortaba en graciosas ondulantes líneas la bóveda celeste. Centelleaban las estrellas con viveza y titilación singulares,¹ y allá en el fondo, por sobre las cumbres de Xochiapan,² palpitaba en cambiantes multicolores el más bello de los astros del polo meridional. Profunda calma señoreaba bosques y linfas, y la brisa perezosa y aletargada no traía en sus alas ni ruido de frondas ni rumores del inmediato río.

Extasiábase el clérigo ante las pompas de aquella noche tropical, y fijos los ojos en el firmamento, dejaba que su espíritu vagara y se perdiera en las inmensidades del cielo.³ De pronto, como si faltó de fuerzas hubiese caído en tierra, exclamó con solemnidad beatífica:

—*Coeli enarrant gloriam Dei!*...⁴ Amigo mío —agregó—: ¡y que haya hombres que sean osados a negar la existencia de Dios!

¹ 1901-1902: *con viveza y titilación singulares las estrellas, por las estrellas con viveza y titilación singulares,*

² Acerca de San Andrés Xochiapan, Manuel Sol explica que podría corresponder a “San Andrés Tenejapan, pueblo que [...] se encuentra al sur de Pluviosilla, en las estribaciones de la Sierra Madre Oriental y a ‘una y media leguas’” (1995b, p. 345n). Xochiapan tiene gran importancia en la trama de *La Calandria* (a partir del capítulo xxiii) y también se menciona en *Angelina* (vid. Delgado 1895, cap. xxxi, p. 297).

³ 1901-1902: *firmamento, por cielo.*

⁴ *Coeli enarrant gloriam Dei!*: ‘Los cielos cuentan la gloria de Dios’. Se trata del versículo inicial del Salmo 19, que continúa de la siguiente manera: “y el firmamento anuncia la obra de sus manos. / Un día comunica el mensaje a otro día, / y una noche a otra noche declara la noticia. / No es un lenguaje de palabras, / ni es oída su voz” (cito por la versión Reina Valera revisada, 1977).

Y prosiguió en tono elocuente, como si hablara desde lo alto del púlpito en la soberbia Catedral Metropolitana:

—¿Quién tendió por los espacios esa cohorte de luceros? ¿Quién los distribuyó en ese piélago? ¿Quién los creó con peso y medida, y midió sus órbitas, les señaló invariable camino, regularizó su marcha, y encendió sus fuegos, y les dio brillos y colores?

Llamaron en la puerta de la habitación, llamaron al principio tímidamente y después con dos toques más fuertes, ¡tan, tan!

—¡Adentro! —dijo don Cosme—. ¡Adentro!

Abriose la puerta, y bajo el dintel aparecieron dos jóvenes.

—¡Adelante, caballeros! —dijo el clérigo—. ¡Sean ustedes bienvenidos!

Los jóvenes se acercaron, saludando cortésmente.

—Aquí tiene usted, Linares, a los hijos de Lola...

Y volviéndose a estos exclamó:

—¿Quién es Ramoncillo? ¡Serás tú, que eres el menor! No podrías negarlo porque eres vivo retrato de mi amigo... ¡Ea! Sentaos o venid al balcón, a tomar fresco y a gozar de los encantos de ese cielo y de esas estrellas.

Pronto los cuatro tejían plática interminable.

Pablo trabajaba en el escritorio de una fábrica cercana, donde ganaba poco, pero de donde esperaba salir apto para mejor y lucrativo empleo; Ramón estaba estudiando: iba en el segundo curso de estudios preparatorios, tenía amor a las letras y pudo fácilmente traducir no sé qué latines clásicos, dichos por el clérigo. Don Cosme habló con Pablo de los rápidos progresos de la ciudad, la cual, merced a su riqueza fluvial, había llegado a ser el primero de los centros fabriles de la República, “la Manchester de México”, como los hijos de Pluviosilla no se cansan de repetir.⁵ Don Cosme, cuya devoción y cuyo amor a las cosas de tejas arriba no

⁵ En el valle de Orizaba del siglo XIX se aprovechó de manera singular “la oportunidad de mover grandes maquinarias industriales” mediante la fuerza de los ríos. Desde 1837 se estableció la fábrica de textiles Cocolapan, “cuyos 11 000 husos y cientos de telares eran movidos por la maquinaria activada por una rueda de más de nueve metros de diámetro accionada por el río Blanco”. Asimismo, en 1881 y 1882 se inauguraron otras fábricas textiles: la de San Lorenzo y Los Cerritos de San Juan, que aprovechaba “la fuerza del río Orizaba”. A estas tres fábricas se sumaron, en 1889, la de Río Blanco, “que sería la más grande y moderna del país” (y, muy probablemente, es a la que Delgado llama Fábrica del Albano); Santa Gertrudis (conocida como

eran parte a distraerle de los asuntos terrenos y mundanos, lamentaba que al progreso industrial no se uniera el agrícola, que es fuente de constante y general bienestar. Él recordaba lo que fue Pluviosilla en los felices años del estanco del tabaco,⁶ durante los cuales hasta las mujeres más modestas podían lucir sayas de seda y mantillas costosas; aquellas mantillas españolas que dan a las damas tanta distinción y señorío, noble donaire y apostura de reinas, ¡no como los sombrerillos en uso, todos flores chillonas y cintajos escandalosos!... Se dolía de ello. Aunque por muchos años ausente de Pluviosilla, la amaba con todo el corazón, como que en ella había pasado los mejores lustros⁷ de la vida. Él había sido, aunque joven, amigo de muy ilustres hijos o vecinos de la ciudad: Elguero, Couto, Pesado, Tornel.⁸ ¡Cómo hizo memoria de aquel cura Del Llano, de perenne recuerdo!⁹ ¡Cómo alabó a los Mendozas, a los Rangel y a los Bustos, gloria de la

El Yute), en 1893, y Santa Rosa, en 1896, las tres impulsadas por el río Blanco. “El tamaño y la modernidad de ese conjunto industrial en el valle de Orizaba le valió, a fines del siglo XIX, el apodo de *la Manchester mexicana*” (Ribera 2017, p. 2).

⁶ El estanco o monopolio del tabaco se creó en 1764 como “parte del plan reformista de la monarquía borbónica para modernizar las estructuras económicas de su imperio”. Solo Córdoba y Orizaba, y más tarde Zongolica y Huatusco, “fueron zonas autorizadas, bajo estricto control, a cosechar la preciosa planta”, lo que originó la consolidación de ingentes fortunas y trajo importantes mejoras urbanas. En Orizaba, “los felices años” del estanco se prolongaron durante el siglo XVIII y concluyeron en 1856, cuando la siembra y la manufactura del tabaco se liberalizaron de manera definitiva (Ribera 2002, pp. 3, 5 y 6). Un comentario similar al de don Cosme lo formula el narrador de *Angelina*: “En Villaverde nadie paga, ni aunque le ahorquen, más de lo que pagaron sus abuelos, *allá en los tiempos felices del estanco del tabaco*, época venturosa para mi querida ciudad, lo mismo que para Pluviosilla, su vecina afortunada y próspera” (Delgado 1895, cap. VI, p. 71; las cursivas son mías).

⁷ 1901-1902: “*lustros*” por *lustros*

⁸ Lo más probable es que se refiera a Hilario Elguero, de quien el propio Delgado dice que fue jurisperito egresado del Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba o Colegio Nacional de Orizaba (Delgado 1901, p. x); según Silvestre Moreno, este alumno distinguido comenzó sus estudios en la década de 1830 y fue “uno de los abogados más notables de la Capital de la República, que ocupó puestos muy honrosos en el Gobierno general, en diferentes épocas” (Moreno 1898, p. 356). José Bernardo Couto, abogado, crítico de arte y cuentista originario de Orizaba, fue miembro correspondiente de la Real Academia Española, diputado por la villa de Orizaba y canónigo de la catedral de Valladolid. José Joaquín Pesado, poeta, periodista y político poblano, también fue miembro de la Real Academia Española y vicegobernador del estado de Veracruz, además de ocupar otros importantes cargos. Por último, José Julián Tornel y Mendivil, abogado, político y escritor orizabeño, se desempeñó como secretario del Ayuntamiento de Orizaba, diputado al Congreso de Veracruz y catedrático de jurisprudencia en el mencionado Colegio Nacional (Ruiz y Márquez 2000, pp. 207, 625 y 811, y Delgado 1901, pp. xn y xin).

⁹ José Nicolás del Llano, mejor conocido como el cura Del Llano, fue párroco de Orizaba. Era un personaje muy estimado por los orizabeños, pues, según Silvestre Moreno, mentor de Rafael Delgado, “amó a su pueblo con entrañable amor [...]; fundó escuelas y cátedras para la enseñanza de la niñez y la juventud; realizó obras de comodidad y ornato para la población; se interpuso como mediador pacífico entre vencedores y vencidos en el largo y funesto periodo de nuestras

sagrada cátedra!¹⁰ El buen señor ponderaba los adelantos de la ciudad, sus casas nuevas, cómodas, bien ventiladas, hasta elegantes; censuraba los malos edificios públicos, lo mal cuidado del piso de las calles, y echaba de menos aquellas rejas de madera, desaparecidas ya, y que daban a las habitaciones no sé qué aspecto piadoso y monacal. Dijo, con aprobación del canónigo, que había observado, durante las pocas horas que tenía de haber llegado, cierta corrupción de costumbres, delatada por las muchas cantinas que había visto, todas ellas llenas de mozos y de muchachos que bien podrían estar ocupados en las fábricas, en los despachos o en las aulas.

—En mi tiempo —decía—, no veía usted nada de esto. Y si cosas así de graves saltan a la vista, ¿por qué caminos apartados y de segura perdición no andaría la inexperta y holgadora juventud?

Volvió a caer la plática sobre el hermoso panorama que tenían delante. Por la calle, desde la distante iglesia de la Virgen de los Desamparados hasta el viejo y majestuoso templo de San Francisco,¹¹ ancha y larguísima calle (mal alumbrada,

disensiones civiles; desarmó la injusta ira de un invasor extranjero, y con sublime abnegación y espíritu verdaderamente evangélico, ofreció su vida en holocausto por la salvación de su pueblo, cuando una peste asoladora y terrible amenazaba la ciudad” (Moreno 1901c, p. 581). En 1898, en el atrio de la parroquia de Orizaba se le erigió una estatua, y tanto Delgado como Silvestre Moreno pronunciaron sendos discursos, aquel con motivo de la colocación de la primera piedra del monumento, el 4 de febrero de 1898, y este, en la inauguración, en diciembre del mismo año (Delgado 1953d, pp. 21-22, y Moreno 1901c; por desgracia, la pieza de Delgado no ha sido localizada).

¹⁰ Probablemente se refiere al padre Juan Macario Mendoza, “hijo de los antiguos gobernadores de naturales de Orizaba” y “padre de obediencia” de la Escuela de Cristo, fundada en la capilla que en un principio albergó la imagen del Señor del Calvario. Gracias a su iniciativa, se erigió un templo que alojó esta efigie. De acuerdo con Naredo, el “digno sacerdote” puso el ejemplo a la población al ayudar a acarrear materiales para el nuevo edificio, que bendijo el cura Del Llano en 1833 (1898, t. II, libro tercero, cap. VII, pp. 74-75). No pude descifrar la identidad de Rangel. En cuanto a “los Bustos”, puede tratarse de una alusión a Francisco del Busto, presbítero nacido en Orizaba, donde obtuvo las órdenes sacerdotales y ejerció su ministerio en San Felipe Neri; fue autor poético y se destacó como orador sagrado.

¹¹ El templo de la Virgen de los Desamparados es la iglesia de los Dolores, actualmente situada en la calle Sur 13, número 239; su construcción se inició en 1720 y en un tiempo sirvió como hospital para mujeres. El “viejo y majestuoso templo de San Francisco” es la iglesia de San José de Gracia, que originalmente contaba con un convento anexo y que está ubicada en Poniente 7 y Sur 8 (Sol 1995b, p. 322n); la primera piedra de este edificio se colocó, según José María Naredo, “en una de las tardes de 1802” (1898, t. II, libro tercero, cap. XII, p. 159). Ambos templos céntricos se mencionan en *La Calandria* (vid. Delgado 1891, caps. XXI, p. 193, y XXVII, p. 249) y, al igual que en este pasaje, constituyen los extremos de la calle Principal de Pluviosilla (esto es, la antigua calle Real de Orizaba).

en una extensión de cerca de dos mil metros, por cinco focos de luz eléctrica),¹² iban y venían los paseantes: muchos obreros, buen número de menestrales, bastantes chicos, contadas familias y algunas mozas¹³ del partido, como claramente lo decían a cualquier viajero aquel desenfado y aquel descoco de que hacían alarde. Algunos coches, pocos, estacionados cerca del puente, y que, encendidas las linternas, semejaban cocuyos refugiados en la penumbra. Enfrente una cantina, El Siglo Eléctrico, lanzaba a torrentes luz y música, la claridad de muchas lágrimas de Edison¹⁴ y los compases de una habanera, de un danzón ardoroso, lleno de voluptuosidad, tocado con la mayor expresión requerida por el género y cuyas notas llegaban hasta los oídos de don Cosme como en alas de un huracán de fuego. De cuando en cuando, un tranvía que llegaba de los pueblos próximos o¹⁵ de alguna fábrica y del cual descendían obreros cansados, empleadillos de poco sueldo que volvían a sus hogares; muchos extranjeros flemáticos, altivos, con aire de conquistadores silenciosos, y algunas humildes mujeres que se alejaban cargando¹⁶ su cría.

Estas tomaban camino por las calles inmediatas; los otros entraban en la cantina frontera, o en otra su vecina, en El Cometa de Plata, de la cual salían voces y carcajadas, y de tiempo en tiempo el ruido que al chocar producían las bolas del billar.¹⁷

¹² 1901-1902: *calle, mal alumbrada, en una extensión de cerca de dos mil metros, por cinco focos de luz eléctrica, por calle (mal alumbrada, en una extensión de cerca de dos mil metros, por cinco focos de luz eléctrica), // Orizaba contó con alumbrado público a partir de 1827. En un inicio, el servicio era proveído por 150 faroles de gas “costeados por algunas personas acomodadas”; hacia 1887, los faroles, cuyo número había aumentado a 541, funcionaban con “combustible de petróleo y solarina”, y eran necesarios para su mantenimiento “36 veladores, que a la vez cuidaban durante las noches del orden público”. En 1890, gracias a un contrato celebrado con los dueños de la fábrica de hilados Cocolapan y el ayuntamiento, Orizaba tuvo luz eléctrica, producida por “38 focos de arco de a 2 000 bujías y 150 lámparas incandescentes de a 32” (Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. XXI, pp. 235-236). Si bien el narrador no parece compartir el entusiasmo con el que Naredo describió tan “importante mejora”, es muy notorio el contraste de esta iluminación con lo que se lee en *La Calandria y Angelina*, donde la luz nocturna proviene únicamente de los faroles de la calle y las velas o bujías en las casas.*

¹³ 1901-1902: *chicuelas por mozas*

¹⁴ Muy probablemente se refiere a la bombilla de estilo clásico, cuya forma semeja una lágrima.

¹⁵ 1901-1902: *próximios, por próximos o*

¹⁶ 1901-1902: *arrastraban por se alejaban cargando*

¹⁷ Es muy posible que se trate de La Estrella de Oro, “que fue la cantina más conocida de Orizaba, porque funcionó desde 1868 y hasta 1940 en que cerró sus puertas. Tenía juego de bolos y mesas de billar” (Ribera y Aguayo 2014, p. 88). En cuanto a El Siglo Eléctrico, que según el

—¡Vea usted, señor doctor! —decía Ramón, señalando hacia el frente, mostrando el paisaje velado por los crespones oscuros de la noche—. Allá, tras aquellas montañas, está la hacienda de Mata Espesa, y más allá quedan Villaverde y la hacienda que fue del hermano de usted; en el fondo, tras las últimas cumbres, está Xochiapan, un pueblo muy bonito, del cual fue cura el padre González, que ahora es nuestro párroco;¹⁸ allí queda la primera fábrica que tuvo Pluviosilla;¹⁹ más acá, al este, la Estación del Mexicano...²⁰ ¿Percibe usted el humo, que tras la espesura de esos árboles, iluminado por la luz eléctrica, parece una fosforescencia misteriosa? Oiga usted..., oiga usted ese ruido, acaso es de un tren de carga... Ya silba la locomotora... Vea usted por allá, detrás de la capilla de la Virgen de los Desamparados, una columna de humo que se acerca... Es el tren... Silba primero al pasar por la hacienda de Fuentelimpia, la que fue de nosotros y ahora es de unos franceses; después, en el crucero, al pasar por el camino nacional... Oye usted el ruido... ¡Con qué claridad llega! Ahí va... Ya va a pasar el puente de hierro... Ahí va... ¡Ya pasó!

Un tren, como una serpiente negra coronada con penachos de humo y de chispas, pasó a lo lejos... Silbó, volvió a silbar... y entró en la estación.

narrador era “vecina” de El Cometa de Plata, cabe la posibilidad de que tuviera como referente una cantina llamada La Numancia. Para afirmarlo me baso, por un lado, en el testimonio del cubano Leandro Cañizares, funcionario municipal contemporáneo de José María Naredo, quien aseguró que hacia fines de siglo en Orizaba había un par de cantinas “para los jóvenes”: “La Numancia y Arapiles, que eran ‘los sitios predilectos de reunión’” (citado en Ribera y Aguayo 2014, p. 174); y, por otro, en el comentario de Pedro Caffarel de que hacia 1913 Rafael Delgado, muy afectado por los acontecimientos nacionales e internacionales, solía sentarse “ante una copa de ajenjo que bebía solitario en *La Numancia, cantina frontera al ‘jardín de la plaza’*” (1995a, p. xxxvii; las cursivas son mías).

¹⁸ El padre González es un personaje de *La Calandria*; precisamente, en el capítulo xxiii de esta novela se narra su traslado al pueblo de Xochiapan. De él se dice “que era joven, conocedor del mundo y de los hombres, y además instruido” (Delgado 1891, cap. II, p. 17).

¹⁹ Se refiere a Cocolapan; al respecto, *vid. supra*, nota 5.

²⁰ Se trata de la estación del Ferrocarril Mexicano de Orizaba, establecida hacia 1872, “antes de la llegada de las locomotoras” (recuérdese que el ferrocarril de México a Veracruz pasó por primera vez por Orizaba el 1 de enero de 1873; *cf.* Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. xxiv, p. 265). El sitio elegido para su construcción fue “un espacio entre la ciudad y la fábrica de Cocolapan a 131 kilómetros de Veracruz y 1 227 metros sobre el nivel del mar”; por fotografías de Briquet y Gove & North se sabe que en 1874 el edificio ya tenía “los dos niveles que conserva hasta el día de hoy y también incorpora[ba] el conjunto de construcciones, almacenes, correo y fonda que se extienden hacia el poniente”, además de los talleres del ferrocarril (Ribera y Aguayo 2014, p. 118).

—Señor don Ramoncito... —dijo el canónigo en frase afable—. Mañana he de decir misa en Santa Marta... Allá te espero... Después nos acompañarás a recibir a tus tíos y a tus primos. Pablo irá con tu mamá y con tu hermana...

—Yo no puedo ir... —observó Pablo.

—¿Por qué? —preguntó alarmado el clérigo.

—Porque... no puedo faltar al escritorio. Como no he dado aviso, sería yo merecedor de un réspice y...

—Tienes razón. Ramón irá con nosotros. Allá veremos a Lola y a Margarita. Ya sé que Elena no podrá ir.

Una bocanada de viento caliente pasó por el balcón e hizo vacilar en la estancia la flama de la bujía. Crujieron²¹ las vigas del techo; crujieron²² los maderos de las puertas, y don Cosme murmuró contrariado:

—¡Mala visita! ¡Con razón esta tarde, al ponerse el sol, estaba tan rojo el cielo! Sur²³ tendremos...

—Sur²⁴ tenemos... —replicó Pablo—. Vea usted el cielo.

¡Cómo titilaban las estrellas! ¡Qué brillo y qué luces!

En el reloj de la Parroquia dieron las diez. En la esquina de enfrente,²⁵ un sereno que dormitaba al lado de su linterna marcó la hora, dando golpes con su bastoncillo sobre las losas de la acera..., y de muy lejos, desde el fondo del valle, vino otra bocanada de viento abrasador... Oíanse rumores distantes, rumores de arboledas y de bosques... El río, al parecer adormecido, como que despertó y se removi6 en su lecho pedregoso, dejando escuchar el murmurio de su exhausta, límpida corriente...

²¹ 1901-1902: *Tronaron por Crujieron*

²² 1901-1902: *tronaron por crujieron*

²³ 1901-1902: "Sur" por *Sur*

²⁴ 1901-1902: "Sur" por *Sur*

²⁵ 1901-1902 incluye: y

VI

Toda la noche sopló el sur,¹ y sopló terrible e impetuoso, de modo inesperado en días de mayo, y como sopla en noviembre, pasado el cordonazo² de san Francisco.³ Bufaba en las avenidas, aullaba en los techos, gemía en los aleros y tejados, y parecía vocear allá a lo lejos en barrancos y bosques, en los fresnos y en los álamos del río, y lanzaba agudos silbidos en los alambres del alumbrado y del telégrafo.

Cuando el canónigo, gran madrugador, listo para ir a celebrar, abrió el balcón, con deseo de contemplar la hermosura del valle a la luz arrebolada del sol naciente, un torrente de polvo y de arena vino sobre él y le obligó a cerrar la vidriera. A través de los cristales miró hacia la calle y hacia las inmensas montañas que limitan por el sud la vega del Albano.⁴ El cielo semejaba brillante turquesa; la luz inundaba el caserío y los cuadros⁵ de caña sacarina. El sol, esplendoroso y purpúreo, surgía inmenso, como un disco de rubí cuya luz inundaba de sangre las cumbres de Mata Espesa, los llanos de San Pablo del Río y los cafetales de Fuentelimpia.⁶ El viento desatado alzaba nubes de polvo en las calles, levantaba

¹ 1901-1902: “sur”, por *sur*,

² 1901-1902: “cordonazo” por *cordonazo*

³ *Cordonazo de san Francisco*: ‘Entre marineros, temporal o borrasca que suelen experimentarse hacia el equinoccio de otoño’ (RAE 2014, s. v. “cordonazo”).

⁴ Esto es, el río Blanco.

⁵ 1901-1902: *plantíos* por *cuadros*

⁶ Mata Espesa es el nombre de unas cumbres, una hacienda (*vid. supra*, cap. v), un valle (*vid. infra*, cap. LXXIII) y una barranca (*vid. Delgado 1895*, cap. XXI, p. 202). La descripción que se lee en *Angelina* (“Pero el paseo más hermoso es el 2 de noviembre, en un pueblecillo cercano situado en el borde izquierdo de la *Barranca de Mata Espesa*, no lejos del punto en que rápido y espumante se despeña el Pedregoso, formando pintoresca cascada”, *Delgado 1895*, cap. XXI, p. 202; las cursivas son mías) hace pensar que podría tratarse de Rincón Grande, barranca donde se despeña el río Blanco. De acuerdo con ello, San Pablo del Río podría corresponder a San Juan del Río, y la hacienda de Fuentelimpia sería la de Jalapilla; así parece confirmarlo el siguiente

faldas y arrebatava sombreros a los transeúntes, y pasaba agitando y quebrantando ramas, esparciendo frondas, doblegando copas y derramando por todas partes sequedad y fuego. Y seguía por el valle, rumbo al poniente, y a las veces escalaba las montañas. En la colina del Recental revolvía, en oleadas, las mil espigas de salvajes gramíneas, y por el selvoso San Cristóbal maltrataba ramajes y deshojaba ramilletes.⁷ En un huerto cercano, entre los platanares hechos trizas, entre los sauces estropeados, solo una araucaria excelsa, gallarda y olímpica resistía los embates del huracán, siempre victorioso, ilesa su pértiga esbeltísima, galanas e intactas sus plumas de esmeralda.

Llamaban a misa en todos los templos. La devota Pluviosilla no desmentía su abolengo cristiano, y era maravillosa la sinfonía de todos los campanarios, traída en alas del caluroso viento. La campanita de Santa Marta, con voz atiplada y regular, gritaba urgentemente; la chiquitina de los Desamparados se quejaba solitaria y doliente; la del Carmen sonaba gravadosa; la de San Rafael nerviosilla e inquieta; la parroquial entonada y seria; la del Calvario torpe y vacilante; la de los franciscos solemne y rotunda.⁸ Todas a la vez, se unían en cantos y clamores,

pasaje, en el que José María Naredo describe parte del curso del río Blanco: “En los terrenos del pueblo de Tutilapam, en la rinconada que hace la espalda del cerro de San Cristóbal llamado ‘Manga del Fraile’, brotan abundantes manantiales de cristalinas aguas, que, ya encausadas [*sic*], marchan describiendo caprichosas y tortuosas líneas, sirviendo de linderos a los terrenos de ese pueblo, a los de San Juan del Río por el Sur, y por el Norte a los de la hacienda de Jalapilla [...]. Ya al llegar estas aguas al sitio llamado ‘Rincón de los Cabestros’, dilatan su cauce formando un lago pintoresco, y entre islotes poblados de espesos cañaverales se desbordan en grande extensión sobre Río Blanco, formando la bellísima cascada de Rincón Grande, visitada por cuantos viajeros saben apreciar las maravillas de la creación” (Naredo 1898, t. I, libro primero, cap. III, pp. 21-22).

⁷ La colina del Recental corresponde al cerro del Borrego, mientras que San Cristóbal es un cerro cercano a Orizaba.

⁸ Sobre los templos de Santa Marta y los Desamparados, *vid. supra*, cap. II, nota 10, y cap. V, nota 11. El Carmen corresponde a la iglesia homónima del siglo XVIII, ubicada en Oriente 4 y Sur 9, en el centro de la ciudad, y el Calvario, al templo del mismo nombre, el cual fue la “primera iglesia de mampostería, madera y teja del pueblo de Orizaba”, erigida en parroquia en 1642 (Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. VII, pp. 72-73) y situada en la calle Norte 4, número 2, colonia Centro. No pude localizar la iglesia de San Rafael, también mencionada en *La Calandria* (Delgado 1891, cap. XXIX, p. 261). Cabe destacar la semejanza de esta descripción de los campanarios de Pluviosilla con el siguiente pasaje de *Angelina*: “Aun no cesaba la música de las mil campanas villaverdinas. Las de la Parroquia, graves, solemnes, como un arcediano cuando entona el prefacio en la misa de Corpus; las de San Francisco seriotas, sonando en ritmo circular, rotundo el toque, como en los domingos de cuerda; las de San Juan desafinadas y chillonas; el campanario de la iglesita de San Antonio armaba una algazara sin igual, como en una orquesta platillos y chinesco; en la espadaña del convento de Santa Teresa se volvían locas las campanillas, y el esquilón rajado

en reclamos y rezos, en quejas y notas, en armonía placentera, matinal, regocijada y piadosa, en conjunto sinfónico, a la par lírico y dramático, en vibrante coro que el viento llevaba alígero por la ciudad y por los campos.

Aún no cesaba la furia del sur,⁹ cuando el clérigo y don Cosme, acompañados del mocito, salieron del hotel para ir a la estación. Al montar en el tranvía, casi frente a la iglesia de San Francisco, encontráronse con doña Dolores y con Margarita. Iba lleno el carruaje: yanquis buscadores de negocios; mercaderes que principiaban sus labores diarias; viajeros fastidiados que se quejaban de los horrores del huracán; un oficial de policía; dos gendarmes; dos pollos, en cuyo rostro se veían las huellas de la parranda y de la orgía;¹⁰ un agricultor vestido de blanco y ostentando en la copa del jarano felposo tamaños monogramas...

Al llegar a la estación, cuando todos se apresuraban a salir del carruaje, Ramoncito hizo notar que Pablo, antes de irse a sus labores, había pedido un coche especial¹¹ para que todos regresaran al hotel, y que el tranvía estaría allí a la hora oportuna;¹² que era conveniente permanecer allí, a fin de evitarse las¹³ molestias del incómodo y descubierto andén.

Don Cosme, retirado en un ángulo del vehículo, y mientras el doctor Fernández departía con doña Dolores y con Margarita, y en tanto que el muchacho se informaba en las oficinas de la dirección de si el tren no venía retrasado, el bueno de don Cosme examinaba atentamente a las señoras.

Cincuenta años tenía doña Dolores, pero estaba bien conservada y parecía de menor edad. Había sido hermosísima, una de las mujeres más guapas de

del Cristo resonaba presumido y vanidoso, a semejanza de un tenor cascado que no quiere retirarse del teatro" (Delgado 1895, cap. xxvi, pp. 259-260; *vid.*, asimismo, cap. viii, pp. 89-90).

⁹ 1901-1902: "sur", por *sur*,

¹⁰ En el capítulo v de su novela *Ensalada de pollos* (1869), titulado "Monografía del pollo", José Tomás de Cuéllar ofreció una curiosa y detallada descripción de esta categoría social; de acuerdo con el escritor, el pollo era "esencialmente del siglo xix, y con más especialidad de la época actual, y todavía más particularmente de la gran capital". Los había de cuatro tipos: fino, callejero, ronco y tempranero. En cuanto a su edad, podían definirse como niños que estaban convirtiéndose en jóvenes; por su característica conducta disipada, eran opuestos a "la generación espiritual, la de los jóvenes honrados, los hijos de la ciencia, los alumnos aprovechados de los establecimientos de educación, ricos y pobres, pero fieles a la moral y al deber, que serán mañana los depositarios de la honra nacional, del patriotismo, de la ciencia y de la literatura" (Cuéllar 2007, pp. 39-40).

¹¹ 1901-1902: "especial" por *especial*

¹² 1901-1902: *que llegase el tren*; por *oportuna*;

¹³ 1901-1902 no incluye: *las*

Villaverde. Pálida, con cierto aire de elegancia y distinción, con grandes ojos negros, con gesto agraciado y abundosa cabellera, en la cual, sobre la frente, brillaban unas cuantas hebras de plata, no había perdido mucho de su belleza juvenil. Gruesa, sin obesidad, sana y robusta, doña Dolores, más que madre de Margarita, parecía su hermana mayor.

La joven, desbordante de juventud y de gracia, alta, esbelta y graciosa, rubia la cabellera como haz de trigo maduro, azules los ojos, de carmín los labios, dulce la sonrisa, delgada la cintura, donairoso el andar, era, al decir de muchas gentes, verdadero retrato de su abuela materna, y más que de esta, de una hermana de don Ramón, muerta en la flor de la vida.

Efectivamente: en la blonda y simpática señorita perduraban, como una herencia de familia, la hermosura y¹⁴ rasgos típicos y fisonómicos comunes a todas las hembras de su linaje paterno. En Pluviosilla y en Villaverde, desde antaño, es proverbial este dicho: “Las Collantes: hermosas las de ahora e iguales a las de antes”.

Ni Dolores ni Margarita, cuando acaeció lo que vamos contando, iban ataviadas con los suntuosos adornos que da la opulencia, o, por lo menos, con las galas que proporciona amplio y seguro bienestar. La madre llevaba negra saya de gro; la hija ligero y sencillísimo vestido de muselina blanca, sembrada de florecillas azules, cortado a maravilla, que hacía lucir la grácil esbeltez de su dueño.¹⁵ La señora: tocado de blondas y cintas del color de la saya; la joven: lindo sombrero de paja, decorado con cintas crema y con una guía de rosas veraniegas. Una con guantes oscuros; la otra sin ellos.

A la mirada pertinaz y escudriñadora de los ojuelos de don Cosme, no se escapó detalle alguno. En esto, como en otras cosas, era como su primo y tocayo de Villaverde, aquel otro don Cosme Linares a quien ya conocerán mis lectores,

¹⁴ 1901-1902 incluye: *los*

¹⁵ Salvo en un caso, Delgado usa este sustantivo en masculino, aunque se refiera a una mujer (en este pasaje, Margarita). Al respecto, vale citar la siguiente definición de la voz *dueño*, tomada de la decimotercera edición del *Diccionario* de la Academia: ‘El que tiene el dominio de una finca o de otra cosa. En este sentido suele llamarse así también a la mujer; y siempre, en los requiebros amorosos, diciendo DUEÑO *mío*, y no DUEÑA *mía*’ (RAE 1899, s. v.). En la última edición del *Diccionario* de la RAE (2014, s. v.) se registra como tercera acepción del término: ‘m. En la lírica amorosa antigua, mujer amada’.

tertulio constante del licenciado Castro Pérez, y tan amigo de este como de don Quintín Porras, flor de los tabeliones villaverdinos.¹⁶

“Bien se ve —decía para sus adentros el anciano— que en la casa de estas mujeres¹⁷ no es el dinero lo que abunda. Ese vestidillo galano ha costado poco; ese sombrerillo ha sido hecho a domicilio; ese cuello de seda está marchito... Cuanto a la señora, es patente que ese vestido tiene años de servirle;¹⁸ esos guantes están diciendo a gritos cosas de mejores días... Y, en fin, que, positivamente, esa familia ha venido tan a menos que pronto tendrán en casa mala huésped, la miseria, la horrorosa miseria, flaca, hambrienta y exangüe. ¡Pero no han perdido aún estas pobres gentes la elegancia distinguida de las personas de buena cuna, nacidas y criadas en la abundancia! Y ese muchacho viste bien... Sí, señor, muy bien; pero la tela de ese traje... procede de alguna fábrica del país. A todo tirar de la Ensenada de Todos Santos...”.¹⁹

Entregado a estas observaciones y a estos juicios estaba nuestro hombre, cuando Ramoncito entró en el vagón precipitadamente, diciendo:

—No tardará mucho en llegar el tren... Ya salió del Saltadero.²⁰

Muchos pasajeros, apercebidos para ocupar los vagones, recogían bultos y maletillas; iban y venían empleados, y la multitud se separaba en grupos a lo largo

¹⁶ Sobre el Cosme Linares de Villaverde y Castro Pérez, *vid. supra*, cap. III, nota 26. El escribano Quintín Porras también es un personaje de *Angelina*, de quien se destacan su sinceridad y buen juicio; se le describe como “el alma de la tertulia por lo bullicioso y decidor. Inteligente, instruido, perspicaz, oportuno, hacía que le oyéramos sin darnos cuenta de las horas que pasaban. Recibió el título a mediados del 67; había estudiado en Villaverde, en Pluviosilla y en México. Leía mucho, y aunque joven, y al parecer ligero, tenía grande afición a los estudios serios; gustaba de las ciencias eclesiásticas, y siempre andaba a vueltas con la Moral y la Teología. Había que escucharle cuando soltaba la sin hueso” (Delgado 1895, cap. xxiii, pp. 221-222).

¹⁷ 1901-1902: *señoras por mujeres*

¹⁸ 1901-1902: *servirla*; por *servirle*;

¹⁹ Ensenada de Todos Santos es el nombre con el que originalmente se designó lo que hoy se conoce como Ensenada, Baja California, ciudad cabecera del municipio homónimo y contigua a la bahía de Todos Santos. En esta ciudad de clima templado y seco se cultivan trigo, cebada y vid; no tengo noticia de que haya destacado por su producción textil. Cabe añadir, sin embargo, que en la gacetilla de *El Diario del Hogar* del domingo 27 de noviembre de 1887 (año VII, núm. 62, p. 3), con el título “Establecimiento de fábricas”, se daba cuenta de la próxima instauración de “una fábrica de casimires, sarapes y otros efectos similares en la Colonia ‘Carlos Pacheco’, Ensenada de Todos Santos”.

²⁰ Es casi seguro que se trate del Sumidero, estación contigua a la de Orizaba y anterior a esta, viniendo de Veracruz; se construyó en 1873 y se ubica en la congregación del mismo nombre, perteneciente al municipio de Ixtaczoquitlán (Contreras 2019, s. p.).

de la vía, al borde del andén y bajo los fresnos del jardinito, según la clase de cada uno, y se preparaba a mirar la llegada del tren. Cerca del restaurant los que irían en tercera; frente a la administración los de segunda; más arriba los de primera. El mocito condujo al clérigo y a sus acompañantes hasta el extremo de la arboleda.

El viento languidecía, pero de tiempo en tiempo soplaba con ímpetu feroz, trayendo torrentes de arena y de carbón. Llovía fuego. Acababan de dar las diez de la mañana y, sin embargo, la temperatura era como la de mediodía. Los edificios fronteros al andén, todos con techos de cinc,²¹ ennegridos por el humo, y el suelo de la vía y [el] del vastísimo patio, cubiertos de menudos trozos de carbón y balastados con peladillas oscuras, recogían y almacenaban el calor solar, y lanzaban sobre la concurrencia oleadas abrasadoras y sofocantes.

Silbó la locomotora en cercana curva; aumentó el movimiento de los que esperaban el tren; volvió a silbar la máquina, una doble máquina majestuosa y soberbia, dando al aire dos inmensos penachos de humo gris; sonó la campana de aviso, y el tren llegó, y se detuvo.²²

Nuestros personajes se precipitaron hacia el último coche. En la puerta del vagón venían dos criados franceses. Cada uno traía magníficos ramos de gardenias. Por el ventanillo inmediato a la extremidad posterior del coche, asomaba un caballero delgado y canoso, cubierta la cabeza con una gorra de seda; en los siguientes, dos jóvenes que llevaban sombreros de paja; en el otro una señora mayor y una señorita...

—¡Ellos son! —gritó uno de los jóvenes—. ¡Papá! ¡Aquí están!

Los criados, muy ceremoniosos, abrieron la puerta del vagón y en él entraron las señoras y el canónigo, seguidos de Ramoncito y de don Cosme.

²¹ 1901-1902: *zinc*, por *cinc*, // Si bien el nombre de este elemento proviene del alemán *Zink* (el cual llegó a nuestro idioma a través del francés *zinc*), razón por la cual se escribía con zeta, a partir de 1884 el *Diccionario* de la Academia dio preferencia a la grafía *cinc*, más afín a los usos ortográficos del español (*vid.* RAE 1884, s. v.). Al igual que la escritura de *México*, este caso evidencia que en la segunda edición de *Los parientes* se privilegió la norma peninsular consignada en los lexicones académicos.

²² 1901-1902: aquí concluye la entrega número 4.

VII

Don Juan se mostró muy cariñoso con la familia de su hermano y muy contento de su regreso a la patria. Decíase aburrido y fastidiado de la vida europea, por mucho que esta fuese cómoda y agradable. El buen señor se complacía en visitar las calles nuevas, los nuevos edificios, y se detenía como extático ante los montañosos panoramas de la ciudad nativa. No cesaba de hacer memoria de¹ cosas de antaño, de sucesos remotos y de personas muertas o idas. ¡Y qué cariñoso y jovial se manifestaba con su cuñada y con Margarita! ¡Cuán afectuoso con el muchacho!

—¡Qué gusto me causa el ver a ustedes! —decía a cada rato—. ¡No cambiaría yo estas horas por las muchas pasadas en París y en Roma y en Madrid! Y mira tú, Lola —agregaba—: ya supondrás tú cuán llena de interés para mí ha sido siempre la Ciudad Eterna... Desde niño soñaba yo con visitar las catacumbas, con recorrer las basílicas, con pasear en el Pincio y con pasearme entre las ruinas del Foro.² Nunca, ni en los días más penosos para mí, en épocas de la gran lucha para consolidar mi fortuna, perdí la esperanza de ir a Roma, y de postrarme a los pies del vicario de Jesucristo. Dios realizó mis sueños, y no una vez, sino cien, he besado los pies del³ soberano pontífice. Pío IX me dio su bendición y tuvo para mí y para los míos palabras cariñosas y consoladoras.⁴ León XIII ha colmado de

¹ 1901-1902 incluye: *las*

² Las basílicas de Roma, entre las que destaca San Pedro; las catacumbas (galerías subterráneas que se utilizaron como sitio de enterramiento sobre todo en los inicios del cristianismo); el Foro (conjunto de restos de edificios de la Roma imperial), y el Pincio (famoso monte) siguen siendo puntos obligados para quien visita la capital italiana.

³ 1901-1902: *al por del*

⁴ Pío IX, cuyo nombre secular era Giovanni Maria Mastai Ferretti, fue el papa número 255; su largo pontificado comenzó en 1846 y terminó en 1878.

bendiciones a mi esposa y a mis hijos, y llevó su benevolencia paternal para conmigo hasta concederme dos señaladas muestras de su incomparable bondad. Se dignó darme con sus propias manos el pan eucarístico y puso en mi pecho la cruz de Jerusalén...⁵ Créeme, Lola, créeme, solo esto es para mí inferior al placer que en mi alma causan el aspecto de esta tierra tan amada,⁶ la vista de estas montañas, la contemplación de rostros no vistos por mí en tantos y tantos años de ausencia; el recuerdo de mi mocedad bulliciosa; la memoria de tantos y tantos seres amados perdidos para siempre, y cuyos ojos no pude cerrar, y cuyas últimas palabras no pude recoger...

El buen señor saltaba de gozo como un niño, y en la efusión de su alegría acariciaba a Margarita por modo paternal, abrazaba afectuosamente a doña Dolores y bromeaba a más y mejor al mocito, quien estaba seducido por la dulce jovialidad de su tío.

Doña Carmen parecía reservada y poco afable. No pasaba minuto en que no lanzara una queja acerca de las molestias de la navegación y del viaje. Ella, por

⁵ A León XIII, conocido en el siglo como Gioacchino Pecci, le correspondió ser el papa número 256; su pontificado abarcó de 1878 a 1903. Por medio del decreto de 2 de mayo de 1901, "emitido por la Sacra Congregación Propaganda Fide", creó la condecoración religiosa llamada "Signum Sacri Itineris Hierosolymitani", cuyo objetivo era "otorgar un visible reconocimiento a los peregrinos de Tierra Santa, como recuerdo del santo viaje que estos realizaban para llegar hasta el Santo Sepulcro". Mejor conocida como la "cruz del peregrino", esta insignia sigue otorgándose hasta la fecha; consta de "un diploma con una medalla de bronce, de plata o de oro, según el número de peregrinajes realizados a Tierra Santa o dependiendo del mérito conseguido" (Cherubini 2013, pp. 162-163). Como ya mencioné, la acción de *Los parientes* comienza en 1894, lo que hace imposible que Juan Collantes hubiera recibido la condecoración, pues aún no existía. No obstante la imprecisión cronológica, este dato revela que Delgado estaba al tanto de los acontecimientos de su época y los incorporó en sus novelas, muy probablemente con la intención de aumentar su verosimilitud.

⁶ El término *tierruca* proviene del novelista español José María de Pereda, quien, al igual que Delgado, fue académico de la Lengua y mostró un "arraigado amor a la tradición nacional" (Bleiberg y Marías 1964, p. 604). Con su novela *El sabor de la tierruca* (1882), Pereda inició el modelo literario de la novela regional, entre cuyos elementos esenciales figuraba "un escenario preferentemente rural, o al menos provinciano, en ocasiones fuertemente idealizado hasta llegar al bucolismo, un punto de vista retratístico mediante el cual el novelista se convertía en un testigo de excepción de hechos, personajes o lugares pintorescamente diferenciadores, descritos en la obra para dar color local a la misma, y un interés por diluir la trama argumental en esa pintura de ambientes" (Gutiérrez Sebastián 2003, s. p.). Algunos de estos elementos están presentes en la obra de Delgado, a tal punto que Francisco Sosa, en su prólogo a *Cuentos y notas*, estableció una comparación entre ambos escritores (Sosa 1902, pp. xxvii-xxx; *vid.*, asimismo, la segunda parte del tercer capítulo del "Estudio preliminar"). Huelga decir que el veracruzano tributaba gran admiración al novelista santanderino, a quien se menciona en *Los parientes* (*vid. infra*, cap. Lxi), e incluso llegó a referirse a él como "mi amadísimo Pereda" (1902, p. xxxix).

su gusto, no habría venido. En Europa vivía muy contenta, muy contenta. Allí no sentía correr los años, ni los meses, ni los días. ¡Era tan cómoda y tan grata la vida en París! Para ella nada como París, ¡nada! ¡Qué paseos! ¡Qué de teatros! ¡Qué teatro aquel de la Grande Ópera!⁷ ¡Qué tiendas y qué establecimientos! ¡Qué comidas! Le habían contado, y ella había sabido mucho, por los periódicos, acerca de los adelantos y del embellecimiento de México; pero..., ¡ay!..., ¡cuánto iba a padecer en la vetusta ciudad virreinal! ¡Cómo iba a fastidiarse —mientras en México viviera— sin más espectáculos que una mala compañía de ópera, cada año; teniendo que subir y bajar, todos los días, por las calles de San Francisco y de Plateros, e ir tarde con tarde a la calzada de la Reforma,⁸ y cómo iba a echar de menos aquella misa de cada domingo en San Sulpicio, aquellas fiestas tan graves y solemnes de Notre Dame, y aquel culto tan conmovedor y dulce de Nuestra Señora de las Victorias! Y en cuanto a la mesa..., ¡ni ostras de Ostende, ni espárragos de Lübeck, ni fresas de Niza!⁹

⁷ Se refiere al Teatro de la Ópera de París o Palais Garnier, suntuoso edificio parisino diseñado por Jean-Louis Charles Garnier. Al igual que en el caso de Roma, esta y las siguientes referencias a la Ciudad Luz (la iglesia de San Sulpicio, la famosísima catedral de Nuestra Señora de París y la basílica de Nuestra Señora de las Victorias) corresponden a algunos de los sitios más turísticos y emblemáticos de la capital francesa aún en nuestros días.

⁸ Las tres calles de San Francisco y las dos de Plateros (hoy corredor peatonal Madero), así como la calzada de la Reforma, constituían elegantes y concurridos paseos en el México decimonónico, donde se daban cita “la riqueza, el *buen tono* y la *última moda*”. Del primer circuito, Manuel Rivera Cambas escribía hacia 1880: “Las calles de Plateros encierran establecimientos con todo lo que puede satisfacer el más exigente capricho del gusto o de la moda; grandes aparadores con muestras, tras enormes cristales; multitud de damas elegantes recorren esas calles en todos sentidos y llenan los espaciosos establecimientos [...]. Las dos calles de Plateros son las más concurridas por las familias elegantes de la capital, principalmente los domingos en la mañana; allí se exhiben todos los más vistosos peinados, los trajes y adornos de mejor gusto y mayor efecto” (1880, vol. 1, pp. 198-199). Por su parte, el paseo de la calzada de Reforma (antes llamado “del Emperador”), cercano al de Bucareli, comenzaba generalmente cuando el sol iba “sepultándose en el Occidente” y concluía “ya de noche”. Este recorrido vespertino era “una necesidad” para la clase social que podía “dedicarse al descanso” (pp. 258-259). En cuanto a los concurrentes, Rivera Cambas explicaba: “Los más suntuosos carruajes y los más gallardos corceles lucen diariamente en el paseo y son los hermosos caballos la mejor prenda que se puede mostrar para ocupar buen puesto en aquella reunión. Dos hileras de carruajes siguen los dos lados del paseo bajo la sombra de la alta arboleda que borda ambas orillas, yendo por el centro los paseantes que se presentan a caballo” (p. 259).

⁹ Ostende es una ciudad costera belga famosa por sus ostras; estas eran muy apreciadas entre las clases altas europeas del siglo XIX y aún hoy constituyen un atractivo turístico de esa localidad. En cuanto a los espárragos de Lübeck, se sabe que, desde mediados del siglo XIX, en esa ciudad alemana la familia Hahn exporta dicho alimento enlatado a Rusia, Finlandia y otros países (Aguirre 2010, s. p.). No encontré referencias a las fresas de Niza; sin embargo, al igual que los espárragos

La señorita, en constante plática con su prima, no se cansaba de contarle cosas de Francia. Larguísimo fue el primer capítulo de modas; la joven estaba enterada hasta del más insignificante pormenor de trajes y vestidos. Esto o aquello era lo que estaba en privanza; tales o cuales cosas habían pasado, acaso para no volver nunca, y, según los dichos de los sastres más famosos, en la estación próxima tendríamos muchas novedades. Lo correspondiente a espectáculos tuvo también su capítulo, mejor dicho sus capítulos, que la niña habló desde lo que a la ópera tocaba hasta de lo referente a las últimas carreras y al gran premio.

Margarita la escuchaba atenta y jovial; Elena la oía triste y silenciosa. Alfonso y Juan se fueron de paseo con Ramoncito, y se fueron resueltos a que Pablo dejara sus quehaceres y pidiera permiso a sus jefes para que todos subieran y bajaran por las calles de Pluviosilla, que los recién llegados comparaban —no sin gran desagrado de doña Dolores— con las calles de una poblacioncilla andaluza donde los mancebos habían pasado un verano en compañía de ciertos amigos y condiscípulos, hijos de un cierto marqués, poseedor de una finca vinífera y famoso amigo de don Juan.

Este se echó a la calle solo; no quiso compañero, pues deseaba ir por todas partes como desconocido viajero, a fin de ver si reconocía casas y sitios que antaño fueron familiares para él; juzgar libremente de los avances o retrocesos de la turrída¹⁰ ciudad, y en suma para que en su ánimo renacieran o se renovaran¹¹ recuerdos e impresiones de su ya muy lejana mocedad. Después buscaría a los pocos amigos suyos que en Pluviosilla le quedaban. Por lo pronto no pensaba más que en ir a visitar barrios y edificios, en conocer las fábricas de que tanto le habían hablado y de las cuales tantos¹² prodigios se decían... Y se fue. El

y las ostras mencionados, son sobre todo símbolo del lujo cosmopolita al que estaban acostumbrados los Collantes.

¹⁰ Delgado aplicó el epíteto *turrída* a la ciudad de Pluviosilla de manera recurrente en su obra, aludiendo a “las innumerables torres de sus iglesias” (Sol 1995b, p. 303n). La voz no aparece en ninguno de los lexicones académicos que pude consultar; tampoco la consigna Santamaría en sus diccionarios de mexicanismos y americanismos, por lo que cabría suponer que se trata de un neologismo del autor.

¹¹ 1901-1902: *renovasen por renovar*

¹² En 1903 la frase *edificios, en conocer las fábricas de que tanto le habían hablado y de las cuales tantos* abarca dos líneas completas; en 1901-1902 esas líneas están invertidas, por lo que aparecen las mismas palabras, pero con un orden distinto (*to le habían hablado y de las cuales*

canónigo y don Cosme se fueron también camino de Santa Marta. A pasear convidaba la tarde, tibia y dorada. Las señoras y las señoritas quedáronse en el hotel, ocupadas en gravísimo asunto, en sacar trapos y perendengues, traídos por don Juan para obsequiar a sus sobrinas: telas y joyas;¹³ cintas y sombrerillos; guantes y naderías.

Doña Carmen se mostraba jovial; doña Dolores afable y agradecida; Margarita contenta; Elena regocijada, por mucho que no le fuera dable admirar los ricos y elegantes obsequios de su tío. María ponderaba la belleza de cada objeto y el gallardo lujo de cada prenda, y de cada cosa decía, y repetía, que mejores no las había en París.

tantos edificios, en conocer las fábricas de que tan-). En este caso, 1903 corrige el error de 1901-1902.

¹³ 1901-1902: *lencerías*, por *joyas*;

VIII

Tales fueron las súplicas de los primos y tales artes se dieron que, al fin, lograron vencer la justa resistencia de Pablo para solicitar de sus jefes licencia por dos días para no concurrir en el escritorio.

—¡Temo que el jefe tome a mal mi demanda! —repetía el mancebo—. Necesito del empleo...

—No temas... —replicaba Juan—, no temas... Si al fin no has de quedarte aquí y te irás a México con nosotros. ¡Ni que ganaras aquí los miles de francos! Papá lo tiene resuelto. Todos se irán... En México, puedes estar seguro de ello, allá en casa, o en cualquiera otra parte, tendrás colocación, y la tendrás cómoda, buena y productiva...

Y Pablo no pudo resistir más a las tenaces exigencias de sus primos, pidió el permiso y este le fue concedido con la mayor buena voluntad.

A Pablo no le placían los modos de Juanito (así le llamaba) y en ellos veía cierta repulsiva insolencia y una característica frivolidad. Desagradole en él, desde luego, cierta facundia irrestañable, que le llevaba de un asunto a otro, y de este sucesivamente a cien y cien más, deshojando los asuntos, malogrando el tema de cualquiera conversación, siempre con el anhelo de opacar y menospreciar cuanto tenía a la vista para exaltar y poner por las nubes las gentes y las cosas europeas. Viajes, libros, teatros, personas, eminencias políticas, celebridades literarias, poetas, sabios, artistas, modas y usos, costumbres y deportes, vicios aristocráticos, disipaciones y placeres, todo, todo pasaba en la vertiginosa charla del mozo como en apariencia cromotrópica. Listo de lengua, vivaz de ingenio, pero

superficial, frívolo, inconstante y baltronero,¹ deshojaba todo y por todo pasaba, sin dar reposo ni tregua a quienes le oían y sin permitir siquiera que le escuchasen.

Charló a su sabor de los placeres con que París brinda afanosa a la mocedad, e hízolo de tal manera y por tales caminos que Pablo se vio obligado a detenerle. Hablaba delante de Ramón, que era de lo más respetuoso con su hermano, y el mancebo no creyó conveniente que así y en semejantes términos, y de modo tan crudo, levantara Juanito ante el muchacho velos tupidos que no era cuerdo levantar frente a un chiquillo que aún no cumplía los quince años de edad.

—Yo de nada me espanto —dijo Pablo—, pero piensa que no hay necesidad de que Ramón sepa esas cosas.

Entonces su primo contestó levantando los hombros desdeñosamente y prosiguió en² su charla, velando crudezas y carnalidades que hacían que el chico se pusiera rojo como una amapola, al serle revelados misterios y secretos impropios de su edad, mas no por eso menos tentadores ni menos capaces de encender su fantasía.

Pero, a decir lo cierto, qué bien que se compadecían, por manera simpática, los dichos y juicios del mancebo con su aspecto elegante, con el corte de sus vestidos, con su cuerpecillo pálido y exangüe, con sus grandes pupilas negras e intensamente luminosas, con sus ojeras violáceas,³ con la palidez ebúrnea de aquel rostro aristocrático, con aquellos labios carnosos y sensuales, y con los bigotillos sedosos de agudas guías, vueltos⁴ hacia adelante con cierto donaire y cierta gentileza de arresto y bizarría.

—¡Si tú fueras conmigo a París! ¡Si tú fueras! —exclamaba Juanito a cada instante.

¹ Este término no está incluido en ninguno de los diccionarios que pude revisar. Aparece también en *Angelina*, aplicado a Quintín Porras: “*Baltronero* como el mejor, a causa de la vehemencia de su carácter, cuando tomaba la palabra era imposible cortarle la hebra del discurso. Cuando él peroraba nadie metía baza; era capaz de discutir con el lucero del alba, y hasta con los moradores de ultratumba” (Delgado 1895, cap. xxiii, p. 222; las cursivas son mías), y en el relato “*Genesiaca*” (1903), recogido en la antología *Cuentos y notas de Porrúa*: “El viejecillo es *baltronero*, nuca deja meter baza, y si atrapa la hebra no para hasta deshacer el ovillo” (Delgado 1995a, p. 339; las cursivas son mías). El adjetivo parece referirse a una elocuencia desmedida.

² 1901-1902 no incluye: *en*

³ 1901-1902: *violadas*, por *violáceas*,

⁴ 1901-1902: *guías vueltas* por *guías*, *vueltos*

Pablo sonreía, y sonreía Ramón, y Alfonso, al parecer reflexivo, atendía más a las caritas de rosa con quienes topaba al paso que a la conversación de su hermano.

Pálido como este, como él distinguido, como él endeble y exangüe, con notable acento francés en el habla, Alfonso, igualmente elegante, tenía en la mirada no sé qué melancólica dulzura, cierta bondad compasiva, cierta expresión ensoñadora y lánguida, delatorias de misteriosas secretas añoranzas. Era aquella alma como añojal ansioso de cultivo, como puerto abandonado que parece pedir a gritos hábiles mañas de jardinero experto; avecilla que se ahoga en el suntuoso salón y en la jaula de cristal y suspira por los campos y anhela horizontes inmensos, prados enflorados y aguas límpidas y gárrulas... Traído y llevado de aquí para allá, a punto de abrirse en su corazón las flores de la vida; arrastrado inconscientemente de salón en salón y por el asfalto de las aceras de París, sentía que su alma marchita podía recobrar aromas y colores en el retiro de los campos, entre aquellas montañas del valle de Pluviosilla, sobre las cuales principiaban a asomar temblones y límpidos los espléndidos luceros del cielo tropical.

Llegaban al hotel. Se encendían las tiendas, lanzaba su claridad melancólica la luz eléctrica, el Círculo Mercantil⁵ brillaba, dejando ver sus salones desiertos, y al otro lado de la calle, entre sus bordes de sauces y bananeros, protegido por sus álamos, cantaba el río plácido idilio, y enviaba hacia lo alto, hacia la calle caldeada por los fuegos del día, fresco ambiente, rumores de linfa alegre. Un tranvía pasaba a la sazón lanzando al viento la queja prosaica y vulgar de su cuerno de aviso...

—Alfonso —llámole Juan—. ¿Estás ido? Mira... ¡Mira! ¡Ahí tienes el Sena!

Pablo y Ramón celebraron el dicho con una carcajada. Alfonso permaneció en silencio, contemplando el caserío, la cordillera, el cielo, el volcán cuyo ápice nívico iba perdiéndose entre las sombras de la noche.

—¡Es la hora verde!⁶ —dijo Juan—. ¿Dónde habrá una cantina?

⁵ Este lugar también aparece mencionado en *La Calandria*: “¡Cuántas veces no habrá bailado con mi hermana Lola en las tertulias ruidosas del *Círculo Mercantil!*” (Delgado 1891, cap. xvii, p. 157; las cursivas son del original. *Vid.*, asimismo, cap. XLVII, p. 355, e *infra*, cap. xvii).

⁶ Juan alude a la costumbre de origen francés de beber ajeno a la caída de la tarde (entre cinco y seis). “El hada o la musa verde es la personificación del ajeno o la absenta, una bebida de un tono esmeralda y sabor amargo que, al ser mezclada con el agua, se vuelve de color opalino. Para

—¡Allí! —respondió su hermano, mostrándole la de El Siglo Eléctrico.
—Pues vamos.
Llegaron a la cantina y tomaron asiento.
—¿Qué toman? —preguntó el criado.
—¿Qué quieren? —dijo Juan.
—Nada —contestó Ramoncillo.
—Sí; ¡algo! —replicó su primo.
—Pues... ¡un refresco!
—¿Y tú, Pablo?
—Cerveza.
—¿Y tú?
—Una limonada.
—Muchacho, ya lo oyes —dijo Juan al criado—: ¡un vaso de cerveza, dos limonadas y para mí... un ajenjo sin jarabe y con un trozo de hielo!
—¿Bebes ajenjo? —prorrumpió Pablo.
—¡Siempre, antes de comer!⁷

los defensores del 'arte por el arte' [...], el ajenjo forma parte de sus ritos comunitarios. En el espacio del café, reiterado como lugar de encuentro y tema de tantos poemas y narraciones que dibujan el ambiente de la decadencia y la bohemia, nunca falta el ajenjo" (Palenque 2015, s. p.). Aunque en el cuento "Amistad" se critica severamente la "perniciosa bebida, en la cual busca[ba] una generación decadente el sentido estético, la inspiración epiléptica y neurótica" (Delgado 1902, p. 27), hacia el final de sus días, como ya he dicho, Delgado acostumbraba beber ajenjo en la cantina La Numancia, donde "permanecía ensimismado hasta las altas horas de la noche" (Caffarel 1995a, p. xxxvii).

⁷ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 5.

IX

Pablo dejó a sus primos en la cantina y fuese con Ramoncito al hotel, donde se encontró a sus hermanas y a doña Dolores. Allí estaban también don Cosme y el canónigo, los cuales habían llegado con el capitalista.

Don Juan había recorrido media ciudad. Venía el buen señor muy satisfecho de los adelantos de Pluviosilla y maravillado de su prosperidad.

—¡Qué rápida extensión en tan pocos años! —repetía—. ¡No me lo esperaba yo!

Lamentaba, eso sí, que a tales prosperidades no fuesen unidas las obras de embellecimiento que reclamaba la ciudad, y¹ que debían ser como natural consecuencia del aumento de población y del acrecimiento de las fortunas.

—¡Ya es tiempo —no cesaba de replicar—, ya es tiempo de que piensen en el embellecimiento y adorno de Pluviosilla! ¡Con tanta gente y tantas fábricas deben estar repletas de oro las arcas municipales! ¡Así tiene que ser, pues de otra manera todos estos brillos que me han dejado absorto no serían más que esplendores de oropel! Así, tal como me la encuentro, paréceme Pluviosilla una beldad agreste cuyos encantos y cuya núbil lozanía piden² galas y adornos para lucir y triunfar. Ciudad muy linda es esta, muy favorecida por el Cielo... ¿Qué necesita? Cómodas calles, elegantes edificios, avenidas adoquinadas que hagan fácil el tránsito de los carruajes. ¿Por qué no hay aquí muchos coches? Porque,

¹ 1901-1902 no incluye: y

² 1901-1902: *pide por piden*

con calles como estas, es imposible que los haya. El teatro, aunque de traza regular, pide aseo y elegancia en pasillos y escaleras; pide un *foyer*³ suntuoso...

Y de todo hablaba, de todo parecía instruido, en el poco tiempo que había durado el paseo.

El mozo fue recibido muy cariñosamente por sus tíos y por su prima. Se quejaban de no haberle visto en todo el día... El muchacho se disculpaba alegando deberes de su empleo. Permanecía en la Fábrica del Albano⁴ durante todo el día, de seis a seis... Pero, como era debido, en esta ocasión había pedido licencia de dos días para no ir al despacho. Le tenían a sus órdenes, y con los recién llegados iría a todas partes.

—Comeréis acá todos, ¿no es eso? —dijo el capitalista—. No me falta apetito, pero me esperaréis un rato. Vosotros los muchachos charlad aquí, o id en busca de Alfonso y de Juan. Mientras yo arreglaré con Lola un asunto importante, y para ello necesito de mi señor doctor. El bueno de don Cosme conversará con Carmen.

Las señoritas, incluso Elena, se dispusieron a salir. Pablo y Ramón irían con ellas.

—¡No tarden! —recomendó doña Carmen—. Vayan en busca de mis hijos...

El doctor y su amigo decían a doña Dolores que todo quedaba dispuesto en Santa Marta para la misa de réquiem, y dispuesto con el decoro debido y con la cristiana elegancia que el caso requería. La misa sería aplicada por el descanso eterno de todos los difuntos de la familia. El servicio fúnebre no duraría mucho; principiaría a las nueve, a muy buena hora, según los deseos de don Juan, para evitar molestias a doña Carmen y a María, muy necesitadas de descanso. Todos estaban cansados; al cansancio de la navegación se unían en ellos la mala noche pasada en Veracruz y la madrugada consiguiente para tomar el tren...

—¡Charlen ustedes, charlen mientras vuelven los chicos! —exclamó don Juan—. Señor doctor, venga usted conmigo. La conferencia será breve.

³ *Foyer*: 'Palabra francesa que significa hogar; solamente se aplica, en castellano, a cierta parte de los teatros donde el público descansa durante los entreactos' (Zerolo 1895, s. v.).

⁴ Muy probablemente se refiere a la fábrica de Río Blanco; al respecto, *vid. supra*, cap. v, nota 5.

Y dándose aires de galante pisaverde, y haciendo reír a todos tarareando con su cascada voz un pasaje de *Fausto*, ofreció el brazo a doña Dolores:

—*Mia bella damigella...*⁵

Reían las señoritas, reía don Cosme, y doña Carmen movía la cabeza como diciendo: “¡Qué cosas tiene mi marido!”.

Ramón se puso serio, como si la galante humorada de su tío no le fuese agradable.

Se levantó la señora, tomó el brazo de su cuñado, y uno y otra entraron en la inmediata habitación. Siguiolos el clérigo solemnemente y, al llegar a la puerta, dijo en tono oratorio, señalando a la pareja:

—¡Soberbio! ¡Fausto y Margarita!

—Y... ¡Mefistófeles! —murmuró María al oído de su gallarda prima.

⁵ La frase proviene de *Fausto*, drama lírico en cinco actos, con música de Charles Gounod y letra de Jules Barbier y Michel Carré, traducida al italiano por el señor Aquiles de Laugier. La cita se encuentra en el segundo acto, escena IV, cuando Fausto, dirigiéndose a Margarita, dice: *Permettereste a me, / Mia bella—damigella, / Che il braccio mio vi dia / Per fare insiem la via?* (“¿Me permitís, hermosa señorita, que os dé mi brazo y os acompañe?”). A lo que la joven responde: *Non sono damigella, / Signor, nè sono bella, / E d’uopo non ho ancor / Del braccio d’un signor* (“Yo no soy señorita, caballero, ni soy hermosa, ni tampoco necesito que me dé el brazo ningún señor”). Tanto el texto como su traducción los tomé de Barbier y Carré 1864, pp. 30-31. La obra de Gounod se estrenó en 1858 en París y de inmediato “se volvió la punta de lanza de la ópera francesa, en competencia con la italiana o la alemana. En México fue estrenada en 1864 y se repitió muchas veces” (Chaves 2010, p. 228); José Octavio Sosa y Mónica Escobedo registran 22 representaciones en teatros de la capital entre 1864 y 1901 (1988, vol. 1, pp. 70-152).

X

—¡Vamos, mi señora cuñada, tome usted asiento aquí, cerca de mí!... Señor doctor: ¡en esa poltrona estará usted con la mayor comodidad! Vamos al asunto...

Y don Juan se acomodó en el sofá, y encendiendo un cigarrillo prosiguió:

—No quiero ocuparme, Lola, en disertar de lo pasado. Me basta el presente. Lo actual es lo que me interesa, y de ello trataremos en pocas palabras. ¿No es verdad, mi señor compadre? Dime, Lola, dime, con toda franqueza..., ¿cómo andas de dinero?

Doña Dolores cruzó sus manos sobre el regazo y fijó tristemente la mirada en la alfombra.

—Supongo que la abundancia no reina en tu casa, y que poco, casi nada, o nada, te quedó a la muerte de Ramón... Según me han informado, sus negocios iban de mal en peor. Me imagino que todos sus esfuerzos serían inútiles, y que al morir tendría¹ la ruina muy cerca... No quiero, ya lo tengo dicho, hablar de cosas pasadas, tristes y enojosas; pero... ¡si Ramón hubiera seguido mis consejos, otro habría sido el resultado de sus negocios! ¡Eh! Lo que no tiene remedio..., ¡dejarlo!...² Puedes creerme, Lola, puedes creerme; ustedes me han juzgado mal... Confieso que fui severo, intransigente, hasta duro... ¡Qué quieres! ¡Los años! ¡La edad! ¡El medio en que vivíamos!³ Yo no había visto tierras, ni había viajado, ni me eran conocidas muchas cosas... Ahora, libre de prejuicios y de ciertas preocupaciones,⁴ a salvo de

¹ 1901-1902: *tenía por tendría*

² 1901-1902: *dejarlo... por ¡dejarlo!...*

³ 1901-1902: *vivimos! por vivíamos!*

⁴ *Preocupación*: 'Ofuscación del entendimiento causada por pasión, por error de los sentidos, por educación o por el ejemplo de aquellos con quienes tratamos' (RAE 1899, s. v.).

ciertos influjos, miro muchas⁵ cosas de muy distinta manera... Mas no piense usted, doctor, por esto que digo, que he mudado de opiniones, de principios y de ideas; no, señor... Tan buen cristiano como siempre; católico como en mi juventud, y si usted quiere... conservador como antes, aunque en este punto he modificado mucho mi criterio... Me estoy yendo por donde no debo ir... Vamos, Lolilla, respóndeme..., ¿cómo andas de dinero?... Mal, ¿no es así?

La señora respondió afirmativamente con una inclinación de cabeza. El canónigo jugaba con la cinta de su reloj. Don Juan fumaba dulcemente su cigarrillo... Lanzó una bocanada de humo y siguió diciendo:

—Vives difícilmente, sin duda. A lo que pienso, no cuentas con más elementos que con los que Pablo te proporciona. ¿Cuánto gana ese chico?

—¡Sesenta duros! —respondió la dama tristemente.

—Poco es, sin duda alguna, ¡muy poco!⁶ Te compadezco, sí, porque, con esa suma, ni haciendo milagros tendrás para los gastos indispensables, para vivir y atender a tus hijos...

—Cierto es que, mientras Pablo trabaja, nosotras no estamos mano sobre mano. Algo ganamos. Margarita⁷ y yo cosemos... Esa pobre niña tiene muy buen gusto, y ella es quien viste a las principales señoritas de la ciudad. Pero esto, como supondrás, no me agrada; me apena verla días enteros cortando, cosiendo y entregada a tan ruda y penosa labor. Ella fue siempre trabajadora. Jamás, o en muy rara ocasión, tuvo modista, ni en vida de su padre ni en épocas de abundancia... Elena, la infeliz⁸ Elena no puede prestarnos ayuda y eso le entristece y le aflige... Ramón estudia. Es mi gran esperanza... El pobrecillo nada pide, antes por lo contrario, hasta se priva de diversiones y espectáculos que, a su edad, son para un muchacho diaria y constante tentación... ¿Vestir bien? ¡Ni quien piense en ello! A mí poco me basta, muy poco; yo nada necesito; con todo me conformo; a⁹ cualquier cosa me avengo. Pero esas niñas... Esa pobre Elena es mi constante amargura...

⁵ 1901-1902: *ciertas por muchas*

⁶ 1901-1902: *poco. por poco!*

⁷ En ambos testimonios se lee *Enriqueta*. Se trata de una clara equivocación (que nuevamente puede atribuirse al autor), pues no hay ningún personaje con ese nombre en la historia.

⁸ 1901-1902 incluye: *de*

⁹ 1901-1902: *con por a*

La buena señora, llenos de lágrimas los ojos, trémula y apenada, ahogó un sollozo.

—¡Serénate, hija mía, serénate!... Seca esas lágrimas, que aquí me tienes a mí, y nada te faltará. No hablemos de ello. Comprendo todo lo que pasa, y para poner remedio a tus penas he venido, a eso nada más. ¿No es verdad, doctor?

El canónigo movió la cabeza ceremoniosamente, como diciendo: “¡Es verdad!”.

—Sí —continuó la dama—; ya me lo ha dicho, y te lo agradezco infinito, ¡como Ramón, desde el Cielo! Poco es lo que necesitamos..., ¡muy poco! Llévate a Pablo; me duele separarme de él, pero llévatelo... Colócale allá en un buen empleo, ¡y con eso basta! Él es inteligente, caballeroso, amable, simpático... Sus jefes se hacen lenguas¹⁰ para alabarle; dicen que cumple a maravilla con sus obligaciones, y que es modelo de integridad y de buenas costumbres... Válganle tu posición, tus relaciones y tu ayuda. Búscales allá un buen empleo, y te lo mandaré. Con eso basta. Nosotras nos quedaremos aquí. En Pluviosilla la vida no tiene exigencias... No es como antes, pero con poco se vive... Ni Margarita ni yo gustamos ya de relaciones... ¡Hemos tenido tantos desengaños! Nuestra casa es el mundo para nosotros. Ya tú comprenderás que, viviendo así, poco se gasta... Y (puedes creerlo) vivimos con decoro. Con una cantidad suficiente que Pablo nos mande, quedará salvada la situación. Ramón seguirá estudiando... Si, como lo espero, sigue por buen camino, aplicado al estudio, ¡saldrá persona de provecho! Yo he querido que Pablo se coloque en México, en alguna casa de comercio..., ¡hay allí tantas!, pero todos mis esfuerzos han sido inútiles... Ya sabes lo que pasa¹¹ a quien viene a menos... Muchos amigos, algunos de los cuales debieron a Ramón muchos favores, nos han vuelto la espalda... Alguno, antes tan amable y obsequioso, no se dignó ni contestarme. ¡Solo Dios sabe lo que hemos sufrido y lo que hemos llorado!

—Pues bien, señora y cuñada mía, todas esas penas acabaron desde hoy. Pablo se irá a México... Allá le colocaremos..., mejor dicho, le colocaré¹² allá en mi casa; tú, por de pronto, tendrás una mesada, mientras ese chico, que está muy guapo,

¹⁰ *Hacerse lenguas de alguien o de algo*: ‘Alabarle encarecidamente’ (RAE 2014, s. v. “lengua”).

¹¹ 1901-1902: *sucede por pasa*

¹² 1901-1902 incluye: *yo*

que me ha caído muy bien y que parece muy formal, gana lo que debe ganar, y tú y tus hijas se irán también. Ramoncillo estudiará allá.

—Yo preferiría quedarme aquí, por mucho que me duela la separación de mi hijo... ¡Es tan bueno y tan cariñoso!

—No —replicó el capitalista—; ¡no! Todos a México. Mañana mismo principias a quitar la casa... Tú sabrás lo que llevas y lo que dejas... ¿Qué haces aquí en esta ciudad? ¿Piensas encontrar aquí un buen partido para tus hijas?

—¡La pobre no piensa en casorios!

—Pero de pensar tiene...

—No piensa en eso. Y en cuanto a Elena..., la infeliz...

—¿Y si allá se consigue que una eminencia científica le devuelva la vista?

—¡Ya perdí la esperanza! ¡Carmona, y Ramos, y Vélez me han dicho que no tiene remedio!¹³ ¡Esa desgracia ha sido para nosotros la peor de todas! Ramón decía que, con tal de que Elenita recobrase la vista..., ¡aunque tuviera que ir de puerta en puerta, pidiendo limosna!

—¡No hay que desconfiar de la misericordia de Dios, mi señora doña Dolores! —exclamó el clérigo solemnemente.

—¿Aceptas lo que te propongo? —dijo don Juan.

Doña Dolores parecía vacilar. El doctor se volvió hacia ella y la miró como recordándole su compromiso.

—¡Como tú lo dispongas! —contestó la dama, venciendo el último escrúpulo—. Pero... sabremos qué dice Pablo.

¹³ Los doctores Manuel Carmona y Valle, José Ramos y Daniel M. Vélez eran connotados oftalmólogos, pioneros de la disciplina en México. Sobre el primero, *vid. supra*, cap. IV, nota 7. Ramos era originario de San Luis Potosí y fue discípulo de Carmona y Valle; al igual que este, se especializó en París. A su regreso estableció la Clínica de Oftalmología en la Escuela de Medicina e ingresó en la Academia de Medicina (1888), que presidió en 1896. Asimismo, fue uno de los fundadores y el primer presidente de la Sociedad Mexicana de Oftalmología (1893). En cuanto a Vélez, comenzó sus estudios en la Escuela de Medicina de México en 1882 y posteriormente se especializó en oftalmología en clínicas del extranjero durante cuatro años. Representó al gobierno mexicano en los funerales de Luis Pasteur (1895) y perteneció a la Sociedad Mexicana de Oftalmología y Otorrinolaringología. Considerando que “la cirugía oftalmológica mexicana de finales del siglo XIX estaba al parejo que la europea”, si las eminencias mencionadas no habían conseguido curar a Elena, difícilmente podría haber habido alguien capaz de hacerlo (*cf.* Neri-Vela 2016, pp. 25 y 27, y Valdez 2016, p. 32).

—Pablo hará lo que yo le diga y lo que tú le ordenes. ¡Bueno sería que los muchachos mandaran a los viejos! ¡Lucidos que estaríamos! Vaya, mujer, deja de llorar... ¡Cosa hecha! Y... ¡vamos a comer!...

Don Juan se puso en pie, y lo mismo hicieron el clérigo y la dama. El capitalista abrazó a esta conmovido, y la acarició dulcemente, con paternal ternura.

Oíanse voces en la habitación inmediata. Los jóvenes habían vuelto y departían regocijados en el balcón.

—¡A comer se ha dicho! —prorrumpió don Juan en alta voz, entrando en el saloncillo, a tiempo que un criado decía en francés, desde una de las puertas del fondo:

—Los señores están servidos.¹⁴

¹⁴ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 6.

XI

El servicio fúnebre estuvo muy devoto y solemne. Santa Marta es un templo lindísimo y allí todo se hace con seriedad y como es debido. Es la iglesia más aristocrática de la ciudad —si hay aristocracia en Pluviosilla—, y en tan suntuoso templo concurren todos los días, no solamente los festivos, las señoras más encopetadas, los caballeros más piadosos y las niñas más bellas de la clase pudiente.

Allí tienen asiento viejas cofradías y selectas hermandades, unas y otras capaces de echar la casa por el balcón el día de los Dolores de la Virgen, el Viernes de Lázaro y en la festividad de Nuestra Señora de Lourdes.¹ Cierta obispo de la diócesis dijo de Santa Marta que era el relicario de su mitra y dijo verdad, aunque el suntuoso templo no le debió jamás merced alguna como no fuese la de honrarle con su fausta pastoral visita una noche de Navidad.

No busquéis, en ninguna de las tres navecillas de aquel templo, bellezas arquitectónicas, que sabe Dios cómo, con qué trabajo, con qué poquísimo dinero y en qué tiempos tan agitados y tormentosos fue levantada tal iglesia por el esfuerzo heroico de una asociación sin capitales, tan piadosa y constante como generosa y tenaz;² no busquéis allí primores de arquitectura ni célebres lienzos de afamados autores; pedidle decoro y aseo, elegancia cristiana y modesto esplendor, que todo esto puede daros merced a la piedad de quienes en tal sitio concurren, y gracias a la dulzura, al talento y al buen gusto y economía de los

¹ Esto es, el 15 de septiembre, día de los Siete Dolores de la Santísima Virgen; el quinto viernes de Cuaresma, previo al Viernes de Dolores, y el 11 de febrero, día de la aparición de Nuestra Señora de Lourdes.

² Sobre el templo de Santa María (Santa Marta en *Los parientes*), *vid. supra*, cap. II, nota 10, y Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. XIV.

padres capellanes, todos ellos varones apostólicos, entre los cuales han contado los hijos de Pluviosilla, doctísimos y muy santos sacerdotes.

En cualesquiera fiestas, muy particularmente en los mencionados días, aquel sagrado recinto parece una ascua de oro. Ostentan los altares vistosas galas, lucen columnas y cornisas regios tapices cerúleos, revístense los levitas³ con hermosos paramentos, más artísticos que valiosos, resuena bajo aquellas bóvedas excelente música y ocupan el púlpito elocuentísimos predicadores. Es de ver entonces⁴ en aquel templo la noble concurrencia que le llena. La espléndida y no bien celebrada flora de Pluviosilla hace alarde en Santa Marta de todos sus prodigios, prodigando en aras y baldosas sus miríficas preseas. El mes de María lleva a templo tan bello inusitadas pompas. Cualquiera diría que con ellas van todas las gardenias de Villaverde y todos los lirios y azucenas de Pluviosilla. Pero Santa Marta, tan risueña y lucida en tales fiestas, tórnase adusta y severa en tiempos cuaresmales, cuando llora penitente, y en noviembre, cuando pide y ruega por los viajeros de ultratumba. Se enluta noblemente, sin modos ni remilgos de reciente casquivana viuda, que a poco de verse sin marido principia a cansarse de su temprana soledad. Allí en días de duelo todo es grave, serio e imponente. Imponente y grave y seria se mostró esa mañana en la misa de réquiem, celebrada por el señor Fernández, en sufragio de todos los Collantes, Aguayos y Buruagas. El altar mayor —engalanado a la sazón con sus lujos florales y alegres— quedó velado por negro cortinaje, delante del cual fue puesta una piadosa imagen de Jesucristo crucificado, y tibores y ramilletes y candelabros de oro y de cristal dejaron sitio a pesados candeleros de plata sustentadores de gruesos y altos cirios. Lujoso túmulo⁵ colocado en el centro de la iglesia, bajo la cúpula esbelta y airosa, rico en terciopelos y galones, quemaba cera virgen, cuyos fulgores solemnes daban al recinto entenebrecido aspecto de basílica en regio funeral.

³ *Levita*: 'Eclesiástico de grado inferior al sacerdote' (RAE 2014, s. v.).

⁴ 1901-1902: *Entonces es de ver* por *Es de ver entonces*

⁵ *Túmulo*: 'Armazón de madera, vestida de paños fúnebres y adornada de otras insignias de luto y tristeza, que se erige para la celebración de las honras de un difunto, suponiéndole presente en la tumba que se coloca en el lugar más eminente de esta armazón' (RAE 1899, s. v.).

En lo alto del t́mulo y en los costados de ́el, depositaron los Collantes magníficas coronas traídas ex profeso de París.

Mucho plació el servicio al capitalista. Doña Carmen, al salir, dijo a doña Dolores:

—¡Cómo me he acordado de París! Solo una cosa eché de menos... ¡Aquel suizo de San Sulpicio: un viejo de⁶ noble aspecto, que era conmigo de lo más cortés! ¡Qué atento! ¡Qué ceremonioso! Hija: a mí me era tan simpático que todos los domingos (ya lo sabía ́el) ¡le daba yo cinco francos de propina!

De la iglesia fueron todos a casa de doña Dolores, la cual había invitado a todos para que allí⁷ se desayunaran.

¡Buen trabajo tuvo la pobre Filomena! Se pasó toda la tarde arreglando la vajilla, y casi a medianoche dejó lista la mesa.

—Es preciso —decía— que esto quede bien. ¡Los señores están acostumbrados a mucho lujo y a mucho siseñor!⁸ Y luego, ¡como han de venir los mozos franceses a servir la mesa!...

Y sacó de los antiguos aparadores de caoba los restos de una vajilla inglesa; restos escasos que, por suerte, bastaron para las doce personas que debían sentarse a la mesa. Puso en el centro ricas fuentes chinescas para contener bizcochos y pasteles, y lavó, y limpió, y pulió las tradicionales mancerinas de plata. Elena no quería que salieran a lucir. La pobre niña se decía penosamente:

—¡No; no es propio de nuestra situación tamaño alarde de riqueza!

Y como Filomena le contestara, tratando de persuadirla, exclamó, como asaltada por inesperado incidente:

⁶ 1901-1902: *Sulpicio, al viejo de tan por Sulpicio: un viejo de*

⁷ 1901-1902: *allá por allí*

⁸ En la fe de erratas de 1903 se pide cambiar *sí señor* por *siseñor*. A mi juicio, así escrito, *siseñor* sería un sustantivo con el significado de 'obediencia respetuosa' o 'total aquiescencia'. Aunque con diferente escritura, la misma construcción aparece en *Angelina*, en referencia a unos artículos del abogado Quintín Porras: "Porras no pudo refrenar sus bríos, y se metió a periodista, y publicó en *La Era* unos articulillos con mucha sal y pimienta y mucho *sí señor*, enderezados a impugnar las nuevas y perniciosas doctrinas" (Delgado 1895, cap. xxiii, p. 223; las cursivas son mías).

—¡Además: ya eso no se usa! ¡Las mancerinas no son más que unos vejstorios que más estorban que sirven... y que una guarda como cosas curiosas de la pelea pasada!

Pero a las indicaciones de doña Dolores hubo de ceder la ceguezuela, y los platos arcaicos salieron a lucir sus caprichosas abrazaderas.

Con don Juan vinieron, como era natural, don Cosme y el canónigo, y con este, que era persona de lo más cortesana, y por deseo de doña Dolores, francamente expresado, uno de los capellanes de Santa Marta.

¡Lista tuvo que andar Filomena para colocar en la mesa un cubierto más! ¡Buena pena la suya cuando se vio obligada a poner una taza distinta de las demás!

—¿Qué hago, niña Margarita! —repetía—. ¿Qué hago?

—¡Por Dios, mujer —contestó la blonda señorita—, por Dios! Te sacaré de apuros: ¡si te empeñas diré que yo no tomo café, y me traerás solamente un vaso de leche!

XII

—¡Bonita casa tienes!...¹ —dijo don Juan a su cuñada, al entrar en la sala, volviendo el rostro y paseando sus miradas por el jardinito.²

—Chica para nosotros... Pero, en fin, como Dios nos ayuda, cabemos en ella.

Los jóvenes se habían detenido en el corredor con doña Carmen mientras Margarita corrió hacia el interior de la casa para dar las últimas órdenes, a pretexto de llevar los sombrerillos y los devocionarios de su tía y de su prima.

Los criados franceses fueron al comedor con Ramoncito, quien, si era necesario, les serviría de intérprete. Pero no fueron necesarios los servicios del chico: uno de los mozos mascullaba el castellano por haber estado algunos meses en la casa de un general carlista desterrado de la península y residente en París.

Admirose Filomena del buen porte de los camareros, y pronto se sintió tranquila. “¡Qué guapos! —pensaba—. ¡Y qué expeditos!”.

Don Juan, don Cosme, los clérigos y doña Dolores conversaban en la sala. Los eclesiásticos y don Cosme, de la proyectada traslación de la sede episcopal a Villaverde,³ y el capitalista y su cuñada, de la ida de Pablo con sus tíos. Quedó resuelto que el mancebo permanecería en Pluviosilla hasta que la casa fuese quitada.

¹ 1901-1902: *Bonita casa tienes...* por *¡Bonita casa tienes!...*

² 1901-1902: *jardincito*. por *jardinito*.

³ Desde finales del siglo XVIII los orizabeños deseaban que una silla episcopal se estableciera en su ciudad, y para ello elevaron varias peticiones. “En tiempos del episcopado de monseñor Ignacio Suárez Peredo [esto es, entre 1887 y 1894] se volvió a hablar del asunto”. Sin embargo, la diócesis de Orizaba no se erigió sino hasta el año 2000, por la bula *Adiutorium ferre*, que el papa Juan Pablo II expidió con fecha 15 de abril (Diócesis de Orizaba 2020, s. p.; *vid.*, asimismo, Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. VI, p. 66, y, especialmente, cap. XVI, pp. 200-202).

—Me es necesario aquí, muy necesario, Juan. Pablo es todo en esta casa. ¡Sin él no sé qué haríamos!

—¿Y sabes, Lola —prorrumpió el capitalista—, que este retrato de Ramón es muy bueno? Ahora me gusta más que antes. Me acuerdo que lo hizo un español, y que cuando nos lo trajo, a Ramón no le gustó. Yo le dije que era obra excelente, y hoy pienso lo mismo.

E interrumpiéndose agregó:

—Vende estos muebles...

—¿Venderlos? Son de madera muy fina.

—Sí, pero... pasados de moda...

—Les tengo cariño... Son un recuerdo.

—Hija: en las casas suelen ser un estorbo los recuerdos. Vende todo esto... ¿Vas a instalarte en México con este ajuar pasado de moda? ¡Líbrenos Dios! ¡Si tú hubieras visto la casa que teníamos en París! Hija, no hay que darle vueltas: ¡para las cosas de gusto los franceses, y nada más que los franceses!

El criado anunció que el desayuno estaba servido. Pronto estuvieron todos en el comedor.

—¡Vaya! ¡Vaya! Pero, Lola..., ¿qué lujos son esos? —exclamó don Juan al ver las mancerinas, puestas delante del canónigo y del padre Anticelli con sendos pozuelos de chocolate—. ¡Cómo me he acordado de estas mancerinas allá en París! En España, en Sevilla, en la casa del señor arzobispo, vi unas así; otras en la casa del marqués de Alcázar...

Elena y Margarita departían alegremente con sus primos, los criados servían, y Filomena desde la pieza inmediata se admiraba de la habilidad de los franceses.

—Sí —prosiguió don Juan—; estas mancerinas, padre Anticelli, son viejas en la casa. Son de nuestros abuelos...

Y el buen sacerdote, en buen castellano, pero con acento florentino, alabó los chirimbolos y se soltó disertando acerca de la invención de los platos y del origen de su nombre.⁴

⁴ *Vid. supra*, cap. III, nota 14.

—¡Lolita! ¡Lolita! —siguió diciendo don Juan—. No quisiera decírtelo, no quiero decírtelo, pero..., pero... ¡yo me llevo esas mancerinas! ¡Si al tenerlas delante me parece que veo a mis padres, cuando de mañanita, al volver de misa, se desayunaban uno frente a otro! ¡Mi papá afable y cariñoso; mamá siempre risueña! Sí, me las llevo. Pídeme lo que quieras... Te las pagaré bien.

—¡No es necesario eso, Juan! —contestó penosamente la dama—. Tuyas son.
—Pues, hija, puedes estar segura de ello... Te lo agradezco de todo corazón.

Algo de esto oyó Elena, pero era tan viva y animada su conversación con Juan que no detuvo el pensamiento en lo que decían su tío y su mamá. Desde el día anterior estaba encantada del ingenio y de las genialidades de su primo. Jamás había tratado a un hombre así. El joven la atendía cariñosamente, atento a todos sus deseos, adivinándole el pensamiento, derramando sobre ella algo como una luz misteriosa cuyas ondas tibias la reanimaban en cualquier desmayo.

“¡Qué semejanza la nuestra! —pensaba la niña—. ¡No parece sino que hace años que le trato y me trata! ¡Y yo, tonta de mí, que me esperaba encontrar en él un necio y un fatuo! ¡Y qué bien que habla de todo! ¡Y qué voz la suya tan agradable! ¡Y qué suave el cutis de sus manos, y qué perfume el de sus vestidos, que me embriaga como⁵ aroma de orquídea! ¡Si habla bien de todo, de todo, con gracia, con elegancia, con ternura! ¡Qué bien me ha descrito el altar y el túmulo!... Cuando me habla de París, de los⁶ paseos, de los⁷ teatros, de las⁸ calles, de las⁹ fiestas, de los¹⁰ espléndidos bailes, me parece que veo todo...”.

Y la ceguezuela se gozaba en respirar el perfume exótico de los vestidos de su primo.

Margarita departía con Alfonso. La hermosura ingenua y blonda de la joven se compadecía maravillosamente con el carácter melancólico y ensoñador de su primo. Charlaban de naderías, pero de esas naderías serias que interesan y son fecundas en el mutuo cambio de ideas y sentimientos. Alfonso era un aburrido,

⁵ 1901-1902 y 1903 incluyen: *el* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

⁶ 1901-1902: *sus* por *los*

⁷ 1901-1902: *sus* por *los*

⁸ 1901-1902: *sus* por *las*

⁹ 1901-1902: *sus* por *las*

¹⁰ 1901-1902: *sus* por *los*

Margarita una ensoñadora. Él gustaba de lamentarse de la existencia.¹¹ Ella se complacía en despertar en su primo anhelos de vida, ilusiones que el mozo creía muertas y que Margarita aseguraba que no habían muerto porque no habían nacido aún.

Terminaba el desayuno, mejor dicho, había concluido ya, cuando una involuntaria exclamación de Juan impuso silencio a todos.

—¿Qué pasa? —preguntó doña Carmen en voz alta, con expresión temerosa.

El joven contaba y volvía a contar el número de personas que estaban a la mesa, y dijo entre asustado y sonriente:

—Somos trece.

Callaron todos. El canónigo y don Cosme se miraron como sorprendidos. El padre Anticelli rompió el silencio diciendo contrariado:

—*Ma... ¡Tonterías!...*¹² ¡Lo mismo que si no¹³ fuésemos ni menos que las gracias ni más que las musas!¹⁴

¹¹ 1901-1902: *vida. por existencia.*

¹² 1901-1902: *tonterías... por ¡Tonterías!...*

¹³ 1901-1902 no incluye: *no*

¹⁴ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 7. // Como se sabe, las gracias o cárites eran tres, mientras que las musas eran nueve.

XIII

A decir verdad: don Juan, doña Carmen, María, Juanito y Alfonso se levantaron de la mesa pensativos y tristes. ¡Trece en la mesa! ¡Y nadie lo había advertido! ¿Quién tuvo la peregrina ocurrencia de invitar al padre Anticelli? Unos decían que don Cosme; otros, que había sido el doctor Fernández; alguno llegó a insinuar que el buen italiano había venido sin ser llamado. Esto último desagradó a doña Dolores,¹ la cual, contrariada y molesta, declaró terminantemente que ella había sido, y dijo nerviosa y mohína:

—¡Yo! ¡Yo fui! Yo no creo en esas cosas, y me río de esas supersticiones propias de quienes no creen en cuanto deben creer. ¡Mentira parece que personas ilustradas, que gentes cristianas y católicas paren su atención en ciertas cosas! ¡El martes! ¡El número 13! ¡El salero volcado en la mesa! ¡Las mariposas negras! ¡Los espejos rotos! ¡Tonterías, tonterías! Hay gentes que no creen en Dios, que ni reconocen su misericordia ni temen su justicia, y se afligen y se acongojan porque han volcado un salero...

—¡Tía! —interrumpió Juanillo—. ¡Tía! Tiene usted una elocuencia digna de mi padrino el señor Fernández.

—¡Calla, muchacho! —replicó la dama—. Me apena lo acaecido; me apena por tus padres, y por ustedes, de quienes no sabía que dieran importancia a tales patrañas... Pero, hijo mío, piensa, aunque te burles de mi elocuencia, que son patrañas y nada más que patrañas. Como la cosa no tiene remedio, ¡dejarla, muchacho, dejarla!

¹ En los dos testimonios se lee *Carmen*, confusión que se repite en varias ocasiones a lo largo de este capítulo; al tratarse de un error evidente, lo he enmendado en todos los casos con base en la propia lógica narrativa.

En la sala se trataba del mismo asunto. El doctor callaba prudentemente; don Cosme no despegaba los labios, pero en lo interior luchaba con sus dudas. Dado a la contemplación de lo sobrenatural y mirífico, se decía: “¿Será cierto?”. El padre Anticelli, en frase vehemente, autoritativa, a las veces burlona, que solía rayar en severa y hasta parecía regaño, se esforzaba inútilmente en convencer a doña Carmen y a don Juan de que tamaña superstición, muy común en Francia en las clases cultas, lo mismo que en las masas vulgares, no se compadecía con una fe ilustrada ni con las creencias católicas.

—Todas esas patrañas —repetía— proceden del protestantismo, son fruto luterano... Mi señora doña Carmen: ¿qué dice vuestro² buen Ripalda? ¿Qué dice? Que peca contra la fe quien cree cosas supersticiosas, ignora, niega o duda lo que debe creer.³

Pero los empeños del sabio jesuita eran ineficaces...

Doña Carmen contestaba:

—No, padre mío: no creo en eso, no; pero he visto tantos casos. Que este se lo cuente a usted.

Y don Juan, muy gravadoso y serio, se echó a contar novelas y aventuras fatídicas. Él, en París, en Viena, en Niza, en Trouville...

—Sí —replicó el jesuita—, de Trouville procede, tal vez, aquello del bufón de Eusebio Blasco: “Éramos trece a la mesa: doce ostras y... ¡yo!”.⁴ No, mi señor; el número 13 solo es fatal, como dice no sé quién, ¡cuando no hay comida más que para doce! Serénese usted; aquí había desayuno para veinte.

Afuera, en el comedor, decía Juanito:

² 1901-1902: *nuestro por vuestro*

³ Se refiere al *Catecismo y exposición breve de la doctrina cristiana* (Burgos, 1591), del padre Jerónimo de Ripalda, obra de uso general en las escuelas de América y España, de la cual se hicieron numerosas ediciones en nuestro país durante la época novohispana, además de traducirla al náhuatl y al maya. La cita se localiza en la sección titulada “Declaración de los Mandamientos de la Ley de Dios”; el texto reza: “*Preg. ¿Quién peca contra la Fe? Resp. El que cree cosas supersticiosas, ignora, niega o duda, las que debe creer*” (Ripalda 1802, p. 76).

⁴ Eusebio Blasco, dramaturgo y cuentista español de “espíritu mordaz y con sentido de lo cómico”; se le atribuye el mérito de haber sido el creador del género bufo (Bleiberg y Marías 1964, p. 100). No conseguí localizar la cita en las obras del autor que pude consultar; recuérdese que su producción literaria abarca cerca de 30 volúmenes, con más de 70 comedias, dramas, cuentos, novelas, poemas y colecciones de artículos.

—Yo soy un espíritu fuerte... Casi casi no creo en nada..., pero esto me preocupa y entristece...

María apoyaba los dichos de su hermano. Pablo y Margarita se reían, disimulando su risa y tratando de llevar la plática por distinto sendero. Elena y Alfonso charlaban en el sofá.

—¡Ya me explico todo! —exclamó repentinamente Juanillo.

Todos callaron. El mozo prosiguió en voz baja, pero en tono de completa sinceridad:

—Hemos tenido en la mesa al padre Anticelli. ¿Es italiano?

—¡Sí! —contestaron a una Pablo y Margarita, él con fría curiosidad, ella abriendo hermosamente sus rasgados ojos azules.

—Pues bien —prosiguió el joven—: los italianos... ¡son los primeros *jettatori* del mundo!⁵

Margarita protestó valerosamente:

—¿*Jettatore* el padre Anticelli! Calla, Juan, calla, por Dios. ¡Es tan bondadoso, tan afable, tan cariñoso! Suele parecer áspero, eso sí, no lo niego, pero en el fondo ¡qué dulzura!, ¡qué nobleza!, ¡qué bondad!

En el comedor, mientras levantaban la mesa, los franceses hablaban también del accidente, ambos pensativos, el menor triste y sombrío. ¡Sepa Dios qué temores le habían asaltado!

Filomena iba y venía recogiendo la vajilla y poniendo en lugar seguro los antiguos cubiertos de plata y las vetustas mancerinas.

⁵ *Jettatore* (*jettatori*, en plural): voz italiana que puede traducirse como 'persona de mal agüero'. El concepto tuvo amplia popularidad en el siglo XIX; así lo demuestra, por ejemplo, una "Carta semanal" de Titania (seudónimo de Fanny Natali de Testa) publicada en *El Nacional* el domingo 24 de marzo de 1889 (núm. 223, p. 1). En dicha crónica, que comienza con la pregunta "¿Creéis en el mal de ojo, o la *jettatura*, como la llaman los italianos?", la autora afirmaba que tanto el compositor francés Jacques Offenbach como la actriz italiana Adelaida Ristori tenían fama de ser *jettatori*. Y añadía: "En Italia es bastante general la creencia en la *jettatura*, y la superstición ha llegado a Francia y a otros países. No es una invención de nuestros tiempos, pues los griegos y antiguos romanos la conocían [...]; [a los *jettatori*] los italianos los ven con horror, y para conjurar su funesta influencia llevan pequeños cuernos de coral o de oro pues se consideran los cuernos como *contra-jettatura*, y al ver pasar a una de esas personas que tienen reputación de traer la desgracia, los italianos por preservarse de ella hacen con la mano una figura cabalística bajando todos los dedos sobre la palma, excepto el índice y el meñique que quedan rectos a manera de cuernos".

El padre Anticelli, agotada la conversación, se puso en pie para despedirse. Alguno le invitaba para ir a visitar la Fábrica del Albano, de la cual era don Juan uno de los más importantes accionistas.

—No; ¡mil gracias! —respondió—. Me aguardan otros quehaceres. Divertíos.⁶ ¡Alegrarse! Dejaos de agüeros y de cosas tristes, que la vida es buena y la virtud alegre... ¡Que todo sea para la mayor gloria de Dios!

Despidiose el clérigo de la señora, despidiose de los demás, y como el capitalista se dispusiera para acompañarle hasta el zaguán, el jesuita le detuvo y le hizo volver a su asiento.

—Ma...! —exclamó—. No, señor... Afuera están los herederos. Ellos cumplirán por usted.

En el grupo juvenil se charlaba alegremente. Pablo y Ramoncito conversaban cerca del zaguán; María se entretenía en arreglar las flores de una jardinera; Elena departía con Juan, y Margarita con Alfonso.

El padre Anticelli se detuvo un instante a contemplar el grupo y, mirando por sobre las gafas, clavó en las muchachas y en los mancebos viva y penetrante mirada.

—Jóvenes... —murmuró cortésmente—, ¡que Dios os guarde!⁷

Juan y Alfonso se miraron por manera significativa, sonrientes⁸ ambos.

—Supongo... —continuó el jesuita— que vosotros no estaréis tristes ni creeréis en patrañas... ¡Bien!, ¡bien!

Las señoritas y los jóvenes se levantaron.

—¡Adiós, Elena! —Y volviéndose a Juan—: Esta es la buena niña... ¡Queredla mucho! —Y siguió, dirigiéndose a Margarita—: ¡Dios te bendiga, muchacha, por tu excelente corazón!

Saludó con una inclinación de cabeza, dio la mano a Pablo y a Ramoncito, e iba a salir, cuando se presentó doña Dolores.

—¿Se va usted, padre Anticelli?

⁶ 1901-1902 no incluye: *Divertíos*.

⁷ 1901-1902: *guarde. por guarde!*

⁸ 1901-1902: *sonriendo por sonrientes*

—¡Sí, Dolores! —Y prosiguió en tono jovial—: Mira cómo te las compones con estos mancebos que están tristes... ¡Creen sin duda que les amenaza una gran desgracia!

—No, padre mío; no creen tal cosa... Es de moda eso..., y de ahí que se finjan supersticiosos.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Adiós!

Y se fue.

No bien hubo salido el padre Anticelli, cuando apareció don Juan en la puerta de la sala:

—¡En marcha! —dijo—. ¡El tranvía nos estará esperando!

Todos dejaron sus asientos. Los mozos buscaban sus sombreros; las señoritas los suyos. Doña Dolores se dirigió al salón. Allí, en voz baja, habló con ella el capitalista, y luego este gritó en francés:

—¡Luis, ven acá!

Presentose el mozo.

—¡Recoge —díjole don Juan—, recoge dos platos de plata que te dará la señora... y llévalos al hotel y guárdalos en una de mis cajas!

—¿Qué? —preguntó Elena al oír esto, en momentos en que pasaba junto a doña Dolores—. ¿Qué dice?

—¡Calla, hija, calla!... —respondióle sigilosamente la señora—. Ya⁹ te diré...

Y dando el brazo a su hija, se dirigieron ambas a la pieza inmediata. La pobre ceguezuela iba llorando.

—¡Mamá! —repetía afligida—. ¿Por qué ha dicho eso mi tío? ¿Le has regalado las mancerinas?

—Me las pidió. ¡No pude negárselas!

—¡Pero, mamá!

—¡Resignación, hija mía! Ofrece a Dios este sacrificio.

⁹ 1901-1902: Yo por Ya

XIV

Esa noche, al volver del hotel y ya recogidas en su alcoba, y mientras Pablo y Ramón estaban en el teatro con sus primos, Margarita y Elena hablaban de los sucesos del día.

—Estoy muy cansada —decía la ceguezuela—, pero no quiero acostarme sin platicar antes contigo. ¡Cómo me he reído de las supersticiones de los muchachos y de mis tíos! ¡Si parece mentira, si no es posible que personas ilustradas den importancia a ciertas cosas! No sé si tú lo habrás observado... A mí, para comprenderlo, me bastó lo que oía yo. Todos han estado tristes. Poco hablaron durante la ida y la vuelta. Mi tío estaba de mal humor, hasta brusco y áspero; a tía Carmen todo se le volvía suspirar y temer próximas desgracias; María..., ¡María es una boba, una sandia que, como no sea para decir frivolidades, no despega los labios! Para ella no hay nada como París... Yo pienso y sé cuánto vale París, pero no creo que¹ carezca de defectos...² ¿Que es muy lindo? Sí que lo será, convenido, pero ya me tiene cansada esa criatura con su París. ¿Sabes lo que me dijo? No puedes imaginártelo. Pues... me dijo, yo creí que intentaba burlarse de mí, me dijo que los alrededores de París son más fértiles que la vega de Pluviosilla; que allí la vegetación es vigorosísima; que se dan las piñas tan hermosamente como en... ¡el Brasil!

—¡Ten paciencia, mujer, ten paciencia!

—Si no me impacienta, ¡me causa risa y me divierte! Y... dime: ¿está bonita María?

¹ 1901-1902 no incluye: *que*

² 1901-1902: *algún defecto...* por *defectos...*

—¿Bonita? Bonita..., no, pero sí agraciada y simpática. Cuerpo gracioso y esbelto; cuello airoso; carita alegre; ojitos vivarachos... La boca es mala..., pero la dentadura parece hecha con dos hilos de perlas.

—¿Es elegante?

—¡Oh! Eso sí: muy elegante. Viste con sencillez. Es cierto que mucho le ayuda el buen gusto y el corte soberbio de los vestidos. Esta mañana para ir a la iglesia se puso un vestido negro, de seda opaca, que era una maravilla. Cuando pasamos al hotel para irnos a la fábrica, yo le dije que se mudara el traje y que llevara uno más ligero y vistoso, y entonces estuvimos buscando otro, tal como yo decía; por cierto que no le³ hallamos...

—Y por cierto que mientras, en el tranvía, ya nos cansábamos de esperar a ustedes.

—Por fin se decidió, o mejor dicho, nos decidimos por uno de paño claro y ligero. ¡Pero si tú hubieras podido ver qué lindos trajes ha traído!⁴

—¡Y otros más que traerá!

—Como que dice que viene bien provista, muy bien provista, porque ya sabe que en México no hay sastres de señoras, y si los hay no serán como los de... París; que ya sabe que aquí las telas son malas y carísimas..., no como las de... París, y que ya se imagina el mal gusto de las modistas, de las cuales la mejor no será...

—¡Como la peor modista de París!

—El traje que llevó esta mañana, aunque de invierno, e impropio para este clima y para un día tan caluroso como el de hoy, es primoroso; un traje de calle, casi de viaje, ceñido⁵ y airoso. Es de color claro, como de café crudo, sencillo,⁶ entallado de un modo elegantísimo, que deja lucir la esbeltez del cuerpo, la cintura delgadita y el busto distinguido. Completan ese traje, cuello y puños a la inglesa con sendos botoncillos de nácar; corbata de seda, crema, con jaspes de sepia

³ 1901-1902: *lo por le*

⁴ 1901-1902: *traído. por traído!*

⁵ 1901-1902: *entallado por ceñido*

⁶ 1901-1902: *airoso, por sencillo,*

esfumados en algunas vueltas; guantes de Suecia⁷ más oscuros que el vestido, y un sombrerillo, ¡qué sombrerillo, Lena!, ¡qué sombrerillo! ¡Chiquitín, de seda también, como la corbata, de color semejante, con unas cuantas cintas más oscuras, un haz de campánulas amarillas, de un amarillo muy suave, y un puñado de *edelweiss*!⁸

—Dejemos a María... Alfonso era el menos triste... (como que tú lo traes entusiasmado...).

—¡Jesús, criatura! No digas eso.

—Juan hablaba poco...

—¿Poco? ¡Pero, hija, si no puede hablar más de lo que habla!

—No, realmente estaba triste... Estoy segura de que no tuvieron sus labios la más breve sonrisa...

—No, no estaba triste. No creas que le duró mucho el recuerdo del número 13. Como que tú le traes loco...

—¿Loco? ¡Margot! ¡Por María santísima! ¡Qué cosas se te ocurren a ti!

—Díganlo si no los requiebros y piropos que tiene para ti..., las cosas que te dice, y el modo con que te mira...

—Pues ¿cómo me mira?

—¡Pues cómo ha de ser, Elenita mía, cómo ha de ser!

—Sí, pero... ¿cómo?

—Ya comprenderás...

—No comprendo... ¿Cómo?

—¡Jesús, Lena, si preguntas más que el Ripalda!

⁷ Los “distinguidos” guantes de Suecia, de acuerdo con los códigos de vestimenta descritos en las revistas de moda decimonónicas, eran apropiados para bailes, teatros, *soirées* y ceremonias nupciales. Este accesorio cubría hasta el codo, y su largo debía ser, “por lo menos, de quince botones” (Vizcondesa de Castelfido, “Revista de modas”, en *Diario del Hogar*, año IV, núm. 133, 18 de febrero de 1885, p. 1, y núm. 151, 11 de marzo de 1885, p. 1).

⁸ La *edelweiss* o flor de las nieves (*Leontopodium alpinum*) es un género de plantas compuestas que se localizan en los Alpes y los Pirineos; se considera la flor nacional de Suiza y Austria. Al parecer era muy valiosa y difícil de conseguir. En este sentido puede entenderse el siguiente comentario incluido en la nota “El cultivo de las flores”, firmada en Cartagena por un “Dr. Arcos” el 30 de mayo de 1903 (*El Tiempo*, año XXI, núm. 5 931, p. 1): “Se sabe que la flor predilecta del soberano de Inglaterra es el lirio, y que para adquirir estos, diariamente gasta sumas fabulosas. Igual cosa puede decirse del emperador de Alemania, quien ofrece a la emperatriz su mujer, a la hora de la comida, una simpática ‘edelweiss’ o siempreviva de nieve”.

—Margot: ¡dime cómo me mira Juan!

—Pues, criatura, ¡como un doncel ferido de amores!⁹

La ceguezuela soltó una carcajada, y al desbordarse la risa de sus labios, aquellos ojos sin luz, intensamente negros, brillaron con extraordinaria belleza.

Margarita prosiguió:

—De veras: ¡qué traje tan bonito el de María! ¡Pocos había más correctos y más elegantes!

—Y dime —preguntó Elena—: ¿y Alfonso es guapo?

—Yo no me detengo a observar eso.

—Margot: no seas hipocritilla.

—¿Hipócrita? ¿Por qué?

—Yo sé lo que las palabras quieren decir. ¿Piensas que yo no estuve atenta a lo que ustedes conversaban en la mesa, esta mañana? Si ya sabes que yo lo oigo todo, y a pesar mío, todo lo escucho... ¡Bien que me sé a qué huelen las rosas!

—Aquí no hay tal olor ni tales flores.

—¿Cómo es Alfonso, Margarita mía?

—Como todos los hombres.

—¿Es guapo?

—No es feo.

—¿Es inteligente?

—No es tonto.

—¿Se te inclina?

—¡Sépalos Dios! Y... mira: sin querer estamos parodiando a santa Teresa.¹⁰

⁹ La expresión “como un doncel ferido de amores” recuerda el uso arcaizante de ciertas voces que Cervantes hace en el *Quijote*, remedando el lenguaje de las novelas de caballerías. Ejemplo de ello es el comienzo de la carta que el Caballero de la Triste Figura escribe a Dulcinea en el capítulo xxv de la primera parte: “El *ferido* de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene” (2006, p. 245; las cursivas son mías).

¹⁰ Por su estructura dialogada, probablemente se refiera al poema número xi de la santa de Ávila, conocido como “Coloquio amoroso”: “Si el amor que me tenéis, / Dios mío, es como el que os tengo; / Decidme ¿en qué me detengo? / O Vos, ¿en qué os detenéis? / —Alma, ¿qué quieres de mí? / —Dios mío, no más que verte. / —Y ¿qué temes más de ti? / —Lo que más temo es perderte. / Un amor que ocupe os pido, / Dios mío, mi alma os tenga, / Para hacer un dulce nido / Adonde más la convenga. / Un alma en Dios escondida / ¿Qué tiene que desear, / Si no

—Ahora dime...

—¿Otra preguntita?

—Sí.

—¿Que te diga yo cómo es Juan?

—¡Criatura!

—¡Sí, si eso es lo que quieres saber!¹¹ Y no he de responderte.

—Lo que quiero saber es otra cosa.

—¿Otra cosa? ¡A que no!

—Sí. Otra cosa muy distinta.

—No; quieres saber si Juanito es guapo.

—No; porque eso ya me lo dijiste anoche. Me dijiste: “Lo es y mucho, y muy simpático, y muy elegante, y muy distinguido y...”.

—¡Y muy parlanchín!

—Margot, no seas así. Lo que quiero saber es... ¿quién de los dos es más apuesto? Tú dirás que Alfonso.

—Pues te diré que Juan.

—Dime la verdad, Margot; no te burles de mí... ¡No seas cruel!¹²

—Pues..., de los dos, el más guapo es... ¡Los dos igualmente!¹³

—Eso no puede ser.

—La verdad..., la verdad: ¡Juan! Alfonso...

—Alfonso... ¿qué?

—Alfonso es bueno.¹⁴

amar y más amar, / Y en amor toda escondida / Tornarte de nuevo a amar?” (Teresa de Jesús 1861, p. 512).

¹¹ 1901-1902: *saber. por saber!*

¹² 1901-1902: *No seas cruel. por ¡No seas cruel!*

¹³ 1901-1902: *Los dos igualmente... por ¡Los dos igualmente!...*

¹⁴ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 8.

XV

Resolviose todo de una manera definitiva. La familia se iría a México tan luego como levantara la casa; Pablo sería llamado, si era preciso, oportunamente; Ramoncito debía continuar sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria¹ — lo cual no era muy del agrado de su mamá, siempre temerosa de riesgos y perdiciones para su hijo—, y doña Dolores recibiría cien pesos cada mes para atender a las necesidades de su familia.

Diole don Juan quinientos pesos para ayuda de gastos, y tanto el capitalista como su esposa y sus hijos manifestaron a todos sumo cariño y vivísimo deseo de tenerlos cerca. ¡Cómo se felicitaban de lo acordado, cómo se mostraban alegres y contentos!

—¡Ya lo ves —repetía doña Carmen—, ya lo ves! ¡Juan es así! Todos dicen que tiene mal carácter, que es egoísta y avaro y rencoroso... ¡Pero no es verdad, no es verdad! Yo, que le² conozco bien, sé cuánto vale. ¡Vale mucho! Es delicado y sensible, y aunque a veces parece duro de corazón, no hay en él nada de eso. Él tiene sus ideas, es cierto;³ acaso raras, no lo niego, muy raras..., pero no es

¹ La Escuela Nacional Preparatoria se creó con base en la Ley Orgánica de Instrucción Pública expedida por el presidente Benito Juárez en 1857 con la intención de reorganizar la enseñanza en el país. Inició sus labores el 1 de febrero de 1868, en el mismo edificio que había ocupado el Colegio Real de San Ildefonso, entre lo que hoy son las calles de Justo Sierra y San Ildefonso, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. La fundación de este establecimiento corrió a cargo de Gabino Barreda, discípulo del francés Augusto Comte y uno de los principales defensores del ideario positivista en México. De acuerdo con Leopoldo Zea, “tanto clericales como jacobinos” se opusieron a la educación positivista —que se basaba sobre todo en el método científico y rechazaba cualquier conocimiento que no tuviera posibilidad de ser demostrado—, pues con ella perdían su antiguo predominio espiritual; así, consideraban “a los instructores de la nueva escuela como miembros de una secta y no como poseedores de verdades válidas para toda la sociedad” (1993, p. 215).

² 1901-1902: *lo por le*

³ 1901-1902 incluye: *tiene sus ideas*,

rencoroso. Mira tú; con ustedes podía ser frío y desamorado, y, ¡ya lo ves!, no guarda⁴ rencor. Mucho hace por ti y por tus hijos... Pues... ¡hará más, mucho más!

Doña Dolores callaba entristecida. Sentíase humillada al recibir dinero de su cuñado y pensaba que, en lo futuro, cada cantidad recibida importaría para ella y para sus hijos nueva y dolorosa humillación.

“¡Paciencia! —decía para sí—. ¡Paciencia! Iremos, ¡qué se ha de hacer! Pablo tendrá un buen empleo, y entonces, poco a poco, devolveremos a Juan lo que ahora nos da... No aceptaremos ni un centavo más; viviremos económicamente. Moncillo será abogado, volverá a Pluviosilla, abrirá bufete, tendrá clientela, y todos, todos, menos Pablo, tornaremos a nuestra amada ciudad a vivir tranquilos y dichosos. Pablo subirá, sí, subirá, porque no podrá menos de ser así..., y hará fortuna, y no necesitaremos de nadie. ¿Y si a Pablo se le mete en la cabeza casarse? Pues, bien, que se case, con tal que sea con persona que le convenga, con una muchacha modesta y sencilla, sin vanas aspiraciones de lujo... ¡Con tal que sea buena, aunque sea pobre! Y... bien visto el caso: pudiera ser rica. María Durand es rica, riquísima, y sin embargo es una excelente esposa. Así quiero yo una joven para mi Pablo. Además, mi hijo no es un tonto, y aunque joven le sobran mundo y experiencia, y a tiempo cuidará de traerse a su esposa, para sacarla de ese México tan frívolo y vanidoso. ¡Con razón le ha llamado alguno ‘perpetua feria de vanidades!’”.

Margarita estaba tristoncilla. Ella habría⁵ preferido no salir de Belchite.⁶ Quería mucho a Pablo, mucho, pero, si era necesario, que se fuera, que se fuera a

⁴ En 1903, en el fragmento *[ra]ras, no lo niego, muy raras..., pero no es rencoroso. Mira tú; con ustedes podía ser frío y desamorado, y, ¡ya lo ves!, no guar[da]* —que tanto en 1901-1902 como en 1903 abarca tres renglones completos—, las letras aparecen invertidas, con el orden de abajo hacia arriba. Es muy posible que al suprimir la frase *tiene sus ideas*, un poco antes, el linotipista haya dispuesto las líneas de cabeza. El error se consigna en la fe de erratas de 1903.

⁵ 1901-1902: *había por habría*

⁶ Probable referencia a la comedia del escritor logroñés Manuel Bretón de los Herreros titulada *El pelo de la dehesa*, la cual se estrenó el 13 de febrero de 1840 en el teatro madrileño del Príncipe (hoy llamado Español). El argumento de la obra es el siguiente: don Frutos, joven y rico heredero originario de Belchite (villa de la provincia de Zaragoza, en la comunidad de Aragón, España), “llega a Madrid, a la casa de su prometida doña Elisa, a la que no conoce personalmente, pero con la que ha de contraer matrimonio según concertaron los padres de ambos: rústico, pero dotado de gran fortuna, el del novio; noble, marqués, pero arruinado, el de ella” (Montero 1998, p. 89). La obra —cuya continuación, *Don Frutos en Belchite*, se estrenó en Madrid en el Teatro de la Cruz el 27 de enero de 1845— presenta “un continuo enfrentamiento y juego de contrastes” entre

México, que allí se colocara; que trabajara allí, que hiciera fortuna..., y mientras todos estarían contentos en Pluviosilla, muy metiditos en su casa, sin exigencias, como siempre, tranquilos y olvidados. Si Ramoncillo podía seguir estudiando en el Preparatorio,⁷ y hasta estudiar allí cuanto se necesita para ser abogado, ¿para qué ir a México, para qué? Pero cuando discurría para sus adentros, y hablaba de todo esto, allá en el fondo de su pensamiento, entre no sé qué brumas, como envuelta en velos vaporosos, surgía risueña y simpática la silueta de un mozo, de un mozo delgado, pálido, nervioso, de palabra expresiva, de mirada dulce y apasionada, de un joven ensoñador y blando, abatido siempre por misteriosas añoranzas;⁸ Alfonso, Alfonso, cuya figura distinguida no se apartaba ni un instante de la gallarda señorita.

Elena decía:

—¡A mí no me atraen ni el brillo ni los esplendores de una gran ciudad! Para mí todo es tinieblas y noche oscura. Iré a los teatros..., oiré comedias y dramas, escucharé buena música, nueva, música clásica, que tanto me gusta..., ¡y nada más!⁹

Y luego, hablando consigo misma, hablando quedito, muy quedito, como temiendo que alguien la oyera, allá en lo más hondo y silencioso de su alma, murmuraba: “Solo una cosa me atraerá desde México: ¡Juan!”.

El Ramoncillo se mostraba entusiasmado:

—¡Cómo me voy a pasear allí! Teniendo bien repartido el tiempo, me alcanzaré para todo. Y los domingos... En la tarde: a los toros. En la noche: al teatro o al

personajes y estilos de vida. La historia “concluye con la renuncia, prudente y generosa, por don Frutos, al proyectado matrimonio con persona tan distinta a él en educación, gustos y costumbres” (p. 91).

⁷ Se trata del Colegio Preparatorio de Orizaba, fundado en 1824 por iniciativa del sacerdote Miguel Sánchez Oropesa (al respecto, *vid.* Galindo 2013, pp. 11 y 15n, y Moreno 1898). Aunque en su origen este establecimiento tuvo como objetivo “formar candidatos a las órdenes sagradas en un esquema de Antiguo Régimen, se convirtió, en las postrimerías del siglo XIX, en una institución laica controlada por el Estado con una clara orientación positivista dentro de un proyecto modernizador de la sociedad mexicana impulsado desde el poder” (Galindo 2013, p. 11). Cabe recordar que Rafael Delgado fue alumno (ingresó en 1868), profesor (en distintos periodos a partir de 1875) e incluso rector (1909-1913, con una breve interrupción) de este Colegio (Sol 1995b, pp. 54-55).

⁸ 1901-1902: *misteriosa añoranza*; por *misteriosas añoranzas*;

⁹ 1901-1902: *más. por más!*

circo. A mí no solo me tientan espectáculos y coliseos, no, también deseo estudiar en aquellas escuelas, oír profesores elocuentes y afamados, asistir a las Cámaras cuando se discutan graves y ruidosos asuntos, y cuando haya sesiones borrascosas. ¡Tengo unas ganas de oír a Mateos! ¡Sí, quiero verle con mis ojos, quiero desengañarme... de si es cierto que le aplauden, y si ese aplauso es sincero y no de burlas o prodigado por aquellos cuyos sentimientos halaga y enardece!¹⁰

Quedó resuelto que Pablo sería llamado oportunamente; que desde luego dejaría su empleo de la fábrica, a fin de¹¹ ayudar a su mamá en cuanto fuera necesario para quitar la casa, y que don Juan se encargaría de buscar en México un local cómodo y decente para la familia; una casa en barrio sano y alegre, o en Tacubaya, o en Coyoacán.¹²

El último día que pasó el capitalista en Pluviosilla fue empleado en hacer visitas. Ya habían estado a verle el administrador de la Fábrica del Albano, el licenciado Castro Pérez, el notario don Quintín Porras (quien había sido en varios asuntos apoderado de don Juan) y otras varias personas de viso¹³ con quienes nuestro personaje llevaba de antaño buenas y cordiales relaciones.

¹⁰ Juan Antonio Mateos Lozada, mejor conocido como Juan A. Mateos, abogado, congresista, fecundo novelista, poeta, periodista, orador y dramaturgo originario de la Ciudad de México. En su juventud fue discípulo de Ignacio Ramírez. Luchó con el ejército republicano y contra la Intervención Francesa, y desempeñó diversos e importantes cargos, entre ellos el de regidor del ayuntamiento (durante el Imperio), secretario de la Suprema Corte de Justicia (en la República Restaurada) y director de la Biblioteca del Congreso (hacia el final de su vida). En la tribuna parlamentaria, cuando fue diputado al Congreso de la Unión (en diversos periodos entre 1862 y 1900), se distinguió por sus ideas liberales y su elocuencia (Ruiz y Márquez 2000, p. 502). Respecto de los aplausos con que eran recibidas sus intervenciones en la Cámara, valga un fragmento del extracto de la sesión del 19 de octubre de 1893, publicado en *El Siglo XIX* (novena época, año LIII, t. 104, núm. 16 756, 20 de octubre de 1893, p. 2): “El Sr. Mateos apoyó sus proposiciones en un discurso en que hizo alarde de su inagotable verba, saludada, como de costumbre, por las carcajadas y los aplausos de la concurrencia, que llenaba las galerías”.

¹¹ 1901-1902: *para por a fin de*

¹² Hacia mediados del siglo XIX Tacubaya tenía, a juicio de Manuel Payno, uno de los mejores climas del mundo, y por ello favorecía “la curación de algunas enfermedades y la convalecencia de casi todas”; también poseía un terreno seco con óptima ventilación, aguas “delgadas” y “sabrosas”, así como multitud de árboles. A una distancia aproximada de 7 000 varas de la capital (esto es, poco menos de seis kilómetros), era una población pequeña que crecía con rapidez; en ella tenían sus casas de campo importantes y adineradas familias, como la de Manuel Escandón, el conde de la Cortina y Manuel Romero Rubio (1853, p. 1005). Al igual que Tacubaya, Coyoacán formaba parte de los alrededores de la capital; García Cubas mencionó este pueblo de origen prehispánico junto con San Ángel y Tlalpan, y destacó sus “arroyos cristalinos, sus huertas, sus campiñas y sus bellas cañadas cubiertas de plantas, de árboles y de trepadoras enredaderas” (1904, p. 569).

¹³ *Personas de viso*: ‘Conspicuas’ (RAE 2014, s. v. “viso”).

Doña Carmen salió de paseo con doña Dolores; el canónigo y don Cosme comieron en Santa Marta, invitados por los capellanes, y todos los primos se fueron de gira a la hacienda de Fuentelimpia con unos amigos de Pablo y de Ramón.

Volvieron a las seis de la tarde. Ramoncillo y su hermano, a caballo con los anfitriones. Juan¹⁴ y Alfonso, en un carruaje con las niñas.

¡Magnífico día! ¡Espléndida tarde! Al regresar de la hacienda, a la luz deslumbrante del sol poniente, pudieron gozar de un soberbio celaje rojizo, que parecía envolver en llamas las nieves del volcán.

—Margot —decía Alfonso al oído de su graciosa prima—, no cambio este día por el mejor de cuantos he pasado en Europa. Tu afecto y tus palabras son para mi corazón como vientecillo primaveral embalsamado con aroma de lilas.

Y Margarita no respondía, y bajaba los ojos, y se entretenía en ordenar las flores que traía en el regazo.

¹⁴ En ambos testimonios se lee *Pablo*. Se trata de un error evidente, puesto que Pablo, junto con Ramón, emprendió el regreso “a caballo con los anfitriones”.

XVI

A las nueve de la mañana doña Dolores, con todos sus hijos, estaba ya en el hotel.

Quedaban listos los equipajes. Los franceses recogían bultos¹ apresuradamente, pedían órdenes y se disponían para ir a la estación.

Don Juan almorzaba con tranquilidad olímpica; doña Carmen le acompañaba; María, con sus primas, daba el último toque a su traje, y los cuatro mozos charlaban a la puerta del establecimiento.

—Procuraré —decía Juanito a Pablo—, procuraré que vayas pronto; ya verás qué buenos días nos pasamos. Sin duda que tu vida no será allá tan fastidiosa como aquí. México no es París, pero ya cuidaré yo de que sea alegre para mí. Ustedes necesitan salir de la provincia. Tienen todos los jóvenes de provincia² — y lo mismo pasa en Francia— cierto aire de timidez que me da risa. Parecen palomos asustados. No, no, ni un día más. Te espero. Cuando llegues, porque tu mamá y las muchachas se irán después, te irás a vivir con nosotros. Quedaremos independientes. En el primer piso tendremos Alfonso y yo nuestras habitaciones, y camparemos por nuestra cuenta. A mí no me gusta la sujeción y la tiranía de la familia... ¡Por fortuna papá no ha gustado nunca de tenernos sujetos! Te espero: ¡yo me daré trazas para que antes de un mes estés allá! ¿Tienes aquí novia? ¿No? ¡Mejor que mejor! Si la tienes y me engañas, rompe esas relaciones. No te vuelvas como Alfonso, ¡el ideal!, ¡el casto! (don Alfonso el Casto le llamo yo)...³

¹ 1901-1902 no incluye: *bultos*

² 1901-1902: *allá por provincia*

³ 1901-1902: *don Alfonso el Casto le llamo yo... por (don Alfonso el Casto le llamo yo)..., // Hay una comedia histórica de Antonio Mira de Amescua titulada *Las desgracias del rey don Alfonso el Casto*, impresa por vez primera en Barcelona, en el volumen *Flor de las comedias de España de diferentes autores. Quinta parte* (1616). Inspirado en el mismo personaje, el crítico, académico de la lengua y dramaturgo español Juan Eugenio Hartzenbuch escribió *Alfonso el Casto*, obra*

que por cierto desengaño que tuvo en Niza, hace un año, todavía no levanta cabeza. Sí, corta esas relaciones con cualquier pretexto... ¡Ya verás! ¡Ya sé yo cómo voy a combatir en mí la nostalgia de Lutecia!⁴

Alfonso prometió a Ramón libros nuevos. Traía muchos, de lo mejor; todo lo publicado en el último invierno: la última novela de Zola; los últimos cuentos de Catulo Mendès.⁵ Traía también libros serios.

—No nací —agregaba—, no nací para hacer carrera..., pero me gusta leer, me gusta⁶ saber de todo...

Llegó la hora de la partida. Un tranvía especial aguardaba frente al hotel; un carro elegante, tirado por dos lindos *poneys* —todo ello cortés obsequio del dueño de la vía urbana, antiguo amigo de don Juan—. El canónigo y don Cosme no llegaban aún. Ramoncillo fue por ellos. No tardaron en venir, y pronto estuvieron en la estación.

Hervía en el andén la multitud. Llegó el tren, unieron a este elegantísimo coche, y los criados, con ayuda de unos mozos de cordel,⁷ metieron en un furgón todo el equipaje de la familia: setenta bultos.

A despedir a la familia vinieron muchas personas.

“¡Cuántos de estos que ahora vienen a decirme adiós —pensaba don Juan— no se dignaban saludarme⁸ cuando por primera vez me ausenté de esta tierra en busca de más amplios horizontes, en busca de fortuna y en busca de dinero! Y ahora...”.

Pero se mostraba cortés con todos; para todos tenía una palabra afectuosa, un recuerdo que llevaran a los suyos, una promesa, un ofrecimiento espontáneo.

estrenada en España en 1841. Es probable que Delgado aludiera a esta última pieza, cuyo autor era bien conocido en México gracias a *Los amantes de Teruel* (1837), por la que ganó fama y renombre en su país y en el extranjero.

⁴ *Lutecia* o *Lutetia* es el nombre que los romanos dieron a la ciudad de París.

⁵ Catulle Mendès fue un prolífico poeta, dramaturgo y novelista francés asociado con la corriente del parnasianismo, la cual se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX y tuvo gran influencia entre los primeros modernistas mexicanos. Acerca de este escritor, de Zola y de las lecturas de Alfonso, *vid.* el tercer capítulo del “Estudio introductorio”.

⁶ 1901-1902 no incluye: *leer, me gusta*

⁷ *Mozo de cordel o de cuerda*: ‘Mozo que se ponía en los lugares públicos con un cordel al hombro a fin de que cualquiera pudiera contratarlo para llevar cosas de carga o para hacer algún mandado’ (RAE 2014, s. v. “mozo”).

⁸ 1901-1902 incluye: *allá*

En el fondo del vagón charlaban los muchachos. Juanito parloteaba de lo lindo al lado de Elena; Alfonso conversaba dulcemente y en voz baja con Margarita, y Pablo y su hermano departían con María, a quien, lo mismo que a doña Carmen, habían ofrecido frescos ramilletes de gardenias.

Los ociosos que pululaban en el andén miraban con impertinente tenaz curiosidad a los Collantes. Algunos amigos de Pablo y de Ramón los saludaban con maliciosa sonrisa, y algunos pollos ponían mirada interesante en la linda personita de María.

Sonó el toque de prevención. La señora y las señoritas⁹ bajaron del vagón, despidiéronse, y por el ventanillo se cambiaron las últimas frases, los últimos encargos.

Partió el tren. El doctor Fernández abrió el breviario y se puso a rezar. Don Juan, quitándose el sombrero, saludó y dijo a gritos:

—¡Adiós, Lola! Antes de un mes tendrás¹⁰ puesta tu casa...

Juan, Alfonso y María saludaban a sus primas. Contestaban todos y el tren se iba alejando.

Margot estaba triste y pensativa. Elena enjugaba sus ojos.

Al salir de la estación y al subir al tranvía, cuantos pasaron saludaron cariñosamente a doña Dolores y a sus hijos.

—¿Quién es ese señor? —preguntó un transeúnte.

—¡Don Juan Collantes! —respondióle uno que pasaba—. ¿No le conoce usted? ¡Es de aquí! ¡Es un millonario! Viene ahora de París... ¡Es tío de los muchachos esos, de la rubia esa y de la ciega! Ya todos estos salieron de apuros. ¡Y cómo se les han subido los millones... del tío!¹¹

⁹ 1901-1902: *la señorita por las señoritas*

¹⁰ 1901-1902 incluye: *ya*

¹¹ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 9.

XVII

Fácilmente, y como era de esperarse, dados aquel medio tan propicio y el carácter de los buenos y pacíficos habitantes de Pluviosilla, donde a falta de cosas importantes la más insignificante y baladí suele tomar aspectos y proporciones colosales, con la rapidez del relámpago corrió la inesperada noticia de que la familia Collantes levantaba tiendas para ir a radicarse en la capital de la República.¹

Desde las verdes faldas de la colina del Recental hasta el barrio de Santa Mónica, y desde el molino de La Esperanza hasta la ermita de San Antón, no se hablaba de otro asunto.² En boticas y mentideros —que los hay a docenas y muy concurridos por gentes piadosas y discretísimas— se trataba del susodicho viaje y se le comentaba de mil modos diversos. Era para muchos motivo de burlas y de

¹ En este capítulo se hace hincapié en la facilidad con que los habitantes de Pluviosilla se entregan a la murmuración y hacen correr los rumores. Esta característica también está presente en Villatriste y entre los villaverdinos, de quienes el narrador de *Angelina* dice lo siguiente: “En Villaverde se murmura de todos y de todo; se averigua qué hacen, y en qué se ocupan los demás; se lleva cuenta y razón de los actos de cada vecino; nadie ignora hasta lo más secreto de la vida de los otros, y quien vive más alejado de los mentideros —que los hay a docenas, en boticas y tiendas de ultramarinos— pudiera inventariar de memoria las ropas de quienes no pisan los umbrales de su casa más que por Corpus y San Juan. / Puede afirmarse que todo villaverdino, al meterse en la cama por la noche, sabe de cualquiera de sus paisanos cuántas cucharadas de sopa se engulló ese día, así se trate del vecino más conspicuo como del bracero más humilde” (Delgado 1895, cap. vi, p. 63).

² Manuel Sol (1995b, p. 405n) cree que el molino de La Esperanza, también mencionado en *La Calandria* (Delgado 1891, cap. xxix, p. 262), podría corresponder al de La Borda, el cual era uno de los cinco molinos para trigo de “sistema moderno” que había en Orizaba hacia 1898 (los otros eran Santa Elena, Guadalupe, La Alianza y Miraflores). De acuerdo con José María Naredo, el de La Borda, “por su amplio y bien acondicionado edificio y excelente maquinaria”, era el más importante de todos (Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. xxiv, p. 259). Ahora bien, en Orizaba hubo tres ermitas: “de la *Asunción*, en el barrio de Ixhuatlán; la de *Señor Santiago*, en el de Jalapilla, y la de *Santa Ana*, en el Varejonal”. Las tres fueron fundadas en 1601; sin embargo, hacia 1867 solo existía la de Santa Ana o Santa Anita, nombre que guarda cierto parecido fonético con San Antón (Arróniz 1867, p. 367n; las cursivas son del original).

sátiras, para otros de graves y profundas meditaciones, y para todos cosquilleo de envidia y de celo, uno y otro velados, no podía menos de ser así, con dulzuras de compasión y de alegría devota, muy en caja³ con el buen carácter de los comentadores.

Se recordó el pasado de los Collantes; se trajeron a cuento los esplendores y el auge de aquella familia, la cual, en años remotísimos, fue la primera y la más conspicua entre muchas, a cuál más distinguida y ameritada de la húmeda ciudad. Contaron los viejos, y de labios de estos lo repitieron personas de mediana edad, y siguieron diciéndolo mozos, pollas y niños, cómo la familia esclarecida de los Collantes vino a menos, muy a menos, allá por los años de 45 y 46; cómo don Pablo, padre de don Ramón y de don Juan, consiguió alzar un tantico su fortuna⁴ durante la invasión norteamericana, gracias, según fundadísimas sospechas, a no sé qué negocios con el yanqui, después del bombardeo de Veracruz y de la batalla de Cerro Gordo.⁵ Dijeron también, muy atrevidos y faltos de piedad, de los amores

³ *En caja*: 'En regla y concierto' (RAE 2014, s. v. "caja").

⁴ 1901-1902: *su fortuna un tantico por un tantico su fortuna*

⁵ El periodo al que alude el narrador (1845-1848) fue uno de los más convulsos de la historia de México; en él se sucedieron varios gobiernos, se agudizaron las luchas entre facciones y tuvo lugar la primera intervención norteamericana. El 17 de diciembre de 1844, Santa Anna, quien con ciertas interrupciones ocupaba la presidencia desde octubre de 1841, fue destituido por el Congreso; lo reemplazó el general José Joaquín de Herrera, a la sazón presidente del Consejo de Gobierno (Vázquez 2004, pp. 546-547, y 2010, pp. 174-175). De Herrera fue derrocado por Mariano Paredes y Arrillaga, quien solo duró siete meses en el poder (de diciembre de 1845 a julio de 1846). Durante su mandato, en enero de 1846, James Polk, presidente de los Estados Unidos que desde su candidatura había manifestado la intención de adquirir a cualquier precio California, Nuevo México y Oregón, ordenó al general Zachary Taylor avanzar hacia territorio mexicano (Vázquez 2010, p. 176). En abril de ese año hubo un choque entre las tropas de los dos países vecinos que dejó algunos muertos; Polk aprovechó este incidente para enviar una declaración de guerra al Congreso mexicano. La flota estadounidense y su ejército invadieron nuestro país por tres frentes: Nuevo México y California; Chihuahua, y Veracruz. Las tropas mexicanas, en franca desventaja, llevaron la peor parte; tras una serie de derrotas cuyo episodio más doloroso fue quizá el izamiento de la bandera del invasor en Palacio Nacional, el 15 de septiembre de 1847, se negoció la paz en enero de 1848. El Tratado de Guadalupe, firmado el 2 de febrero de ese año, estipuló la cesión a Estados Unidos de Nuevo México y California, que habían sido conquistados. Por otra parte, el bombardeo de Veracruz ocurrió en marzo de 1847, en el marco de la invasión; el ataque fue comandado por el general Winfield Scott, causó numerosas bajas al merchado ejército mexicano y culminó con la rendición de este. El enemigo, dueño ya de Veracruz, "emprendió su marcha al interior del país, por el camino de Jalapa"; mientras tanto, Santa Anna, que regresaba de combatir en la Angostura, se dirigió con sus agostadas tropas al encuentro del invasor, "a quien se propuso esperar en las asperezas de Cerro Gordo, situado entre Jalapa y Veracruz. Con la violencia que el caso requería, se reventaron y artillaron baluartes y trincheras, y contando con el entusiasmo y valor de nuestras tropas, se creía como seguro obtener allí un triunfo [...]. Pero por desgracia no fue así. El ejército americano, no obstante la multitud de bajas que le

de Eugenia⁶ Collantes, la hermana mayor de don Juan, gallarda como una reina y linda como un sol de oro, con cierto jefe del Cuerpo Expedicionario Francés, en los primeros meses del 62, amores que fueron para la familia causa de discordia y desunión.⁷

De aquí provino, repetían,⁸ la enemistad implacable que separó a los dos hermanos, don Juan y don Ramón, y no meramente de negocios y operaciones de las manos muertas, como todos creían; de ahí tan graves disgustos; de ahí

ocasionaron la metralla y balas mexicanas, se posesionó del punto y nuestras fuerzas se dispersaron. El general en jefe tuvo que huir, y por caminos extraviados se dirigió a Orizaba, a donde llegó a fines de abril” (Naredo 1898, t. I, libro segundo, cap. xvii, pp. 109-110).

⁶ En ambos testimonios se lee *Angustias*. Salvo en este capítulo, en toda la novela la hermana de Juan y Ramón Collantes se llama Eugenia; por esa razón he enmendado esta y todas las menciones sucesivas.

⁷ Al finalizar la década de 1850, en México hubo una fuerte disputa por el poder que enfrentó a los partidos reaccionario y constitucionalista (o bien, a conservadores y liberales) en el marco de la Guerra de Tres Años o de Reforma (enero de 1858-diciembre de 1860). A partir de mayo de 1858, Benito Juárez, al mando del ejército constitucional, gobernaba desde el estado de Veracruz, con el reconocimiento de Estados Unidos, mientras que Miguel Miramón ocupó la presidencia de la República en la capital desde febrero de 1859. Tras dos intentos fallidos de apoderarse de Veracruz y vencer a Juárez, el 22 de diciembre de 1860 Miramón “fue completamente derrotado en San Miguel de Calpulálpam”; escapó “con solo una pequeña escolta, con la que entró a la Capital; y no contando ya con elementos para sostener su gobierno, la evacuó el 24 en la noche” (Naredo 1898, t. I, libro segundo, cap. xxv, p. 152). El gobierno constitucional triunfó y el 1 de enero de 1861 Benito Juárez retomó el mando en la Ciudad de México. Sin embargo, la situación nacional era compleja: el partido liberal presentaba divisiones internas, la reacción mantenía una terrible y sangrienta guerrilla, y la escasez de recursos forzó al gobierno a suspender el pago de la deuda externa (17 de julio de 1861), lo cual, como es bien sabido, ocasionó una invasión por parte de España, Francia e Inglaterra (diciembre de 1861), que ocuparon Veracruz (Lira 2010, pp. 194-195). En febrero de 1862, en esta entidad, el ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Doblado, signó con Juan Prim, representante de la Alianza Tripartita, los Tratados de la Soledad, mediante los cuales las potencias firmantes reconocían el gobierno de Juárez y declaraban respetar la soberanía de México, y el gobierno mexicano se comprometía a reiniciar el pago de la deuda en cuanto la situación lo permitiera. Empero, mientras Inglaterra y España se retiraron, los franceses, que en realidad abrigaban el propósito de “apoyar la instauración de una monarquía con príncipe católico y extranjero”, iniciaron su segunda intervención (p. 195). Los soldados galos se instalaron en la ciudad de Orizaba el 20 de abril y, desde el 21 hasta el 27, “se ocuparon en prepararse para emprender su marcha sobre la capital de México”, la cual se verificó el 27 (Naredo 1898, t. I, libro segundo, cap. xxvii, pp. 179-180, y cap. xxviii, p. 188). Tras una larga serie de enfrentamientos en los que el ejército mexicano se vio en franca desventaja frente a las fuerzas francesas (pese a lo cual pudo infligirles la famosa derrota de Puebla, el 5 de mayo de 1862, a manos de Ignacio Zaragoza), Maximiliano de Austria llegó a México en abril de 1864 y encabezó lo que se conoce como el Segundo Imperio Mexicano (1864-1867). Ahora bien, es muy probable que la relación de Eugenia Collantes con el militar gallo comenzara en abril de 1862, con motivo de la presencia de las tropas francesas en Orizaba; la postura contrastante de los dos hermanos varones, uno favorable a la unión y otro completamente opuesto, parece simbolizar el enfrentamiento de los dos bandos que dividían el país: los monárquicos y los republicanos (“dos proyectos políticos de nación”, en palabras de Andrés Lira), aunque, según se verá, en el caso de Juan Collantes lo que predomina es el egoísmo.

⁸ 1901-1902: *provino* —*repetían*— por *provino*, *repetían*,

que en caso aflictivo, y vaya si lo fue el verse al borde de la ruina, que don Ramón no hubiese podido apelar a su hermano, en demanda de salvación; de ahí la gran fortuna de don Juan por el apoyo que le prestó su cuñado, quien le puso en relaciones con el mariscal Bazaine,⁹ y en vía de hacer, como los hizo, soberbios negocios con el tesoro francés.

Casose Eugenia, fuese a Francia con su marido, y a principios del 67, a la caída del Imperio, fuese también a Francia nuestro don Juan Collantes; de allí volvió en 70 con toda su familia, redondeó sus negocios y regresó a París, donde siguió acrecentando su fortuna, la cual había subido extraordinariamente en los últimos años. Él tenía en Francia la mayor parte de su capital, y lo tenía muy bien colocado y productivo, de manera que, al bajar la plata y al subir el cambio, duplicó sus riquezas.¹⁰

—Ahora —decía, asimismo, en la sala de juego del Círculo Mercantil,¹¹ y en algún otro mentidero, entre una mano de *poker* y una camonina¹² celebrada—, ahora —decía algún hombre de negocios, viejo amigo de don Juan, a quien había comprado una posesión cafetera, allá por Omealca—,¹³ ahora viene a fincar todo el dinero que se tiene achocado...,¹⁴ y ¡ahora es tiempo de que veamos cómo

⁹ François Achille Bazaine, destacado militar francés, comandó la primera división del cuerpo expedicionario en la Intervención Francesa. Su influencia fue decisiva para el manejo de los asuntos nacionales, así como en operaciones militares de la mayor importancia. Napoleón III premió sus servicios nombrándolo mariscal de Francia (1864). Contrajo matrimonio en México con Josefa Peña y Azcárate; regresó a su país el 5 de febrero de 1867, por orden de Maximiliano.

¹⁰ El precio de la plata registró una depreciación internacional desde 1873, lo que generó “graves consecuencias para la economía mexicana, cuya principal exportación consistía en este metal”. En la década de 1890, cuando muy probablemente don Juan duplicó sus riquezas, hubo una “continua tendencia a la baja”, y en 1901-1902 la plata mexicana alcanzó su menor cotización en el mercado mundial (Luna 1996, p. 174).

¹¹ 1901-1902: “Círculo Mercantil”, por *Círculo Mercantil*,

¹² *Camonina*: ‘Apuesta que se hace en el juego del monte, con una de las figuras del albur, pero señalando el palo. Habiendo, por ejemplo, sota y as, se apuesta a la sota o al as que vengan primero, de determinado palo que se elija’ (Santamaría 2005, s. v. Cabe señalar que el lexicógrafo usa precisamente este pasaje de *Los parientes ricos* para ilustrar el empleo del término).

¹³ Omealca era una hacienda que correspondía en lo civil al pueblo de San Antonio Tenejapan y contaba con “72 caballerías de tierras”, “soberbios bosques en donde abunda[ba] todo género de maderas exquisitas”, y tierras fértiles, bañadas por el río Blanco y propicias para “el cultivo de la caña, café, vainilla, algodón, arroz, añil y demás producciones de tierra caliente” (Naredo 1898, t. I, libro primero, cap. VIII, pp. 73-74). En la actualidad es uno de los 212 municipios en que se divide el estado de Veracruz.

¹⁴ *Achocado*: participio pasivo del verbo *achocar*, que significa, en sentido figurado y familiar: ‘Guardar mucho dinero, y particularmente guardarlo de canto, en fila y apretado para que quepa más’ (RAE 1899, s. v.).

parte de esas sumas, que no son grano de anís, se utilizan aquí en Pluviosilla, en alguna obra pública; en la construcción de una casa de rastro o en la introducción del agua potable!... En fin, es preciso que Juan —así nombraba al capitalista, para que todos supieran la confianza que uno y otro se tenían—, ¡es preciso que Juan haga algo en bien de Pluviosilla! ¡Ya le hablé del asunto! ¡Ya le hablé de eso! ¡Yo no me duermo en casos de estos! Y Juan (que está admirado de los adelantos y de la riqueza de Pluviosilla, y muy interesado en su prosperidad) me dijo ya que se propone estudiar el punto; que el negocio le parece bueno y de fácil término; que traerá ingenieros franceses para que hagan planos, mediciones y cálculos...

Pero los tertulianos, y el mismo que tales cosas contaba, inclinados sobre el verde tapete, dejaban a un lado tan risueños proyectos de bienestar... público y se dejaban arrastrar por los azares de la baraja.

En todas partes contaban las gentes que Collantes volvería pronto a su tierra natal, a emplear sus dineros en bien de ella; pero que, hecho el contrato del rastro y de la introducción y entubación del agua, el capitalista se volvería a París. Era razón que así lo hiciera: su cuñado, el general Surville, sería, más tarde o más temprano, ministro de la Guerra, y entonces qué mejor oportunidad para mayores y productivos negocios.

En los círculos femeniles el chisme iba por otros senderos. Contábanse en ellos mil y mil anécdotas; se encomiaban el desprendimiento y las excelencias de Collantes; eran puestas muy en alto su caridad y su amor a la familia de su hermano, y se envidiaba a Margarita y a la infeliz Elena.

—¡Oye tú! —charlaba una pollita, nerviosa, fea, delgada como un mango de escoba y vivaracha como una lagartija, y muy relamida, y muy suelta de palabra—. Mira tú: ¡quién podrá sufrir a las Collantes cuando vuelvan de México! Si, pobres como han estado, se dan ese tono, y tienen más orgullo que don Rodrigo en la horca,¹⁵ ¿qué será cuando puedan vestir mejor; cuando, en vez de hacer vestidos

¹⁵ *Darse tono*: 'Darse importancia' (RAE 1899, s. v. "tono"). // Se refiere a Rodrigo Calderón, marqués de las Siete Iglesias, quien fue ejecutado en la plaza Mayor de Madrid (donde por ese tiempo estaba instalado un cadalso) el 21 de octubre de 1621. Este personaje, favorito del rey Felipe III, llegó a amasar una enorme fortuna y se dio a conocer por su corrupción. Cuando Felipe IV subió al trono, don Rodrigo cayó en desgracia, por lo que se le envió a prisión y se le formó causa por numerosos delitos. No fue ahorcado, sino degollado por un verdugo; el refrán que

y sombreros para ti, para mí y para todas las muchachas de Pluviosilla, los lleven ellas flamantes y a la última? Ellas, hija mía, ¡eso sí!, tienen muy buen gusto, y siempre lo han tenido. Dice mi mamá que antes, cuando no estaban pobres, ellas eran quienes llevaban la moda en Pluviosilla, y que de ellas aprendían todas las muchachas... Eso dice mamá, y yo confieso que tienen muy buen gusto no solo para lo que ellas se ponen, sino también para lo que hacen... Pero (no sé qué pensarás tú, no sé lo que dirás, ni si crees lo mismo), pero ¿no es cierto que pecan de sencillas? ¡Si a veces rayan en desairadas! No cabe duda que en la sencillez está la elegancia, pero, hija, ¡no tanto, no tanto! ¿Te acuerdas del último baile del Círculo Mercantil? ¿Te acuerdas del vestido aquel que llevó esa noche Carolina Andrade? ¿Te acuerdas bien? Era blanco, casi liso, sin adornos vistosos, con unos ramos de *no me olvides*, ¡y nada más! Bien; pues todos, todos, lo mismo las mujeres que los hombres, todos alababan el vestido. Pues a mí (acaso porque tengo mal gusto) no me agradó; me pareció sin gracia, escueto, desairado. ¡Pues figúrate, Elisa, figúrate! Si ahora las Collantes son tan orgullosas, ¿cómo estarán al volver de México, protegidas por el tío? Yo, a decirte verdad, me alegro de la tal protección, porque no soy envidiosa. ¡Dios me libre de ser envidiosa, Dios me libre! Y no me apena ni me causa tristeza el bien ajeno. ¡Pobres muchachas! ¡De modistas a millonarias! Porque si es cierto que los millones no son suyos, cualquiera creerá que sí lo son, y como el tío es generoso, muy generoso, les dará todo lo que necesiten, y se lo¹⁶ dará con abundancia. Con solo el apellido les bastará para entrar en la mejor sociedad. Margarita hará buen papel porque no es fea, y aunque un poquito cursi, es elegante, tiene cierto atractivo, sabe lucir su cuerpo “esbelto” y “cimbrador” (como dijo Arturo Sánchez en aquellos versos que salieron en *El Radical*),¹⁷ y, yo te lo aseguro, Elisa, te lo aseguro, Margarita hará buen papel...

inmortalizó a este noble (“tener más orgullo que don Rodrigo en la horca”) tuvo su origen en la enorme entereza que mostró al ser ejecutado, a tal grado que “pasó de político corrupto a héroe popular” (Gosálvez 2009, s. p.).

¹⁶ 1901-1902 y 1903: *los por lo* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

¹⁷ En 1883, en el taller de Antonio Rebolledo, en Coatepec, se imprimió un periódico llamado *El Radical*, que apareció “en una coyuntura electoral, la más agitada de fines del siglo XIX: las elecciones por la gubernatura, por la cual contendieron Juan de Luz Enríquez y Apolinar Castillo. Esta elección levantó los ánimos en muchas poblaciones del estado, surgiendo así todo tipo de

—¡Y se casará! —exclamó la joven que pacientemente había escuchado la irrestañable charla de su amiga.

—¡Puede! Y yo creo que eso es lo que quiere doña Dolores, y por eso levanta el campo; porque aquí, con lo que tiene y con lo que le dará su cuñado, podía vivir mejor... Dice doña Lola (yo se lo he oído decir) que en Pluviosilla no hay con quién casar a las muchachas; que aquí no hay jóvenes de provecho; que aquí... ¡Puede que tenga razón! Pero no debía decirlo ella; ella, que si no es de aquí (porque es de Villaverde), que si no es de aquí, ¡como si lo fuera! Aquí se casó, y aquí han nacido todos sus hijos. Lo que quiere es ver si por allá se casa Margarita con algún ricacho... Si se puede con alguno de los primos. Mira, Elisa: ya sabes que yo soy muy maliciosa, muy maliciosa, y, ¡Dios me lo perdone!, se me ha metido en la cabeza que Margarita y... uno... de sus primos... ¡se entienden!

—¡Por Dios, Lucía! ¿De dónde has sacado eso?

—¿Sacado? ¿Sacado? ¡Alma de Dios! ¡Alma de Dios! ¡Pues qué, no tengo ojos! Ayer estábamos en la estación... Fuimos a recibir a Pepilla Sánchez, la hermana de Arturo, y allí me encontré con las Castro Pérez... Estábamos allí, cuando llegó toda la familia Collantes, que iba a despedir a sus parientes. ¡La ciega iba muy del brazo de uno de sus primos!...

—¡Es natural, Lucía! La pobrecilla no ve..., y entre tantas gentes, en medio de aquel ir y venir, la pobre Elena no podía ir sola...

órganos electoreros. Lamentablemente no se han conservado ejemplares de ninguno de estos órganos y solo se conocen por referencias” (Palacio 2015, p. 81). Con gran carga irónica, *El Radical* se describe en *La Calandria* como “valiente y heroico defensor de las instituciones y fiel amigo del bien público” (Delgado 1891, cap. xx, pp. 188-189), y se añade que Juan Jurado, el encargado de la publicación, había accedido a apoyar la candidatura de un general a cambio de dinero y de la promesa de conseguir un escaño en el Congreso federal. En este periódico se inserta un suelto anónimo en el que se difama al padre González, protector de la Calandria (*vid.* cap. xxxv), y que al parecer cae en manos de Margarita Collantes (*vid. infra*, cap. xxxiii; aunque en términos cronológicos esto se antoja imposible, pues el suelto se publicó cuando el padre González estaba en San Andrés Xochiapan, y al comienzo de *Los parientes* se dice que este sacerdote era párroco de Pluviosilla; *vid. supra*, cap. v, nota 18). En cuanto a Arturo Sánchez, en *La Calandria* se le describe, también con gran ironía, como “muchacho de porvenir, y digno y aprovechado discípulo de su jefe inmediato”, Juan Jurado; “había dejado los estudios para meterse a poeta, [pero] no servía para escribir un periódico serio [...]. Su fuerte eran los versos, las décimas rimbombantes y las odas sibilinas; los hemistiquios hiperbólicos y las sandeces nebulosas que tan bien se adunan al patriotismo rimado” (Delgado 1891, cap. xxxv, p. 293).

—¡Bueno! ¡Conforme! Y Margarita... ¡iba también con su correspondiente primo!... ¡Los primos, hija, los primos! ¡Los primos! Por cierto que son guapos... Un poquito enclenques..., paliduchos y... fláccidos...¹⁸

—¿Dónde aprendiste esa palabrita?

—¡Ah! ¡No me acuerdo! En alguna novela, en algún periódico, donde tú quieras... ¡Tú me entiendes!

—Te la enseñaría Arturito Sánchez...

—¡Déjate en paz a Arturo! No pierdes ocasión de burlarte de él... Y no tienes razón para ello... ¿No te simpatiza? ¡Conformes! ¡Pero confiesa que es un muchacho de mucho talento! Pues, como iba diciéndote: son guapos, muy guapos, pero fláccidos. Unos parisienses pintiparados. ¡Ninguno de ellos podría llevar con éxito el traje de charro, el gallardo traje nacional!¹⁹ ¡Ninguno! ¡Y tú me entiendes!²⁰

Elisa sonreía y, al parecer distraída, jugaba con el abanico de su amiga, un abaniquito japonés, en cuyo paisaje, tras una guía de crisantemos, sobre un fondo limitado por un volcán borroso, descendía una bandada de grullas.

—Pues, como iba yo diciéndote: Margarita iba con su primo, el más joven, como de veinte años... ¡Y qué palique! ¡Amor naciente! ¡Escena primera: el teatro representa una estación del Ferrocarril Mexicano! ¡Ja..., ja, ja!

—¡Por Dios, Lucía!

¹⁸ Con el mismo significado que en la actualidad, a saber, 'flaco, flojo, sin consistencia', la voz *flácido* ingresó en los diccionarios académicos en 1899 (cf. RAE 1899, s. v.); ello explica, quizá, que Elisa la desconozca. Y no solo ella: el linotipista de la imprenta de Agüeros, por una *lectio facillior*, escribió *plácidos* en vez de *fláccidos* las dos veces que el término aparece en este diálogo (al respecto, *vid.* el segundo capítulo del "Estudio introductorio").

¹⁹ El elogio de la vestimenta masculina tradicional de México, el traje de charro, es una constante en la obra de Delgado. Por ejemplo, en *La Calandria* se lee lo siguiente: "El traje nacional, el artístico traje nacional, que Gabriel llevaba con soltura y desenfado naturales, correspondía también al donaire de su dueño" (Delgado 1891, cap. xvii, p. 163), y a continuación se añade una detallada descripción de las piezas que conforman el atuendo. Asimismo, en otro pasaje se dice que a Alberto Rosas, por ser delgado y además catrín, no le iba bien ese vestido (cap. xxxvi, p. 301), lo cual lleva a pensar que el traje encarna valores morales y no solo estéticos.

²⁰ 1901-1902: *Y tú me entiendes*. por ¡Y tú me entiendes!

—Y supongo que mi señora doña Dolores, viuda de Collantes, mi madrina, sí, mi madrina de bautismo, querrá²¹ también ver si coloca a la ciega, ¡¡¡que la ceguera, como la pena, con pan es buena!!!

—¡Lucía! ¡Lucía! ¡Qué buena discípula han sacado en ti las Castro Pérez!

—¡Déjame! ¿Dices que soy suelta de lengua? ¡Pues déjame! ¡Yo soy así!... ¡Es mi modo, mi manera! Yo no pude oír nada de lo que iban conversando Margarita y el primito, pero... ¡me lo imagino! Los muchachos son guapos, elegantes, distinguidos... Una ropa..., ¡por supuesto!, ¡como hecha en París! ¿Y la hermanita?... Ni fea ni hermosa. Pero, eso sí..., ¡un figurín! ¡Qué corte y qué tela la de aquel vestido! ¡Qué sombrero! ¡Qué guantes! ¡Guantes de Suecia!

En otras partes, entre las señoras mayores, se comentaba el caso por modo más serio.

Envidiaban a la viuda de Collantes, mas no se manifestaba la envidia de manera franca. Doña Dolores debía considerarse feliz: ¿qué más deseaba? Tenía asegurado el porvenir: casaría a Margarita; Pablo haría fortuna; Ramoncillo lo mismo; Elena..., la pobre ciega viviría tranquila...

Después se comentaba el término plausible de aquella división de los Collantes, tan añeja y enojosa; división sabida por todos los moradores de la turrada ciudad. Se hablaba, como era obligatorio, de los amores de Eugenia Collantes con el oficial francés, un hombre hermoso, de noble apostura militar, y salían, de boca de las damas mayores, recuerdos de felices años, memorias de la Intervención y del Imperio, y no faltaron brillantes descripciones de fiestas, giras y saraos ofrecidos a las señoras de Pluviosilla por la oficialidad extranjera. Fiestas, giras y saraos elegantes y deslumbradores..., ¡de los que ya no se ven en estos tiempos democráticos! ¡Y aquel baile magnífico, sin precedente ni semejante, con que las damas de Pluviosilla obsequiaron a la emperatriz Carlota! ¿Y aquel otro con que el monarca obsequió a la buena sociedad de Pluviosilla? En ambos bailes hizo alarde de su belleza Eugenia Collantes. ¡Qué lujo desplegó en ellos! ¡Tal de bella

²¹ 1901-1902: *quería* por *querrá*

y de elegante estaría que la emperatriz, al terminar la cuadrilla de honor, tuvo para la joven frases de elogio y de sincera admiración!²²

En otros círculos, entre los monopolizadores de la propiedad urbana; entre los ricos que no gustan de pagar impuestos, por mucho que²³ estos sean para ellos motivo plausible de medros y lucros, y como si los gastos públicos hubieran de ser hechos²⁴ por arte de birlibirloque;²⁵ entre los jiferos enriquecidos, y entre los comerciantes dados al²⁶ fraude, la llegada del millonario y los proyectos que se le atribuían habían puesto inquietud y alarma. Si era cierto, como parecía serlo, al decir de los íntimos amigos y de los parientes de Collantes, [que] este quería emplear en Pluviosilla fuertes caudales y contratar la obra de la casa de rastro (que algunos novedosos decían ser muy necesaria, por motivo de higiene y de salubridad públicas, y para aumento del erario municipal, burlado diariamente); si Collantes, haciendo uso y poniendo en juego recomendaciones de “arriba”, contrataba también la introducción y entubación del agua potable, sin duda alguna que el H. Ayuntamiento, para emprender tales obras y cumplir los compromisos que con el millonario contrajera, tendría que subir el impuesto sobre la propiedad

²² Orizaba fue la segunda población en que se detuvieron Maximiliano y Carlota a su llegada a México, a finales de mayo de 1864 (la primera fue Córdoba); el día 31 se les recibió con gran entusiasmo popular y se les entregaron las llaves de la ciudad. Al día siguiente, 1 de junio, se celebró un baile con el que los orizabeños obsequiaron a los emperadores, el cual comenzó a las diez de la noche y concluyó a las cuatro de la mañana (F. Escalante, “Orizaba”, en *La Sociedad. Periódico Político y Literario*, tercera época, t. II, núm. 350, 3 de junio de 1864, p. 3). El de Habsburgo volvió a visitar Orizaba a fines de abril de 1865, y su recibimiento “no fue tan entusiasta como la primera vez” (Naredo 1898, t. I, libro segundo, cap. xxxv, p. 251). Su estancia se prolongó por 21 días. Según la crónica del periódico *El Orizabeño*, reproducida en *La Sociedad* (tercera época, t. IV, núm. 703, 26 de mayo de 1865, p. 1), el martes 23 de mayo el emperador ofreció a sus anfitriones un espléndido baile que tuvo lugar en la casa de José María Bringas, “la cual se hallaba lujosamente adornada”; el evento, en el que las orizabeñas lucieron “sus encantos y sus gracias”, finalizó a las cuatro de la mañana.

²³ 1901-1902 no incluye: *que*

²⁴ 1901-1902: *se han de hacer por hubieran de ser hechos*

²⁵ *Por arte de birlibirloque*: ‘Haberse hecho una cosa por medios ocultos y extraordinarios’ (RAE 1899, s. v. “birlibirloque”).

²⁶ 1901-1902: *a la por al* // En todos los diccionarios publicados por la Real Academia desde 1732, el sustantivo *fraude* es masculino; sin embargo, las ediciones de 1884 y 1899 insertan la siguiente aclaración: “Se ha usado como [femenino]”. El término proviene del latín *fraus*, *fraudis*, sustantivo femenino. Con ese mismo género lo emplea Miguel de Cervantes en el *Quijote* (*vid.*, por ejemplo, el capítulo XI de la primera parte: “No había *la fraude*, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza”; 2006, p. 98; las cursivas son mías). Como he señalado (*vid. supra*, “Prólogo”, nota 5), Rafael Delgado introdujo en sus obras varias voces y modismos procedentes de la prosa de Cervantes, a quien admiraba sobremanera; considero que el uso, en una primera versión, del término *fraude* como femenino es ejemplo de ello.

urbana, y [con] la organización del matadero —y con ella la sujeción de los jiferos a un reglamento estricto, el cual, hecho bajo la influencia del natural entusiasmo que despertaría tan importante mejora, sería severísimo—, las ganancias de algunos en lo futuro irían a menos. Y si, como era de esperarse y de temerse, las cosas no paraban allí, y al opulento e inoportuno Collantes se le ocurría avenar²⁷ la ciudad, obra que costaría algunos cientos de miles de duros, tal vez más de un millón, y si se hacía el tal avenamiento, los impuestos serían aumentados todavía más, ¿qué sería entonces de Pluviosilla, la rica, la próspera, la Mánchester de México?

Y tales temores, tales inquietudes y tal y tan repentina alarma se traducían²⁸ en rudo encono contra don Juan Collantes (quien pensaba en todo, menos en mataderos, aguas potables, entubaciones y avenamientos), y de él se contaban tamaños horrores; que era un aventurero, un arbitrista cínico que intentaba arruinar a sus paisanos y a quien querían explotar los que se decían sus “amigos íntimos y hasta parientes suyos”, parientes lejanos, sí, pero “parientes”. Estos, como el millonario era listo, y no se dejaría sacar los duros, por lo menos medrarían a la sombra de él y ya procurarían —contra su egoísmo genial— ir al concejo el año venidero para hacer el chanchullo. Decían pestes de Collantes. A uno se le ocurrió que el millonario debía su fortuna a una casa de juego, que era en París centro de afamados tahúres y de griegos muy conocidos. Uno lo dijo y treinta mil personas lo repitieron y... ¡lo creyeron!²⁹ Y la cosa no paró allí, ni era posible que allí parase: *El Radical* anduvo de lo más discreto. Temeroso de que más tarde se le escapara alguna subvención, no dijo palabra del negocio. *El Contemporizador*,³⁰ órgano de las clases populares, se limitó a consignar en su

²⁷ *Avenar*: ‘Dar salida y corriente a las aguas muertas, o a la excesiva humedad de los terrenos, por medio de zanjias o cañerías’ (RAE 1899, s. v.).

²⁸ 1901-1902 y 1903: *traducía* por *traducían* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

²⁹ 1901-1902: *creyeron.* por *creyeron!*

³⁰ Por su título, el diario *El Contemporizador* podría corresponder a *El Conciliador*, órgano oficial de Xalapa que hizo su aparición en 1840, impreso por Florencio Aburto, el cual continuaba imprimiéndose hacia la década de 1870; pese a mantener una postura conservadora, fue de los primeros en introducir estrategias comerciales (Palacio 2015, pp. 43-44). *El Contemporizador* se menciona también en *La Calandria*, donde se dice que “en época no lejana se había mostrado hostil a la reelección, simpatizando grandemente con el partido que se llamó *regenerador*”

gacetilla “que se hablaba en la ciudad de ciertos proyectos que reclamaban mucha atención del cabildo”. Pero *El Siglo de León XIII*,³¹ periodiquito muy salado y valiente, muy erudito y devoto, en su “Florilegio semanal” hizo algunas insinuaciones maliciosas, por sugestión y consejo de algunos propietarios asustadizos:

Las obras esas proyectadas —decía al pie de una coplilla de Iriarte—³² merecen maduro acuerdo del Honorable. Aunque no tan urgentes, como dicen por ahí algunas personas más entusiastas que reflexivas, y más impresionables y amigas de novedades que amantes del terruño, y acaso deseosas de favorecer sus propios particulares intereses más que la conveniencia pública, se imponen, no debemos negarlo. Lo que sí³³ negamos, a fuer de imparciales periodistas, cuyo lema es “No transigir jamás con el error”, es la urgencia que algunos individuos les atribuyen, a título de que las consideran como exigidas categóricamente por la higiene y la salubridad públicas. Perdónenos el atildado escritor peninsular que recientemente, y en un diario de la capital de la República, ha tratado de este asunto en elegante y castiza carta: no opinamos como él. Lo que en tantos años no se ha echado de menos en Pluviosilla ni ha sido causa de epidemias, ¿por qué se ha de hacer ahora sin reflexión y sin reposo? Esperemos, y que el H. Ayuntamiento, que cuenta en su seno hacendistas, banqueros, jurisconsultos, doctores en Medicina e ingenieros, no se precipite y se eche encima deudas que le obligarán a aumentar su presupuesto de ingresos, con gravamen³⁴ muy oneroso para propietarios y comerciantes. No son tan urgentes las obras en cuestión. Tiempo hay de emprenderlas con dinero³⁵ del erario municipal, el cual no tiene ahora fondos de reserva, pero los tendrá más tarde, los tendrá mañana, cuando Pluviosilla, la Manchester de México —como acertó a llamarla un meritísimo vecino suyo, probo industrial de grata memoria—, mire desarrollados todos los

(Delgado 1891, cap. xx, p. 188). De ello se desprende que la postura ideológica del diario se oponía a la de *El Radical*, más favorable al poderoso en turno.

³¹ Es muy probable que se refiera al semanario católico *El Siglo que Acaba*, cuyo editor y propietario era Pablo Franch. Con el lema “No transigir jamás con el error”, esta publicación comenzó a imprimirse en 1887 en la Tipografía Católica de Franch, asentada en Orizaba; de acuerdo con Celia del Palacio, sus páginas incluían noticias extranjeras, propaganda e información acerca de obras eclesiásticas y misiones, así como comunicaciones de autoridades religiosas orizabeñas. También ofrecía una sección que, con el título de “Poliantea”, reunía noticias relacionadas con la Iglesia (Palacio 1999, p. 61).

³² Tomás de Iriarte, poeta y dramaturgo canario famoso por sus *Fábulas literarias* (1782), “conjunto de doctrina clasicista envuelto en la forma del apólogo” (Bleiberg y Marías 1964, p. 414).

³³ 1901-1902 incluye: *no*

³⁴ 1901-1902 incluye: *y*

³⁵ 1901-1902: *fondo por dinero*

elementos de riqueza con que la favoreció pródigamente el Cielo; cuando, pasada esta época de transición, aproveche Pluviosilla, como ha debido y debe aprovecharlas, su opulencia fluvial y las innumerables caudas de sus ríos, tentadoras, y como un imán, para la industria fabril. Nuestro lema es: “No transigir jamás con el error”. ¡¡¡Alerta, honorables ediles!!!³⁶ ¡No os dejéis sorprender!

El escritor peninsular no contestó, y como el señor Collantes no se ocupaba en tales proyectos, el odio despertado por tales díceres³⁷ fue a chocar contra doña Dolores y sus hijos.

¡Cómo los traían en lenguas!³⁸ ¡Cómo su noble conducta y su limpia fama anduvieron en labios de aquellos gratuitos malquerientes, a quienes, como al bueno de don Alonso de Quijada, se les hacían gigantes los molinos de viento!

³⁶ 1901-1902: *Alerta honorables ediles!* por ¡¡¡Alerta, honorables ediles!!!

³⁷ *Díceres*: ‘Lo mismo que el antiguo decires: rumores, voz callejera, murmuración. Es vulgarismo, aunque no extraño a la literatura clásica’ (Santamaría 2005, s. v.).

³⁸ *Traer en lenguas o en bocas a alguien*: ‘Hablar o murmurar frecuentemente de él’ (RAE 2014, s. v. “boca”).

XVIII

Al otro día de la partida de don Juan, cuando ni doña Dolores ni sus hijas se daban aún cuenta de todo lo pasado y de lo que se había resuelto; cuando la buena señora principiaba apenas a buscar, en la calma y en¹ el reposo del hogar, sosiego para su corazón y tranquilidad para su espíritu; cuando, poseída de profunda pena y presa de hondísima zozobra, pensaba con tristeza, y hasta temerosa, en su salida de Pluviosilla —la buena ciudad donde habían pasado varios años de su niñez y casi toda su juventud; donde había conocido a don Ramón, a quien había amado con toda el alma, con ese amor que llena toda una existencia y que no deja en el corazón lugar para otro afecto semejante; donde se había casado; donde habían nacido todos sus hijos; donde había sentido el mayor de los dolores al perder a su primogénito; donde había vivido largos y felices años, rodeada de cuanto una noble mediocridad pudo proporcionarle, de todos estimada y querida, objeto de sólido respeto y de merecidas consideraciones—; cuando la excelente viuda consideraba que pronto, dentro de unas ocho o diez semanas, que pasarían tan rápidamente como unas cuantas horas, tendría que salir de aquella casita donde tanto había padecido y donde tanto había llorado, visitas y más visitas fueron a aumentar su dolor.

Fueron las primeras en ir a verla unas amigas de la juventud, en todo tiempo fieles y cariñosas, siempre afectuosas con ella, lo mismo en épocas de felicidad y de abundancia que en aquellos últimos años de pobreza y de amargura; dos amigas, unas buenas señoras, ambas solteras y pobres desde que doña Dolores las conoció, que fueron para la familia de don Ramón Collantes, durante la

¹ 1901-1902 no incluye: *en*

enfermedad de este y en los días en que Ramoncito se vio al borde del sepulcro, como dos ángeles de incomparable caridad. Si buenas fueron siempre con Dolores en días prósperos y alegres, en los días aciagos y de aflicción dieron muchas y supremas muestras de la alteza de su alma y de la bondad de su corazón. Instaladas en la casa, tomaron desde el primer momento la dirección de ella, para dejar a doña Dolores y a sus hijas cerca del enfermo. Y no se limitaban a esto: lo mismo se entendían con Filomena, con la desinteresada Filomena, prodigio de abnegación, de fidelidad y de cariño, y lo mismo atendían² a las pocas personas que acudían a condolerse de los infortunios de aquella casa, que³ cuidaban al enfermo, le consolaban, le daban ánimo y aliento, o se pasaban las noches velándole el sueño y atentas a su llamado o a sus quejas.

Las buenas señoras Pradilla, que así se llamaban, fueron las primeras en llegar.

—¿Qué dicen ustedes? —díjoles doña Dolores—. Nos vamos.

—¡Nosotras —respondió la mayor, de nombre Asunción— vamos a sentir a ustedes mucho! Ayer se lo dije a Teresa: ¡cómo vamos a echar de menos a Lolita y a las niñas! Pero comprendemos que así convendrá, ¡que sin duda Dios lo tiene dispuesto así!

—Yo lo agradezco mucho. ¡Mucho les agradezco todo!... Pero díganme: ¿creen ustedes que hice bien en aceptar las propuestas de mi cuñado?

—Mucho nos ha sorprendido la noticia... —replicó Teresa— porque, como usted sabe, estábamos en antecedentes...

—Oigan ustedes... ¡No sé por qué me causa miedo el viaje que voy a hacer! Pero ustedes no saben lo que ha pasado y lo que se arregló con Juan... Óiganlo ustedes.

Doña Dolores, con noble franqueza, con la mayor sinceridad, comunicó a sus amigas todo, y terminó manifestando sus temores para lo porvenir.

² En este punto, 1903 incluye la frase *la obra de la casa de rastro (que algunos*. Claramente es un error, pues la línea pertenece a un pasaje anterior; así pues, enmiendo y sigo aquí la versión de 1901-1902.

³ 1901-1902: *como por que*

—Me da miedo, mucho miedo, ir a vivir a esa ciudad, en la cual no he estado más que de paseo... ¡y con mi pobre Ramón!⁴

La infeliz señora, llenos de lágrimas los ojos, casi sollozante, se detuvo, secó su llanto y prosiguió:

—Sí, Teresa: tengo miedo... Me parece que allí me esperan grandes desgracias... Cada vez que pienso en quitar casa, me da un vuelco el corazón... El bullicio de México va a tener para mí ruidos y estruendo de tempestad... Además, aunque estarán allí mis hijos, voy a sentirme como en un desierto. Me imagino que he de verme obligada a ir frecuentemente a casa de Juan, a sus comidas, a sus fiestas... Figúrense ustedes..., ¡fiestas, banquetes! ¡Todo eso ya pasó para mí! Pero ¡qué he de hacer! ¡Estas pobres niñas no se han de pasar la vida entre las cuatro paredes de su casa, convertidas en capuchinas! Además...

La dama iba a manifestar otros temores que allá, en lo más profundo de su corazón, solían removerse, pero su discreción la detuvo. Iba a decir que... acaso el afecto de su cuñado no sería durable;⁵ que se le acusaba de tornadizo; que, tal vez, le había prometido demasiado. Alejó de sí tales ideas y tamaños recelos, y agregó:

—Ya se lo dije al señor Fernández (el señor Fernández es, aunque él⁶ diga lo contrario, el que ha arreglado todo esto), que no me gusta, ni me ha gustado nunca, vivir en grandes ciudades. Pero me hizo tales y tan juiciosas observaciones; me dio tan buenos consejos, ¡y me hizo ver que esta ida a México aseguraba el porvenir de mis hijos!⁷ Ustedes lo saben mejor que yo: en Pluviosilla, con toda su grandeza fabril, con toda su prosperidad siempre creciente, no tiene porvenir la juventud; antes al contrario, ¡con qué facilidad se pierden los jóvenes! Hay mucha libertad de costumbres: el vicio cunde como mala hierba... Pablo se pasaría años y años sin que le aumentaran el sueldo; Ramón acabaría la carrera... y se quedaría, aunque saliera un buen abogado, también años de años sin gran clientela... ¡Cuántos hijos de Pluviosilla, y muy listos y muy honrados y muy

⁴ 1901-1902: *Ramón. por Ramón!*

⁵ 1901-1902: *era amable; por sería durable;*

⁶ 1901-1902 no incluye: *él*

⁷ 1901-1902: *hijos. por hijos!*

inteligentes, han tenido que ir a buscarse la vida a tierras distantes! En cuanto a las niñas... La pobre Elena no se casará, pero mi Margarita, mi buena Margarita..., ¡yo no quiero ni deseo verla casada!, pero, si se ha de casar, que haga una buena elección... Aquí, ¡triste es decirlo!, ¡no hay mucho donde una joven como Margot pueda elegir!⁸ Pues bien, con esto y todo..., yo preferiría no salir de aquí... Que los muchachos se fueran... Pero mi deber es estar con ellos. Pablo es un buen muchacho, trabajador, sin vicios. Ramoncito es aplicado, estudioso, bueno; jamás me exige nada; con todo queda conforme; ¡siempre está contento! Los dos, ¡el Señor los bendiga!, son muy buenos hijos. Yo debo estar siempre cerca de ellos. ¡Una ciudad como México ofrece mil encantos, tiene mil peligros y pone muchas tentaciones a la juventud!

Las buenas amigas concedieron toda la razón a doña Dolores. También temían la volubilidad de don Juan, y también recelaban de su carácter tornadizo, pero no se atrevieron a manifestar sus temores y sus recelos, en vista de que la pobre y afligida señora se hacía lenguas de su cuñado y no cesaba de alabar a doña Carmen y de poner por las nubes a sus sobrinos.

Teresa y Asunción, al despedirse, ofrecieron volver, y aunque tenían en su casa no pocos quehaceres (las pobres vivían de coser), prometieron venir a ayudar a su amiga en la ruda faena de hacer bultos y embalar⁹ cosas.

No todas las visitas trajeron el mismo interés que aquellas buenas mujeres ni acudieron a ofrecer desinteresadamente sus servicios. ¡Cuántas y cuántas gentes

⁸ La afligida doña Dolores describe una situación muy semejante a la que plantea Quintín Porras en *Angelina*; de acuerdo con el escribano, en Villaverde (lo mismo que en Pluviosilla) abundan los vagos y los ociosos porque en esa tierra “no tiene porvenir la juventud [...]. ¡Porque los horizontes son oscuros! Y [...] todos los villaverdinos, sin excepción alguna, nos empeñamos en cerrar a los jóvenes el camino de la prosperidad [...]. ¿En qué puede ganar más un chico que acaba de salir del colegio, y que vive, acaso por necesidad, en esta ilustre y magnífica Villaverde? [...]. Muchos no tienen en qué ocuparse. Los que gozan de un empleo ganan poco, tal vez quien trabaja más tiene sueldo más corto” (Delgado 1895, cap. xxiii, pp. 234, 235-236). Y para las mujeres el panorama no es más halagüeño, pues si los jóvenes villaverdinos “no son un modelo de buenas costumbres” es “por la sencilla razón de que aquí no hay trato social; porque aquí ni los hombres tratan a las mujeres ni las mujeres a los hombres. Viven separados los sexos. Nada más a propósito para que se corrompan las costumbres que la soledad y la tristeza ‘villaverdinas’ [...]; nada más a propósito que la separación cenobítica de los sexos [...]. ¡Separe usted los sexos, y ya verá usted, ya lo verá! Por lo pronto se llevará Satanás a los del género masculino... Después... ¡Omito el cuadro! ¿Una boda? ¡Cada veinte años...! ¡Y con razón!” (pp. 238-239).

⁹ 1901-1902: *empacar por embalar*

solo fueron a tomar noticias, a comentar chismes y a adular a la familia Collantes, a la cual creían ya en el pináculo de la dicha! Qué de personas que al ver arruinado a don Ramón le volvieron la espalda, y que después, a la muerte de este, no tuvieron para su viuda y para sus hijas ni una buena palabra consoladora, fueron esta vez a la casa, llenas de curiosidad y de envidia, ansiosas de saberlo todo para salir a contarlo, y prometiéndose explotar alguna vez, tarde o temprano, a quienes, como salidos de una tumba de miseria, parecían surgir redivivos al esplendoroso ambiente de la riqueza. Concha Mijares fue una de ellas. ¡Qué cariñosa con su madrina! ¡Qué jovial y dulce con Elena y Margarita! Al despedirse esa tarde, dijo, entre mimos y zalamerías:

—¡Madrina! ¡Madrinita! Estamos en junio... Ahora verá usted. ¿Cuándo se van ustedes?

—No sabemos, hija. Acaso dentro de un mes...

La polla, precipitadamente, se acabó de calzar el guante de la mano derecha y, sin abrochársele, contó uno por uno los meses, diciendo:

—Ustedes estarán allá a principios de julio... Pues bien: junio, julio, agosto, septiembre... ¡En septiembre me tendrán ustedes allá! En septiembre principiará la ópera... Iré a las fiestas patrióticas... El 11 o el 12 estaré allá. Y..., ¡desde hoy se los digo!, me iré a vivir con ustedes. Me ponen una cama en la alcoba de las niñas y... ¡tan contenta! Subiremos, bajaremos, me llevarán a la ópera... a oír a Tamagno.¹⁰ ¡Dicen que es divino! ¡Divino!

¹⁰ Francesco Tamagno, célebre tenor italiano. Debutó en el Teatro Regio de Turín en 1870 y desde esa fecha se presentó en los más importantes escenarios operísticos del mundo. Su papel más aclamado fue sin duda el de Otelo, en la ópera homónima de Giuseppe Verdi (1887). Estuvo en México en dos ocasiones. La primera tuvo lugar en el Gran Teatro Nacional en enero de 1890, en el marco de una “gran temporada lírica italiana” que también contó con la participación estelar de Adelina Patti y en la que Tamagno protagonizó *Otelo* tres veces (sin firma, “Gran Compañía de ópera italiana”, en *El Siglo XIX*, novena época, año XLIX, t. 96, núm. 15 578, 27 de diciembre de 1889, p. 3, y Sosa y Escobedo 1988, vol. 1, pp. 117-118, 129-130). El tenor regresó a México en octubre de 1894 y en su repertorio volvió a incluir la famosa ópera italiana; el 1 de noviembre la interpretó en su función de beneficio de modo tan magistral que “le regalaron una enorme corona de rosas y lo llamaron a la escena en más de veinte ocasiones” (Alter Ego, “En la ópera. ‘Otello’. Beneficio de Tamagno”, en *El Siglo XIX*, novena época, año LIV, t. 106, núm. 17 062, 3 de noviembre de 1894, p. 2). Justamente, en los capítulos XLIX y L de *Los parientes* vuelve a mencionarse a Tamagno y sus próximas presentaciones (quizá en referencia a la temporada de 1894); la misma Conchita Mijares asegura que Óscar, pretendiente suyo, oyó al cantante “la otra vez” y lo encontró “sublime”, “particularmente en el *Otelo* de Verdi” (*vid. infra*, cap. L).

—Pero, hija —replicó la señora—, ¿quién sabe si nosotras estaremos para óperas?

—¡Cómo no! ¡Cómo no! ¡Allá voy! Ya saben que yo, con este carácter tan alegre que Dios me ha dado, ¡soy capaz de alegrar un entierro!

Las señoritas acompañaron a Concha hasta la puerta. La polla siguió conversando allí y, por fin, terminó exclamando:

—¡Ah, hipocritillas! ¡Y cómo no dan parte! ¡Ya sé, ya sé que...! No: ¡mejor es callar!

—¿Qué? —preguntó Elena.

—¿Qué cosa? —dijo Margarita.

—¡Ya sé!

—¡Di, mujer! —prorrumpió impaciente la blonda niña.

—Di... —suplicó la ceguezuela.

—Pues diré... ¿Me obligan a ello? ¡Pues diré... lo que dice una comedia que estamos ensayando en la casa de Arturo Sánchez...!

E interrumpiéndose divagada, continuó:

—¡Ah! ¿No les había dicho nada? Pues vamos a hacer comedias... Yo tengo papel en la obra principal. ¡Figúrense ustedes!... Un papel de bachillera, ¡yo, yo, yo que soy de una maravillosa ignorancia! Voy a hacer un monólogo de Blasco: *Día completo*.¹¹ Tengo que salir en traje de baile...

—Pero, en suma, Concha —interrumpió Margarita—, ¿qué es lo que sabes, lo que nos ibas a decir y lo que dice la comedia esa?

—¡Ah! Se me olvidaba...

Y abrazó y besó a Margarita, y acarició y besó también a Elena...

—Que... primos que llegan y... ¡amores que se enredan! ¡Adiós! ¡Adiós!

Y se fue.

¹¹ Esta obra de Eusebio Blasco se estrenó la noche del 6 de febrero de 1880 en el Teatro Apolo de Madrid; es un “apropósito escrito expresamente para el beneficio de la eminente actriz doña Josefa Hijosa” y publicado en Madrid, en la Imprenta de José Rodríguez, en 1880. El monólogo describe con gran humor un día en la vida de Nicolasa Costales, “viuda de un interventor de rentas de Filipinas” (Blasco 1880, pp. [3] y 8). Aunque la protagonista habla de la llegada de su primo Chano, en ningún momento menciona la frase citada a continuación por Conchita Mijares.

XIX

En toda la población no se hablaba más que de la próxima partida de la familia Collantes, y muchas personas se preparaban a comprarle, por una bicoca, útiles y muebles domésticos que, en circunstancias tales, suelen ser vendidos a bajísimo precio.

Doña Dolores¹ no había puesto en venta cosa alguna, ni había dicho que vendería nada; pero, a pretexto de comprar algo, iban y venían gentes, y aquella casa, de ordinario tranquila y silenciosa, y donde, desde el fallecimiento de don Ramón, no sonaba el piano —y cuenta que tanto Elena como Margarita eran habilísimas tocadoras—, parecía iglesia franciscana en día de porciúncula.²

Aquello era un suplicio diario para doña Dolores y para sus hijas.

—¡Ya me tienen cansada estas gentes! —decía Margarita siempre que se veía obligada a recibir a alguna persona—. ¡Ya esto no se puede sufrir! No parece sino que hemos puesto papeles en cada esquina, y que hemos hecho saber al vecindario, por voz de pregonero, que nos vamos pronto; que vamos a sacar a pública subasta todo cuanto tenemos, todo, ¡hasta la dulce esperanza de ganarnos el Cielo!

Otros iban a tomar lenguas,³ fingiendo que, necesitados de mudar de casa, y sabedores de que aquella sería desocupada en breve, iban a verla, por si acaso les convenía.

¹ En ambos testimonios se lee *Carmen*. A todas luces se trata de un error, pues doña Dolores es quien se encuentra en Pluviosilla con el proyecto de mudarse a la capital.

² *Porciúncula*: 'Primer convento de la orden de San Francisco, de que toma nombre el jubileo que se gana el día 2 de agosto en las iglesias de dicha orden' (RAE 1899, s. v.).

³ *Tomar lenguas*: 'Informarse, tomar o adquirir noticias' (RAE 2014, s. v. "lengua").

De estas personas fueron las Castro Pérez, quienes llegaron acompañadas de don Quintín Porras, el cual había venido de Villaverde con el único objeto de presentar sus respetos al señor don Juan, su buen amigo y poderdante.

No eran las Castro Pérez muy de la devoción de las Collantes. Recién llegadas a Pluviosilla, y con motivo de un concierto organizado por la Conferencia de la Parroquia, y en el cual tocó Margarita y tocaron el piano las Castro Pérez, las Collantes hicieron amistad con ellas; pero el carácter de estas, su frivolidad no amenguada con los años, su ligereza para hablar de todos, recrudescida en ellas por desventuras domésticas, no placieron ni a doña Dolores ni a sus hijas. Una y otras resolvieron alejarse de sus nuevas amigas, se alejaron, y el fallecimiento de don Ramón vino a completar el alejamiento de modo definitivo. Las Castro Pérez no se dieron por entendidas de la conducta de las señoritas, pero en distintas partes, en casa de las López, en casa de Arturo Sánchez, en donde concurrían a diario, y en la casa de Concha Mijares, la *monologuista*, dijeron y decían horrores de las pobres muchachas. De orgullosas, altivas, tontas y cursis no les bajaban un punto.

Llegaron con Porras, quien, según su costumbre, se mostró fino, cortés, afable y discreto, y mientras sus amigas charlaban, preguntaban e inquirían cuanto les pareció conveniente acerca de la partida de la familia, él veía, oía y callaba, se hacía la gatita mansa y se imponía de todo. Llegó en su corrección hasta desaprobar con un gesto ciertas indiscretas insinuaciones de las Castro Pérez, movió la cabeza como diciendo: “¡Qué criaturas! ¡No tienen remedio!”, y siguió en beatífica contemplación, atusándose los bigotazos como un felino que se limpia la jeta amodorrado.

Pero tanto doña Dolores como sus hijas hablaron poco respecto de su viaje. A todo respondían con monosílabos, procurando no aflojar el ovillo. Dijeron que, si acaso, el viaje sería hasta pasado el invierno; que por ahora no pensaban⁴ vender nada, y que probablemente se llevarían todo.

⁴ 1903: *pensaba en* por *pensaban* // Puesto que se trata de un error evidente, enmendé siguiendo la lección de 1901-1902.

Pero Margarita estaba impaciente, y al despedirse el tabelión y sus compañeras, apenas abrió los labios, como para hacer comprender que aquella visita no había sido de su agrado.

Ya doña Dolores se había puesto a la obra. Silenciosamente, poco a poco,⁵ y ayudada por Asunción y Teresa, principió a empacar cosas y muebles del comedor.

—¡Más vale —decía— llevarse todo esto que malbaratarlo!

Algo debía la familia, dos o tres meses de renta de casa, y un pico de treinta o cuarenta pesos en el comercio, en una tienda de telas y sedería donde las señoritas compraban cuanto necesitaban para los vestidos que hacían. No parecía sino que las Collantes iban a desaparecer por ensalmo y que se irían sin liquidar sus deudas.

Doña Dolores pagó todo. Entonces el dueño de la casa, que no creía en el aplazamiento del viaje, exigió la pronta desocupación de ella, por tener quien la quisiera con insistencia y le ofreciera el doble de lo que al presente rentaba cada mes, y, además, se comprometía a tomarla en arrendamiento por seis años, corriendo por cuenta del inquilino reposiciones y pago de impuestos.

Doña Dolores manifestó que a lo más permanecería en aquella casa dos meses. El dueño insistió en la desocupación, y como esta no era posible en tan corto tiempo, la dama se vio obligada a pagar cuanto le pedían, esto es, el doble de cuanto desde hacía tres años había pagado, y solo dos veces con algún retardo.

Las señoritas tuvieron que comprar telas y cintas; fueron a la tienda y volvieron a su casa de lo más contrariadas: todo había subido de precio. Lo que antes valía cinco duros, ahora, para ellas, valía diez.

El tendero y el propietario tenían razón: creían que a la familia Collantes le había caído el gran premio de la Lotería de Madrid, o por lo menos el de la Lotería Nacional, esto es, que, de un día para otro, había enriquecido hasta la opulencia.

Pronto doña Dolores se dio cuenta de lo que pasaba; ordenó a Pablo que renunciara [a] su empleo, aceleró el trabajo, a fin de estar lista para irse, y escribió a su cuñado la siguiente carta:

Querido Juan:

⁵ 1901-1902: *sin ruido, por poco a poco,*

Me apresuro a escribirte, a pesar de que no he recibido carta tuya, para informarme de la salud de ustedes y saber si llegaron sin novedad, si están contentos y si alguno no se ha enfermado en ese México, donde hay tantos tifos y tantas pulmonías. Si alguno se enferma, por telégrafo me lo avisas para⁶ ver si en algo puedo servirles. Me estoy imaginando que ni Carmen, ni María, ni los muchachos estarán contentos en esa ciudad.

Para los que vamos de aquí es muy bonita, pero para los que vienen de París parecerá muy fea.

Conforme a lo que arreglamos, ya Pablo se separó de la fábrica. Mucho lo han sentido los jefes. Querían aumentarle el sueldo, con tal que se quedara, pero mi hijo no quiso.

Como lo que ha de ser tarde que sea temprano, ya estoy quitando la casa. Creo que para fines de junio, que ya está encima, pues mañana es día último (por cierto que la función del mes de María va a estar muy solemne en Santa Marta), de manera que procura, si en ello no te soy molesta, buscarme la casa. Recuerda cómo la quiero. Nada de lujos, hijo, que para lujos no estamos, y que sea limpia y sana. Que averigüen si en ella no se ha muerto alguno de tifo.

La mesada puedes mandármela por el Express Wells Fargo.⁷ Tal vez necesite más dinero para algunos gastos indispensables, porque con lo que me dejaste acaso no me alcance para ciertos gastos. Si lo necesito te escribiré, aunque me dará pena molestarte.

El padre Anticelli me encarga que te salude. Dice que a tus oraciones se encomienda.

Mil cosas de todos para ti, para Carmen, para María y para los muchachos.

Nuestros recuerdos al doctor Fernández, y al señor Linares dile que nos dijeron unas amigas de Villaverde que su pariente y tocayo estuvo enfermo, pero que ya está bien.

Sabes te quiere tu agradecida cuñada

Dolores

P. S. A Carmen que me mande los rosarios de Lourdes que nos ofreció.

Ya sabes la casa: Calle Quinta de Santa Marta, número 12.⁸

⁶ 1901-1902 incluye: *que yo me vaya a*

⁷ Fundada en marzo de 1852, la compañía Wells Fargo comenzó a operar en los Estados Unidos ofreciendo a sus clientes servicios bancarios y correo de bienes y dinero. En 1860 abrió la primera sucursal en México, en Guaymas. En 1883, gracias a la expansión del sistema ferroviario mexicano, la empresa hacía entregas rápidas de mercancía y correo en toda la República. En la Ciudad de México, la empresa instaló sus oficinas en un edificio "sencillamente notable por su sólida y bien proporcionada construcción", y situado en la esquina de las calles de Manrique y la Canoa (hoy República de Chile y Donceles; cf. Prantl y Grosó 1901, p. 765).

⁸ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 10.

Las campanas de Santa Marta repicaban alegremente. ¡Y cómo no habían de repicar así en vísperas de fiesta tan solemne! Al día siguiente, el último de mayo, había de celebrarse, en el aristocrático templo de los jesuitas, la conclusión del mes de María, y, como de costumbre, si la función de la mañana sería verdaderamente clásica, no menos había de serlo, en la tarde, la distribución final.

El capellán de Santa Marta, lo mismo que su compañero el padre Anticelli, eran personas de esas que saben hacer las cosas, y las hacían por modo tan serio y tan grave y tan suntuoso que las funciones de su templo causaban celos a los clérigos de la turrada ciudad y ponían envidia en los capellanes de las demás iglesias de Pluviosilla.

—¡Ya se ve —solían decir los envidiosos—, como que para los padres de Santa Marta todos los ricos tienen la caja abierta! ¡Así nuestro garbo las pesca!

Lo cierto es que los excelentes padres de la Compañía nada pedían para ellos; que todo era para su iglesia y que se gastaban el dinero con tino y habilidad; que sabían guardar y conservar cuanto les daban o adquirían para su templo, y que empleaban acertadamente el dinero. Por ese motivo siempre tenían con qué adornar sus altares, y por eso eran tan espléndidas las funciones de Santa Marta. Allí todo lo hacían los padres auxiliados por los sacristanes, y allí no ponían mano beatas caprichosas e intrusas.

El culto en Santa Marta no tenía rival en toda la ciudad... ¡Qué había de tenerle! Si de ordinario era decoroso y decente, en las grandes solemnidades, en la fiesta de la Virgen de Lourdes, en los días principales de la Semana Santa, en la festividad de los Dolores de Nuestra Señora, el Viernes de Lázaro y la noche de Navidad, el templo aparecía magnífica y regiamente decorado; los maitines y la misa revestían

cierta severa solemnidad, cierta majestad incomparable, que hacían por extremo simpáticos los ejercicios piadosos y grandemente amables las prácticas religiosas.

Dicho queda que en aquel templo concurrían las señoras más distinguidas, caballeros muy principales y las señoritas más hermosas y elegantes. Unas y otros tenían en los capellanes de Santa Marta discretos amigos, prudentes virtuosos consejeros y sabios confesores. ¡Qué mucho que fueran tan queridos y que para cualesquiera obras, para todas las fiestas y para todas las hermandades contaran con la cooperación y el auxilio de las personas más conspicuas de Pluviosilla, sin que por esto no fuesen respetados y queridos de las demás clases sociales, hasta las más humildes, las cuales tenían en los excelentes jesuitas cariñosos y caritativos protectores!

Muy diligente andaba Margarita ese día. Tempranito se fue a Santa Marta. Fuese con Elena, a eso de las seis de la mañana, para oír la misa del padre Anticelli, buen madrugador, como buen jesuita, y para recibir el pan eucarístico. Volvieron a las ocho, se desayunaron y... ¡otra vez a la iglesia!

—Yo iré esta tarde —decía doña Dolores.

—¡Pues yo ahora y esta tarde!... —replicaba la blonda señorita—. Acaso sea esta vez la última que asista yo en Santa Marta a la fiesta de este día. En Santa Marta hice la primera comunión, y allí fue depositado el cadáver de papá... ¡Esa iglesia tiene para mí tan dulces recuerdos!

Y se fue. Pero, eso sí, a las doce ya estaba de vuelta. Cuando llegó ya la esperaban tres amigas: Lupe Castro, Marta Pérez y Clara Ferrer. Conchita Mijares le había ofrecido ir, pero la esperaron inútilmente: el teatro casero de Arturo Sánchez la traía llena de quehaceres.

Las tres amigas de Margarita, compañeras de colegio, condiscípulas suyas y como ella “hijas de María” y asociadas diligentísimas de la “Guardia de Honor” y del “Apostolado de la Oración”, aguardábanla impacientes, entre muchos cestos de flores;¹ azucenas, solamente azucenas, azucenas blancas, acabaditas de cortar, y

¹ El reverendo padre don Antonio Labrador fundó la Congregación de las Hijas de María en 1886, en el templo de Santa María de los Siervos de Orizaba; en esa misma iglesia fomentó las congregaciones de la Guardia de Honor del Santísimo Sacramento y del Apostolado de la Oración (Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. XIV, p. 191). Esta última es una asociación piadosa fundada en

frescas, fragantes, embriagadoras, destinadas todas ellas a la distribución final del mes de María.

Mudose Margarita de vestido y volvió precipitadamente al corredor.

—¡El altar está lindísimo! ¡Ya se lo dije al padre Anticelli! Entiendo que no le faltan flores... Pero mandaremos algunas más frescas para los tibores de la escalinata. Las que están puestas allí me parecen marchitas o languidecentes, como que anoche y esta mañana han estado entre más de cien bujías. Los candelabros esos que regaló el señor Fernández, ¡y qué candelabros!, tienen muchos arbotantes, como treinta, y cada arbotante sostiene dos velas. ¡Figúrense ustedes, muchachas, si habría calor bastante para que se marchitaran las flores!

—¡Margot! —replicó Clarita Ferrer, una chiquitina vivaracha, lista, inquieta y nerviosa, en cuyos ojillos negros y luminosos centelleaba insaciable curiosidad, y en cuyas pupilas parecían asomar diablillos traviesos—. ¡Margot, que te hablo! Estás mal informada. ¿Dices que esos candelabros de cristal los regaló el señor Fernández, el papá de tu amiga Gabriela, la sobrina de ese señor canónigo que dijo el otro día la misa de difuntos?² Pues, si tal te han dicho, te engañaron. Esos candelabros...

—¡Esos candelabros —interrumpió Lupita Castro, una morena altiva, de tez tostada, airosa de porte y de ardoroso mirar—, esos candelabros tienen origen novelesco!... ¡Conozco esa historia!

—¡Deja que yo la cuente, que la sé muy bien! —saltó diciendo Martita Pérez, una rubia desteñida, de ojos garzos faltos de expresión y muy dada a los relatos sensibleros.

—No —replicó³ Clarita Ferrer—, ¡que he de contarla yo! ¡Yo la he de contar!

—Si vas a leer páginas de ajena vida, y páginas que deben quedar ignoradas..., ¡no, por Dios!

diciembre de 1844 junto al santuario de Nuestra Señora del Puy, en Navarra, España; hacia 1861 se propagó por varios países europeos y poco después llegó a América, las colonias africanas, las misiones de Asia e incluso a Oceanía (Ramière 1884, pp. v y ix).

² Se refiere a don Carlos Fernández, dueño de la hacienda de Santa Clara, en Villaverde. Este personaje, que a una enorme riqueza aún una notable afabilidad y buen trato, tiene un papel importante en *Angelina*, lo mismo que su hija Gabriela.

³ 1901-1902 incluye: *la*

—¡Nada de eso, Margot! ¡Nada de eso! Ya sabes que no me gusta comer prójimo... Muy al contrario de lo que te supones. Lo que voy a decir honra mucho a quien hizo el obsequio de esos candelabros.

—Bien —contestó Margarita—, di, pero sin mentar nombres...

—Entiendo: se dice el milagro pero no el santo. Conformes. Pues, en pocas palabras: unos novios... Ella de aquí y linda como un sol; él extranjero y guapo; él como loco; ella lo mismo. Las familias de ambos muy contentas, como que él valía tanto como ella, ¡y la pareja resultaba encantadora!... Él, por deberes de su profesión y por anteriores compromisos (era francés e ingeniero), tuvo que irse a Europa. De allí pasó a África, a las obras del canal de Suez..., ¡y no volvió!...⁴ En vano le⁵ estuvo esperando... ella. (Ya se me iba a escapar el nombre). Nadie dio aviso de que el gallardo caballero había muerto, como dicen las novelas, en las arenas líbicas... y...

—Bueno: ¿y los candelabros? —preguntó Margarita.

—Los candelabros fueron comprados con una joya que la señorita había recibido en años felices, y regalados a la Virgen de los Dolores, en memoria del ausente.

—¡Enteradas! —exclamó Margarita—. Ahora, ¡a trabajar!

Y las cuatro señoritas, con ayuda de un criado, principiaron a separar las flores. Apartaron primero las más hermosas varas, aquellas que tenían⁶ cuatro o cinco azucenas, cuyas copas alargadas y níveas acababan de abrirse; después las que habían de ser colocadas en los tibores, y al último aquellas que las chiquillas habían de llevar en la procesión. El resto sería ofrecido ante el altar, en cada misterio del rosario y a cada invocación de la letanía lauretana.⁷

Margarita y sus amigas clasificaron las flores, despojando de hojas los tallos y desechando las amarillentas o marchitas, que eran pocas. Todo fue colocado nuevamente en los cestos, rociado con agua fresca y remitido a Santa Marta.

⁴ 1901-1902: *volvió...* por *volvió!*...

⁵ 1901-1902: *se* por *le*

⁶ 1901-1902: *con* por *aquellas que tenían*

⁷ La letanía lauretana o de la Virgen es una 'deprecación a la Virgen por sus elogios y atributos colocados por orden, la cual se suele cantar o rezar después del rosario' (RAE 1899, s. v.).

Durante esta poética, aunque penosa faena, Margarita estuvo silenciosa. No sabía darse cuenta del presentimiento que la tenía sobresaltada, ni de la honda tristeza que llenaba su corazón y que se iba señoreando de su alma. ¿Eran memorias infantiles, recuerdos de la niñez, traídos a su mente por la fiesta del día? ¿Se acordaba de los días en que con otras chicuelas de su edad, vestida de blanco como las otras y luciendo el velo de las vírgenes y el vestido blanco de las desposadas, concurría en Santa Marta llevando haces de lirios? Allá en el fondo de su mente, entre sombras y nieblas, flotaba indecisa, vaga y misteriosa claridad, cierto albor de aurora que a las veces crecía y se hacía distinto, pero que de repente se perdía entre gasas oscuras para volver luego a aparecer y borrarse en seguida... Y el corazón le palpitaba agitado e inquieto, como si estuviera sobrecogida de espanto... Así durante la dilatada labor. Al concluir respiró ampliamente y se sentó a descansar, mientras sus compañeras hacían el envío. Entonces cerró los ojos, ansiosa de descubrir algo en aquella claridad misteriosa de su pensamiento. ¿Qué vio? ¿Qué miró? Dulce sonrisa pasó como un relámpago por los labios de la doncella...

“¡Cosa más rara! —pensó—. ¡Si me habré embriagado con el aroma de las azucenas! Me parece que he visto dibujarse, a través de ese albor cambiante, la figura de Alfonso... Pero... ¿por qué tanta tristeza? No parece sino que estoy delirante... ¡Vaya! ¡Como si hubiera tomado opio!”.

Y risueña, jovial, invitó a comer a sus amigas:

—¡Sí, sí y sí! —afirmaba—. Comerán acá, nos harán compañía, y después nos iremos a Santa Marta. Necesitamos llegar a buena hora para la colocación de las niñas.

Las señoritas accedieron al ruego de su amiga. Margarita seguía siendo presa de tristes presentimientos y no quería quedarse sola con su familia. Necesitaba a su lado personas bulliciosas que la distrajeran y que apartaran de su mente aquellas fúnebres ideas que la tenían sobresaltada.

—Ven, Lupe —dijo cariñosamente, abrazando a su amiga y llevándola hacia el comedor—, ven; ¡ya me contarás ahora, durante la comida y punto por punto, “la novela de los candelabros”!

XXI

Después de la comida se charló en la sala gratamente y por primera vez, después de tres años de silencio, el piano dejó oír su voz.

Martita le abrió y se dispuso a tocar.

—¿Qué vas a hacer? —gritole Margarita desde el sofá.

—¡A tocar! —respondió la joven con impasibilidad estoica.

—¡No, por Dios, mujer! No toques...

—¿Que no toque? ¿Por qué?

—Porque...

No dejó Marta que su amiga le contestara y, tras rápido registro que acusó torpezas del teclado, con heroico brío, con varonil pujanza, la parlanchina joven principió a tocar un vals alemán, estremecedor y brillante, cuya primera parte se desarrollaba en frases apasionadas, profundamente melancólicas, que nacían lentas y poco a poco se iban moviendo más y más, y creciendo en majestuosa amplísima espiral, y para cuyo ritmo parecían estrechas las inmensidades del Cielo.

—¡No sigas! ¡No sigas! —exclamó Margarita, levantándose del sofá—. ¡No sigas, por Dios, que me estás haciendo mucho mal!

Y corrió a colocarse detrás de su amiga. Acariciola, y mientras besaba en las mejillas a la tocadora y esta apartaba las manos del teclado, la blonda señorita cerró lentamente el piano.

—Me hace mal oír música... ¡Más de tres años hace que este piano no sonaba!...

Y como Marta insistiera en tocar, Margarita siguió suplicándole penosamente que no lo hiciera.

Doña Dolores, sorprendida y contrariada, apareció en la sala:

—Sigán tocando —dijo—. ¡Siga usted, Marta, siga usted!

—¡Margot no quiere! —murmuró la joven.

—Confieso que no esperaba oír música en casa... ¡Pero alguna vez había de ser! Siga usted. Oigamos ese vals...

Marta consultó con una mirada la voluntad de su amiga, la cual contestó con leve movimiento de cabeza, con un ademán negativo, a la par que con la melancólica tristeza de sus magníficos ojos azules.

Las campanas de Santa Marta soltaron un repique.

—¡Ya nos llaman! —murmuró Elena—. Es preciso irse...

—¡Váyanse ustedes —contestole doña Dolores—, que allá iré yo!...¹ Estoy en espera de Pablo, que ha debido comer con varios amigos, y con quien necesito hablar. ¿No han visto ustedes si ha pasado el cartero?

—¡Aún es temprano, mamá! —respondió Margarita.

Las cuatro jóvenes se levantaron y se dirigieron a las habitaciones interiores. Elena, al sentir que se alejaban, dejó su asiento y, apoyándose en los muebles, fuese en pos de sus amigas y de su hermana. A poco iban ya caminito del templo. A la sazón que pasaron por la oficina de correos, comenzaban a salir los carteros para hacer el reparto vespertino.

—Preguntaremos —dijo Margarita, parándose cerca de la esquina—, preguntaremos si mamá tiene cartas. Aquel es el cartero de nuestro barrio...

El empleado postal, un joven pálido a quien le caía muy bien el uniforme azul, venía por la acera opuesta,² muy abrumado con su repleta bolsa y trayendo en la mano muchos pliegos y algunas cartas.

Las jóvenes le llamaron con una mirada. El mozo atravesó la calle y se detuvo respetuosamente delante de las señoritas.

—¿Tenemos algo? —le dijo Margot.

—Creo que sí... —contestó el interpelado buscando en la bolsa—. Una carta para usted... y otra para la señora...

¹ 1901-1902: *yo... por yo!...*

² 1901-1902: *de enfrente, por opuesta,*

—¡Pues venga la que es para mí! —se apresuró a decir Margarita—. La otra llévela usted a mamá, que está en casa esperándola. Venga la mía.

Pensó la joven que el cartero vacilaba en darle la carta, y dijo:

—Me conoce usted, ¿no es verdad?

—¡Sí, señorita! —murmuró entre dientes el empleado—. Tenga usted su carta.

Recibiola Margot, leyó el sobrescrito, vio atentamente la nema, en la cual aparecía realzado un monograma azul y oro, y se puso encendida como una amapola.

—¿De quién es esa carta? —preguntó Elena—. ¿De Juan o de Alfonso?

Las amigas se miraron de modo malicioso.

—Ni de Alfonso ni de Juan. Es de María —respondió Margot con entereza, sintiendo que el corazón le palpitaba apresuradamente, y guardose la carta en el libro de misa, en el cual venía enredado con dos o tres vueltas un rosario de nácar.

Soberbio aspecto el de aquel altar de Santa Marta. El templo estaba lleno y trabajo tuvieron las señoritas para encontrar asiento y hallar un sitio cómodo para Elena.

El padre Anticelli estaba en el púlpito rezando el rosario. Cesaron las preces del penúltimo misterio y el armonio llenó el recinto con dulce devota melodía. Una voz infantil cantaba:

Tú, el ánfora de mirra,

Tú, cáliz de pureza...³

³ Es probable que se esté citando el poema “A María. Plegaria”, del poeta español José Zorrilla, incluido en su libro *Recuerdos y fantasías* (1844), si bien hay variación en uno de los versos. La pieza consta de cuatro cuartetos con versos alejandrinos; la estrofa en cuestión es la segunda y reza: “Tú, *bálsamo* de mirra; tú, cáliz de pureza; / Tú, flor del paraíso y de los astros luz, / Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza / Por la divina sangre del que murió en la cruz” (Zorrilla 1847, p. 276; las cursivas son mías). Recuérdese que el autor de *Don Juan Tenorio* estuvo en México desde 1855 hasta 1866; en el Segundo Imperio, Maximiliano lo nombró poeta palatino y director del Teatro Nacional (Bleiberg y Marías 1964, pp. 839-840). En esa época, que coincide con la estancia de Delgado en el Colegio de Infantes de la Colegiata de Guadalupe, en la Ciudad de México (de enero de 1865 a febrero de 1866; cf. Sol 1995b, p. 53), el veracruzano “tuvo ocasión, en dos veces”, de escuchar a Zorrilla como lector (Delgado 1953b, p. 110).

Resplandecía el altar con mil bujías de cera; ardían gruesos cirios en los blandones, y en el templete áureo del altar, de en medio de inmenso ramo⁴ de lises blancas⁵ surgía la estatua de la Inmaculada como luna llena en glorioso irisado celaje.

Había azucenas por todas partes: en el altar; en grandes jarrones; en guirnaldas soberbias en la cupulilla del templete; en ricos tibores colocados en las gradas y en la balaustrada del presbiterio, y hasta en las velas, en graciosos ramilletes atados con cintas de raso, lucían las simbólicas flores sus alburas de nieve.

Estaba expuesto el Sacramento en la mesa del altar, delante del tabernáculo, entre candelabros de cristal, opulentos de prismas, de luces y de cambiantes espectrales: la custodia resplandeciente irradiaba deslumbradora sobre los blancos lienzos que cubrían el ara.

Hacia el centro de la iglesia, en dos bancos paralelos que dejaban libre el camino hasta el altar, extendíase algo como una legión de ángeles, algo que semejaba pradera de lirios mecidos por el viento de una mañana primaveral, centenares de niñas vestidas de blanco, ceñidas las sienes con flores blanquísimas y envueltas en largos vaporosos velos.

Tres notas fuertes hacían resaltar la celeste blancura del conjunto, tres monaguillos vestidos de rojo que estaban arrodillados en la grada superior del presbiterio.

Margarita pasaba las cuentas de su rosario, ansiosa de acabar los cuatro misterios ya rezados por los fieles allí reunidos, para⁶ igualar sus preces con las del sacerdote. Rezaba con devoción,⁷ pero su mente no estaba en el templo ni sus ojos podían fijarse en el Santísimo. Sus labios repetían la salutación angélica, pero el pensamiento no vibraba al unísono con las palabras. Su alma curiosa estaba muy distante. Margarita hacía esfuerzos supremos para domeñar su

⁴ 1901-1902: *ramillete por ramo*

⁵ 1901-1902: *blancos por blancas*

⁶ 1901-1902: *e por para*

⁷ 1901-1902: *devotamente, por con devoción,*

fantasía rebelde y caprichosa, y⁸ hasta se mordió los labios para castigarse..., pero todo fue en vano, todo era inútil...

Comenzó la letanía. Místicos acordes bajaban en torrente del coro, el pueblo contestaba, y la fe desgranaba una a una su guirnalda de rosas lauretanas... *Domus aurea... Foederis arca... Janua coeli...*, cantaban arriba; *Ora pro nobis*, repetía el pueblo;⁹ los turíbulos mecidos dulcemente inundaban el recinto de¹⁰ vagarosas nubes de incienso, y la joven se desesperaba, afligida por su falta de devoción y por las arideces repentinas de su alma.

“¡Fantasía rebelde! ¡Fantasía indómita! ¡Con razón alguno te ha llamado la loca de la casa!”,¹¹ pensaba Margarita, al considerar cómo su imaginación irreparable iba de aquí para allá. Se le escapaba del templo y huía a través de los valles de Pluviosilla, y escalaba montañas y salvaba cordilleras... más rápida que el sonido y que la luz.¹² Hacía un esfuerzo y conseguía traerla, y al parecer sojuzgada y vencida reposaba un instante en las imágenes, en el altar, en la custodia resplandeciente, en la hostia purísima, prodigio inefable de poder y de amor...

⁸ 1901-1902 no incluye: y

⁹ Los versos citados pertenecen a las letanías lauretanas. Su traducción es la siguiente: “Casa de Oro, Arca de la Alianza, Puerta del Cielo”, a lo que la grey responde: “Ruega por nosotros”.

¹⁰ 1901-1902: *con por de*

¹¹ Las “arideces repentinas” del alma que experimenta Margarita y el pensamiento que se cita a continuación son probables referencias al capítulo xxvi del *Camino de perfección* de santa Teresa de Jesús, titulado “En que va declarando el modo para recoger el pensamiento. Pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan la oración”. En él, la abulense aconseja lo siguiente a quienes encuentran dificultades para entregarse a la oración: “¡Oh hermanas, las que no podéis tener mucho discurso de el entendimiento, ni podéis tener el pensamiento sin divertirnos! acostumbraos, acostumbraos. Mira que sé yo que podéis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo de no poder sosegar el pensamiento en una cosa [...]. Digo que esto, que puede acostumbrarse a ello, y trabajar andar cabe este verdadero Maestro” (Teresa de Jesús 1916, p. 120). Por lo que toca a la frase “la loca de la casa”, tradicionalmente atribuida a santa Teresa, no es expresión literal suya, “sino que proviene de una traducción francesa, muy libre, de sus escritos” (Serés 2015, p. 23n).

¹² La imaginación que es capaz de salvar obstáculos y recorrer grandes distancias (tanto físicas como temporales) es un tema recurrente en la obra de Delgado. Está presente en *La Calandria*, cuando Carmen consigue desplazarse con la mente desde Xochiapan hasta Pluviosilla en pos de su amado Gabriel (Delgado 1891, cap. xxix, pp. 261-262); en *Angelina*, cuyo protagonista en su niñez dejaba que su pensamiento “volara más allá de la populosa ciudad [de México], más allá del oscuro lago de Texcoco [...], en busca de regiones amadas, de rostros amigos, de voces cariñosas” (Delgado 1895, cap. xix, pp. 74-76; *vid.*, asimismo, el cap. xxxvi, p. 334), y nuevamente en *Los parientes*, en el capítulo xli, en el que Elena puede seguir con el pensamiento las andanzas de su primo Juan, y en el capítulo xc, cuando Margarita logra dar tregua a su agitado pensamiento refugiándose en “los prados serenos de los recuerdos gratos, al borde de las aguas límpidas y gárrulas de los felices días”.

Pero luego, a poco, se le huía,¹³ y, como pajarillo fugitivo, volaba por las cornisas colgadas de terciopelo azul; iba a posarse en las arañas resplandecientes, o se escondía en las espesuras de los ramilletes. Las luces le traían a la memoria bailes suntuosos y ricos banquetes; las flores, días primaverales, jardines en que abril prodigara sus maravillas, giras alegres y jubilosas a través de campos embalsamados por las rosas nuevas; la veste nívea y los velos vaporosos de las niñas, gráciles y felices desposadas... No pudo más. Aquello, sin duda, era una tentación... Oró, oró, aterrorizada,¹⁴ grato frescor inundó su alma... y se sintió tranquila.

“¡Y todo por esta carta! ¡Por esta carta —se dijo muy quedito— que tengo aquí en mi devocionario, y que tal vez no contendrá más de seis líneas, que acaso no dirá más que unas cuantas tonterías!... ¡Ea! ¡Ya la veré!”.

Sacó la carta, estrujándola nerviosamente, aunque con temor de hacerla pedazos, y se la guardó en el bolsillo de la falda.

¡Cuánto había durado aquella lucha tenaz con la imaginación indomeñable! ¿Habría pasado ya el sermón? Sí, y la procesión también.

Oscurecía. Las últimas luces de la tarde penetraban en el templo por las altas ventanas de la cúpula y del crucero; las sombras agrupadas¹⁵ atrás, a la entrada, en el extremo de las naves procesionales, esperaban el instante en que debían precipitarse para señorearse del templo; humo fragante inundaba el sagrado recinto y subía pesadamente hacia las bóvedas; preludiaba el coro himno sublime de incomparable misterioso sentido; juntas las pértigas y plegado el velo¹⁶ era abatido el palio, y el sacerdote se disponía a dar la bendición con el Santísimo.

Margarita inclinó la frente. El órgano lanzó raudales de sacras armonías; resonaron címbalos solemnes; estallaron en atronadora música las campanillas; volviose al preste, en cuyos ricos ornamentos chispeaban brillos y luces, y entre relámpagos y armonías, y entre aromas y nubes, lentamente, lentamente, como un sol que se va, que se aleja y que se pierde en las inmensidades del espacio,

¹³ 1901-1902: *escapaba*, por *huía*,

¹⁴ 1901-1902 incluye: *y*

¹⁵ 1901-1902 incluye: *allá*

¹⁶ 1901-1902: *la vela* por *el velo*

apareció un disco radioso —en cuyo centro, y como nimbada de celestes claridades, era flor de plata el pan eucarístico—,¹⁷ un disco de oro que sostenido por unas manos trémulas ascendió, bajó, volvió a subir, fue de un lado a otro¹⁸ hasta trazar una cruz, y luego se ocultó, dejando centellante reflejo, en medio de una gloria deslumbradora, entre una nube blanquísima y fragante.¹⁹

¹⁷ 1901-1902: *radioso, en cuyo centro, y como nimbada de celestes claridades, era flor de plata el pan eucarístico, por radioso —en cuyo centro, y como nimbada de celestes claridades, era flor de plata el pan eucarístico—,*

¹⁸ 1901-1902: *ascendió, bajó, volvió a subir, fue de un lado a otro, sostenido por manos temblorosas, por sostenido por unas manos trémulas ascendió, bajó, volvió a subir, fue de un lado a otro*

¹⁹ 1901-1902 no incluye: *entre una nube blanquísima y fragante.* // 1901-1902: aquí concluye la entrega número 11.

XXII

Elena no quiso esperar a Margarita y salió del templo luego que acabó la bendición.

—No espero a mi hermana... —decía la ceguezuela a sus amigas—. Ya estoy cansada; hace mucho calor aquí, y necesito descanso y aire fresco.

—Pues ya le tendrás —contestole Martita, dándole el brazo.

Siguieronlas Lupe Castro y Clara Ferrer.

Todas con mil trabajos consiguieron salir. A la puerta de la iglesia se agolpaban las gentes. Pugnando por salir, y ansiosas de verse en la calle, se estorbaban el paso unas a las otras, procurando dejar libre el tránsito a las niñas, que llorosas las unas, las menores, inquietas las otras, se aglomeraban en aquellas apreturas, desgarrando en la brega sus vestidos blancos y sus velos de tul.

—¡Vámonos, vámonos! —repetía nerviosamente Marta Pérez, como nunca histérica—. Viene un aguacero de los buenos... ¡El primero de mayo! No quiero rejuvenecerme...¹ Hay tempestad, lejana, sí, pero la hay. Estoy mirando en las vidrieras de la cúpula la luz de los relámpagos... ¿No has oído los truenos? Oye... ¿Oíste? ¡Y no hemos traído paraguas!...

Y las cuatro muchachas pugnaban por salir.

Allí se encontraron con la Conchita Mijares.

—¿No decías que no podías venir? —díjole Lupe Castro.

¹ Según se lee en el siguiente capítulo, al primer aguacero de mayo se le atribuye la capacidad de alegrar y rejuvenecer. Esta creencia quizá está relacionada con el refrán español “como agua de mayo”, usado para ‘ponderar la oportunidad con que sucede algo beneficioso’ (RAE 2014, s. v. “agua”).

—Caí en la tentación —respondióle la bachillera—. Las Sánchez vinieron y me vi obligada a venir. Figúrate tú que son ya las seis y media, y que a las ocho se ha de levantar el telón. Y a mí me toca principiar. No sé cómo hacer para estar lista a esa hora. Tengo que peinarme, y que mandar las cosas, el vestido de baile y... ¡todo!²

Esto lo decía en voz alta, con horrorosa precipitación, olvidándose del sitio en que estaba y causando escándalo en las devotas que la oían.

—¡Por Dios, Concha! ¡Calla! Reflexiona que estás en la iglesia.

—¡Tienes razón!

Calló Conchita, y todas, como pudieron, venciendo obstáculos y sufriendo empellones, fueron saliendo...

Llovía. Gruesas gotas caían en el atrio. Allí,³ en la acera inmediata y en las fronteras esperaban mozos y criadas con abrigos y paraguas.

Nubes de tormenta⁴ cubrían el cielo, y allá por el sud y por el sudeste, por sobre las montañas de Villaverde, la tempestad lanzaba sus rayos y⁵ rodaba sus trenes de guerra con el estruendo de poderoso ejército. Cárdenas luces persistían en el horizonte, dejando ver, a cada fulguración, remotos términos y vagas lontananzas que iluminaban con reflejos sulfúreos redes y redes de hilos de fuego. El calor era sofocante. Ni un soplo de frescura que modificara a su paso el ardor del crepúsculo. Dejaron de caer los goterones. La campana de la Parroquia dio la oración, y a su voz majestuosa y solemne contestaron piadosos los cien bronces de los campanarios de Pluviosilla.

La multitud, no bien ganaba el atrio, se dispersaba apresurada; lloraban las chiquillas llevadas a remolque; regañaban las mamás; reprendían entre enojadas y sonrientes las señoritas a sus hermanas menores, y los lechuguinos⁶ y los

² 1901-1902 no incluye: *y... ¡todo!*

³ 1901-1902 incluye: *y*

⁴ 1901-1902: *tempestad por tormenta*

⁵ 1901-1902: *rayos, por rayos y*

⁶ *Lechuguino*: 'Muchacho imberbe que se mete a galantear aparentando ser hombre hecho' y 'hombre joven que se compone mucho y sigue rigurosamente la moda' (RAE 1899, s. v.). La voz también admitía el género femenino en la segunda acepción.

galanes de Pluviosilla, flor y nata de la andante pollería de la tierra, gozaban del espectáculo aquel, todo sombras, gritos, exclamaciones y lloriqueos.

Los buenos mozos se preparaban a arrostrar la lluvia, el terrible chubasco, que venía que volaba, y muy armados de paraguas, recogidos a la inglesa los pantalones sobre los charolados borceguíes, y estacionados frente a la iglesia, contra los muros de la casa frontera, atisbaban a las novias o a las chicas que los tenían feridos de punta de amor o llagados de las telas del corazón.⁷

La tormenta se acercaba. Un rayo conmovió el templo, como si hubiera caído en la cúpula y se hubiera enroscado en la cruz, y al pasar el claror del relámpago la oscuridad se hizo más densa. El servicio del alumbrado público estaba de malas... Alguna dinamo descompuesta, algún *daño*⁸ en los circuitos...

Entonces salió Margarita. No había salido antes porque tenía horror a las apreturas, y tranquila había esperado que saliera la gente.

“¿Que va a llover? ¡Pues que llueva!”, díjose, y con toda calma se dirigió al altar mayor y se arrodilló en un reclinatorio.

Allí pidió perdón para sus tibiezas y para aquella aridez de su espíritu tan inesperada y repentina. Pero no tuvo verdadera devoción. Rezó la estación mayor y algunas otras preces que su acostumbrada piedad le pedía, pero su alma no estaba toda en el templo, ni la oración salía de sus labios vibrante, alada, luminosa, infatigable para subir al Cielo. Maquinalmente se llevaba la mano al bolsillo de la falda, como si le sobrecogiera la idea horrible de haber perdido aquella carta cuyo aroma embriagador ya presentía, cuyos términos adivinaba, cuyas frases afectuosas parecían murmurar amores entre los pliegues del suntuoso y rico papel de hilo.

Quedó el templo vacío. Los sacristanes habían apagado todas las bujías. Aún quedaba en los aires remoto aroma de estoraque y de incienso, y penetrante olor

⁷ La descripción de los mozos de Pluviosilla como la “flor y nata de la andante pollería de la tierra”, “feridos de punta de amor” y “llagados de las telas del corazón” es una clara referencia cervantina; al respecto, *vid. supra*, cap. XIV, nota 9.

⁸ *Daño*: aunque esta voz tenía en 1901 la misma definición que en la actualidad, el resalte tipográfico hace pensar que quizá se esté empleando aquí la acepción que recoge Francisco Santamaría (2005, s. v.): ‘En el lenguaje vulgar de casi toda la América española, maleficio’.

de cera quemada llenaba el ambiente, mezclado con la fragancia de las azucenas marchitas.

Parecía que aún flotaba en las bóvedas algo de los cantos litúrgicos, algo como voces infantiles en la nave central, y ruidos de pasos, allá en el fondo, cerca de la entrada.

Ardían serenas, en sus fanales rojos y colgadas de sus pescantes, las perennes lámparas del sagrario, y su luz apacible se reflejaba en el tabernáculo, en las columnas del altar, en los marcos de los cuadros, y encendían una que otra chispa de color en los prismas de los candelabros.

Margarita se santiguó de prisa, se levantó, tomó al pasar por la fuente agua bendita y salió.

Llovía. Ráfagas de viento tibio le azotaron el rostro. Recogióse la falda, y de puntillas, semiembozada en la mantilla, ganó a lo largo de la acera el camino de su casa, que, por fortuna, no estaba distante.

Allá por las montañas del sud, en lo más alto de la cordillera la tempestad incendiaba las cimas.

XXIII

La joven llegó a su casa en momentos en que la lluvia —el primer aguacero de mayo, que dizque alegre y rejuvenece— se desataba torrencial.

Allí estaban sus amigas. Saludolas al paso, diciéndoles:

—Ya vengo... He llegado empapada... Si tardo un poco más, ¡me luzco!

Y volviéndose agregó en tono risueño y afable:

—Marta: estarás satisfecha... La fiesta ha resultado magnífica. ¡Divina! ¡Divina! ¡Divina!... Como dice Concha Mijares..., a quien esta noche aplaudirán a rabiar en los brillantes salones de Arturito Sánchez...

Mientras sus amigas reían, Margot se perdió en las habitaciones interiores, entró en su alcoba, cerró las puertas, quitose la mantilla, mudose vestido, pensó mudarse¹ calzado, pero no lo creyó necesario, y luego, inquieta, recelosa, como si temiera ser sorprendida, se acercó a la mesa de noche, y a la luz de una lámpara, cuyo fulgor opalino se difundía gratamente en la estancia, leyó el sobrescrito de la carta de Alfonso, miró atentamente el gallardo monograma de la nema, y rompió el sobre, y cuidadosamente desdobló la carta, y leyó.

Decía así:

Mi buena Margot:

Aquí me tienes en este México de ustedes, muriéndome de fastidio y cansado de recorrer todos los días las mismas calles, siempre desde Plateros hasta San Francisco, y por las tardes dando vueltas en la calzada de la Reforma (donde hay unas estatuas abominables

¹ 1901-1902: *mudar por mudarse*

y unos indios feroces),² y echando de menos aquellos campos de tu Pluviosilla, y aquella tu conversación viva y llena de *esprit*, y tan dulce y encantadora como las miradas de tus ojos azules, ojos de zafiro, como dijo Byron.³ Juan sube y baja. Dice que está desesperado y muerto de fastidio, pero ello es que apenas si le vemos en casa. Ya tiene muchos amigos, y con ellos se pasa el día. Envidio ese carácter suyo tan sociable. Así, ni más ni menos, era en París. Es por eso que yo no congenio (¿así se dice?) con él. Somos de carácter enteramente opuesto. Creo que pronto estará contento, aunque difícilmente se olvidará de su París. Aquí se ha encontrado amigos que trató allá, y con ellos anda de comidas y teatros.

Yo me aburro, puedes creerlo, prima mía. ¡Cuánto mejor estaría yo allá, en tu “pueblo” —como te decía yo para verte enojada y ver más azules tus ojos—, paseando contigo, viendo aquellos campos, contemplando aquellos bosques y aquellas cascadas que visité contigo, y escuchando tu voz consoladora que ha derramado en mi alma frescuras que nunca esperé, algo así como un perfume de violetas de Niza o de lilas frescas! Mañana te mandaré el libro prometido, pero lo has de leer como si estuviéramos juntos. Es de mi poeta favorito. ¡Si tú vieras!... En un paseo que hice a Bretaña fue mi único compañero. Le compré en Saint-Malo, en la tierra de Chateaubriand, una noche, al volver de visitar el

² A mediados de 1887, Francisco Sosa publicó en *El Partido Liberal* una propuesta que tuvo muy buena acogida en la prensa nacional; consistía en que cada uno de los estados de la Federación erigiera un par de estatuas en bronce de aquellos personajes que “por sus virtudes cívicas, por su ciencia, o por sus obras” merecieran ser inmortalizados y colocados en unos pedestales que para esa fecha existían ya en el paseo de la Reforma. El éxito de la iniciativa fue tal que la Secretaría de Fomento giró en octubre del mismo año una circular para el efecto, dirigida a cada una de las entidades federativas. Las primeras dos esculturas se colocaron en febrero de 1889; correspondían a Ignacio Ramírez y Leandro Valle, quienes representaban a la capital de la República (Sosa 1900, pp. v-xvi). Para abril de 1899 había ya 34 figuras (aún faltaban las correspondientes a 11 estados) y a lo largo del siglo xx se instalaron otras 43, hasta sumar un total de 77 estatuas a ambos lados de la avenida, todas de varones. Por su parte, los “indios feroces” son dos enormes efigies de Itzcóatl y Ahuízotl, cuarto y octavo tlatoanis mexicas, obra de Alejandro Casarín Salinas. Mejor conocidas como los “Indios Verdes”, estas piezas de bronce de cerca de cuatro metros de altura y peso de tres toneladas fueron elaboradas para formar parte del pabellón mexicano que se envió a la Exposición Universal de 1889, celebrada en París; sin embargo, no hay evidencia de que hayan sido llevadas a la capital francesa. Entre 1890 y 1902 estuvieron en el paseo de la Reforma (cf. Matos 2014, pp. 86-87).

³ Hay breves alusiones a Lord Byron en *La Calandria* (Delgado 1891, cap. xxxii, p. 279), *Angelina* (Delgado 1895, cap. lv, p. 481) y en el relato “Adolfo”, recogido en *Cuentos y notas* (Delgado 1902, p. 4). En este pasaje se está haciendo referencia al poema “I Saw Thee Weep” (“Te vi llorar”), que forma parte de las “Hebrew Melodies” (“Melodías hebraicas”) del autor inglés y que fue traducido por Delgado a partir de la versión francesa de Benjamin Laroche publicada en *Œuvres complètes de Lord Byron* (París, Hachette, 1861, p. 101; cf. Bickley 1935, p. 209n). Según James Bickley, el escritor veracruzano obtuvo un ejemplar de dicha traducción en la biblioteca de Silvestre Moreno. En su versión, las estrofas iniciales rezan: “Te vi llorar, brillante y temblorosa / en tu pupila azul brotó una lágrima, / como de una violeta entre los pétalos / la gota de rocío que deja el alba. / Te vi reír; espléndido zafiro / cerca de ti sus brillos eclipsaba, / competir no pudiendo con los rayos / de tu serena virginal mirada” (Delgado 1953a, p. 211).

sepulcro del grande hombre, en una librería que estaba frente por frente de la estatua del autor de *Atala*.⁴

¡No te olvido, prima mía, primita mía! ¿Cuándo vienen? Si no vienes pronto, el mejor día te dirá un periódico que me eché de cabeza en uno de los canales de esta famosa Venecia americana. ¡Y qué canales!

Dicen mamá y María que ya escribirán. Aún no están instaladas a su gusto. Papá dijo anoche que ya están arreglando en Tacubaya una casa para ustedes.

Te quiere mucho tu primo, tu... melancólico primo.

Alfonso

Margarita dobló la carta, la metió en la cubierta, abrió el ropero y la guardó en él.⁵

⁴ Publicada en 1801, *Atala* es quizá la obra más popular del político y escritor francés François-René de Chateaubriand; en ella planteó una defensa y restauración del ideal cristiano. Es importante señalar que en sus *Lecciones de literatura* Delgado se refirió a este novelista como el “padre de la prosa moderna” (1904b, p. 43), y en *Angelina* se le menciona como una de las fuentes románticas en las que Rodolfo, el joven protagonista (y, para muchos, *alter ego* del propio autor), pudo haber bebido su “germen pesimista” (1895, cap. XIX, p. 187).

⁵ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 12.

XXIV

Guardó la carta, y risueña y jovial, con alegría de chicuela mimosa, volvió a la sala. Elena y sus amigas charlaban en el estrado.

El piano abierto sonreía y dejaba ver, a la luz de dos bujías cuyas flamas azotaba el viento, la irreprochable dentadura de su teclado, como la de una mujer admirada y bulliciosa.

Margarita acudió a una de las ventanas. Las dos estaban abiertas de par en par. El chubasco había pasado y la tempestad detenida en las cumbres de Mata Espesa no se atrevía a invadir el valle. No languidecían los fuegos procelosos ni desmayaban los estruendos. Oíase fijo, aunque lejano, el rumor de sus cohortes batalladoras, y a cada instante, con rapidísimas intermitencias, verdosa luz de irradiaciones cárdenas inundaba los espacios y resplandecía con luz siniestra en la desierta calle. Iluminábanse las cimas del Recental, descubriendo las gibas de su perfil ondulado, dibujadas sobre un fondo cerúleo y sobre remotas lejanías e infinitas claridades lunares.

Al esplendor el relámpago palidecían los focos eléctricos, columpiados bruscamente por el aliento de la borrasca. La tierra reseca, apenas humedecida por el chaparrón, olía a búcaro,¹ y el viento pasaba en impetuosas ráfagas, vencedor del ambiente caldeado por el día.

—¡Marta! —exclamó Margarita desde la reja—. El piano te espera...

¹ *Búcaro*: 'Arcilla que se encuentra en varias partes del mundo y principalmente en América: despide, sobre todo cuando está mojada, un olor agradable, y solían mascarla y aun comerla las mujeres. Hay tres especies que se diferencian, entre otras cosas, en el color, siendo una roja, otra negra y otra blanca' (RAE 1899, s. v.).

—Esta tarde —contestó la joven— no estabas para música... Ahora quieres que toque... ¿Qué habrá en ese corazoncito?

—¡Toca, mujer! —suplicó Margot.

Y Marta corrió hacia el piano, ocupó el taburete y preludió con dulzura un capricho alemán.

—¡Qué torpe está² el teclado! Muy torpe para cosas de estas.

Y soltose tocando un danzón veracruzano de rudo contoneo, caprichoso, apasionado, caliente como el aire de la costa en noche primaveral.

Los truenos ahogaban la música. Un relámpago, otro, otro y otro más, y el aguacero se desató terrible, torrencial, casi pavoroso. Resonaba en el techo; azotaba los arbolillos y las trepadoras del patio, y producía ruido de pedrisco en las canaleras de los aleros.

Margarita contemplaba embebecida las soledades de la calle y los efectos de la luz en la lluvia. El arroyo crecía por momentos y la corriente pasaba con rumores de riachuelo. El sereno de la calle, muy encapuchonado y diligente, oculta su linterna entre los pliegues del raído y viejo capote, vino a buscar abrigo en el zaguán. Marta seguía tocando. El viento azotaba las flamas de las bujías.

—¡No es posible! —murmuró la pianista—. Ni me oyen ni se oye.

Y se retiró del piano y volvió al sofá.

Margot seguía en la reja, embelesada ante el aguacero, que bañaba con polvo finísimo de agua tibia la frente de la joven.

La tempestad iba en dispersión, rumbo al sud. Ardían en llamaradas los picos de la sierra, y en los cerros de Xochiapán, a cada fulgor de la tormenta, el rayo trazaba caprichosos ramajes.

“Así deben ser —pensaba Margot— las tormentas del alma. ¡Cómo lucharán en ella fuegos de borrasca y tinieblas del abismo! ¡Pero después qué aurora tan arrebatada y plácida; qué alborear tan apacible; qué frescura la de los campos; qué día tan hermoso!”.

De este modo poetizaba ensoñadora la gallarda doncella, conversando a solas con su pensamiento y empeñada en no querer oír lo que ansiosamente le gritaba

² 1901-1902: *¡Está torpe por ¡Qué torpe está*

su corazón. No quería escucharle, pero le oía, le oía, a cada instante más desmayada para poder resistir a lo que tan ingenuamente le decía.

—Estás enamorada de Alfonso; sí que lo estás. Y tienes razón, sí que la tienes; ¡mucho razón! Es guapo, es joven y muy simpático y muy talentoso. Confiesa, dueño mío, que esa cartita que trasciende a piel de Rusia, y en la cual tu finísimo y delicado olfato de mujer descubre fragancias viriles, te ha dejado muy contenta, muy satisfecha y muy alegre.

Margarita se hacía la sorda y, para engañarse a sí misma, se entretenía en contar los relámpagos que centelleaban en las cumbres de la sierra.

El corazoncito aquel, caprichoso, indiscreto, tenaz, insistía y porfiaba:

—No me engañarás; no me engañará esa tu imaginación locuela, que tanto quehacer te ha dado esta tarde, que no te dejó rezar y que robó a tu piedad la devoción que le exigías. Óyeme: quieres a Alfonso. Antes decías (yo te lo oí decir muchas veces, acuérdate de ello) que no volverías a amar; que el amor no renacería en mí; que serías fiel a la memoria de aquel muchacho que nunca te dijo media palabra de amor, pero que, tú lo sabías por boca de ciertas amigas tuyas, te amaba y vivía para ti. Sí, eras todo para él. ¿No haces memoria de eso? Pues óyeme: ¿digo su nombre? Se llamaba... ¡Vaya! ¡Pues no lo diré! ¡Y creías engañarme! ¿A mí? ¿A mí? ¿A mí que lo sé todo? Eres una chiquilla... Aquello fue amor; sí, amor; pasioncilla incipiente, tentadora; vamos: ¡un sueño azul!³ Pero... ¡nada más! Se fue, se fue a estudiar... Y le has esperado en vano; y te cansaste de esperarle; y no volvió, y no volverá. Bien sabes que no volverá, y, además, no ignoras que es indigno de ti. La vida escolar, en la cual entró inexperto y sin guía, le impulsó por senderos extraviados y oscuros, y ha ido rodando de abismo en abismo y de precipicio en precipicio... ¡Para qué repetirte lo que ya sabes! La embriaguez le ha perdido. Algo darías por salvarle de las garras de esa arpía. ¡Oh! Darías todo, todo, hasta ese afecto que has encendido en mí, y en el cual no quieres pensar, pero que va ardiendo a maravilla, como que el combustible está bien seco, ¡le has tenido reservado tanto tiempo!, y arde muy bien, ¡muy bien! ¡Algo darías por regenerar al otro, pobre víctima de esta triste vida de provincia

³ 1901-1902: *azul*. por *azul*!

sin anhelos generosos ni nobles ideales, perdido en⁴ el estruendo de una gran ciudad, en los años peligrosos en que el corazón principia a abrirse a la vida! Mucho harías por salvarle, ¡pero eso es imposible!...⁵ ¡Ahora quieres ser para Alfonso, para tu Alfonso!...⁶ No te enojas porque le llamo así... ¡Así⁷ le nombras allá en un rinconcito de tu cerebro! ¿No es cierto? Quieres ser para Alfonso lo que hubieras sido para el otro... Su amiga, su confidente, su hermana... y algo más, ¡algo más! ¡Vaya! ¡Ya me estás escuchando! ¡Ya no cuentas los relámpagos! Piensas que Alfonso es una alma entristecida, inmolada en los altares de la riqueza; un espíritu entenebrecido en los brillantes y magníficos⁸ salones de París; traído y llevado por los asfaltos de la gran ciudad; de ese París de quien alguno ha dicho que es la “Universidad de los Siete Pecados Capitales”,⁹ y te has dicho: “Yo alegraré esa alma; yo iluminaré ese espíritu con claridades de fe; yo le haré amar la vida sencilla y modesta, opulenta de horas serenas, rica en santas emociones, fecunda en inmortales esperanzas”. ¡Noble deseo el tuyo! ¡Eres buena, dueño mío, eres buena!

La lluvia había cesado; el cielo iba despejándose, y, limpia la región del poniente, la claridad lunar mostraba un piélagos azul, espléndido celaje.

De un salto volvió Margarita al salón, se dirigió al piano, se acomodó en el taburete, y la *Invitación al vals*¹⁰ inundó el recinto con sus magistrales acordes.

⁴ 1901-1902: *entre* por *en*

⁵ 1901-1902: *imposible... por imposible!...*

⁶ 1901-1902: *Alfonso... por Alfonso!...*

⁷ 1901-1902: *¡Sí, así* por *¡Así*

⁸ 1901-1902 no incluye: *brillantes y magníficos*

⁹ El creador de esta frase, también mencionada en el capítulo LXXIII, es el periodista ultramontano francés Louis Veuillot, cuyo texto “De la nobleza” (“De la noblesse”) comienza así: “La ciudad del contraste y del vértigo, *la universidad de los siete pecados capitales, París*, alberga también colegios de apóstoles y seminarios de mártires” (“La ville du contraste et du vertige, *l’université des sept péchés capitaux, Paris*, renferme aussi des collèges d’apôtres et des séminaires de martyrs”; Veuillot 1860, p. 221; la traducción y las cursivas son mías). Sobre este escritor francés, *vid.*, asimismo, *infra*, cap. LXII, nota 15.

¹⁰ También conocida como *Invitación al baile* (1819), se trata de una pieza para piano del compositor alemán Carl Maria von Weber, cuya obra estuvo impregnada por los ideales del romanticismo.

Acabada la cena se charló en la sala. Se habló mucho de las “fiestas dramáticas” de Arturito Sánchez y de los talentos de Concha Mijares para los monólogos de suprema elegancia.

Ramón, que siempre estaba de buen humor, y que solía tener chispa cuando criticaba ciertas cosas, hizo alarde de su verba. Puso en caricatura a todo el grupo dramático y refirió, punto por punto, con exactitud de cronista concienzudo, cómo eran aquellas fiestas y aquellos bailes (que siempre en baile terminaba todo en aquel centro de sabidillas y de gente cursi),¹ y, acaso poniendo algo de su cosecha, divirtió por más de una hora a sus hermanas y a sus amigas.

Arturito era muy dado a la tragedia y había llegado hasta la audacia piramidal de poner en escena *El gran galeoto* y *La esposa del vengador*.² Si las obras del insigne dramático español no impusieron respeto en aquel grupo de aficionados, menos le impusieron las de nuestro Peón y Contreras, y *La hija del rey* y *Hasta el*

¹ 1901-1902: *bailes, que siempre en baile terminaba todo en aquel centro de sabidillas y de gente cursi, por bailes (que siempre en baile terminaba todo en aquel centro de sabidillas y de gente cursi),*

² Ambas son piezas teatrales del dramaturgo español José Echegaray, académico de la lengua española (1894) galardonado con el premio Nobel (1904), que compartió con el poeta francés Frédéric Mistral. *El gran galeoto* (1881), drama en tres actos, es su obra más famosa; en cuanto a *La esposa del vengador* (1874), también es un drama en tres actos y en verso. Esta última se estrenó en México en el Teatro Principal el 10 de noviembre de 1875. La escenificó la compañía de Enrique Guasp de Peris, actor que llegó a Veracruz en 1875 y en 1878 montó dos piezas de Delgado en el Teatro Llave de Orizaba. En “el delicado papel de la protagonista —explica Enrique de Olavarría y Ferrari— estuvo perfecta Concha Padilla [...]; la bella obra de Echegaray gustó en México, tanto como agradado había en Madrid” (1895, vol. 3, p. 207). Asimismo, el 29 de junio de 1881, la Compañía del Principal dio a conocer en México el “estupendo y celebradísimo drama *El gran galeoto*, [...] que produjo un indecible entusiasmo en el público, no solo en el estreno sino en todas y cada una de las numerosas representaciones que de él se hicieron” (p. 335).

*Cielo*³ salieron hechas añicos de manos de Arturo, que era el primer actor, y de Concha, que era la primera dama de aquella compañía “estudiosa y modesta”. Concha deseaba vivamente, pero no se le había logrado el⁴ deseo, “trabajar” alguna vez en el único teatro de la ciudad, en el Gran Teatro del Progreso (el primero del estado),⁵ en noche solemnísima, con cualquier motivo, en alguna fiesta patriótica o en alguna función de beneficencia. Arturo no le iba en zaga a su amiga y compañera, y había que verlos —decía Ramón, remedando a una y a otro— cuando representaban el *Drama nuevo*, en aquella soberbia escena de Shakespeare con Alicia y Edmundo.⁶ Hacía el Shakespeare un pobre muchacho, empleado de cierta imprenta, en quien lo innoble⁷ del aspecto corría parejas con lo áspero y herrumbroso de la voz; Alicia, esto es, Conchita Mijares, lucía su rostro agraciado y su cuerpo⁸ de lagartija; Arturo se había vestido fatalmente, y a las trusas acuchilladas juntó no sé qué prendas chambergas para dar al traje “mayor visualidad”.⁹ El célebre diálogo —obra incomparable del arte escénico— resultó

³ El médico, político, poeta y dramaturgo originario de Mérida, Yucatán, José Peón y Contreras residió unos años en Orizaba y perteneció a la Academia Mexicana de la Lengua desde 1896. Su producción dramática fue copiosa; tanto *La hija del rey* como *Hasta el Cielo* se estrenaron con gran éxito, junto con otros seis dramas suyos, en 1876, en los teatros Principal y Nacional. Las obras mencionadas se han catalogado como teatro histórico romántico, de “capa y espada”, en versos octosílabos.

⁴ 1901-1902: *su por el*

⁵ Se refiere al Gran Teatro Ignacio de la Llave, del que, según Naredo, podía decirse que no tenía rival en Veracruz. Su fundación se debió al general epónimo, quien fue gobernador del estado y combatió en diversas batallas (Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. XX, pp. 233-234). En *Angelina* este teatro es llamado De la Vega, por el “ilustre” político Pancracio de la Vega (esto es, De la Llave), en honor del cual se bautizó también “todo establecimiento público, escuela, teatro, hospital, paseo, etc.” (Delgado 1895, cap. VI, pp. 67-68).

⁶ *Un drama nuevo* (1867) es considerada la mejor obra del dramaturgo madrileño y académico de la lengua Manuel Tamayo y Baus, en la cual hay “más preocupación estética que ética [...]”. Resucita el ambiente de la Inglaterra de Shakespeare, que es uno de los personajes, y recurre al artificio de representar un drama dentro de otro” (Bleiberg y Marías 1964, p. 756). Esta pieza se estrenó en Madrid el 4 de mayo de 1867; en febrero del año siguiente se representó en el Teatro de Iturbide de México (Olavarría 1895, vol. 3, p. 21).

⁷ 1901-1902: *ignoble por innoble*

⁸ 1901-1902: *carita agraciada y su cuerpecito por rostro agraciado y su cuerpo*

⁹ Las prendas chambergas eran un atuendo que se conoció en España hacia la década de 1670; consistían en ciertas piezas de ropa que el soldado mercenario Federico von Schömburg —apellidado a partir del cual se originó la voz *chambergas*— observó en los campos de batalla en el contexto de la Guerra de los Treinta Años y que “arrogó para él y sus soldados”. Entre tales prendas “se puede mencionar el gabán (casaca), el sombrero valón de enorme falda y el pañuelo al cuello de los croatas” (Solé 2009, p. 156). En cuanto a las trusas acuchilladas, usadas en los siglos XVI y XVII, eran un tipo de calzón muy ancho, “con cortes verticales [o cuchilladas] a todo lo largo de la prenda; el forro siempre estaba a la vista y era de color combinado o contrastado al de

en labios de aquellos intérpretes vil sainete y desastrada loa. Y a todo esto agregaba Ramón largo trozo de la escena, recitado con la mayor seriedad, imitando ademanes y gesto de cada actor, y dizque siendo eco fidelísimo de la voz de los tres.

La plática era agradable, pero debía tener término, y se lo puso Marta.

—¡Es preciso irse! —exclamó—. Estos caballeros nos llevarán a casa, que salidas desde muy temprano no sabrán en ella dónde estamos.

—No teman el réspice... —respondió doña Dolores—. Yo vi a tu mamá, Marta..., y a la tuya, Lupe..., y a la tuya, Clara. Y les dije que Margot y los muchachos las llevarían... después de la cena. Iré yo también.

¡Hermosa noche! El cielo parecía inmensa y límpida turquesa; viento fresco y húmedo corría por el valle, y nubes blanquísimas coronaban las cumbres del sudeste. La luna creciente brillaba con dulce claridad, y calles y tejados se oreaban bañados en apacible luz de plata. Elena se quedó en casa. Cuando salieron, Pablo dio el brazo a su mamá; Ramón a Marta, y las tres señoritas, enlazadas por los brazos, con Margot en medio, iban delante.

Charlaban alegremente. El muchacho seguía refiriendo cosas de las fiestas de Sánchez, y doña Dolores conversaba gravemente con su hijo.

Marta dijo:

—Lolita: pasemos por allá... Como el teatro está en la sala podemos oír algo.

—Pero, criaturas... —respondió la dama—. ¡Eso no me parece bien!...¹⁰

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —dijeron a una las muchachas, y la señora tuvo que ceder.

—Si no vemos ni oímos nada, haremos ejercicio...

Arturo vivía en la parte norte de la ciudad, no lejos del mercado, en una casa vetusta, cuya fachada había sido mejorada recientemente, pero cuyo interior, amplio, frío y lúgubre, acusaba el destino primero de la finca, allá en los años dichosos del estanco del tabaco y de las revoluciones diarias,¹¹ en los viejos

la tela de la calza" (p. 82). Tanto las prendas chambergas como las trusas remiten al siglo xvii, así como a la comedia de capa y espada, desarrollada en esa misma centuria.

¹⁰ 1901-1902: *bien... por bien!...*

¹¹ 1901-1902: *constantes, por diarias,*

tiempos de Pluviosilla.¹² La puerta estaba cerrada, y cerradas todas las ventanas. Al llegar el grupo resonó un aplauso. Sin duda que en aquellos momentos algún actor se presentaba en escena, porque cesó la salva y reinó profundo silencio.

Un transeúnte se detuvo a escuchar en una de las ventanas: no oyó nada y prosiguió su camino.

Margarita dijo:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí se oye muy bien!... Está en escena Concha... Oiga usted, mamá.

Todos se detuvieron a escuchar. La voz de la chica era agradable, simpática, aunque a veces nasal. Algo decía de su marido, que había estado en Filipinas, y de una berlinita que ella tenía...¹³

Después, acaso porque la actriz cambió de sitio, nada oyeron con claridad. Era la voz de Conchita, pero como lejana y borrosa.

—¡Vámonos! —ordenó la señora en tono resuelto.

En aquel instante estalló un aplauso. Se oyeron gritos:

—¡Bien! ¡Muy bien! ¡Diana!

Y la música rompió tocando lo pedido.

—¡Ya me imagino a Concha! —murmuró Marta—. Ya me la imagino con esta ovación. Mañana temprano iré de casa en casa a contar la fiesta y a que le celebren el buen éxito.

—¡Por Dios, Marta! Ya te vas pareciendo a esa pobre Concha. Déjenmela en paz, que la infeliz, aunque ligerita de cascos,¹⁴ no es mala. Le ha faltado dirección...¹⁵

Nuevo aplauso resonó. Las muchachas regresaron y otra vez se pusieron a escuchar. Estaba en escena Arturo Sánchez. Recitaba versos de su lira, en obsequio de Conchita y para ofrecerle un ramillete en nombre de un grupo de

¹² Al respecto, *vid. supra*, cap. v, nota 6.

¹³ La referencia proviene de la obra *Un día completo*, de Eusebio Blasco, ya citada; *vid. supra*, cap. XVIII, nota 11.

¹⁴ Las personas “ligeras” o “alegres de cascos” se caracterizan por ser de ‘poco asiento y reflexión’ (RAE 2014, s. v. “casco”). Hacia 1901, esta expresión era sinónima de la voz *casquívano(a)*, empleada por el narrador en el siguiente capítulo, también para referirse a Conchita Mijares (cf. RAE 1899, s. v.).

¹⁵ 1901-1902: *dirección. por dirección...*

amigos y admiradores. El escribientillo, cuya voz era robusta y clara, recitaba con acento vibrante una composición que decía así en dos¹⁶ de sus estrofas:

Lívida y fresca y galana,
luz de sol que nace appena,
eres un astro en la escena,
de la escena soberana;
dio a tu acento la mañana
el dulce rumor del río
que bajo el árbol sombrío
se aduerme manso y parlero,
y los trinos del jilguero
en el peñascal bravío.

En tu voz, si dice amores,
amor placentero canta,
y es el verso en tu garganta
copioso raudal de flores,
si lloras... Niña: no llores,
no llores que el alma mía
busca en tus ojos el día
para calmar sus enojos,
y busca en tus labios rojos
cariñosa melodía.

—¡Y que siga buscando! —prorrumpió la señora, muy temerosa de que las muchachas soltaran ruidosa carcajada—. ¡Vámonos! ¡Vámonos!

—Pero, mamá... —suplicó Margot.

—Pero, Lolita... —rogó Marta.

—No me place, me parece impropio —contestó doña Dolores— escuchar así, por más que se trate de una comedia o de cosa parecida. ¡Vámonos!

Y fue preciso obedecer.¹⁷

¹⁶ 1901-1902: *una por dos*

¹⁷ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 13.

XXVI

Don Juan, en su carta, recomendó a doña Dolores que cuanto antes estuviera lista para el viaje.

Todo queda arreglado —le decía—; los operarios se dan prisa, y según me ha comunicado hoy el encargado de la finca, dentro de veinte días, esto es, allá por el día de San Juan,¹ podrá entregármela, y tú instalarte en ella. Le he suplicado que active las obras, en vista de que la familia que debe ocupar la casa no tardará en llegar. Bueno será que ustedes no pierdan tiempo. No hay necesidad de comenzar a pagar la renta inútilmente. Ya te dije que vendas cuanto tienes y solo traigas aquellas cosas de las cuales no debes deshacerte. ¡A qué traer cachivaches! Si no encuentras buenos compradores, deja todo guardado en una bodega. No te faltará en Pluviosilla una persona segura que se encargue de ir vendiendo todo poco a poco. No pienses que quiero obligarte a venir pronto, pero, como allá me dijiste al despedirte de mí, lo que ha de ser tarde que sea temprano.

La casita que he tomado para ti es muy bonita y tiene un pedazo de jardín. En él tendrás tus flores. Me parece que no es cara: gana² ochenta pesos.³

Tacubaya es triste, ciertamente; pero allí vivirás tranquila. Como hay servicio de tranvías cada veinte minutos, podrás venir fácilmente a México, siempre que quieras y con toda comodidad.⁴

¹ Es decir, el 24 de junio.

² *Ganar*: 'Tiene el doble significado de costar, pagar periódicamente, por lo común cada mes, una renta, un rédito, o interés; y el de rentar la cosa misma, producir utilidad o réditos periódicamente' (Santamaría 2005, s. v.).

³ 1901-1902 incluye: *nada más*.

⁴ Para 1880, "con el establecimiento de las utilísimas vías férreas que enlaza[ban] las poblaciones del Distrito Federal", se pudo reemplazar el ómnibus, "que era el medio más usado por el público para ir a los alrededores" y que "hacía diariamente tres viajes a Tacubaya y la Villa de Guadalupe y dos a San Ángel y a Tlalpam", por "las tranvías" y los Ferrocarriles del Distrito, con los que era posible "ir a las dos primeras poblaciones, cada veinte minutos" (Rivera Cambas 1880, vol. 1, pp. 341-342). En un principio los tranvías funcionaban mediante tracción animal y solo a partir de enero de 1900 comenzó a operar la primera línea de tranvía por tendido eléctrico, con

¡Ojalá que ya estén aquí para el día 24! Me daría mucho gusto [que] nos acompañaran en la fiesta.

Tendremos sumo placer en hospedarlos acá. El entresuelo está para eso que ni mandado a hacer. Allí estarás, y con toda independencia, mientras te instalas en tu casa.

Conque ya lo sabes: no hay que perder tiempo. Date prisa, y si te falta dinero, avísamelo. Ya sé yo cómo se va en casos como este.

Pablo tendrá empleo en mi⁵ escritorio desde el primer día de julio. Hoy dije al cajero que dentro de un mes estará aquí la persona que debe de sustituirle.

Terminaba don Juan enviando saludos para todos y transmitiendo recuerdos de doña Carmen y de María.

No tardó la dama en ponerse a la obra. Desde el siguiente día aceleró el empaque, y con ayuda de las Pradilla el trabajo iba avanzando que era una gloria. Las buenas mujeres, podemos decirlo así, se fueron a vivir en la casa de la familia Collantes: llegaban tempranito, después de haber oído la misa del padre Anticelli, y permanecían allí mañana y tarde. Ramoncito las llevaba a su casa después de la cena.

¡Y qué listas y diligentes eran las Pradilla! Para ellas no había dificultades. ¡Con qué habilidad encajonaron la incompleta vajilla! ¡Cómo supieron empacar cuadros y chirimbolos de la sala!

Doña Carmen se consagró a lo referente a las alcobas y se pasaba el día vigilando a los carpinteros que desarmaban y arpillaban⁶ muebles.

Margarita se ocupó en el jardinito.⁷ La blonda niña no puso mano en sus plantas predilectas sin que una lágrima le anublara los ojos. Regaló a sus amigas los mejores y más curiosos rosales, y las más lozanas calateas. Marta, Lupe y Clara fueron preferidas, y al buen padre Anticelli le tocó un lote de soberbias begonias,

el Zócalo y el pueblo de San Ángel —entre los que mediaban 15 kilómetros— como terminales; la ruta pasaba por Tacubaya (Gallardo 2018, s. p.).

⁵ 1901-1902: *un por mi*

⁶ *Arpillar*: 'Cubrir fardos y cajones con arpillera'; *arpillera*: 'Harpillera: tela tosca hecha comúnmente de las fibras del maguey, y que sirve para abrigar fardos o cajones y defenderlos del agua' (Santamaría 2005, s. v.).

⁷ 1901-1902 y 1903: *jardincito*. por *jardinito*. // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

las hilanderas más hábiles y las tejedoras más artísticas del mundo vegetal. Algo se llevó Conchita Mijares: una palmera elegantísima, un ejemplar soberbio.

Vino la chica al otro día de la representación; vino, como lo había anunciado, a contar sus emociones de la víspera, el éxito del monólogo y los esplendores de la ovación que le habían hecho. No fue muy larga la visita de la casquivana chicuela: tenía mucho que hacer; necesitaba ir a otras partes, y además iba a comer con las hermanas de Arturo para charlar de la representación y del baile. ¡Habían bailado hasta las seis de la mañana, y estaba rendida! ¡No había cerrado los ojos! ¡No había podido dormir! ¡Las emociones de la víspera la tenían agitada y nerviosa!

Ramoncito quiso repetirle una de las décimas en que la celebrara Arturo, pero Margot y doña Dolores no se lo permitieron. Ya Conchita se sabía de memoria todas las espinelas y, a la menor insinuación, se soltó recitándolas, entre ruborizada y satisfecha.

Margot no pudo resistir a la tentación de decirle que obsequios tan galantes por parte de Arturito eran⁸ indicio de profundo y lírico amor.

Quiso replicar la chicuela; quiso replicar con referencia a los “primos”, y principió a hacerlo con gran rubor de Margarita. Pero aún no hablaba claro la Conchita, cuando Ramón, que por su verba cáustica inspiraba miedo a la monologuista, saltó diciendo algo que esta no quiso oír, y entonces exclamó:

—¿Y qué vas a hacer con todas estas plantas? ¿Vas a venderlas? ¿Las vendiste ya? ¡A que vas a regalarlas!

—Voy a regalar algunas. Otras, las que eran de papá, las dejaré a guardar. Marta, que es muy eficaz para todo, me las cuidará al pensamiento... Después... yo procuraré que me las manden..., cuando⁹ estemos instaladas, ¡luego¹⁰ que pase el invierno!

—Pues yo, hijita..., ¡no he de quedarme sin un recuerdo tuyo! ¿Qué tiesto vas a darme? ¿Escojo?

⁸ 1901-1902 y 1903: *era por eran* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

⁹ 1901-1902: *luego que por cuando*

¹⁰ 1901-1902: *así por luego*

—Como no sea entre estas macetas que eran de papá —replicó Margarita, señalando los diversos grupos—, ni entre¹¹ estas que están destinadas al padre Anticelli, elige.

—Pues... ¿cuál escogeré?

Concha vacilaba entre un anturio floreciente, de hojas aviteladas y brillantes, elegantísimo con su espata purpúrea, y la grácil y cimbreante palmera.

—¿Una nada más?

—¡Solamente una!... —contestó Margot, dulcificando con una sonrisa la franca negativa.

—Pues entonces, ¡mi linda Margot!, ¡mi encantadora Margot!, entonces... ¡esta palma! ¡Es tan aristocrática!

—Tuya es.

—Oye: y... ¿cómo se llama?

—*Euterpe edulis*.

—¡Pero, mujer! ¡Qué nombrecitos! ¡Eso parece latín de curas!

Chocó a todos la última exclamación. Ramoncito se apresuró a decir:

—¡Conchita, por Dios! ¡Cómo se echa de ver que vas en camino de ser... la señora Mijares... de... Sánchez!

—¿Por qué?

—Porque te vas volviendo librepensadora como tu... flamante novio. Como Arturo.

—No es mi novio.

—Pues quiere serlo.

—No sé. ¡Vaya usted a saber las intenciones de las gentes! ¿Librepensadora yo? ¡Por Dios, Ramón, qué lengua la tuya!

Y en tono afable, medio contrariada, medio risueña, dirigióse a Margarita:

—De veras..., seriamente: ¿cómo se llama?

—¿Quién? ¿Tu poeta? —interrumpió Ramón.

Conchita le miró disgustada, pero pronto le pasó el enojo y se echó a reír.

—Margot: ¿cómo se llama esa planta?

¹¹ 1901-1902 no incluye: *entre*

—*Euterpe edulis*. Es brasileña.

—¿Euterpe?... ¡Euterpe!... ¿No es el nombre de una diosa?

—¡De una de las musas! —dijo Margarita.

—¡Qué bonito nombre! ¡Me gusta! ¡Me gusta!

—¡Con razón! —exclamó Ramón—. ¡Eres novia de un poeta... y la planta tiene el nombre de una de... “las nueve hermanas”! ¡Destino el tuyo más poético!

Concha fingió que no oía las burlas del chico.

—¡Pues mil gracias! ¡Mil gracias! Y... me voy, que estarán esperándome... ¡Adiós! ¡Adiós!

Y abrazó y besó precipitadamente a Margarita. En seguida se despidió de Ramón, dándole la mano con indolente y¹² teatral elegancia.

—¡Adiós! ¡Ah, Ramón! ¡De pagármela tienes!

Iba a salir, y se detuvo:

—¿Y Elena? ¿Y tu mamá? No puedo detenerme... Me despides de ellas.

Salía ya, y volvióse:

—¿Mando por el tiesto o me le mandas tú?

—Ya irá.

¹² 1901-1902: *indolente*, por *indolente* y

XXVII

Ocho días después todo estaba empacado y Pablo había principiado a remitir bultos y cajas que, en espera de sus dueños, al llegar a México serían almacenados en una bodega. Así lo había dispuesto don Juan, quien, en carta reciente, se felicitaba de la rapidez con que doña Dolores había procedido.

Poco se habían dejado: camas, tocadores, unos cuantos muebles de la sala, la mesa del comedor y media docena de sillas.

El jardín parecía talado. Escuetos los cuadros principales, muy ralos otros, vacío de macetas el corredor, daba tristeza aquel patio días antes enflorado y engalanado con mil follajes. Resto de aquella desaparecida hermosura, en la tapia frontera al comedor, las trepadoras se inclinaban al peso de sus copiosos ramilletes. A la entrada, en sus macetones y en sus cajas arboríferas, las azaleas como que lamentaban la próxima mudanza, y frente al comedor, en su jaula dorada un canario mimosín¹ gorjeaba regocijado, ebrio de luz y de alegría.

Filomena pensaba con terror en el momento de la partida, como si fuera a dejarse en Pluviosilla la mitad del corazón. La pobre muchacha, huérfana desde la infancia, encontró en don Ramón y en doña Dolores algo de los afectos que el Cielo le había quitado, y en Margarita y en Elena, así como en Pablo y en Ramoncito, hermanos cariñosos. Como hermana la veían y la trataban, pero ella procuraba no salir del sitio en que la suerte la tenía colocada, y no era más que una criada afectuosa, obediente, fiel y sumisa. Cuando la familia vino a menos y fue preciso despedir uno por uno a los demás criados, Filomena no lanzó una queja, y en el momento más oportuno, dijo a doña Dolores:

¹ 1901-1902: “*mimosín*” por *mimosín*

—Señora: escúcheme² usted lo que tengo que decirle. Comprendo que estos tiempos no son como los de antes; sé muy bien que ahora es preciso vivir de otra manera... Yo a usted, lo mismo que al señor don Ramón, que estará en el Cielo, les debo todo: ustedes me recogieron, me criaron y me educaron; aquí aprendí todo lo que sé; ustedes han sido como mis padres; las niñas y los niños han sido como mis hermanos, y todos me han querido mucho, y yo lo agradezco mucho, mucho,³ como puedo, con todo mi corazón y con toda mi alma. Ustedes han sido tan buenos conmigo que, no conformes con haber hecho por mí tantas cosas, me señalaron sueldo, y buen sueldo, como si yo fuera una extraña de esas que solo sirven por la paga y que solo por interés del dinero atienden bien a sus amos... Ahora son otros los tiempos: no quiero sueldo: ni usted me lo ha de dar, ni yo, si usted me lo diera, lo había de recibir. Que se vaya la otra criada. Yo me quedaré sola, pero no importa, mejor que mejor, y, como dicen, mientras menos bultos más claridad.⁴ Yo me basto y me sobro para el quehacer de la casa. ¿Qué necesidad hay de que criadas extrañas, de esas que no caben en ninguna parte, que hoy están aquí y mañana allá, que andan de casa en casa, que son, como decía en ocasiones el señor, enemigos domésticos, que cuentan en todas partes lo que hacen y dicen en las familias donde están ellas sirviendo, qué necesidad de que vean nuestras pobrezas y nuestros apuros?⁵ Me quedaré sola, sí, solita. Y si cree usted que no soy útil, me iré, no ha de faltarme acomodo, que yo no soy ingrata, y no porque me vaya me he de olvidar de ustedes, y las he de querer como siempre, y vendré a verlos seguido, siempre que pueda; y hasta podré auxiliar a usted con lo que yo gane; que yo procuraré que me paguen bien mi trabajo, pues

² 1901-1902: *óigame por escúcheme*

³ 1901-1902: *mucho también, por mucho, mucho,*

⁴ *Mientras menos bultos más claridad*: expresión figurada y familiar usada para significar que 'mejor se entienden pocos, queriendo entenderse, que muchos que no lo quieren así' (Santamaría 2005, s. v. "bulto"). La última edición del *Diccionario de la lengua* académico registra las formas "Cuanto menos bulto, más claridad" y "A menos bulto, más claridad", que se emplean 'para dar a entender que no tiene importancia la ausencia o la retirada de personas o cosas' (RAE 2014, s. v. "bulto").

⁵ En 1903, esta larga oración interrogativa se divide en dos: la primera concluye después de *sirviendo*, con un signo de exclamación, y la segunda reza: *¿Qué necesidad de que vean nuestras pobrezas y nuestros apuros?* Sin embargo, esta puntuación hace que la primera oración quede inconclusa, por lo que decidí enmendar siguiendo la lección de 1901-1902, que aclara la lectura.

para eso me mandó usted a la amiga⁶ y me enseñaron acá a ser mujer de trabajo y para todo. Pero —y la excelente muchacha, llenos de lágrimas los ojos, trémula y con la garganta anudada, no sabía cómo seguir hablando—, pero... considere usted: yo no quiero separarme de esta casa, ¡no quiero, no puedo, no puedo! ¿Verdad, señora, que no me dejará usted irme? Si me voy ha de ser para auxiliar a ustedes con lo que yo gane... Si no, ¡no!

La joven secó sus ojos⁷ con la punta de su limpio delantal, y sin mirar a su señora siguió diciendo:

—Yo creo... Hace muchas semanas que me paso las noches pensando en esto, sin poder dormir, asustada, como si me fuera a pasar una gran desgracia... Yo creo que si me separo de ustedes me voy a morir.

Filomena no pudo más y se echó a llorar.

Doña Dolores la abrazó dulcemente, la calmó y le dijo:

—No, Filomena: no te separarás nunca de nosotros. Te quedarás tú sola, porque, tienes razón, para qué se han de enterar extraños de nuestras pobrezas y de nuestras amarguras. Margarita y yo te ayudaremos... Tú eres como cosa nuestra, como hija mía. Ya sabes que mi Ramón, antes de morir, te dejó recomendada.

—Y a mí también me encargó que cuidara a usted mucho, y sobre todo a la niña Elena. Y yo le prometí cuidar a todos, ¡y lo he de cumplir!⁸

—Mucho te lo agradezco yo, y mucho te lo agradecen mis hijos. No, mujer, nunca te separarás de nosotros.

⁶ 1901-1902: "*amiga*" por *amiga* // *Amiga*: 'Por traslación, escuela para niños que en lo particular atiende una mujer, *amiga* o familiar de los padres de aquellos' (Santamaría 2005, s. v.; las cursivas son del original). En *El libro de mis recuerdos*, Antonio García Cubas describió su experiencia en la amiga donde aprendió las primeras letras. De acuerdo con este historiador, el método más común en tales establecimientos era "individual" "y el procedimiento absolutamente sintético, partiendo del conocimiento de las letras, al de las sílabas, palabras y oraciones". Además de leer y escribir, a los alumnos se les enseñaba ahí la doctrina cristiana mediante los preceptos del padre Ripalda, que la maestra cantaba y el grupo repetía en coro. Las clases tenían lugar de lunes a sábado; en este último día solo había lección por la mañana y la profesora "recibía de cada alumno [...] el precio de la enseñanza, que era, generalmente, una peseta, amén de un regalito. En tales días la maestra daba como premio a los aplicados farolillos de papel picado de diversos colores" (1904, pp. 401-403).

⁷ 1901-1902: *su llanto por sus ojos*

⁸ 1901-1902: *cumplir. por cumplir!*

En los ojos de la criada, llenos aún de lágrimas, brilló dulce e incomparable alegría.

Y desde entonces mostrose más cariñosa y servicial, y desde ese día todos la quisieron más, tanto como la muchacha se lo merecía.

La idea de la próxima partida la tenía inquieta y en desazón. En nada encontraba consuelo. Parecía que aquel viaje era hacia remotísima tierra, como a comarcas extranjeras, donde todo era distinto, donde cosas y personas serían extraordinariamente extrañas y raras; donde hablarían las gentes una lengua que ella no entendería; donde, a juzgar por lo que le habían contado, por lo que le habían referido en presencia suya otras criadas, que habían ido a México llevadas por sus señores, todo era embuste y fraude, oropel y mentira. Muchos palacios, muchos paseos, muchos teatros, muchos coches de lujo, como nunca los habría en Pluviosilla; tiendas magníficas, llenas de artículos de subidísimo precio; dulcerías que parecían salones de baile, así de lujosos e iluminados; muchas gentes, muchas, como en Pluviosilla en días de grandes fiestas, como en las que llamaron de Colón, las fiestas del centenario del descubrimiento de América...⁹ Pero al lado de tanto lujo y de tanto dinero,¹⁰ una pobreza como no la había en ninguna ciudad veracruzana; almas perversas; personas falsas; gentes codiciosas; rateros, timadores, mujerzuelas... Todo muy caro, de manera que allí se necesitaba de mucho dinero para vivir... ¡El recado carísimo! ¡Las¹¹ casas, lo mismo! La ciudad inmensa, muy bonita, es cierto, pero hedionda, pestífera. Allí había siempre tifo y pulmonías...

Filomena pensaba en todo esto, y se afligía y acongojaba, y en vano buscaba consuelo en su natural deseo de conocer una gran ciudad, y ni la seguridad de

⁹ Las fiestas de Colón en Orizaba, cuyo programa se publicó en *El Tiempo* el 9 de octubre de 1892 (año x, núm. 2 735, p. 3), incluyeron “repique general en todos los templos de la ciudad” (efectuado la víspera); desfile nocturno del “Gran Vitor”, de más de seis horas de duración; “solemnísima función religiosa” en el templo de San José de Gracia; paseo cívico “presidido por la Junta Directiva del Centenario, con asistencia de los representantes de las colonias extranjeras, vecinos de la ciudad, alumnos de los establecimientos de enseñanza y trabajadores de las fábricas”, grupos indígenas, así como carros históricos y alegóricos; “gran velada artístico literaria” de la Sociedad Sánchez Oropesa, y, al término de esta, “fuegos artificiales [...] en la calle Principal, y repiques en todos los templos”.

¹⁰ 1901-1902: *tanta riqueza por tanto dinero*,

¹¹ 1901-1902: *carísimo; las por carísimo! ¡Las*

que para la familia iban a principiari, o habían principiado ya, tiempos bonancibles era parte a sosegar su espíritu. ¿No era mejor vivir en Pluviosilla? Sí, sin duda que sería más acertado quedarse en aquella ciudad donde siempre habían vivido, la cual, bien visto, no era tan fea, no, señor, qué había de ser fea. ¿Habría en México campos como los de Pluviosilla, *callejones* como los del barrio de San Antón, iglesias tan cuidaditas como Santa Marta, un reloj público como el de la Parroquia?¹² Iglesias..., sí, muy grandes, la Catedral y otras, pero no tan lindas como Santa Marta. De lo demás..., ¡nada!

La pobre Filomena, en su aflicción silenciosa, en su anhelo de alivio para aquella pena que le amargaba la comida y el sueño, llegó por fin a descubrir dos puntos luminosos que, como dos estrellitas, brillaban allá muy lejos, muy lejos, en la oscuridad de lo futuro: la familia tranquila y sin escaseces, y la Virgen de Guadalupe, a quien, por fin, iba a conocer.

Con este pensamiento sonreía y se alegraba a ratos, mientras la señora y las Pradilla bregaban con carpinteros y cargadores; mientras Elena y Margarita andaban en la calle despidiéndose de sus amigas, y la casa iba desbaratándose poco a poco... ¿Qué? ¡Si ya estaba casi vacía!¹³

¹² *Callejón*: 'callejuela o calleja estrecha y tortuosa, por lo común sin empedrar. Muy propia de las poblaciones coloniales' (Santamaría 2005, s. v.). También en cursivas, Delgado menciona varias veces los callejones de Pluviosilla en *La Calandria*; al respecto, Manuel Sol cita las siguientes palabras de Naredo: "puede decirse que Orizaba tiene tantos paseos cuantos son los llamados *callejones* que por los cuatro vientos limitan todas sus avenidas; callejones que contienen solares acotados con bien formados vallados de frondosos árboles que, dando sombra y fresco ambiente al transeúnte, recrean su vista y olfato con el perfume que derraman las florecientes enredaderas con que están enlazados" (Naredo 1898, t. II, libro tercero, cap. XX, p. 224, citado en Sol 1995b, p. 121n). En cuanto a San Antón, es probable que corresponda al barrio de Santa Anita, donde se ubica la Alameda. Sobre Santa Marta, *vid. supra*, cap. II, nota 10; acerca del reloj parroquial, *vid. supra*, cap. IV, nota 24.

¹³ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 14.

XXVIII

Quedó vacía la casa, la cual pudo ser entregada, desde luego, a su propietario, pero doña Dolores, según lo usado y tradicional en la familia, no quiso hacerlo hasta que todo quedase debidamente aseado.

Vino un carpintero, y se le ordenó que revisara aldabas, pestillos y picaportes, y asimismo que pusiera dos cristales en la vidriera del comedor, en lugar de los que habían roto los mozos de cordel al sacar los muebles para empacarlos. Mientras el carpintero trabajaba, tres mujeres lavaban el suelo de las piezas interiores. La familia se había reducido a las habitaciones próximas a la sala, y las señoritas se veían en grave trance cuando llegaban visitantes y estos eran en mayor número que las sillas que tenían, de modo que fue preciso pedir prestadas unas cuantas a la madre de Martita.

Los muchachos se andaban en la calle todo el día: Pablo, ocupado en remitir bultos; Ramoncito, en despedirse de sus amigos, con quienes subía y bajaba, dizque para decir adiós a Pluviosilla, a la cual no había de volver en muchos años, hasta que viniera con un título bien adquirido y en condiciones de que le llamasen el señor licenciado don Ramón Collantes.

En la ciudad no se hablaba más que de la partida de la familia, y aunque todo el mundo, los unos con buena y los otros con mala intención, traían en lenguas a doña Dolores, a las señoritas y a los muchachos, los visitantes eran cada día en mayor número.¹ Todos deseaban comprar alguna cosa..., pero la señora no quiso vender nada. Alquiló una bodega en el interior de la casa en que vivían las Pradilla,

¹ 1901-1902: *más y más. por en mayor número.*

y allí dejó almacenado cuanto creyó que le era inútil y muchas cosas que a su tiempo le habrían de ser remitidas a México.

El dueño de la casa no volvió en muchos días a molestar a doña Dolores, pero cuando tuvo noticia de la próxima partida de los Collantes, una mañanita, y a pretexto de ver qué reposiciones y² mejoras debía hacer en la finca, se llegó muy cortés y muy apenado disculpándose de la inoportuna visita, así como de la hora en que el buen señor se presentaba. Recorrió toda la casa y hasta se atrevió — en uso de sus derechos de propietario— a pretender entrar en las alcobas, de donde Margarita y Elena acababan de salir. Pero Pablo, que estaba presente, hizo un gesto de disgusto y, en pocas palabras, manifestó al impertinente que su deseo era poco “correcto”; que ese mismo día le entregarían la casa, y que bien podía esperar unas cuantas horas para cumplir con sus altos deberes de dueño de la finca. El propietario se abochornó, presentó excusas, quiso dar explicaciones y ya se retiraba, cuando, volviéndose, preguntó a qué hora podía mandar el recibo. Doña Dolores llegó en ese instante, se enteró de lo que pasaba e indicó que a mediodía estaría ella en casa y que poco después le trajeran el recibo. Pablo indicó que no se pagaría más que el arrendamiento que correspondía al mes de junio, conforme a lo acostumbrado, y por mucho que apenas faltaban dos días para terminar la primera quincena. El propietario dijo³ que la señora tenía compromiso de pagar el arrendamiento de la casa hasta el último de julio. Pablo quiso hacer observaciones, alegando que se cometía un abuso, pero doña Dolores intervino, diciendo:

—No, Pablo: el señor tiene razón. Eso convine con él. A mediodía pagaré la renta de la casa hasta el 30 de julio. Haré el pago adelantado para ahorrarnos molestias.

—Entonces... —murmuró tímidamente el propietario— a las seis de la tarde vendrá por las llaves un empleado mío...

Indignose el mancebo e iba a contestar con ruda y terminante franqueza, pero la dama se apresuró a responder:

² 1901-1902 incluye: *aun*

³ 1901-1902: *alegó por dijo*

—Sí, señor; que venga norabuena⁴ ese empleado, pero no por las llaves...

El propietario miró sorprendido a la señora, la cual terminó:

—... Sino a saber de quién deberá recibirlas... ¡el día 30 de julio a las seis de la tarde!... Hasta ese día tengo derecho de conservarlas.

—¡Sí! —respondió su interlocutor—. Pero... me permito advertir a usted que no está usted autorizada para subarrendar la casa... y que si permanece esta cerrada se humedecerá... y eso será en daño de la finca.

—Cuidaré de que no pase tal cosa..., ¡pierda usted temor!...

El propietario, mohíno y contrariado, alzó los hombros, se despidió y se fue.

—¡Ha hecho usted muy mal, mamá! —exclamó Pablo—. ¿Por qué no me dejó usted arreglar el asunto?

—Porque eres de carácter muy ardiente... ¿Has remitido ya todos los bultos?

—Sí.

—Pues, entonces..., pasado mañana nos iremos... Pon a tu tío un mensaje diciéndole que te mande dinero... Me apena tal demanda, pero es ineludible el compromiso... Pides..., ¡de una vez lo necesario!, quinientos pesos... Advierte que tú, de tu sueldo, los pagarás... Suplica que por telégrafo te los sitúen aquí, hoy mismo... Y avisa que pasado mañana nos tendrán allá. Di que va una criada con nosotros.

—Sí, señora.

—Iremos a tomar el tren en Trigales...⁵ ¿No te parece? Así evitaremos que algunas... amigas vayan a decirnos adiós. Las Pradilla sí nos acompañarán. Mañana pides un coche especial en la administración de los tranvías. Podemos salir de aquí a las ocho. Antes será debido ir a misa.

Y así se hizo.

⁴ *Norabuena*: 'Con bien, con felicidad. Se usa para mostrar la aprobación o anuencia para alguna cosa' (RAE 1869, s. v.). A partir de la duodécima edición del *Diccionario* de la Academia, de 1884, esta voz dejó de aparecer con su definición; en vez de ello, se envía a la entrada *enhorabuena*. En *Los parientes*, Delgado emplea de forma exclusiva la variante *norabuena*, quizá con cierta intención arcaizante o coloquialista.

⁵ 1901-1902: "*Trigales*"... por *Trigales*... // Muy probablemente se trata de la estación de Nogales, cercana a Orizaba.

Esa misma tarde fueron devueltas sus sillas a la señora de Pérez y llevados los demás muebles a la bodega. Doña Dolores pensó irse a un hotel, pero no se lo permitieron las Pradilla.

—Vea usted, Lolita —dijo Teresa—, que Pablo y Ramoncito se vayan al hotel. Ustedes no. En casa se instalarán las tres con Filomena, del modo mejor. ¡Un día comoquiera se pasa! En cuanto a lo demás de que hablaba usted esta mañana, nosotras nos encargaremos de todo; cuidaremos todo lo que se queda guardado; remitiremos lo que usted nos pida, y abriremos la casa de cuando en cuando, para que no se humedezca. Déjenos usted la llave, que nosotros⁶ la entregaremos el día último de julio.

Solo Dios sabe cómo se instalaron esa noche en la casa de las Pradilla, porque estas no tenían más que tres piezas: una que servía de sala; otra, que era la alcoba, y otra el comedor.⁷

Teresa y Asunción se redujeron a la última, que era muy chica, y dejaron la segunda a la señora y a sus hijas. No era muy grande, que digamos, la tal habitación, pero la diligencia y el ingenio femeniles lo arreglaron todo en un dos por tres. Para Filomena hubo sitio cómodo en un pasillo cerrado que podía servir⁸ de comedor.

—Pudimos habernos quedado en la casa hoy y mañana —decía doña Dolores—, pero... ¡cómo deseaba yo salir de allí! Le tenía yo cariño a esa casa, qué digo le tenía, se lo tengo, como que allí pasé tantas horas de amargura. ¡Así es el corazón humano! Con todo se encariña, a todo le toma afecto..., hasta con lo que le hizo padecer, hasta de aquello de lo cual tiene miedo y malas memorias...

Cenose alegremente, si alegría cupo en torno de aquella mesa, y si podía haberla esa noche, en aquella familia que, acaso por muchos años, no volvería a pisar aquella tierra⁹ ni a ver a tan buenas amigas como las excelentes señoras Pradilla, las cuales habían enseñado a leer a Pablo y a Ramón, y que fueron tan

⁶ 1901-1902: *allá por nosotros*

⁷ 1901-1902: *la recámara. por el comedor.*

⁸ 1901-1902: *servía por podía servir*

⁹ 1901-1902: *casa por tierra*

cariñosas con Elena y con Margarita, a quienes enseñaron mil cosas de las muchas y muy lindas que sabían hacer.

XXIX

El día siguiente fue empleado en arreglar mundos¹ y baúles. A eso de las diez de la mañana todo estaba listo. La señora y sus hijas salieron a despedirse de unos cuantos amigos. La primera visita fue para el padre Anticelli.

—¿Irse sin decir adiós al padre Anticelli? ¡Líbrenos de ello Dios! —exclamó doña Dolores, prendiéndose el sombrero—. Vamos, muchachas. A Santa Marta primero que a ninguna otra parte... No estoy para visitas, pero será preciso hacer algunas. ¡Cuidado, cuidadito con decir que mañana es el viaje! Digamos que será pasado mañana. Así nos veremos libres de molestias, y si alguno viene a buscarnos mañana, Teresita se encargará de decir que un telegrama de México nos obligó a salir un día antes.

En la puerta se encontraron a Pablo y a Ramón.

—¿A dónde van? —dijo este.

—¡A visitas de despedida! —respondió Margarita.

—Vengan a comer a la hora señalada... ¡Recuerden que estamos en casa ajena y que la pobre Filomena tiene todavía mucho quehacer! —advirtió la señora.

—Mamá —murmuró Pablo al oído de su mamá—, ¡acabo de recibir el dinero! Dice el tío, en este mensaje, que mañana nos esperan en Buenavista.² Toma. Me han entregado ochocientos pesos.

¹ *Mundo*: 'baúl grande y de mucho fondo, frecuentemente con compartimentos' (RAE 2014, s. v. "baúl").

² Ubicada "entre México y Veracruz", la estación de Buenavista constaba de "dos departamentos con grandes galeras, techados de zinc, uno para mercancías y el otro para pasajeros"; este último tenía a su vez "tres salas de esperar". Hacia 1880 se le estaba construyendo a la estación "una elegante y costosa fachada de cantería"; en el interior había talleres, oficinas, telégrafo y depósitos, además de "las bodegas particulares de la empresa"

Y puso en manos de la señora un mensaje y un rollo de billetes.

—¡Tanto mejor! —contestó la dama, rechazando la hoja y los³ billetes—. ¡Guárdalos, guárdalos!...⁴ Arregla cuanto te quede por arreglar... No dejes nada para última hora.

Los jóvenes se fueron, y doña Dolores y sus hijas se dirigieron a Santa Marta. Entraron en el templo y rezaron allí unos cuantos minutos.

Sin duda que el padre Anticelli estaría en su casa. Algunas personas le esperaban en el confesonario... Había que aprovechar el tiempo, y a toda prisa se dirigieron a la morada del sacerdote, la cual⁵ estaba a dos pasos.

Introducidas por un sacristán, tomaron asiento en el recibidor, en espera del buen jesuita, quien tenía visita en su celda, pero que no tardaría en venir.

¡Qué paz y qué silencio el de aquella casa! ¡Qué aseo, qué modestia y qué orden en ella!

Siempre que Margarita había estado allí se complacía en saborear la dulzura de la tranquilidad piadosa que reinaba en⁶ todo, que parecía llenar el ambiente, emanar de los muebles, de los cuadros, de los libros, de las imágenes y hasta de las flores galanas del patio.

“Esto —pensaba la blonda señorita— es como un oasis en el inmenso desierto de la vida, como puerto de paz y de salvación donde el corazón y el alma encuentran abrigo contra las borrascas y las agitaciones del mundo”.

Y la doncella respiraba feliz, y como que se armaba de consuelos para futuras penas y presentidos dolores.

Un sofá, cuatro sillones, una mesita y un par de rinconeras eran todo el ajuar de aquella sala. En las paredes una hermosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús, colocada en modesto marco dorado; frontero a este, un retrato del vicario de Jesucristo, puesto en otro marco, también dorado, en medio del cual aparecía risueña, bondadosa, paternal y dulcísima la nívea e incomparable figura de León

(Rivera Cambas 1880, vol. 1, pp. 352-353). Esta estación fue demolida en 1960; se localizaba en el predio donde hoy se ubica el edificio de la alcaldía Cuauhtémoc (Lozada 2015, s. p.).

³ 1901-1902 no incluye: *los*

⁴ 1901-1902: *guárdalos... por guárdalos!...*

⁵ 1901-1902: *que por la cual*

⁶ 1901-1902: *por por en*

XIII, con los ojos fijos en lo alto, como si a su ruego viese venir de las inmensidades del firmamento infinitos raudales de gracia, de perdón, de virtud y de amor.⁷

Cerca del balcón, en un marco de madera amarilla, cuidadosamente barnizada, un grabado holandés de preciada labor artística: san Ignacio y los cuatro primeros generales de la gloriosa Compañía.⁸

Sobre la mesita un libro elegantísimo, de soberbia pasta azul salpicada de estrellas: la *Historia de Nuestra Señora de Lourdes*, por Enrique Lasserre, y un álbum que contenía vistas de Loyola.⁹

Completaban el todo, un tapete empalidecido y una lámpara grande, pero modestísima, cubierta con una pantalla verde, de papel plegado.

Doña Dolores y sus hijas hablaban en voz baja, temerosas, sin duda, de turbar aquel profundo y religioso silencio. Temía la dama que el buen padre Anticelli tardara en salir, y, fija en la idea del viaje, lamentaba ya el separarse de Pluviosilla. ¡Cómo, las tres, iban a echar de menos Santa Marta! ¡¡Qué falta iba a hacerles el buen padre Anticelli!! ¡Le debían tanto, tanto, tanto! ¡Qué de buenos consejos! ¡Qué de dulce y amable consuelo en días de llanto y de dolor! ¡Qué tino y qué acierto para dirigir a los muchachos! ¡Sin el padre Anticelli no sería Pablo tan

⁷ Sobre León XIII, *vid. supra*, cap. VII, nota 5.

⁸ El español Ignacio de Loyola formó la Compañía de Jesús en 1534, junto con dos discípulos suyos en la Sorbona, Pedro Fabro, saboyano, y Francisco Javier, español; a estos se sumaron Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Nicolás Alfonso de Bobadilla, también españoles, y Simão Rodrigues, portugués. Si bien en 1538 este grupo ya era conocido con su nombre actual, la institucionalización de la orden se produjo en 1540, cuando Paulo III la aprobó mediante la bula *Regimini militantes ecclesias*. La Compañía se estableció con una jerarquía cuyo puesto más alto correspondía al general de la orden, en su origen con carácter vitalicio. El primer general fue el propio Loyola y lo sucedió Diego Laínez. En cuanto al grabado a que se refiere el narrador, es difícil identificarlo; se sabe, sin embargo, que los artistas flamencos Peter Paul Rubens y Jean-Baptiste Barbé dieron a las prensas un libro iconográfico pionero titulado *Vita Beati P. Ignatti Fundatoris Societatis Iesu* (1609), que “definió la imagen de Ignacio al ser beatificado a mediados de 1609”. El volumen contiene 81 grabados en cobre con las estampas más características del santo y sin duda fue el modelo para sus representaciones posteriores, tanto en Europa como en América (Page 2019, pp. 67-70).

⁹ Henri Lasserre, abogado, hombre de letras y periodista francés, colaboró en varias publicaciones periódicas de corte católico y escribió numerosas obras. Su libro *Nuestra Señora de Lourdes* (1869) tuvo enorme éxito (al grado de que tan solo en 1870 contaba ya con 28 ediciones) y se tradujo a diversas lenguas, entre ellas el español. // Originalmente, Loyola era un solar del que el fundador de la Compañía de Jesús tomó su nombre, situado entre Azcoitia y Azpeitia, poblaciones vascas. En ese sitio se erigió un colegio jesuita que posteriormente se convirtió en santuario y basílica.

activo, tan laborioso y de tan buenas costumbres! ¡Sin el cariñoso jesuita, Ramón no sería tan estudioso!

Oyéronse voces en el corredor, y por frente a la puerta de la sala pasó¹⁰ poco a poco el padre Anticelli, seguido de un caballero distinguido y elegante, forastero, sin duda, pues ni doña Dolores ni Margarita le conocían.

No tardó en venir el sacerdote, el cual, con el bonete en la mano, se entró en la sala afable y sonriente:

—*Ma!*... ¡Ea! ¡Bienvenidas seáis! ¿Cómo va, Dolores? ¿Cómo estáis, hijas mías?

Y al ver que las señoras se levantaban, el sacerdote les indicó con un movimiento de sus¹¹ manos nerviosas y exangües¹² que volvieran a sentarse.

—¡Sentaos! ¿Cuándo es la partida?

—Mañana.

—Venís oportunamente... Deseaba yo veros y hablaros, como debo hacerlo, en vísperas de ese viaje que... ¡no me gusta! ¡Sí, mi señora; sí, hijas mías, no me gusta!

Y el padre Anticelli encogió la nariz, como si hasta ella le llegase algo mal oliente.¹³

¹⁰ 1901-1902 no incluye: *pasó*

¹¹ 1901-1902: *las por sus*

¹² 1901-1902 no incluye: *y exangües*

¹³ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 15.

XXX

—¡Bien! ¡Bien, hijas mías! ¿Os vais? ¡Sea por Dios! ¿Y cuándo será la partida? — dijo el jesuita, acomodándose en el sillón y poniendo su bonete en la silla inmediata.

—Mañana... ¡Si usted no dispone otra cosa! —respondió la dama.

—¿Pues no me habíais dicho que sería en julio o, acaso, a principios de agosto?

—Sí, padre mío; pero es el caso que mi cuñado desea que estemos allá el día 24. El 24 cumple años.

—¡Ah! Sí..., ¡el Precursor!¹ ¡Ah! ¡Si tú vieras en Roma la fiesta del día de San Juan! ¡Aquellas son fiestas! Cuando os miro tan satisfechas con nuestras humildes fiestas de Santa Marta, me digo: qué dirían si vieran aquellas de la Ciudad Eterna. Y guarda, hija mía, que desde que los *suburros* entraron en Roma como otros bárbaros, como flamantes hunos, las cosas allí son muy distintas de lo que fueron allá en los primeros años de mi vida escolar, cuando estudiaba yo en el Colegio Romano...² ¡Bien, bien, os vais y dejáis a este pobre viejo! Ya me imagino que el

¹ *Precursor*: 'Por antonomasia, San Juan Bautista, que nació antes que Cristo, Señor nuestro, y anunció su venida al mundo' (RAE 1899, s. v.).

² Muy probablemente se refiere a los sucesos del 20 de septiembre de 1870, cuando "el ejército italiano, tras romper las murallas en Porta Pia, se abrió camino hasta Roma", de la que el mes anterior se habían retirado las tropas francesas que Napoleón III mantenía allí para salvaguardar al papa y su último reducto en suelo italiano. A raíz de esos acontecimientos, Roma se convirtió en la capital de la unificada Italia (antes lo había sido Turín y luego Florencia) y el papa se declaró prisionero del Vaticano, al verse "despojado de los últimos retazos de su poder temporal, incluido su propio palacio, el Quirinal, que fue destinado a residencia del monarca", Víctor Manuel II. Para ser reconocido "soberano de un Estado independiente", el papa hubo de esperar "a los tiempos de Mussolini" (Hearder 2003, p. 255). Ahora bien, *Suburra* (del latín *sub urbe*, 'área suburbana') era el nombre con que los romanos designaban la zona marginal, precaria y clandestina de su ciudad; los *suburros* serían, por tanto, los habitantes de esos bajos fondos, aunque en este caso es muy posible que el padre Anticelli emplee el término para referirse a los miembros del anticlerical y liberal ejército italiano.

día de San Juan estaréis, como decís por acá en América, de manteles largos... ¡Sea norabuena! Estas chiquillas estarán como unos cascabeles... ¡Sea por Dios!

Y pasando rápidamente del tono jovial y afable al de una severa expresión, prosiguió tras levísima pausa:

—¿Y qué vais a hacer en México, en esa vuestra Babilonia tan bulliciosa y tan... mal oliente? ¿Serviréis allí a Dios mejor que aquí en vuestra silenciosa y embalsamada Pluviosilla? En fin: ¡conformémonos con los secretos designios de la Providencia, que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del Señor!³ ¡No me gusta este viaje, hijas mías! El corazón tiene su voz misteriosa, que suele decirnos: sí o no. ¿Qué os dice el vuestro? ¿Qué te dice el tuyo, Dolores? ¿Y a ti, Margarita? ¿Y a ti, Elena? Decidme cada una lo que así, en voz tan baja y tan quedito, os está repitiendo el corazón.

—A mí, la verdad, padre mío —contestó la señora—, no me dice nada, ni bueno ni malo. No voy contenta, porque preferiría yo permanecer en mi rincón, como he vivido tantos y tantos años. Trabajo, y muy grande, me ha costado decidirme... Pero usted sabe muy bien, señor, cuántos y qué poderosos motivos me han obligado a aceptar la protección de Juan... El porvenir de los muchachos; el estar cerca de ellos; el no dejarlos, como abandonados, en una ciudad tan grande...

—Sí, hija mía; el señor Fernández (a quien saludarás de parte mía) me habló de ello... Y mira tú: ¿quién conoce los caminos secretos de la Providencia? Nadie. Acaso todo será para la mayor gloria de Dios. Me ocurre decirte... Pero...

³ *No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del Señor*: al contrario de lo que se ha asegurado, estas palabras no provienen de la Biblia. Eran un lugar común en latín entre los padres de la Iglesia (las mencionan Agustín de Hipona y Jerónimo de Estridón, en el siglo IV, y Tertuliano de Cartago una centuria antes), y se les encuentra más tarde, en la España del siglo XVII (Matijasevic 2018, p. 4). Cervantes las incluyó en el tercer capítulo de la segunda parte del *Quijote* (1615), así como en la novela ejemplar *Rinconete y Cortadillo* (1613). En su exposición del tema, y tras aquilatar la posibilidad de que Cervantes hubiera extraído la sentencia del *Jardín de flores* de Antonio de Torquemada o del Corán (sura VI, aleya 59), Eugenio Matijasevic cree más probable que “para la época de Cervantes la frase ya hubiese hecho carrera en el habla cotidiana y que el autor de *El Quijote* la tomara, como tantos otros refranes de su obra admirable, del lenguaje que se hablaba en las calles de Alcalá de Henares, Madrid, Valladolid y Sevilla” (p. 3). En el caso de Delgado, casi sin lugar a dudas puede afirmarse que tomó la cita de su venerado Cervantes. Con cierta variación, la frase se repite más adelante, en una carta que el padre Anticelli envía a Margarita (*vid. infra*, cap. LXXXIX; respecto de la influencia cervantina en Delgado, *vid. supra*, “Prólogo”, nota 5).

El padre Anticelli sacó la tabaquera y, previo el permiso del caso, pedido con un cortés movimiento de cabeza, agregó, dirigiéndose a las señoritas:

—Haríais bien, hijas mías, en seguir el consejo que voy a daros. Bajad a la iglesia, y, mientras yo hablo aquí con vuestra madre de asuntos importantes, rezad vosotras el santo rosario. Que sea este el ramillete espiritual con que os despedís de la santa Virgen. Volved en seguida para que os diga adiós y os dé algo que tengo para vosotras, chicuelas, y que os llevéis⁴ como un recuerdo de este pobre viejo.

Las jóvenes obedecieron sonrientes, se levantaron, e iban a salir cuando el jesuita las detuvo:

—¡Ea! ¡Pedid a Dios por mí!

No bien se alejaron las muchachas, el sacerdote prosiguió.

Doña Dolores se disponía a escucharle con creciente curiosidad.

—Mira, hija mía —dijo el padre Anticelli—, bajo la desconfianza vive la seguridad. Eres madre de familia y tendrás, un día, que dar a Dios cuenta estrecha de tus hijos. ¡Esta es la ley!... ¿Qué vida piensas hacer en México, ahora que cuentas con la protección de tu cuñado? ¿Fías en él? Dime la verdad.

—¿La verdad? No fío mucho. El pasado, sus disgustos con Ramón, mi esposo, no me dan la seguridad que yo deseara. Creo que el carácter de Juan ha variado mucho; los tiempos son otros; está muy rico... Ya sabe usted que la riqueza suele sosegar ciertas pasiones...

—Y despertar otras, hija mía, y no de las menos terribles: la vanidad, el orgullo y, aunque te parezca mentira, hasta la envidia, esa envidia que el buen padre Ripalda supo definir con tanto acierto, al decir de ella que es tristeza del bien ajeno.⁵ Pero continúa, continúa...

—Pues bien, padre, decía yo que acaso Juan ha mudado de carácter... ¡La edad, los tiempos, tal vez el recuerdo de los antiguos odios políticos, que tanto, tanto nos hicieron padecer!

—¡Sea todo por Dios, hija mía! ¡Olvido y perdón!

⁴ 1901-1902: *llevaréis* por *llevéis*

⁵ La definición, textual, proviene de la sección “Declaración de los pecados capitales” del *Catecismo* del padre Ripalda (1802, p. 128).

—Cuanto a la vida que haremos en México..., ¿cuál ha de ser, padre mío? ¿Cuál si no la de nuestra pobreza! Viviremos como aquí.

—¿Y no te verás obligada, comprometida, a que esas niñas vayan de aquí para allá de fiestas y espectáculos?

—Yo me propongo, padre mío, que eso sea lo menos posible, solo de cuando en cuando...

—¡Si puedes conseguirlo!

—Lo procuraré a todo trance.

—Bien, Dolores: ese es tu deber. A cada cual lo suyo, mas por modo discreto, ¡como la canela en la leche! Mantén en tus hijas la piedad; modera en ellas la tendencia hacia el lujo, hacia la ostentación y hacia la vanidad. Las grandes ciudades, la alta sociedad no son más que feria de vanidad y de miserias deslumbrantes. Que vivan en decorosa modestia; que en trajes y vestidos se guarden de modas contrarias al pudor. Y en cuanto a amistades..., ¡mucho cuidado, Dolores, mucho cuidado! ¿Pretendientes? Vengan norabuena si son buenos cristianos. Que esas niñas no se paguen de riquezas en ellos... Piensa que, aunque de oro, una jaula es siempre una prisión..., ¡*carcere duro*, como decimos en Italia!

—¡Todo lo he pensado, padre mío! Por Margarita temo, temo mucho... Es hermosa, por más que parezca feo que yo lo diga, y no le faltarán pretendientes. Cierto es que somos pobres, y eso aparta a muchos.

—¡Es verdad! Fía en Margarita. Es buena y tiene un profundo sentido moral.

—Respecto a Elena... La pobrecilla con su ceguera no inspirará pasión alguna.

—Es de esperarse así... Pero ten en cuenta que el carácter de tu hija es muy diverso del carácter de su hermana. He observado en Elena una cierta impetuosidad siciliana... Vaya, algo así⁶ apasionado y meridional. Privada de la luz, todo lo lleva dentro, tiene el mundo en el alma, y así como al quedarse ciega se desarrolló en ella el talento musical, según⁷ tú me lo has dicho, acaso así sentimiento, sensibilidad y pasiones se habrán avivado en ella... Mujeres así están expuestas a muy graves peligros. Me parece que lo he dicho todo.

⁶ 1901-1902 incluye: *como*

⁷ 1901-1902: *como por según*

Doña Dolores se sintió lastimada en lo más vivo. En su corazón de madre se clavó enherbolada saeta, y sintió impulsos poderosos que la empujaban a la réplica, pero el cariño y respeto que profesaba al padre Anticelli y la fe que en él⁸ tenía la contuvieron.

—¿Qué teme usted de Elena? —dijo a pesar suyo la señora.

—Nada, hija mía. La juventud tiene pasiones de torrente, y estas son terribles en quien como tu hija vive, en medio de la oscuridad⁹ que la rodea, vida meramente subjetiva, como ahora se dice. En el ciego la imaginación es luz, sí, toda¹⁰ la luz que sus ojos no ven; en el ciego las pasiones son aludes, tempestades y borrascas durante los años juveniles. La calma solo viene con los cierzos helados del otoño. ¡Cuídala!

—¿Cuidarla, padre mío? ¿De qué y de quién?

—¡De sí misma! ¡De su propia infelicidad! Aconséjale siempre la resignación... ¡Que ore y viva en Dios!

—¡Sí, padre mío! —repuso la dama, más tranquila, sintiendo que la herida que había recibido era menos profunda. Y pensó: “No había yo entendido lo que me quiso decir”.

—¿Y esos muchachos?

—Pablo será empleado en el despacho de Juan; Ramón seguirá estudiando.

—¡Sea para bien! Pablo puede hacer fortuna. No es de talento para las letras ni para las ciencias; pero él con su teneduría de libros se ganará el pan y se lo ganará en abundancia, con tal que el mundo en que va a vivir no le aparte del buen sendero. Él tiene su sentido práctico e irá rectamente. Con el menor, con el Ramoncillo, hay que tener buen cuidado. Ese, Dolores, tiene talento; vigílale; apártale de malos amigos; que no se debiliten en él las ideas sanas, que no se prenda de novedades científicas y de saberes al uso. Allá se lo llevarás (y no solo¹¹ Ramón, también¹²

⁸ 1901-1902: *le por en él*

⁹ 1901-1902: *noche por oscuridad*

¹⁰ 1901-1902: *tiene toda* 1903: *si toda por sí, toda* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

¹¹ 1901-1902 incluye: *a*

¹² 1901-1902 incluye: *a*

Pablo) al padre Cangas. En Santa Brígida le tendrás a todas horas.¹³ Confíaselos a él. El padre Cangas es un buen confesor. Los llevará bien, muy bien. Para dirigir jóvenes, nadie como el padre Cangas. ¡Un buen castellano! ¡Franco y listo como pocos! ¡Con tu cuñado mucho tino, Dolores, mucho tino!¹⁴ Con su esposa y su hija mucha amabilidad y mucha discreción. Con los jóvenes esos, ¡poco, poco! Son unos parisienses de los que yo conozco muchos. Te he dicho todo. Recuerda y medita cuanto¹⁵ acabas de oír de mis labios y... ¡pon todo en manos del Sagrado Corazón de Jesús!¹⁶

Doña Dolores estaba conmovida. Rendíase a¹⁷ la sugestión del padre Anticelli, y sentíase¹⁸ como acometida de profundo terror, como sobresaltada sin motivo.

El jesuita siguió hablando de mil cosas diversas: del viaje; de la belleza del camino; de la vida en México; de la función del mes de María, que había sido tan brillante en Santa Marta, y de otros asuntos, al parecer insignificantes y ajenos a su interlocutora. Recomendó la lectura de un libro, muy interesante, de *madame Augustus Craven: Récit d'une sœur*.¹⁹

¹³ Fundado en 1743, el templo y monasterio de Santa Brígida, único de la orden de recoletas de dicha santa en México, “se hallaba limitado al Norte por casas del Puente de San Francisco; al Oriente, por la calle de San Juan de Letrán; al Sur, por el antiguo colegio de este nombre [...], y por el Oeste, [por] el callejón de López” (García Cubas 1904, pp. 36-37). El convento fue expropiado durante la Reforma y el inmueble tuvo diversos usos; junto con la iglesia, se demolió en 1933, a causa de la construcción de la avenida de San Juan de Letrán (hoy Eje Central). En la época de Delgado, el templo era uno de los principales de México, “por el solemne y decoroso culto católico que en él se [sostenía]” (p. 37).

¹⁴ 1901-1902: *tino*. por *tino*!

¹⁵ 1901-1902: *todo lo que por cuanto*

¹⁶ 1901-1902: *Jesús*. por *Jesús*!

¹⁷ 1901-1902: *Sentía* por *Rendíase a*

¹⁸ 1901-1902: *estaba* por *sentíase*

¹⁹ Mejor conocida como *madame Augustus Craven*, su nombre de casada, Pauline Marie Armande Aglaé Ferron de la Ferronnais, hija de un noble bretón emigrado, nació en Londres a principios del siglo XIX. En 1827 se trasladó a París, donde su padre fue designado ministro; aunque en esa ciudad se desarrolló en lujosos ambientes, recibió gran influencia de un grupo de pensadores católicos reunidos en torno del teólogo y político francés Félicité Robert de Lammenais. Pasó buena parte de su vida en el extranjero, entre Roma, Dublín y Nápoles; en esta última ciudad comenzó a escribir *Récit d'une sœur* (1866), obra en la que narró la historia de su familia entre 1830 y 1836, y que fue acogida con entusiasmo e incluso le mereció un premio de la Academia Francesa. Impulsada por estrecheces económicas, *madame Craven* se vio obligada a vivir de su pluma hacia la década de 1870; escribió usando diversos seudónimos, como Anne Sévérin, Fleurange, Le Mot d'enigme y Le Valbriant. Al menos dos obras suyas fueron traducidas en México: *El padre Damián* (Guadalajara, La Torre Eiffel, Tipografía de Francisco Torres y Compañía, 1891), por José López Portillo y Rojas, gran amigo de Delgado, y *Relato de una hermana. Recuerdos de familia* (París, Librería de Bouret, 1900), por Balbino Dávalos, quien, al igual que el orizabeño, formó parte de la redacción de la *Revista Moderna*.

—Tú no sabes francés, pero Margarita sí; que ella lea y ustedes, todos, todos, la escuchan. ¡Ya veréis cómo se puede vivir en el mundo más brillante y servir y amar a Dios como buenos cristianos! ¡Ese libro, lo mismo que *Mis prisiones*, de Silvio Pellico,²⁰ me parecen benéficos como la luz del sol! Llegas a México, buscas ese libro... ¡y a pasar alegremente las veladas!

En aquel momento regresaron las señoritas.

—¡Bienvenidas! —exclamó el jesuita.

—¿Hemos venido oportunamente? —preguntó Margot.

—Y muy a tiempo, hijas mías. Ya os esperaba para deciros adiós porque el confesonario me espera. Aguardad un instante.

Y el padre Anticelli salió de la sala. No tardó en volver.

—¡Aquí tenéis —dijo al entrar—, aquí tenéis mi regalo! Para ti, Dolores: este librito, mejor que ese de que te hablé hace poco...

Volvióse a las jóvenes y agregó:

—Un libro que habéis de leer, y del cual ya os hablará vuestra mamá. Toma, Dolores: para ti esta *Imitación de Cristo*,²¹ para ti, Margarita, este rosario. Tiene grandes indulgencias concedidas por el sumo pontífice. Tú, Elena, llevarás otra cosa: esta medalla de la Inmaculada. No la dejes. ¡Que te acompañe siempre!²²

Las jóvenes y la señora se apresuraban a dar las gracias, pero el padre Anticelli las interrumpió.

²⁰ En *Le mie prigione* (1832), el poeta, dramaturgo y patriota italiano Silvio Pellico plasmó su experiencia como preso político (pasó ocho años recluido en cárceles de Milán, Venecia y en el temible castillo de Spielberg, en Brno). Esta obra inspiró gran simpatía por el movimiento nacionalista italiano conocido como Resurgimiento y fue ampliamente leída y traducida por su estilo directo y piedad cristiana. Entre el público mexicano también gozó de popularidad; hay al menos dos pruebas de ello. La primera es el anuncio publicado en *El Siglo XIX* del 21 de mayo de 1843 (segunda época, año II, trimestre I, núm. 543, p. 4), según el cual la obra de Pellico, en su idioma original, en octavo y en formato rústico, estaba a la venta en la Librería número 7 del Portal de Mercaderes. La segunda es la publicación de este título en el folletín del mismo diario; la obra apareció en 33 entregas diarias (una por pliego, a excepción de los días 7 y 8 de mayo) que comenzaron el 3 de mayo de 1861 y culminaron el 6 de junio del mismo año. La colección digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León incluye la traducción española de *Mis prisiones*, impresa en París por Lecointe, Librería Española, en 1835; no se descarta que esta versión haya circulado en nuestro país.

²¹ La *Imitación de Cristo, o menosprecio del mundo* (ca. 1440) es un famoso tratado devocional atribuido al religioso alemán Tomás de Kempis. La obra está dedicada a la instrucción de los novicios y ha sido traducida prácticamente a todos los idiomas; de hecho, después de la Biblia, se considera el trabajo más influyente de la literatura católica.

²² 1901-1902: *dejes; que te acompañe siempre. por dejes. ¡Que te acompañe siempre!*

—Es el humilde recuerdo de un pobre hijo de san Ignacio... ¡Nada de agradecimientos y pedid a Dios por mí! ¡Que Él os bendiga y os tenga en su santa guarda!²³

Encaminose el jesuita hacia el corredor. La señora y las jóvenes le siguieron. Despidiolas en la puerta, en frase brevísima y por modo rápido.

El padre Anticelli permaneció en el portón de la escalera hasta que las vio salir, púsose el bonete y, paso a paso, se dirigió a su celda.²⁴

²³ 1901-1902: *guarda. por guarda!*

²⁴ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 16.

XXXI

Al salir de la casa del padre Anticelli, doña Dolores iba preocupada y triste. “¿Por qué —se decía—, por qué me ha dicho el padre todas esas cosas? No parece sino que mis hijas son malas; no parece sino que mis sobrinos son unos perdularios. Lo¹ cierto es que ambos tienen sangre ligera. El mayor es más simpático y más parlanchín; el otro es medio romántico y melancólico; los dos son afables, correctos y finos, y no hay motivos para pensar mal de ellos. El padre Anticelli no gusta de la educación que se da en París, ¡y sin duda que por ese motivo no le han sido simpáticos esos pobres muchachos!”.

Mas la creencia firme que la dama tenía en² la virtud, en el³ talento y en el⁴ mundo del padre Anticelli la obligaba a pensar muy seriamente en cuanto acababa de decirle el excelente sacerdote. El amor de la dama para su hija Elena era grandísimo, y la desgracia de la joven, ciega desde hacía varios años, a consecuencia de una fiebre, de una enfermedad que, al decir de todo el mundo, no había sido conocida de los facultativos, duplicaba en la madre la ternura con que amaba a su hija. Esta era buena, sí, muy buena, y nadie tenía motivo para dudar de su buena índole y de su inclinación a la virtud. Elena era viva, cariñosa, afable, hasta dulce, y, aunque apasionada e impetuosa en ocasiones, la menor advertencia era bastante para que la ceguezuela entrara en razón. De niña, cuando la reprendían por alguna travesura, por su falta de aplicación en la escuela o por algún capricho suyo que no era conveniente satisfacer, la chiquilla se

¹ 1901-1902: *perdularios*, y lo por *perdularios*. Lo

² 1901-1902: *de por en*

³ 1901-1902: *del por en el*

⁴ 1901-1902: *del por en el*

rebelaba contra la autoridad materna, y rogaba, suplicaba y volvía a rogar y volvía a suplicar, y a una nueva y terminante negativa, la muchacha exasperada lloraba, gritaba, se mesaba el cabello, y más de una vez arrojó lejos para hacerlo pedazos el primer objeto frágil que tenía delante, un plato,⁵ una copa, un vaso⁶ o cualesquiera juguetes de los que había en la sala. Pero a los trece años mudó de carácter: se tornó bondadosa, dulce, dócil y sumisa. Parecía melancólica y triste, y tanto que aquellas añoranzas, impropias en niña de tan corta edad, llegaron a preocupar muy seriamente a doña Dolores, la cual pudo observar en su hija⁷ cierto arrebatado entusiasmo para todo aquello que emprendía⁸ la chica, siempre que le era⁹ presentado como nuevo y flamante. Una labor, una lección de música, un libro nuevo eran motivo en Elena para que trabajara horas y horas; para que no dejase el piano hasta después de medianoche, o para que, leyendo el libro que la traía en vilo, no pensase ni en comer ni en dormir. El estudio de la música le era difícil, y el maestro llegó a declarar que en Elena no había aptitudes positivas para el divino arte. La cuidadosa madre supo aprovechar en bien de la niña tales y tan repentinos entusiasmos, y Elena progresó en la escuela y adelantó en la música de tal modo que maestras y maestro se hacían lenguas de la joven, a quien pronto fue preciso vestir de largo. Como la familia había venido a menos, ya las muchachas no iban a bailes, y en el teatro no se las veía sino de tarde en tarde, cuando había ópera, allá por diciembre, y eso solamente en una función. Don Ramón lo dijo con toda claridad:

—Nada de fiestas ni de teatros, ¡que no está la Magdalena para tafetanes!¹⁰

Elena, al oír esto, exclamó:

—¡Sí, papá! No te apenes ni te contraríes. ¡Tan contentas en casita como en fiestas y teatros! No iremos más, y no porque tú no puedas gastar en diversiones, sino porque nosotras no queremos ir. ¿Fiestas? ¿Qué mejores que las que nos

⁵ 1901-1902: *plato o por plato*,

⁶ 1901-1902: *juguete por vaso*

⁷ 1901-1902 incluye: *un*

⁸ 1901-1902: *emprendiera por emprendía*

⁹ 1901-1902: *fuese por era*

¹⁰ *No está la Magdalena para tafetanes*: lo mismo que la locución verbal coloquial “No está el horno para bollos”, significa que no hay ‘oportunidad o conveniencia para hacer algo’ (RAE 2014, s. v. “magdalena”).

proporciona tu cariño? ¿Ópera? Ahí está el piano, ¡y Margot y yo tocaremos hasta causar la desesperación de los vecinos!

Vino la enfermedad. Elena estuvo entre la vida y la muerte. Salvó..., pero quedó ciega. Don Ramón hizo los mayores sacrificios para conseguir que su hija volviera a ver la luz del día. Fueron a México, consultaron allí a los más famosos especialistas, pero todo fue inútil.

Regresaron tristes, abatidos y sin esperanza. Vino la ruina y vino la desgracia. Don Ramón principió a declinar visiblemente, y una insuficiencia valvular se le llevó en tres meses.

No bien Elena quedó ciega, todos pudieron observar, incluso el maestro, que el talento musical que en la joven había parecido rudo y torpe se desarrolló en ella por modo prestigioso.¹¹ Se afinó su oído, la memoria fue en aumento, y era cosa que asombraba ver cómo, apenas oía una pieza, y no juguetillos de baile despreciables y vanos, sino obras del repertorio clásico, ya la tocaba Elena. Margarita acudía en ayuda de su hermana¹² y la obra quedaba puesta, y era ejecutada magistralmente, con [una] expresión y con¹³ un sentimiento incomparables. La joven, que antes era melancólica y tristoncilla, se tornó jovial, bulliciosa y festiva. Padecía algunas veces desalientos y languideces, pero eran cortos, y a poco ya estaba¹⁴ cantando, como un pajarillo en día primaveral. Raro contraste el de aquella poética desgracia y el de aquella irreparable alegría. Ruiseñor ciego, Elena tenía en su constante noche arpegios y trinos en que vibraba y palpitaba toda la jubilosa exuberancia de los quince años.

Y así vivió, y así vivía hasta la llegada de sus primos. Durante los días en que doña Dolores se ocupó, con sus buenas amigas las Pradilla, en quitar la casa, un observador perspicaz habría podido notar en la ceguezuela cierta intranquilidad ensoñadora¹⁵ y una vaguedad de ideas que se manifestaban en la muy¹⁶ viva,

¹¹ *Prestigioso*: 'Que causa prestigio'; *prestigio*: 'Fascinación que se atribuye a la magia o es causada por medio de un sortilegio' (RAE 2014, s. v.).

¹² 1901-1902: *su ayuda por ayuda de su hermana*

¹³ 1901-1902 no incluye: *con*

¹⁴ 1901-1902: *está por estaba*

¹⁵ 1901-1902: *soñadora por ensoñadora*

¹⁶ 1901-1902: *siempre por muy*

clara y concisa conversación de la joven como en inciertas claridades lunares, como en el rielar del astro pálido sobre¹⁷ tranquila y soñolienta laguna.

Para Margarita no pasó inadvertido el estado de ánimo de su hermana, desde aquel día en que Elena se empeñó en que¹⁸ le dijera cómo era su primo y qué juicio se tenían formado de él, y la impresión que había causado. Margarita satisfizo a medias la curiosidad de Elena, pero no llegó hasta donde la ceguezuela quería que llegase. A su vez, la blonda señorita quedaba prendada de Alfonso, y pensó que, por mucho que en ello nada hubiese de malo, no era conveniente hablar así, de buenas a primeras, de afectos nacientes y ya vivísimos, que, acaso, tendrían menos vida que la flor de mayo, el soberbio cacto, maravilla y reina de la noche, cuya corola inmaculada,¹⁹ rica de encajes y de gasas, urna de misteriosos perfumes, se abre al ponerse el sol y se cierra y muere antes de que la aurora aparezca en las vagas lejanías del orbe.

Calló Margot su secreto, y calló también el que había sorprendido en Elena.

“¡Pobrecilla! —pensó—. Bella, amable, apasionada, privada de la luz del día, ¿ha de cerrar su alma a la luz del amor?”.

Doña Dolores no se había dado cuenta de nada de esto. Las recomendaciones del padre Anticelli la habían lastimado en lo más íntimo, pero, aunque injustas a juicio suyo las previsiones del jesuita, se resolvió ella a tenerlas presentes, para que le sirvieran de norma y de guía en la vida nueva que para todos iba a empezar.²⁰

¹⁷ 1901-1902: *en por sobre*

¹⁸ 1901-1902 incluye: *se*

¹⁹ 1901-1902: *cacto cuya corola inmaculada maravilla y reina de la noche, por cacto, maravilla y reina de la noche, cuya corola inmaculada,*

²⁰ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 17.

XXXII

Con una hora de atraso llegó el tren a Trigales. Detúvose allí, conforme al itinerario, unos cuantos minutos, y tan pocos que apenas hubo tiempo para que doña Dolores, las señoritas, Ramoncillo y Filomena pudieran subir al vagón.

En este venía Pablo, a cuyo cargo quedó el facturar equipajes y el tomar los billetes en Pluviosilla.

En la plataforma venía el mancebo, quien se apresuró a colocar en el mejor sitio a todos los suyos, y entre ellos a Filomena, que venía muy triste y desmoralada. No menos lo estaban la señora y sus hijas.

El viaje en tranvía, desde Pluviosilla a Trigales, fue silencioso como un entierro: callaba doña Dolores y callaban sus hijas. Ramón, muy campante en la plataforma posterior del vehículo, sonreía y tarareaba no sé qué airecillos de una zarzuela en boga, representada recientemente en el Teatro Principal de México y traída, pocos días antes, a la ciudad de “las aguas regadizas” por una pésima compañía de histriones, portavoces trashumantes del género minúsculo.¹

¹ El Teatro Principal estaba situado en la calle de Coliseo Nuevo (hoy Bolívar número 30, casi esquina con 16 de Septiembre, en el Centro Histórico). Este recinto se fundó el 23 de diciembre de 1753, por instrucciones del virrey, conde de Revillagigedo; su nombre original era Coliseo Nuevo, el cual se cambió por el de Principal en 1826. Considerado el teatro más longevo de México, se extinguió a causa de un incendio el 1 de marzo de 1931. Ahora bien, cuando sobrevino el auge del género chico (o “minúsculo”, a juicio del narrador de *Los parientes*), esto es, hacia fines del siglo XIX, al Principal se le conoció popularmente como la “Catedral de la Tanda”, ya que así se denominaban en México las representaciones teatrales ‘que comprende[n] todo el desarrollo de una obra, por lo común en un acto, sin intermedios’ (Santamaría 2005, s. v.). // Además de Manchester de México y Pluviosilla, Orizaba es llamada “ciudad o lugar de las aguas alegres”. Esta denominación tiene su origen en la etimología del topónimo, respecto de la cual hubo cierta controversia entre Joaquín Arróniz y Francisco Pimentel. De acuerdo con aquel, *Orizaba* proviene del náhuatl *Ahauializtli*, ‘alegría’, y la proposición *apan*, ‘en o sobre’, que forman la voz *Ahauializapan*, “esto es, *alegría en o sobre el agua*, traducción que literalmente corresponde a la figura simbólica con que en la escritura de los antiguos mexicanos se representa” (Arróniz 1867, p. 83). En cambio, Pimentel (según una nota incluida en un artículo sobre Orizaba publicado por

En vano las Pradilla, afables y cariñosas como siempre, intentaban, a cada momento, animar a sus amigas. La dama respondía con monosílabos; Margot permanecía meditabunda, y Elena, en un rincón, baja la frente y fija la mirada en el piso, como si quisiera descubrir, entre las sombras de su ceguera,² los edificios de la ciudad metropolitana, solo desplegaba los labios para preguntar, de tiempo en tiempo, por qué puntos del camino iba el carruaje.

Más de una hora tuvieron que esperar en la estación de Trigales. Cuando el tren se aproximaba, la señora y las señoritas se despidieron de sus amigas, a las cuales pidieron órdenes.

—¿Qué desean de México? —decía doña Dolores.

Y repetía Margot:

—¡Ya saben ustedes cuánto les agradecemos su cariño y su bondad y su ayuda!... ¡Dios las bendiga!

Las excelentes mujeres se deshacían en excusas. Una de ellas, Teresa, encargó a Margarita que hiciesen, en nombre de ambas hermanas, una visita a la Virgen de Guadalupe, en la iglesia donde a la sazón estaba la santa imagen, en tanto que se terminaban³ las obras de la Catedral, para que en ella fuese coronada la bendita patrona de los mexicanos.⁴

Manuel Payno en 1865 y citada por Arróniz) estableció la ortografía "*Ahuilitzapan* o *Ahuitzilapan*. Creo —afirmaba Pimentel— que del primer modo está mejor, pues debe ser un derivado de *ahuilia*, regar. La terminación *pan* es una preposición que en mexicano se pospone, y significa *en o sobre*: de manera que la palabra *Ahuilitzapan* pudiera interpretarse por *lugar en que hay riego o sobre el terreno regadío*" (p. 82n). Arróniz aseguró haber estudiado el jeroglífico en cuestión en el Códice Mendocino, "a fin de comprender su significado, para determinar su ortografía con propiedad"; con base en ello daba por buena la escritura *Ahauializapan*, para la que además obtuvo la confirmación de Fernando Ramírez (p. 83n). Como se ve, Delgado se habría basado en la explicación de Pimentel al referirse a Pluviosilla como ciudad de "las aguas regadizas".

² 1901-1902: *a través de la noche que la rodeaba, por entre las sombras de su ceguera,*

³ 1901-1902: *ponían término a por se terminaban*

⁴ La coronación litúrgica de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe se verificó en octubre de 1895, a solicitud de los arzobispos de México (Pelagio Antonio de Labastida), Guadalajara (Pedro Loza) y Michoacán (Ignacio Árciga). En 1886 estos pidieron a Roma autorización para realizar el acto, y, aunque les fue concedida en 1887, la celebración se aplazó durante siete años. De acuerdo con Jorge Adame Goddard, la prórroga se aprovechó para iniciar obras en la Colegiata de Guadalupe encaminadas a "remodelarla, ampliarla y dotarla de un nuevo altar mayor" (2008, p. 280). Mientras tanto, la imagen de la Guadalupana se resguardó en la iglesia de las Capuchinas, ubicada en el santuario de La Villa de Guadalupe. Finalmente, el 1 de octubre de 1895 se consagró el altar; el 2 se trasladó la efigie de la iglesia de las Capuchinas a la Colegiata; el 3 comenzó un novenario de misas oficiadas por sendos obispos mexicanos, y el 12 se efectuó la coronación, a

—¡Ya mandaré por ustedes, amiguitas mías —se apresuró a decir doña Dolores—, a fin de que vayan a México y asistan a las fiestas de la coronación, que serán soberbias!

Y, mientras esto decían, las señoras se abrazaban cariñosamente. La dama y sus hijas tenían húmedos los ojos. Las Pradilla no pudieron más y se echaron a llorar.

—Me parece —murmuró Asunción al oído de su hermana— que se van para no volver nunca; ¡que no las veremos más!

—¡A mí lo mismo! —respondió Teresa, secando sus ojos llenos de lágrimas—. ¡Quiera Dios que todo sea para bien de ellas! ¡No sé qué desgracias presiento!...

El tren iba a partir, partía ya, cuando Pablo, asomándose por una ventanilla, gritó:

—¡Chonita! ¡Teresita! ¡Adiós! Queda el tranvía a la disposición de ustedes, para que regresen...

Y agregó:

—¡Pueden regresar a la hora que les plazca! Si quieren, esta tarde.

Ya no le oyeron. Saludaban las Pradilla, y desde el tren que majestuoso se alejaba, les decían adiós, agitando sendos pañuelos, doña Dolores, Margarita y Ramón.

El tren, arrastrado por su potente y doble máquina, envuelto en larguísimo penacho de humo, que parecía caer pesado sobre los vagones, atravesaba larguísima llanura, una inmensa y verde sabana sembrada de rocas y esmaltada con las mil flores que el estío riega por todos los valles de Pluviosilla tan luego como caen en ellos las primeras lluvias de mayo: ramilletillos blancos; campánulas de color de violeta; asclepiadeas frondosas, en cuyos tallos cortos y rígidos el viento arrasante de la comarca mecía pesadamente glaucas y rarísimas umbelas.

Hacia la izquierda lucía sus verdes y su rojo camino la cuesta de Necoxtla, donde a vueltas y trabajosamente se abría paso entre las rocas un sendero quebrado y expuesto a los rayos del sol. Cerca de la vía centenares de obreros

la que siguió “otro novenario de misas pontificiales, a cargo de otros tantos obispos” (p. 285). La confusión de la Catedral con la Colegiata puede deberse a un lapsus del autor.

echaban los cimientos de una grande y nueva fábrica, que vendría a ser como la última almena de la regia y mural corona⁵ de Pluviosilla; “nuevo joyel” —según dijeron en *El Siglo de León XIII*— de la “soberbia” corona de la “soberbia” Mánchester de México.⁶ A la derecha quedaba Trigales con su blanco caserío, su torrecilla simpática, sus pintorescas colinas, y más allá la vega de Pluviosilla, con sus pingües heredades, sus montañas altísimas, semejantes a colosales bastiones ennegrecidos e invadidos por un torrente de jaramagos. En el fondo, hacia el norte, dilatadas dehesas; una hacienda cercana, casi a la vera del camino de hierro, y en el último término las cumbres de la Mesa Central, las alturas de Maltrata, por las cuales el tren, en avance fatigoso, asciende y parece trepar como un dragón de las edades antediluvianas.⁷

Margarita y doña Dolores, en momentos en que el tren atravesaba el camino carretero, frente a⁸ la antigua venta de Santa Cruz, volviéronse y miraron hacia Pluviosilla, como para enviarle el último adiós, adiós penoso, que causaba congoja... No⁹ vieron más que la cumbre de la colina del Recental,¹⁰ y en ella, apenas perceptible, la férrea cruz que, colocada por piadoso triunfador, marca y

⁵ *Mural corona*: en heráldica, es la denominación que recibe la ‘corona que remata el escudo de muchas poblaciones’, así como la ‘que representa la parte superior de una torre almenada’ (RAE 2014, s. v. “corona”). Al respecto, recuérdese que el escudo de Orizaba está sostenido por un águila coronada.

⁶ Necoxtla era una de las 20 municipalidades que integraban el cantón de Orizaba a fines del siglo XIX; limitaba al norte con Nogales (o Trigales, según la toponimia de Pluviosilla; cf. Naredo 1898, t. I, libro primero, cap. I, p. 7). En noviembre de 1896 la Compañía Industrial Veracruzana (Civsa), creada ese mismo año por un grupo de inversionistas barcelonetes, comenzó en ese sitio los trabajos de construcción de la fábrica de Santa Rosa, la cual se inauguró en mayo de 1899; la dirección de las obras hidráulicas y la erección de los edificios de la futura factoría corrieron a cargo del joven ingeniero tapatío Miguel Ángel de Quevedo. Desde los primeros meses de 1897 se estableció “un campamento en los terrenos casi deshabitados de la llamada mesa de Santa Rosa, colocada en el extremo suroeste del estrecho valle de Orizaba, exactamente al pie de la montaña de Necoxtla” (García Díaz 1993, s. p.). Como puede verse, al situar los inicios de las obras de construcción de Santa Rosa en 1894, Delgado incurrió en una inexactitud cronológica.

⁷ Sobre las cumbres de Maltrata, *vid. supra*, cap. I, nota 9.

⁸ 1901-1902: *de por a*

⁹ En 1903, la frase *vieron más que la cumbre de la colina del* está duplicada y se omite la línea *adiós penoso, que causaba congoja... No*. Muy probablemente, el error se produjo al hacer alguna modificación. En la fe de erratas de 1903 se consigna el error, pero solo se pide suprimir la línea repetida, sin restituir el texto faltante. Seguí, por tanto, la lección de 1901-1902.

¹⁰ 1901-1902: “Recental”, por *Recental*,

protege con su respetable sombra aquel¹¹ sitio de combate, donde corrió la sangre de mil valientes.¹²

Al pie de aquel cerro quedaba la túrrida y devota ciudad, Pluviosilla la hermosa, la budística Pluviosilla, donde habían sido felices, donde ambas habían amado, donde habían padecido, en cuyo suelo, tan fecundo en azucenas, dormían el sueño bienhechor de la muerte seres amados, viajeros de las eternas lontananzas azules.

El tren ascendía; escaló las primeras estribaciones de la cordillera, deslizándose por las fáciles y verdegueantes laderas; se aventuró atrevido por una garganta; pasó ligera puente,¹³ por donde se veían innumerables legiones de pinos que, al borde de un riachuelo,¹⁴ parecían saludarle como a un amable y conocido vencedor.

Entraba el tren¹⁵ en los valles de Maltrata. El pueblo blanqueaba a lo lejos, y el caserío asomaba entre las milpas resonantes y a la sombra de los chirimoyos y de los capulines.

Brevísimos instantes en la estación; gritos atiplados, delatores de las alturas y del clima; vendedoras rústicas que con reclamo urgente pregonaban sus mercancías, y que iban y venían, a lo largo del andén, ofreciendo duraznos, higos, aguacates y orquídeas en flor.

A poco el dragón formidable prosiguió en su camino, lento aquí, rápido allá, serpeando entre mil heredades incultas, que algún día se convertirán en

¹¹ 1901-1902: *un por aquel*

¹² En la edición ilustrada del periódico *El Tiempo* del domingo 2 de agosto de 1891 (t. I, núm. 5, pp. 5 y 6), bajo el título “Alrededores de Orizaba”, se publicaron seis poemas de Rafael Delgado; el sexto, llamado “La cruz de hierro. En la cima del Borrego”, incluía la siguiente nota: “La cruz, asunto de estos versos, está colocada en la cima del cerro del Borrego, en el sitio en que las tropas mexicanas que intentaban arrojar de Orizaba a las fuerzas francesas, fueron sorprendidas por estas el 13 de junio de 1862, sufriendo terrible derrota. Al pie de la cruz había la siguiente inscripción que ha desaparecido: ‘Se inauguró este signo de paz el 15 de agosto de 1862. ¡Quiera el Cielo que sea respetado y se salve de los ultrajes del tiempo y del furor de los partidos!’”. La crónica de la derrota de las tropas mexicanas puede leerse en Naredo 1898, t. I, libro segundo, cap. XXIX, pp. 195-201 (en la última página se reproduce el poema citado de Rafael Delgado).

¹³ Salvo en este caso, Delgado emplea el sustantivo *punte* como masculino; al respecto, debe recordarse que en su edición de 1899 el *Diccionario* de la Academia consideraba que esta voz tenía un género ambiguo, razón por la cual respeté este uso del término como femenino (cf. RAE 1899, s. v.).

¹⁴ 1901-1902: *torrente*, por *riachuelo*,

¹⁵ 1901-1902: *Entraban* por *Entraba el tren*

productivos viñedos, y en constante ascenso subió hasta lo más elevado de aquellos montes. Túneles y puentes le daban paso franco por desfiladeros y taludes, que brumas y nieblas frías velan con gasas fugitivas y con cendales vaporosos. Surgían entre las nubes, a manera de espectros y como envueltos en flotantes sudarios, pinos y ocotes, estos de copa esférica, aquellos, altos, esbeltísimos, lánguidas las ramas, enhiesta la aguja principal, en constante dirección hacia el cielo y anhelosa de llegar a las regiones ilímites del éter.

Soplaba helado viento que penetraba en el vagón y entumecía cruelmente. Al pasar los túneles el humo inundaba el recinto.

Envolvióse doña Dolores¹⁶ en amplio manto de viaje, prenda rica, ya muy usada y marchita, resto de antiguas abundancias y de peregrino lujo, y recomendó a sus hijas y a Pablo, que estaba cerca de ella, que también se abrigaran. Filomena recogió sobre el pecho las puntas de su rebozo¹⁷ y se acurrucó en el asiento, hecha un ovillo. Los silbidos de la locomotora resonaban en los barrancos,¹⁸ repetidos por los mil ecos de la serranía.

Los viajeros se agrupaban cerca de los ventanillos, del lado izquierdo, para gozar del espléndido e incomparable panorama que les ofrecían aquellos valles y aquellas hondonadas, y que atraía las miradas de Margarita. Al avanzar el tren por un viaducto, el valle, tan hermosamente iluminado por el sol, desapareció de repente. Un mar de nubes le cubría: inmenso mar, cuyas olas, en rapidísima corriente, pasaban veloces al costado del tren. Límite de aquel piélago eran remotas cimas, por las cuales, cohorte fatigada que tramontaba atrevidísima cúspides y cúspides, camino de las altas planicies, pinos añosos y decadentes dominaban los fugitivos irritados oleajes. Sobre aquel mar de vapores níveos esplendía el sol.

Margarita se complacía en mirar las espesas umbrías, ricas de colores y prodigiosas en flores desconocidas; doña Dolores dirigía sus miradas tristes y dolorosas hacia los bosques oscurecidos por la bruma y se gozaba en presentir

¹⁶ 1901-1902: *Doña Dolores envolvióse por Envolvióse doña Dolores*

¹⁷ 1901-1902: “rebozo” por *rebozo*

¹⁸ 1901-1902: *las barrancas por los barrancos,*

profundos abismos, tenebrosos repliegues, sitios no pisados nunca por humana planta y tan negros como todo lo que el porvenir guardaba.

Trepidaba el vagón; resoplaba la máquina; crujían hierros bajo el piso; chirriaban ruedas; el humo cegaba; el vientecillo desapacible hacía tiritar a todos, y a los silbidos vibrantes y prolongados y luminosos de la doble máquina respondía la montaña húmeda e imponente, con su voz solemne y cavernosa.

Rápidamente huyeron las brumas como deshechas por el viento; tornó a brillar por todas partes la claridad del sol, y a la vista de los viajeros atónitos apareció Maltrata, radiante y tibia, espléndida en colores, sobre afelpada alfombra¹⁹ en que se unían aquí, o más allá se separaban, matices amarillos y verdes, desde el pajizo de las mieses maduras hasta el tono negruzco de los abetos perdurables, que en masa compacta e intensa espesura daban fondo alpino al poblado, a los huertos y a la ciudad, la cual se extendía y diseminaba como sobre un inmenso tablero de ajedrez, en²⁰ cuadros desiguales y caprichosos.

Arreciaba el frío y el sol picaba en los ventanillos del coche. Pablo vino y ofreció a doña Dolores y a las jóvenes una copita de coñac. Solo Elena aceptó. Estaban en la Mesa Central. Habían salido del estado de Veracruz y entraban en el estado de Puebla. Una zanja fangosa marcaba el límite de las dos provincias. Campos desiertos, llanuras arenosas se ofrecían a cada lado. Lejanas tolveneras, a la vera de los caminos y al borde de las heredades, revelaban lento²¹ tropel de caminantes. La sierra del Citlaltépetl se erguía a la derecha, y en la falda de los cerros más próximos dos villorrios risueños se extendían graciosos, uno en pos del otro, como si quisiera el segundo alcanzar al primero, que festivo y regocijado había llegado a la llanura, prófugo²² de las cumbres nivosas. Sobre las altas montañas, por sobre las cimas escuetas, centellante y argénteo, brillaba el volcán, cuyo ápice espejeaba con lampos de platino, semivelado por una nubecilla horizontal, blanca como plumón de cisne.

¹⁹ 1901-1902: *un tapiz afelpado por afelpada alfombra*

²⁰ 1901-1902: *de por en*

²¹ 1901-1902: *lejano por lento*

²² 1901-1902: *llanura como prófugo* 1903: *llanura, prófuga por llanura, prófugo* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

XXXIII

A las vívidas y húmedas regiones montañosas, cubiertas de rica aunque no exuberante vegetación, sucediéronse vastas y arenosas llanuras, planicies escuetas y áridas, grandes y dilatadísimos valles, engalanados a la sazón, gracias a las lluvias de estío, con una lozanía tan hermosa como efímera. Verdegueaban esmaragdinos¹ colinas y collados, y en las sementeras el maíz —jefe de la espigada tribu, como dijo Bello—² desplegaba la pompa incomparable de sus crujiertes hojas y de sus banderines tremulantes; flámulas inquietas que fingían misteriosos ruidos y frufú de faldas. En las montañas grupos de abetos verdinegros, encinares espesos, mezquites sombreros de uniforme pesado ramaje rompían la unísona coloración de los fondos, término de un paisaje que, en gradación finísima, desleía sus tintes hasta confundirlos con el azul vago de los montes distantes, con el gris intenso de otros más remotos y con la curva zafirina de un firmamento libre de vapores acuosos. A un lado y al otro de la vía, haciendas que parecían fortalezas, castillos desiertos lúgubres y sombríos, llenos de leyendas trágicas referentes a nuestras guerras civiles; lóbregas casonas, con su templo inmediato, en cuya espadaña ruinoso o en cuyo campanil esbelto y albeante revolaban tornasolados pichones y palomas níveas; caseríos parduscos

¹ *Esmaragdino*: 'De hermoso color verde, sin mezcla' (Rodríguez 1918, s. v.).

² La cita proviene del conocido poema "La agricultura de la zona tórrida", del venezolano Andrés Bello, el cual se publicó por vez primera en el *Repertorio Americano*, t. I, Londres, octubre de 1826, pp. 7-18. La frase se ubica en la segunda estrofa; el fragmento en cuestión reza: "Tendida para ti la fresca parcha / en enramadas de verdor lozano, / cuelga de sus sarmientos trepadores / nectáreos globos y franjadas flores; / y para ti el maíz, jefe altanero / de la espigada tribu, hincha su grano; / y para ti el banano / desmaya al peso de su dulce carga; / el banano, primero / de cuantos concedió bellos presentes / Providencia a las gentes / del ecuador feliz con mano larga" (Bello 1981, p. 65; las cursivas son mías).

diseminados en las heredades o dispersos, al pie de los altozanos intonsos, como bandadas de aves viajeras asustadas de pronto por el azor; unos y otros esmaltando, en variedad poética y pictórica, praderas, lomas y colinas.

Cerca de la vía, en surcos paralelos e ilímites, fabácea plantación, prometedora de cosecha pingüe, que en sus frondosas matas lucía ramilletes aperlados salpicados de manchas negras.

El aire frío y seco. El sol centelleaba en las mieses maduras como en chispas de fuego y esplendía con reflejos de níquel³ en los cebadales ondulosos.

El tren se acercaba velozmente, con velocidad nunca sentida por viajeros de cumbres abajo, y al paso de la imponente locomotora, asustados por el vibrante silbido, apartábanse reses flacas y angulosas, y alguno que otro rebaño que mal conducido por los zagales huía precipitándose hacia las zanjas colaterales en atropellado tropel. Huían las greyes, y el dragón impetuoso pasaba imponente,⁴ dando a los templados alisios su espeso penacho, el cual se deshacía pronto en copos menudos o en sutilísima niebla.

Uno que otro maguey en la linde de las sementeras; magueyes que se pavoneaban de su vigor perenne y que se alzaban de entre la floración jalde de los matojos veraniegos, alargando las púas sanguinolentas sobre un oleaje verde espolvoreado de oro.

Pronto aquellos paisajes no tuvieron atractivo para Margot, a quien las tierras frías eran tristes y monótonas, y para la cual⁵ solo había encanto en la exúbera magnificencia de las comarcas tórridas. La joven se sintió abatida. En vano dirigía su mirada ensoñadora y melancólica hacia los últimos términos de la uniforme llanura, hacia las vagas empalidecidas lontananzas. Quiso leer, pero no traía libro alguno. En todo había pensado, menos en eso, y recordó que Alfonso le había ofrecido remitirle no sé qué versos⁶ de uno de sus poetas favoritos. Ramoncillo le dio un periódico, un diario mal impreso, comprado en la estación anterior, donde el tren se había detenido para que almorzaran los viajeros. Chismes de baja y

³ 1901-1902: *platino por níquel*

⁴ 1901-1902: *irreparable pasaba impetuoso, por impetuoso pasaba imponente,*

⁵ 1901-1902: *quien por la cual*

⁶ 1901-1902: *verso por versos*

fastidiosa política; información estúpida; noticias europeas faltas de importancia e interés; crónica de escandalosos delitos; avisos de teatros y de plazas de toros... ¡y nada más! Por fin, tropezó con un largo artículo que para ella había pasado inadvertido... Un artículo de sañuda difamación jacobina, contra un clérigo culpable o inocente, solo Dios lo sabrá, a quien se acusaba de horrendos delitos y de atroces infamias... La blonda señorita hizo pedazos el papel y le arrojó por el ventanillo.⁷

Doña Dolores dormitaba; Pablo departía con uno de los compañeros de viaje; Ramón charlaba con Elena.

Así, en constante fastidio,⁸ pasaron horas y horas. En Apizaco⁹ la multitud agrupada en el andén, el ir y venir de los vendedores, nuevos viajeros que allí subieron al vagón distrajeron un poco a Margarita; pero el tren partió, y tornaron¹⁰ el cansancio y el aburrimiento.¹¹ Al fin del día un espléndido crepúsculo vino a distraer a Margarita.

En la región del sur¹² había llovido a torrentes, y las nubes se deshacían en flecados cortinajes, cruzados a cada instante por el rayo; pero en el¹³ horizonte occidental el celaje presentaba deleitoso aspecto: una cordillera de nubes blancas y doradas se prolongaba gigantesca hacia el norte, y hacia el oeste se desvanecía como en declives costeros, y al fin se abría, en forma de amplísimo piélago, un¹⁴ golfo cerúleo, sembrado de islotes de gualda, en torno de los cuales vagaban cien celajes que a la rubia señorita se le antojaban fantásticas navecillas que con la vela desplegada iban rumbo a misteriosas encantadas tierras, impelidas por el soplo de una brisa suave y embalsamada. El sol iba descendiendo detrás de las aéreas montañas y, al caer majestuoso en el inmenso desconocido piélago,

⁷ Respecto de esta publicación, que muy probablemente remite a un pasaje de *La Calandria*, *vid. supra*, cap. xvii, nota 17.

⁸ 1901-1902 incluye: *se*

⁹ Apizaco es una localidad del estado de Tlaxcala; la atravesaba el ferrocarril México-Orizaba-Veracruz con un ramal a la ciudad de Puebla.

¹⁰ 1901-1902: *tornó* por *tornaron*

¹¹ 1901-1902: *fastidio*. por *aburrimiento*.

¹² 1901-1902: *Sud* por *sur*

¹³ 1901-1902: *al* por *en el*

¹⁴ 1901-1902 no incluye: *un*

regaba oro y rubíes en las cimas fantásticas, inundaba en¹⁵ tintas violáceas el oriente e incendiaba en purpúreos fuegos aquella incomparable gloria del ocaso.

El cielo¹⁶ se fue poniendo¹⁷ más y más rojo, y las nubes se fueron disipando como impelidas¹⁸ por misterioso velo de múrice, al través del cual como un granate en fusión declinaba deslumbrante el rey del día.

Oscurecióse la llanura:¹⁹ los fuegos vespertinos lanzaron sus últimas luces en las llanuras y regaron menuda pedrería y polvo de luz en una laguna negra y desolada. Las sombras de la noche no venían de los montes, sino que parecían levantarse del suelo, o aparecer repentinamente entre las legiones de innúmeros magueyes o detrás de los altos y ennegrecidos almeares.²⁰

Vino la noche, fueron encendidas las lámparas del tren, y la incansable locomotora lució en las tinieblas su penacho de fuego.

—¡Margot —dijo Elena—, ven acá! Siéntate a mi lado.

La obedeció la joven.

—Dime —dijo la ciega al oído de su hermana, abrazándola cariñosamente—: ¿crees que Juan estará en la estación?

—Así lo creo; a menos que ande de fiesta con algún amigo.

—¿Por qué dices eso? ¿Sabes algo?

—No sé nada.

—¿Qué, Alfonso no te ha dicho algo de eso?

—¿A mí?

—Sí.

—Si no le he visto.

—¡Ya lo sé! Pero te ha escrito...

—¿A mí?

¹⁵ 1901-1902: *de por en*

¹⁶ 1901-1902: *celaje por cielo*

¹⁷ 1901-1902: *haciendo por poniendo*

¹⁸ 1901-1902: *arrasadas por impelidas*

¹⁹ 1901-1902: *llanura*, y por *llanura*:

²⁰ *Almeaar*: 'El montón de paja o heno que se hace al descubierto: tiene por fuste un palo largo, y al rededor de él se va apretando la paja o heno, que de esta manera se conservan todo el año' (RAE 1832, s. v.). Prácticamente con el mismo significado, la última edición del *Diccionario* de la Academia registra la variante *almiar* (cf. RAE 2014, s. v.).

—Sí.

—¿A... mí?

—¡A ti!

—No, Lena; quien me escribió fue María.

En aquellos momentos el tren iba llegando a la gran capital.

Doña Dolores, al pasar frente a Guadalupe, se santiguó y se puso a rezar.²¹

Los viajeros se apresuraban a recoger bultos y abrigos, y se sacudían diligentes, preparándose para dejar el vagón. A través de los vidrios del coche²² se percibía la blanca claridad de la luz eléctrica. Se oían gritos de garroteros, voces de transeúntes, silbidos de granujas y avisos de tranvías, y el tren, al sonar pausado de su campana, entró en el vasto hangar y se detuvo.

—¡Hemos llegado! —exclamó la señora.

—¡Aquí está mi tío! —gritó Ramón.

—¡Y aquí está Alfonso! —agregó Pablo.²³

²¹ En lo que hoy es la calle Alberto Herrera, colonia Aragón la Villa, muy cerca de la Basílica de Guadalupe, se encontraba la estación La Villa, que formaba parte del camino de Veracruz a México. En su origen, la estación se ubicó frente al Santuario de Guadalupe. En la actualidad, el inmueble alberga el Museo de los Ferrocarrileros.

²² 1901-1902: *salón por coche*

²³ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 18.

XXXIV

Todos estaban allí, menos Juanito.

¡Y con qué afecto y qué entusiasmo recibieron a sus parientes!

Mientras los lacayos y un criado de confianza recogían bultos para llevarlos al carrito de equipajes, la señora y la señorita no se cansaban de besar a doña Dolores, a Elena y a Margot.

Don Juan dio el brazo a su cuñada; Pablo a doña Carmen; Alfonso a Margarita, y Ramoncito a Elena, con la cual iba María.

Volvióse doña Dolores a su hijo y díjole en tono de cariñosa recomendación:

—Ramoncillo: ¡cuida de Filomena!¹

La humilde criada iba en pos de sus señores, pensando en si la dejarían sola entre aquella multitud de viajeros y² de amigos que habían ido a recibir a estos, y en aquel ir y venir de mozos de cordel que ofrecían sus servicios con molesta insistencia, y en medio de aquella turba de agentes de hotel que distribuían tarjetas y recomendaban alojamientos a cuantos pasaban por aquella puerta de entrada,³ donde fuera imposible abrirse paso sin el auxilio de los gendarmes.

—¡Pierda usted cuidado, mamá! —respondió el mocito—. ¡Filomena, no te separes de nosotros!⁴

Un lacayo de lujosa librea indicó a don Juan dónde estaban los carruajes.

¹ 1901-1902: *Filomena*. por *Filomena!*

² 1901-1902: *viajeros*, por *viajeros y*

³ 1901-1902 incluye: *por*

⁴ 1901-1902: *Filomena, no te separes de nosotros*. por *¡Filomena, no te separes de nosotros!*

—¡En el landó iremos nosotros! —murmuró don Juan—. Que Elena venga también... En la berlina irán los demás. La criada que se vaya con Pancho. ¡Él la llevará a casa!

Subieron todos a los carruajes, y el lacayo condujo a la pobre Filomena a un coche de sitio.⁵

—Aquí espere⁶ usted —le dijo—. Entre usted.⁷

Y abrió la portezuela.

—¡Pase usted, señorita, pase usted! —se apresuró a decir el cochero cortésmente, sorprendido de la núbil belleza de la muchacha.

Filomena entró en el carruaje, muy asustada y temerosa.

¡Aquello no le gustaba! ¡No le gustaba! ¿Por qué la habían dejado sola? ¿Por qué la abandonaban así, en un coche de sitio, con gentes desconocidas, con un mozo a quien no había visto y con un auriga malévolo, mal vestido y mal oliente, y que había lanzado sobre ella un aliento fétido, como de bebedor de pulque? ¿Por qué la dejaban así? ¡Ella no merecía eso, que a la infeliz muchacha le causaba una impresión como de menosprecio y desamor! ¡Y qué criados tan elegantes tenían los parientes de sus amos! ¡Y qué guapos! ¡Qué bien que se veían con aquellas levitas y aquellos pantalones blancos y aquellos sombreros altos y aquellas botas de charol! ¡A juzgar por los cocheros, la casa de don Juan sería un palacio! Mucho le habían contado a Filomena de los lujos y esplendores de las casas grandes y de los palacios de los millonarios, pero no se los imaginaba así. ¡Vaya! ¡Si ni el gobernador del estado, cuando iba a Pluviosilla, tenía tanto lujo y tanto boato!

⁵ El landó es un 'coche de cuatro asientos, que por medio de ciertos muelles se puede usar abierto o cerrado' (RAE 1899, s. v.); por su parte, la berlina es un 'coche cerrado, de dos asientos comúnmente' (RAE 1899, s. v.). En cuanto al coche de sitio o de punto, era un vehículo de alquiler, numerado, que también recibía el nombre de "simón". Las "diferencias esenciales" entre un simón y un landó, en palabras de Antonio García Cubas, "consisten en que del primero se apea de la escuálida mula de mano el cochero y abre la portezuela, por la que bajan a saltos las personas, mediante el estribo rígido de hierro, y del segundo el lacayo, quien además de desempeñar el mismo oficio de abrir la portezuela, desdobra con gran estrépito la escalerilla de goznes, en tanto que el cochero, de librea, permanece quieto en el pescante, cuidando de sus frisiones" (1904, p. 184).

⁶ 1901-1902: *espera por espere*

⁷ 1901-1902: *usted! por usted.*

Filomena pensaba en todo esto que no le agradaba, pero que despertaba vivamente su curiosidad. ¡Qué haría ella, humilde y pobre servidora, acostumbrada a la vida modesta de Pluviosilla, tan conforme con la pobreza, entre aquellos criados de tanto rumbo? Como los criados serían las criadas. Y si aquellos⁸ vestían así, tan ricamente, ¿cómo vestirían estas?⁹ ¡Linda iba a estar ella con su enagua de percal y su rebozo barato!

Filomena pensaba en todo esto y consideraba que lo natural era que sus amos se fueran con sus parientes en aquellos coches tan hermosos... Sí; eso era lo debido. Pero... que no la hubieran dejado sola. Ella no era ingrata; se había portado bien; no merecía aquel trato. ¡Y el hombre aquel con quien debía ir, que no venía! ¿Qué estaría haciendo? ¡Ya se ve, allí, eso de sacar equipajes no era cosa fácil! Estarían descargando... ¡Como no se fuera a perder algo!

La muchacha hundía sus miradas curiosas en la oscuridad del patio de la estación, mal alumbrada por dos focos de arco,¹⁰ y se complacía en ver partir tantos y tantos coches, unos elegantes y suntuosos; otros, los más, feos y destartalados, que en las sombras de aquel patio, que a ella le pareció inmenso, parecían cocuyos, y que iban desfilando uno a uno, se detenían un momento en la gran puerta, donde los gendarmes los paraban un instante, y luego partían rápidamente, y se alejaban y se perdían entre las tinieblas de una gran plaza.

¿Aquel era México? ¿Aquella era la gran capital? ¡Pues qué mal iluminada! ¡Y aquel hombre que no venía! El cochero, muy sentado en el pescante, fumaba y charlaba desvergüenzas con un mozo de cordel amigo suyo...

Por fin, alguien dijo detrás del coche:

—¿Ciento veintiocho?

—¡Aquí estoy, jefe! —respondió el cochero—. Aquí lo están aguardando...

Esto fue dicho en tono tan malicioso que la muchacha, más que temerosa, ¡sintiose indignada!

Un hombre vestido de negro se acercó al coche:

⁸ 1901-1902: *unos por aquellos*

⁹ 1901-1902: *las demás? por estas?*

¹⁰ Probablemente se refiera a las llamadas “lámparas de arco”, aquellas ‘cuya luz está producida por un arco voltaico’ (RAE 2014, s. v. “arco”).

—¿Usted es la señora que va a la casa del señor Collantes?

—¡Sí! —respondió la muchacha.

—¡Pues vámonos!

Y el hombre entró,¹¹ se sentó al lado de Filomena, se asomó por la portezuela y gritó:

—¡A la casa! ¡Ya sabes!

Filomena tembló. ¿A dónde la llevarían?

El coche echó a andar.

En la puerta de la estación le detuvieron los gendarmes. El cochero dijo el nombre de una calle y siguieron adelante, a través de la plaza.

A poco entraron en una calle amplísima. Voces de vendedores, avisos de tranvías, gritos de granujas que pregonaban periódicos, coches que iban y venían. La calle interminable: muchos transeúntes en las aceras; casas altas en cuyos salones iluminados se veían cortinajes magníficos; tiendas resplandecientes; tenduchos miserables; carnicerías iluminadas y lujosas; boticas soñolientas que hacían alarde nocturno de sus aguas de colores; un templo sombrío; un jardín tenebroso, bajo cuyas arboledas se perdían los paseantes; una avenida majestuosa; la arteria principal, ruidosa, espléndida, deslumbrante, en la cual los carruajes, a cuál más hermoso, apenas cabían; tiendas magníficas; fondas aristocráticas; dulcerías soberbias que en sus aparadores ostentaban mil y mil prodigios de azúcar de colores; joyerías en que la riqueza competía con el aparato deslumbrador, y, por¹² fin, una calle silenciosa y triste, oscura y desierta.¹³

En tanto, el compañero de Filomena se mostró muy atento y cortés.

¹¹ 1901-1902: *entró y por entró*,

¹² 1901-1902: *en por por*

¹³ Quien, como Filomena, salía de la estación de Buenavista con rumbo al centro (que era donde se alojaba don Juan Collantes con su familia) debía atravesar la plazuela de Buenavista, recorrer en parte la calle homónima y tomar la avenida Puente de Alvarado; siguiendo por esta vía, a mano izquierda, se encontraba el jardín Guerrero, frontero a la iglesia y panteón de San Fernando, y, un poco más adelante, la iglesia de San Hipólito. Por la descripción del narrador, es probable que el cochero haya tomado la calle de San Diego (hoy Dr. Mora), contigua a la Alameda, y doblado a continuación en la avenida Juárez, donde se hallaba la antigua iglesia de Corpus Christi (transformada en rico acervo de documentos históricos de México) y que desembocaba en la calle Puente de San Francisco (hoy avenida Juárez, frente a Bellas Artes) y luego San Francisco (hoy Madero).

—¿Ya sabía [*sic*] usted a México? —díjole.
—¡No! —respondió la muchacha.
—¿Le gusta a usted?
—Sí; es muy bonito...¹⁴
—¿Viene usted contenta?
—Yo estoy contenta donde están mis amos.
—¿Cuánto tiempo va usted a estar aquí?
—No sé. Venimos para quedarnos acá.
—Sí; ya está lista la casa. Hace quince días que hemos estado arreglándola.¹⁵
—¿Ya está lista?
—Sí. Esta noche se irán ustedes para allá. Allá está la cocinera. Luego que cenen los señores se irán ustedes. ¿De veras le gusta a usted México?
—Sí. Pero... yo... ¡mejor estaba en Pluviosilla!
—¿Por qué?
—Me gusta más la tranquilidad del... rancho. Así dicen ustedes.
—Sí; aquí dicen que fuera de México todo es Cuautitlán.¹⁶
—Pues, la verdad..., a mí me gusta más mi tierra.
—¡Eso va en gustos! Ya irá usted mirando.
—Sí... Ya veré.
—Vea usted: esa es la Alameda.
—¡Qué grande! La de allá es más bonita...
—Esa iglesia es Corpus Christi.

¹⁴ 1901-1902: *bonito*. por *bonito*...

¹⁵ 1901-1902: *arreglando*. por *arreglándola*.

¹⁶ Esta famosa sentencia suele atribuirse a Ignacia Rodríguez de Velasco y Osorio, mejor conocida como *la Güera* Rodríguez; sin embargo, de acuerdo con Silvia Marina Arrom, “no aparece en ninguna obra o documento sobre la Güera antes de 1949” (2019, p. 493n), por lo que dicha autora considera que la atribución es un invento de Artemio de Valle Arizpe, quien creó muchos de los mitos relacionados con ese personaje histórico. Prueba de la popularidad de que gozaba este adagio —anónimo, según parece— a fines del siglo XIX es el artículo “¿Fuera de México todo es Cuautitlán?”, publicado el 21 de enero de 1895 en la *Semana Mercantil. Órgano Oficial de las Confederaciones Industrial y Mercantil de la República y de la Cámara de Comercio de México* (segunda época, año XI, núm. 3, pp. 26-27). En este texto, el autor pedía a los lectores desechar el prejuicio —contenido en la “frase pretenciosa” de marras— de que lo extranjero era mejor que lo nacional, al tiempo que los invitaba a recorrer el país, aprovechando el buen funcionamiento de los ferrocarriles. En caso contrario, los extranjeros descubrirían “grandes elementos de riqueza” desconocidos para los mexicanos y tomarían gran ventaja de ellos “a poco precio” (p. 27).

—¡Qué fea!

—Allí es el Puente de San Francisco.

—¿Qué, hay un río?

—No.

—¿Pues entonces por qué le llaman “puente”?

—¡Quién sabe!¹⁷

El cortés acompañante calló.

Filomena no volvió a abrir los labios. Al fin dijo:

—¿Todavía está lejos la casa?

—No; ya llegamos.

El coche se detuvo: bajó el criado y bajó Filomena. Francisco pagó al cochero y ambos entraron.

En el patio estaban los carruajes de la casa. Cocheros y lacayos conversaban con el portero.

—Por aquí... —dijo Francisco a Filomena, y la condujo al segundo patio y la hizo subir por la escalera de la servidumbre.

¹⁷ Luis González Obregón explica que, en tiempos de la Colonia, había “acequias que limitaban la ciudad española de la indígena y que tuvieron, para ser atravesadas, sendos puentes, que impusieron título a las calles del Puente de San Francisco (hoy Ave. Juárez), Quebrado (hoy 1.^a R. del Salvador), del Espíritu Santo (hoy Ave. Isabel la Católica), de la Leña (hoy de la Corregidora), del Fierro, etc., etc.” (González Obregón 2018, p. 2).

XXXV

Cuando llegaron nuestros viajeros, ya estaban en la casa el doctor Fernández y su amigo don Cosme, a quienes don Juan había convidado a cenar o, mejor dicho, a “comer”, como allí se decía.

Muy grata fue para todos la presencia del canónigo y de su piadoso amigo. Hablose de Pluviosilla, y se habló también de los capellanes de Santa Marta, de la fiesta del mes de María, de las fatigas consiguientes a un cambio de residencia y de los incidentes del viaje.

La señora y las señoritas se entraron al tocador. Pablo y Ramoncito bajaron a las habitaciones de sus primos para quitarse el polvo.

—¿Y Juan? —preguntó Ramón.

—Hace tres días que no le veo. Se fue de caza con unos amigos. Vendrá mañana.

—Elena tenía la esperanza de hallarle en la estación.

—Me encargó, al irse, que le¹ excusara con ustedes. Tenía un compromiso muy anterior. Pero mañana le tendremos aquí...

Laváronse los jóvenes, se arreglaron y subieron al piso principal.

No tardaron en volver las señoras.

—Pues, como te decía yo —decía doña Carmen—, todo está arreglado. Nos dijimos: ¡eso es lo mejor! Que lleguen y se encuentren casi arreglada la casa. Allá estarán más contentas y desde luego podrán ir sacando sus cosas. De manera que después de cenar se irán ustedes, y todo lo hallarán listo y en orden. ¿En

¹ 1901-1902: *lo por le*

orden?,² ¡quién sabe! Pero, en fin, tú arreglarás allá todo como te agrade. Pancho se ha encargado de eso. Es muy listo y muy cuidadoso. ¿Estás cansada? Me lo supongo, hija. Pronto descansarás. Mañana los esperamos a almorzar. Ya sabes: a la una. Mandaré un coche. Muy temprano tendréis allá los equipajes. Y... no te hemos dado una mala noticia...

—¿Mala noticia? —exclamó la señora.

—Sí; por un mensaje que recibimos anteayer, sabemos que Eugenia está muy grave. No estaba de lo mejor cuando venimos. Al llegar aquí nos encontramos carta suya. En ella me decía que iba a tomar aguas a Vichy, y que iba mejor. Pero una amiga mía, y amiga suya, me escribió, diciéndome que los médicos habían perdido toda esperanza.

—¿Y qué tiene?

—Los sesenta cercanos. Ya recordarás que no era un modelo de buena salud. Para Augusto va a ser esto un pesar atroz. ¡La adora, hija, la adora! Y como no han tenido familia, el amor es doble. Él tampoco anda de lo mejor. La vida de París, que toda se va en fiestas y comidas, y las agitaciones de la política acaban a las gentes. Desde la caída del emperador, Augusto se retiró de la política, pero de pocos años a esta parte, por razones bonapartistas, volvió a la lucha. No lo dudes: si Eugenia se muere, ¡tras ella³ se irá su marido!

—Mucho sentiremos a Eugenia. ¡Ha sido tan buena con nosotros! No escribía frecuentemente, pero, eso sí, cada año, allá por Noche Buena, ahí estaban⁴ su carta y su regalo. Ya tú sabes que Ramón la quería mucho.

—¡Y ella a Ramón!

—Sí; si mi marido en Dios creía y en Eugenia adoraba. Por eso le pudo tanto la boda. Pero... ¡a qué hablar de eso!

Mientras tanto don Juan, don Cosme y el canónigo departían gratamente en un extremo de la antesala.

² 1901-1902: *En orden*, por *¿En orden?*,

³ En ambos testimonios se lee *él*. Se trata de un error, pues el pronombre sustituye a Eugenia, de modo que enmendé el *locus*.

⁴ 1901-1902: *estaba* por *estaban*

—¡Carmen! —exclamó el capitalista—. ¿Sabes lo que dice el doctor? Que esta semana llegará monseñor... Parece que va a celebrarse un concilio, y con tal motivo, y para los preparativos, tiene que venir, y que le tendremos por acá unas cuantas semanas.⁵ Lola, ¿conoces a monseñor Fuentes?⁶ ¿No? Pues ya le conocerás, y le tratarás... Un poquito entonado...⁷ ¡Qué quieres! La educación europea... Pero muy amable... ¡Excelente persona! A mí me parece un obispo francés, así como Dupanloup o Freppel.⁸ ¡Gran orador! Yo le oí en París, en San Sulpicio, en el triduo de la colonia mexicana. ¿No cree usted, doctor, que es un orador elocuentísimo monseñor Fuentes?

—A decir verdad, y a ser yo franco, ¡no! ¡Cuánto más bella no es la antigua elocuencia española, y aun la mexicana, aquella de hombres como Valentín, Pinzón y Martínez!⁹ Como Munguía, ni se diga.¹⁰ La oratoria de monseñor Fuentes me parece un poco mundana... Un compañero me dice que es algo teatral, y que monseñor cuando predica, aquí por lo menos, más quiere ganar aplausos que almas para el Cielo. ¿No piensa usted como yo, amigo don Cosme? Mucho de ostentación de la propia suficiencia, mucho saber, nadie lo niega, pero poca

⁵ El Quinto Concilio Provincial Mexicano se celebró del 23 de agosto al 1 de noviembre de 1896; fue presidido por el ilustrísimo señor doctor don Próspero M. Alarcón y Sánchez de la Barquera, arzobispo de México. Recibió la aprobación de la Santa Sede en agosto de 1898 y es el último efectuado hasta la fecha.

⁶ Desde marzo de 1887 hasta marzo de 1894, el obispo de Veracruz era el orizabeño José Ignacio Suárez de Peredo y Bezares, a quien sucedió el mexiquense Joaquín Arcadio Pagaza y Ordóñez, consagrado obispo en 1895. Pagaza fue quien participó en el Quinto Concilio Provincial y además era conocido por su obra literaria y su pertenencia a la Arcadia de Roma (desde 1889). Puesto que en junio de 1894, cuando tiene lugar la acción narrada en este capítulo, aún no había obispo nombrado, resulta difícil determinar en quién está inspirado el personaje de monseñor Fuentes.

⁷ *Entonado*: 'Que tiene entono, presunción, vanidad, arrogancia, y lo deja ver' (Santamaría 2005, s. v.).

⁸ Félix-Antoine-Philibert Dupanloup era obispo de Orleans, y Charles-Émile Freppel, de Angers. Acerca del primero, *vid. infra*, cap. LXII, nota 15. En cuanto a Freppel, en la edición ilustrada de *El Tiempo* se publicó un grabado a plana completa (en la portada) y un elogioso texto con motivo de su fallecimiento, acaecido en diciembre de 1891 (sin firma, "Nuestros grabados. Monseñor Freppel. Obispo de Angers", en *El Tiempo. Edición ilustrada*, t. I, núm. 32, pp. 1-3).

⁹ Probablemente se trate de Miguel Valentín y Tamayo, sacerdote y político originario de Tlajiacó, Guerrero, quien ocupó el curato del Sagrario Metropolitano desde 1839 hasta su muerte, ocurrida en 1843. No pude establecer la identidad de Pinzón y Martínez.

¹⁰ La alusión corresponde a Clemente de Jesús Munguía, obispo y primer arzobispo de Michoacán, quien sobresalió como filósofo y orador.

unción... ¡Vamos, vamos, que no mueve a piedad! ¿No es verdad, señor don Cosme?

El vejete no supo qué contestar, o no quiso responder, revolvió en el asiento su cuerpo amojamado, movió la cabeza y no dijo nada.

Siguieron hablando del proyectado concilio, en el cual serían resueltas mil cuestiones de grave importancia para la Iglesia mexicana.

Cerca del piano la gente joven charlaba a su sabor. Elena se lamentaba de que Juan anduviera de caza; María bromeaba con Pablo y con Ramón, y Margarita y Alfonso buscaban entre mil y mil papeles una pieza de Thomé.¹¹

—Margot —dijo don Juan, acercándose a su sobrina—, vas a encontrar tu piano muy afinado... Hoy quedó listo. Dicen del Repertorio¹² que aquí, por el clima, mejorará mucho. Ya vendrás algunas noches y “haremos” música.¹³ A ver si tú animas a María y a Alfonso. Con Juan, que antes no tocaba mal el violín, nadie puede contar... ¡Los amigos y siempre los amigos! Ese muchacho es un tronera.¹⁴ Esta (¿no la oíste en Pluviosilla?) no lo hace mal.

—Como que ha recibido lecciones de Marmontel...¹⁵ —interrumpió doña Carmen.

—Pero es perdida cosa. Se pasan meses y meses sin poner las manos en el piano. ¡Anímalas, mujer! Trajo de París un buen número de piezas. Ya veremos cómo se portan ustedes. Sábetes que me place oír música después de la comida.

¹¹ Se refiere al polifonista renacentista español Tomás Luis de Victoria, quien gustaba de llamarse Thomé y creó numerosas obras de corte religioso que comenzaron a ser estudiadas y editadas en tierras españolas en la segunda mitad del siglo XIX.

¹² Muy probablemente se trata del Gran Repertorio de Música y Almacén de Instrumentos de Otto y Arzoz, casa situada en la calle de Vergara (hoy Bolívar) número 12, con especialidad en música religiosa de género libre. La empresa contaba con fábricas propias en Alemania y tenía “la representación exclusiva de las principales casas de Europa y Estados Unidos” (sin firma, “Noticias generales”, en *El Correo Español*, año XI, t. XI, núm. 2 153, 29 de julio de 1897, p. 2). Cabe aclarar, sin embargo, que este establecimiento se fundó en 1897.

¹³ Con la construcción “haremos música”, calco del francés *on va faire de la musique*, Delgado está destacando el habla afrancesada de Juan Collantes. La expresión se repite más adelante, también en boca de don Juan (*vid. infra*, cap. XL).

¹⁴ *Tronera*: ‘Persona desbaratada en sus acciones y palabras, y que no guarda método ni orden en ellas’ (RAE 1899, s. v.).

¹⁵ Antoine-François Marmontel fue un talentoso pianista y profesor francés, egresado del Conservatorio de París; entre sus discípulos se cuentan Isaac Albéniz y Claude Debussy.

Ahora no, hija mía. Comprendo vuestro cansancio. Ahora a comer, y luego a casita. ¡No han de llegar a Tacubaya después de medianoche!

Un criado apareció en la puerta de la antesala y dijo en francés:

—Los señores están servidos.

—¡Santa palabra! —exclamó el doctor Fernández, levantándose.¹⁶

¹⁶ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 19.

XXXVI

Después de la comida, que fue muy agradable, doña Dolores dio la voz de partida:

—Hijos míos —díjoles—: pensad en que tenemos que irnos a Tacubaya; que son ya las diez de la noche: vamos, que ya charlaréis mañana u otro día... Vámonos, que yo, lo mismo que todos, estoy muy necesitada de descanso, y yo, ya lo sabéis, conforme a la vieja costumbre, haré lo que vi hacer a mis padres desde que era yo niña. Mañana..., ¡a la Villa de Guadalupe! ¡A visitar a la santísima Virgen!

—¡Nosotras aún no hemos ido! —interrumpió María.

—¡No hemos podido! —exclamo doña Carmen—. ¡Buen quehacer hemos tenido para instalarnos! Y eso que al llegar nosotros la casa estaba lista. Ya iremos el mejor día. Si tú quieres, Lola, deja esa visita para la próxima semana... ¡e iremos juntas!

—¡No, mujer! Iré contigo cuando quieras, ya sabes que estoy a tus órdenes; pero yo no faltó a la usanza de mis padres...

—Mira, Lola —dijo don Juan—: para irnos a Tacubaya tendréis que esperar aún... El doctor quiere irse... y con él se irá el amigo don Cosme. Van a dejarlos (viven cerca: uno en Donceles y otro en el Factor),¹ van a dejarlos en el landó, y luego este y la berlina quedarán a la disposición de ustedes.

Y volviéndose a un criado que en aquellos momentos retiraba de la mesa una fuente de mermelada, díjole:

—¡El café en la antesala! Avisa a Francisco que esté listo para ir con la familia.

¹ A fines del siglo XIX, Donceles solo abarcaba la cuadra limitada por República de Brasil y República de Chile (antes 2.^a de Santo Domingo y calle del Esclavo); la 1.^a y 2.^a calles del Factor corresponden a la actual Allende.

El criado se inclinó respetuosamente y salió.

Alfonso, Elena y Margarita estaban en la sala. Al abrir don Cosme la puerta del comedor, oyose el vals de *Fausto*, tocado briosa y magistralmente.²

—¿Quién toca? —preguntó don Juan—. ¿Alfonso?

—No: es Margot —respondió doña Dolores.

—Pues, ¡ea!, vamos a oírla...

Y don Cosme y el canónigo se despidieron en el vestíbulo, donde un lacayo muy estirado y correcto les presentó los sombreros y las capas.

—¡Muchachas! —gritó doña Carmen—. ¡Alfonso! Ya se van los señores.

Cesó la música y los jóvenes aparecieron en el fondo de la galería. Elena venía traída del brazo por su primo.

—¡Quedad con Dios! —exclamó el doctor, despidiéndose.

—Lolita —dijo don Cosme en tono apacible—: hoy entró el circular en Santa Ana. Se lo aviso para que, si desea usted visitar mañana al Santísimo, al ir o al venir de la Villa... Yo tengo esa devoción... ¡Donde está el jubileo allá estoy yo!³

—¡Gracias, don Cosme! —contestó la señora.

Y los dos amigos se fueron. Despidiotes don Juan desde la puerta del vestíbulo, mientras los tres jóvenes volvían al piano. La elegante música de Gounod volvió a llenar el recinto con las alegres notas de gallardo vals.

María sirvió café y licores, en tanto que las dos señoras conversaban en el fondo de la antesala, al pie de un soberbio cuadro, de un hermoso retrato del capitalista, obra de Bonnat.⁴

² Sobre esta pieza de Charles Gounod, *vid. supra*, cap. IX, nota 5.

³ El jubileo circular es un ritual católico que consiste en exponer al Santísimo Sacramento durante 40 horas seguidas en el altar mayor de un templo o capilla sacramental. Francisco J. Santamaría, bajo la entrada “circular” (sustantivo masculino), anota el siguiente significado: ‘Por antonomasia, el *jubileo* CIRCULAR o indulgencia de cuarenta horas’ (Santamaría 2005, s. v.). Respecto de la parroquia de Santa Ana, situada en el barrio de Peralvillo, Manuel Rivera Cambas dice lo siguiente: “Este templo es bastante antiguo; a solicitud de los religiosos de San Francisco fue reedificado, perteneciéndoles como visita de la parroquia de Santiago Tlalotelco, y se bendijo el 16 de marzo de 1754; mas por estar aquella iglesia tan cerca de la de Santa Catarina Mártir, pretendieron tener derecho a ella los clérigos y en efecto se les concedió. *El circular de esta parroquia entró por primera vez el 19 de febrero de 1755 y ahora se administra separada completamente de la de Santa Catarina*” (1880, vol. 2, p. 92; las cursivas son mías).

⁴ Léon-Joseph Bonnat, pintor francés nacido en Bayona y formado en la Escuela de Bellas Artes de la Academia de San Fernando, en Madrid. Produjo una serie de retratos de marcado

—Ya me dirás —decía doña Carmen—, ya me dirás si la casa es de tu agrado. Me parece bonita. Fuimos a verla hace pocos días. Volvíamos de ver a una amiga, a quien conocimos en París, cuando la Exposición,⁵ y Juan me dijo: “¿Quieres ver la casa que están arreglando para Lola?”. Y fuimos. Me parece bonita, aunque no es grande. ¡Ya sabes, hija, que eso no abunda por aquí!

Don Juan, arrellanado en una poltrona, charlaba con Pablo y saboreaba una taza de café. María hablaba con Elena; Margarita tocaba, y Alfonso, cerca de esta, escuchaba recostado en el piano y removía el azúcar de su taza con cierto aire de natural elegancia que no pasó inadvertido para su blonda prima. Ramoncillo hojeaba un álbum de Italia.

—¡Cómo lamento —seguía diciendo doña Carmen— no poder acompañarte mañana! ¡Tengo ansia de ver a la Virgen! ¡Ya sabes que, para una mexicana, no hay imagen como esa! Pero, si tú supieras... (¡lo que es la costumbre!), en París me iba yo volviendo gabacha, como me decía Eugenia (que no ha perdido su buen humor), y mi devoción por Nuestra Señora de las Victorias iba siendo más grande cada día...

—Si tú supieras... —interrumpió doña Dolores— que eso que me has dicho de la enfermedad de Eugenia me tiene inquieta. Me temo un desenlace fatal...

—Hija: ¡lo mismo temo yo! Pero... ¡no hay mal que por bien no venga!...⁶

—¿Por qué dices eso?

—Eugenia está rica, y es muy generosa... No tiene hijos... Surville está rico también, y, puedes estar segura de ello, en su testamento no se habrá olvidado ni de ti ni de tus hijos... En Trouville me lo dijo una vez... ¡Vas a heredar, Lola!

—¡Ay, Carmen! —prorrumpió la dama—. Ya me conoces; ya sabes cómo soy... ¡Quiera Dios que Eugenia recobre su salud! Mañana se lo pediré a la Virgen.

realismo, lo que lo convirtió en el retratista oficial de su época; por su célebre taller, instalado en París, pasaron personajes como Victor Hugo, Ernest Renan y Alexandre Dumas.

⁵ Entre 1867, año en que Juan Collantes llegó a Francia (*vid. supra*, cap. xvii), y 1894 se celebraron tres Exposiciones Universales en París: de abril a noviembre de 1867, de mayo a noviembre de 1878 y de mayo a octubre de 1889.

⁶ 1901-1902: *no hay mal que por bien no venga... por ¡no hay mal que por bien no venga!...*

—No te hagas ilusiones: por un lado la enfermedad esa, antigua y de suyo incurable; por el otro los calendarios, los “galvanos”, como decís vosotros aquí.⁷

María, desde el *vis à vis*⁸ donde conversaba con Elena, dijo en alta voz:

—Tía, por fin, ¿le sirvo a usted café?

—No, Maruja —respondióle doña Dolores—, no tomo café, ¡me causa insomnio!

El criado del vestíbulo se llegó a la puerta y avisó que el coche había vuelto ya.

Doña Dolores se apresuró a decir:

—¡Que baje Filomena! Criaturas: ¡vámonos!

⁷ En 1826, el librero y editor Mariano Galván Rivera comenzó a publicar un famoso calendario conocido como “el más antiguo Galván”, el cual ha seguido viendo la luz sin interrupción desde su creación y hasta nuestros días; por extensión, los galvanos representan los años acumulados.

⁸ El *vis-à-vis* (literalmente, ‘frente a frente’) es un sofá de dos asientos que pueden estar dispuestos uno frente a otro, o uno al lado del otro. Por lo común, este mueble tiene forma de S; las personas que lo ocupan se sientan en direcciones opuestas, pero de tal manera que sus rostros quedan a la misma altura y muy próximos.

XXXVII

En la berlina iban Elena, Ramón y Margarita; en el landó, doña Dolores, Pablo y Filomena.

Al pasar frente al Hotel de Iturbide,¹ la buena señora preguntó a su criada:

—¿Cenaste?

Filomena no contestó.

—Cómo, ¿pues qué, no te dieron de cenar?

—¡No, señora!

—¡Pobre de ti, criatura!

—Pero, mujer —prorrumpió Pablo—, ¿por qué no hiciste una insinuación?

—Pero... ¿cómo?

—Tienes razón, criatura; pero ten paciencia..., no tardaremos en llegar. Allá no faltará algo que puedas tomar...

—Y la verdad es —dijo dulcemente la sencilla muchacha— que tengo muy buen apetito, más que apetito...

¹ Ubicado en la avenida de San Francisco (hoy Madero 17, entre Bolívar y Gante), este suntuoso inmueble construido en el siglo XVIII comenzó a funcionar como hotel el 1 de marzo de 1855; la intención del que a la sazón era su dueño, don Anselmo Zurutuza, era que el establecimiento igualara “en lujo y aseo [...] a los mejores de Europa y los Estados Unidos”. Poco después de su fundación, el establecimiento, que contaba con más de 800 habitaciones, pasó a manos de Germán Landa (Rivera Cambas 1880, vol. 1, p. 230). El negocio decayó a principios del siglo XX y cerró sus puertas en 1928. // Como podrá verse, para llegar a Tacubaya, doña Dolores y su familia debieron recorrer la avenida de San Francisco con dirección a la Alameda; en este punto (después de cruzar San Juan de Letrán, hoy Eje Central Lázaro Cárdenas), la vía se transformaba en Puente de San Francisco y luego en avenida Juárez, que a la altura de la estatua de Carlos IV (donde hoy se encuentra la escultura del *Caballito*) entroncaba con el inicio de los paseos de Bucareli y Reforma. La familia debió transitar por este último, que después de la glorieta que aún hoy aloja la estatua de Cuauhtémoc cambiaba su nombre por el de calzada de Chapultepec. Esta última vía se unía a la postre con la “calzada para Tacubaya” (actual Circuito Bicentenario), en el octavo cuartel mayor de la ciudad.

—¡Sí, hambre! ¡Ya lo comprendo!

—Y me está doliendo la cabeza... Figúrese usted que en Esperanza² apenas pude tomar unos cuantos bocados. Los mozos servían mal; no atendían bien a nadie... Era preciso llamarlos a cada momento, y casi casi arrebatarse los platos a los otros pasajeros...

—¿Y por qué no hiciste tú lo mismo?

—Me daba pena...

—¡Pobre de ti, muchacha! —exclamó la señora en tono compasivo—. ¿Te va gustando México?

—¡La verdad, señora, no! Me da miedo, no sé por qué, esta ciudad tan grande. He pasado unos sustos.

—¿Sustos? ¿Dónde, mujer?

—En el coche, en la estación. Cuando ustedes se fueron, a mí me metieron en un coche de sitio, en un “simón”, como dice Ramoncito, y allí me estuve y me estuve, y allí me tuvieron hasta que sacaron los equipajes y los pusieron en un carro. Y, mientras, yo sola en aquel coche, y en lugar oscuro, y sola con el cochero, que a mi ver estaba borracho... ¡Cómo olía a pulque! ¡Por fin quiso Dios que nos fuéramos! Y ahí voy yo con el mozo ese, que se portó bien, yo no tengo de qué quejarme, y que me fue platicando, y preguntándome si me gustaba esto, y que me iba diciendo los nombres de las calles por donde íbamos pasando...

—¿Y qué te parece la servidumbre de la casa?

—¡Cuánto lujo, señora! Esos criados que sirvieron la mesa parecen unos señores... ¡Qué bien vestidos! ¡Vaya con los franceses! ¿Y qué, así, con guantes, hacen el servicio? ¿Así?

—¡Así, Filomena!

—Eso no lo sabía yo.

—¡Pues así!

—¡Y qué tonos que se dan, si usted viera! Yo estuve platicando con una señora que parece que es ama de llaves, pero yo no perdía nada, y a todo estaba atenta.

² Se refiere a la estación de Boca del Monte, situada en Esperanza, Puebla, la cual seguía a la de Alta Luz, en Maltrata.

Los franceses, en su media lengua, pedían como amos y regañaban por todo. El cocinero, porque es cocinero y no cocinera, es un francés, muy de gorra blanca, con más humos que un sultán; estaba charla que charla con el señor ese, con el mozo con quien yo vine de la estación, y charla que te charla y bebe que bebe sus copas, y los criados del comedor trayendo al trote a las galopinas. ¡Es mucho lujo! ¡Cuántos pobres quisieran lo que se malgasta en esa casa! Me da risa, señora, recordarlo: pasaban delante de mí los platonos colmaditos; me llegaba el olor de la comida; delante de mí, uno de los franceses trinchó el pavo, y a mí me llegaba el olorcillo, y yo... ¡muerta de hambre! ¡Porque, la verdad, señora, no lo digo por molestar a usted, pero ello es que tengo el estómago en un hilo!

Pablo reía de las aventuras y desgracias de la excelente Filomena. Doña Dolores lamentaba lo acaecido y se condolía de ello.

Filomena seguía charlando muy animada, contenta de verse al lado de personas conocidas.

—¡Y qué comedor, señora! Yo, en un momento en³ que me dejó sola la ama de llaves, me asomé por un⁴ ladito de un biombo que había y vi el comedor... Y dígame usted, señora, ¿estaba buena la comida?

—¡Muy buena, hija!

—¡Qué cierto es aquello —exclamó Pablo— de que quien tiene hambre de pan platica!

Filomena se echó a reír y prosiguió:

—A mí se me antojaron los helados... La fuente estuvo un rato cerca de mí. ¡Qué buena cara tenía aquello! ¡Y ya sabe usted que no soy golosa!

—Pero, en suma, mujer —dijo doña Dolores en tono afable—, ¿te gustan o no te gustan todos esos lujos?

—¡No, señora! Prefiero mi cocina de Pluviosilla, y nuestras pobrezas de allá a todo eso... Aquí viene bien decir lo que predicó una vez el padre Anticelli: ¡que no se necesita tanto para vivir! Ve usted: si bregar con una criada cualquiera es atroz,

³ 1901-1902 no incluye: *en*

⁴ 1901-1902 no incluye: *un*

qué será con esa legión de criados entonados, y con el cocinero, y con las galopinas, y con los cocheros, y con la ama de llaves.

Pablo y su mamá reían de buena gana.

—Y si usted supiera lo que estaban diciendo...

—¿Quiénes?

—El criado que venía conmigo, el mismo que va en el pescante del otro coche...

—¿Qué decían?

—Mañana se lo diré a usted.

—Dilo ahora, Filomena.

—No... ¿Para qué?

—¡Para que lo sepamos! —dijo Pablo con acento entre imperioso y jovial.

—¡Yo se lo diré a la señora!

—¡Dilo ahora, Filomena!

—A mí no me agradó lo que oí.

—¡Pues oigamos qué oíste!

—El cocinero, que es francés, pero habla bien en castellano, estaba platicando con el otro, con el que me llevó a mí en el “simón”, y mientras echaban el trago, el que vino conmigo le contaba al cocinero quiénes eran ustedes, cuántos eran y⁵ el parentesco que había; que una de las niñas era ciega; que todos eran pobres, aunque habían sido ricos, y que...

—¡Di, criatura, di!

—Que el señor don Juan, un día, cuando fue a ver con la señora y con la señorita María cómo había quedado la casa donde vamos a vivir, había dicho...

—¡Acaba, mujer! —dijo urgentemente doña Dolores.

—“¡Vaya! Ya está lista la casa... Falta una sola cosa... Saber cómo pagarán esas gentes todo eso...”.

—¿Eso oíste?

—¡Sí, señora!

—¡Cosas de criados! —exclamó Pablo.

—Oigamos —murmuró gravemente la dama.

⁵ 1901-1902: *eran*; por *eran* y

—Y que doña Carmen contestó: “Me conformo con que lo sepan agradecer y estimar”.

—¿Y solo eso oíste? —dijo Pablo con presurosa curiosidad.

—Nada más eso, porque en ese momento llegó la ama de llaves...

—¡Bueno! —exclamó la señora, y se asomó por el ventanillo del coche.

En el fondo, sobre la negra espesura del bosque, y como una floración luminosa, aparecía el alcázar de Chapultepec, alumbrado por sus cien focos.

—Mira —dijo la señora a Filomena—: ¡ese es el Palacio de Chapultepec!

La muchacha se volvió a ver hacia el bosque, pero,⁶ distraída, no miró nada y guardó silencio. Pablo hizo notar a su mamá que había luces en las habitaciones, lo cual indicaba que a la sazón residía allí el presidente de la República.⁷

—Aquí —respondió la señora—, aquí vino Surville con tu tía Eugenia para presentarla al emperador y a la emperatriz... ¡Pobre Eugenia! ¡Qué noble corazón!

La berlina iba delante, a lo largo de una calzada protegida por dos espesas líneas de altos chopos, calzada oscura, mal alumbrada de trecho en trecho por dos o tres focos de arco, de luz rojiza e intermitente.

Margarita decía que aquella calzada le parecía peligrosa en las altas horas de la noche; Ramón replicó, diciendo que por aquella región no había gente mala. Elena sintió frío, se quejó de ello y agregó:

—No hablen de eso. Yo no veo cómo está el camino, pero me causa miedo.

—¡No hay nada que temer, Elenita! —contestó el muchacho cariñosamente—. Dentro de unos cuantos minutos habremos llegado a la casa... ¡Ya estamos en Tacubaya!

A poco se detenía el carruaje en una casita de buena apariencia. Llamó a la puerta Francisco, abrió una criada y todos entraron.

El criado despidió a los cocheros, diciéndoles:

⁶ 1901-1902 incluye: *como*

⁷ El castillo de Chapultepec fue la residencia preferida de Maximiliano, “quien empleó considerables sumas en restaurar y embellecer el palacio y bosque, habiéndose hecho una nueva rampa para llegar hasta la cima del cerro en que se levanta el castillo, que ha servido de lugar de recreo a los presidentes de la República” (Rivera Cambas 1880, vol. 1, pp. 84-85). Cabe destacar que Porfirio Díaz solo ocupaba ocasionalmente el palacio durante el verano y para algunas recepciones oficiales; su domicilio estaba en la calle de la Cadena (hoy Venustiano Carranza), en el Centro Histórico.

—Váyanse: volveré en el tranvía.

¡Qué profunda impresión de tristeza causó a doña Dolores y a Margarita aquella casa chica, entresolada⁸ y al parecer lóbrega! La sala estaba iluminada. Las habitaciones eran⁹ alegres y elegantes.¹⁰

⁸ *Entresolada*: 'son las [casas] de un solo piso al nivel del suelo, o poco elevado sobre él' (Santamaría 2005, s. v. "altos").

⁹ 1901-1902: *parecían por eran*

¹⁰ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 20.

XXXVIII

A la mañana siguiente muy temprano, ya doña Dolores estaba lista, y acompañada de Ramoncillo se disponía a partir, como se lo tenía pensado, para ir a visitar a la Virgen de Guadalupe.

—Llévese usted a Filomena... —díjole Margot en tono suplicante—. ¡La pobrecilla no tiene más ilusión que esa!

—Hija mía —respondió la dama—, yo quisiera que todos fuéramos; pero en vista de que eso no es posible, porque Lena amaneció con jaqueca y Pablo tiene que ir a ver a Juan, quien, según le dijo anoche, le aguardará hasta las diez, me iré con Filomena y con Ramón. Este (ya lo sabes) está dispuesto a todo, en tratándose de pasear..., y en cuanto a Filomena, me parece justo llevarla. A la pobrecilla le fue muy mal anoche... ¡Padece Carmen unas distracciones inexplicables! Procura que tu hermano no duerma hasta las once... Mira que a las diez le esperará tu tío. Me imagino que se trata del empleo... Sí; que cuanto antes quede arreglado eso. Traerán los equipajes... Toma las llaves (no las vayan a perder); abres y sacas la ropa. No será raro que Maruja mande por ustedes. Si Elena sigue mal, y no quiere ir, tú tampoco irás. Yo, al volver de la Villa, pasaré a casa de Juan. Ordena a la criada lo que debe hacer... Me parece que esa mujer no sirve para el caso. Tú no tienes idea de lo que son aquí los criados. Si en Pluviosilla anda la cosa mala en este punto, ¿qué será por aquí? ¡Filomena!... ¡Vámonos, que¹ viene el tranvía!

Y doña Dolores se fue a su piadosa visita.

¹ 1901-1902 incluye: *ya*

¡Buena era ella para no seguir la antigua y tradicional costumbre de ir a visitar, al día siguiente de la llegada a México, a la santísima Virgen! ¡Tenía tanto que pedirle! El padre Anticelli le había dicho: “Dolores: no dejes de ir, luego que llegues, al siguiente día; ¡no dejes de ir a visitar a la Indita!”.

Mientras, Margot despertó a su hermano y se puso a arreglar la casa.

¡Qué mal colocado estaba todo! ¡Como por manos de hombre! Desde la víspera habían visto que muchos muebles estaban estropeados... Pero ¿quién a esas horas, a la medianoche, había de ponerse a examinar mueble por mueble?

Margot revisó todo. Uno de los aparadores estaba roto y la mesa del comedor no andaba muy sana. En una caja, allá en las piezas del segundo patio, había un montón de tiestos. Por fortuna, la vajilla estaba completa, y el cristal lo mismo.

El ajuar de la sala estaba empacado todavía. Uno, muy elegante y vistoso, había sido colocado en sustitución del otro, y todas las habitaciones estaban alfombradas. En un ángulo del saloncito, el piano, muy fresco y flamante, esperaba a sus dueños. Margarita no pudo resistir a la tentación; abriole, recorrió el teclado y tocó un trozo de Chopin.

Elena, traída por la criada, vino a interrumpirla.

—¡Por Dios, Margot! —exclamó al entrar—. Me dejaste en la alcoba..., en una pieza que me es desconocida... Acaba..., sigue tocando... y después me llevarás por toda la casa; necesito orientarme en ella; ¡necesito conocerla!

La ceguezuela se sentó cerca del piano, en una duquesita,² y Margarita siguió tocando. Al concluir esta, Elena le dijo:

—¿Crees tú que Juan venga a vernos hoy?

—¡Quién sabe! Entiendo, por lo que nos dijo María, que llegará esta noche. Si es así, acaso..., acaso le tendremos por acá mañana en la tarde...

—¡No esperaba yo eso del caballero!

—Hija: ten en cuenta la manera de vivir de ese muchacho... No está en su casa más que para dormir... Tiene muchos amigos... Siempre anda de convites...

² *Duquesita*: ‘Especie de canapé’, el cual a su vez es una ‘especie de escaño, que comúnmente tiene rehenchidos de cerda o pluma el asiento y respaldo para mayor comodidad, y sirve para sentarse o acostarse. Los hay también de enrejado de junco delgado y con respaldo solo de madera’ (RAE 1869, s. v. “duquesa” y “canapé”).

—Dime: ¿es bonita esta casa?

—No es fea, pero sí muy chica. ¡Trabajo se nos espera para arreglarla! Ven; voy a llevarte por todas partes.

Y tomó del brazo a la joven, y después de darle idea de la sala y de la colocación de los muebles, la llevó a los balcones y a cada una de las puertas.

Elena iba contando los pasos que había de un sitio a otro.

—¡Espera! —díjole—. Déjame sola... Voy a ver si sé ir a donde yo quiero. Voy al sofá... ¡Aquí está! Uno, dos, tres..., cuatro sillones... Por aquí está la puerta principal, la que da al corredor. ¡Ahora iremos allá!... Voy a los balcones... Este es el primero, es decir, el más inmediato al estrado. ¿Qué hay enfrente?

—La tapia de un jardín.

—¿Es ancha la calle?

—Sí.

—¿Pasa por aquí el tranvía?

—Sí... ¡Cuidado, Elena, que vas a tropezar con una mesa!³

Ya había tropezado con una mesita llena de chucherías.

—¡A la derecha, Lena! Pasa entre la mesita y la consola... En esta hay un espejo y unos candelabros.

—Llegué ya al otro balcón... ¿Esto qué es?

—Una colgadura...

—¿Está elegante la sala?

—¡Así, así!

Elena llegó hasta la puerta del gabinete. Allí la tomó Margot para llevarla por toda la casa.

Al volver a la sala, decía la ciega:

—¡Dentro de pocos días andaré aquí como en nuestra casa de Pluviosilla!

—¿Te sigue la jaqueca?

—No; ya estoy bien. Si..., más que la jaqueca, lo que tengo es... ¡disgusto!⁴

³ 1901-1902: *Cuidado, Elena, que vas a tropezar con una mesa.* por *¡Cuidado, Elena, que vas a tropezar con una mesa!*

⁴ 1901-1902: *disgusto.* por *disgusto!*

—¿Disgusto de qué, Lenita mía?

—Me ha contrariado el que Juan...

—¡Déjate de Juan, criatura!⁵ Si por cualquiera cosa vas a estar contrariada..., ¡nos hemos lucido!

En aquellos momentos llamaron a la puerta. Eran los criados que traían los equipajes. Pablo acudió a recibirlos. Contó los bultos.

—¡Falta uno!

—¡Sí, señor! —respondió Francisco—. Vendrá después. No quisimos cargar más el carrito. Me encargaron los señores que dijera a la señora que a las diez vendrá el coche por las niñas.

Pablo dio aviso a su hermana.

—¡Que allá iremos, Francisco, aunque sea tarde, porque necesitamos abrir los equipajes!...⁶

Pablo se vistió, se desayunó y se fue.

Margarita abrió los baúles y sacó ropa para ella y para Elena; dio órdenes a los criados y se dispuso a vestirse y a vestir a la ceguezuela.

—No sé —decía esta mientras su hermana la peinaba—, no sé en qué parte podrás colocar a Concha Mijares...

—No ha de venir... ¡Pierde el cuidado!

—¿Que no ha de venir? ¡Ya lo verás! El 10 o 12 de septiembre la tendremos aquí.

—No lo creo. Anda muy entretenida con Arturo Sánchez. Los monólogos la traen perdida y Arturo la tiene mareada con tantos versos. Anoche, en la casa de los primos, en un periódico que estaba en una de las mesas de la antesala, leí los versos aquellos que oímos aquella noche... El modesto... poeta busca fama en los diarios metropolitanos. No le bastan los aplausos de don Juan Jurado.⁷

—Oye, Margot. Te voy a preguntar una cosa... Pero... ¿me dirás la verdad?

—¿Por qué no?

⁵ 1901-1902: *criatura. por criatura!*

⁶ 1901-1902: *equipajes. por equipajes!...*

⁷ Juan Jurado, "huizachero de Pluviosilla", es un personaje de pocos escrúpulos que aparece también en *La Calandria*, *Angelina* e *Historia vulgar* (asimismo, *vid. supra*, cap. xvii, nota 17).

—¿De veras?

—Sí. Y... ¡empiece el interrogatorio!

—Si Alfonso te hace una declaración formal (como que tiene que hacértela), ¿qué le vas a responder?

—Hija mía..., ¡qué cosas se te ocurren!

—¡Mira que me ofreciste decir la verdad!

—Pues si a preguntas vamos, yo... ¡te haré otra!

—No; contesta tú primero.

—No; yo pregunto ahora... Si Juan te declara su... atrevido pensamiento...,

¿qué contestarás?

—¿Qué le dirás tú a Alfonso?

—Respóndeme tú.

—No; ¡tú!

—¿Yo? Ni que sí ni que no.

—Pues... yo... ¡responderé lo mismo!

Margarita concluyó⁸ de peinar a su hermana.

“¡Qué linda es! —pensó—. ¡Pobre niña! ¡No comprende su desgracia!”.

⁸ 1901-1902: *concluía* por *concluyó*

XXXIX

Cuando la señora regresó de la Villa, se encontró a sus hijas en casa de don Juan, donde, a solicitud de su prima, debían pasar el día.

—¡Bien, hijas —díjoles doña Dolores—, quedaos, que yo me voy! La casa reclama mi presencia, y no bien llegados, ya me ando yo subiendo y bajando.

En vano quisieron detenerla; en vano le rogó María que los acompañara a comer.

—¡Otro día, sobrina, otro día! —respondióle la dama—. Mi casa me espera. Pablo les hará compañía y Ramón vendrá esta tarde por sus hermanas.

—¿No quiere usted que Ramón se quede también?

—Sí quiero; pero, como debes suponer, acaso le necesitemos allá. ¡Piensa, criatura, que aquella casa parecerá no sé qué! Ramón vendrá esta tarde...

—No, tía; que venga si quiere, pero no es preciso que haga el viaje solo por llevarse a Lena y a Margot. Después del paseo las llevaremos Alfonso y yo. Váyase usted tranquila.

Doña Dolores se fue con Filomena, la cual no quiso subir y se quedó en el departamento de los porteros.

En el camino le iba diciendo a doña Dolores:

—Si usted viera, señora... Mientras usted estaba arriba, yo me puse a conversar con la portera. ¡Es una buena señora! Me contó muchas cosas: que el niño Juanito no llega a casa hasta la madrugada; que en ocasiones, como se acuesta a las cuatro o a las cinco de la mañana, duerme todo el día, y que a eso del mediodía va saliendo muy malhumorado, regañando a todos y diciendo horrores a su criado. Y si viera usted: esos lacayos y esos mozos tan planchados que van en el coche tan elegantes, tan lujosos, que a mí me parecen más

elegantes que los niños, andaban ahora en unas trazas... Descalzos, sucios... ¡Y anoche tan estirados! ¡Quién los vio como yo los vi ayer y los vio ahora! Luego que acabaron de limpiar los caballos, se lavaron allá en el otro patio, luego se fueron a vestir y a poco salieron hechos unos figurines.

—Hija: ¿pues qué quisieras tú, que hasta para esos quehaceres se pusieran la librea?

—No... Pero dígame usted, señora, dígame: ¡todo eso no es más que pura apariencia!

A la sazón pasaba el tranvía. Detúvole doña Dolores y ambas subieron al carruaje.

En tanto, María enseñaba a sus primas el departamento de Juan y de Alfonso.

—¡Qué voy a ver yo! —exclamaba Elena, bajando la escalera—. Sin embargo..., sabré cómo viven esos caballeros.

Alfonso, que iba con ellas, les dio una llave y las dejó para acudir al llamado de don Juan, que desde muy temprano estaba en su despacho.

—¡Vuelvo!... —dijo el mancebo, y las dejó en el descanso de la escalera.¹

El departamento destinado a los dos hermanos era muy bonito: un saloncito y un gabinete con balcones a la calle, sencillos y elegantemente decorados, al estilo inglés; dos alcobas; un cuarto de vestir, y un baño.

Margarita quedó prendada del salón, que, efectivamente, era del mejor gusto y hablaba muy bien en elogio del sentido estético de los dueños.

—¡Qué lindo! —exclamó Margot, mirando en torno suyo y admirada de la elegancia aristocrática de la pieza—. ¡Si vieras, Lena, qué cosa tan linda! ¡Esto parece, como suelen decir, una tacita de plata! ¡A mí me parece más bien como un delicado cofre de marfil!

—¡Con tantos elogios, Margot, vas a conseguir que Alfonso se envanezca de su obra! ¡Sí, porque todo esto es obra suya! Él eligió el tapiz; él escogió los muebles; él cuidó hasta de los últimos pormenores...

—¡Pues no cabe duda —interrumpió la joven— que tiene mi señor primo exquisito gusto para esto!

¹ 1901-1902 no incluye: *descanso de la escalera*

—¡Dime cómo está esto, Margot! —dijo Elena.

—¡Sentémonos! —prorrumpió la rubia señorita, impulsando a su hermana hacia un sofá, mientras María abría la vidriera de uno de los balcones.

—¡Dime! ¡Dime!

—¡Siéntate aquí, Maruja! Y... óyeme, y escucha mi elocuencia descriptiva.

—Te oigo atentamente.

Sonreía Margarita; sonreía Maruja en su frívola insipidez, y la ceguezuela abría sus rasgados y soberbios ojos negros, ávidos de luz.

—Mira, Lena: esto es un saloncito como de siete varas de largo por cuatro o cuatro y media de ancho.

—¡Descripción prosaica! —exclamó la ciega—. ¡Descripción de ingeniero de puentes y calzadas, que montado a la antigua no se acuerda del sistema métrico decimal!²

—¡Supongo que no querrás ahora que reduzca yo las varas a metros! —replicó vivamente la blonda señorita.

—¡Sigue, mujer, sigue!

—Altura...

Y la joven miró hacia arriba, siguiendo con la mirada, de arriba abajo, una de las líneas angulares.

—Altura... ¡Poco menos de cinco metros!

María y Elena se echaron a reír.

—Baste saber... que tiene muy buena altura. ¡Que lo diga María! La alfombra es roja, gruesa y afelpadita... ¿No la sientes al pisarla? Los muros, hasta poco menos de³ la altura de las puertas, están tapizados con papel realzado, de fondo claro, muy claro, de color crema, que entona dulcemente con el dibujo, que es de hojas grandes, hojas como de dragontea, también muy claras. La parte superior

² El sistema métrico decimal, de origen francés, se implementó en México a partir del 15 de marzo de 1857, por decreto del entonces presidente Ignacio Comonfort. Con ello, “el metro, el área, el metro cúbico, el litro y el gramo se convirtieron [...] en las medidas oficiales de longitud, superficie agraria, sólidos, líquidos y peso” (Vera 2007, p. 87). No obstante, como puede verse en el caso de Margarita, “en las primeras cuatro décadas posteriores a [la] adopción oficial [del sistema], los comerciantes y la población en general aún no lo adoptaban en forma definitiva” (p. 80).

³ 1901-1902: *que por de*

tiene tapiz amarillento, con un dibujito tan menudo que apenas se ve. Una cornisa muy delgada, que apenas sobresale, corre a lo largo de los muros, dividiéndolos en dos partes. La cornisa me parece de boj o de olivo blanco. El cielo raso es de color de mantequilla, sin adornos ni pinturas, encuadrado por otra cornisa un poquito más ancha que la otra. En el centro del cielo raso hay una rosácea que semeja marfil. Nada en las paredes. Frente a los balcones una chimenea de piedra blanca, opaca; sobre ella un espejo ovalado, de luna⁴ clarísima, cortada en bisel.

—¿Y los muebles? —preguntó Elena.

—Pocos, y ninguno igual a otro. Un sofá, este en que estamos sentadas tú y yo, tapizado como los otros sillones de rica tela de seda blanca, sembrada de crisantemos⁵ de un suavísimo y apacible color de rosa. Cinco sillones; un *pouf*,⁶ un velador de roble con una caja de tabaco, una licorera y un cenicero. Entre los dos balcones, un diván de lo más cómodo, con un par de almohadones de color de malva. Delante una piel de oso blanco... Espera: en la chimenea, dos ramilleteras cilíndricas altas, de cristal verdoso, y en ellas, muy bien puestas, como por manos femeniles o manos de artistas, espigas verdes, ligeras, esbeltísimas, cuyas hojas muy largas, muy largas, tocan la pantalla del hogar; una pantalla con un aguazo que representa una escena campestre... ¿Qué representa, María?

—Una escena del *Don Juan*.

—Me imagino todo... —dijo tristemente la ceguezuela.

—Me falta algo...

—A manera de araña, velada por una pantalla amarilla con guarnición de encajes, cinco focos eléctricos. ¡Esto, de noche, debe parecer de marfil! ¡Ah! Me falta lo último: las cortinas de los balcones... ¡Qué sencillas! De una pieza... Son de una tela pesada, semejante a esta de los muebles. Y ¡está usted servida, señorita mía!

⁴ *Luna*: 'Tabla de cristal o de vidrio cristalino, de que se forma el espejo azogándola o plateándola por el reverso, o se emplea en vidrieras y escaparates' (RAE 1899, s. v.).

⁵ 1901-1902: *crisantemas* por *crisantemos*

⁶ *Pouf*: 'Asiento blando, normalmente de forma cilíndrica, sin patas ni respaldo' (RAE 2014, s. v. "puf").

—Vamos a ver el gabinete... —dijo María, levantándose.

El gabinete era de lo más sencillo. Unas cuantas sillas; un escritorio, y⁷ un estante con libros elegantemente empastados. Un escaparate con tres bronce: una bacante, un busto de mujer y otro de Alfredo de Musset.⁸ Entre ellos, elegantes fotografías de Nadar:⁹ dos retratos de amigos jóvenes y elegantes, y otro de una mujer bellísima, hecho en Niza. Margarita no se atrevió a preguntar quién era aquella joven de tan rara hermosura. Sintió la blonda señorita el aguijón de la curiosidad, pero la contuvo cierto temor de que la joven no supo darse cuenta. Pero María se apresuró a decir:

—Mira, Margot: ¿te gusta esta cara?

La joven hizo una señal de aprobación.

—Es de una novia de Alfonso, la cual se casó hace un año con el agregado de la embajada inglesa. El gran amor de Alfonso. A estas fechas sufre todavía las consecuencias de ese desengaño.

—¡Vale más! —exclamó Margarita—. Eso prueba que sabe amar.

Elena, que estaba al lado de su hermana, le oprimió dulcemente un brazo. La blonda señorita habló de otro asunto:

—¡Y eso qué es! —dijo, señalando un cuadro.

—¡Ah! —respondió María—. Lee: es un diploma de Juan; su diploma o título de una sociedad de astrónomos, establecida en París. Es presidente de ella Camilo Flammarion... Esa es su firma.¹⁰

⁷ 1901-1902 no incluye: y

⁸ El famoso poeta romántico Alfred de Musset fue conocido por su vida disipada y su dandismo. No es superfluo el hecho de que Alfonso tenga un busto de bronce suyo en sus habitaciones (recuérdese que, en el realismo, el entorno del individuo forma parte de su caracterización), pues Musset era “un auténtico parisino [...], hedonista, elegante, *dandy*, vividor y brillante” (De Diego 2000a, p. 82; sobre la caracterización de Alfonso y su relación con el héroe melancólico del decadentismo, *vid.* la primera parte del tercer capítulo del “Estudio preliminar”).

⁹ Desde que se instaló en París, el caricaturista, escritor y fotógrafo francés Félix Tournachon adoptó el seudónimo de Nadar. Es famoso por sus estupendos retratos y caricaturas de los escritores galos más importantes de la segunda mitad del siglo XIX, entre ellos Charles Baudelaire, George Sand, Gustave Doré, Victor Hugo, Théophile Gautier y Sarah Bernhardt. Nadar efectuó además el primer reportaje fotográfico y, desde un globo aerostático, realizó las primeras tomas aéreas de la historia.

¹⁰ Camille Flammarion, astrónomo, divulgador científico y prolífico escritor francés, fue seguidor de la doctrina espiritista y autor, entre otros títulos, de *La pluralidad de los mundos habitados* (1862). En esta obra planteó principios esenciales de la doctrina propagada por Allan Kardec, a quien lo unía una gran amistad. En 1882 fundó la revista *L'Astronomie* y, en 1887, la Sociedad

—Le guardaba yo a Juan el secreto de que fuese astrónomo...

—¡Qué astrónomo ha de ser! Mi papá dice que todo eso es pura farsa; habilidades del astrónomo para sacar dinero. Cualquiera puede ser miembro de esa sociedad. ¡Tú, yo, cualquiera! Basta pagar anualmente treinta o cuarenta francos y suscribirse a la revista que sale¹¹ cada mes. ¡Mira tú qué hábiles son en Francia! ¡Por eso dice papá que con el dinero de los tontos se exploran los espacios celestes y se propaga el espiritismo!¹²

Las muchachas soltaron una carcajada. La ceguezuela, contrariada, murmuró:

—Será así..., ¡pero Juan no es tonto!

—Hija —se apresuró a decir Margarita—, ¡son cosas de mi tío!

Astronómica Francesa. Rafael Delgado también mencionó a Flammarion en *La Calandria* en los siguientes términos, en boca del padre González: “¡Flammarion! ¡El novelista de la astronomía, como le ha llamado un sabio francés! Con ese estilo tan lleno de gracia y colorido ha contribuido mucho a propagar entre las gentes americanas esas doctrinas... Ya sabe usted que nos pagamos mucho por aquí de las obras de imaginación... ¡Cuántos han tomado las fantasías del astrónomo como verdaderos axiomas!” (1891, cap. II, p. 24).

¹¹ 1901-1902: *se publica por sale*

¹² 1901-1902 no incluye: *y se propaga el espiritismo*

XL

Cuando las jóvenes volvían del entresuelo, cansadas de esperar a Alfonso, este les dio alcance en la escalera.

—¿Vino ya Pablo? —preguntóle Margarita.

—Sí; ya está trabajando. Papá no ha querido que pierda un solo día.

El mancebo venía inquieto y en su rostro, de ordinario sereno, había algo revelador de pena o de contrariedad.

—¿Qué te pasa? —díjole María—. Advierto en tu rostro no sé qué...

—¡Nada!

—¿Nada? ¿Le ha pasado algo a Juan? ¿Algún accidente en la cacería?

—No.

—¡Por Dios, Alfonso! —exclamó Elena súbitamente acongojada—. ¡No ocultes nada! Dinos la verdad, te lo ruego...

—Sí, Alfonso —suplicó Margarita—; con ciertas cosas no se juega... Mira que podemos pensar muchas cosas... ¿Le ha pasado algo a mamá, o a Juan? ¡Responde, por favor!

—¡Habla, por Dios, Alfonso!

—Hablaré... —respondió el joven sigilosamente—. Una mala noticia... No se trata de Juan ni de mi tía Lola; no, se trata... de mi tía Eugenia. Mi papá acaba de recibir un mensaje en que tío Augusto le dice...

—¿Que tía Eugenia está moribunda? —se apresuró a decir María.

—No; que murió anteayer.

—¿En París?

—No; en Niza.

—¿No hay más noticias?

—Y papá —prosiguió Alfonso— no quiere que mamá sepa nada de esto, ni que lo sepa nadie, porque mañana es día de San Juan, y tiene invitados, y ya no hay tiempo para comunicarles lo que ha sucedido. Dentro de tres o cuatro días se sabrá... y... De manera que... ¡chitón!

Alfonso dio el brazo a sus primas, y, lentamente, precedidos de¹ María, subieron la escalera.

Se pasó el día en familia; se comió alegremente, se tocó el piano, y Margarita y su primo estudiaron varias piezas a cuatro manos.

Aquella alegría y aquella música eran tormentosas para Elena y para la blonda señorita. Esta no comprendía cómo las exigencias sociales podían ahogar así una impresión dolorosa; cómo un hermano, al saber el fallecimiento de una hermana querida, callaba la noticia y se disponía para una fiesta; no acertaba a explicarse aquella falta de sentimientos, aquella entereza y aquella frialdad que observaba en su tío. “No era así mi padre —pensaba—; no era así él, que tanto quería a todos los suyos; que el menor dolor en sus parientes le afligía y le angustiaba; él, en caso como este, estaría bañado en lágrimas, ¡y qué festejos ni qué alegría! No me agrada esto. ¡Dios mío, qué falta de corazón! ¡Qué serenidad esta que me aterroriza y me repugna!”. De doña Carmen nada podía decir, porque esta² lo ignoraba todo; pero sí de la primita, que estaba tan fresca como si nada supiera. ¿Y por qué era todo esto? ¡Por vanidad, por pura vanidad! ¿Invitados? ¡Qué importaban los invitados! ¡Ah! Pero eran personas muy distinguidas: banqueros, amigos opulentos, secretarios de Estado, el ministro de Francia, el de Bélgica y el de Inglaterra. ¡Al diablo con todos estos señorones! ¡Qué cosa más fácil que darles aviso! Cuando la pena es verdadera, no da lugar a cálculos. Si don Juan hubiera querido bien a su hermana, no le habría ocurrido callar la triste noticia. Y guarda que al general Surville le debía mucho don Juan; como que merced a su favor y a su fortuna había llegado a la opulencia. ¿No fue don Juan tan partidario suyo? ¿No aprobó la boda de su hermana Eugenia con el bizarro militar? ¿No esa boda fue causa de graves y duraderos disturbios domésticos, que por años y años separaron amargamente a

¹ 1901-1902: *por por de*

² 1901-1902 no incluye: *esta*

don Ramón y a don Juan? ¿Pues cómo ahora se mostraban tan indiferentes y tan insensibles a tamaña desgracia?

Preocupada y entristecida con tales pensamientos, la blonda señorita no atendía en el piano a la ejecución de aquella hermosa sinfonía de Saint-Saëns que Alfonso tocaba magistralmente.

—Dejemos por ahora la música, Alfonso. Estoy cansada. ¡Llevo tanto tiempo de no poner las manos en el teclado! Pide el coche; demos una vuelta por el paseo, y llévanos a casa.

Salieron en busca de María y de Elena. Estaban en el comedor con don Juan y con doña Carmen, quienes daban órdenes a un mayordomo y a uno de los criados franceses respecto del almuerzo y de la comida del día siguiente. El capitalista, fuerte gastrónomo, tenía costumbre, en casos como aquel, de arreglar personalmente la minuta³ e indicar los vinos que debían servirse en su mesa. No olvidó el menor detalle.

—Sirven borgoña. ¿Recuerdas cuál? Tú sí, Carlos, aquel que me regaló mi hermana Eugenia.

En seguida precisó todos los pormenores del servicio; dijo qué vajilla debía ser usada; qué servicio de⁴ café debían presentar,⁵ y luego encargó que todos los carruajes estuviesen listos.

—Ahora, niñas —dijo—, ¡idos a pasear! María: vas con Alfonso a dejar a tus primas. Di a Lola que mañana... Quiero que mañana almuercen todos conmigo. El almuerzo... ¡en familia!⁶ Para la comida tendré en casa a los extraños. Si ustedes quieren, vengán más tarde... ¡Haremos música!

—Tío... —murmuró Margarita con timidez—. Veremos qué dice mamá...

—Diga lo que diga... Los espero.

—Acaso tendrá usted invitados —observó Elena—, y nosotras... acabamos de llegar...

³ 1901-1902: "*minuta*" por *minuta* // *Minuta*: 'Lista de los manjares y licores que han de servirse en una comida' (RAE 1884, s. v.).

⁴ 1901-1902: *del por de*

⁵ 1901-1902: *se debía de usar*, por *debían presentar*,

⁶ 1901-1902: *familia*. por *familia!*

—¿Y qué?

—Nosotras —replicó Margot— tendremos mucho gusto, pero aquí hay ciertas exigencias..., como usted comprenderá...

—¡Entiendo! ¡Entiendo! De cualquier manera..., ¿no he dicho que estaremos en familia? En la noche es cosa distinta... Y Pablo y Ramón ¿tienen traje de etiqueta?

—No —respondió ingenuamente Margarita.

—¡Ya lo ves! Pues lo necesitan. Aquí no estamos en provincia.

Varió de tono y agregó cariñosamente:

—Criaturitas..., ¡vengan!⁷ Estaremos en familia. Nos acompañarán el doctor y don Cosme. Ya sabéis⁸ que ellos no gustan de ceremonias ni de comidas como las de mañana. ¡Ea! ¡ldos con Dios!⁹

⁷ 1901-1902: *vengan.* por *vengan!*

⁸ 1901-1902: *saben* por *sabéis*

⁹ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 21.

XLI

María y Alfonso llevaron a sus primas a Tacubaya, después de dar unas cuantas vueltas en la calzada de la Reforma.

Esa tarde no estaba muy concurrido el famoso paseo: treinta o cuarenta coches de alquiler, quince o veinte trenes lujosos, algunos jinetes y nada más. Los concurrentes se iban retirando, temerosos de la lluvia.

Declinaba el sol, y al morir esplendía en una deslumbrante gloria de oro y de grana. Sobre el fondo áureo del ocaso, erguido entre sus ahuehuetes¹ y sus eucaliptos,² dibujaba el alcázar de Chapultepec sus terrados, sus galerías y su caballero alto, majestuoso y triste.³ Los últimos rayos del astro moribundo centelleaban en las vidrieras de los edificios colaterales, en los vidrios de los coches y en el charol de los carruajes, y algo como leve polvo de oro flotaba en el ambiente del paseo.

Allá por el sud, en las cumbres del Ajusco, inmensa y negra nube corría a lo largo de las cimas, desgarrando su capuz en los picachos, más allá de los cuales culebreaba el rayo, anunciando distante y fuerte tempestad.⁴

¹ 1901-1902: “*ahuehuetes*” por *ahuehuetes*

² 1901-1902: *eucaliptus*, por *eucaliptos*,

³ En 1842, el Colegio Militar se estableció en Chapultepec. Entre otras adaptaciones, en la parte más alta del cerro, sobre el alcázar, se erigió un torreón o caballero alto, al que sin duda se refiere el narrador y que hasta la fecha es uno de los elementos más emblemáticos del sitio.

⁴ Se refiere a la sierra del Ajusco, donde se encuentra el pico del mismo nombre, el cual es el más elevado (3 929 metros sobre el nivel del mar) de una serie de volcanes localizados en la parte sur del sistema montañoso. Ubicada entre la Ciudad de México y el actual estado de Morelos, la “serranía de Ajusco, que por el sur limita el Valle de México, ligando las sierras del Popocatepetl con las eminencias de las Cruces y Monte Alto, ocupa en latitud una grande extensión de terreno, presentando en sus declives y muy particularmente en los australes, inclinaciones en extremo rápidas” (García Cubas 1904, p. 618).

Cuando llegaron las señoritas, doña Dolores estaba esperándolas en el balcón. Bajaron con ellas los dos hermanos, los cuales permanecieron en la casa brevísimo rato.

—¿Cuándo vendrá Juanito? —preguntó la señora al despedirlos en el zaguán y a tiempo que un lacayo abría la portezuela del landó.

—Esta noche, tía —respondió Alfonso—. Mañana debemos estar todos en casa. Allá nos veremos...

—Sí —interrumpió María—, papá espera a todos... ¡Hace tanto tiempo que no pasa su día en familia, con todos los suyos, que será para él cosa muy desagradable si ustedes no le acompañaran!... En París... mi tía Eugenia y mi tío eran los únicos que en ese día nos acompañaban a almorzar... Ahora...

Alfonso miró fijamente a su hermana, como temeroso de una indiscreción.

—... Ahora —concluyó la joven— estarán todos ustedes. Vamos a pasar un día muy alegre. En la noche tiene papá visitas... Personas de etiqueta, el ministro de Francia, el de Bélgica ¡y no sé quiénes más!... Y ¡adiós, que se hace tarde!

Abrazó y besó a sus primas, abrazó también a la señora y precipitadamente se dirigió al carruaje, seguida de Alfonso.

El lacayo se descubrió, respetuoso, y pidió órdenes.

—¡Ah! —gritó [María]—. ¿A qué hora mandamos el coche?

—No te molestes, hija mía —respondió la dama—; allá nos tendrás.

Cruzáronse palabras de despedida y partió el coche.

—¡Mamá! ¡Venga usted acá! Tenemos mucho que hablar... —exclamó Margot, inquieta y vehemente, tomando del brazo a la señora y dirigiéndose al saloncito.

—¿Qué te pasa, hija mía?

—¡Ay, mamá!...

Y al ver sobresaltada a la señora, agregó en tono cariñoso:

—¡Nada grave, señora mía! ¡Tranquilízate, tranquilízate! Espera.

Y volvióse para servir de apoyo y de guía a la pobre ciega, que a tentadillas y arrimada al muro de la derecha iba subiendo los siete peldaños de la escalerilla del corredor.

Sentadas todas en la sala, mientras doña Dolores se disponía a escuchar lo que su hija iba a decirle, la blonda señorita se quitó nerviosamente los guantes, se desprendió el sombrerillo, le puso a un lado en una silla y gritó llamando a Filomena para que esta le trajese un vaso de agua.

—Vienes fatigada, criatura... —advirtió la dama—. Te puede hacer mal...

—¡No, mamacita!... Vengo contrariada, inquieta, nerviosa, lo que tú quieras, pero no fatigada.

—¿Qué pasa, hija mía? ¡Acaba, por Dios! Mira que me tienes en angustia.

—¡Cálmate, mamá! —exclamó la ceguezuela, serenando a doña Dolores—. No es agradable lo que vas a oír, pero sábetete que no es cosa de tanta importancia como tú piensas... Es una desgracia, sin duda, pero no tal y de tanto interés...

—Ustedes me ocultan algo muy grave, hijas mías...

—No, mamacita... —interrumpió Margot dulcemente.

—Pues vamos, ve diciendo, ¿qué ha sucedido?

Doña Dolores miraba de hito en hito a las jóvenes, como ansiosa de leer en el rostro de ellas algo que le hiciera comprender de qué se trataba.

—¿Le ha sucedido algo a Juanito? —preguntó al fin.

—¡Dios nos libre de ello! —exclamó Elena entre contrariada y afligida.

—Alguna mala noticia de Eugenia... Sí; ya me imagino que han recibido otro mensaje de París...

—¡Ah! Sí; dice mi tío que le diga yo a usted que mi tía sigue muy mal... Pero no se trata de eso...

—Pues ¿de qué?...

—Mi tía está gravísima (así lo dice el mensaje)...

—¡Me estás engañando, Margot!

—No, mamá. Está de suma gravedad... Créame usted, yo leí el mensaje, y en la casa de mi tío tendrán fiesta mañana, y estarán de fiesta mañana y noche. Para el almuerzo estaremos en familia... En la noche recibirán a no sé cuántos personajes: secretarios de despacho, diplomáticos,⁵ banqueros..., ¡sepa Dios!

⁵ 1901-1902: *ministros extranjeros, por diplomáticos,*

—¡Y qué, hija mía! No es propio que tus tíos den comidas en estos momentos en que Eugenia se encuentra tan enferma, pero piensa que la enfermedad de tu tía es ya crónica, y que la infeliz va en camino de vivir moribunda años y años...

—¡No, mamá! Es que mi tía Eugenia...

—Se murió ya, ¿no es eso? Bien decía yo que me estabas engañando...

—Pero..., ¡mamá!

—¡A qué negarlo!

—¡No lo ocultes más, Margot! —dijo Elena—. Mamacita: desgraciadamente... ¡ya murió!

La buena señora, que un momento antes fingía haber comprendido que se le ocultaba la muerte de su cuñada, preguntó:

—Pero... ¿es cierto eso, o se lo suponen por lo⁶ que dice el último mensaje?

—¡Cierto es!⁷ —respondió Margarita, terminantemente.

Llenáronse de agua los ojos de doña Dolores, la cual, durante unos cuantos minutos, trató de dominar su dolor, y luego, sollozante y bañado en lágrimas el rostro, se levantó para caer en brazos de Margarita, que se apresuró a recibirla y la acarició amorosamente, sin decirle una sola palabra.

Elena enjugaba sus ojos echada hacia atrás en el sillón, conmovida por aquel noble y sincero dolor fraternal... Pero su pensamiento estaba muy distante de aquel sitio: recorría llanuras y bosques, ansiosa de descubrir entre un grupo de cazadores a un mancebo pálido y exangüe, jinete en un corcel de rapidísima carrera. Mas de pronto su imaginación condujo a Elena a una estación del Ferrocarril Central, en momentos en que llegaba un tren, del cual saltaba, con algunos⁸ amigos, muy guapo, muy elegante y muy enguantado, el mancebo perseguido a través de los campos por el pensamiento vivísimo de la enamorada ciega.

—¡Ay, Margarita! ¡Ay, hijas mías! No podía yo convencerme de esta desgracia. Mayor para mí que cuanto ustedes pueden suponer. Eugenia era mi única

⁶ 1901-1902: *eso por lo*

⁷ 1901-1902: *es por es!*

⁸ 1901-1902: *un grupo de por algunos*

esperanza. De seguro que a ella que es tan buena, que era tan buena, y más que a los empeños del doctor Fernández, debemos las bondades de Juan... Podéis estar seguros de ello... Al morir no se habrá olvidado de ustedes ni de mí... Algo me dijo Carmen respecto de⁹ eso. Pues bien, ni la idea de heredar, y cuenta que una herencia es, en estos momentos, para nosotras, dicha y felicidad, me consuela de esta pérdida. Ya saben ustedes cómo Ramón¹⁰ se opuso al casamiento de Eugenia; que esa boda fue causa de graves disgustos de familia..., y, sin embargo, Eugenia fue siempre la misma para conmigo. ¡Siempre buena, siempre cariñosa, siempre desprendida! En cambio Juan y Carmen, y sus hijos..., ¡qué diferencia! Porque no hay que hacerse ilusiones, no debemos hacérmolas... El carácter de Juan es tornadizo y desigual; Carmen, lo diré, es vanidosa... Si a veces me ha parecido que no tiene corazón...

—Pues oiga usted, mamá..., ¡y espántese usted! No se puede decir. Alfonso así nos lo ha recomendado. Mis tíos saben ya el fallecimiento de tía Eugenia, por lo menos tío Juan, y se lo calla, y lo oculta, y quiere tenerlo como un secreto de Estado... ¿Sabe usted por qué? Pues... ¡porque mañana es su día y tiene invitados, y no quiere malograr una comida en la cual tendrá a la mesa a todos esos señorones!...

—¡Pero es posible!

—¡Y vaya si lo es! ¡Como que delante de nosotras ha dado órdenes al mayordomo, a los criados y al cocinero!

—Pero, Margot, ten, por Dios, en cuenta que la invitación estaba hecha...

—Lena, ¡por la Virgen santísima!, ¡eso no es disculpa!...¹¹ Unas cuantas esquelas... ¡y todo estaba arreglado! Algún negocio querrá arreglar tío Juan en esa comida... ¡y eso es todo! Y, además, que luzca el comedor, que luzca el servicio de mesa... ¿No oíste decir que sacarán la vajilla de Sèvres...¹² y un servicio de plata? No, no tiene disculpa... Que no se ha muerto un desconocido,

⁹ 1901-1902: *a por de*

¹⁰ 1901-1902: *su padre por Ramón*

¹¹ 1901-1902: *disculpa... por disculpa!...*

¹² Sèvres es una ciudad francesa perteneciente al departamento Altos del Sena, en la región parisina, situada al centro-norte de Francia; es célebre por la calidad de su porcelana.

sino persona de su sangre, y persona a quien deben tanto, porque... ¿no es verdad, mamá, que a mi tía y a su esposo se lo deben todo? Y mañana... ¡a atracarse de trufas y a beber vinos exquisitos, mientras mi tía estará de cuerpo presente!

—Margot, no te conozco... —dijo Elena—. No te gusta hablar de los demás... y ahora estás haciendo lo que repruebas en otros, ¡en Concha Mijares... por ejemplo!

—¡Déjala! —exclamó doña Dolores.

—Y yo, mamá, no iré mañana a casa de mi tío.

—Tienes razón, hija mía.

—Pues debemos ir —replicó la ciega.

—No; no debemos ir, Lena.

—Sí; porque mi tía no sabe nada; solo saben esa desgracia Alfonso y María. Juan la sabrá esta noche, al llegar, si se la dicen.

—¡Para María, como si nada hubiera pasado! Alfonso sí ha dado muestras de pena, mamá —dijo Margarita.

—¡No muchas!

—¡Por Dios, Lena! Sí que las dio; como que en la cara le leímos María y yo que algo muy grave le tenía afligido.

—Tío quiere que vayamos mañana a comer con ellos... Dice que todo será en familia. Que de personas extrañas a esta solo irán dos: el doctor Fernández y don Cosme. En la noche sí estarán de manteles largos, pero a la comida no estamos invitadas.

—¡Tanto mejor! —interrumpió la dama—. No estamos para esas fiestas... Una comida de etiqueta exige...

—Ya lo creo, y me alegro de ello; pero eso no se dice ni se hace sentir así a quienes, como nosotras, no es ello vergonzoso, no estamos en condiciones de gastar en lujos, ¡y menos cuando apenas ayer hemos llegado! Eso que ha dicho mi tío me parece ofensivo...

—Pero... ¿qué dijo? —preguntó Elena interrumpiendo.

—¡Nada! Con toda claridad dijo que no debíamos ir; mejor dicho: que no nos invitaba a la comida porque era de etiqueta... ¿No me preguntó si Pablo y Juan tenían frac?

—Y no le tienen —dijo la señora—, que ni están para eso ni en ciudades chicas se tienen exigencias tales.

—¡Pues yo no iré mañana! No iremos.

—Irán, hijas mías, muy a mi pesar; irán porque... ¡es preciso! Yo soy la que no ha de ir. Me fingiré enferma... Eso ayudará a ustedes para regresar temprano...

—¡Pero, mamá! —respondió Margot.

—Irán —contestó doña Dolores en tono decisivo—. Evitemos un disgusto.

En aquellos momentos llamaron a la puerta. Filomena pasó por el corredor al oír la campanilla. A poco apareció en la puerta de la sala, trayendo un ramillete y un racimo de chochas:¹³

—Que el niño don Juan manda esto para la niña Elena.

—¿Qué cosa es? —exclamó regocijada la ceguezuela.

—*Agachonas*¹⁴ —dijo Margarita en tono de mal disimulada contrariedad.

Y la señora:

—¡Que muchas gracias!

¹³ *Chocha* o *becada*: 'Ave limícola del tamaño de una perdiz, de pico largo, recto y delgado, cabeza comprimida y plumaje pardo rojizo con manchas negras en las partes superiores y de color claro finamente listado en las inferiores, que vive con preferencia en terrenos sombríos, se alimenta de orugas y lombrices, y su carne es muy apreciada' (RAE 2014, s. v.).

¹⁴ *Agachona*: 'Ave acuática que abunda en las lagunas próximas a la ciudad de México' (RAE 2014, s. v.). Es muy probable que *chocha* y *agachona* designen la misma ave, que Juan habría cazado con sus amigos (*vid. supra.* cap. xxxv).

XLII

Doña Dolores, como lo había pensado, no fue a la casa de don Juan. Mandó a sus hijos y ella se disculpó en una cartita muy cariñosa, diciendo que estaba indispuesta; que acaso resentía el clima; que no estaba bien, y que prudentemente se abstenía de salir a la calle. Todos aceptaron la excusa y lamentaron la ausencia de la buena señora, cuya viveza de ingenio y cuyo trato jovial y fino eran del agrado de cuantos¹ la trataban.

Muy temerosa estaba Margarita de que sus primos y sus tíos sospecharan que otro era el motivo por el cual su mamá no había concurrido con ellas en la casa del capitalista. En esta se encontraron a don Cosme, al doctor Fernández y [a] un cierto clérigo italiano, dulzarrón y meloso, capellán diligente y enriquecido en una capillita, ruinosa aún, de alguna de las foranías del Distrito Federal. Labradito de cara —como dijo de él Filomena cuando le conoció—, aseado y pulcro, era acreditadísimo padre de almas entre las señoras de la aristocracia, a cuya munificente caridad debía bienestar y prosperidades, y a quienes sería deudor en poco tiempo de las sumas necesarias, no cortas por cierto, con que reedificaría aquella modesta iglesia de San Francisco de Sales, confiada a su apostólico celo y a su letra menuda por el arzobispo de México.

El padre Gioachino Grossi, comensal en muchas mesas de alto quirio,² gozaba fama de elocuente y deleitoso predicador. Listo, perspicaz, cauteloso e insinuante, era de trato dulcísimo, pero de pocas palabras cuando no hablaba desde la cátedra apostólica, y era de verle y oírle cuando en un estrado se soltaba

¹ 1901-1902: *quienes por cuantos*

² *Quirio*: 'Clase, categoría, jerarquía' (Salvá 1846, s. v.).

discurriendo de las más profundas cuestiones místicas: de la “discreción”; de las sequedades y arideces del espíritu próximo a gozar de la dulce visita del Amado, y cuando describía, en castellano correctísimo, la delicia inefable de las almas, repitiendo de la Abulense, maestra de maestras y guía segura para los predilectos del Señor.³

Margarita, haciendo fuerza a su carácter franco y sincero, enemigo del disimulo y del embuste, mostrábase inquieta por la salud de doña Dolores, y conversando con Alfonso, cerca de doña Carmen y del padre Grossi, pudo enterarse de que el piadoso varón estaba enterado del fallecimiento de Eugenia, y que él había aconsejado no comunicar a nadie la triste noticia, muy dolorosa, según decía, pero que debía quedar secreta durante una semana al menos, con el fin de que don Juan, quien le había consultado acerca de lo que debería de hacerse, no malograra la fiesta aquella, que traería a sus salones a tantos banqueros, a tantos políticos y tan prominentes diplomáticos.

—Esto es lo que aconseja la prudencia, señora —decíale a doña Carmen—, en materia de negocios no hay que perder tiempo; si eso del empréstito ha de hacerse, como el señor don Juan me ha dicho, no convenía dejarlo para más tarde, y después las exigencias del duelo no permitirían una reunión como la de esta noche, tan propicia para que don Juan inicie ese asunto. Ya le tengo dicho que Dios bendecirá esa operación, que será benéfica para el país, le dará a mi amigo crédito y ganancias, y... a este pobre pasionista⁴ algo para su iglesia de San Francisco de Sales. ¡Ya saben ustedes que Dios Nuestro Señor da ciento por uno!

—Sí, padre mío —respondióle la señora—, cuente usted con algo que le dará Juan, y con otro algo que le daré yo, si ese asunto tiene el resultado que todos nos prometemos. El ministro inglés nos prestará su apoyo; así se lo ha asegurado a Juan el licenciado Montenegro... Y... hablando de otro asunto: ya veremos de arreglar las honras fúnebres de Eugenia... Vaya usted pensando en ellas... Juan

³ Se refiere a santa Teresa, quien era originaria de Ávila, cuyo gentilicio es *abulense*.

⁴ *Pasionista*: ‘Integrante de la Congregación de la Pasión de Cristo, fundada en Italia en 1720’ (RAE 2014, s. v.).

y yo deseamos que el servicio sea solemne y suntuoso: en la Profesa, en Santa Brígida y, si fuere posible, en el templo del Sagrado Corazón.⁵

—Por razones de recogimiento y devoción, preferiría yo mis ruinas, mi humilde iglesia de San Francisco de Sales...

—Pero —observó doña Carmen—, como usted comprenderá, sería molestar demasiado a nuestros invitados...

—*Ecco, signora!* Comprendo, comprendo... Yo arreglaré todo. Por acá me tendrá usted uno de estos días y hablaremos del asunto.

Y volviéndose a don Juan, díjole dulcemente:

—Vamos..., dígame usted: ¿a cómo le han ofrecido a usted ayer las acciones de Cinco Señores?⁶

Siguieron hablando de negocios de minas. Margarita no oyó más, distraída por su primo, que le elogiaba calurosamente una novela de Ferdinand Fabre.⁷

Don Cosme y el doctor Fernández examinaban atentamente, en un álbum de Roma, una vista de la Basílica Vaticana. El canónigo se complacía en describir el

⁵ Sobre la Profesa y Santa Brígida, *vid. supra*, respectivamente, caps. I, nota 12, y xxx, nota 13. Por su parte, Sagrado Corazón fue el nombre que a fines del siglo XIX recibió la iglesia de San Francisco (ubicada en la actual Madero 7, esquina con Eje Central). Este templo se construyó en 1525, a un lado del convento homónimo. En 1861, a raíz de las Leyes de Reforma, los franciscanos que habitaban el convento fueron exclaustrados. La iglesia se cerró al culto y posteriormente fue desmantelada; en 1894, tras haber sido utilizada como templo protestante, fue adquirida nuevamente para restablecer el culto católico, bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús y la dirección de los jesuitas. No volvió a sus antiguos propietarios, los franciscanos, hasta la década de los cuarenta del siglo XX (Nieto 2012, pp. 15, 18 y 19).

⁶ De acuerdo con Pedro Ramírez Olvera, “la negociación minera de Cinco Señores” se constituyó el 12 de mayo de 1888 con tres minas: “Justicia, Joya, Nayalito y sus anexas, mismas que retribuyeron grandes ganancias entre sus accionistas a los dos años de haberse iniciado. Sus metales se beneficiaron en un inicio con el antiguo sistema de patio y fueron exportados a Estados Unidos” (2019, p. 93). Situada en el norte de Guanajuato, esta empresa fue considerada la más rica del Porfiriato: llegó a producir 18 millones de pesos. Su nombre se debe a que la formaron “cinco empresarios que fueron sumando capital y activos” (Sánchez Hernández 2016, p. 56).

⁷ El francés Ferdinand Fabre fue autor de una veintena de novelas, en las cuales retrató de forma recurrente la vida cotidiana de los sacerdotes rurales en su país. La primera de ellas, *Les Courbezou* (1862), le granjeó un éxito prácticamente inmediato a su publicación; la obra concitó los elogios de escritores como George Sand y Sainte-Beuve, así como la aclamación de la Academia Francesa. También famosas fueron *Le Chevrier* (1868), *L'Abbé Tigrane, candidat à la papauté* (1873), *Mon Oncle Célestin* (1881) y *Lucifer* (1884). Si bien no localicé traducciones decimonónicas de su obra en los acervos que pude revisar, es de suponer que este autor era leído en México; prueba de ello es la siguiente cita de Victoriano Salado Álvarez, tomada justamente de la “Máscara” que dedicó a Rafael Delgado: “Amado Nervo, que en su *Bachiller* nos pintó escenas dignas de la pluma de Ferdinand Fabre, en sus *Místicas* acertó, por excepción, con una nota honda y potente” (1903, p. 242).

maravilloso templo cuyas proporciones tenían asombrado a su discreto y piadoso amigo.

Allá en el fondo de la antesala, Juan y Elena conversaban en voz baja.

—¿Por qué no, Elenita? —repetía el mozo con acento apasionado—. Óyeme; que me oigas, te ruego. ¿Me acusas de que hago vida de disipación y de placer? Bien: confieso que no soy un santo. ¿Me acusas de que no gusto de la vida del hogar? ¿Comprendes,⁸ niña mía, que el hogar, para que nos sea grato, debe arder en amor?

—¿Qué mayores afectos que cuantos en el tuyo te brindan el amor de tus padres y el cariño de tus hermanos?

—Ese amor y ese cariño, Lena, son míos... Estoy seguro de ellos... Me es grata la casa de mis padres, pero mi juventud, ansiosa de agitación, de movimiento y de vida, no se aviene con la tranquilidad de la familia. Déjame ser así, o ámame, Elenita, como yo te amo. ¡Eres adorable!⁹ Lo que con¹⁰ otros fuera en ti motivo¹¹ para despertar melancólica y dulce amistad, es para mí fuente de amor profundo, ¡de pasión inmensa!...¹² Si pudieras verme, leerías en mi faz pálida¹³ ¡que te amo con toda el alma!

Una lágrima dolorosa cayó sobre las manos de la ciega, lágrima que por un instante tembló en las pestañas de aquellos soberbios ojos negros, limpios, hermosos y sedientos de luz.

—¿Quieres —prosiguió el pálido mancebo, inclinándose hacia su prima y bañándola en el aroma enervante del pañuelo que tenía en la mano—, quieres

⁸ 1901-1902 y 1903: *Comprendo*, por *¿Comprendes*, // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

⁹ 1901-1902: *Eres adorable*. por *¡Eres adorable!*

¹⁰ 1901-1902: *para* por *con*

¹¹ 1901-1902 incluye: *únicamente*

¹² 1901-1902: *inmensa...* por *inmensa!*...

¹³ 1901-1902: *rostro lo que no acierta a decirte mi voz trémula*, 1903: *voz trémula*: por *faz pálida* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas. Según se observa, en este párrafo hubo varias correcciones; por esa razón, el linotipista debió teclear nuevamente buena parte del texto. Es muy probable que al hacerlo haya omitido la frase *rostro lo que no acierta a decirte mi* debido a la repetición del posesivo “mi” que antecede a “rostro” y a “voz” (salto por *homoioteleuton* o de igual a igual). En la fe de erratas no se restituye el fragmento eliminado, pero se enmienda la falta de sentido: sería poco lógico leer una voz, a diferencia de lo que ocurriría con un rostro o faz.

que ame la tranquilidad de la vida doméstica, que huya de amigos, fiestas y cacerías? ¿Quieres tenerme siempre a tu lado? Pues... ¡di que me amas!¹⁴

—Juan... —murmuró la ceguezuela.

—Respóndeme... —repitió el joven en tono suplicante y dolorido.

—Si te dijera que te amo..., acaso no mentiría..., pero no me juzgarías bien.

—¡Elena! ¿Qué he de hacer?

—Esperar.

—¿Esperar?

—La esperanza es hija del amor y de la ilusión...

—Poética estás...

—Esperar.

—Elenita...

—Esperar.

—Esperaré.

En aquel momento llegaron Pablo y Ramoncillo.¹⁵

¹⁴ 1901-1902: *amas*. por *amas!*

¹⁵ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 22.

XLIII

Espléndido estuvo el banquete, al decir de María. El capitalista obsequió cumplidamente a sus invitados y desplegó en él inusitado lujo.

De tan brillante fiesta hablaron los periódicos, y hablaron como el caso merecía, como que buen cuidado tuvo don Juan de mandar a dos de los principales periódicos de información, y muy particularmente a *El Nacional*,¹ apuntes muy exactos: lista de los comensales, descripción de los salones, del comedor y de la mesa, el *menu*² y crónica del concierto, en el cual, según costumbre europea, cantaron y tocaron artistas de los teatros y varios profesores del Conservatorio.

Pero antes de que el concierto terminara, don Juan y su esposa, en momentos en que varios concurrentes los felicitaban por el éxito y los esplendores de aquella reunión, comunicaron a sus amigos que una mala noticia, recibida esa misma noche, los tenía tristes y apenados; la noticia llegada por telégrafo era de lo más dolorosa: Eugenia, la esposa del general Surville, estaba en peligro de muerte.

¹ *El Nacional* fue un periódico fundado en 1880 por Gonzalo A. Esteva; sus primeros redactores fueron escritores de la talla de Manuel Gutiérrez Nájera, Francisco Sosa y Anselmo de la Portilla. A partir de octubre de 1891, Esteva fue sustituido en la dirección por el periodista y político orizabeño Gregorio Aldasoro, quien estuvo al frente de la empresa hasta 1900. En las páginas de *El Nacional* aparecieron colaboraciones de Victoriano Agüeros (editor de Delgado), Trinidad Sánchez Santos (director de *El País*, diario en el que se publicó la cuarta y última novela del veracruzano), Rafael Ángel de la Peña, el propio Sosa y José López Portillo y Rojas (los tres miembros de la Academia y amigos de Delgado los dos últimos). Asimismo, el diario auspició la publicación del volumen *Cuentos mexicanos* (1898), en el cual se incluyeron narraciones de Rafael Delgado (*Amistad y El retrato del nene*) y de autores considerados modernistas, como Ciro B. Ceballos, Rubén M. Campos, José Juan Tablada y Bernardo Couto Castillo.

² La Academia no registró el vocablo *menú* en sus lexicones hasta 1925; en su lugar se prefería la palabra *minuta*. He respetado la ortografía original y las cursivas, pues en la época de Delgado la voz era galicismo crudo.

Corrió por los salones la noticia, languideció el entusiasmo, los tertulianos se apresuraron a manifestar a los anfitriones su condolencia, los profesores del Conservatorio tocaron un quinteto de Mozart y acabó la fiesta.

Don Juan, al despedir a sus invitados en la antesala, les decía:

—Agradezco de todo corazón tantas finezas. ¡Quiera Dios apartar de nosotros la desgracia que nos amenaza! No sería raro que dentro de pocos días invite a ustedes otra vez, pero no para una fiesta..., sino a un servicio fúnebre.

Doña Carmen repetía a sus amigas:

—¡No hay que desconfiar de la misericordia de Dios!

Cuando el capitalista se retiraba a descansar, dijo a su esposa:

—El asunto va por muy buen camino... El resultado será soberbio. Sabes que ese buen padre Grossi es muy listo... Me hizo algunas indicaciones; las encontré acertadas; seguirlas al pie de la letra, y el resultado ha sido excelente. Habrá que darle algo para su iglesia.

—A mí lo que no me agrada del padre Grossi es su dulzarronería... Me parece un hipócrita. ¿Has observado cómo exagera su piedad?

—¡Y cómo sabe sacar el dinero!

—¡Por Dios, Juan! Ya te vas pareciendo a Juanito... Ese muchacho es un deslenguado. Le reprendí esta mañana. No le cae en gracia el padre Grossi, y dice de él que es un explotador de la piedad de los ricos... Lo cierto es que su iglesia está muy bien atendida... y que la obra que va a emprender saldrá maravillosa...³

—El buen italiano es hombre de negocios. En una semana ha hecho, a mi sombra (direlo de paso), tres operaciones con papel de Cinco Señores, y ahora quiere lucrar con papel de La Asunción⁴ y de El Corazón de Jesús y Anexas. Téngole dicho que espere; que no recibiré informes verídicos, y que no se fíe de lo que le cuenten los ingenieros esos que estuvieron aquí ayer, ni tome por lo serio

³ 1901-1902: *a maravilla...* por *maravillosa...*

⁴ La Asunción y Anexas, compañía minera guanajuatense, fue una de las pocas empresas de este tipo que estuvieron siempre en poder de mexicanos. Esta firma tuvo gran fortaleza y siguió trabajando al menos hasta 1919 (Meyer Cosío 1998, p. 103 y 104).

a los *coyotes*,⁵ porque unos y otros son más listos que él, y cualquier día, si cede, perderá algunos miles de francos. Dejemos en paz al padre Grossi. ¿Cuándo nos daremos por sabidos del fallecimiento de Eugenia? ¿Qué opinas tú?

—Allá, a principios de julio...

—Temo que antes del 15 de julio lleguen las esquelas de Surville...

—Tienes razón... No había yo pensado en eso. Tampoco se le ocurrió esto al padre Grossi. Por cierto que ya le hablé del servicio fúnebre. Él querría que fuese en su iglesia... Convine con él que en San Francisco...⁶ Es un templo céntrico y elegante. En San Francisco o en Santa Brígida...

—Donde tú quieras... Pero me parece que el padre Grossi no las tiene bien con los jesuitas... Allá en Florencia, cuando publicó su librito acerca del papa y la Unidad Italiana, en la *Civiltà*...⁷ En fin, una polémica muy amarga... Creo que por eso emigró a México el excelente padre Grossi.

—Pero él es listo... y arreglará todo.

—¿Y no invitamos al doctor Fernández? Me parece... Tienes razón.

—Mira: que el padre Grossi arregle el servicio en la Profesa y que el doctor Fernández sea quien cante la misa...

—Está bien... Pero... ¿cuándo?

—El día 2 daremos la noticia, y el servicio será tres o cuatro días después, ¿no te parece?

—Mañana telegrafiaré a Surville...

—Dile que te remita las esquelas, que tú, aquí, cuidarás de que sean distribuidas... Vienen, se hacen otras y se muda la fecha...

⁵ *Coyote*: 'Intermediario, en general, en toda clase de transacciones, operando por comisión o porcentaje, o participación' (Santamaría 2005, s. v.).

⁶ Sobre este templo, *vid. supra*, cap. XLII, nota 5.

⁷ *La Civiltà Cattolica* es una de las más antiguas publicaciones periódicas italianas; fue creada en Nápoles en 1850 por un exiguo grupo de jesuitas que junto con el papa Pío IX habían huido de la revolución romana de 1848. "Buscando los medios para combatir a los enemigos de la Iglesia —explica Jean Meyer—, conscientes de la importancia de la prensa, [sus fundadores] optaron, después de mucha discusión, por una revista bimensual de cierto nivel intelectual, dedicada a las cuestiones religiosas y a la actualidad política" (2011, p. 15). Ultramontana, intransigente y de combate, esta publicación defendió el poder temporal del papa y se opuso a toda conciliación con el Estado italiano; sin ser oficial, contaba con el beneplácito de la Santa Sede y tuvo en su primer año alrededor de siete mil suscriptores, lo que pronto la convirtió en un referente para amigos y adversarios (p. 17).

—Conformes... Tengo ansia de saber cómo testó Eugenia...

—Pronto lo sabrás... Ya conoces a Augusto...

—Me tiene triste la muerte de Eugenia. ¡Fue siempre tan buena y tan cariñosa conmigo!

—A mí lo mismo... Pero ¡qué se ha de hacer!

—¿No temes que Dolores y las muchachas estén quejosas de nosotros porque no vinieron a la fiesta?

—¡Adiós!⁸ ¿Por qué?

—Yo no quise invitarlas... porque las pobres, lo mismo que los chicos, no tienen trajes apropiados. Ya veremos cómo se enmienda esto... Habrían sido una nota discordante.

—Yo creo que no habrían venido. Tú estuviste imprudente... Casi dijiste que no vinieran...

—Y si aceptan y vienen...

—Es verdad.

—Mañana iré a verlas Juan. Mandaré a Alfonso y a María... Me interesan esas pobres muchachas; particularmente Elena.

—Ahora heredarán...

—No será⁹ mucho que digamos, y eso si Eugenia no varió de resolución...

—Ya lo sabremos...

—Y... ¡hasta mañana! Mejor dicho, ¡hasta luego!

—¿Oíste? Las dos de la mañana.

Y don Juan se retiró a su alcoba.

⁸ 1901-1902: *¡A dios!* por *¡Adiós!*

⁹ 1901-1902: *es por será*

XLIV

En casa de don Juan hizo conocimiento el padre Grossi con la familia de doña Dolores y al otro día el dulce italiano se presentó de visita, a eso de las once.

—¡Ave María Purísima! —exclamó beatíficamente al entrar—. Señora mía... Señoritas... Aquí tienen ustedes a este pobre clérigo que viene humildemente a presentarles sus respetos y a ofrecerles sus servicios...

El padre Grossi fue muy bien recibido.

—¡Vaya! ¡Vaya! —exclamaba—. Tenéis una bonita casa... Bien se conoce que en ella anduvo cuidadoso el celo amable de mi amigo don Juan. Yo le vi, yo le vi muchas veces, que venía a ver si la obra marchaba, ansioso de verla terminada, y más ansioso aún de que llegaran ustedes... ¡Buena persona es mi señor don Juan! Es un hombre singular. Yo le quiero y le estimo en cuanto vale... Y... ¡vale mucho, mucho! Observo en él cierta dualidad de carácter, aquella de que hablan unos paisanos míos, no recuerdo si Machiavelli en su *Discurso sobre Tito Livio* o Ficino; cierta dualidad que me llena de admiración.¹ En don Juan hay dos hombres, *capite*? El uno: el comerciante, el hombre de negocios, con algo, mucho, de anglosajón, o de aquellos mercaderes del tiempo de Lorenzo el Magnífico. El otro: el cristiano, el piadoso, el perfecto católico. En él superabundan desprendimiento y liberalidad: de ello darán testimonio ustedes mismas, como lo

¹ En sus *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, libro publicado póstumamente, Nicolás Maquiavelo se preocupó “por restaurar en Italia las virtudes que hicieron la grandeza del pueblo romano”, cuyo glorioso pasado tomó como modelo (Villoro 1991, pp. 124-125). Más que una dualidad de la naturaleza humana, Maquiavelo asumió en su obra el principio de que el hombre es fundamentalmente egoísta y se guía por su interés particular (p. 129). En cuanto al renacentista Marsilio Ficino, autor de varios títulos, una de sus tesis fundamentales consiste en que “el hombre es un ser dual, formado por el cuerpo, que es mortal, y por el alma (o mente) que no lo es” (Nathan 1984, p. 268).

dan tantas y tantas obras piadosas por él favorecidas; los jóvenes levitas que le deben carrera; el seminario ese que, en muy buena parte, está sostenido por él, y como habrá de serlo mi pobre iglesia de San Francisco de Sales.

Las señoritas le escuchaban atentamente. Doña Dolores murmuró una palabra en elogio de su cuñado.

—Y, por Dios, hijas mías —prosiguió, dirigiéndose a Margarita—, que venís a tiempo, y que me prestaréis ayuda eficaz, en bien de mi ermita... Nuestro Señor os pagará con creces vuestros afanes. ¡Ya sé yo, ya sé yo —dijo en tono insinuante y cariñoso— cómo allá en Pluviosilla erais colaboradoras muy eficaces de los capellanes de una iglesia, y cómo los diligentes hijos de san Ignacio os deben mucho!... Hijas mías: mi orden es más modesta; una congregación de humildes misioneros destinados por la Divina Providencia a la salvación de los humildes y de los menesterosos... Nosotros no somos soldados, ni tenemos generales, ni acumulamos pabellones... No somos más que las abejas de las colmenas del Señor, consagrados también a meditar en su pasión cruenta. Vengo a pedir os ayuda... No de dinero, que bien sé que sois pobres, por más que el óbolo de la viuda valga² tanto a los ojos del Salvador como las dracmas del potentado, el cual daba seis veces más que la otra.³ No; no me daréis dinero, pero me ayudaréis a pedirle...

—Pero, señor... —interrumpióle Margarita.

—Hija: ¿me contestas con “peros”...? —respondió el padre Grossi afablemente.

—No le gusta a mi mamá que pidamos... Ni allá en Pluviosilla, donde éramos conocidas de todos... No le gusta eso... ¿No es verdad, mamá?

Doña Dolores contestó con un movimiento de cabeza, afirmativamente.

—¿Ya lo ve usted? Aquí nadie nos conoce... Acabamos de llegar.

² 1901-1902: *vale por valga*

³ Se alude a un pasaje bíblico conocido como “La ofrenda (o el óbolo) de la viuda” (Lucas 21, 1-4); en él, Jesús observó que mientras los demás ofrecían a Dios lo que les sobraba, la viuda, que solo pudo aportar dos monedas, había dado más que todos, pues “de su pobreza echó todo el sustento que tenía” (cito por la versión Reina Valera revisada, 1977). Recuérdese que el óbolo era una moneda de plata de la antigua Grecia que valía la sexta parte de una dracma (RAE 2014, s. v.).

—¡Sea por Dios! Mira, hija: deseo organizar una junta de señoritas piadosas, así como vosotras; de buenas y activas muchachas, que colecten donativos para mi obra... Cuento ya con muchas..., y de lo mejor y de lo más distinguido de Tacubaya... De manera que iréis en buena compañía... ¡Las buenas compañías, hijas! ¡Las buenas compañías! ¡Si supierais cuán útiles suelen ser tanto para la salvación del alma como para los intereses temporales! Más de una joven modesta y olvidada de⁴ la Fortuna se ha colocado brillantemente merced a sus amigas de alta clase... Se estrechan las relaciones, hay hermanos que son buenos partidos para una joven y..., como Dios guía a los hombres por los caminos más ocultos..., el resultado ha sido la formación de nuevos y piadosos hogares.

Doña Dolores permaneció seria y silenciosa; Margot hizo un gesto de disgusto. Elena fue la que, colérica e irreflexiva, contestó:

—Será..., ¡pero si nosotras no estamos deseando encontrar buenos partidos!

Intervino la madre:

—No, padre: no me gusta, ni a mi marido le gustaba, que estas niñas pidieran... Ellas ayudarán a usted de otra manera... y lo harán con sumo gusto.

—¡Preocupaciones, hija! Ya verás cómo mi amigo don Juan las persuade... Además, deseo organizar una hermandad de niñas devotas, de la cual espero obtener frutos copiosos de vida eterna... Y otra de muchachos, de jóvenes religiosos. Los jóvenes religiosos han sido los mirlos blancos...⁵ Cuento con estas señoritas, y cuento con los jóvenes. ¡Unas y otros tendrán en este pobre clérigo un cariñoso capellán, lo mismo que usted, mi excelente señora!

—Con mucho gusto, padre, con mucho gusto... Tanto estas niñas como los muchachos tienen confesor... El padre Cangas..., de Santa Brígida, a quien los recomendó desde Pluviosilla el padre Anticelli...

—¡Dos varones insignes! —respondió el padre Grossi—. El uno, buen director de almas; el otro, un erudito.

Y variando de asunto, siguió diciendo:

—¿Estáis contentas aquí? Sí; la casa es bonita... Me place...

⁴ 1901-1902: *por por de*

⁵ *Mirlo blanco*: 'Persona de rareza extraordinaria' (RAE 2014, s. v. "mirlo").

Y sacó del bolsillo una cajita, dentro de la cual había a granel muchas medallas de cobre.

—Tomad —dijo, distribuyendo—, para usted, señora; para vosotras; para esos mozos.

En aquellos momentos se presentó Juan.

Saludó con respeto a su tía y al clérigo, y cariñosamente a sus primas.

—Aquí me tenéis... Vengo a pasar el día con vosotras.

—Bienvenido, muchacho.

—Gracias, tía. Alfonso vendrá más tarde, con Pablo, cuando mi señor primo salga del escritorio... Y esta tarde nos iremos de paseo. Ordené que me mandaran el coche. Mamá y María no saldrán. Quieren descansar... Figúrense ustedes que aquello se acabó a las dos de la mañana. Mucho sentimos todos que no hubieran ido ustedes...

—Vienes cuando yo me voy... —dijo el padre Grossi—. Es hora de refectorio...

—¡Comerá usted con nosotros, padre! —dijo la señora.

—Gracias. ¡Adiós! Espero a estas niñas el domingo a las diez... Tendremos la primera junta ese día. ¡Dios nos ayudará! Esos muchachos, que vayan cualquier día. El arreglo de la hermandad esa todavía está en proyecto... Nadie se mueva... Yo conozco el camino.

La señora acompañó al padre Grossi hasta el corredor.

XLV

Desde ese día, a menos que las señoritas estuvieran en México, lo cual no era frecuente, Juan y Alfonso se pasaban las tardes en casa de sus primas.

Mientras Juan y Elena conversaban en el balcón, Alfonso y Margarita charlaban en la sala. Doña Dolores iba y venía, o hacía labor en la pieza inmediata.

Solían ir de paseo: a la Alameda o a Chapultepec, ya con la señora, ya acompañados de Ramoncillo.

¡Qué de veces la lluvia veraniega los obligó a salir del bosque para ir de carrera al coche, o a tomar el tranvía! ¡Cuántas otras no regresaban hasta entrada la noche, a la hora en que los guardas iban a cerrar las puertas del famoso parque!

Alfonso no se había atrevido a decir amores a Margarita, pero sin duda alguna que en una y en otro estaba encendida la chispa. Margot distinguía y prefería a su buen primo; encantábale la elegancia del mozo, no menos que su melancólica displicencia, y le interesaba la tristeza de aquella alma que parecía como entenebrecida por un desengaño, cuando el corazón abre sus primeras rosas al vientecillo plácido y embalsamado de las¹ más puras ilusiones. Era inteligente el mancebo, y no solo inteligente, sino culto: hablaba inglés, francés e italiano; seguía con empeño el movimiento literario de Francia; se sabía de memoria versos de Lamartine, de Musset, de Hugo, de Verlaine, de Baudelaire y de todos los poetas de la última generación;² sabíase los muy bien, y los recitaba con acento

¹ 1901-1902 y 1903 no incluyen: *las* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

² De las lecturas de Alfonso y su conocimiento del movimiento literario francés me ocupó en la primera parte del tercer capítulo del “Estudio introductorio”.

netamente francés, y por modo muy elegante y artístico, como que había recibido lecciones de lectura de Coquelin, de quien había sido predilecto discípulo.³

Alfonso no tenía la verba abundantísima de su hermano, ni la audacia de este para pensar y discurrir; el fondo de su carácter era serio, y a pesar de haber sido en París, durante algunos años, verdadera flor de asfalto, conservaba cierta frescura de sentimientos, muy en armonía con su manera de vivir y de pensar. Traído y llevado por el tempestuoso mundo de los placeres parisienses, no había corrompido su corazón en él. No era un alma sana, pero de fijo que no era un ser corrompido.

En ideas y sentimientos convenían los primos, y ya en el piano, ya en el bosque, aquellos dos corazones palpitaban al unísono.

Margarita amaba a Alfonso, pero cualquier observador perspicaz habría comprendido a poco que en el afecto de la blonda señorita había algo de cariñosa compasión; algo como el anhelo de hacer que aquella existencia entristecida recobrarla la juvenil e ingenua alegría⁴ que desengaños y desilusiones le habían arrebatado. Deseaba Margot que su primo fuera franco; que alguna vez le confiara aquella historia que tan prematuramente le había quitado, con la regocijada alegría de los veinte años, el anhelo de amar y ser amado. Pero Alfonso no tocaba nunca ese punto, y vanos fueron los ardides de la⁵ rubia señorita para que su primo depositara en ella su confianza.

A su vez el mancebo estaba prendado de su prima. Cautivábanle la hermosura y el ingenio de Margarita; le seducían su talento y su natural y modesta expedición, y le tenían rendido la gallardía y la singular belleza de la joven. Y se decía: “¿Amo a Margarita? Tal vez. Pero si yo le digo que en el fondo de mi corazón tengo para ella un afecto, un cariño que no es el de un pariente, no puede dar crédito a mis

³ Benoît-Constant Coquelin *Aîné* (llamado así para distinguirlo de su hermano menor, conocido como Coquelin *Cadet*) fue un destacado actor francés que gozó de gran fama tanto en su país como en el resto de Europa e incluso en América. Fue miembro de la Comédie Française y fundador de su propia compañía teatral, con la cual viajó a México en un par de ocasiones (enero de 1889 y marzo-abril de 1894; cf. Olavarría 1895, vol. 4, pp. 74 y 379-380). Escribió varios tratados sobre el arte de la actuación; entre ellos *L'Art et le comédien* (1880), *Les Comédiens, par un comédien* (1883), *L'Art de dire le monologue* (1884), en coautoría con su hermano, y *L'Art du comédien* (1894); en *infra*, cap. LVII, hay una referencia indeterminada a uno de ellos.

⁴ 1901-1902 y 1903 no incluyen: *alegría* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

⁵ 1901-1902: *su por la*

dichos porque sabe muy bien, ¡vaya si se lo tiene bien sabido!, que tempranos y crueles desengaños me amargaron la vida. Ella es discreta, muy lista, muy lista, de sentimientos exquisitos, delicada como una sensitiva, y ni puede ni debe dar oído a mi amor...”.

Y así pasaban los días, y de aquel amor eran intérpretes por ambos lados Chopin y Saint Saëns, Mendelssohn y Gounod. A veces en labios del mozo hablaban Coppée y Gautier...

Cierta tarde, precisamente el día en que don Juan comunicó a sus amigos, en elegantísimas esquelas redactadas en francés, el fallecimiento de Eugenia, iban Margarita y su primo en el bosque, a lo largo de una larga calle de abetos. El sol se ponía dulcemente, y al morir doraba el firmamento y las lomas, y las arboledas últimas del parque se destacaban sobre un fondo gualda. Ni Margarita ni Alfonso hablaban, absortos ante la hermosura del paisaje.

El mancebo rompió el silencio, diciendo, con cierta entonación melancólica, delatora de secreta añoranza, los primeros versos del célebre e incomparable soneto de Arvers:

*Mon âme a son secret, ma vie a son mystère:
un amour éternel dans un moment conçu...*⁶

⁶ “Mi alma tiene su secreto, mi vida tiene su misterio: / un amor eterno en un momento imaginado”. Estos versos (cuya traducción es mía) son de la autoría del poeta y dramaturgo francés Félix Arvers, quien debió su fama al poema citado, pese a haber escrito otros sonetos y algunas piezas teatrales. Incluido originalmente en el recuento juvenil *Mes heures perdues* (1833), el poema en cuestión —que se conoce como “el soneto de Arvers”— se reprodujo en numerosas ocasiones. Por ejemplo, en la edición ilustrada de *El Tiempo* del 6 de enero de 1894 (t. III, núm. 129, p. 6) se publicó en francés, acompañado de su versión castellana, obra del colombiano Enrique W. Fernández. La traducción es la siguiente: “Tumba es mi pecho de profundo arcano, / de eterno amor que es hijo de un momento / y exasperado y sin cesar sediento, / es mudo ante su dueño soberano. / Si paso ante ella, me sonrojo en vano, / la busco y más mi soledad aumento, / y meses y años correrán sin cuento, / y nada pido ni agradezco ufano... / Ella, aunque dulce y generosa y tierna, / pasa de largo, indiferente y sorda, / sorda al clamor de mi pasión eterna... / Y así dirá la que jamás desborda, / viendo este canto de ella rebosante: / ‘¡Oh! ¿Quién es esta?’... ¡y seguirá ignorante!”. Respecto de la dedicatoria, tal como explica abajo Alfonso, se ha atribuido a Adèle Hugo, esposa del autor de *Los miserables*, así como a Marie Mennessier-Nodier, hija del escritor francés Charles Nodier, aunque al parecer hay acuerdo en considerar que esta última fue la destinataria del homenaje del poeta.

—¡Lindos versos! —exclamó Margarita apoyándose dulcemente en el brazo de su primo—. ¿De quién son? ¿Tuyos?

—¡Ojalá! De Arvers..., un poeta cuya gloria perdura en este soneto, en catorce versos de expresión apasionada y dulce... Dicen que fueron dedicados a la hija de Nodier o a *madame* Victor Hugo... Alguien ha dicho que este soneto es una lágrima caída de los ojos de un poeta en momentos de inspiración... y luego... convertida en perla.

—¿Lo sabes todo?

—Sí.

—Recítalo.

Detúvose Alfonso y, con acento enamorado y triste, murmuró dulcemente, casi al oído de su compañera, el inolvidable poema.

—Vuelve a decirle.⁷

El mozo repitió el soneto con voz trémula y profundamente apasionada.

Al terminar la recitación, Alfonso miró fijamente a su prima... Esta bajó el rostro y siguió andando. De pronto se detuvo...

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Ese soneto... parece que, en cierto modo, es un eco de tu corazón...

Inmutose Alfonso.

—¿Por qué dices eso, Margot?

—Porque sí.

Y siguieron avanzando silenciosamente...

Al fin habló Margarita.

—Sí, ¿no es verdad que en tu corazón hay un secreto y en tu alma un misterio... que entristecen tu corazón?...

Alfonso no respondió.

—Vamos, señor mío... ¿No merece Margot el favor de esa confianza? Cuéntame esa novela... ¿Novela? No; ese poema triste.

⁷ 1901-1902: *decirlo*. por *decirle*.

—Pues oye, prima mía.⁸

⁸ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 23.

XLVI

—Primita mía, escucha mi novela.

—¿Es muy interesante?

—Tú dirás.

—¿Es alegre?

—Creo que no.

—¿Triste?

—Parece serlo.

—¿Realista?

—Sí, y de buena cepa... Más bien, romántica.

—¿Romántica y realista?

—No son términos antitéticos.

—Señor mío: cualquiera diría que, convertido en crítico, pontificas en la más grave de las revistas inglesas.

—¡Margot!...

—Sentémonos aquí, en este tronco, de cara al sol que muere, bajo estos árboles vetustos; que bien merece la triste historia de ese amor... desdichado, el ser contada en este sitio melancólico, ante los esplendores del occiduo sol.

—¿Poetizas, soñadora?

—¡A crítico profundo..., altísimo poeta!

Sonreía la blonda señorita, sonreía maliciosamente, mientras su compañero callaba entristecido.

Sentose la joven en un tronco cortado a cercén y Alfonso en otro, cercano, tendido a la vera del camino.

Esperaba Margarita que su primo diera principio a la narración, pero este, echado el sombrero hacia atrás y apoyados los codos sobre las rodillas, jugaba con los guantes, cabizbajo y mudo...

—Habla —dijo Margot.

—Temo que te burles de mis tristezas y de mi... novela.

—¡Habla, Alfonso! Yo te lo ruego...

—Puesto que tú lo deseas, oye: era lindísima, encantadora...

—Así lo creo... Vi su retrato el otro día. Me le¹ enseñó María.

—La conocí en Niza, durante una temporada que pasamos allí con mi tía Eugenia... La conocí en un combate de flores... Su coche fue el premiado.² Me cautivó la soberbia hermosura de aquella mujer que atraía las miradas y la admiración de todos. Dos días después vino a la casa de mis tíos, a una comida que ellos ofrecían a sus amigos para celebrar no sé qué aniversario... Fui presentado; la llevé a la mesa, y desde esa noche...

—Entiendo. Fueron amigos... y te enamoraste locamente.

—Ruth se llama... Su padre es muy rico... Es un banquero judío residente en Burdeos.

—¿Y pensaste en casarte con una judía? ¡Por Dios, primo! Me alegro del fin de esos amores...

—No tendría eso nada de particular... En Francia, en toda Europa, hay matrimonios de esos todos los días... La más alta nobleza de Francia, la más antigua, no tiene escrúpulo para esos enlaces...

—Por el dinero...

—Te encuentro antisemita...

¹ 1901-1902: *lo por le*

² El combate o batalla de flores es una celebración que tiene lugar en varias ciudades europeas, como París, Londres y Niza. En esta última se lleva a cabo en el marco del carnaval desde 1876 y consiste en un desfile y concurso de carros adornados, cuyos ocupantes arrojan proyectiles florales a los espectadores. De acuerdo con la sección editorial de *El Municipio Libre* del 15 de abril de 1890 (t. xvi, núm. 87, p. 1), el ayuntamiento de la Ciudad de México aprobó ese año el “gasto necesario” para establecer dicha fiesta en nuestro país, la cual, se esperaba, fundaría “para el porvenir la más alegre y divertida de nuestras reuniones populares”. La primera edición se verificó el domingo 27 de abril de 1890.

—Y yo te encuentro... ¡judaizante!³ Además, nosotros no somos nobles... ¿Recuerdas aquello, precisamente del libro de Ruth..., “tu Dios será mi Dios, tu pueblo será mi pueblo”?⁴ La religión es todo para el cristiano...

—Para mí la religión... No soy irreligioso... No encuentro en la religión, como algunos, motivo para halagar mi vanidad y dar suelta y empuje a mis altiveces... Odio a las gentes gazmoñas... Creo porque amo... Amo porque creo. No soy, como mi hermano Juan, indiferente a cosas tan altas... Juan, más que indiferente, es descreído... Creo firmemente en la fe de mis padres; soy católico; lo soy por educación y por convicción; pero ciertas prácticas y ciertas preocupaciones no se avienen con mi carácter ni con mi manera de ser y de sentir. Advierto que aquí las prácticas religiosas tienen mucho de hábito, de costumbre;⁵ me parece que falta en las personas más piadosas la verdadera ilustración católica. Dime: ¿qué motivo hay para reprobarnos un enlace por disparidad de culto?

—¡Primo mío, primo mío! Es necesario ilustrar a usted. Toda la ilustración católica está en el catecismo... Sí; me felicito de que esos amores se hayan malogrado... Vamos a la novela.

—A ella voy.

—Ruth..., ¡bonito nombre!, no te quiso.⁶

—Era una niña frívola..., pero ¡tan hermosa!

—Te engañó.

—Sí. Mis padres aprobaban mi elección.

—Naturalmente.

—¿Por qué dices eso, Margarita?

—Naturalmente: era joven, bella, elegante, distinguida, de exquisita educación..., millonaria, ¿no es verdad?

—Sí; pero tú lo dices por lo último...

³ 1901-1902: *judaizante*. por *judaizante!*

⁴ La cita proviene del libro de Rut 1, 16. El versículo reza: “Respondió Rut: No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque adondequiera que tú vayas, iré yo, y dondequiera que vivas, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios” (cito por la versión Reina Valera revisada, 1977).

⁵ 1901-1902: *costumbres*; por *costumbre*;

⁶ 1901-1902: *quiso!* por *quiso*.

—¡A qué negarlo!

—El padre de Ruth no se oponía a nuestro enlace.

—¡Tanto mejor! Pero un día...

—Un día, sí, aquel idilio...

—Hebreo..., ¿no es así?

—¡Margot!...

—Aquel idilio aristocrático, flor espléndida de la *high life* francesa, se convirtió en tragedia.

—Un agregado de embajada, un joven inglés de hermosa presencia, con riquezas en la India y castillos en Escocia, vino y...

—Y todo acabó, ¿no es eso?

—Sí.

—No sigas. Te ahorraré los comentarios... ¡Vámonos!

Margarita se levantó, levantose Alfonso, y siguieron hacia el fondo del bosque, por donde iban Juan, Elena y Ramón seguidos del carruaje.

—Pues ahora, primo mío, vas a escucharme... Celebro tu desgracia. ¿Por qué? Por lo que ya he dicho, y porque tu alma dulce y bondadosa necesita de algo más que de una heredera judía, bella, elegante y opulenta. O mucho me engaño, o para ser feliz lo que te conviene es una... cristiana, sencilla, modesta, cariñosa, que viva para ti, ajena a las vanidades de la sociedad opulenta en que has vivido. ¡Si creo que en ese mundo te han envenenado el alma y te han marchitado el corazón! Alfonso, aleja de ti los recuerdos de esa mujer. Olvida ese desengaño... ¿Quién no lleva en el fondo del corazón tristes memorias de una dicha malograda! Vive para ser dichoso. ¿Qué te falta para conseguirlo? ¡Nada! Quererlo. Tu corazón, ahora mustio y sin aliento, volverá a amar... Pero óyelo bien, óyelo, Alfonso: mira en quién pones tu amor y en quién fijas tus afectos. Eres demasiado romántico... Primo: ni novelas lamartinianas ni novelas de Zola...⁷ La vida no es

⁷ Para Delgado, Lamartine había sido "uno de los más grandes poetas franceses" (1904b, p. 16). Es posible afirmar que este autor, a juicio del veracruzano, era sinónimo de romanticismo, tal como puede verse en el siguiente pasaje de *Angelina*: "Ahora vivo la vida prosaica de quien no fía en humanos afectos, de quien llama las cosas por sus nombres, de quien solo gusta de la poesía en teatros y academias, y no quiere que el mundo y la sociedad sean como los pintaban *los novelistas de antaño, los soñadores lamartinianos, los grandes ingenios de la legión romántica*"

perfectamente buena ni perfectamente mala... Si crees porque amas y si amas porque crees, ajusta tu vida a lo que te ofrecen esos dos ideales. Dios mandará a tu alma benéfica⁸ lluvia de santos afectos, y tu corazón, ahora mustio, volverá a florecer, como esas plantas que tienes delante, cuando pase el invierno. ¡No me gusta tu novela!...⁹ ¡No me gusta esa tu literatura poética, no me gusta! Procure el novelista que en la segunda parte de su libro haya más sencillez y...¹⁰ más acierto.

—¡Eres cruel conmigo, Margarita!

—Acaso.¹¹ ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—¡Porque te quiero mucho, Alfonso!

(1895, cap. XVI, p. 156; las cursivas son mías). En contraste, Zola representaría la escuela extrema del realismo, según lo definió Francisco Sosa en el prólogo a los *Cuentos y notas* de Delgado (cf. Sosa 1902, p. XXIV). La síntesis estética propugnada por Margarita y procurada por el autor de *Los parientes ricos* vendría a ser, pues, el justo medio entre el idealismo lamartiniano y el naturalismo a la Zola. Acerca de Lamartine, *vid.*, asimismo, *infra*, cap. LXIV, nota 7; sobre Zola y la propuesta estética de Delgado, *vid.* la segunda parte del tercer capítulo del “Estudio preliminar”.

⁸ 1901-1902 no incluye: *benéfica*

⁹ 1901-1902: *No me gusta tu novela...* por *¡No me gusta tu novela!...*

¹⁰ 1901-1902: y por y...

¹¹ 1901-1902: *Sí, acaso.* por *Acaso.*

XLVII

Ese mismo día principió el duelo en la casa de Collantes. Se distribuyeron esquelas; fueron cerrados los balcones; quedaron entornadas las puertas del despacho, y sobre la clave del¹ portón colocaron los criados un gran moño negro.

Desde ese día lucieron² cocheros y lacayos correcta y elegantísima librea de luto, y doña Carmen, en la³ antesala, y don Juan, en esta y en el escritorio, se mostraron de lo más tristes y apenados por la inesperada pérdida de aquella hermana tan querida.

Acudieron a la casa secretarios del despacho, diplomáticos, banqueros, periodistas y cuantos amigos tenía nuestro don Juan.

—¡Quién pensara —decía el padre Grossi, en medio de un gran círculo de personas, hablando dulcemente con uno de los próceres más opulentos de la ciudad metropolitana—, quién creyera que a la brillante fiesta del día 24 sucedieran estos penosos días de dolor y de duelo! ¡La muerte, amigo mío! ¡La muerte que acecha nuestros pasos, como ladrón furtivo! ¡Hay que estar alerta, porque no sabemos en qué día ni a qué hora llegará el Hijo del Hombre! ¡La idea de la muerte no debe apartarse nunca de nuestra mente, señor mío!...⁴ Preciso es vivir prevenidos, dispuestos a emprender ese largo viaje, del cual no regresan nunca los viajeros. ¡Hay que sembrar, hay que sembrar virtudes y caridad para recoger opimos frutos de salvación! No conocí a la generala, pero me dicen todos

¹ 1901-1902: *todo, en el por la clave del*

² 1901-1902 incluye: *los*

³ 1901-1902: *su por la*

⁴ 1901-1902: *mío... por mío!...*

que *madame* Surville era un ángel de bondad y de dulzura, ¡un tesoro de piedad!... ¡Ya habrá recibido en el Cielo la merecida corona!

Multiplicábanse los amigos en aquel palacete, y en la portería llovían tarjetas y cartas; los días aquellos fueron para María por extremo fastidiosos, lo mismo que para Juan y para Alfonso; pero estos, que no estaban obligados a permanecer en la casa, se pasaban las horas en su casa, de charla con sus primas.⁵

Doña Dolores y sus hijas vistieron luto, y se disponían a encerrarse durante nueve días, hasta que pasara el servicio fúnebre, que fue dispuesto y organizado en la Profesa, como era del caso, por el excelente padre Grossi, quien no solo arregló lo referente al túmulo y a la misa, sino que se entendió con el maestro Campa para lo relativo a la parte musical.⁶

—*Mio caro maestro!* —exclamaba el clérigo, hablando con el talentoso compositor—. *Mio caro artista!* ¡Música doliente, que arranque lágrimas, que avive nuestra fe, que encienda en caridad nuestros corazones y que nos hable de las eternas esperanzas!

El italiano pedía música italiana y recomendaba no sé qué autores, pero el discreto compositor supo conseguir, no sin trabajo, que se le dejara en absoluta libertad respecto a tal punto. Él⁷ respondería del éxito, acerca del cual las personas inteligentes quedarían satisfechas.

Arreglados estos asuntos, el padre Grossi, cuyas aptitudes decoradoras eran patentes, dedicose a dirigir y vigilar la construcción del túmulo, para lo cual solicitó la cooperación de Pina.⁸ Tuvieronse a la vista muchas fotografías de San Pedro

⁵ Recuérdese que Juan y Alfonso habitaban en un departamento ubicado en el entresuelo de la residencia de los Collantes (*vid. supra*, caps. xxxix y xl).

⁶ Gustavo E. Campa fue un famoso compositor originario de la Ciudad de México. Estudió en el Conservatorio Nacional y, junto con Ricardo Castro y Felipe Villanueva, fundó un Instituto Musical. Admirador de Wagner, Saint-Saëns y Massenet, se le considera el creador del estilo francés en la música mexicana.

⁷ 1901-1902: *punto*, por *punto*. *Él*

⁸ El pintor académico José Salomé Pina, discípulo de Pelegrín Clavé, se formó en Europa (principalmente en París y Roma) y, a su regreso a México, en 1869, se hizo cargo de la dirección de la Academia de San Carlos. En su obra desarrolló sobre todo temas bíblicos. En 1889 realizó cuadros de gran tamaño para la Colegiata de Guadalupe.

de Roma; el sepulcro de Cristina de Suecia dio la idea principal,⁹ y el conjunto fue decorado con las armas de la familia Surville.

Diariamente concurría el padre Grossi en casa de don Juan para dar cuenta de la comisión que se le había confiado, y cuando el túmulo quedó concluido, una semana antes de los funerales, don Juan y doña Carmen, con todos sus hijos, fueron a la iglesita de San Francisco de Sales para ver la obra, la cual dejó a todos muy contentos.

María indicó la conveniencia de que a los blasones de los Surville se unieran en el túmulo los de la familia Collantes, un escudo cuartelado con castillos y estrellas.¹⁰ Era dudosa la procedencia de tales armas, no registradas acaso por la heráldica española, y las cuales se remontaban, al decir de don Juan, que se decía poseedor de vieja ejecutoria, a un buen caballero asturiano y a las centurias de la reconquista del suelo hispánico, bajo las banderas de San Fernando.¹¹

Diose gusto a la niña, no sin leal y disimulada oposición de Juanito, y el padre Grossi se apresuró a ordenar que los pintores copiaran el blasón, tomándole de un pliego de papel que proporcionó la señorita.

—¡Qué blasones ni qué nobleza! —repetía Elena cuando Juan le refirió lo acaecido—. No hay más nobleza que la de la inteligencia y la del corazón. Nosotros, por la rama paterna, descendemos de un honrado especiero que por muchos años vendió en Veracruz aceite y almendras, y que procedía de muy sencillos labradores oriundos de Ramales, allá por las montañas santanderinas; por la línea materna descendemos de unos andaluces cultivadores de tabaco en Villaverde y establecidos en la Florida después de la expulsión de los españoles. Un zurrón de almendras, una botija de aceite y unas matas de tabaco vendrían

⁹ La fastuosa tumba de esta monarca, fallecida en 1689, se encuentra en las grutas del Vaticano, debajo de la Basílica de San Pedro.

¹⁰ El escudo cuartelado o acuartelado es el 'que está dividido en cuarteles'; a su vez, un cuartel es 'cada una de las cuatro partes de un escudo dividido en cruz' (RAE 1899, s. v. "escudo" y "cuartel").

¹¹ *Ejecutoria*: 'Título o diploma en que consta legalmente la nobleza de una persona o familia' (RAE 1899, s. v.). // El pendón o bandera de San Fernando es lo que llevaba Fernando III, rey de Castilla y León, al entrar en Sevilla el 23 de noviembre de 1248, durante la Reconquista de España. La pieza, conservada en la catedral sevillana y confeccionada en seda, constaba en su origen de "cuarto cuarteles en los que se bordaron dos leones rampantes y dos castillos en diagonal" (Carrasco 1999, s. p.).

como de encargo para el túmulo... ¡Qué blasones ni qué castillos! Para blasones, don Cosme Linares, y el otro don Cosme, que se dicen descendientes de un virrey... Como que por eso llevan el mismo nombre... ¡Ni los Médicis!

Y Juan y Alfonso, y Ramón y Pablo, y Margarita y doña Dolores reían a más no poder con las murmuraciones de la ceguezuela.

—¡Por Dios, Lena! —díjole la dama—. ¡Calla, hija mía, que ya te vas pareciendo a Conchita Mijares!

Los muchachos se fueron: Pablo al escritorio y Ramoncillo con varios condiscípulos y paisanos suyos, que a la sazón estudiaban en México, unos en Jurisprudencia y otros en Medicina.¹² Juan y Alfonso propusieron ir¹³ a Chapultepec.

—Pero, muchachos... —respondioles la señora—, ¡si estamos de luto!¹⁴

—Sí, tía, es verdad... —suplicó Alfonso—, pero qué hay con eso... Además, ¡nadie conoce aquí a las muchachas!

Y tanto rogaron Juan y Alfonso que doña Dolores hubo de ceder.

—¿Vais a pie?

—Iremos en el tranvía.¹⁵

¹² Entre 1869 y 1908, la Escuela de Jurisprudencia tuvo en el antiguo convento de la Encarnación (ubicado en el predio donde años después se construyó la Secretaría de Educación Pública). En cuanto a la Escuela de Medicina, desde 1854 hasta 1956 estuvo alojada en el Antiguo Palacio de la Inquisición, situado al norte de la plaza de Santo Domingo, en el Centro Histórico.

¹³ 1901-1902: *irse* por *ir*

¹⁴ 1901-1902: *luto*. por *luto!*

¹⁵ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 24.

XLVIII

Los funerales de la señora de Surville fueron magníficos y en ellos estuvieron reunidas las personas más distinguidas de la sociedad mexicana.

La decoración del soberbio templo era de las más severas,¹ y el túmulo ideado por el padre Grossi mereció elogios de todos los concurrentes.

Por deseo de doña Carmen, las coronas fueron de violetas —la flor bonapartista—,² y guirnaldas violáceas circuían los blasones de las familias Surville y Collantes.

Celebró la misa el doctor Fernández; el padre Grossi cantó el evangelio, y un clérigo joven, protegido de don Juan, cantó la epístola.

Al esplendor supremo del³ servicio contribuyó oportunamente monseñor Fuentes, quien, llegado⁴ la víspera para los preparativos del concilio, no tardó en presentarse en el palacete de Collantes.

—Asistiré a las honras, si ustedes lo permiten —dijo—, que buenas memorias hago de *madame* Surville, la cual me hospedó en su casa cuando estuve en París, al regresar de Roma...

¹ 1901-1902: *lo más severa, por las más severas, // Severo*: 'Grave, serio, mesurado' (RAE 1899, s. v.).

² Respecto de este símbolo del imperio de Luis Napoleón, dice Delgado en una conferencia titulada "El amor a las flores", la cual pronunció en Orizaba el 22 de septiembre de 1888: "El segundo Imperio puso en privanza la violeta, la flor que [...] fue el emblema de una estirpe y de una raza que puso bajo su cetro media Europa. La florecilla humilde de exiguos pétalos y suave aroma [...] fue la predilecta de los bonapartistas, y en aquellas fiestas incomparables por el esplendor de la suntuosidad moderna, reinó soberana" (Delgado 1953b, p. 97).

³ 1901-1902: *A dar mayor esplendor al por Al esplendor supremo del*

⁴ 1903: *llegada por llegado // Sigo* en este punto la lección de 1901-1902, pues el participio pasado se refiere a monseñor, no a la víspera, según se desprende del capítulo xxxv, en el que don Juan explica a su esposa, hablando del obispo: "Parece que va a celebrarse un concilio, y con tal motivo, y para los preparativos, tiene que venir, y que le tendremos por acá unas cuantas semanas".

Muy agradecidos los señores, se apresuraron a dar aviso al padre Grossi para que arreglara lo necesario...

E hízolo a maravilla, con el lujo que el caso requería; asistió el prelado y dio la absolución, rodeado de clérigos y de monaguillos, y con toda la pompa de un obispo elegante, inteligente, educado a la sombra del Vaticano, firme en su dignidad y convencido del poder que tiene sobre la multitud el ceremonial grave y solemne de la liturgia católica.

Ardían en el templo centenares de cirios, y la orquesta, dirigida por batuta tan segura como la del maestro Campa, llenaba el sagrado recinto de nobles e inspiradas armonías.

Terminó el oficio a las once, y el prelado, el celebrante y sus compañeros, con algunos otros amigos de don Juan, fueron a la casa de este para acompañarle a la mesa.

Fue aquel almuerzo un verdadero banquete, en el cual alardeó el capitalista de su riqueza y del inusitado lujo de su comedor.

Luego que se retiraron los invitados, bajó don Juan al escritorio para despachar su correspondencia, seguido de Pablo, que le servía de secretario y de cuya laboriosidad y expedición estaba más contento cada día.

—¡Estoy muy cansado, sobrino!⁵ Abre las cartas y dame cuenta de ellas...

Obedecióle el mozo y leyóle dos o tres referentes a asuntos mercantiles, las cuales fueron reservadas para otro día. En seguida se trató de diez o doce cartas de pésame, procedentes de Francia...

—¿No viene alguna de Surville?

—Sí; ¡esta! Y con ella una para mi mamá.

—Dámelas...

Abrió don Juan la carta de su cuñado; leyóla atentamente; dejola en la mesa, y luego, sin ocultar su contrariedad, dio al mancebo una carta...

—Toma... ¡Es para tu mamá!

⁵ 1901-1902: *sobrino. por sobrino!*

Mal disimulaba el capitalista la impresión desagradable que le había causado la carta de Surville; volvió a leerla, y concluida la lectura, estrujó el papel y, levantándose, murmuró:

—¡Despacharemos mañana! ¿No hay otra cosa?

—No.

—Mañana. Nada urge.

Y agregó:

—Parece que Eugenia se acordó de ustedes al testar... Me dice Surville que hay un legado para Lola... ¡No será muy grande!⁶ Me hace algunos encargos acerca de eso... Ya hablaré con tu mamá. Llévale la carta⁷... Vete, y procura venir mañana a buena hora.

—¡Siempre llego oportunamente, tío!

—Sí; pero mañana te necesito media hora antes de la hora acostumbrada.

—Estaré aquí...

—Di a tu mamá y a tus hermanas que mañana las espero a almorzar. Si Ramón quiere venir, que venga. ¿Quieres tú acompañarnos también?

—Bien, sí...

—En⁸ la tarde trabajaremos mucho.

Don Juan se guardó en el bolsillo la carta de Surville, salió del escritorio y paso a paso se dirigió hacia la escalera.

Pablo arregló sus papeles, guardó todos en un *chiffonier*,⁹ tomó el sombrero, dijo adiós a sus compañeros y se fue.

Llegó Pablo y puso en manos de doña Dolores la carta de Surville.

En ella el general, inconsolable de la pérdida de su esposa —*ma brave et très chère épouse et compagne*, decía—, le comunicaba tamaña desventura, que no por haber sido esperada era menos dolorosa, y le anunciaba que la excelente señora, cariñosa, como siempre, con los suyos, y teniendo en cuenta las circunstancias pecuniarias de la familia, había hecho modificaciones a su

⁶ 1901-1902: *No será muy grande*. por *¡No será muy grande!*

⁷ 1901-1902 incluye: *esa*

⁸ 1901-1902: —*Bien... en* por —*Bien, sí... / —En*

⁹ *Chiffonier*: 'Cómoda alta y estrecha con cajones' (RAE 2014, s. v. "chifonier").

testamento pocos días antes de morir, y dejaba para dotar a Margarita y a Elena, pero directamente a doña Dolores, cincuenta mil francos;¹⁰ que dentro de pocas semanas se procedería al arreglo de todo, y, en su oportunidad, la mencionada cantidad quedaría a disposición de quien debiera recibirla.

¹⁰ Como se verá en *infra*, cap. LVIII, el legado que efectivamente se puso a disposición de don Juan para que lo entregara a doña Dolores ascendía a solo treinta y cinco mil francos, más unos encajes valuados en dos mil francos.

XLIX

Como lo deseaba el capitalista, al siguiente día doña Dolores y sus hijos comieron con él...

Después de la comida se habló de Eugenia y del general Surville.

—¿Qué te dice Augusto? —dijo don Juan a doña Dolores—. Ayer te mandé¹ con Pablo una carta que vino para ti.

—Me la entregó ayer tarde. Augusto me da noticia de los últimos momentos de Eugenia. Dice que desde hace varios meses perdieron los médicos toda esperanza; que él se esperaba la desgracia de un momento a otro, pero que su deseo y su cariño le engañaban, y se había dado a pensar que Eugenia viviría aún en octubre...

—Lo mismo nos dice a nosotros... ¿Y no te habla de las últimas disposiciones de Eugenia?

—Sí; me dice que recibió los últimos auxilios con suma entereza; que en tales momentos dio muestras de² fe y de³ cristiana resignación..., y que en su testamento consignó algo respecto a estas criaturas. Entiendo que se trata de unos encajes, de los cuales me habló varias veces en sus cartas. A principios de año recibí una en que me decía que las niñas se casarían pronto y que se proponía hacerles muy buenos regalos el día de la boda; que ella tenía muy ricos encajes; algunos heredados por Augusto; otros que este le había comprado en Malinas, cuando fueron a Bélgica, y otros más, entre los cuales estaba un velo de sombrilla,

¹ 1901-1902: *me mandó por te mandé*

² 1901-1902 incluye: *su*

³ 1901-1902 incluye: *su*

obra maravillosa con la cual la había obsequiado la emperatriz Eugenia al volver de Suez.

—¡Conocemos ese velo!... —exclamó María, acariciando un perrito de Chihuahua que le había sido regalado por el secretario de Comunicaciones—. ¡Es un encanto!...⁴

—Es una pieza valiosísima... —interrumpió doña Carmen—. Imagínate: una orla de hortensias, y en cada gajo el escudo de la emperatriz entre ramos de violetas... Ese velo... vale, sin atender a su procedencia y a su valor histórico, más de treinta mil francos... ¡Ya se ve! ¡Regalo de una reina!

—Pues, hija, si ese velo nos ha sido legado, no sé qué haremos con él —dijo Margarita—, nosotras que somos pobres... ¡Sería muy feo que usáramos esa presea!⁵

—Podían venderle... En Francia lo pagarían a muy buen precio... —murmuró don Juan—. Pero no piensen en eso, Lola... Eugenia habrá dispuesto de otros encajes, sí, pero no de esa joya que Surville, bonapartista de buena cepa, conservará como un tesoro.

Se habló de otros asuntos: de los esplendores del servicio fúnebre; del talento de monseñor Fuentes; de la belleza de la esposa del ministro francés, y de la compañía de ópera que estaba próxima a llegar. La temporada principiaría a fines de agosto o en la primera quincena de septiembre.

María y doña Carmen lamentaban que el luto no les permitiera⁶ gozar de ese espectáculo.

—¿Por qué? —se apresuró a decir Juanito—. Eso no es más que una preocupación... Por eso me gusta a mí vivir en París... Allí se pierde uno cuando quiere, y no está uno obligado a respetar ciertas preocupaciones sociales...

—Ya hablaba yo de eso con el padre Grossi... —dijo doña Carmen.

—¿Y qué opina, mamá?

⁴ 1901-1902: *Es un encanto...* por *¡Es un encanto!...*

⁵ 1901-1902: *Sería muy feo que usáramos esa presea.* por *¡Sería muy feo que usáramos esa presea!*

⁶ 1901-1902: *las iba a permitir el por les permitiera*

—Dice, y dice bien, que no por escuchar a Tamagno ni por oír el *Otelo* de Verdi hemos de sentir menos a tu tía Eugenia...⁷

—Es cierto, mamá —replicó Alfonso que, sentado cerca de Margarita, hojeaba un álbum de acuarelas—, pero... me parece una incorrección que vean a ustedes en el teatro dos meses después de los funerales de mi tía... En⁸ nosotros los hombres nadie repara..., ¡pero en las señoras sí!

—¡Magnífico! ¡Magnífico! —exclamó María—. ¡Lo de siempre! Para las pobres mujeres la exigencia más dura, la tiranía, la censura cruel... ¡Para ustedes tolerancia, libertad, disculpa!...⁹

—No pierdan el tiempo en esas discusiones —dijo don Juan, interviniendo—, que de aquí a septiembre... nadie se acordará de que estamos de luto... Ya ordené que nos tomen una platea... Se va o no se va..., pero la platea estará a nuestra disposición. Si nosotros, al fin, no oímos a Tamagno..., Lola, Margot y Elena irán con ustedes o con Pablo y Ramón.

—¡Nosotras no! —apresurose la señora a decir—. ¡Cómo ha de ser eso!

—No, no; irán ustedes. Dile a Pablo mañana que me lo recuerde, y te mandaré dinero para que estas niñas se hagan algunos vestidos y para que los muchachos se provean de ropa de etiqueta...

—¡Gracias, Juan! Mucho te lo agradezco; pero, a ser franca, debo decirte que no será para ir a la ópera... No me parece conveniente eso, cuando Eugenia acaba de morir...

—Dos meses en la vida social son dos años... Pablo: mañana llevarás dinero a tu mamá... ¡Iremos a la ópera... Esas niñas no han de vivir como unas monjas, entre cuatro paredes... ¡A cada edad lo suyo!...¹⁰

—¡Y vámonos!... —dijo la señora, levantándose—. ¿Dónde está Elena?

—En el gabinete..., con Juan... ¡Para allá se fueron hace un momento! —contestó María.

⁷ Sobre Tamagno y *Otelo*, *vid. supra*, cap. XVIII, nota 10.

⁸ 1901-1902: *Con por En*

⁹ 1901-1902: *disculpa... por disculpa!...*

¹⁰ 1901-1902: *A cada edad lo suyo... por ¡A cada edad lo suyo!...*

Levantose Margarita en busca de su hermana. Al volver, trayendo del brazo a la ciega, y mientras Juan salía para hablar con un criado y pedirle el coche, la blonda señorita dijo a la morena, en tono severo:

—¡Lena, por Dios! ¡No está bueno eso! No es correcto que te separes de nosotros para irte con Juan...

—¿Qué hay en ello de malo!¹¹ —respondióle la joven.

—Nada, sin duda alguna, pero no me parece que haces bien... Ya hablaremos.

—¡Ya hablaremos! —contestó contrariada la ceguezuela.¹²

¹¹ 1901-1902: *malo?* por *malo!*

¹² 1901-1902: aquí concluye la entrega número 25.

L

A principios de septiembre, una mañanita, al volver de la iglesia, recibió Margot una carta que decía así:

Mi buena y cariñosa amiga:

Ya me imagino lo que dirás de mí, que no he sido ni para escribirte cuatro renglones. Tienes razón, mucha razón, en quejarte de mí; pero, hija, considérame: figúrate que las fiestas han seguido en casa de Arturo; con motivo del santo de su mamá, primero, y luego para celebrar el cumpleaños del señorito de la casa. Tuvimos varios bailes, que todos salieron de lo más bonitos. Hemos dado tres dramas: *Despertar en la sombra*, aquel drama que hacían tan hermosamente Concha Padilla y don Enrique Guasp; repetimos *Un drama nuevo*, y estrenamos *El esclavo de su culpa* y *El sombrero de copa*. Ahora estamos ensayando *El gran galeoto*, pero la representación queda desde hoy aplazada para diciembre, si es que no hacemos *posadas*, como quieren las Aguilera, unas muchachas mexicanas muy simpáticas y de lo más alegres, que están aquí con su hermano Óscar, que vino empleado a la Fábrica del Albano. Yo prefiero que haya posadas, por aquello de los bailecitos; que para comedias tiempo habrá después.¹

¹ Tanto *Despertar en la sombra* (1881) como *El esclavo de su culpa* (1877) son obras del poeta y dramaturgo sevillano Juan Antonio Cavestany; el argumento de ambas se basa en el adulterio. La compañía de Enrique Guasp de Peris representó *El esclavo de su culpa* en el Teatro Principal a mediados de 1879; *Despertar en la sombra* se estrenó el 8 de junio de 1881 en el mismo recinto, y ese año también fue representada por la compañía de Guasp en Orizaba (cf. Olavarría 1895, vol. 3, p. 294; sin firma, "Teatros", en *La Patria*, año V, núm. 1 217, p. 3, y Velasco 2012, pp. 122-123). Por su parte, *El sombrero de copa* (1887) es de la autoría del poeta festivo y comediógrafo asturiano Vital Aza; en México la puso en escena la compañía de Leopoldo Burón en el Teatro Arbeu la noche del domingo 13 de mayo de 1888, con un "lleno colosal" (cf. Bleiberg y Marías 1964, p. 68, y José M. Gutiérrez Zamora, "Crónica teatral", en *El Siglo XIX*, novena época, año XLVII, t. 93, núm. 15 070, p. 1). Sobre *Un drama nuevo* y *El gran galeoto*, vid. *supra*, cap. xxv, notas 6 y 2, respectivamente. // *Posada*: 'Fiesta típica, de carácter popular, que se celebra desde nueve días antes del de Navidad. La POSADA fue originariamente una ceremonia no más que religiosa; hoy lo que de tal índole tiene es

Tengo mucho que contarte, mucho, mucho, y de contártelo tengo siempre que me prometas no burlarte de mí y de lo que tú llamas mis sensiblerías. Hija: ¡qué quieres!... ¡Sin amor no se puede vivir! Ya te contaré: he pasado días muy tristes, y estoy padeciendo mucho. No por él, que es bueno y me quiere con toda su alma, sino porque tanto mi mamá como mi tía se oponen a estos amores, de tal manera que ya no querían dejarme ir a casa de Arturo, y de posadas no les hables.

Pero como ya sabes que yo siempre me salgo con la mía, conjuré la tormenta y ahora están más tolerantes, y por quitarme de la cabeza estos “delirios”, como ellas dicen, no me contrarían en nada, y al tratarse de ir a México se han mostrado de lo más propicias. De modo que pronto nos veremos. Ya te hablaré de Óscar. Es un muchacho muy bien parecido, finísimo y cariñoso como el que más. Ya leí en un periódico el elenco de la ópera. ¡Tengo unas ganas de oír a Tamagno! Óscar, que le oyó la otra vez, dice que es sublime, particularmente en el *Otelo* de Verdi. Ya le² oiremos juntas. Por acá chismean que es una gloria oír a las gentes. No sé quién de aquí, que estuvo allá, contó al volver que tú y Lena se van a casar muy pronto con los primos que vinieron de Francia; que tú te casarás con Alfonso y Elenita con Juan. Dime lo que haya de cierto en este asunto, que así corresponderás a mis confidencias con otras confidencias. ¿Verdad que lo harás, primor?

Del 10 al 11 me tendrás por allá. No sé con quién iré, pero no faltará alguna familia con quien pueda hacer el viaje. Les avisaré por telégrafo.

Muchas cosas mías a tu mamá, a Lena, a Ramón y a Pablo. Para ti muchos besos, muchos, muchos, de esta tu infeliz amiga que te quiero³ con todo el corazón.

Conchita

P. S. Alguno dijo en casa de Arturo que ustedes estaban de luto por una tía que vivía en París y que falleció hace pocas semanas. Yo he dicho que eso no es cierto, porque de serlo ya habría yo recibido la esquela de rigor. Sin embargo, me porfían que sí, y dicen que en *El Siglo de León XIII* salió la noticia. Si es cierta tal desgracia, reciban todos nuestro más sentido pésame.

muy secundario o simple pretexto para una mera diversión de baile y holgorio' (Santamaría 2005, s. v.). // Respecto de la Fábrica del Albano, *vid. supra*, cap. v, nota 5.

² 1901-1902: *lo por le*

³ 1901-1902: *quiere por quiero*

Como lo había dicho, la monologuista vendría a pasar las fiestas y a oír a Tamagno. Doña Dolores tenía resuelto que sus hijas no fueran ni a fiestas ni a espectáculos mientras no pasara el luto. Además, no entraba en sus propósitos el meterse en gastos de trajes y perendengues, a pesar de los deseos del capitalista.

Al oír de labios de Margot la carta de Conchita Mijares, dijo tranquilamente:

—Venga norabuena esa amiguita; ¡venga cuando guste! Lo que es ustedes no irán a la ópera, que no se ha muerto el falderillo de la casa y no somos nosotras gentes sin corazón ni sentimientos. Pablo y Ramón llevarán a Concha al teatro; ustedes la acompañarán a subir y bajar calles, a visitar a su grande y buena amiga la esposa del licenciado López Villa..., y paren ustedes de contar. Bien me sé yo con quién hará excelentes migas la Conchita...

—¿Con quién, mamá? —preguntó Elena.

—¡Con quién ha de ser! —exclamó Margarita—. ¡Con Juan!

—¡Con Juan, digo!⁴ —murmuró la dama.

—¿Y por qué dices⁵ eso? —replicó la ciega.

—Hermanita mía: porque...⁶ ¡tal para cual!

—Eres injusta, Margot; mamá también lo es. No sé yo por qué motivo no quieren a Juan. Juan es bueno. Bajo esa ligereza suya, que no es más que aparente, se oculta un corazón muy noble, un alma elevada, llena de cariño y de pasión. Ustedes le acusan de disipado... porque es amigo de divertirse, y porque no puede vivir sin fiestas ni teatros... Además: ¿qué culpa tiene él de haber vivido en París, de haberse habituado a la vida que allí hacen todos? En México se fastidia... ¡Nada más natural que procure divertirse!...⁷

—Sí, hija mía, pero que no lo haga en compañía de Pablo..., a quien trae y lleva de aquí para allá, que hasta pretende que viva con él en México, lo cual no he de permitir yo, porque no hemos de vivir aquí solas, acompañadas únicamente de Ramón, ¡que no es más que un muchachito sin seso y sin respetabilidad! Juan

⁴ 1901-1902: *digo. por digo!*

⁵ 1901-1902: *dicen por dices*

⁶ 1901-1902: *porque por porque...*

⁷ 1901-1902: *Nada más natural que procure divertirse... por ¡Nada más natural que procure divertirse!...*

distrae a Pablo de sus quehaceres... Mi hijo no está acostumbrado a trasnochar... El mejor día le tendremos enfermo y... ¡En fin, que eso no es de mi agrado y yo no lo he de tolerar!

—Pero, mamá... —respondió Elena—, la culpa no es de Juan, sino de mi hermano... ¿Por qué no acusa usted a Pablo y se muestra usted tan severa con Juan? Piense usted que cada edad tiene sus placeres... Son jóvenes...

—¿Qué entiendes tú de eso, hija mía! De seguro que los dos caballeros no se pasan las noches rezando el rosario...

—Mamacita... ¡Si todas las noches van al Principal!⁸

—Sí, al Principal... Ya lo sé. Como que se dice que Juan está prendado de una tiple muy aplaudida en *La verbena de la paloma*...⁹

—Mamá: ¡eso no ha de ser cierto!

—Margot —contestó doña Dolores—, lee en ese periódico la lista de los obsequios que recibió esa cómica el día de su beneficio,¹⁰ anteayer...

Leyó Margarita el artículo, en el cual un gacetillero decadentista¹¹ daba cuenta del espectáculo.

—Nada dicen de Juan... —observó Elena.

—Espera... —dijo Margarita, y siguió leyendo—: “La elegante e inspirada actriz recibió, de sus amigos y admiradores, soberbios presentes. Del señor Armando Chauvier, doce botellas de champagne Ayala,¹² colocadas en graciosa cesta de mimbre dorado, decorada con cintas de seda; del señor Santiago Zavall, una

⁸ Respecto del Teatro Principal, *vid. supra*, cap. xxxii, nota. 1.

⁹ *La verbena de la paloma o El boticario, las chulapas y celos mal reprimidos* es una famosísima zarzuela con música de Tomás Bretón y libreto de Ricardo de la Vega; se estrenó en el Teatro Apolo de Madrid el 17 de febrero de 1894. En diciembre de ese mismo año, la compañía de los hermanos Arcaraz la montó en México. En un principio, la obra se representaría en el Principal, pero debido a que el 23 de noviembre, poco antes del ensayo, hubo un inesperado derrumbe en el recinto que destruyó el escenario y las decoraciones, el estreno se llevó a cabo en el Teatro Nacional el sábado 1 de diciembre (*cf. La Voz de México*, t. xxv, núm. 267, 24 de noviembre de 1894, p. 2). No está de más recordar que Rafael Delgado llegó a la Ciudad de México justamente en agosto de 1894; como buen amante de la zarzuela, es muy probable que haya acudido al estreno.

¹⁰ *Beneficio*: ‘Producto de una función de teatro u otro espectáculo público, que se concede a una persona, corporación, establecimiento, etc.’ (RAE 1899, s. v.).

¹¹ Sobre este término —usado en un sentido claramente peyorativo— y la corriente que designa, *vid.* la primera parte del capítulo 3 del “Estudio introductorio”.

¹² La Casa Ayala se fundó en 1860 en el pueblo de Aÿ, en la región de Champagne, Francia; hasta la fecha, es famosa por la calidad de su champaña.

sombrilla con el puño de brillantes; del señor Pedro Ibarrena, un rico estuche de tocador; del señor Carlos Cepeda, una caja de guantes suecos; del señor Pablo Collantes, un biombo japonés; del... señor don Juan Collantes y Aguayo..., un brazalete de perlas y esmeraldas...”. ¡Y sigue la lista!¹³ Nuestro hermanito... haciendo regalos a las *suripantas*.¹⁴

—¡No veo en eso nada de malo! —contestó la ceguezuela pálida y trémula.

—¡Por Dios, Lena! —exclamó Margarita.

—Pues yo sí, hija mía. ¡Ni me place que Pablo ande entre bastidores, ni está la Magdalena para tafetanes ni para biombos japoneses! Pablo vino a México a trabajar, no a cortejar tiples...

—Yo me refiero a Juan... —advirtió Elena.

—Tu primo puede gastarse lo que quiera..., pero no debe arrastrar a tu hermano hacia los caminos por donde él transita...

—¡Mamá!

—¡Doblemos esa hoja!¹⁵

¹³ 1901-1902: *lista*. por *lista*!

¹⁴ La voz *suripanta* no entró en el *Diccionario* de la Academia hasta 1925; su primera acepción, que prácticamente no ha variado hasta la fecha, era: ‘Mujer corista en un teatro’, y la segunda, catalogada como despectiva: ‘Mujer baja, moralmente despreciable’ (RAE 1925, s. v.). María Moliner (2006, s. v.) afirma que la palabra “se encuentra en la letra de un coro teatral del siglo XIX, pero se desconoce si es un uso caprichoso del autor o existía ya antes”; también consigna, como segunda acepción, ‘mujer despreciable’ y, como subacepción de esta, ‘mujer de vida alegre’. Por lo que toca a esta edición, respeté las cursivas del original.

¹⁵ 1901-1902: *hoja*. por *hoja*!

LI

Mi señora doña Dolores:¹

Ya me tenías enojado. Hace más de dos meses que os fuisteis a vuestra Babilonia, y no habías sido para escribir cuatro letritas a este pobre anciano. Pero te perdono el olvido en que me habéis tenido, por aquello de nuestro padre Ripalda, de que no perdona Dios al que a otro no perdona.²

Te agradezco que hayas ido a visitar a la Indita en nombre mío, y harás bien en visitarla frecuentemente.

Celebro que estéis bien instaladas en Tacubaya. Allí viviréis más tranquilamente, lo cual os conviene mucho a todos.

Nada me dices de los muchachos. Un pajarito es quien me ha contado que Pablo está empleado en el despacho de su tío, y que Ramón se pasa los días subiendo y bajando. Santo y bueno que el muchacho se divierta, pero cuida de que no se aficione a perder el tiempo. Procura que, mientras llega el nuevo año, se ocupe en algo de provecho. La ociosidad, ya lo sabes, es enemiga de todas las virtudes, y una gran ciudad, como esa, tiene mil peligros para la inexperta mocedad. ¿En qué sendas extraviadas anda Pablo? Te digo esto por algo que leí en un periódico. Ya sabes que yo hago diariamente el sacrificio de leer los periódicos, para saber lo que pasa, y aunque ciertas cosas mundanas no me interesan, suelo leer lo que se refiere a teatros y demás pompas de Satanás, y en no sé qué papel leí que mi señorito don Pablo, en compañía de su primo, se permite regalar objetos de lujo a las *divas* de la zarzuela.³

¹ En los dos testimonios se lee *Carmen*, lo que constituye un error evidente.

² La cita proviene de la "Declaración del Padre nuestro"; a la letra dice: "*Preg.* ¿Por qué añadís: Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores? *Resp.* Porque no perdona Dios, al que a otro no perdona" (Ripalda 1802, p. 64).

³ Solo en 1914 la Academia asignó al adjetivo *dívo*, *va*, 'divino', esta segunda acepción, con la cual podía emplearse como sustantivo: 'Cantante de ópera de sobresaliente mérito' (RAE 1914, s. v.); eso explica que la voz aquí aparezca en cursivas. A partir de la edición de 1925 del lexicón se incluyó también, en esta definición, a los cantantes de zarzuela.

Apártale de esos caminos y cuida de que no pierda sus buenas costumbres. Recuerda lo que tenemos hablado acerca de ciertos individuos. Cuida también de que esos muchachos frecuenten los sacramentos. Allá está el buen padre Cangas, a quien los tengo recomendados. Di a Ramón que vuelva a leer el *Pilatillo* del padre Coloma. Que Pablo lo lea también. Será excelente el provecho que han de sacar de ese librito.⁴

Supe por un periódico francés el fallecimiento de *madame* Surville (q. s. g. h.)⁵ y no me he olvidado de ella en la santa misa. Te doy el debido pésame. Con el dinero que ella os ha dejado podréis tener más tranquilidad y vivir (¿cómo diré?) de manera más independiente, sin necesitar de nadie. Con eso, y con lo que Pablo (siempre que siga por el camino recto, el que corresponde a un joven católico) pueda ganar, la vida os será más fácil. Procura arreglar eso del legado de tu cuñada. El cambio sobre Europa está muy alto y casi duplicarás el capitalito ese.⁶

Di a esas niñas que en sus oraciones no olviden a este pobre viejo.

Saluda al señor doctor Fernández, y que Dios misericordioso os bendiga y proteja.

P. Anticelli, S. J.

En los momentos en que doña Dolores acababa de leer la carta anterior, se presentaron Juan y Alfonso.

—¡Buenas tardes, tía!

—¡Tía, buenas tardes! Venimos por las muchachas... ¿Andan de paseo?

—No, Juan —contestó la dama—; pronto estarán aquí.

⁴ Originario de Jerez de la Frontera, Luis Coloma fue un muy conocido escritor y periodista, miembro de la Academia de la Lengua. Estudió la carrera de derecho, pero la abandonó para dedicarse a la literatura y el periodismo. En su juventud sufrió un accidente que lo llevó a integrarse a la Compañía de Jesús, para lo cual marchó a Francia. A su regreso a España ejerció la docencia y siguió produciendo obras literarias, además de colaborar en la prensa. En cuanto a *Pilatillo*, “es una novela corta, a la que da título el mote que un padre jesuita pone a un muchacho que estudia en el colegio de la Compañía, y que peca de soberbia y de temor al ‘qué dirán’. Refiérese la caída moral de este en Sevilla, y su arrepentimiento” (Baquero 1949, p. 316). De la popularidad de que este autor gozó en México puede dar cuenta el siguiente dato: el prólogo del *Pilatillo*, publicado en Bilbao por la Administración de El Mensajero del Corazón de Jesús, tiene fecha de 16 de abril de 1886 (cf. Coloma 1886); el 2 de mayo del mismo año, en las “Páginas literarias del domingo” de *El Tiempo* se incluyó la primera de dos entregas de la noveleta. La segunda entrega vio la luz el 6 de junio siguiente (cf. *El Tiempo*, año III, núms. 811, pp. 2-4, y 840, pp. 2-3).

⁵ q. s. g. h.: ‘Que santa gloria haya’ (RAE y ASALE 2011, p. 708).

⁶ De acuerdo con la *Novísima guía universal de la capital de la República Mexicana*, en 1901 el tipo de cambio era de 2.5 francos por un peso (Prantl y Grosó 1901, p. 176).

—Quiere María... —dijo Alfonso— que las llevemos... Comerán en casa y esta tarde, después del paseo, vendremos a dejarlas...

—Ya sabes, Alfonso, que me es grato el que las niñas vayan a casa de ustedes... Pero es preciso que sepan que esta noche llegará de Pluviosilla una amiguita suya, a quien deben esperar en Buenavista...⁷

—Bueno, tía... Eso no es un obstáculo para que nos acompañen a comer... María necesita hablar con Margot respecto de⁸ la ópera... —dijo Alfonso—. Papá insiste en que vayamos todos: nosotros y ustedes... Hoy le llevaron una platea y asientos de orquesta para nosotros, para Pablo y para Ramón.

—Hijos míos: a decir verdad, yo no quiero que las muchachas vayan a la ópera. Piensen que estamos de luto. Ustedes, los hombres, tienen pocos escrúpulos. Si Carmen y María van, que vayan..., pero nosotras no pondremos un pie en el teatro.

—¡Tía! ¡Qué cosas tiene usted! ¡Preocupaciones sociales!... Piense usted que mi tía Eugenia murió en París, esto es, a miles de leguas distante de nosotros.

—¡Para el corazón no hay distancias, Juanito! ¿No es cierto, Alfonso?

—Sí, tía.

En ese instante llegaron las señoritas.

—¡Venimos por ustedes! —exclamó Juan, adelantándose a saludar a la ciega. Alfonso, sin decir palabra, dio la mano a Margarita.

—Estos muchachos vienen por ustedes... pero les he dicho que... ¡Lee ese mensaje!

Y alargó a la joven una hoja de papel amarillo, doblada en cuatro.

—¡Lena! —dijo la blonda señorita—. Esta noche llegará Conchita Mijares... Pues, amigos míos, queridísimos primos..., ¡no podemos ir!⁹ Cuando regresen ustedes, me harán favor de decir a Pablo que venga por nosotros para que vayamos a recibir a esa señorita...

—No —replicó Juan en tono casi imperioso—; no, señorita, porque Pablo comerá hoy conmigo... Tú y Lena se irán con nosotros; comeremos juntos en

⁷ Sobre Buenavista, *vid. supra*, cap. xxix, nota 2.

⁸ 1901-1902: *a por de*

⁹ 1901-1902: *no podemos ir. por ¡no podemos ir!*

casa; iremos todos¹⁰ esta tarde a dar una vuelta por la calzada, y después irá usted, prima y señora, a recibir a su amiguita. ¡Así se hará!

Margot consultó con la mirada la voluntad de doña Dolores.

—¡Así se hará! —repitió Juan acariciando a la ceguezuela.

Y variando de asunto, agregó:

—Y esa amiguita... ¿es guapa?

—No es fea.

—¿Es joven?

—¡Diecinueve o veinte abriles!

—¿Elegante?

—¡Así, así!

—¿Inteligente?

—¡Una artista!

—¡Me gustan las artistas!...

—¡Ya lo sabemos! —exclamó Elena—. Como que hasta les regalas soberbias alhajas...

—¿Yo?

—¡Sí, tú, primito! ¿Cuánto te costó el brazalete con que obsequiaste hace pocos días a la tiple del Principal?

—¿Quién les dijo eso? ¡Cosas de Pablo!

—No; Pablo no ha dicho nada... ¡Bueno está él para traer esas noticias! Él también estuvo obsequioso en ese beneficio —dijo Margot.

—¡No mientas, Juan! —prorrumpió la ciega—. ¿Te olvidas de que hay periódicos en México?

El mancebo contestó con una carcajada.

—Sepan ustedes el origen de eso. La otra noche, en el teatro, nos dijo Perico Ibarrena: “¿Quieren que los presente a la tiple?”. Y dijimos que sí, y subimos al foro. Y... de allí salió que fuésemos a cenar con la artista. En la cena se habló del beneficio anunciado, de los obsequios que se hacen con tal motivo... ¡Y eso es todo!

¹⁰ 1901-1902: *toda por todos*

—Y tú, Juan —replicó Elena—, en vez de mandar, sencilla y modestamente, un ramillete, ¡mandaste un brazalete de perlas y esmeraldas!

Alfonso cortó la conversación, diciendo:

—Si hemos de ir...,¹¹ ¡vámonos!

—¡Vayan! —dijo doña Dolores—. Margarita: de la estación para acá... Procuren estar a tiempo en Buenavista, ¡porque esa criatura cuenta con encontrarlas allí!¹²

¹¹ 1901-1902: *ir*, por *ir...*,

¹² 1901-1902: aquí concluye la entrega número 26.

LII

Al pasar frente a Chapultepec, Juan miró su reloj y dijo en tono afable:

—Todavía es temprano: papá no sube de su despacho hasta después de la una y media. Propongo que vayamos al bosque. Damos una vuelta para hacer apetito, que para eso no hay nada como el aire del campo, y luego a casa...

—¡No, Juan! Ya es muy tarde... —dijo Margot.

—Son las doce y treinta minutos... ¿Tú qué dices de lo que he propuesto, Lena?¹

—Como quieran...

—No, Juan —insistió la blonda señorita.

—No; ¡vamos! —contestó el mancebo, mirando a su prima.

Y detuvo el carruaje, y asomándose por la portezuela dijo al cochero, que, tirantes las riendas y recogida la fusta, se inclinaba para oír a su amo:

—¡Al bosque!

El brillante auriga aflojó las riendas y² agitó la fusta. Los caballos avanzaron y el carruaje describió³ una curva y penetró en el parque.

Cerca del estanque una familia provinciana se extasiaba mirando un cisne negro. Más allá, al principio de la rampa, dos oficiales de artillería conversaban tranquilamente. Por allá, por el fondo del bosque, iba muy despacio un coche de sitio. El viento meridiano mecía dulcemente las copas de los ahuehuetes y al pasar susurraba con idílica placidez.

Juan tocó el silbatillo y el coche se detuvo.

¹ 1901-1902: *Lena!* por *Lena?*

² 1901-1902: *riendas*, por *riendas* y

³ 1901-1902 incluye: *en*

—Daremos un paseo a pie.

Todos bajaron. Elena tomó el brazo de Juan, y Margarita el de Alfonso, y las dos parejas siguieron hacia adelante, paso a paso y muy cerca una de⁴ otra. Pero pronto Juan y su prima se quedaron muy atrás. Observole⁵ Margot, y apoyándose en el brazo del primo le detuvo.

—¡Espera! —murmuró.

—Vienen detrás de nosotros. Iremos más despacio...

La joven siguió caminando, atenta a lo que su primo le decía.

—Margot: eres cruel conmigo. Enciendes en mi alma amor vivísimo, y cuando te lo confieso y te lo declaro, me oyes indiferente y fría. ¿Dices que no me amas? ¡Mientes, prima, mientes! Yo, al mirar tus ojos, leo en tu corazón; leo en él que me amas, que me amas con toda tu alma, y que darías algo, más de lo que tú misma piensas, por verme libre de tristezas y por estar segura de que en mí no quedan recuerdos de otro amor. Óyeme: mis tristezas...

—Tus añoranzas, que así las llamo yo...

—Como tú quieras. Mis añoranzas proceden, no de penas de amor malogrado o perdido, sino de ciertos anhelos de mi alma nunca satisfechos. Soy un ser necesitado de cariño, sediento de afectos delicados, para quien la vida es ingrata, para quien sería bastante un hogar modesto, lejos de las frivolidades de una sociedad superficial y vana. A qué negarte, Margot, que una esperanza malograda, nívea flor muerta a poco de abrir su corola, ha entenebrecido mi espíritu y ha llenado mi alma de tristeza. Vine a México deseoso de tranquilidad, soñando con dar aquí a mi corazón cansado el reposo que en Europa no encontraría yo para él, y mil veces, a bordo, bajo el espléndido cielo de las Antillas, contemplando el mar sereno que me parecía como sembrado de estrellas, acariciaba yo el pensamiento de conseguir que papá, cediendo a mis ruegos, adquiriese una finca cerca de Pluviosilla, o en alguna de las regiones inmediatas, y allí sepultarme en vida, y allí pasar los años, entregado a rústicas labores, a la

⁴ 1901-1902 incluye: *la*

⁵ 1901-1902: *Observolo* por *Observole*

caza y a la lectura. Nunca creí que el amor... Prima mía: tu belleza me atrajo; tu bondad me tiene loco de amor...

Margarita avanzaba al lado de su compañero mirando el⁶ suelo.

—¿Y quién me garantiza que en ese corazón dolorido, tan gastado por amores tempestuosos, exista un afecto dulce, apacible, como le he soñado yo, como tiene que soñarle⁷ una mujer para quien la vida oscura y silenciosa es la más bella, y que ni ambiciona grandezas ni es tan loca que sueñe con esplendor y deslumbrar? ¿Quién me asegura, Alfonso, que ese amor que dices sentir por mí es duradero y profundo?

—¿Quién, Margot? Mi leal y honrada palabra.

—¿Y quién me asegura también que en ese pobre corazón tuyo, tan lastimado y triste, no quede⁸ algo de los malogrados afectos?

—¡Soy incapaz de engañarte, Margot! —exclamó Alfonso, en tono suplicante.

—¿Y si tu corazón te engaña? Para mí la felicidad suprema sería reinar siempre en el corazón de aquel a quien entregara yo el mío...

—¿No hay, acaso, en el tuyo —replicó el mozo vivamente—, algo también de pasados afectos?

Margarita palideció, presa de repentina emoción.

—¡Responde, Margarita!

—¡Respóndeme, Alfonso!

Ambos callaban. Por la mente del joven pasó como una visión la imagen de arrogante señorita, en medio del bullicio y de la alegría de una fiesta, como entre un oleaje multicolor, en lujoso carruaje, al finalizar un combate de flores. A su vez la blonda señorita miraba con los ojos del pensamiento la figura de un mancebo pálido, de grandes ojos negros; la de un estudiante casi imberbe, con un libro bajo el brazo.

—¡Respóndeme, prima!

—¡Responde tú! Responde.

⁶ 1901-1902: *al por el*

⁷ 1901-1902: *soñarlo por soñarle*

⁸ 1901-1902: *queda por quede*

—Al punto. De aquel amor no queda nada.

—Poco dejó en el mío una ilusión de niña...

Margarita se apoyó dulcemente en el brazo de su primo, y apoyose trémula, tan trémula que este advirtió la inesperada agitación de la joven.

A la vera de la calzada y seguido de una muchacha de mal aspecto, venía un mancebo, un joven delgado, endeble, astroso, mal vestido, que al mirar a la blonda y elegante señorita se detuvo un instante, sorprendido de aquel encuentro. El joven siguió adelante, como si la mirada compasiva de Margot le hubiese causado espanto.

—Prima mía: ¿eso es lo único que tienes que decirme?

—Alfonso: ¿a qué ocultarte que te amo?

Y Margarita, sonrojada e inquieta, volvióse y miró hacia atrás, como buscando a Juan y a Elena, pero en realidad para ver a la despreciable pareja que acababa de pasar: él desaseado, crecido el cabello, con el sombrerillo de paja echado hacia la derecha, raído el pantalón, blancos de polvo los zapatos; ella mal refajada, con una falda roja y una blusa azul, envuelta en un chal oscuro...

—¿Me amas? —preguntó Alfonso, radiante de júbilo.

—¡Ya te lo dije! —respondió la joven muy quedito, apoyándose otra vez en el brazo de su primo.

Oyose un grito:

—¡Alfonso! ¡Vámonos!

En la curva de la calzada, cerca del coche, esperaban Juan y Elena.

—¡Allá vamos! —contestó Alfonso.

Y los dos jóvenes, como dos chiquillos, echaron a correr hacia el carruaje.

El lacayo que venía en busca de ellos se detuvo respetuosamente y dijo:

—Dice el señor... que ya es hora de regresar...

LIII

Al entrar en el coche, Margarita observó que Elena había llorado.

—¿Qué tienes? —díjole—. Cualquiera diría que acabas de llorar...¹

Juan calló.

—Hemos recorrido una calle falta de sombra y el sol me ha hecho mal.

El carruaje salió del parque y entró² en el primer tramo del paseo. Uno que otro transeúnte en las calles laterales; más adelante un coche de sitio que volvía a la ciudad; cerca de este un elegante cupé que, tirado por un soberbio tronco, avanzaba rápido y majestuoso, y en cuya caja charolada centelleaba el sol. Allá, a lo lejos, dejando ver los grandes monumentos del suntuoso paseo, las arboledas parecían estrecharse como empujadas por los palacetes colaterales.

Elena venía triste; Juan bromeaba a propósito de una frase de Margarita; esta sonreía, y con su risa delicada disimulaba cierta penosa curiosidad que en su mente habían despertado los enrojecidos y húmedos ojos de Elena. Alfonso la miraba extasiado, jugando con los guantes, entretenimiento que era en él característico cuando no estaba triste.

—¿Y quién es esa amiguita a quien esperan ustedes? —preguntó Juan.

Se habló de Conchita Mijares. Elena dijo quién era, y con pocas palabras describió a la joven, y en pocos rasgos la dio a conocer a sus primos, los cuales manifestaron gran deseo de conocer a la muchacha.

Al pasar por el Hotel de Iturbide,³ Juan detuvo el coche.

¹ 1901-1902: *llorar. por llorar...*

² 1901-1902: *entraba por entró*

³ Sobre el Hotel de Iturbide, *vid. supra*, cap. xxxvii, nota 1.

—Las dejo aquí. Me esperan a comer unos amigos... Pablo será de los comensales.

—¿Te vas? —dijo Elena.

—Hija mía —respondió—: las dejo muy a pesar mío... Pero un compromiso anterior me obliga a ello... ¡Adiós!

Sonó la portezuela al cerrarse, sonó con ese ruido seco, sordo y aristocrático que en las altas horas de la noche y en las calles silenciosas suele delatar al carruaje rico y hermoso; subió el lacayo al pescante, y el soberbio tren avanzó lentamente, entre otros muchos, por la estrecha y concurrida calle. Parose a poco para dar paso a un tranvía cuyo silbato detenía a los transeúntes en ambas aceras. Un vendedor de flores ofreció su mercancía. Tomó Alfonso varios ramos de violetas, dio una moneda al rapazuelo y ofreció a sus primas los ramilletes húmedos y fragantes cuyos aromas llenaron el interior del carruaje.

—Dame unas... —dijo el joven en tono de ruego a Margarita.

Esta separó algunas y las colocó graciosamente en la solapa de su primo, murmurando al ponerlas:

—*Honni soit qui mal y pense!*⁴

Y agregó con viveza:

—¡Que nadie, al verte, recuerde la frase de Alfonso Karr!⁵

Después de la comida se charló alegremente en la antesala, mientras se tomaba el café.

—¡Toquen! —dijo don Juan a María.

—¡Papá! ¿Te olvidas de que estamos de luto?

⁴ 1901-1902: *pense. por pense!* // 'Es un hombre sin honor, un mal caballero el que piense mal de esta acción'. De acuerdo con una de las versiones que circulan acerca del origen de este dicho, Eduardo III, rey de Inglaterra, se hallaba en un sarao en el que "danzaba también su dama favorita, la condesa de Salisbury, a la cual se le cayó una liga que el rey se apresuró a recoger. Esta acción, que los cortesanos interpretaron a su modo con una sonrisa maligna, llenó de rubor a la condesa" e hizo que el monarca pronunciara la frase de marras, que se convirtió en lema de la orden de la jarretera, instituida por él hacia 1349 (Vanderlepe 1842, pp. 182-183; la traducción proviene de esta fuente).

⁵ Jean Baptiste Alphonse Karr fue un crítico y novelista francés, autor de *Généviève* (1838) y *Voyage autour de mon jardin* (1845), entre otras obras por las que ganó gran popularidad. En su faceta periodística, llegó a ser editor de *Le Figaro* (1839), en el que solía publicar; además, fundó los periódicos *Les Guêpes* (1839) y *Le Journal* (1848).

—No, pero... ¿no ves que estamos en familia?

Y oyendo música se pasó casi toda la tarde.

Vino Ramón, pero en vano fue esperado Pablo. Había solicitado permiso para no ir al escritorio.

—Falta mucho tu hermano... —advirtió don Juan a Margarita—. Su ausencia entorpece mis negocios... Hoy no he despachado mi correspondencia. Di a Lola que llame al orden a ese muchacho.

La joven se puso roja como una amapola. Elena se atrevió a contestar:

—Falta porque Juan no lo deja en paz... Hoy se lo llevó a comer con unos amigos...

—Vaya con él, norabuena,⁶ pero después del trabajo.

—Ya se lo hemos dicho, tío: Juan es causa de todo.

—Déjate, muchacha, que bien me sé yo lo que es el tal Juanito. En París hacía lo mismo. Tenía yo un excelente secretario, y como Juan le traía de aquí para allá, tuve que despedirle y tomar un viejo, con quien mi señor don Juan no pudiera hacer buenas migas... En fin —agregó levantándose—, ¿no vais a recibir a vuestra amiga? Llevaos el coche, e idos con Ramón, ¡porque con Pablo no contaréis hasta mañana! Alfonso: ven conmigo al despacho... Te dictaré algunas cartas.

Salió el capitalista. Alfonso se despidió de sus primas y se fue.

Doña Carmen y María montaron en un cupé. Ramón y sus hermanas se fueron en un landó. Eran las seis. A las seis y cuarenta llegaría el tren de Veracruz.

Al despedirse de sus sobrinas, díjoles doña Carmen:

—Traedme a vuestra amiguita. ¡Si queréis el coche, pedídmelo!

⁶ 1901-1902: *enhorabuena*, por *norabuena*,

LIV

Al llegar a la estación supieron que el tren llegaría con media hora de retardo. Dejaron el carruaje y fueron a pasearse por el andén, donde muchas gentes iban y venían, cansadas de esperar.

Ramoncito se encontró allí a varios amigos, paisanos suyos, estudiantes todos, que habían ido a recibir a sus parientes, los cuales venían a pasar las fiestas de septiembre.

Detúvose a charlar el chico y, mientras, Elena y Margarita llegaron hasta el extremo del andén.

El sol declinaba y por la región del norte persistía aún leve claridad violácea. Resonaban a lo lejos silbatos de trenes y de máquinas, bocinas de tranvías, y de cuando en cuando, a los rumores de la ciudad cansada venían a juntarse los ecos de no distante banda militar. Bandadas de gorriones cruzaban el espacio, y grato¹ vientecillo refrescaba el ambiente caldeado por el día.

Detúvose Margarita a contemplar el panorama que tenía delante: el inmenso recinto de la estación; algunos edificios tristes y sombríos; una casa con aspecto de granja, sombreada por altos chopos cuyas hojas principiaban a caer, anunciando el otoño; los muros leprosos de los barrios ínfimos; arboledas distantes, colinas remotas; el ocaso ignífero; una luz verde, la de la farola de un guardavía, que anunciaba la llegada de un tren. Entre los pardos edificios y sobre los follajes de un huerto cercano, brillaba aquella luz como una esmeralda caída en el negro balasto... Pero la atmósfera era límpida, el cielo estaba despejado y la última claridad solar inundaba apacible los espacios.

¹ 1901-1902: *fresco* por *grato*

Margarita respiró ampliamente, como aquel que deja estrecha habitación y sale a gozar de la frescura de un jardín.

Miró la vía que como cinta férrea se iba y se alejaba, y pensó en Pluviosilla; en las amigas que allí había dejado; en aquellos campos siempre verdes; en los años que allí había vivido; en su alegre niñez; en su tranquila juventud; en su primera impresión amorosa. Y se acordó de Alfonso, y pensó entristecida en² aquel joven a quien había amado, en aquel estudiante inteligente y amable, que un día dejó la tierra natal para venir en busca de ciencia y de fortuna, y que había naufragado, como tantos otros, en el pantanoso lago de la gran ciudad, en la charca infecta en que perecen tantas y tantas almas generosas, dignas de altos y felices destinos; pensó en aquel mancebo infeliz, a quien había visto ese mismo día envilecido, repugnante, degradado, en compañía de una mujer infame...

El pensamiento de la joven varió de objeto repentinamente: dejó las alegres memorias de lo pasado y las tristezas de una ilusión perdida, y volvió a lo que más cerca tenía.

—Dime, Lena —dijo dulce y cariñosamente Margarita—, ¿por qué lloraste esta mañana en Chapultepec?

—Se te ha ocurrido eso —replicó la ceguezuela, contrariada por la pregunta— y nadie te lo quitará de la cabeza...

—Habías llorado, Lena... Tus ojos estaban rojos y húmedos...

—No había llorado...

—No debes ocultarme nada... ¿Qué mejor amiga que yo? ¿No te inspiro confianza?

—¡Por Dios, Margarita! ¡Piensa que me apenas y me acongojas!

—Lena... No puedo callarlo más... Tú has correspondido al amor de Juan...

—¿Yo?

—Sí.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Alfonso?

—No. Lo he comprendido yo. Esos amores, Elena, van a ser tu desgracia.

² 1901-1902: *pensó en Alfonso, y recordó entristecida a por se acordó de Alfonso, y pensó entristecida en*

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Crees que Juan es malo?

—No sé si es malo o si es bueno; ¡pero creo que en esos amores no está tu felicidad!

—Pero, por Dios, Margot, qué cosas se te ocurren.

—Habla de eso a mamá.

—No le hablaré de ello.

—Harás muy mal. Yo le diré todo.

—Y yo le diré que Alfonso te enamora.

—Lo sabe ya.

—¿Lo sabe ya? ¿Quién se lo dijo?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí. Y ahora le diré algo más.

—¿Qué cosa?

—Que hoy he dado mi corazón a Alfonso.

Sonó la campana anunciando la llegada del tren, silbó la locomotora y la multitud corrió a colocarse³ en el hangar.

Ramón vino a reunirse con sus hermanas.

—Quédense aquí. Yo buscaré a Conchita... y la traeré.

Llegó el tren y a poco la señorita Mijares entraba en el landó con sus amigas.

—¡Pero, muchachas, muchachas —exclamaba—, qué lujos son estos! ¡Si tenéis un tren digno de un príncipe! ¡Cómo me gustan a mí estas cosas!⁴

³ 1901-1902: *colgarse* por *colocarse*

⁴ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 27.

LV

—Hija mía... Debes decir la verdad.

—¡Verdad te digo! —respondió la ciega.

—Antes de que tu hermana me hablara de ello, puedes creerme, ya estaba yo al cabo de todo...

—¿Al cabo de qué?

—¿Crees tú, Elenita, que a mis años y con mi experiencia, no podía darme cuenta del interés que habías despertado en tu primo?

—En eso tal vez tenga usted razón... Pero de eso a que yo haya correspondido al amor de Juan, hay mucha diferencia.

—No tengo motivos para creer que seas capaz de engañarme... Pero, si las apariencias no mienten, cualquiera creería...

—¡Me ama! Juan no me ha dicho una palabra de amor... Me distingue, me obsequia, me prefiere a Margot... y ¡nada más! ¡Acaso mi desventura le causa lástima!

—¡Bien, Lena!... ¡No hablemos más de esto! ¡Óyeme! Te ruego que me escuches dócilmente, sin esa rebeldía que constituye el fondo de tu carácter; rebeldía que siempre ha sido para mí causa de inquietud, lo mismo que para tu padre...

—Siempre me acusa usted de rebelde y de voluntariosa, como si constantemente me opusiera yo a obedecer a usted y a seguir sus consejos... No me han comprendido ustedes. Yo soy buena, sumisa, ¡vaya!, ¡hasta dulce de carácter! ¡Todos lo dicen, todos lo cuentan, todos me lo repiten!

—Nadie dice lo contrario, hija mía... Pero, preciso es decirlo, a veces...

—¿A veces qué?...

—A veces, cuando en ti está contrariada alguna pasioncilla..., no aceptas consejo ni advertencia... Mira: te voy a hacer una pregunta, una sola, una y nada más..., pero a condición de que me respondas sinceramente.

—Pregunte usted, mamá.¹

—¿Vas a contestarme la verdad?

—Sí.

—¿Nada más que la verdad?

—Nada más.

—¿Eres conmigo tan franca y sincera como tu hermana?

—Sí.

—¿Me confías cuanto piensas y sientes, como ella lo hace?

—Ya van dos preguntas.

—¡Y cien que fueran, hija mía! ¿Niegas a tu mamá el derecho de hacértelas?

—No, pero...

—En mí debías de ver a tu mejor amiga.

—Me dice usted eso porque yo no soy como Margot, que tiene muchas amigas, a quienes dice todo, y a usted le consulta cuanto le ocurre y cuanto piensa hacer...

—Sí, y así debías hacer tú, criatura. Una madre nunca da un mal consejo...

—Pero, mamá... ¡Si yo nada tengo que consultar!

—¡Me ocultas algo, Elena!

—Nada oculto.

—Margarita me ha confiado la inclinación que² le demostraba Alfonso.

—¿Y nada más eso? ¿A que no le ha dicho a usted que ya son novios?

—Ya lo sé.

—¿Y quién lo ha dicho?

—Margarita.

—¿Y aprueba usted esos amores?

—No los repruebo..., aunque preferiría que no existieran.

—Es mucho decir..., cuando Alfonso es el preferido de todos en esta casa.

¹ 1901-1902: *mamá!* por *mamá*.

² 1901-1902 incluye: *hacia ella*

—Alfonso no es un mal muchacho...

—¿Y Juan?

—Juan, hija mía... ¡Te lo diré porque es preciso y porque tú no se lo dirás! Juan no me gusta. Su vida es muy disipada...

—¡Qué empeño en hacer de Juan un calavera y un perdido!...³

—¡Tanto así no he dicho, criatura! ¡Ese muchacho, los mismos de su casa lo dicen, está acostumbrado a la vida libre de París!

—Alfonso también.

—Acaso... Pero es lo cierto que nada tenemos que echarle en cara...

—¿Y a Juan?

—A Juan sí.

—¿Qué cosa?

—Sus galanteos a la cómica esa...

—Nada tienen de particular esos obsequios...

Doña Dolores observó⁴ en el semblante de la ciega una viva contrariedad; una contrariedad penosa que se reveló y se hizo patente en el gesto de la joven.

—Vamos, Elenita. Si tú fueras novia de Juan...

La ciega sonrió dulcemente. Doña Dolores concluyó:

—¿Verías con indiferencia los obsequios de Juan a esa mujer? Respóndeme.

—Si fuera novia de Juan, no. ¡Pero como no lo soy!⁵

—Y si hoy, mañana, cualquier día..., Juan te dijera que te amaba, ¿qué le responderías?

—No lo sé.

—¿Te es agradable?

—Sí, mamá... ¡A qué negarlo!

—¿Llegarías a amarle?

—Tal vez.

³ *Calavera*: 'Hombre de poco juicio y asiento' (RAE 1899, s. v.). // *Ser uno un perdido*: 'Ser hombre sin estimación ni crédito' (RAE 1899, s. v. "perdido").

⁴ 1901-1902: *observa* por *observó*

⁵ 1901-1902: *Pero como no lo soy.* por *¡Pero como no lo soy!*

—Pues, hija..., cierra tu corazón a ese afecto. Ese hombre no es para ti... ¿Has advertido la ligereza de su carácter? ¿Te has dado cuenta de que para él no hay nada respetable? ¿Te has dado cuenta de sus ideas morales, de su falta de corazón, de sus ideas religiosas?...

—No, mamá. ¡Pobre Juan! No le conceden ni⁶ una sola cualidad... Ni Pablo se la concede...

—Por algo será.

—Juan no es malo... Pero, a fuerza de decir que lo es, han de conseguir que no sea bueno.

—Nadie le dirá nada.

—¿Y por qué apruebas o, al menos, toleras los amores de Margarita con Alfonso, y te repugna que Juan..., vamos, que Juan fuese mi novio?

—Por lo que tengo dicho.

—Pero, mamá..., ¿no me basta con la desgracia de ser ciega? ¿Todavía se quiere que cierre yo mi corazón a un noble y sincero afecto?

Los ojos de la ciega centellearon húmedos. Doña Dolores se acercó a ella, la abrazó tiernamente, le dio un beso en la mejilla y díjole con voz empapada en lágrimas:

—¡Alma mía..., no!⁷ ¡Deseo tu dicha y tu felicidad!

A la sazón llegaban Margarita y Ramón en compañía de Concha Mijares.

—¡Lolita! —exclamó esta al entrar—. ¡Hemos hecho todas las compras! Venimos de la casa de don Juan... ¡Qué amable es la señora! ¡Y María es muy amable! ¡Y el señor muy obsequioso!

Y agregó entre seria y jovial, con alegría de niña mimada:

—Y los primos..., ¡qué guapos!

⁶ 1901-1902 no incluye: *ni*

⁷ 1901-1902: *Alma mía..., no.* por *¡Alma mía..., no!*

LVI

No bien hubo partido el coche en que se fueron con Pablo las tres señoritas, doña Dolores se arrepintió de haber dado su consentimiento para que sus hijas asistieran a la ópera. Y pensaba: “Aquí nadie conoce a las muchachas, como no sean unas cuantas personas, las cuales, de seguro, no estarán en el teatro. No temo la desaprobación de nadie, porque nadie desaprobará que reciente como está el fallecimiento de Eugenia, las niñas hayan dejado el luto y anden ya en fiestas y espectáculos; pero lo cierto es que no estoy contenta de mí; ¡he sido débil en ceder a los deseos de mis parientes y a las súplicas de Concha! ¡Pero qué loca es esta criatura! Apenas ayer conoció a la familia de Juan y ya tiene en aquella casa suma confianza. ¡Ni mis hijos ni yo nos atreveríamos a tanto como ella! Con Juanito y con Alfonso trata como si fuesen viejos amigos. Pero, en fin, ¡no hay mal que por bien no venga!... ¡Juan galantea a Conchita y esta se deja galantear de mi sobrino! ¡Mejor que mejor! Esto servirá muy oportunamente para que ese muchacho me deje en paz a Elena... La pobre niña se ha interesado por su primo... Y yo me lo explico muy bien. Su desgracia la separa y aleja,¹ en cierto modo, de la vida de su hermana. Nunca había escuchado una palabra amorosa porque, como es natural, nadie, por lástima o por respeto, o porque hay cosas que son imposibles, ha puesto en ella ese afecto que une dos corazones y enlaza dos almas y las obliga a dejar a padres y hermanos para encender un nuevo hogar y crear una familia. Lena no ha tenido más que el cariño de la familia y de sus amigos, cariño profundo, a no dudarlo, pero que lleva en el fondo algo o mucho de penoso y compasivo interés. Juan es listo... En su trato y en su conversación

¹ 1901-1902: *dista*, por *aleja*,

con Elena huye hasta de la más leve idea que recuerde a la niña su infortunio y su desgracia... A esto une cierta delicada predilección que ha cautivado a mi pobre hija, y esta le ama..., sí, ¡le ama!² Pero este amor será para la desdichada niña fuente de grandes dolores, de penosos días, de inagotables amarguras... No hay en Juan la alteza de carácter y el profundo sentido³ moral que fueran del caso para que ese mozo uniera su destino al de una joven bella, bellísima, porque mi hija lo es, pero incapaz por su ceguera de brillar y lucir. ¡Cuánta abnegación necesita un hombre para hacer la compañera de su vida y la⁴ madre de sus hijos a una ciega!...⁵ Además mi sobrino es vanidoso y ligero; es un muchacho sin juicio, sin hábitos domésticos, sin amor al trabajo (que no por ser rico no debe amarle) y dado a la alta vida disipada, a las fiestas, a los teatros... Es preciso matar en Elena esa pasión naciente, ese amor que me parece tremendo y fatal, y que crece y crece cada día en el silencio y en la oscuridad. Elena ama a Juan. Creo, como lo afirma mi hija, que Juan no le ha dicho aún ni una sola palabra amorosa... Pero lo que hasta hoy no ha dicho lo dirá mañana, o⁶ habrá boda y la niña llorará bien pronto tristes desengaños. Es preciso tomar consejo. Voy a escribir al padre Anticelli”.

Y la buena señora se puso a escribir.

Concluida la carta, la cual no fue corta, doña Dolores llamó a Filomena y le dijo:

—Ven, mujer. Recemos el santo rosario...

Después de la una de la mañana llegaron las niñas, acompañadas de Ramoncito.

—¿Y Pablo? —preguntó la dama.

—¡Nos dejó al salir del teatro y se fue con Juan! —contestó Margarita.

—¡Siempre lo mismo! —respondió la madre tristemente—. ¿Os habéis divertido?

² 1901-1902: *ama. por ama!*

³ 1901-1902: *sentimiento por sentido*

⁴ 1901-1902: *su esposa y por la compañera de su vida y la*

⁵ 1901-1902: *ciega! por ciega!...*

⁶ 1901-1902: *mañana. No por mañana, o*

—¡Mucho! ¡Mucho! ¡Qué encanto! Lolita: que nos den una taza de té... Los muchachos querían llevarnos a la Maison Dorée...⁷

—Pero yo no quise porque era ya muy tarde... —agregó Margarita.

Filomena había servido el té, mientras las muchachas andaban por el tocador. Pronto estaban en torno de la mesa.

—¿Sabe usted, Lolita? —rompió a charlar Conchita Mijares.

—¿Qué, hija mía?

—¿Sabe usted quién estaba en la ópera y⁸ nos fue a saludar a la platea?

—¿Quién?

—Mi expretendiente...

Margarita, Elena y Ramoncito reían.

—¿Quién de tantos? —respondió dulcemente la dama.

Concha hizo un gestecillo malicioso y agregó:

—Samuel Trabanco.

—¿Y qué hace aquí ese loco?

—Trata de erigir monumentos a los hombres célebres mexicanos... A las celebridades vivas.

—Calla, muchacho; ¿a qué recordar esas tonterías?⁹

—También —prosiguió el chico— trata de medrar y prosperar a la sombra del episcopado...

—Iba de lo más guapo... Muy atacado con el frac. Pero no ha variado... ¡Qué ha de variar! ¡El mismo coramvobis¹⁰ y la misma prosopopeya! ¡El mismo tono de misa solemne, como si entonara el prefacio! Y ese aspecto entre profano y levítico...

—Sí —interrumpió Ramón—, como algo que no es de carne ni pescado.

—¡El mismo de siempre! —siguió diciendo Conchita Mijares.

⁷ La Maison Dorée era un lujoso restaurante afrancesado propiedad de Charles Récamier. Hacia 1894 se ubicaba en el número 3 de la 2.^a calle de San Francisco, "en el local que antes ocupó la antigua Casa Messer, hoy esquina de Isabel la Católica y Francisco I. Madero" (Gutiérrez Nájera 2018, p. 133n).

⁸ 1901-1902 incluye: *que*

⁹ 1901-1902: *tonterías!* por *tonterías?*

¹⁰ *Coramvobis*: 'Aspecto de la persona, en especial la gruesa y corpulenta, que afecta gravedad' (RAE 2014 s. v.).

—Ahora le ha dado por que está emparentado con las más altas personalidades políticas, y no se cansa de decir que goza de la confianza del delegado apostólico, que monseñor Fuentes tiene en él un firme y sabio consejero, y que el señor arzobispo...

—¡Calla, Ramón!... —exclamó la señora.

—¿Por qué, mamá? La verdad debe decirse...

—No.

—Vea usted, mamacita: yo no digo mentiras. ¿No es verdad que Samuelito Trabanco revolvió en Villaverde todo, todo, todo? ¿Que sembró cizaña en la cristiana y católica grey? ¿Que¹¹ impulsó al obispo a hacer desatinos? ¿Que¹² puso odios entre los clérigos, rencores entre el pastor y las ovejas? ¿Que¹³ luego, con motivo de no sé qué negocios mercantiles, hizo mil tonterías? ¿Que¹⁴ después...? ¡Vamos! ¡Con decir que acusó al padre Doyagüe, su confesor, un santo sacerdote, de haber violado el sigilo sacramental!

—¡Silencio y no hables más, Ramón!

—¡Bien!... ¡Pues callaré!

—Sí, y hablemos de otra cosa... ¿Y la ópera?

—¡Muy buena, mamá!

—¡Qué linda es *Aída*!¹⁵ —exclamó la monologuista—. ¡Y qué bien que Samuel Trabanco imita a las cantantes! Ahora en el antepalco nos hizo reír mucho. ¡Con qué facilidad imita y remeda a todo el mundo! ¿Le oyeron ustedes remedar al señor arzobispo?

¹¹ 1901-1902: *grey; que por grey? ¿Que*

¹² 1901-1902: *desatinos; que por desatinos? ¿Que*

¹³ 1901-1902: *ovejas; que por ovejas? ¿Que*

¹⁴ 1901-1902: *loterías; que por mil tonterías? ¿Que*

¹⁵ Esta ópera de Giuseppe Verdi, cuyo estreno mundial tuvo lugar en 1871, fue representada el sábado 20 de octubre de 1894 en el Teatro Nacional, cuando Francesco Tamagno estuvo de gira en nuestro país por segunda vez; el tenor interpretó el papel de Radamés (cf. sin firma, “‘Aída’ en el Teatro Nacional. Segundo triunfo de Tamagno”, en *La Patria*, año XVIII, núm. 5 377, 23 de octubre de 1894, p. 2; sobre Tamagno, *vid. supra*, cap. XVIII, nota 10). Aunque las fechas no coinciden, pues Conchita asistió a la ópera en septiembre, esta podría ser una referencia a la actuación del cantante italiano.

—Según veo, sigue ese muchacho sus inclinaciones de bufón... —dijo gravemente la señora—. No hablemos más de él. Vaya, hijas mías: ¡a dormir, que a poco nos sorprende aquí la luz del día!

—Sí —exclamó levantándose Ramoncillo—; pero conste que Samuelito Trabanco no ha variado de carácter, y guarda que estados mudan costumbres, ¡y que sigue siendo bufón de ricachos y de obispos! ¡Buenas noches! Digo..., ¡buenos días!¹⁶

¹⁶ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 28.

LVII

Terminaba septiembre y la familia de Conchita Mijares la llamó con insistencia, indicándole que regresara con algunos paisanos que de un día a otro debían volver a Pluviosilla, pero la monologuista estaba muy bien hallada en México y ya no se acordaba de su Óscar, de quien la chicuela se decía perdidamente enamorada.¹

—¡Este es mi último amor! —repetía el día de su llegada, contando a Margarita los encantos de “aquel idilio”—. ¡Mi último amor!

Pero ahora, y sobre todo si era en presencia de Juan o de Alfonso, mostrábase contrariada cuando le hablaban de su novio, quien, disgustado de que la chica no contestara, había terminado por no escribirle ya.

Bien coqueteaba Concha con el Juanito, quien no salía de la casa de sus primas, las acompañaba a todas partes y tarde a tarde las llevaba al bosque.

Como la monologuista era simpática y muy zalamera, don Juan, doña Carmen y María estaban encantados con el carácter ligero y bullicioso de la muchacha. Supieron que era pobre y la colmaron de atenciones y de obsequios. Tuvo vestidos, guantes y sombrerillos que María y doña Carmen le regalaron; don Juan la obsequió con² unos pendientes de perlas; Juan le³ mandaba dulces y flores, y hasta Alfonso se mostró dadivoso con la joven, a quien ofreció, ricamente encuadernados, libros de Alfonso Daudet y una obrita de Coquelin acerca del arte dramático, libro que fue muy del agrado de la señorita.⁴

¹ 1901-1902: “*Perdidamente enamorada*”. por *perdidamente enamorada*.

² 1901-1902: *le dio por la obsequió con*

³ 1901-1902 no incluye: *le*

⁴ Respecto de las obras de Coquelin, *vid. supra*, cap. XLV, nota 3.

Margot y Elena se excusaban frecuentemente de ir a la ópera, pero Conchita no faltó ni una sola noche, y cuando no iban sus amigas se quedaba en la casa de don Juan. Cenaba allí frecuentemente, y después de la cena recitaba en el salón poemas de Velarde y de Campoamor.⁵ Dejábale cortejar de Juan, lo cual, muy a pesar de la aparente y calculada indiferencia de Elena, no era del agrado de esta. La pobre ceguezuela no se daba cuenta de las coqueterías de Conchita, pero Margot le habló de ellas y le dijo:

—¿Ya lo sabes? Esto te probará que no debes dar oído a las palabras amorosas de Juan.

—¡Tú siempre con el mismo tema! —respondióle la ciega—. Mi indiferencia... te probará que no me intereso por Juan, como tú supones...

Doña Dolores se felicitaba de las coqueterías de Conchita Mijares e insistía en detener a esta, con objeto de que Elena se convenciera de la falsedad de los afectos de su primo.

Conchita deseaba no volver tan pronto a Pluviosilla; doña Dolores la detenía, y la familia de la chica, a su vez, cedía, regocijada y sabedora del disgusto de Óscar.

La monologuista subía y bajaba con María y con los hermanos de esta,⁶ y la insípida muchacha encontró en la Mijares una compañera muy agradable y complaciente, que ni era molesta como la ciega, a quien había que traer y llevar como a una chiquilla, ni tan grave y discreta como Margot.

El mayor placer de Conchita era presentarse en el palco con la familia de don Juan e⁷ ir a la Reforma, todas las tardes, en landó abierto.

La contrariaba, sí, el no poder presentarse en el teatro tan ricamente ataviada como María, mas, por fortuna, los obsequios de su amiga y de doña Carmen

⁵ Se trata de los poetas españoles José Velarde y Ramón de Campoamor. El primero, considerado poeta lírico, era íntimo amigo de José Cavestany, con el que escribió un drama histórico y de quien se citó una obra en un capítulo previo (*cf.* sin firma, "Noticias de España", en *El Correo Español*, año III, t. III, núm. 563, p. 1; *vid. supra*, cap. L, nota 1); también mantuvo amistad con Gaspar Núñez de Arce y José Zorrilla, a los que Rafael Delgado dedicó sendas conversaciones literarias (Delgado 1953b, pp. 33 y 109). Por su parte, Campoamor era miembro de la Academia española; con sus composiciones conquistó tanto la gloria popular como el reconocimiento oficial. En sus *Lecciones de literatura*, Rafael Delgado usó sus poemas para ejemplificar algunos usos gramaticales (*cf.* 1904b, pp. 186-189 y 199).

⁶ 1901-1902 y 1903: *ella*, por *esta*, // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

⁷ 1901-1902: *y el* por *e*

vinieron a sacarla de penas, y en dos o tres días, con ayuda de Margot, los vestidos quedaron hechos.

María, por su parte, se mostró de lo más delicada, y ya por rasgo de pura bondad en favor de su amiga, ya porque no creía que la ópera tuviera en México las mismas exigencias que en París, iba al teatro muy sencillamente ataviada. No llevaba ricas alhajas.

—¿Para qué? —dijo—. ¡Ya sabe todo el mundo que las tengo!

Y en el paseo,⁸ en el palco, en la mesa, en todas partes, seguía el flirteo⁹ con Juan, y era constante el palique, con desaprobación de Linares, provocando gestos del canónigo y haciendo reír dulcemente al padre Grossi, que al ver aquello decía para sus adentros: *La gioventù! La gioventù!*

Y hasta llegó a indicar que invitaría a la Conchita para que recitara un monólogo en una fiesta que tenía proyectada, a beneficio de la obra de su ermita de San Francisco de Sales, como el buen italiano decía siempre.

Mientras tanto, Alfonso se mostraba de lo más discreto en sus amores con Margot. La seriedad de la joven, cuya dulzura y cuya rubia belleza tenían loco al muchacho, era un poderoso estímulo a nobles ideales y a sencillas pero graves aspiraciones. Nada de apasionamientos líricos; nada de galanteos frívolos; nada de miradillas mortecinas ni de romanticismos cursis.

Margot estaba en su puesto; Alfonso en el suyo, y ni el más perspicaz se habría dado cuenta del amor del joven y de su blonda prima.

Juan, muy ocupado en atender a Conchita, no era para su primo Pablo mefistofélico tentador, y el mancebo, con gran satisfacción de doña Dolores, volvió a su vida metódica y a su laboriosidad genial.

⁸ 1901-1902: *la ópera*, por *el paseo*,

⁹ 1901-1902: “*flirteo*” por *flirteo* // Esta voz no fue admitida en el *Diccionario* de la Academia sino hasta 1927, con el significado de ‘coqueteo’ (RAE 1927, s. v.). Llama la atención que en el testimonio de 1903 aparezca sin ningún énfasis tipográfico, lo que quizá podría atribuirse a la familiaridad con que en la época se veían la cultura y el idioma franceses.

LVIII

No tardó en contestar el padre Anticelli.

† Pluviosilla, septiembre 30 de 1894

Sra. Da. Dolores Buruaga de Collantes.

México.

Hija mía:

Hasta hoy puedo contestarte tu carta del día 21, porque he estado enfermo diez o doce días, y tan mal que ni he dicho misa. Ya esta máquina anda mal, cada día peor, y a mis setenta y tantos años todo se vuelve achaques y dolamas. Pídele a Dios por mí, para que me dé una buena muerte.

Quedo enterado de lo que me dices. ¡Buen olfato tengo yo!¹ Pon a esos afectos oportuno remedio.

Lo otro no me parece malo, pero no hay que fiar.

Respecto a Pablo, lo que debes hacer es llamarle al orden dulcemente. No le irrites, y confía en Nuestro Señor.

Todo esto, como recordarás, me lo imaginé yo. De ello te hablé. Por cierto que observé que te contrariaban mis dichos.

Si ese mozo no entra por el camino recto, habrá que disponer las cosas de modo que vuelva a su antiguo empleo. Te hablé de los peligros de las grandes ciudades. La vejez sabe mucho. O, como ustedes dicen, más sabe el diablo por viejo que por diablo.

¡Que Dios os bendiga, hija mía!

A tus oraciones se encomienda este pobre viejo, tu servidor y capellán.

¹ 1901-1902: *Buen olfato tengo yo.* por *¡Buen olfato tengo yo!*

La carta del jesuita llegó en momentos en que doña Dolores estaba muy tranquila. La conducta de Pablo la tenía satisfecha y las coqueterías de Conchita con Juanito serían, a juicio de la buena señora, motivo suficiente para que Elena, que no ignoraba lo que pasaba, prescindiera de su primo.

“¡Pobre padre Anticelli! —pensaba—. ¡Por fortuna está conjurada la tormenta!”.

Al volver Pablo del despacho trajo una carta del general Surville. Las niñas estaban en México con Ramón. Habían ido a traer a Conchita Mijares, a quien María había retenido el día anterior.

Doña Dolores y su hijo leyeron la carta.

En ella decía el general Surville que, en virtud de las facultades que Eugenia le había concedido en el testamento, había puesto ya a disposición de don Juan la cantidad de veinticinco² mil francos, más otros diez³ que él, por su parte, en memoria de su esposa, agregaba al legado de esta; que Eugenia había dispuesto que tal cantidad la recibiera doña Dolores, como la habría recibido don Ramón, con destino a toda la familia, y para que formara, por decirlo así, parte de la fortuna paterna; que igual destino daba a los [diez]⁴ mil francos del aumento; que el dinero había sido entregado ya al cajero de don Juan en París, con orden de que el capitalista lo entregase en México a doña Dolores; que, además, Eugenia había ordenado se remitieran a sus sobrinas algunos encajes, cuarenta metros de ellos, los cuales habían sido entregados también al cajero... Los encajes estaban valuados en dos mil francos.

Doña Dolores, bañada en lágrimas de agradecimiento, acabó la lectura de la carta e inmediatamente dictó a su hijo la contestación.

—Con ese dinero —dijo al concluir, y mientras el muchacho le presentaba la pluma para que firmara—, con ese dinero que, según me dices, casi quedará

² 1901-1902: *diez* por *veinticinco*

³ 1901-1902: *veinticinco* por *diez*

⁴ En ambos testimonios se lee *veinticinco*; sin embargo, como se ve líneas arriba, el aumento corresponde a la suma que el general Surville añadió al legado de su esposa (diez mil francos). El error tuvo su origen en la modificación de las cantidades que se hizo en la edición de 1903.

duplicado por el cambio, habrá para vivir modestamente; volveremos a Pluviosilla, volverás a tu empleo... y Dios dirá...

—No me opondré a ello, mamá —dijo el joven—; si allá vive usted contenta, ¡volveremos a Belchite!⁵

—Sí, y cuanto antes mejor... Ya hablaré con Juan... Le suplicaremos que...

—Sí; negociaremos el giro... Y los encajes... ¡ya vendrán!

—O que nos dé el dinero...

—Sí, pero con abono del cambio...

—Compraremos casas en Pluviosilla... Viviremos en una... y las otras nos darán una rentecita segura. Tú trabajarás, Ramón acabará la carrera... Y conformémonos con nuestra suerte, ¡que para vivir felices poco necesitamos! Mañana hablaré con Juan. Indícale esta tarde algo del asunto... y recoge y entrega esa carta que está allí en el tarjetero y llévasela a Concha. Me temo que María la detenga.

—No será María quien lo haga... Juan será quien obligará a María a detener a Concha... ¡Ya deseo que se vaya! ¡No he visto criatura más coqueta!

—¡Es cosa de su carácter!

—¿Carácter? Jure usted que ya se mira casada con Juan. Yo quiero mucho a mi primo, mamá; pero le conozco muy bien... No se casará jamás, y menos con una muchacha así como Concha... ¡Juan no ha nacido más que para vivir de fiesta en fiesta, de placer en placer! Si algún día se le ocurre casarse, será con una rica... Es ambicioso, pero no trabajará nunca. Gastará lo que herede... y entonces ya procurará casarse con alguna rica heredera...

—Por Dios, hijo mío..., ¡que no cultives mucho la amistad de tu primo! Trátale bien, pero sin esa intimidad que veo en ustedes...

El joven se sonrojó.

—¡No, mamacita! ¡No tema usted! —exclamó, abrazando a la señora—. ¡No! —repitió, y le besó la frente.⁶

⁵ Sobre Belchite, *vid. supra*, cap. xv, nota 6.

⁶ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 29.

LIX

—Mamá —decía sigilosamente Margarita—, ¡esto ya no es tolerable! ¡Las coqueterías de Concha con Juan son insufribles! ¿Cuándo se irá?

—Pronto, hija mía. Lee esta carta.

Doña Dolores dio un papel a Margarita. Era la carta de la tía de Concha. Suplicaba que la joven regresara cuanto antes a Pluviosilla. La madre de la monologuista estaba enferma y era preciso que la niña volviese.

—Ya encargué a Pablo que la traiga esta tarde, y se irá mañana. Mañana partirán con su¹ tía las muchachas López, y no hay que perder la ocasión. Si has de escribir a las Pradillas y a las Arteagas, no pierdas tiempo y escríbeles. Yo también he de contestar al padre Anticelli.

En seguida hablaron de la carta de Surville, de la cual nada había dicho la señora a su hija. Doña Dolores comunicó a Margot su proyecto de volver a Pluviosilla.

—¡Pero, mamá!... ¡Qué dirán de nosotras! Quitar casa y levantar el campo... y ¿para qué? ¿Para volver cuatro o cinco meses después? Me parece que lo más conveniente sería quedarse aquí...

—¡Ay, Margot! ¿No dices eso porque un afecto te retendría aquí?

—No, mamá...² Pero ¿no es verdad que nuestro regreso daría mucho que decir a nuestros paisanos?

—Sí que lo daría... Mas pienso en que lo conveniente, ya que la generosidad de Eugenia ha venido en auxilio nuestro, es que volvamos a nuestra tierra. La vida

¹ 1901-1902 y 1903: *tu por su* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

² 1901-1902: *mamasita...* por *mamá...*

de México no es para nosotras... Se gasta mucho. Aquí... las exigencias son mayores. ¡No estoy aquí contenta! No sé qué me dice el corazón, pero presiento alguna desgracia... No sé por qué vivo sobresaltada...

—Está usted nerviosa, mamá... ¡Eso es todo!

—Será lo que quieras, hija mía... Ello es que mañana hablaré con Juan, ¡y antes de que llegue el invierno estaremos de regreso!

—Piénselo usted.

—Lo pensaré y veremos...

Llegó Ramón con la monolguista.³ La muchacha venía disgustada.

—¡Qué he de hacer! Me iré, pero ya verán ustedes cómo la inquietud de mi tía no tiene motivo. ¡Si así es siempre!... ¡Más asustadiza y más temerosa no he visto yo⁴ otra mujer!

Y Conchita, rabiando, se quitó el sombrerillo y se descalzó los guantes, y entrándose en⁵ las habitaciones interiores, dijo volviéndose a doña Dolores.

—Voy a hacer la maleta... Dejaré todo listo y, si es posible..., ¿hágame usted ese favor?

—¿Cuál, mujer?

—Que Ramón y Margot me lleven a despedirnos de sus tíos. Ni ellos ni los muchachos estaban allá cuando Ramón me dijo lo que Pablo llevaba encargo de decirme... No pude despedirme. Volveremos con Lena, que no quiso venir. De todas maneras ha de volver a México Ramón.

—Sí, hija mía: irás a despedirte y todos volverán con Elena.

—¡Sí, y mil gracias! Figúrese usted que sería muy feo que me fuera yo, como dicen, a la francesa, sin decir adiós. Ya usted ha visto qué finos han sido todos conmigo, cómo me han distinguido y cómo me han obsequiado... Voy a llegar a tiempo. La mamá de Arturo cumplirá años dentro de cinco días, el 9, y tendremos fiestas...

—Allí te encontrarás con Óscar... —interrumpió Margot.

³ 1901-1902: "*monolguista*". por *monolguista*.

⁴ 1901-1902 incluye: *a*

⁵ 1901-1902 y 1903: *a* por *en* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

—Déjate a Óscar en paz. Ya le arreglaré yo las cuentas... ¡Jesús! ¡Estoy nerviosísima! ¡No me gustan fugas ni prisas!

—Pienso en una cosa —murmuró doña Dolores.

—¿En qué, Lolita?...

—En que⁶ sería bueno avisar a Elena... que las espere.

—Pues nada más fácil —dijo Margot—. Avisar por teléfono...⁷

Y la joven corrió al aparato.

A poco volvió:

—Hablé con el ama de llaves... Vamos, Concha, te voy a ayudar... Yo soy para esto muy expedita.

Y las dos muchachas se entraron en las alcobas.

Concha sacaba prendas del ropero y la blonda señorita las iba colocando en un mundo...

—Me voy, Margot..., y no has querido confesarme tus amores con Alfonso... ¡Vivir para aprender! ¡Aprender para saber! ¡Y yo que hago confianza de ti; que te cuento todo; que para ti no tengo secretos!... Y tú, tan reservada y tan... ¡Mejor es callar!

—No, Concha. ¿A qué confesarte... lo que no es verdad? ¿Quieres que por darte gusto dé por cierto lo que cuentan en Pluviosilla?

—¡Bueno! Pero... niégame que no le desagradas a tu primo.

—No.⁸

—Y niégame que a ti te simpatiza Alfonso...

—No me desagrada... Es guapo y es bueno...

—No digas más.

—No digo más.

⁶ 1901-1902: *Eso por En que*

⁷ Como es sabido, el teléfono fue inventado por Alexander Graham Bell en 1876 en los Estados Unidos; solo dos años después, este aparato llegó a México. El 13 de marzo de 1878 Porfirio Díaz realizó la primera llamada telefónica local. A lo largo de la siguiente década la industria se consolidó: en 1882 se inició el servicio de teléfono público y en 1888 la Compañía Telefónica Mexicana tenía 800 aparatos en funcionamiento. Cabe señalar que los instrumentos telefónicos, símbolo de estatus, eran rentados a los usuarios y se instalaban en sus casas o despachos. Las compañías que comercializaban el servicio prohibían su uso a los no abonados, al tiempo que permitían que los familiares del contratante se dotaran de él (Ibarra 1994-1995, pp. 106-109).

⁸ 1901-1902: *Malo. por No.*

Y en tono de cantaleta escolar dijo Conchita, sílaba por sílaba:

—¡Pues... qué... quiere decir cris... tiano!⁹

A las siete y treinta y cinco tomaron el tranvía Margot y Concha, acompañadas de Ramón.

Al llegar a México la señorita Mijares quiso hacer algunas compras; en ellas anduvieron hasta muy cerca de las ocho.

Después compraron dulces en El Globo,¹⁰ y a Concha le ocurrió despedirse de una amiga.

Cuando llegaron al palacete de don Juan aún estaban de sobremesa.

—¿Y Lena? —preguntó Margarita al entrar en el comedor.

—Acaba de irse... ¡La fue a dejar Juanito! —respondió doña Carmen.

Y en seguida ordenó a los criados que arreglaran la mesa y sirvieran a las tres personas que acababan de llegar.¹¹

⁹ Esta expresión, de la que no encontré registro en los diccionarios que consulté, aparece también en *Angelina*. Dice a Rodolfo una de las hijas del licenciado Castro Pérez (quien, a semejanza de Conchita, es muy dada a las murmuraciones): “—Pues usted lo negará... pero es cierto que Gabriela y usted están arreglados. ¡Todo se sabe!... Para que vea usted que nada ignoramos, le diremos lo que aquí se cuenta. ¿No es cierto que esa niña y usted se pasean en el jardín, solos, solitos?... / —Sí, es verdad... ¿y qué? / —¿Y qué? ¡Pues qué quiere decir cristiano?” (Delgado 1895, cap. LIII, p. 468; las cursivas son mías). Al parecer, la frase sirve para resaltar lo que resulta obvio a quien la pronuncia.

¹⁰ Propiedad del italiano Celestino Tenconi, esta dulcería y pastelería francesa, fundada en 1884, se localizaba en la 1.^a calle de San Francisco y Coliseo (entre lo que hoy es Madero y Bolívar). “Fue una pastelería muy solicitada por la sociedad porfiriana y a petición de burócratas y oficinistas que trabajaban en el centro, instalaron un pequeño salón de té, atendido por la señora Tenconi, donde acudían estos a tomar té con rebanadas de pastel, panes o bocadillos. Fue conocido [como] Salón Tenconi y contaba con bellas decoraciones estilo *art nouveau*” (Barceló 2012, p. 54).

¹¹ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 30.

LX

Avanzaba el carruaje por la calzada de la Reforma, avanzaba lentamente el cupé y a cada lado del paseo, muy mal iluminado en la segunda mitad, los altos y desairados eucaliptos de cada lado parecían desfilan en fúnebre pompa, como revestidos de negros sudarios hechos jirones. Era oscura la noche, y no había en la inmensa y solitaria avenida más claridad que la de los titilantes y mortecinos focos eléctricos que en cada tramo esparcían insuficiente luz, buena parte de la cual se perdía entre el follaje, proyectando negras y colosales sombras.

Por las calles laterales uno que otro transeúnte medroso y asustadizo, que fatigado y urgido iba o venía bajo la penumbra de las arboledas, las cuales, allá a lo lejos, en el distante y oscurísimo fondo, se estrechaban y perdían en una noche impenetrable, que hacia lo alto estaba rota por la silueta vaga del alcázar, cuyas vidrieras iluminadas le daban aspecto de palacio en noche de fiesta.¹ Un simón desvencijado, o próximo a desvencijarse, ruidoso y de vidrios retemblantes, apagada la linterna del lado izquierdo, estaba detenido poco más acá de la última rotonda, y otro, igualmente torpe, venía hacia la ciudad, como cansado y falto de aliento. Al pasar frente al otro coche, el cochero lanzó agudo y vibrante silbido, que fue contestado por el auriga del carruaje parado, como si correspondiera² a la señal inteligente de su compañero.

Lejana tormenta centelleaba en las cimas del Ajusco.³ Por el oriente brillaban pálidas estrellas. El viento nocturno, viento de lejana lluvia, zumbaba en los árboles

¹ Se refiere al alcázar de Chapultepec.

² 1901-1902 incluye: *el auriga*

³ Sobre la sierra del Ajusco, *vid. supra*, cap. xli, nota 4.

y en la hierba⁴ de las acequias colaterales, y traía del cercano bosque, de la calzada de la Verónica y de las huertas de Popotla, misterioso rumor.⁵

Embriagábase Lena con la fragancia de los cojines y almohadillados del cupé, y embriagábase también con el aroma aristocrático de que estaban impregnados los vestidos de su primo, cuyo bigotillo perfumado trascendía a violetas acabaditas de cortar.

—¡A qué tanto desdén! —decía Juan a su prima, en tono de ruego—. ¿Estás celosilla? No tienes razón para ello. ¿No fue todo esto cosa convenida entre tú y yo? ¡Buen resultado nos dio ese plan! Tu mamá no cree en nuestros amores.

—¿Y por qué razón ocultarlos? —replicó Elena—. No puedo darme explicación de ese capricho tuyo... ¡Si he cedido a tus deseos en eso fue para probarte cuánto te quiero!⁶

—¡Gracias, Elenita, mil gracias!

—¡No he merecido ni merezco ese pago! Estoy arrepentida de mi compromiso. ¿Crees que me han sido indiferentes tus atenciones a Concha? Has abusado de mi desgracia... Como no veo, y siempre procuras hablar con esa muchacha lejos de mí, no podía yo saber hasta dónde llegabas.

—¡Pura ficción! Pero ya acabó todo, Lenita mía. ¡Todo acabó! Mañana se irá Concha...

—Sí, pero dime: ¿por qué ese empeño tuyo en que mi mamá no sepa de nuestros amores? Margarita no le ha ocultado nada, y, ya lo sabes, no desapruueba sus relaciones con Alfonso...

—Temí que se opusiera a nuestro amor.

—¿Por qué?

⁴ 1901-1902: *cerca por hierba*

⁵ “Saliendo de Chapultepec —explica Manuel Rivera Cambas— se presenta la calzada de la Verónica, rodeada a uno y otro lado de preciosos campos cultivados, habiendo tomado ese nombre por haber pintado en uno de los arcos cerrados del acueducto, cuando este se construyó, el paño de la Verónica con el rostro del Salvador estampado en él” (1880, vol. 1, p. 323; sobre el acueducto mencionado, *vid. infra*, nota 9). En cuanto a Popotla, hacia fines del siglo XIX era un “pueblecillo” que distaba “poco más de una legua del centro de la Ciudad de México”; como se sabe, debe su fama al sabino o ahuehuate a cuyo pie Hernán Cortés se detuvo a llorar en la llamada Noche Triste, el 30 de junio de 1520 (Rivera Cambas 1880, vol. 2, p. 342).

⁶ 1901-1902: *quiero. por quiero!*

—Por esos malditos rencores de familia, que tú conoces, que todos conocemos, y que ahora, felizmente, gracias al buen tacto de papá, van desapareciendo. Y... desaparecerán, no lo dudes, cuando seas mi esposa, cuando Alfonso sea esposo de Margarita... Mira: ahora sí que no hay por qué ocultarle nada. Me voy a los Estados Unidos... (el viaje durará un mes); le hablaré a tía Lola; le hablaré a papá, y... en pocos días, Lenilla,⁷ serás mi esposa. ¡Linda boda! Dos hermanas casadas con dos hermanos... Una pareja apadrinando a la otra. ¡Y qué bella estarás, alma mía! Ya me parece que te veo vestida con el traje de boda.

—¡Con un traje que no veré!...⁸ —dijo casi en un suspiro la ciega, llevándose el pañuelo a los ojos.

En esos momentos Juan se asomó por la portezuela del cupé y en inglés dijo al cochero que retrocediera lentamente.

—¿Qué dijiste? —preguntó la doncella.

—Que tome por la otra calzada, porque está en obra esta y no podríamos pasar. Habían llegado a la entrada del parque. El carruaje retrocedió.

—¿Por qué vamos tan despacio?

—Porque la mitad de la vía está obstruida con piedras y árboles derribados...

A la derecha, y no muy lejanas, oíanse las cornetas de los tranvías, que a lo largo del acueducto iban para Tacubaya y San Ángel.⁹ En el caserío cercano ladraban unos perros, acaso alebrestados por el paso de un desconocido.

⁷ 1901-1902 y 1903: *Linilla*, por *Lenilla*, // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

⁸ 1901-1902: *Con un traje que no veré...* por *¡Con un traje que no veré!...*

⁹ En el paseo de la Reforma había dos acueductos que se dividían a derecha e izquierda, “conduciendo las aguas potables para el abasto de la ciudad” (Rivera Cambas 1880, vol. 1, p. 301). El acueducto de Santa Fe, que transportaba el “agua delgada” —proveniente de “manantiales situados a grande distancia”—, comenzaba cerca de Cuajimalpa, en la confluencia de las aguas de los montes del Desierto y de los Leones, atravesaba las lomas de Santa Fe, desembocaba en el acueducto de la Verónica y San Cosme, “y después por los tubos subterráneos abastec[ía] por el lado del norte al resto de la ciudad”. Por su parte, el acueducto de Chapultepec, que conducía el “agua gorda”, nacía en la alberca situada en el cerro y llegaba a la plazuela del Salto del Agua, desde donde el recurso se distribuía “por tubos subterráneos en la parte meridional de la ciudad” (vol. 1, p. 327). Es muy probable que el narrador aluda al acueducto de Santa Fe. // Al igual que Tacubaya, el sureño pueblo de San Ángel solía ser lugar de veraneo para las familias capitalinas acomodadas. Esta población se extendía “por un lado hasta Coyoacán y por el otro hasta Tizapam [...]. Hacia cualquier lado que se diri[giera] la vista, se percib[ían] pueblecillos y aldeas pintorescas que [eran] verdaderos lugares de recreo; por todas partes se [veían] arboledas y jardines, las suntuosas quintas de los capitalistas, o las casitas blancas de los campesinos” (vol. 2, pp. 402-403).

Juan estrechaba entre sus manos ardorosas las manos frías y trémulas de su prima.

—¡Tengo miedo! —murmuró esta.

—¿Miedo de qué, yendo conmigo, con tu Juan? —Y atrajo hacia su hombro la cabeza de la joven—. ¿Me quieres mucho, Lena?

—¡Mucho! ¡Mucho! —respondió la joven balbuciente.

—¿Me amas como yo te amo?

—Más que tú. En mi desgracia, en mis infortunios, en las tinieblas en que vivo envuelta, eres para mí felicidad y ventura, dicha y amor; eres luz del cielo, luz incomparable, soñada, pedida, anhelada, luz de sol espléndido, ¡el sol mismo!¹⁰ ¡Juan! ¡Quiéreme tanto como yo te quiero!

—¡Quiéreme como te quiero yo!

Juan dijo a Jack otra frase en inglés y el coche siguió a través de un camino que cruzaba hacia la derecha del ejido, cerca de la capilla de Chapultepec.¹¹

Pasaban los tranvías. El cochero detuvo el cupé. Después, a paso muy lento, prosiguió la marcha y entró en la calzada de la Condesa...¹²

Cuando el lacayo saltó a tierra y llamó a la puerta de la casa, mientras, abierta la portezuela del coche, bajaban de él Juan y Elena, doña Dolores misma vino a abrir.

—¿Y los demás? —preguntó sobresaltada.

—¡Vendrán más tarde, sin duda! —respondió Juan.

—Cuando salimos, no habían llegado aún... —dijo Elena.

—Lo siento... —se apresuró a decir el mozo— porque no podré despedirme de Conchita... ¡Tía! Favor de decirle que lamento no haberla visto para decirle adiós; que, si me despierto temprano, en la estación la veré... Pero... —agregó sonriente y afable— ¡ya usted sabe que madrugar es para mí un suplicio!...¹³ ¡Adiós! ¡Adiós, tía! ¡Adiós, primita!

¹⁰ 1901-1902: *mismo. por mismo!*

¹¹ Probablemente se refiere a la parroquia de San Miguel Chapultepec, situada a la vera de la calzada de Tacubaya (cf. *Directorio telefónico de la Ciudad de México* 1979, mapa 7).

¹² Paralela a la de Chapultepec, la calzada de la Condesa partía del interior de la colonia Hidalgo; era “angosta, bordeada de zanjas”, y formaba “cruceiro con la calzada de la Piedad”, que era “continuación de la de Bucareli” (Prantl y Grosó 1901, p. 701).

¹³ 1901-1902: *suplicio... por suplicio!...*

Dio la mano a la señora, acarició a Elena, poniéndole una mano en el hombro, subió al coche, dio la¹⁴ dirección y saludó desde el cupé.

El lacayo saltó¹⁵ al pescante, el cochero tiró de las riendas, hizo restallar¹⁶ la fusta, y el suntuoso tren partió al trote de los caballos, y se alejó, y se perdió bajo los chopos de la calzada de la Condesa.¹⁷

¹⁴ 1901-1902: *una por la*

¹⁵ 1901-1902: *subió por saltó*

¹⁶ 1901-1902: *resbalar por restallar*

¹⁷ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 31.

LXI

Ocho días después, una mañana, a la hora del desayuno, recibió Margot una carta almizclada, escrita en dos plieguitos de papel inglés, timbrados con una gorrita de *jockey* blanca y roja. Era la carta de Conchita Mijares, y así decía:

Queridísima Margarita:

Aquí me tienes en tu amable y simpática Pluviosilla, donde, según dices y repites, vive una tranquila y contenta, pero donde, a decirte la verdad, esta tu pobre e infeliz amiga se aburre, se fastidia y se muere de tedio y de tristeza.

¡Cómo echo de menos el bullicio y los encantos de esa brillante capital, así como la grata compañía de ustedes y de tus buenos y simpáticos primos!

Figúrate: ¡de México a Pluviosilla! ¡Como quien dice del cielo a la tierra! No sé, no me explico cómo tú, que eres de buen gusto y tienes tanto talento, tú que eres talentosa como dice Arturo, vives suspirando por esta tierra, por la “tierruca”, como aprendiste a decir en aquel libro de Pereda, tu novelista predilecto.¹ Y, a propósito de novelas: unas amiguitas muy simpáticas y muy literatillas me han prestado un libro de los Goncourt que me dicen que es de lo más interesante. Arturo lo alaba mucho y Óscar afirma que es obra de mérito, pero yo creo que este no lo ha leído. ¡Este muchacho es así! Habla mucho de libros, pero yo, a la corta o a la larga, descubro que no los conoce ni por el forro. No lee más que periódicos. ¿Conoces tú esa novela? Esta que me prestaron está en francés, y como yo en esa lengua no soy, que digamos, una profesora, voy entendiendo el libro poco a poco y con mucho trabajo.²

¹ Respecto de Pereda y su “tierruca”, *vid. supra*, cap. VII, nota 6.

² Los hermanos franceses Edmond y Jules de Goncourt, famosos por su vida disipada y sus audaces obras, contribuyeron a desarrollar la novela naturalista en Francia. Sin reparar en el aspecto moral —en el que, un poco más adelante, Margot hace hincapié—, en sus *Lecciones de literatura* Delgado los consideró entre “los escritores que se distinguen por su habilidad en la

Dile a Juan —a tu primo— que ya me las pagará todas; que no fue ni para decirnos adiós; que jamás pude suponer que fuese tan descortés con una amiga como yo, que tanto lo aprecia; sí, que ya me las pagará y que, aunque diga que no sé cumplir lo que prometo, no le he de escribir, como le ofrecí que había de hacerlo luego que llegara yo a Pluviosilla.

Ten la bondad de saludar, de parte mía, a tu mamá, a Lena y a los muchachos. Dile a Ramón que anoche vi en el parque a una pollita que yo sé que a él le gusta mucho y a quien tu hermanito no le parece un saco de paja³ —Lupita Olvera, que está linda como una palma de oro—; que me acordé mucho de él y de lo que platicábamos una noche al volver de la ópera. ¡No olvides decirle esto, mi buena Margot!

Di a Carmelita que le vivo y le viviré de lo más agradecida, lo mismo que a todos, por todas sus finezas para conmigo; que mi mamá y mi tía, aunque no tienen el honor de conocerlos, les mandan muy afectuosos saludos y les dan las gracias por sus delicadas atenciones. Al señor don Juan otro tanto, muy especialmente. A María muchos besos, y que ya le escribiré. ¡Para ustedes, ni se diga! ¡Ya saben cómo y cuánto las quiero, y que soy muy reconocida!

Hablemos de otra cosita.

Hija mía: ¡qué cierto es aquello de que sin amor no se puede vivir! Llegué y, como me lo esperaba yo, o mejor dicho, como lo temía yo, me lo encontré de lo más disgustado. En tres días no le vi la cara. Pero al cuarto, el domingo (los domingos los tiene libres), vino a verme con su hermana Teodora. Salimos a pasear... y... ¡qué había de suceder! Nos arreglamos otra vez. Ya sabes tú cómo sé yo manejar estos asuntos y cómo no me faltan recursos para vencer.

¡Sepa Dios en qué pararán estos amores, Margarita mía! En mi casa no los aprueban, no quieren ni que se hable de ellos, lo cual me obliga a que, para lo de adelante, estos amores no los huela nadie. Digo a todos que ya terminé con Óscar, que hemos quedado como unos buenos amigos, y que yo me dejé en México un pedazo de mi corazón. Pero Óscar no está conforme con esta comedia y quiere, a todo trance, hablarle a mamá. Está empeñadísimo, hija mía, empeñadísimo, y yo no sé qué hacer. Tengo miedo de que le hagan un desaire.

Ahora bien; aquí, en reserva te diré que ya voy comprendiendo que, pobre y fea como soy, puedo encontrar cualquier día mejor partido, uno así como uno de tus primos. No

elección del epíteto” (1904b, p. 83) y señaló que, al igual que Flaubert, “trabajaban horas y horas para quedar satisfechos de una página” (p. 156).

³ Esta frase coloquial, que mediante una lítote da a entender que la “pollita” de la que habla Conchita Mijares tiene gran interés en Ramoncillo, aparece también en *Angelina* (Delgado 1895, cap. LX, p. 512), en *La Calandria* (Delgado 1891, cap. x, p. 88) y, más adelante, en *Los parientes*, en el capítulo LXXX, aunque en los tres casos con la variante “costal de paja”.

siempre los ricos se han de casar con ricos.⁴ Supongo, porque te conozco, que no me harás la ofensa de creerme interesada. Yo quiero que me amen profunda y apasionadamente, pero... ¿por qué no atender un poquito a las comodidades de la vida? Juan y Alfonso son dos jóvenes muy brillantes y de gran mérito. ¡Cuando comparo a Óscar con ellos! ¡Qué tristeza, hija mía! ¡Dichosa de ti! Yo comprendo que Óscar es digno de toda consideración, pero..., pero... ¡ya me entiendes! ¡Yo me entiendo también! ¡Con toda franqueza te digo que no quiero quedarme, como dice Juan, *pour coiffer sainte Catherine!*⁵ Además: ya te dije que acá, en casa, no pueden ver a Óscar. Mentarle es como mentar al diablo. Le reciben, hija, porque... ¡qué han de hacer, dado mi carácter impulsivo y resuelto!

Otro día te escribiré con mayor calma. Me voy a casa de Arturo. A las seis será el primer ensayo de *Cómo empieza y cómo acaba*.⁶ Allá me encontraré a Óscar. Vino a no sé qué negocios de la fábrica y no regresará hasta mañana. Al pasar me dijo que nos veríamos en casa de Arturo. No querían que trabajara yo en este drama, pero porfié, porfié y, como siempre, me salí con la mía.

¡Adiós, primor! Te manda un millón de besos tu

CONCHITA

P. S. ¡Ah! ¡Se me olvidaba! ¿Cómo van tus amores con Alfonso? ¿Cuándo nos darás los dulces de la boda? Cuéntame, cuéntame, y saluda a Alfonso de parte mía. Se me olvidaba contarte algo interesante. Aquí está Adolfo Ramírez. ¡Pobre muchacho! ¡Qué lástima me da! No tiene remedio. Lo de siempre, Margot, lo de siempre. Vino a visitarme hace dos días. No le conocía yo... ¡Así está! ¿Te acuerdas qué guapo era en antes? ¡Pobre! ¡Maldito vicio ese de la bebida! Acabará con él. Me parece que el infeliz te quiere todavía. ¿Y tú le amas aún? Dice Adolfo que una mañana te vio en Chapultepec, que ibas del brazo de un

⁴ Pese a la creencia de Conchita de que serían posibles los matrimonios entre pobres y ricos, opinión que también llega a sostener una de las tías de Rodolfo en *Angelina* (cf. Delgado 1895, cap. xviii, p. 179), tanto en esta novela y *La Calandria* como en *Los parientes* parece prevalecer la idea contraria, expresada de manera coloquial y muy contundente por uno de los personajes de la primera novela de Delgado: "Hay que conocerse, hija..., cada oveja con su pareja" (cf. Delgado 1891, caps. xiv, p. 131, y xxi, pp. 200-201; al respecto, *vid.*, asimismo, la primera parte del tercer capítulo del "Estudio preliminar").

⁵ Este dicho francés es el equivalente del hispánico "quedarse a vestir imágenes o santos", aplicado a las mujeres que se quedan solteras (*Nuevo diccionario*, 1848, s. v. "imagen").

⁶ *Cómo empieza y cómo acaba* (1876) es un drama trágico en tres actos y en verso de la autoría del dramaturgo español José Echegaray. Se estrenó el 9 de noviembre de 1876 en el Teatro Español de Madrid. La primera representación en México tuvo lugar el 11 de diciembre de 1877 en el Teatro Arbeu, a cargo de la compañía de Enrique Guasp de Peris (Olavarría 1895, vol. 3, p. 275; sobre Echegaray, *vid. supra*, cap. xxv, nota 2).

lagartijo;⁷ que tú no le viste, o no le conociste, o no te diste por entendida. ¿Con quién ibas? Me supongo que con Alfonso.

¡Adiós, Margot! Si no dejas la pluma, la posdata será más larga que la carta.

Esa misma tarde contestó Margarita:

Mi querida Concha:

No quiero dejar para mañana mi contestación. Todos agradecemos mucho tus recuerdos y te saludamos cariñosamente. Daré tus memorias a mis tíos. Tú dirás lo que quieras, pero la verdad es que yo vivo allá más contenta que aquí. No nací para la vida de las grandes ciudades. Y ten presente que casi no pongo los pies fuera de casa. Se me pasan los días sin salir.

Ya te he dicho, mi querida Concha, que una señorita no debe leer cualesquiera libros, aunque una u otra persona se los recomiende y elogie. No solamente yo pienso así. Alfonso, que es muy discreto, que ha leído tanto y que, en punto a novelas y poesía, conoce cuanto en Francia se ha publicado, es de la misma opinión (me lo dijo esta mañana), que no debes leer ese libro de que me hablas, porque no está escrito para señoritas. Pregúntale al padre Anticelli. Ya me dirás lo que contesta.

Oye los consejos de tu mamá. ¿Puede una madre darlos malos? ¡Por Dios, Conchita, que no hagas locuras ni tonterías! No es malo representar comedias, no, señor, no lo es; pero ya tu vida es la de una verdadera actriz. ¿No crees que el tiempo que gastas en estudiar dramas y comedias podrías emplearlo en cosas de mayor provecho?

Piénsome⁸ que, al leer esta carta, dirás quedito (o en voz alta) que soy beata y gazmoña, y sepa Dios qué más... Di lo que quieras. Yo te digo lo que debo y lo que mi cariño y la razón me aconsejan.

Saluda a tu mamá y a tu tía, de parte nuestra.

Un abrazo, un beso, y adiós.

Tu amiga

MARGARITA

⁷ *Lagartijo*: 'Lechuguino, pisaverde, petimetre, gomoso, catrín, vago, ocioso que anda siempre bien vestido' (Santamaría 2005, s. v.).

⁸ 1901-1902: *Piénsase por Piénsome*

Dobló su carta la blonda niña, ajustó los dobleces con un cuchillo de marfil, metiola en una cubierta y, al humedecer rápidamente con un pincelillo los bordes de la nema, sintiose sobresaltada.

“¿Por qué? —díjose—. ¿Enojarán a esa loquilla los términos francos y clarísimos de mi carta? ¿Le causaré con ellos disgusto y desazón?”.

Y pensó: “Esta criatura, ¡Dios la tenga de su mano!, corre gran peligro. Es lista, tiene cierta cultura, es muy superior a su familia, a toda la cual se impone siempre, y el mal es gravísimo porque Concha no tiene seso. Además, falta de padre, o como si tal fuera, la mimaron desde chiquilla; es por extremo voluntariosa, y cuando se ve contrariada, cuando cualquiera cosa le impide la realización de un deseo o de un capricho, calla, sí, calla, mas persiste en su idea y en sus intentos, y por este o por el otro motivo, como ella suele decir, se sale siempre con la suya. El sentido moral es en Concha muy débil, caedizo, inestable; en ella cualquier propósito bueno es efímero. El sentimiento religioso es en ella limitado; parece devota, pero en ella la devoción es fuego fatuo; la fe..., ¡algo así como vulgar costumbre!... El trato con ese Arturo Sánchez, que la da de librepensador y jacobino, me tiene extraviada a Concha... Y todo esto es malo, malísimo... Me da lástima, y por eso he tenido que decirle la verdad”.

Y una idea horrible, rápida como un relámpago, cruzó por la mente de Margarita.

“¡Dios le depare —siguió pensando— un marido superior, que la ame profundamente y que sosiegue en esa linda cabecita tantos diablillos azules como allí viven, danzan y se revuelven en constante prestigioso⁹ movimiento!”.

Margarita dio dos o tres vueltas a su carta, haciéndola girar entre los dedos; asentola en seguida con la plegadera, y luego con aquella letrita suya, tan clara, tan elegante y tan aristocrática, escribió nerviosamente, pero con suma lentitud:

Srita. Concepción Mijares.

4a. calle de los Desamparados, 7.

⁹ *Prestigioso*: ‘Que causa prestigio’; *prestigio*: ‘Fascinación que se atribuye a la magia o es causada por medio de un sortilegio’ (RAE 2014, s. v.).

Pluviosilla (Ver.)

Secó el sobrescrito, pegó con el mayor cuidado el sello postal y, sobre todo, asentó una hoja de papel secante.¹⁰

¹⁰ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 32.

LXII¹

Terminaba la comida.

Los criados recogieron en graciosos canastillos, engalanados con cintas de seda, casi todas las copas del servicio anterior, y pusieron frente a cada comensal lindos platos de Sèvres, en los cuales habilísimo artista regó diversas flores campesinas, y² junto a cada plato colocaron cubiertos para frutas y postres, y un bol³ con agua de violeta.

Luego, mientras uno de los servidores pasaba las fruteras y otro retiraba los candelabros de plata, donde ardían sendos pares de bujías encaperuzadas con pantallitas rojas, el tercero de los criados encendió a un tiempo los focos eléctricos del suntuoso comedor, los de la araña y los que ocultos en corolas de cristal opaco llenaban los arbotantes repartidos en los muros.

Inmensa oleada de luz inundó el recinto: centelleó la argentería; subió el mantel en nitidez; brillaron con transparencia incomparable vasos y garrafas; duplicaron los boles su glauco tinte, y aviváronse granates y rubíes en los póculos de burdeos y de chablís, reservados por don Cosme y el clérigo.

¹ Este capítulo apareció en la *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año v, núm. 21, primera quincena de noviembre de 1902, pp. 331-333, con la siguiente nota: "Publicamos, como primicia a nuestros lectores, este capítulo de la hermosa novela *Los parientes ricos* que nuestro compañero de Redacción don Rafael Delgado dará a luz pública próximamente" (p. 331). Llama la atención que el capítulo vio la luz el 1 de septiembre de 1902 en el *Semanario Literario Ilustrado*, por lo que su inclusión en la *Revista Moderna* no constituía una primicia. La presentación puede ser indicio del carácter opuesto de los lectores de las dos publicaciones mencionadas, los cuales sin embargo coincidirían en su apreciación de la prosa de Delgado. Respecto a la relación de Delgado con el modernismo, *vid.* la primera parte del tercer capítulo del "Estudio preliminar".

² 1901-1902: *campesinas*; por *campesinas*, y

³ *Bol*: 'Taza grande y sin asa' (RAE 1925, s. v.).

Lucieron las frutas su belleza rústica: las pomas californicas su carmín amoratado; las mandarinas su ardiente juboncillo; las naranjas cordobesas su ropilla jalde; los racimos el ámbar róseo de su orujo dorado, y las ananás, aunque tardías espléndidas, sus penachos esmaragdinos y sus regios hipiles recamados de oro.⁴

—¡Probadme! —decían, en dulceras y tazones, pastelillos y tortas, compotas y jaleas, y al lado de una caprichosa fuentecilla curva, donde entre rajadas de limón y en lecho de caviar brillaba la coraza de acero de dos pescaditos rusos, en cráter desbordante, una pirámide de fresas, coronada de azúcar, alardeaba de su ápice nivoso.

El espejo circular del centro, reflejando la luz de muchas lágrimas de Edison, irradiaba prestigioso en torno de una ramilletera⁵ veneciana, donde se aglomeraban, entre mustios helechos de plácida fragancia nemorosa, pálidos crisantemos —última flor del año—. Las palideces ebúrneas de las *musmés*⁶ hacían resaltar la púrpura imperial de cuatro rosas napoleónicas, cuyo tono aterciopelado competía con la hopa de monseñor Fuentes, quien, por caso rarísimo, estaba gárrulo y afable. Bromeaba a Juan y a Alfonso, y, nota característica del talentoso prelado, en ratos de confianza y jovialidad expansivas, lanzaba los enmelados y agudos dardos de su ingenio contra el manso don Cosme y contra el discretísimo padre Grossi, al cual llamó carlista. A ello dio motivo el italiano encareciendo la buena mesa del Pretendiente y elogiando, con elocuencia digna del barón Brisse, el jerez y las trufas del Borbón.⁷

⁴ *Hipil*: 'Prenda típica actual de la mestiza o india yucateca, que consiste en una camisa sin mangas de cuello cuadrado y larga hasta las pantorrillas' (Suárez, *El español en Yucatán*, citado en Santamaría 2005, s. v.).

⁵ Ramilletera: 'Florero' (RAE 2014, s. v.).

⁶ La voz *musmé* (o *musume*) proviene del japonés y significa 'mujer joven'. En este pasaje, mediante una metáfora cuyo elemento de comparación es la palidez, el autor está equiparando los crisantemos aglomerados en la ramilletera veneciana con unas muchachas japonesas. Las *musmés* fueron un tema literario en varios poemas y textos orientalistas; ejemplo de ello es la pieza "El despertar de la *musmé*", de José Juan Tablada, inspirada por una acuarela del artista japonés Utagawa Kunisada y que apareció el 24 de junio de 1894 en la *Revista Azul* (t. 1, núm. 8, p. 121).

⁷ Léon Brisse, mejor conocido como barón Brisse, fue un célebre gastrónomo francés, fundador del periodismo culinario. Se volvió famoso gracias a las colaboraciones que publicó en el diario *La Liberté*, de Émile de Girardin, hacia 1866; allí, el barón escribía una crónica gastronómica que incluía un menú por día. Dio a la imprenta varias obras, entre ellas *Les 365 menus du baron Brisse*

—No soy académico ni filólogo,⁸ padre Grossi... —decía el obispo, mondando lentamente una mandarina—, pero... he leído, no sé en qué parte —sin duda que no fue en san Isidoro el Hispalense—,⁹ cierta historieta etimológica que habrá de interesar vivamente a nuestro don Cosme, quien¹⁰ allá en remotas mocedades fue muy dado a las letras...

—¡Y ahora también, monseñor! —exclamó don Cosme, removiéndose en su sitial en una contorsión de sierpe y agitando la mojama de su cuerpecillo dentro de los pliegues de la estrecha y larga levita—. ¡Ahora todavía! Colaboro de tiempo en tiempo en *La Voz de México*.¹¹ ¡Y hasta versos hago! He puesto en sonetos la letanía lauretana... Al presente, corrijo... Voy ya de mi escrupulosa corrección en el *salus infirmorum*.¹² ¡Ya recibirá vuestra ilustrísima mi obrilla! ¡Pero oigamos la historieta!

—¡Bien! —prosiguió el obispo, sonriente y dirigiéndose al italiano—: Cuéntase que un buen señor, devoto y piadosísimo, afecto al buen yantar, comía, cierta ocasión, en el palacete de cierto nuncio apostólico. ¡Cuidado, mis buenos amigos! ¡Cuidadito con pensar que mi cuentecillo etimológico lleva saeta! No salga después el padre Grossi y me diga dulcemente: “Monseñor: ¡sois cáustico y satírico!”.

—Hable vuestra ilustrísima —murmuró picado el clérigo—. ¡Pláceme ver a vuestra ilustrísima de tan buen humor!

(1868; cf. Vitaux 2013, s. p.). // Los carlistas eran partidarios del hermano de Fernando VII, el infante don Carlos María Isidro de Borbón —llamado el Pretendiente—, en la disputa por el trono español que tuvo lugar a la muerte del monarca, ocurrida el 29 de septiembre de 1833. Este grupo se oponía al reinado de Isabel II, hija única de Fernando VII y María Cristina de Borbón-Dos Sicilias. Si bien este conflicto fue en su origen motivado por la sucesión dinástica, adquirió con el tiempo una carga ideológica: mientras los carlistas “defendían el mantenimiento del Antiguo Régimen”, las banderas isabelinas cobijaban a “los partidarios de la Revolución liberal [... y a quienes] soñaban con el restablecimiento de la Constitución gaditana de 1812” (Burgo 2013, pp. 281-283).

⁸ 1901-1902: *filósofo*, por *filólogo*,

⁹ San Isidoro el Hispalense o de Sevilla fue arzobispo de esta ciudad española desde 601 hasta el año de su muerte, acaecida en 636. Además de su piedad evangélica, se distinguió por su erudición. Dejó escritas cerca de una veintena de obras; la más extensa e importante de ellas es *Etymologiae* u *Originum sive etymologiarum libri viginti* (ca. 630), verdadera enciclopedia en la cual el autor sistematizó el conocimiento existente en su tiempo.

¹⁰ 1901-1902: *que por quien*

¹¹ Sobre esta publicación, *vid. supra*, cap. II, nota 5.

¹² *Salus infirmorum* ('salud de los enfermos') es uno de los versos que conforman las letanías de la Virgen o lauretanas, también mencionadas en los capítulos XX y XXI.

Y damas y caballeros pusieron atención.

—Es el caso... —prosiguió el prelado, separando hacia el borde de su plato la corteza de la mandarina— que el nuncio aquel se trataba a cuerpo de príncipe y, excelente anfitrión, cuidaba (como nuestros anfitriones) de la dicha de los convidados. Sirvieron ese día un platillo de aves, trufado ricamente, y el devotísimo caballero...

—Y parece que las trufas son dispélicas... —interrumpió el italiano.

El obispo siguió diciendo:

—... El devotísimo caballero, al ver el plato, y animado por el aroma del tubérculo, exclamó: *Tartuffoli, signor nunzio!*¹³

—¿Y...? —iba a preguntar don Cosme.

—De aquí —apresurose a decir el prelado— la palabra francesa *tartuffe* (*tartufo* en castellano) inmortalizada por Molière en una comedia insuperable. ¡Padre Grossi! ¡Padre Grossi! *Se non è vero è ben trovato.*¹⁴

Don Cosme entornó sus ojos humildemente; el clérigo se puso rojo como una cereza, y mozos y mozas se miraron y sonrieron.

El padre Grossi dijo al punto:

—Vuestra ilustrísima debe saber que *il racconto è vecchio.*¹⁵ Le oí en Roma durante el Concilio Vaticano, de labios de sangriento periodista, de aquel que fue entonces el más terrible adversario de los obispos galicanos. A él atribuyeron cierto epigrama tremendo contra monseñor de Orleans... ¿Se acuerda vuestra

¹³ La anécdota, con ciertas diferencias, está consignada en el tomo IV de las obras de Molière comentadas por M. Bret y publicadas en 1773. En este libro, el editor relata que el famoso dramaturgo francés se encontraba cierto día en casa del nuncio del papa con varias personas cuando un vendedor de trufas se acercó a “animar [aquel] las fisonomías beatas y contritas” (“animer les phisonomies béates & contrites”). “*Tartuffoli, Signor Nuntio, tartuffoli*, exclamaron los cortesanos del enviado de Roma, al tiempo que le presentaban los [ejemplares] más bellos. Atento a la escena, que quizá le proporcionó otros rasgos más, [el escritor] concibió entonces el nombre de su impostor, a partir de la palabra italiana *tartuffoli* [‘trufitas’], que tan viva impresión había causado en los actores de la escena” (“*Tartuffoli, Signor Nuntio, tartuffoli, s’écroient les courtisans de l’Envoyé de Rome, en lui présentant les plus belles. Attentif à ce tableau, qui peut-être lui fournit encore d’autres traits, il conçut alors le nom de son imposteur d’après le mot de tartuffoli, qui avoit fait une si vive impression sur tous les Acteurs de la scène*”; Molière 1773, pp. 399-340; la traducción es mía).

¹⁴ *Se non è vero è ben trovato*: ‘Si no es verdad, al menos está bien inventado’.

¹⁵ *Il racconto è vecchio*: ‘El cuento es viejo’.

ilustrísima? Llamole monseñor Du Paon-Loup. ¡Ah! ¡Para sátiras y epigramas, los romanos! ¡Pasquino no ha muerto!¹⁶

Alegre risa circuló en la mesa. Palideció monseñor Fuentes y, sin hacer caso de lo que el clérigo había dicho, se puso a deshacer un racimo.

Don Juan, en alta voz y tono afable, dijo:

—¡Ea! Beberemos vino de Champagne. Como Federico el Noble, solo en el campo gusto de tal vino...¹⁷ Pero, como el nuncio del cuento, tengo a mi cuidado la dicha de mis comensales. —Y volviéndose al criado que dirigía el servicio, le hizo una señal.

Charlaba Juan en voz baja con Elena; Alfonso y Margarita departían regocijados; María y Pablo hablaban de frívolos asuntos, y mientras doña Carmen trataba con el padre Grossi de la obra que este había emprendido en su capilla de San Francisco, el prelado encomiaba las naranjas sevillanas y hacía memorias de los jardines de San Telmo. Don Cosme, muy pensativo, saboreaba lentamente ciertos turruncillos de famosa procedencia monjil.

En soberbia bandeja de plata, que trajo a la mente de Margot el triste recuerdo de sus lloradas mancerinas, puso un criado al lado de María las copas destinadas al espumoso y regocijante vino. Presentó luego a la joven, en un platito de cristal, una rosa deshojada.

Tomó la niña unas tenacillas de oro y, con gracia y elegancia supremas, puso en las cráteras sendos pétalos de la odorante flor.

¹⁶ El obispo de Orleans, Félix-Antoine-Philibert Dupanloup, estuvo presente en el Primer Concilio Vaticano, convocado por el papa Pío IX y cuyas sesiones comenzaron el 8 de diciembre de 1869 y concluyeron el 20 de octubre de 1870. En ese evento, Dupanloup adoptó una postura liberal o moderada, al oponerse al dogma de la infalibilidad papal. Por ello se enfrentó repetidas veces con Louis Veillot, colaborador y más tarde principal redactor del “ultracatólico y legitimista” periódico *L’Univers*, así como “adalid del absolutismo religioso” (Hibbs-Lissorgues 2010, s. p.). Tal vez fuera este personaje el creador del epigrama mencionado, aunque el obispo tenía otros enemigos, ya que, según el propio Veillot, supo excitar “en alto grado la admiración y la crítica” (sin firma, “Monseñor Dupanloup y Louis Veillot”, en *La Libertad*, año I, núm. 245, 23 de noviembre de 1878, p. 1). En cuanto al juego de palabras, se basa en la cuasi homofonía de las voces *du*, ‘del’; *paon*, ‘pavo real’, y *loup*, ‘lobo’, con el apellido Dupanloup. // Pasquino es el nombre que recibe el tronco o cuerpo de una antigua estatua de Roma encontrada en 1501 y situada en la plaza homónima, a un costado de la Piazza Navona. El pueblo romano solía usarla para colocar en ella toda suerte de epigramas y escritos —conocidos como “pasquinadas” o “pasquines”— contra la Iglesia y las clases altas (Piantadosi 2019, s. p.).

¹⁷ Se trata de Federico III, emperador de Alemania y rey de Prusia, conocido como el Noble.

El obispo, mirando atentamente a la joven, exclamó en tono afable y cariñoso:
—¡Cuánta elegancia, María! —Y dirigiéndose a don Cosme, agregó—: ¡Eso es helénico! ¡Digno tema de anacreóntica! Amigo don Cosme: ahí tiene usted asunto para ella, o para un sonetillo renaciente, a la manera de Bembo...¹⁸

—¡Pues a la obra, monseñor!

—¡No en mis días! No taño ni lira, ni caramillo, ni rabel. ¡Quédese el tema para otros! Yo vivo para la pedestre prosa.

El criado distribuyó las copas, y después trajo el vino en una ánfora de cristal, en una ánfora de suprema esbeltez, en torno de cuyo cuello se enredaba una guirnalda de rosas, y finamente, muy finamente, inclinando el magnífico vaso entre las dos manos, sirvió a todos.

—¿Hay personas en el salón? —preguntó don Juan.

—Sí, señor.

Esperó a que fuese retirado el servicio de postres, y después de consultar su reloj, prorrumpió, dirigiéndose al obispo:

—¡Salud, amigos míos!

Y agregó:

—Nos aguardan en el salón. Allá tomaremos el café.

Mientras los criados abrían de par en par la puerta principal, disponiéndose¹⁹ a romper sus guantes, don Juan se acercó a Juanito, que llevaba del brazo a la ceguezuela, y díjole en voz baja:

—No te vayas. Necesito hablar contigo. Mañana mismo saldrás para Pluviosilla en un tren especial que ya está pedido. Partirás a las diez de la mañana. Allí esperarás mis órdenes y te embarcarás en Veracruz del 18 al 20...

Lena oyó todo, se estremeció como si la conmoviera una corriente eléctrica y estrechó el brazo de su primo hasta hacerle mal.

¹⁸ El cardenal Pietro Bembo, humanista, ensayista y poeta renacentista, nació en el seno de una familia aristocrática de Venecia. Escribió una historia de esta ciudad y numerosos poemas en latín e italiano, estos últimos emulando a Petrarca; de hecho, su forma de hacer imitaciones directas de este poeta fue muy influyente y recibió el nombre de bembismo. Entre sus obras se cuentan *Gli Asolani* (1505), diálogo del amor platónico dedicado a Lucrecia Borgia; *Prose della volgar lingua* (1525), donde fijó el canon de la lengua italiana; el volumen *Rime* (1530), en el que compiló su poesía en lengua vernácula, y *Carmina* (1533), con sus poemas en latín.

¹⁹ 1901-1902: y se disponían por disponiéndose

—¿Te vas? —murmuró tristemente al salir, avanzando en el pasillo.

—Ya lo has oído. Se trata de alguna jugada de la bolsa y, sin duda, iré a Londres. Mi papá no fía en cualquiera.

—¿Y me dejas?

—Volveré pronto... ¡Cuestión de dos meses! Hecha la operación, nada me retendrá en Europa. ¿Qué quieres de París?

—Nada.

—¿Nada, Lena?

—¡No te separes de mí! —suplicó dolorosamente la señorita—. Necesito hablarte a solas... Ahora mismo...

Y entraron en el salón.

Doña Carmen y María servían el café. Margarita y Alfonso tocaban a cuatro manos la *Invitación al vals*.²⁰

—¿A cuántos estamos hoy? —preguntó Elena a don Cosme, el cual le ofrecía una taza de café.

—¡A 20, hija mía! —contestó el viejo amablemente.

Y la joven pensó: “Hay tiempo”.

—Por fin, criatura: ¿quiere usted café?

—¡Gracias, don Cosme, mil gracias!²¹

²⁰ Sobre esta composición, *vid. supra*, cap. XXIV, nota 10.

²¹ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 33.

LXIII

Margarita y María tocaban a cuatro manos algo de Saint-Saëns. Alfonso, atento a la belleza y a las miradas de la blonda señorita, volvía las hojas. Todos escuchaban silenciosamente, mientras Juan y Elena conversaban en la antesala. El mozo, sentado en una duquesita, saboreaba el café y fumaba un cigarrillo habanero. La joven se inclinaba hacia su amante, apoyada en un cojín.

—¿Te vas? —dijo, después de un rato de penoso silencio.

—¡No por gusto mío!... —respondió Juan.

—¿Cuándo regresarás?

—¡No lo sé!... ¡Cuestión de tres o cuatro meses!

—Que serán para mí como cuatro siglos...

—¿Por qué? —murmuró el joven, siguiendo por el aire con mirada ensoñadora o distraída las espirales de humo de su fragante cigarrillo, las cuales, reproducidas en un espejo, ascendían lentas en la pesada atmósfera del saloncito.

—Porque sin ti no podré vivir... No te veo, no te he visto nunca y, sin embargo, conozco tu rostro. Por el timbre y por las inflexiones de tu voz adivino la expresión de tu semblante, y cuando estrechas mi mano sé lo que vas a decirme...

Lena tendió el brazo sobre el cojín en que se apoyaba, abriendo la mano como esperando encontrar la de su primo.

—¡Juan! —exclamó en tono cariñoso—. ¡Me hace mal el aroma de tu cigarrillo!

—Elenita —replicó el joven con acento suplicante—, ¡pero si está riquísimo!

—Me molesta... No sé lo que tengo, pero desde hace varios días me hacen mal los aromas. ¡Si tú supieras cuánto he padecido durante la comida, con la fragancia de las fresas!

—Dejaré mi cigarrillo...

—¡No, no!...

—Si lo deseas...

—Te decía yo —prosiguió— que al estrechar tu mano ya sé lo que vas a decirme; tus pasos, antes que llegues, me traen tu imagen, y al pensar en ti, cuando hago castillitos en el aire, siento que estás a mi lado, junto a mí, cerquita de tu Lena, y me parece que te veo, que te veo y percibo el perfume de tus vestidos y de tus manos. Me dicen cómo eres, y ya lo sé; pregunto acerca de tu persona, y cuanto me dicen lo sé ya. ¡Te conozco, te conozco como si te hubiera visto! ¡Si yo te viera, me moriría de felicidad,¹ de alegría!

Juan se había levantado para seguir fumando. En vano la ciega buscaba tenazmente la mano de su primo y con ansia febril se inclinaba hacia el sitio que ocupara su amante.

Siguió diciendo con voz apasionada:

—Te vas... y me quedo triste; no vienes y vivo entre angustias y zozobras; te² siento al lado mío y³ dicha y felicidad inundan mi ser; pero, ¡ay!, esa alegría dura un instante en mí, y tu palabra⁴ ligera y festiva lastima cruelmente mi corazón. Yo quisiera que fueras conmigo más serio y reflexivo. Dicen que eres frívolo y tronera, y yo digo que no, pero tus conversaciones y tus dichos te hacen parecer ante mí como falto de amor, como indiferente y tornadizo...

Y agregó suplicante:

—Juan... ¿Qué, no me quieres?

El mozo tiró por alto su cigarrillo en la escupidera más cercana y sentose al lado de la ciega.

—No me quieres...

—¿Por qué dices eso, alma mía?

—No eres conmigo tan cariñoso como antes...

—¡Sí, prima! ¡Te amo más que nunca!

¹ 1901-1902: *felicidad y por felicidad*,

² En 1901-1902 está duplicada la frase *[vie]nes y vivo entre angustias y zozobras*; *vie-*, que abarca una línea, y se omite el pronombre “te”, sin el cual la oración siguiente carece de sentido. El error se corrigió en 1903.

³ 1901-1902: *mío*, por *mío y*

⁴ 1901-1902: *conversación* por *palabra*

—¡No me llames prima! Llámame de otro modo, como sabes llamarme cuando estás cariñoso y apasionado...

—¿Cómo quieres que te diga? ¿Alma mía, bien mío, dulce amor mío?

—No.

—¿Pues cómo?

—De otra manera solías llamarme... —murmuró tristemente la ciega, paseando su mirada limpia y vaga, sin expresión ni vida.

—¡Ah! Te llamaba yo...

Y Juan se inclinó y dijo quedito, quedito, en el oído de la joven:

—Esposita mía...

Un relámpago de felicidad iluminó el rostro de la ciega, y por sus labios pasó con rapidez de colibrí una sonrisa de ventura.

Juan tomó entre sus manos delgadas, distinguidas, pálidas y exangües la mórbida mano de su prima. Esta se estremeció como una amapola azotada por el cierzo y dijo apasionadamente:

—¡Así! ¡Así! Cuando estás a mi lado, cuando tienes mi mano entre tus manos, me parece que te veo; como que se ilumina con luz de aurora la noche que me envuelve, y te veo, sí que te veo, y te miro de hito en hito, y miro centellear tu mirada apasionada y triste como adormecida en las violadas ojeras. ¿Es verdad que hay mucha tristeza en tus ojos y en tus miradas? Eso dicen las gentes...

—¿Quién te ha dicho eso, prima mía? —replicó Juan malhumorado.

—¿Te disgusta que te diga yo eso?

—No, pero... ¿quién te lo dijo?

—Lo dicen todos: mamá, Margot, mis hermanos, las señoritas que te conocen y que me hablan de ti. Me dicen que tus ojos son negros, muy negros; que tus pestañas grandes y rizadas proyectan en tus mejillas tintes de hiedra. Recuerdo cómo son los ojos de Pablo... ¡Dicen que los tuyos se les parecen! ¿Es eso verdad?

—No lo sé, Lena. Nunca me miro en un espejo...

—¿Te contraría que te hable yo así? Si te disgusta... No me agrada saber que estás disgustado.

—No, Elenita.

—Sí; te contraría... He sentido en tu mano un movimiento que me lo dijo, un crispamiento de contrariedad. Lo he sentido, sí, lo he sentido. ¿Te desagradó lo que dije? Dímelo, y no volveré a decirlo.

Juan no contestó. Elena inclinó abatida su cabecita ensoñadora.

En el salón gemía el piano una melodía melancólicamente dolorosa.

—¡Juan! —prorrumpió Lena en acento desolado—. Tú no me quieres...

—¿Por qué dices tal cosa, prima mía?

—Porque tus propias palabras me lo dicen. Pero... dejemos eso... Si me quieres tanto como me dices..., ¿por qué te vas?

—Papá lo quiere.

—¡No te vayas, Juan, no te vayas! Tengo miedo de que te vayas. Me parece que ya no volverás. París te ha robado el alma... México te fastidia... ¿Qué haré sin ti; qué hará tu Lena sin su Juan?

—Prima mía... Pronto me tendrás de regreso.

La ceguezuela se estremeció de pies a cabeza, asiendo fuerte y apasionadamente la mano de su primo.

—Si tú supieras... En mis ratos de ensueño, ¡que son tantos!..., cuando, como yo digo, me pongo a hacer castillitos en el aire, sueño con..., sueño... ¡No; mejor no lo digo!... ¡No quiero decírtelo!

—No me ocultes nada, prima mía... —suplicó Juan.

—¿Prima mía? ¡Qué bien digo! Tú no me quieres ya... Y yo sé por qué. Te amo, te he amado demasiado para que el amor no muriera en ti.

Juan, pensativo, clavó sus ojos en la alfombra.

—Lena, Lena mía... Dime eso que no quieres decirme...

Elena no contestó. Insistió el mozo, pero la joven guardó silencio y retiró su mano de entre⁵ las manos de su amante.

Entonces este acarició dulcemente la cabeza de su prima y díjole al oído, con angustioso ruego:

—Esposita mía..., ¡dímelo!

⁵ 1901-1902 no incluye: *entre*

Irguióse la ciega, y volviéndose a Juan le dirigió una mirada de sus ojos sin luz, y díjole seriamente:

—Lo diré: sueño que soy tu esposa; que vivo a tu lado; que por fin hay luz y alegría para mí: ¡la luz de tu presencia, la claridad que a mi eterna noche habrá⁶ de darle la seguridad de que eres mío! ¡No te vayas!... Si te vas, no vendrás⁷ nunca... Y es preciso que vuelvas..., y pronto, pronto. Temo...

—¿Qué temes?

—Nada.

—Algo te preocupa, y no es este viaje inesperado...

Otra vez se estremeció la ciega.

—Di.

—Debo decírtelo.

—¡Pues dilo!

Entonces Elena, atrayendo al joven, díjole en voz baja algo que le hizo palidecer y levantarse como impulsado por un resorte. Después de unos cuantos minutos de silencio, soltó una carcajada y exclamó:

—¡No pienses en tonterías! ¡Se te ocurren unas cosas!

Cesó la música en aquel momento. Pablo y María entraron en la antesala.

La señorita dijo:

—No tomaste café. ¿Quieres una copita de anisete? Voy a servírtela.⁸

⁶ 1901-1902: *había* por *habrá*

⁷ 1901-1902 incluye: *ya*

⁸ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 34.

LXIV

Juan partió al día siguiente para Pluviosilla. Elena no pudo disimular su pena ni su angustia. Lloró y lloró todo el día.

Doña Dolores no pudo menos que decirle:

—Hija: ¿qué tienes? ¡Si yo o alguno de tus hermanos estuviésemos de muerte, o ya entre cuatro cirios, no llorarías así! ¿Por qué lloras? ¿Qué te apura?

La ciega hizo un esfuerzo y se echó a reír. Reía, pero¹ sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡Bendito sea Dios! —siguió diciendo la señora—. ¡Bendito sea el momento en que Juan se fue! ¿Se fue? ¡Pues que no vuelva nunca! Te has enamorado de él, hija mía; sí, esa es la verdad... Tú lo niegas, pero nada hay más cierto. No me causó extrañeza que tu hermana se enamorara de Alfonso, porque Alfonso es un muchacho de mérito... Pero Juan, hija, Juan no vale nada, como no sea por su dinero, esto es, por el dinero de su padre. Tú, niña, no sabes ni lo que es el mundo, ni lo que son algunos hombres... ¡Juan es un perdido, hija mía! Líbreme Dios de que dieras oído a ese muchacho...

—Mamá: ¡eres injusta con él! Es ligero de carácter, frívolo, parlanchín, audaz, pero nada más. Nadie le quiere..., ¡solo Pablo!

—Ni Pablo. Ya sabes, porque la² oíste de sus propios labios, la opinión en que le tiene...

—¡Y antes tan amigos!

¹ 1901-1902: *Pero reía y por Reía, pero*

² 1901-1902: *lo por la*

—Sí, y mucho que me alegro de que tamaña amistad haya ido a menos. Hoy, Juan es otro con él, y me felicito de ello. Pablo, con esa mala compañía, iba por pésimo camino.

Doña Dolores dio la vuelta y Elena se quedó hundida en su tristeza y en su dolor.

A poco volvió la señora en traje de calle.

—Me voy a México... —dijo, calzándose los guantes—. Juan me citó para las cuatro de la tarde.

—¿Van a liquidar cuentas? —dijo Margot.

—No sé cuáles serán esas cuentas... Yo no supe jamás que tu padre le debiera algo a tu tío... Pero, en fin, él dice que sí, y será.

—¡Mamá! —interrumpió Margarita con suma vehemencia—. ¡Por Dios que no sea usted débil! Procure usted que Pablo asista a esa conferencia. A las mujeres nos engañan con facilidad. El legado de mi tía y el obsequio de mi tío no son gran cosa, pero esas cantidades nos darán independencia y tranquilidad, que mucho necesitamos.

—Tú, hija, si Dios quiere, te casarás con Alfonso... El muchacho es bueno y te hará feliz... Yo no me intereso en este asunto por mí, sino por ustedes, principalmente por esta criatura, y después por³ ustedes. Pablo se bastará a sí mismo; Ramón necesita hacer carrera...

—¿Y cuánto reclama mi tío? —preguntó Margarita.

—No lo sé; no me lo ha dicho. Nunca me había hablado de eso, hasta el otro día. A Pablo sí; le tenía dicho que al recibir el dinero de su legado liquidaría conmigo..., pero tampoco dijo cuánto... Veremos en qué para esto. Me voy...

Doña Dolores se compuso el sombrero ante el espejo, santiguose y salió.

Momentos después llegaba Alfonso.

Margarita salió a recibirlo muy afable y muy cariñosa.

³ En 1901-1902, la frase —*Tú, hija, si Dios quiere, te casarás*, que constituye una línea, aparece por error en este lugar; el párrafo, con minúscula inicial y sin sangría, comienza con la línea *con Alfonso... El muchacho es bueno* y. El error se corrige en 1903.

—¡A buena hora viene el caballero! —díjole al tomarle el sombrero—. Quedó en venir a comer con su novia y le hemos esperado en vano...

—El viaje de Juan fue causa de todo. No salió hasta mediodía, y ya a esa hora no era posible venir. Papá me detuvo en el despacho y me hizo escribir cien mil cartas. No hay en el despacho quien escriba en francés, y, además, él no fía de cualquiera. Es listo mi papá..., ¡vaya si es listo! Por fin logró lo que deseaba, y esa operación le dejará muchos y muy buenos pesos. ¡Con tal que Juan ande listo! ¡Sí que andará listo!

—Bien, pero ¿qué va a hacer Juan en Pluviosilla de aquí a mediados del mes? A fastidiarse...⁴

—Déjale, que él se buscará entretenimiento. Allí se encontrará a Conchita Mijares... ¿Qué más necesita para estar a sus anchas?

—¿Y no le parece a usted, mi señor don Alfonso, que no viene un caballero a visitar a su novia para hablarle de combinaciones mercantiles y de Conchita Mijares, de⁵ esa pobre muchacha cuyo destino me tiene siempre inquieta y en zozobra?

Alfonso se sentó en el taburete del piano y, girando con él, volvióse al teclado y se puso a tocar una melodía española, dulcemente apasionada... Margot a su espalda le oía, puesta una mano en el hombro izquierdo de su primo. Alfonso no era un pianista, pero tocaba con delicadeza y expresión.

Margot le escuchaba estática, siguiendo con la mente la encantadora serenata. Al terminar esta, la blonda señorita inclinose, diciendo:

—Alfonso..., ¿me quieres mucho?

El joven echó atrás la cabeza, descansándola en el brazo de Margarita,⁶ buscando la mirada de su prima, y murmuró, que no dijo, con melodiosa y correcta pronunciación francesa:

*Ouvre les yeux, dirais-je, ô ma seule lumière !
Laisse-moi, laisse-moi lire dans ta paupière*

⁴ 1901-1902: *fastidiarse*. por *fastidiarse*...

⁵ 1901-1902 no incluye: *de*

⁶ 1901-1902 incluye: *y*

*Ma vie et ton amour !
Ton regard languissant est plus cher à mon âme
Que le premier rayon de la céleste flamme
Aux yeux privés du jour !⁷*

⁷ “Abre los ojos, diré yo, ¡oh, mi única luz! / ¡Déjame, déjame leer en tu pupila / mi vida y tu amor! / Tu mirada lánguida es más cara a mi alma / que el primer rayo de la celeste llama / a los ojos privados del día” (la traducción es mía). Estos versos pertenecen al poema “Chant d’amour”, pieza número 24 de las *Nouvelles méditations poétiques* (1823) de Alphonse de Lamartine. Llama la atención que el fragmento se cite en francés y sin incluir el nombre de su autor, lo que muy probablemente sea indicio de la popularidad de Lamartine entre los lectores de Delgado (ya fuera real o supuesta por este). Cabe decir, por lo demás, que este poeta es una referencia recurrente en la obra del veracruzano. Se alude a él en tres ocasiones más en esta misma novela (*vid. supra*, caps. XLV y XLVI, e *infra*, cap. LXVI) y varias veces en *Angelina* (Delgado 1895, caps. XII, pp. 120-121; III, p. 86; XVI, p. 156; XLVI, p. 403; LIX, p. 505, y LXIV, p. 542). Asimismo, se sabe que en junio de 1888 Delgado dio una plática sobre el escritor galo en la Sociedad Sánchez Oropesa, la cual, en opinión de Silvestre Moreno, “fue una de las más instructivas y agradables que [el novelista] haya producido” (citado en Delgado 1953b, p. 55); lamentablemente, el contenido de esa conversación no se conserva. // 1901-1902: aquí concluye la entrega número 35.

LXV

Y la ceguezuela se alejó paso a paso, apoyándose en los muebles, mientras Alfonso dejó el piano y, asiendo la mano de su prima, se dirigió al balcón.

Hermosa tarde de invierno, resplandeciente y límpida, pero en cierto modo entristecida por el vientecillo helado que arrancaba de los árboles del jardín vecino, todo aridez y desolación, las pocas hojas muertas que, persistentes en las ramas, parecían detenidas allí en espera del hinchamiento de las yemas y de¹ la pronta y exúbera aparición de los renuevos.

El viento levantaba nubes de polvo; el tranvía sonaba a lo lejos su bocina destemplada, y escuchábase lejana y alegre la música de una banda militar que divertía el ocio de los cadetes en los terrados de Chapultepec.

—Alfonso... —dijo Margot, echándose de codos en la balaustrada del balconcillo—. Estoy muy triste...

—¿Triste? ¿Por qué, bien mío?

—¡No lo sé, señor mío, no lo sé!

—Oigamos, Margot, lo que piensa esa rubia cabecita ensoñadora y lánguida; eso que no sabes y que te pone triste... ¿Cómo llamas tú, alma mía, a esa tristeza?

—Añoranza.

—¡Linda palabra!

—Nueva en la lengua, según dicen...² Cierta dulce tristeza de cosas perdidas, de seres amados que se fueron; algo que nadie sabe explicar y que a veces

¹ 1901-1902 no incluye: *de*

² En efecto, con el significado de 'aflicción o pena por la ausencia, privación o pérdida de persona o cosa muy querida', la voz *añoranza*, proveniente del catalán *anyoranza*, ingresó en el *Diccionario* de la Academia en 1899 (*cf.* RAE 1899, s. v.).

parece presentimiento atractivo de una pena o de una desgracia, y en otras próximo advenimiento temeroso de algo que anhelamos y que habrá de disiparse como el humo, como el penacho de esa locomotora que se aleja a través de esa³ llanura amarillenta y dilatada...

”El dolor tiene sus atractivos; los tiene, y muy dulces, como que la vida no es más que dolor... Mira, no me creas pesimista. Así me llamaste el otro día, y —si he de decirte la verdad— no me agrada lo que me dijiste... La vida no es absolutamente buena ni absolutamente mala... En un libro leí el otro día estas palabras, que copié en una tarjeta para que tú las conocieras y para que en ellas aprendieras algo que no saben decir muchos de esos poetas y de esos novelistas que tú lees...

Margarita hundió su mano entre los pliegues de su falda, y de allí sacó una billetera de piel de Rusia, y, jugando con la aristocrática y linda carterita aromatizada, siguió diciendo, fijos los ojos en los de su primo:

—Sí, señor mío. Oí de tus labios, la otra noche, algo que no me gustó; algo que me hizo estremecer... Te disculpé: la música de Chopin tiene soplos mortales, ambientes de sepulcro... Pensabas en la muerte...

—¿Dices eso, alma mía, por aquello que te dije al oído, mientras tú tocabas el soñador *Nocturno*?⁴

—¡Sí, por eso!

—Me sentía dichosísimo a tu lado... ¡Tan dichoso que tuve deseos de morir!...⁵

—Y murmuraste a mi oído versos de Leopardi... No me gusta ese poeta. Era un hombre de alma enfermiza,⁶ sí, enferma de incurable dolencia... Pero confieso, confieso que la hermandad entre el amor, el dolor y la muerte es cierta...⁷ Oye...

³ 1901-1902: *una por esa*

⁴ Muy probablemente se refiere al más famoso de los 21 nocturnos del polaco vecindado en Francia Frédéric Chopin, el n.º 2, op. 9. Cabe decir que estas piezas, consideradas románticas, muestran la influencia francesa del compositor, a diferencia de sus valeses, mazurcas, polonesas, preludios y conciertos, que se vinculan con la música alemana y polaca (Stohaugh 1952, p. 44).

⁵ 1901-1902: *Tan dichoso que tuve deseos de morir...* por *¡Tan dichoso que tuve deseos de morir!...*

⁶ 1901-1902: *enferma, por enfermiza,*

⁷ Giacomo Leopardi, poeta, filólogo y filósofo italiano, fue uno de los autores predilectos de Rafael Delgado. Así lo demuestra la conversación que este le dedicó, pronunciada en la Sociedad Sánchez Oropesa en 1888, poco después de la muerte de su padre. En este texto, el veracruzano

—Te oigo, niña mía.

Margot sacó de la billetera una tarjetita. Iba a leer y se detuvo.

—¿Guardarás en tu cartera esta tarjeta? ¿La guardarás como recuerdo mío?

—Sí, Margot.

Y la joven leyó, traduciendo del francés:

—“La vida no puede ser nunca enteramente feliz, porque no es el Cielo, ni enteramente desgraciada, porque no es más que el camino que al Cielo nos conduce...”. ¡Verdad! ¡Verdad! Y... ¡verdad! Ahora... déjate de pesimismo y de leer a Leopardi, y quíereme mucho, ¡tanto, tanto, tanto como te quiero yo!

Sonrió el mancebo dulcemente y tomó la tarjeta.

—¿De quién es esto? ¡Ah! De *madame* Craven. La conocí. Murió hace dos años. Es de la familia del conde de Mun, el gran orador, a quien he tratado muchas veces.⁸

Alfonso guardó la tarjetita y siguió diciendo:

se refirió al autor de los *Cantos* como un “eminente escritor, no menos célebre por sus trabajos de erudito y de filólogo, que por sus obras poéticas” (Delgado 1953b, p. 58). Tras exponer el significado del dolor en su obra, Delgado reprodujo, en italiano y español (en versión del “poeta sud-americano” don Luis A. Baralt), el poema “Amor y muerte”, donde Leopardi estableció la hermandad de ambos elementos y planteó el fin de la existencia como un descanso o alivio de las penas amorosas; de hecho, el poema culmina con una invocación de la muerte como un “momento feliz”. Si bien Delgado no comulgaba con el pesimismo del que el bardo italiano fue precursor, e incluso aconsejaba “apartar de nuestra juventud todos sus libros” (pensamiento del que Margarita parece hacerse eco), confesaba: “Yo admiro a Leopardi con toda mi alma, yo le amo tiernamente” (p. 86). Así, no sorprende encontrar referencias recurrentes a este escritor en las novelas de Delgado. Por ejemplo, en *La Calandria*, Gabriel siente, a la par que amor por Carmen, un “dulce sentimiento de tristeza”, acaso por presentir “lo fugitivo de su dicha” (Delgado 1891, cap. VI, p. 45), y más tarde, herido ya por el dolor que le produce la sospecha de la traición de su amada, la emoción amorosa se le transforma en “un deseo de morir, vago, indeciso” (cap. XVI, pp. 142-143). Asimismo, en *Angelina* el narrador-protagonista considera que Leopardi es una de las posibles “fuentes románticas” de su “germen pesimista”, y aun llega a afirmar: “Pensé con alegría en la muerte. Dulce, amable, consoladora, surgió ante mis ojos como una doncella pálida, de rostro tristemente risueño... Sin darme cuenta de lo que hacía yo, mis labios repetían estos versos de Leopardi, leídos, pocos días antes, en las notas de un libro francés” (los tres versos que se reproducen a continuación en la novela, en italiano, son la culminación del mencionado poema “Amor y muerte”; Delgado 1895, caps. XIX, p. 187, y XLII, p. 380).

⁸ Sobre *madame* Craven, *vid. supra*, cap. XXX, nota 19. En cuanto al conde Albert de Mun, diputado y orador francés, fue defensor del catolicismo romano como instrumento de reforma social y lideró los Círculos Católicos de Obreros, cuyo propósito era recristianizar a operarios, empresarios y sus familias, y proteger su identidad moral y bienestar material.

—¡Tienes razón, alma mía! La vida tiene mucho de bueno. ¿Cómo no creerlo así, cómo no creerlo, cuando te amo, cuando tengo la dicha de amarte y la felicidad suprema de que me ames tú! Explícame ahora tu tristeza...

—No acierto a explicármela yo; no acierto a darme cuenta de este sobresalto ni de esta inquietud que, a veces, frecuentemente, me acongoja. Paréceme que me amenazan grandes amarguras; me estremezco sin motivo; me parece el cielo oscuro, y he llegado a pensar que...

—¿Que no te quiero y que no estimo tu corazón y tu alma en cuanto valen?

—¡No, no, Alfonso! Me amas, lo sé, me amas. Estoy segura de tu cariño. Y estoy segura de otra cosa, de que mi amor te hace feliz... Desde que me amas, eres otro. No hay en ti la tristeza que trajiste de Europa... Suele velar tu rostro algo sombrío, pero unas cuantas palabras mías disipan esa nube, y vuelve a tu rostro la sonrisa, y te veo plácida y noblemente soñador. Y esa alegría tuya me alegra, y esa dicha tuya es mi dicha... ¡Y te amo, y te adoro, y te amo, y te amaré toda mi vida!

—¡Como te amo y como he de amarte yo!

—¿Sabes? —agregó la blonda doncella en tono regocijado, dejando ver toda la hermosura de sus ojos azules—. Dios creó nuestras almas una para la otra... ¡Dios es muy bueno! ¡Como que es Dios!

Alfonso tomó entre sus manos las manos de su prima y las estrechó dulce y respetuosamente.

Oscurecía. El vientecillo invernal seguía soplando y traía los últimos acordes de la habanera con que la banda militar se despedía. La música ardorosa y apasionada del baile tropical llegaba hasta los dos amantes como los acordes de una melodía misteriosa, ideal, celeste...⁹

⁹ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 36.

LXVI

Volvió Lena a la sala. Alfonso se adelantó y le ofreció el brazo para llevarla al balcón.

—¿Estorbo? —preguntó, apoyándose en el brazo de su primo.

—¿Estorbar? Ven a charlar con nosotros...

—Me falta buen humor.

—Ven.

Colocose al lado de Alfonso y se reclinó en el barandal.

—¿De qué hablaban? ¿Se puede saber?

—Sí, prima.

—Contemplábamos el firmamento... ¡Qué hermosa noche! La atmósfera límpida, ni una nube en el cielo...

La noche había cerrado. Languidecían los ruidos de la ciudad, y el vientecillo traía el misterioso rumor de las cercanas arboledas. Hacia la derecha, el alcázar resplandecía sobre la masa fuliginosa del bosque, como un joyel de diamantes...

Todos callaban. Alfonso, baja la mirada, de codos en la baranda, entretenía su pensamiento haciéndole vagar por la red de sombra de un árbol escueto proyectada en el suelo por el foco eléctrico de la esquina, foco titilante y mortecino. Margarita estaba abstraída en la contemplación de los esplendores de aquella noche divinamente invernal... De pronto corrió hacia la puerta de la sala, buscó tras la colgadura el conmutador y encendió los focos del centro.

Volvió al balcón y, silenciosa como antes, entregose de nuevo a contemplar el cielo.

—¿En qué piensas? —díjole Alfonso.

—Propiamente hablando, en nada. Me place viajar con el pensamiento por los espacios luminosos del cielo...

—Estás poetizando... —dijo Elena riendo.

—¡Dios me guarde de ello, si poetizar es decir sensiblerías cursis!

—Estás soñadora, Margot... —murmuró el joven en el oído de su amada.

—Pienso... —continuó Margarita— en que la contemplación del cielo, en una noche así, despierta en el alma infinitos anhelos. Siento que mi alma desea abismarse en esa constelada inmensidad, como en un mar de luces desconocidas, en un piélago de amor purísimo...

—¿No digo bien, Alfonso? —insistió la ceguezuela—. ¿Miento al decir que Margarita se ha dado a poetizar?

Nadie respondió. La blonda señorita siguió diciendo:

—Ante esa inmensidad misteriosa, se¹ presiente una otra patria mejor, y dulce tristeza subyuga nuestro espíritu, y deseamos morir...

—Melancólica estás, Margot...

—¿No dice tu famoso Leopardi que el amor y la muerte son hermanos? Pero ya te lo he dicho, ya te lo he dicho, Alfonso, que no me gusta ese poeta. Me repugnan las almas enfermizas. Las compadezco, pero me hacen daño sus tristezas...

La ciega parecía abstraída por² un pensamiento dominante.

—Sí, sí, aunque Lena se burle de mí, aunque tú, que eres más soñador que yo (sea dicho de paso), me censures..., no he de negarlo, sin ser romántica ni sensiblera, que me place la meditación solitaria, lo mismo ante un soberbio panorama alpino que ante el espectáculo del cielo... Comprendo que nuestra alma no vive a gusto en la tierra..., que su destino es otro.

—Sí —murmuró Alfonso con su dulce acento francés—: *L'homme est un dieu tombé qui se souvient des cieux.*³

¹ 1901-1902 no incluye: se

² 1901-1902: *en por por*

³ “El hombre es un dios caído que recuerda el cielo” (la traducción es mía). La frase es un verso del poema “L’Homme”, que Lamartine dedicó a Lord Byron y que se publicó como la segunda de sus *Méditations poétiques* (1820).

Margot rompió de pronto la conversación y exclamó:

—Vamos a tocar... Deseo oír música. Toca, Lena.

—¡No estoy para ello!... —replicó la ceguezuela—. ¡Y menos para música clásica!

—Toca de Chopin... —suplicó Margarita.

—De Chopin, no, Lena. Esa música, al decir de Margot, me vuelve pesimista.

Como quien no dice nada: ¡un Schopenhauer!⁴

—El *Nocturno*, Lena...

—No —se apresuró a decir Alfonso—, no; música alegre..., un vals...

—No; no tengo ganas de tocar...

—Yo te lo ruego, Lena...

Y tomó del brazo a la ciega y la llevó al piano.

—Un vals de Waldteufel.⁵

—Sí, pero a cuatro manos. Ven, Margarita.

Alfonso se volvió al balcón.

Tras breve preludeo que parecía el eco de lejana fiesta, un vals embriagador, cuyo tema parecía desenvolverse como una onda de humo perfumado, brotó del piano, en rítmica misteriosa y vaga idealidad sugestiva.

Elena retiró las manos del teclado... Miró a Margarita y le dijo:

⁴ Para Delgado, la filosofía pesimista del alemán Arthur Schopenhauer —de la que, según se dijo, el novelista veracruzano consideraba a Leopardi como precursor— “representa el último avance de la incredulidad de nuestro ilustrado siglo; [...] condena el perfeccionamiento y el progreso humanos; [...] no mira en el saber y en la ciencia más que nuevos y terribles elementos de infelicidad” (1953b, p. 84). Aunque no se menciona su nombre, hay una indudable referencia a Schopenhauer en *Angelina*; en una carta que la joven así llamada dirige al protagonista, escribe: “Me alegro que pienses de otro modo. ¿Qué es eso de creer que la vida es mala? No, señor mío; ni yo que he sido tan desgraciada tengo esas ideas. El otro día leí en un periódico un artículo muy largo en que trataban de unos filósofos que tienen ideas parecidas a las tuyas. Allí hablan de un alemán, cuyo nombre no recuerdo porque es muy largo y muy revesado, del cual dicen que tiene ideas así como las tuyas. Y yo me dije: ¡vaya! sin duda que Rorró ha leído los libros de ese señor, y en ellos aprendió esas tristezas con las cuales me apena y me congoja. Pregunté a papá si esas obras están prohibidas, y me dijo que sí” (Delgado 1895, cap. LII, pp. 456-457).

⁵ Charles Émile Waldteufel, pianista francés, fue uno de los más conocidos compositores de su tiempo; produjo cerca de trescientas piezas bailables, sobre todo valsos. Entre sus obras más famosas se cuentan *Dolorès* (1880), *Les patineurs* (1882) y *Estudiantina* (1883). Hay una referencia a él en el capítulo XVIII de *La Calandria*: en un baile organizado por Pancho Solís, uno de los amigos de Gabriel, la orquesta del maestro Olesa toca “un vals brillante y arrebatador”, a propósito del cual el narrador exclama: “¡Cuán hermosa subía a los cielos la festiva música de Waldteufel!” (Delgado 1891, pp. 176-177).

—¿Qué te pasa?

La ceguezuela no respondió y acometió briosamente el tema... Mas a poco se echó a llorar...

Acudió Alfonso.

—¿Qué tienes, Elenita?

—Nada, pero me he sentido muy mal. Lléveme al balcón... No es nada; no se inquieten...

Llegó un coche y se detuvo a la puerta de la casa. Era el cupé de Alfonso, en el que habían llegado doña Dolores y Pablo.

La señora venía triste y abatida.

—Hemos venido en tu coche, Alfonso. ¡Mil gracias! —díjole Pablo.

Se habló del incidente breve rato.

—¡Ya estoy bien!... ¡Ya estoy bien! —repetía Elena.

A poco se despidió Alfonso.

LXVII

Doña Dolores no quiso cenar. A instancias de Filomena tomó un poco de dulce.

Todos callaban: la ciega, llorosa y abatida; Margot, pensativa y cabizbaja; la señora, muy apenada; Pablo, sombrío y colérico. Solo Ramoncito intentaba desvanecer con su charla la nube que pesaba sobre aquella familia, de ordinario alegre y de buen humor.

Ramón se soltó diciendo:

—A estas horas estarán de palique Juan y Conchita Mijares. Lo que ella se quería. ¡Bien guillada¹ que estaba aquí por Juan! Aseguro por quien soy que en estos momentos está en riña con el novio, porque mi queridísimo primo habrá llegado deslumbrante, arrollador, invicto como César...

—¡Muchacho, calla! —exclamó doña Dolores—. No estoy para charlas.

—¡Perdón, mamá! —respondió el muchacho, componiéndose el cuello altísimo de su camisa y arreglándose la coruscante corbata—. ¡Perdón, mamá! No puedo resistir al deseo de seguir charlando. Todos ustedes están tristes y mudos... ¡Eso no está bueno! ¡Alegría! ¡Mucha alegría! Dime, Margot, dime: ¿no es verdad que tu queridísima y nunca bien alabada amiguita Concha Mijares se fue prendada de nuestro primito, del galante y aristocrático Juan? ¿No contestas? Pues... ¡quien calla otorga!

—¡Calla, por Dios, Ramón! —volvió a decir doña Dolores.

El jovencito no la oyó, o no quiso oírla, y prosiguió:

¹ *Guillarse*: 'Enloquecer, perder el juicio' (Rodríguez 1918, s. v.).

—Entre el almacenista de El Puerto de Veracruz, hoy escribiente en la Fábrica del Albano,² y el señorito Juan, soberbio tipo parisiense, pálida flor de asfalto francés..., la elección no es dudosa...

—No hables mal de las gentes... —interrumpió la ciega, contrariada.

—No; la elección no es dudosa... ¡La ilustre monologuista, gloria del teatro casero de Arturito Sánchez (covachuelista³ clásico, poeta insigne y periodista perilustre), anhelaba juntar sus laureles artísticos a los rancios blasones de la nobilísima estirpe de los Collantes y de los Aguayos!

—¡Mamá! —prorrumpió impaciente la ceguezuela—. Oye a Ramón. Dile que hable de otra cosa... ¡Es tan fea la murmuración!

—¡Calla, por Dios, muchacho! Si tu padre viviera, ya te habría impuesto silencio. ¡Bueno era él para oír malas ausencias de las personas!

—¡Ja, ja, ja! ¡Vive Dios, mamacita, que nada malo digo! Mi charla es inocente. Es pura historia...

—Será lo que tú quieras, pero no todas las historias deben ser sabidas... —Y doña Dolores se puso en pie, y seguida de Margot y de Pablo se dirigió a la sala.

—Dígame usted, mamá: ¿qué pretende mi tío? Me muero de impaciencia...

—Vas a saberlo...

Tomaron asiento en el estrado. Doña Dolores y Margarita, en el sofá; Pablo en un sillón. Este se echó hacia atrás en la poltrona, y preocupado y pensativo cruzó la pierna, y siguió fumando, atento al humo de su tuxteco⁴ y a la conversación que iba a principiar.

² Establecidos en 1881 con el modelo de las grandes tiendas departamentales parisinas, los almacenes Al Puerto de Veracruz, propiedad de los barcelonetes Signoret, Honnorat y Compañía, se ubicaban en la esquina de Monterilla y Capuchinas (hoy 5 de Febrero y Venustiano Carranza), en un edificio “de tres pisos expresamente construido con los más modernos talleres” y que aún se conserva (sin firma, “Al Puerto de Veracruz”, en *La Gazzetta Coloniale. Periodico Settimanale Italiano*, año II, núm. 62, 5 de mayo de 1903, pp. 8-9). Respecto de la Fábrica del Albano, *vid. supra*, cap. V, nota 5.

³ *Covachuelista*: ‘Oficial de una de las covachuelas’; *covachuela*: ‘Cualquiera de las secretarías del despacho universal, que hoy se llaman ministerios. Dióseles este nombre porque estaban situadas en las bóvedas del antiguo real palacio’ (RAE 1899, s. v.). Cabe señalar que al protagonista de *Angelina* —probable *alter ego* de Delgado— se le designa con esta misma voz familiar en una ocasión (*vid. Delgado 1895, cap. LIII, p. 466*).

⁴ El tuxteco es el tabaco proveniente del antiguo cantón de los Tuxtles, Veracruz, conformado por los municipios de Santiago Tuxtla, San Andrés Tuxtla y Catemaco, y localizado “en el sureste de la zona central de la gran planicie costera del Golfo de México”. En esa región, el cultivo del

—¡Esto no tiene nombre! —prorrumpió la señora—. Siempre desconfié de mi cuñado y de la desigualdad de su carácter...

—¿Qué liquidación es la que pide?

—No la pide; ¡la hizo ya! —dijo Pablo⁵ dejando caer sus palabras.

—Al decirle yo que deseaba recibir el dinero legado por Eugenia, y con este el obsequio de Surville, me contestó el otro día, terminantemente, con toda claridad: “¡Después que liquidemos!”.

—¿Cuánto importa esa liquidación? ¿De qué procede? —preguntó Margot.

—De alguna cantidad que suplió a tu padre...⁶

—¡Eso dice!... —interrumpió Pablo desdeñosamente.

—Parece que sí... Nos ha mostrado cartas...

—¿Está probada la deuda?⁷

—Probada, no —replicó Pablo—; falta saber si papá no hizo el pago oportunamente... Papá era muy escrupuloso en todos sus asuntos...

—¿Y a cuánto asciende la deuda?... —volvió a preguntar la señorita.

—A poco más de lo que debemos recibir. Juan nos carga en cuenta el dinero facilitado para venir y los gastos de instalación.

—De manera que...

—De manera que aún quedaremos adeudando quinientos duros, o como dice mi tío, quien no pierde la costumbre de contar a la francesa, dos mil quinientos francos...

—¿Y el cambio?

—Queda abonado el cambio.

—¡Pero esto es atroz!

—¿Qué piensas hacer?

—¿Yo? —dijo la señora—. ¡Nada! Que paguemos... ¿Se debe? Pues... ¡pagar!

tabaco comenzó a ganar preponderancia en las últimas décadas del siglo XIX, tanto en el mercado nacional como en el internacional (cf. Jiménez 2012, pp. 1 y 5).

⁵ 1901-1902: *Alfonso por Pablo*

⁶ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 37.

⁷ En 1901-1902 se transpusieron dos líneas, de suerte que se lee: —*Parece que sí... Nos ha mostrado / —¿Está probada la deuda? / cartas...* En 1903 se corrige el error, pero inmediatamente después de —*¿Está probada la deuda?* se incluye la palabra *Cartas...*, duplicación que suprimí.

—Sí, pero...

—¡No hay pero que valga!... ¡Sobre que él tiene el dinero! —observó Pablo desalentado.

—Si se debe..., ¡pagar! Tiene usted razón... Pero, antes, dejar en claro... si la deuda es cierta.

—Eso pienso yo, hija mía... Pablo dice que disputar sería inútil.

—Sí; ¿cómo probar nosotros que mi padre no debía nada? ¿Tenemos comprobantes?

—¿Y el dinero facilitado para el viaje y los gastos de instalación? —observó la blonda señorita.

—Debemos pagarlo. Creímos que la bondad generosa de tu tío llegaba hasta favorecernos, y nos engañamos. Sería indigno alegar nuestro error...

—Tiene usted razón, mamá. ¿No lo crees tú así, Pablo?

El mozo contestó afirmativamente, con un movimiento de cabeza.

—Quedaría el recurso de acudir a un tribunal... Un abogado hábil... El Derecho tiene sus preceptos, según entiendo.

—¡El Derecho! ¿Sabes, Margot, lo que es el Derecho, lo que ha sido siempre? —rompió a decir el joven, incorporándose en su asiento.

—No.

—Pues voy a definírtelo: es la ciencia de conciliar los errores políticos, legislativos y económicos de los gobiernos con el mezquino interés de los particulares...

—¡Déjate de bromas, Pablo!

—No, hermanita: ¡tal es mi convicción!

—Entonces no queda más recurso que callar, ¿no es así, mamá? ¿Qué opinas tú, Pablo?

Pablo no contestó; sacudió la ceniza de su puro y volvió a reclinarse en la poltrona.

—¡Y yo que soñaba que con ese dinero compraríamos unas casitas en Pluviosilla! ¡Yo que tenía la ilusión de regresar allá, y allí vivir tranquilos, en paz y gracia de Dios, lejos de este bullicio, de este vértigo y de esta feria de vanidades!

—Mamá: el hombre pone y Dios dispone.

—No volveremos a Pluviosilla —murmuró Pablo tristemente, y agregó con vehemencia—: Me basto y me sobro para que nada falte a ustedes.

—¡Así lo creo, hijo mío, así lo creo! Pero...

—¿Pero qué, mamá?

—Voy a tentar un recurso que me parece salvador...

—¿Suplicar? —dijo Margarita.

—¿Suplicar, mamá? ¡Nunca! ¡Jamás!⁸ —dijo entre dientes Pablo, levantándose—. ¡Eso sería indigno de nosotros!...

—Sin duda, muchacho. Déjame, que yo pondré a salvo nuestro decoro.

Profundo silencio reinó en la sala.

⁸ 1901-1902: *¡Nunca, jamás!* por *¡Nunca! ¡Jamás!*

LXVIII

Muy temprano se fueron a misa Margot y doña Dolores. Pablo dormía y Ramón, con el libro de Física entre ambas manos, se paseaba en el corredor.

Filomena, la excelente y dulce Filomena, acudió en ayuda de Elena, la cual, contra su costumbre, se había despertado a eso de las seis y media.

—¡Ay, Filomena! —exclamó Elena, sentándose al borde de la cama y disponiéndose a que la criada la vistiera—. No he dormido en toda la noche.

—¿Por qué, niña? —preguntó cariñosamente la criada.

—¡Si tú supieras lo que me pasa, lo que padezco y lo que sufro!

—¡Lo comprendo, niña, lo comprendo! La desgracia de no ver es muy grande...

—¡Si yo pudiera escribir!

—Pero, niña... Su mamá de usted o sus hermanos pueden hacerlo... Usted les dice lo que quiere decir... y ellos escribirán.

—Pero...

—¿Pero qué, niña?

—Nada.

—Niña... —murmuró la criada con ternura suplicante—. Diga usted lo que iba a decir.

—¿Para qué?

—¡Dígalo usted!

—Lo que tengo que decir no debe saberlo nadie: solamente una persona...

—¿Qué, no tiene usted confianza en la niña Margarita?

—Sí.

—¡Pues entonces!...

—Pero no quiero que ella sepa lo que yo quisiera escribir a esa persona...

—Pues Pablo o Ramoncito...

—Tampoco.

—Pues la señora.

—Menos.

—¿Qué..., no tiene usted confianza en ella?

—Sí, pero no me conviene que sepa esto... Al menos, ahora.

—Pues entonces, niña, si de ese modo piensa usted, no sé yo...

—Mira: tú me quieres mucho..., ¿no es verdad?

—Sí, Elenita; con todo mi corazón.

—¿Me guardarás un secreto?

—Sí, niña.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Me lo juras?

—¡Se lo juro a usted!

—¿Sabes escribir?

—¿Ya no se acuerda usted?... Aunque mal.

—¿Quieres hacerme¹ un favor?

—El que usted quiera, si no es cosa que a la señora² no le guste.

—Gústete o no le guste...

—Pero, niña Elena... —suplicó dulcemente la criada.

—Hija: las cosas, o hacerlas bien hechas, o no hacerlas... ¿Escribirás lo que yo te diga?

—Sí, puesto que usted lo quiere.

—Pues bien... Mamá y Margarita se irán ahora a México con los muchachos. Luego que estemos solas te dictaré la carta... y luego tú misma la llevarás al correo... Es preciso que la carta que vamos a escribir llegue mañana a su destino.

—¿Pues de qué se trata, niña?

—Ya lo sabrás.

¹ 1901-1902: *hacer por hacerme*

² 1901-1902: *señorita por señora*

La ciega saltó de la cama y, apoyándose en el brazo de Filomena, se dirigió al lavabo.

En esos momentos llegaban doña Dolores y Margarita.

—Filomena —dijo la dama—: queremos desayunarnos, porque tengo que ir a México. Ve a servirnos... Margarita ayudará a Elena.

Quince minutos después, todos estaban en el comedorcito. Elena, pálida y ojerosa, bella como siempre, pero abatida y preocupada, se desayunaba lentamente.

—No me lo esperaba yo... —decía la señora contrariada y casi colérica—. Terminantemente me dijo que no. En buena forma, es cierto, pero se rehusó a obsequiar mis deseos.

—¿De quién se trata? —interrumpió Pablo.

—Del padre Grossi, hijo mío; del padre Grossi... Le rogué que, con modo, como él sabría hacerlo, como es capaz de hacerlo..., ¡vaya si lo es!, que³ le hablara a tu tío y le hiciera ver que...

—¡Hizo usted mal, mamá! La dignidad ha debido impedírselo a usted.⁴

—El padre Grossi no nos quiere —se apresuró a decir la blonda señorita—; si fuésemos de su devoción, mejor dicho, si contara con nosotros para la cuestión de su iglesia, ¡otra cosa sería!

—Ni aun así... —dijo Pablo, untando de mantequilla una rebanada de pan—, ni aun así... ¡Por nada de esta vida, como no fuera por dinero, opondría el padre Grossi su palabra evangélica a los deseos y opiniones de mi tío! ¡Como que por mi tío y por mi tía avanza la obra de la capilla, y por mi tío tiene el buen señor cuarenta acciones de Cinco Señores! ¡De Cinco Señores, mamá, cuyos dividendos son al presente como los de ninguna otra negociación!...⁵ ¡Qué sencilla y qué cándida es usted, mamacita! ¿Cree usted posible que el dulcísimo padre Grossi, esa alma de Dios, por servir a usted, por hacernos un favor, se quiera

³ 1901-1902 no incluye: *que*

⁴ 1901-1902: *impedirlo*. por *impedírselo a usted*.

⁵ Sobre Cinco Señores, *vid. supra*, cap. XLII, nota 6.

enajenar⁶ la voluntad del señor don Juan Collantes, flor de la banca y facedor de empréstitos?⁷ ¡Ni pensarlo, mamá!

—No hará lo mismo el señor Fernández...

—No. ¡Ya lo creo! Pero hará usted mal en molestarle, porque todo será inútil. ¡No hay más que resignarse!

—Tú dirás lo que quieras... Yo debo cumplir con mi deber... Ahora le veré cuando salga⁸ del coro. ¡Margot!... ¡A vestirse!⁹ ¡Muchachos, listos y en marcha!

Lena: ¿quieres ir con nosotros?

—No, mamá... —respondió la ceguezuela—. Prefiero quedarme. ¿Qué voy a hacer?¹⁰

⁶ *Enajenarse*: 'Apartar de sí, por culpa propia, la simpatía, etc., de alguien' (Moliner 2006, s. v.).

⁷ Clara alusión a *Don Quijote*. Al respecto, *vid.* la segunda parte del tercer capítulo del "Estudio preliminar" y *supra*, "Prólogo", nota 5.

⁸ 1901-1902: *al salir por cuando salga*

⁹ 1901-1902: *¡Margot!..., a vestirse!* por *¡Margot!... ¡A vestirse!*

¹⁰ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 38.

LXIX

En el comedor fue escrita la carta.

Filomena escribía bien, con letra muy clara y con pocas faltas de ortografía, pero la poca práctica hacía que a cada instante vacilara.

Dictábale la ceguezuela, y la fiel y cariñosa muchacha iba escribiendo sin darse cuenta de la gravedad del asunto.

—Niña —exclamó repentinamente, dejando la pluma—, ¿qué necesidad tenía usted de estos misterios, qué necesidad había de esto? ¿Por qué no decírselo a la señora, o a la niña Margarita? Si don Juan quiere a usted, si usted lo quiere, ¿para qué ocultar estas relaciones? Su papá de usted decía (muchas veces lo repitió delante de mí) que los matrimonios entre parientes no eran buenos. Puede ser que a la señora no le gusten estos amores de usted y de su primo, pero... ¡hay tantos matrimonios así!

—Sigue escribiendo... —dijo la joven.

Filomena obedeció.

—Decíamos...

—Que...

—Lee.

—... “quiero que vengas, necesito que vengas antes de salir para Europa. Lo que te dije es cierto, y el asunto debe ser resuelto muy pronto. Ven y arrégalo con mis tíos...”.

Elena dictó:

—Punto y seguido. “Te entregué mi corazón, mi amor, mi alma, mi vida... Dicen que no eres bueno, pero yo creo que no eres malo. Eres caballero y, como tal, debes cumplir la palabra empeñada a esta pobre y desgraciada criatura que tanto

te quiere, que te adora y que de ti, de tu lealtad, de la bondad de tu corazón lo espera todo. Mi familia nada sabe, ni siquiera Margot. Ven a arreglarlo todo, antes de que lo sepan. Temo que no vuelvas de Europa, y entonces...”.

—Entonces...

—“Dime...”. En “dime” pon dos puntos.

—Sí; ya los puse. Siga usted.

—Y una interrogación después.

—Ya está.

—“... ¿qué haré yo?”. Cierra la interrogación.

—¡Ya!

—“Si no vienes, si no vuelves, si a tiempo no arreglas esto..., ¿qué haré yo?”.

—Ya está.

—“... ¿qué haré yo?”... “Temo que no vuelvas. Y ¿sabes lo que entonces pasará? ¿Te has detenido a considerarlo?”.

—¿Considerarlo? —repitió Filomena.

—“Hazlo por ti...”. Espera, Filomena... —dijo Elena, interrumpiéndola¹ y ahogando un sollozo.

La criada tuvo que dejar la pluma y, sobresaltada, fijó en Elena una mirada de sorpresa y espanto. La ciega hizo un esfuerzo y prosiguió, enmendando resueltamente la frase:

—“No lo hagas por ti... ni por mí... Hazlo por tu...”.

—¿Por quién? —preguntó Filomena, en cuyo pensamiento estaba ya la terrible palabra—. ¿Por quién, niña?

—“¡Por tu hijo!” —respondió sin vacilaciones la ciega.

—Pero...

—¡Escribe lo que te digo!

—Pero, Elenita... ¿Qué quiere decir eso?

—Lo que dice.

—¡Niña, por Dios! —exclamó angustiada la servidora.

¹ 1901-1902: *interrumpiéndole* por *interrumpiéndola*

Elena no respondió. Después de un rato de silencio, con acento de mando, acento en el cual se revelaba cierto despecho doloroso,² mal contenido y encubridor de una pena punzante y vergonzosa, dijo:

—¿Ya lo entendiste? ¿Ya lo sabes todo? Pues no temas, y escribe.

—¡Niña Elena!

—Escribe... ¡Es preciso!

—Yo no escribo eso.

—¡Por Dios, Filomena!

La excelente servidora se echó a llorar. Elena, de codos en la mesa, el pañuelo entre las manos, al parecer impasible, paseaba en torno suyo la mirada inexpresiva de sus ojos sin luz.

—¡Cálmate! —suplicó cariñosamente—. Cálmate y escribe.

—¡No puedo creer esto, Elenita, no puedo creerlo! —replicó acongojada—. Eso no es verdad..., ¡no es verdad!

—Sí lo es.

—¡Pero si no puede ser, si no puede ser!

Filomena se desató en sollozos, dando rienda suelta al dolor que le torturaba el corazón.

¡Qué tormentosa pena la de aquella alma cariñosa, tan amante de todos y de cada uno de los individuos de la familia Collantes! La de don Juan le era profundamente antipática. ¡Más vanos y tonistas!³ ¡Al diablo con ellos! Pero la de don Ramón le era profundamente querida, vaya, ¡si eran su propia familia! Entre todos prefería a Margarita y a Elena. A esta más que a la otra. Se habían criado juntas... Eran como hermanas. ¡Cómo había llorado ella la incurable ceguera de Elenita! Mil ideas contrarias, mil sentimientos encontrados le atenaceaban el cerebro; mil dardos se le clavaban en el pecho. ¡Qué cosas suceden! ¡Qué iba a pasar! Primeramente la vergüenza, la amargura de la familia... ¡Qué no dirían de ella las gentes, qué no dirían de la familia de don Ramón, hasta entonces irreprochable! Después, el enojo de Pablo, que tenía tan mal genio. Y la pobre

² 1901-1902: *doloroso* y por *doloroso*,

³ *Tonista*: 'Que se da tono o importancia'.

Filomena consideraba la desventura de Elenita, la cual, por su desgracia, parecía libre de un mal matrimonio y a salvo de una seducción. ¡Con razón ella no pasaba al Juanito, que era tan insolente y tan despótico y tan burlón! ¡Cuánto no habría dado por ser ella la víctima! Ella, al fin, no tenía ni padres, ni hermanos, ni parientes... Para ella la sociedad no significaba nada... ¿Qué era ella en el mundo? ¡Un cero, nada! Ella habría huido con su amante, habría escapado para ocultar muy lejos su vergüenza. ¡Ella! ¡Ella! ¿Qué importaba? A la desdicha suya, a su orfandad, bien podía unirse la deshonra... Así suele suceder con las huérfanas... ¿Pero Elena? ¿Elenita? ¿La pobre ciega? ¡No, no, si aquello no era posible, no era verdad ni podía serlo!

Oculto el rostro entre las manos, la infeliz Filomena se bebía sus lágrimas. Elena callaba. Afuera, los canarios trinaban regocijados en la pajarera, y el canto festivo de los pájaros aumentaba la angustia de la pobre muchacha. Oíanse ruido de coches, silbidos de tranvías, los rumores diurnos de la polvorosa avenida...

“Yo —seguía pensando Filomena— haría por la señorita el sacrificio mayor... con tal de salvarla... Pero... ¿cuál, Virgen santa, cuál? ¿Por qué hay males en el mundo que no tienen remedio?”. En su cándida sencillez, en su limitación intelectual, le parecía que algo así como un palacio de cristal, un alcázar preciosísimo, límpido, luminoso, prodigio de hermosura,⁴ en el cual se albergaban lo mejor de la belleza y lo más selecto de la virtud, se había hecho pedazos; que una mano impía, la de quien nada sabía estimar, como no fuese perdición y fango...⁵ Filomena habría deseado volver a lo pasado, volver a Pluviosilla, a tiempos mejores,⁶ antes de la llegada de aquellas gentes, antes de la llegada de aquel infame, para decirle: “¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí, canalla!”. Y ocultar a Elena, y ponerla en cobro. ¡Qué villano era aquel hombre que no se había detenido ante el infortunio de aquella infeliz criatura, ante la desdicha de aquella niña, para la cual no había en el mundo ni alegría ni luz!

⁴ 1901-1902: *belleza, por hermosura,*

⁵ En ambos testimonios, la idea expresada en esta oración está incompleta. Aunque no se descarta la intención del autor de introducir un anacoluto con el fin de emular el curso de los pensamientos en una persona alterada, también podría tratarse de un salto del linotipista.

⁶ 1901-1902: *tiempo mejor, por tiempos mejores,*

¿Y si Juan no volvía? ¿Y si aun volviendo se negaba a cumplir la palabra empeñada? Y todo, todo quedaría arreglado en unas cuantas horas... ¿Por qué no había de ser así? Con que Juan lo quisiera, bastaría. ¡Qué infamias las de estos señoritos decentes y ricos! Pero su corazón le gritaba: “¡No, no abrigues esperanzas!... Juan se va y no volverá en mucho tiempo... No se casará con Elena y...”.

Un rayo de luz cruzó por la mente de la criada... Pero, al disiparse la repentina claridad, solo quedó una oscuridad inmensa, profunda, de sombras más y más negras.

“Si de mí se tratara..., ¡qué me importaría ser vista como la peor de las mujeres! ¡Qué me importaría que la señora y los muchachos, y la niña Margarita, y la misma niña Elena me despreciaran!”.

Entonces se revolvió como una víbora en el corazón de la honrada Filomena un sentimiento impío, rebelde a la razón, cruel, ponzoñoso... Sintió desprecio por Elena..., un desprecio profundo, y se dijo, temerosa de escuchar su propio pensamiento, asustada de la dureza de su corazón: “¡Ella tiene la culpa! ¡Con su pan se lo coma!”. Luego sintió ira, algo como impuso poderosísimo de castigar dura y severamente, como la joven se lo merecía... Pero la ceguera de la joven ablandó la dureza inesperada y rápida de aquel corazón recto y nobilísimo, que se alzaba altivo e indignado contra la maldad, contra la vil escoria humana, contra la inmundicia, contra la debilidad de lo que debía ser firmísimo e inmovible como gigantesca mole de granito; ablandose compasivo aquel corazón conturbado por la ruina inesperada de aquello que para él era o había sido, hasta ese día, hermosura y pureza, respeto y dolor, y nuevas lágrimas, lágrimas dulcísimas de compasión y de caridad, rodaron por el rostro de Filomena.

“¡Pobre niña! —así lo pensó la fiel servidora—. Debo compadecerla. Así compadece el Señor a los pecadores. Dios aborrece el pecado, pero se apiada del culpable y le ama tiernamente...”.⁷

Enjugó sus ojos y volvió a tomar la pluma.

—Elenita... Seguiremos. Dícteme usted.

⁷ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 39.

—¡Pobre de ti! ¡Ya oí cómo llorabas!... ¡Dios te lo pague!

Filomena sonrió tristemente e insistió:

—Dícteme usted, pero hable usted con franqueza y dígale a ese señor... lo que debe decirle. Con energía...⁸

Pronto quedó concluida la carta. Filomena la llevó al correo y al volver, cuando tenía ante su vista el cielo azul, el valle, el bosque, el alcázar y la avenida melancólica de Chapultepec orillada de sauces grises, por la cual venía, camino del panteón cercano, un tren fúnebre, díjose desesperada: “¡Para qué vendríamos a esta tierra! Dicen que parientes y trastos viejos..., ¡pocos y lejos! Y... si los parientes son ricos..., ¡hechos añicos!”.

Lena esperaba en el comedor.

—Ya eché la carta, Elenita. Yo misma pegué el sello... Ahora cuénteme usted su desgracia.

Y entre lágrimas y sollozos escuchó Filomena la historia triste y lastimosa de aquellos amores.

⁸ 1901-1902 *energía*. por *energía*...

LXX

Mientras tanto, en Pluviosilla, en la ciudad de las fértiles montañas y de las aguas parleras, Conchita Mijares recibía gratísima sorpresa.

La monologuista estaba en la ventana, esperando a Óscar, a su Óscar amadísimo, cuando el brillante lagartijo acertó a pasar en busca de su amiguita.

—¿Quién será ese? —dijo Concha al verle venir—. ¿Quién será? Yo conozco a todos los jóvenes de Pluviosilla... ¡Ese no es de aquí! ¿Qué andará buscando?

No tardó en reconocerle.

—¡Juan! —gritole—. ¿Qué busca usted?

—¡A usted, Conchita! —respondió el mancebo, atravesando la calle y dirigiéndose a la reja.

¡Grata sorpresa para Conchita! La imagen del mancebo no se apartaba de la mente de la joven. Las Collantes eran el constante tema de su conversación, y Collantes por aquí, grandezas por allá, de los Collantes hablaba, y como no hay sermón sin san Agustín, no había charla ni plática de Concha en que los Collantes no aparecieran.¹ ¡Qué elegantes, qué finos, qué guapos! ¡Qué palacete aquel, qué trenes, qué salones, qué comedor, qué departamento aquel de los muchachos!

A Conchita se le pasaban las horas contando grandezas, lujos y refinamientos aristocráticos y parisienses. Ya tenía cansadas a sus amigas, y tanto que cierta noche, en casa de Arturo Sánchez, al acabar el ensayo, como se tratase de cierta escena que requería suma distinción de modales, Concha tomó la palabra y,

¹ Probable alusión al dicho “Ni olla sin tocino ni sermón sin agustino”, el cual “advierde que el tocino da buen sabor a un cocido, del mismo modo que un buen predicador debe valerse de la doctrina de San Agustín, si quiere hablar con fundamento teológico. Se emplea para explicar que algo no es perfecto porque falta lo esencial o para criticar a quien siempre habla de lo mismo” (Sevilla y Zurdo 2009, s. v. “Ni olla...”).

después de charlar a su sabor, puso como ejemplo de elegancia a los Collantes, y tanto dijo de ellos, y los encumbró por tal manera, que Óscar, que oyó todo,² se mostró enojadísimo, no pudo disimular su contrariedad y exclamó:

—Te han sorbido el seso los tales Collantes. ¡El caso que te harán!

Entonces Paquita Rodríguez, la actriz cómica de la compañía, que no miraba con malos ojos a Óscar, se atravesó, diciendo:

—Día llegará en que tú pongas blasones en tus cartas, como esos caballeretes tus amigos... Caballeros —dijo en tono teatral—: ¡tengo el honor de presentaros a la futura marquesa de Collantes!

Y agregó con trágico acento:

—¡Es...³ el destino manifiesto!⁴

Picose Conchita y, roja como un ababol,⁵ disimulando su rabia,⁶ creyendo que un sentimiento de rivalidad había dictado tales palabras, respondió audazmente:

—¡Ojalá! Háganmelo bueno.

Rieron todos a más y mejor, y Óscar, verdaderamente disgustado, tomó el portante.⁷ Desde ese día, a *sotto voce*, todos le decían la marquesa de Collantes.

La monologuista hizo entrar a Juan, llamó a su tía y presentó al mancebo.

Mientras este platicaba con la buena señora, una excelente mujer, tan conforme con su pobreza como escasa de entendimiento, Conchita no apartaba sus ojos de los ojos del pisaverde. A poco se dio a comparar la modestia y sencillez de aquella casa tan humilde con el palacete de don Juan.

² 1901-1902: *estaba presente*, por *oyó todo*,

³ 1901-1902: *¡Es* por *¡Es...*

⁴ La doctrina del destino manifiesto es, de acuerdo con Kenya Bello, un “imaginario nacionalista” formulado en 1845 por el periodista John L. O’Sullivan “al calor de los debates sobre la anexión de Texas a la Unión”; sus raíces se remontan al protestantismo y “se basa en la convicción de que las formas de organización y las instituciones políticas de esta sociedad [norteamericana] constituyen una verdadera excepción histórica” (2006, p. 32). En el contexto de la intervención de Estados Unidos a México (1846-1848), esta doctrina se convirtió en “un arma política y diplomática que alentaba y justificaba la expansión territorial” (p. 32). También sintetizó una idea providencialista según la cual el pueblo estadounidense era el elegido para expandir “la llamada ‘área de la libertad’” y justificó la obtención de territorios ajenos, como el mexicano (Arteta 2001, párr. 5). En este caso resulta claro que la frase se usa fuera de contexto y tiene una carga más bien irónica, pues da a entender que Conchita estaría destinada, por voluntad divina, a casarse con uno de los Collantes.

⁵ *Ababol*: ‘Amapola’ (RAE 2014, s. v.).

⁶ 1901-1902 incluye: *y*

⁷ *Tomar o coger el portante*: ‘Irse, marcharse’ (RAE 2014, s. v. “portante”).

¡Qué diferencia! ¡Qué diferencia! ¡Cómo se entristeció Conchita al contemplar su pobre sala! El suelo de ladrillo, muy limpio, es cierto, pero desolador y vulgar; la media docena de sillas de pino, barnizadas y enteras, pero deladoras de una gran pobreza; cuatro sillones de rejilla, con velos tejidos de gancho y adornados con cintas de seda, en las cuales Concha puso toda su coquetería; una consola vetusta, y en ella dos jarrones de cristal azul, llenos de flores, obsequio de Arturo, un día de la Purísima;⁸ un espejito biselado, a cuyos lados lucían sus grullas y sus crisantemos —“crisantemas”, decía la monologuista— sendos pares de abanicos japoneses de muy dudosa procedencia; bajo la consola un lebril de barro, como en atisbo de un gazapo; en los muros, en distintos sitios, en ingenios de alambre, retratos de amigos y parientes. Allí estaba Arturo Sánchez en traje de carácter,⁹ muy orondo y leyendario,¹⁰ con ropilla y calzas, en no sé qué drama de Peón y Contreras, *La hija del rey* o *El sacrificio de la vida*;¹¹ allí Paquita Rodríguez, envuelta en un mantón de Manila, prenda que para un sainete le prestó la gachupina de una especiería cercana; allí muchas amigas de Concha, en¹² grupo desastrado y en traje de fantasía:¹³ una de Noche; otra de Día; una de gitana; otra de manola.¹⁴ En otro ingenio estaban las Collantes con sus hermanos Pablo y Ramoncito; en otro la viuda de un magistrado del Tribunal Superior de Justicia, fallecido en sazón¹⁵ a los setenta; una joven de linda cara, de ojos soberbios, de cejas arqueadas e

⁸ Esto es, el 8 de diciembre, día de la Purísima Concepción y santo de Conchita.

⁹ *Traje de carácter*: ‘Que presenta un individuo con sus atributos y características peculiares, por su jerarquía o dignidad como el de un presidente u otro alto dignatario’ (Santamaría 2005, s. v. “traje”).

¹⁰ 1901-1902: *legendario*, por *leyendario*,

¹¹ Dedicado al “eminente actor español señor don Enrique Guasp de Peris”, *El sacrificio de la vida*, drama en tres actos en prosa de José Peón y Contreras, se estrenó “con gran éxito” en el Teatro Principal la noche del 6 de febrero de 1876. Ese mismo año, la imprenta de *El Eco de Ambos Mundos* dio a la luz la edición de la obra (cf. Peón 1876, pp. [1] y [3]). Sobre Peón y Contreras y *La hija del rey*, vid. *supra*, cap. xxv, nota 3.

¹² 1901-1902: *un por en*

¹³ *De fantasía*: ‘Dicho de una prenda de vestir o de un adorno: Que no es de forma o gusto corrientes’ (RAE 2014, s. v. “fantasía”).

¹⁴ *Manolo, la*: ‘A partir del siglo XVIII y principios del XIX, persona de las clases populares de Madrid que se distinguía por su traje y desenfado’ (RAE 2014, s. v.).

¹⁵ Si bien los lexicones académicos registran el significado ‘oportunamente, a tiempo, a ocasión’ para la locución *en sazón* (cf., por ejemplo, RAE 1899 y 2014, s. v.), quizá el narrador la esté empleando, no sin cierta carga irónica y sentido figurado, con la acepción que para *sazón* consigna Francisco Santamaría (2005, s. v.): ‘Condición del fruto que está en sazón; punto anterior al de la madurez, propiamente, o del crecimiento completo’.

intensamente oscuras, y allí, en un marco de terciopelo hecho por Conchita, una fotografía de Nadar: Juan, en traje de caza.¹⁶ En el centro de la estancia, una mesa circular, llena de monitos de porcelana y de figuritas de barro, producto de la industria de Puebla, y en medio un quinqué con una gran pantalla de papel encarrujado.¹⁷ A la derecha, en las sillas próximas a la ventana, un par de bastidores que delataban el trabajo largo y penoso de la bordadora. Las vigas pintadas de gris, las paredes desconchadas. En la ventana, en el desportillado pretil, dos lindos caracoles, y un silloncito, trono vespertino y nocturno de la ventanera Conchita.

Tristísima sala. ¡Cuán diferente de aquella casa, de aquel palacio de los Collantes!

Tomó la palabra Conchita, y lista, vivaracha, zalamera como nunca, charló con su gracia de siempre, pensando en que Juan solo por verla había venido.

—¡No merece usted —repetía— que le reciba bien! Ni adiós me dijo. Por charlar con Elena no me vio usted, y en vano le esperé en la estación, donde según me dijeron debía usted estar¹⁸ para despedirse de mí. ¿Cuánto tiempo va usted a permanecer entre nosotros?

—Probablemente un mes; a menos que, como me lo temo, un día u otro tenga que salir para Veracruz. He venido a mudar de aires antes de partir para Europa.

—¿Se vuelve usted a París?

—Voy a negocios de mi padre... Pero de seguro que tardaré mucho en regresar.

—¡Vaya! ¡Vaya con el francés! —se atrevió a decir la tía de Conchita—. ¿No le gusta a usted su patria?

—Sí, señorita, pero... usted comprenderá... que entre México y París... ¡hay gran diferencia! Vine lleno de entusiasmo, con el mayor gusto, pero una vez aquí...

—Y yo que me prometía que aquí, en Pluviosilla o en México, doblara usted la cerviz, la cerviz rebelde, al florido yugo...¹⁹

—Es difícil, Conchita... Aún no es tiempo.

¹⁶ Sobre Nadar, *vid. supra*, cap. xxxix, nota 9.

¹⁷ *Encarrujado*: 'Rizado, ensortijado o plegado con arrugas menudas' (RAE 1899, s. v.).

¹⁸ 1901-1902: *verme* por *estar*

¹⁹ *Yugo*: 'La banda o cinta con que unen a los desposados en el santo matrimonio. Tórnase muchas veces por el mismo matrimonio' (RAE 1869, s. v.).

—Ahora... Como estará usted aquí un mes... —se apresuró a decir Conchita—, podrá usted conocer esta tierra... Me ofrezco a distraerle a usted, porque aquí va usted a morir de tedio; me ofrezco a distraerle... Convidaré a algunas amigas y saldremos de paseo. ¡Aquí...²⁰ el campo es lo único que merece ser visto!... Y menos de quien viene de México, y mucho menos de quien viene de París... De alguna manera he de corresponder a las atenciones de usted, y de su papá, ¡y de todos!²¹

Aceptó Juan. Al día siguiente estuvieron de paseo. Concha invitó a varias amigas: a las Sánchez, a Paquita Rodríguez y a las de Castro Pérez. Fueron a visitar una hacienda y a la cascada de Agua Azul, uno de los sitios más bellos del valle de Pluviosilla, en las fértiles orillas del Albano.²²

²⁰ 1901-1902: *¡Aquí por ¡Aquí...*

²¹ 1901-1902: *todos. por todos!*

²² En su descripción del cantón de Orizaba, José María Naredo (1898) sigue el curso del río Blanco (o Albano, según la toponimia de Delgado) y menciona cuatro cascadas que se forman con sus aguas: la de Rincón Grande, la de Barrio Nuevo, la de Tuxpango y otra cercana a la hacienda de Omealca, “frente a los Xúchiles” (t. I, libro primero, cap. III, pp. 22-25). Es difícil saber a cuál de ellas se refiere el narrador.

Los carruajes de punto, pedidos por Juan, esperaban a la puerta del hotel.

El joven, frente al espejo, daba el último toque artístico a su elegante y distinguida persona. Arreglose por la décima vez la corbata; se atusó el perfumado bigotillo; tomó los guantes y el bastón, y salió precipitadamente, maldiciendo del ruido del cercano río que, después de mover la turbina de un molino inmediato, se precipita en su propio lecho con estruendo de cascada.

Atravesó el comedor, donde unos excursionistas yanquis,¹ jamoneros de Chicago o especieros de San Luis, prolongaban, charlando perezosos, una fastidiosa sobremesa, y, después de repetir órdenes al administrador, un francés amojamado, de patillas ralas, de perfil judaico, suelto de lengua y con aspecto de maestro de coros, se dirigió a la escalera...

Al llegar al descanso le detuvo un criado. La caja con los emparedados, los pasteles y el vino de Champagne quedaba en un pescante. Los cocheros estaban aguardando.

—Vamos... —murmuró Juan.

En ese momento vino un camarero a darle alcance para entregarle una carta.

¹ Tanto en 1901-1902 como en 1903, esta voz presenta la ortografía *yankee*; sin embargo, en dos capítulos anteriores de la novela, el VI y el XVII, se registra la grafía actual. El término ingresó en el *Diccionario* de la Academia en su decimotercera edición, con la ortografía *yanqui* y el significado de 'norteamericano' (cf. RAE 1899, s. v.). Si bien Francisco Santamaría anota que la palabra se había generalizado sin sentido despectivo (2005, s. v.), Antonio García Cubas, en su crónica de la intervención de 1847, deja entrever lo contrario. En el texto, el escritor relata que el 14 de septiembre, junto con una muchedumbre reunida cerca de la esquina de la Amargura, presencié un enfrentamiento de la población con las fuerzas invasoras y vio "corriendo en tropel [...] un pelotón de hombres armados y a cuya cabeza iba un fraile, [...] sosteniendo en sus manos nuestro glorioso pabellón de las tres garantías. El fraile aquel infundía aliento e inspiraba entusiasmo a los gritos de ¡Viva México y *mueran los yankees!*" (García Cubas 1904, p. 437; las cursivas son mías).

—Acaban de traerla...

¿De quién sería aquella carta? La letra del sobrescrito era desconocida... El joven no pensó que fuese de Elena. “La leeré esta noche”, díjose resueltamente, y se la guardó en el bolsillo.

Minutos después llegaba a la casa de Conchita Mijares. En espera de Juan estaban allí las Castro Pérez, Paquita Rodríguez, Arturo Sánchez, las hermanas de este y un mozuelo barbilindo, empleado a la sazón en la tesorería municipal y parte integrante de la susodicha compañía dramática; consueña de ordinario y a las veces actor muy aplaudido. ¡Aún hacen memoria los del grupo, de aquel negro de *Flor de un día*, papel en que el muchacho se conquistó grandes aplausos, fama perdurable en el mundo casero de las aficiones artísticas!²

Juan dio golpe³ entre aquellas buenas gentes, así por la corrección como por la elegancia. Y, a decir verdad, estaba guapo el lagartijo: pantalón y americana de franela inglesa, de color alegre y apacible; cinturón de cuero amarillo oscuro; camisa mahón, con cuello y puños niveos; corbata ligera, larga, suelta, flotante, de suavísimo tinte plumizo; borceguíes de piel de Rusia aceitunados; sombrerillo marineresco, y guantes suecos: traje de exquisito gusto, muy en armonía con la palidez y la demacración del mozo, delatoras de su vida estragada.⁴

² *Flor de un día* (1851), drama original en verso, en un prólogo y tres actos, de la autoría del catalán Francisco Camprodon. Inspirado por sus primeros amores, este escribió originalmente la pieza con el título *Lola*, la cual tuvo rotundo éxito desde su estreno en Madrid, el mismo año de su composición (Bleiberg y Marías 1964, p. 125). En México, la obra se representó en numerosas ocasiones; la más antigua que pude rastrear tuvo lugar el 15 de junio de 1856 en el Teatro Nacional (cf. sin firma, “Gran Teatro Nacional”, en *El Monitor Republicano*, año XI, núm. 3 204, 15 de junio de 1856, p. 4). Asimismo, estuvo en venta al menos desde 1852 en el despacho de la imprenta de *El Universal* (cf. sin firma, “Libros de venta”, en *El Universal*, segunda época, t. VIII, núm. 208, 10 de noviembre de 1852, p. 4). En *La Calandria* se menciona este drama a propósito de Magdalena, mulata que ejerce una influencia negativa en la protagonista y de quien el narrador apunta: “Años atrás le habían confiado el papel de Lola en *Flor de un día*, y desde entonces cobró tal afición al teatro que de buena gana se hubiera metido a cómica” (Delgado 1891, cap. VIII, p. 68).

³ Dar golpe: ‘Causar sorpresa o admiración’ (RAE 2014, s. v. “golpe”).

⁴ Es interesante comparar esta descripción de Juan con la que el narrador de *La Calandria* hace de Alberto Rosas, catrín que pretende a la protagonista y rivaliza con el ebanista Gabriel: “Era este un pollo tempranero, precoz, de buena casta, delgado, con la extenuación y la triste palidez que caracterizan a la juventud libertina. Mas aquel mismo aspecto demacrado de su rostro y la diafanidad de sus mejillas le daban cierto airecillo interesante, muy en tono con *lo distinguido de sus modales y la corrección de sus vestidos*” (Delgado 1891, cap. XVII, p. 156; las cursivas son mías).

Los contornos de Pluviosilla son encantadores. Por los cuatro vientos tiene sitios admirables, pero ningunos como aquellos que están al sud,⁵ en las márgenes del Pedregoso, del Albano y del Azul.⁶

Por esa región la vega se extiende en amplísima curva, limitada por los cerros de Xochiapán, que no son más que estribaciones y contrafuertes de la sierra: montes cubiertos⁷ de verdor perenne, sobre los cuales se superponen montañas y cumbres. El Albano, turbido, rugiente, torrencial, divide esa parte de la vega, corriendo en profundo lecho pedregoso, cavado por las aguas de cien valles durante muchos siglos. Las riberas son tupido bosque: álamos de follaje inestable, argénteo y ligerísimo; ceibas de retorcido tronco, de ramas frondosas, de hojas aviteladas y de frutos carminados; senecios de áureas flores; fresnos bravíos, de brillante copa; ahuehuetes altísimos, en cuyos brazos de gigante cuelgan las tilancias cabelleras y flecos grises; heliconias sonantes, gala y primor de las umbrías; convólvulos muelles que constelan los cantiles con estrellas blancas, violadas y rojas; trepadoras fortísimas que tienden en los álambes columpios enflorados; alfombras de musgo, donde ostenta el verde sus múltiples tonos, desde el tierno de la naciente caña sacarina hasta el oscuro y casi negro de los vetustos encinares de las cimas. Y en aquellas espesuras, en aquellos bordes siempre húmedos y frescos, en aquellos árboles y en aquellas peñas, ¡qué de flores, qué de frutos extraños, qué de orquídeas de inebriante⁸ aroma jaquecoso!

Y desde aquellos lugares, ¡qué magnífico panorama! Pintorescos plantíos, pingües cafetales, anchas⁹ dehesas, vallados vivos que simulan lindes de selva, y luego, más allá, más allá, Pluviosilla, la devota y túrrida Pluviosilla, hija de las flores y de las aguas límpidas, buscada por las nieblas y amada de los céfiros, albeante al¹⁰ sol naciente, de gualda al¹¹ sol occiduo, en la noche refulgente y

⁵ 1901-1902: *sur*, por *sud*,

⁶ La ciudad de Orizaba cuenta con dos ríos principales: el Orizaba (o Pedregoso) y el Blanco (o Albano). A lo largo de su curso, el segundo recibe las aguas de numerosos manantiales de menor caudal; el Azul aquí mencionado corresponde sin duda a uno de ellos, aunque no me fue posible identificar a cuál.

⁷ 1901-1902: *mantel cubierto* por *montes cubiertos*

⁸ *Inebriar*: 'Embriagar, emborrachar' (RAE 2014, s. v.).

⁹ 1901-1902 y 1903: *blancas* por *anchas* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

¹⁰ 1901-1902: *de* por *al*

¹¹ 1901-1902: *de* por *al*

magnífica. Y más allá, mucho más allá, fondo del cuadro incomparable, inmenso anfiteatro de lomas, de colinas, de montes, y, sobre todo, sueño de los nautas y rey de las alturas, la tienda nívea del Citlaltépetl, semivelada¹² por un jirón de nubes alargado por los vientos vespertinos.¹³

Declinaba el sol en un cielo despejado y al caer derramaba en el valle finísimo polvo de oro...

Por las calles fangosas y desempedradas iban los coches lentamente, muy lentamente, como si los guiase un cochero taimado y medrador.

Alegría cordial reinaba entre los paseantes. Se charlaba en cada grupo a más y mejor, y todo respiraba dicha y juvenil regocijo. Arturo departía con Paquita Rodríguez, y, admirado del espectáculo que el valle le ofrecía, sintiose poseído de la Musa y se dio a improvisar sonoras espinelas, al modo de Peza, para las cuales se creía el poetilla hábil y heroico forjador.¹⁴ El escribiente barbilindo cortejaba a las Castro Pérez, quienes, como de costumbre, murmuraban y hacían trizas y rajas de Concha, por venir esta con Juanito Collantes, sin otra compañía que un chiquitín, hermano de la Paca.

Al dejar el carruaje, al fin del llano y en la linde del cafetal, para bajar hasta la ribera del Albano nuestro lagartijo ofreció el brazo a su amiguita, la cual iba de lo

¹² 1901-1902: *semiovalado* 1903: *semivelado* por *semivelada* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

¹³ Como se anotó antes (*vid. supra*, cap. v, nota 2), Xochiapan se ha identificado con el pueblo de San Andrés Tenejapan; en *La Calandria* aparece una descripción de dicho poblado que es muy semejante a la de este pasaje: "A legua y media de Pluviosilla, rumbo al sur, y entre dos derivaciones de la cordillera, que a modo de contrafuertes se adelantan hacia la llanura, presentan los montes una abra inmensa. Allí empieza una serie de valles, fértiles y ricos, que van a terminar en una cañada que a las pocas vueltas se convierte en garganta [...]. En el último de estos valles, a la falda de una vertiente escueta y sembrada de piedras calizas, está situado el pueblo de San Andrés Xochiapan, sobre una loma desde la cual se dominan plantíos, bosques, dehesas, y el riachuelo [...]. A la entrada del valle hay una eminencia desde la cual se goza de un magnífico panorama" y se distinguen "a lo lejos, verdes, azules, violáceos, los cerros de Pluviosilla, y el volcán con su brillante corona de nieve" (Delgado 1891, cap. xxiii, pp. 215-216). // Sobre el Citlaltépetl, *vid. supra*, cap. ii, nota 18.

¹⁴ La obra del poeta, diplomático y político Juan de Dios Peza gozó de gran aceptación, sobre todo sus *Cantos del hogar* (1890). Además de la poesía, el escritor cultivó el periodismo y el teatro, y llegó a ser miembro de la Academia de la Lengua, al igual que Rafael Delgado. En *La Calandria* hay un par de referencias a Peza, en las cuales se evidencia su carácter popular: "Pepe llevaba a la casa de Magdalena las noticias de la crónica escandalosa de Pluviosilla, el periódico con los últimos versos de Peza o con la revista de un baile famoso, y las novelas de Paul de Kock, amén de algunos otros libritos de altísima temperatura y subido color" (Delgado 1891, cap. xxxii, pp. 278-279; *vid.*, asimismo, cap. xii, p. 110).

más sencilla y elegante, con su vestidillo de percal y su gracioso sombrerillo coronado de flores montañesas.

Bajaban penosamente la tortuosa y quebrada vereda, sembrada de hojas muertas, tributo postrero del invierno, cuidadosos de caer por cualquiera de ambas orillas, entre las espinas amenazantes y los cardos ariscos, cuyas flores de jalde y de púrpura semejaban dardos sanguinosos clavados entre los ramajes.

¡Qué solemne el rumor del turbio Albano! ¡Qué majestuosa la voz del Azul, al precipitarse entre las rocas, bajo el toldo tremulante de los álamos, a través de los carrizales tupidos y lánguidos, sobre un manto de helechos, de begonias desconocidas y de inextricables trepadoras!

Despéñase el Azul en el Albano desde pocos metros de altura, pero cae borbollante, encrespado, como rebelde a la pendiente que le arrastra, y al desbordarse se divide en seis chorros que se envuelven en bruma, que se deshacen en lluvia menudísima, en vagarosa y tenue niebla que la luz del sol poniente, al pasar entre las frondas, esmalta con arabescos de iris...

En la opuesta margen, frente al soberbio y espumante salto, un álamo potente, de copa magnífica, ornado de líquenes, helechos y licopodios, protege a los visitantes contra la lluvia, y en su tronco pulido, terso y blanco, guarda, infiel y olvidadizo, cifras y fechas, nombres amados y amorosas memorias.

—¡Que abran la caja! —dijo a los mozos Juanito.

Apresurose a obedecerle el criado parisiense, y mientras todos admiraban el sitio, quedó lista la improvisada mesa, decorada con flores cogidas en el tránsito. El vino de Champagne se enfriaba en la cuba y el *garçon* disponía en platillos elegantes pastas, emparedados y dulces...

En tanto que los demás recorrían la ribera en busca de flores, la pareja se detuvo al pie del árbol. Conchita quería grabar sus iniciales en aquel álbum rústico, pero¹⁵ Juan la hizo desistir de la empresa, diciéndole que oportunamente lo haría su criado...

—¿Por qué no? —suplicaba el joven con poderosa sugestiva insistencia.

¹⁵ 1901-1902: *rústico*. por *rústico*, *pero*

Conchita paseaba su picaresca mirada de diablillo alegre a lo largo del río y deshojaba, maquinal y nerviosamente, un ramo de campánulas silvestres que Juan le había ofrecido.

—¿Por qué no? —repetía el mancebo, con acento quejoso.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

Entonces Juan se inclinó detrás de la monologuista y suavemente, muy suavemente, acercó sus labios al cuello de la señorita, hasta tocarle los ricillos de la nuca. Se estremeció Conchita en un espasmo, como si un bicho le anduviera en el cabello. Diose cuenta del atrevimiento de Juan y, roja como una amapola vernal, se apartó de su caballero. Este dejó escapar cínica sonrisa y, medio mohíno y medio contrariado, dio unos cuantos pasos hacia atrás.

—¡Paca! —gritó Conchita—. ¡Ven acá!

No la oían.

—¡Paca! ¡Paquita Rodríguez! ¡Ven, que te llamo! —seguía clamando Conchita, sin conseguir que la oyesen, pues el sordo rumor del río y el estruendo del salto ahogaban su vibrante y limpia voz.

—Conchita... —volvió a decir Juan—. ¿Por qué no da usted oído a mis palabras?

—¿Quién cree en las promesas de los hombres? ¿Sabe usted las quintillas de Plácido..., las de “La flor del café”?¹⁶

—No...

—Pues oído atento...

Y Concha, en tono escénico, se soltó diciendo, esforzando la voz para ser escuchada:

¹⁶ Se refiere al poeta y orfebre peinetero cubano Gabriel de la Concepción Valdés, quien firmó sus obras con el seudónimo de Plácido. Escribió composiciones poéticas de ocasión, en honor de gente pudiente que solía recompensar su talento, pero también produjo otras poesías en las que planteó sus deseos libertarios. Una somera revisión de los diarios decimonónicos mexicanos revela que Plácido era conocido por los lectores; concretamente, las quintillas citadas por Conchita aparecieron en *El Libre Sufragio* del domingo 1 de agosto de 1880 (primera época, núm. 224, p. 2).

—“De un poeta...”. Usted no es poeta, pero... ¡vaya!

De un poeta el juramento
en mi vida creeré,
porque se va con el viento
como la flor del café...

—¡Ah! —exclamó Arturo, que escuchó, al acercarse, los versos del poeta cubano. Y siguió diciendo con maléfica (o benéfica) intención—:

Yo repuse: tanta queja
suspende, Flora, porque
también la mujer se deja
picar de cualquier abeja,
como la flor del café.

Una señal de Juan dirigida al *garçon* puso término a la plática y al burgués *oaristys*.¹⁷ Sonó un taponazo y pronto se congregaron todos en torno de la mesa. Juan hacía los honores discretamente, dirigiendo a todos sus invitados, mejor dicho, a los invitados de Conchita, frases galantes y afectuosas que dejaron encantadas a las Castro Pérez y a Paquita, y muy satisfechos al barbilindo y al poeta.

Se bebió a la salud de Juan y por su “próspero y bonancible viaje a través de las olas y los vientos”. Así dijo Arturito en una elocuente reminiscencia clásica.

¹⁷ En francés, la voz *oaristys* designa un ‘poema de amor, cercano al idilio’ (‘Poème d’amour, proche de l’idylle’; *Le Robert*, 2023, s. v.; la traducción es mía). Con esa misma ortografía, el Duque Job empleó el vocablo para referirse a la poesía de Enrique Fernández Granados: “*Fernán-Grana*, a lo que parece, ha leído a buenos poetas italianos y su inspiración se mueve en esfera más amplia. Sigue en sus *oaristys* con la musa de Anacreonte; pero ya no solo apura vino de Lesbos: ya empieza a beber buen Borgoña” (M. Gutiérrez Nájera, “Las ‘Margaritas’ de Fernán-Grana”, en *Cartas del Jueves*, columna de *El Partido Liberal*, t. XII, núm. 2 007, 19 de noviembre de 1891, p. 1; las cursivas son mías).

Atardecía. Era hora de regresar. Cuando llegaron a la dehesa, donde esperaban los carruajes, el sol se había puesto y sobre los montes orientales persistía leve y plácida claridad, bien pronto disipada por la noche.¹⁸

Ni una nube en el cielo. El volcán dejaba perceptible su nivea mole, y Sirio y Canopo, y Proción y Aldebarán centelleaban espléndidos.¹⁹ Fresco vientecillo susurraba en las arboledas y el Albano dejaba oír más intenso y solemne el rumor de sus linfas torrenciales.

Al entrar en las calles de Pluviosilla nuestros paseantes pudieron admirar el orto de Selene. El satélite surgía rojizo por sobre las montañas de Mata Espesa y de Villaverde.²⁰

Juan y Conchita venían en el último coche. El chiquitín languidecía cansado.

—Por fin, Conchita —decía insistente el terco lechuguino—, ¿corresponde usted a mi cariño?

—Es de pensarse... —respondió la monologuista, retirando su mano, de la cual iba Juan a apoderarse.

¹⁸ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 40.

¹⁹ Sirio y Canopo se consideran los astros más brillantes del firmamento; la primera es la estrella alfa de la constelación Can Mayor, y la segunda, de la constelación Carina. En cuanto a Proción y Aldebarán, son las estrellas de primera magnitud de sus respectivas constelaciones: Can Menor y del Toro.

²⁰ Sobre Mata Espesa y Villaverde, *vid. supra*, cap. VI, nota 6, y “Prólogo”, nota 6, respectivamente.

LXXII

Para hablar con el doctor Fernández, doña Dolores acudió a buscarlo a la Catedral. Allí le halló. El canónigo estaba en el púlpito, engolfado en un sermón pomposo. Hablaba de la eficacia de la Caridad y demostraba con frases enérgicas y sugestivas cómo una buena palabra, un consuelo y hasta una mirada compasiva bastan para que se nos abran las puertas de los cielos.

Doña Dolores se resignó a esperar y se puso a rezar sus devociones (que no eran pocas); Margot rezó las suyas (que no eran muchas), y luego, mientras la dama desgranaba su rosario, la joven se entregó a la admiración que causa en cuantos la visitan aquella majestuosa basílica, por gracia y obra de su majestad el rey don Felipe II (q. e. g. e.)¹ la primera del mundo hispanoamericano.² Lamentaba la blonda señorita el desaseo de la Catedral, muy necesitada de cuidado y aliño, tales como aquellos que tenían para su iglesia los diligentes capellanes de Santa Marta,³ el aristocrático templo de Pluviosilla; lamentaba el desaseo, pero se extasiaba contemplando las vastas proporciones del grandioso edificio.

¹ q. e. g. e.: 'Que en gloria esté' (RAE y ASALE 2011, p. 708).

² La que hoy se conoce como Catedral Metropolitana vino a sustituir una catedral primitiva que se ubicaba en el atrio del actual edificio y cuya permanencia fue corta, "pues Felipe II, gobernando en nombre del emperador, quiso reemplazarla con una obra regia y que fuera derribada la antigua; sus órdenes se expidieron en 1552 y veintiún años después tuvo comienzo la actual, bajo el gobierno eclesiástico de don Pedro Moya de Conteras" (Rivera Cambas 1880, vol. 1, p. 34). La consagración de la nueva Catedral tuvo lugar el 2 de febrero de 1656, si bien la fábrica del templo no se concluyó hasta 1667 (p. 39). El 22 de diciembre de ese año se verificó "la solemne dedicación de esta suntuosa iglesia [...], gobernando la Nueva España don Sebastián de Toledo, marqués de Mancera" (p. 45).

³ En los dos testimonios se lee *Santa María*. Como se aclaró antes (*vid. supra*, cap. II, nota 10), este es el nombre de uno de los templos principales de Orizaba; corresponde al de Santa Marta, de Pluviosilla.

Concluida la misa, iban y venían las gentes a lo largo de las naves; cesantes, viajeros, ociosos, buenas personas que antes de emprender la diaria faena habían venido a implorar el auxilio divino. Ante la capilla de la Virgen Dolorosa⁴ oraban mujeres y hombres en cuyo semblante se retrataban la aflicción y la angustia de una pena latente y aguda; media docena de beatas y unos cuantos caballeros piadosos, de rodillas a cada lado de la crujía, rezaban inmóviles.

Mientras, en el artístico y sombrío coro, a la sombra de los altos órganos churriguerescos, en la primorosa y tallada sillería de cedro americano, protegidos por una Virgen de Murillo el Divino,⁵ cantores y canónigos salmodiaban sexta, y los niños de coro, pilletines de carita rosada y copete grifo, dejaban oír su voz atiplada y nasal.

Cuando la salmodia se tornaba en rezo, percibía la joven los mil ruidos y las mil voces de las calles y de la plaza próximas: vocear de fruteros que pregonaban sus mercancías; rodar de carruajes; silbar de aurigas; pitazos de tranvía; clamoreo de granujas que ofrecían cuarenta pliegos de papel inglés por diez centavos; redoble de tambores y clarines en marcha; la campanilla de un sacristán que anunciaba en la puerta mayor la misa de diez y media, en el trascoro, ante la Virgen del Judío, en el altar del Perdón.⁶

⁴ Esta capilla se localiza cerca de la puerta de la sala de cabildo; se le conoce como “de la Cena, por [haber tenido] en su altar mayor un cuadro que representa la última cena de Jesucristo [...], pero en lugar de ese cuadro se ve hoy una bellísima imagen de la Virgen de los Dolores, regalada por el arzobispo Labastida y que perteneció al príncipe Maximiliano de Austria” (Rivera Cambas 1880, vol. 1, p. 55).

⁵ Acerca de la pintura atribuida por el narrador a Bartolomé Esteban Murillo —célebre artista sevillano, autor de numerosas obras públicas y particulares, buena parte de ellas con asuntos religiosos—, Manuel Toussaint explica que en el museo de la Catedral existe “una *Virgen de Belem* que presenta los rasgos característicos [de este] gran pintor” (1962, p. 78).

⁶ El altar del Perdón, “de forma antigua”, se localiza detrás del coro y cuenta con sacristías particulares. En su interior alberga “un gran cuadro de la Virgen con San José y Santa Ana”, el cual se conoce con el nombre de la Virgen del Judío o del Perdón y “tiene marco de plata y una vidriera que costó quinientos pesos” (Rivera Cambas 1880, vol. 1, p. 56). De acuerdo con una leyenda consignada por Luis González Obregón, esta obra fue plasmada en una puerta muy antigua que perteneció a un calabozo del Santo Oficio. Su creación se atribuye a un judío “que por sus mañas fue preso por la Inquisición” (2018, p. 11). Sin embargo, el propio González Obregón desmiente esta versión y asegura que el verdadero autor fue el pintor Simón Pereyns, “natural de la ciudad de Amberes”, quien en 1568 fue sometido a juicio por blasfemo; sufrió tormento y al fin, a cambio de ser perdonado, se le condenó a pintar a su costa “el retablo de Nuestra Señora de la Merced de la primitiva Catedral, cuadro que aún se conserva en el altar del Perdón de la actual metropolitana iglesia” (pp. 13-14).

En lo alto de las naves y en la cúpula, velando las pinturas, flotaban nubes de incienso, bregando por escapar y en lucha aparente con las ráfagas solares, que, al penetrar en el sombrío recinto, hacían ver el polvo que flotaba en el ambiente.

Margot, la ensoñadora Margot, dio suelta a su fantasía, complaciéndose en restaurar la basílica y en decorar esta, no con el gusto en privanza, sino con aquello que le parecía más adecuado, con los prestigios y maravillas de un arte vetusto; de aquel arte plateresco que fue a su tiempo, en arquitectura y en indumentaria, lo que a la poesía fueron el culteranismo y los alambicamientos de Góngora.

Pero no quería la joven para la Metropolitana el plateresco extremo, profuso hasta parecer manirroto, por la prodigalidad de adornos y de intrincadas caprichosas floraciones; no, le quería sobrio, prudente, económico, discreto, con su variedad interminable, con su simbolismo diáfano, con su aparentemente rota simetría; no un arte enfermizo, delirante y decadente,⁷ que vive de lo abstracto y apela a lo estrambótico para realizar belleza; sino ese otro plateresco, que fue como meta en el término de larguísimo estadio, columna miliar que marcó el fin de una edad gloriosa; arte que sintetizó, por modo admirable, a la España aventurera y piadosa, galante y atrevida; arte expresivo de cultura suprema, que estalló en opulencias desbordantes, en rica conceptuosa poesía, al tocar la cumbre, antes de precipitarse, decadente y fatigado, por la vertiente opuesta, para dar con sus esplendores mágicos en las glebas áridas del prosaísmo.

¡Sabe Dios en qué libro había aprendido la joven tales cosas! Ello es que, para Margarita, el arte plateresco habría sido en la Catedral Metropolitana gráfico poderoso símbolo de la vida religiosa de México, durante la época colonial. Y se decía, discurriendo en aquellos caminos por donde la llevaba en vilo “la loca de la casa”:⁸ en cada época de alteza o de rebajamiento moral, el arte refleja el estado de los espíritus, y las artes todas toman carácter idéntico.

⁷ Sobre este término y la corriente literaria que designa, *vid.* la primera parte del capítulo 3 del “Estudio introductorio”.

⁸ Respecto de esta frase atribuida a santa Teresa de Ávila, *vid. supra*, cap. xxi, nota 11.

A los extravíos del culteranismo, el estilo plateresco; a los prosaísmos siguientes, la frialdad de esas iglesias con traza y ornamentación de cuarteles; a la poesía en uso, toda epilepsia y exotismo, el revoltillo de nuestros salones, donde se agrupan y amontonan las cosas más disímbolas, procedentes de cien puntos diversos de la tierra, sin carácter el conjunto, sin unidad el todo...

Había terminado el oficio matinal, y los canónigos, seguidos de salmistas y monacillos, salían del coro con dirección a la sacristía.

Doña Dolores y su hija, que estaban arrodilladas cerca de la tumba del Libertador,⁹ se levantaron, apartando a unas mujeres del pueblo que a la sazón pasaban, y al atravesar la nave central, frente al altar de los Reyes, díjose Margot, viendo el estupendo retablo: “¡Así! ¡Una cosa como esta, sin postizos ni aledaños mal traídos!”.¹⁰

Entráronse en la sacristía y, detenidas ante la puerta del chocolatero, suplicaron a un coloradito que llamara al doctor Fernández.¹¹ Pronto vino este.

—Ya te esperaba,¹² Lola —dijo el canónigo.

Y tendió a la señora mano cariñosa y acarició paternalmente a Margarita.

—Ya te esperaba yo, hija mía —siguió diciendo el doctor Fernández—. Sé de qué se trata... Sé a lo que vienes. Estoy enterado de lo que hablaste ayer con tu cuñado... Cené allá, y me lo dijo todo. Se muestra contrariado y quejoso.

—¿Quejoso? ¿De qué?

⁹ El narrador se refiere a los restos de Agustín de Iturbide, que en 1838 y por decreto de Antonio López de Santa Anna fueron trasladados a la capital desde el cementerio de Padilla, Tamaulipas, y honrados en la iglesia de San Francisco con “inusitada pompa, de esa que raras ocasiones se ve”. Tras la ceremonia, los despojos del otrora emperador se depositaron en la capilla de San Felipe de Jesús, en la Catedral, “dentro de una urna de cristal y bronce dorado, cerrada con una cubierta de lo mismo, que [tiene] esculpidos los trofeos en que se [mira] erguida el águila nacional” (Rivera Cambas 1880, vol. 1, pp. 221-222).

¹⁰ En la capilla de los Reyes, localizada detrás del ciprés o altar mayor, se encuentra un retablo “de forma antigua, con tres altares, y en el centro [...] un cuadro que representa la adoración de los magos y pasajes de la vida de la Virgen. Hay allí varias estatuas de santos reyes y santas reinas. En el centro, bajo el lienzo de los magos, está un templete dorado con la imagen de Nuestra Señora de la Espectación” (Rivera Cambas 1880, vol. 1, p. 53).

¹¹ *Chocolatero*: ‘En lo antiguo se llamó así un pequeño refectorio de los colegios, donde se hacía el chocolate para los estudiantes’ (Santamaría 2005, s. v.). // *Coloradito*: ‘Monacillo’ (Santamaría 2005, s. v.).

¹² 1901-1902: *espero*, por *esperaba*,

—He procurado con el mayor empeño, hija mía —puedes creerlo—, convencer a Juan; mejor dicho, decidirle a proceder de otra manera. Pero ¡imposible, Lola!, ¡imposible!¹³ ¡Qué quieres! Los hombres de negocios, los del tanto por ciento, son así: muy capaces de tirar una fortuna, pero tenaces y crueles para cobrar un centavo... ¡Así son! ¡Así!

—Pero... Señor... —dijo en tono afligido la señora—. ¡Eso no es justo!...

—Justo, sí, Lola. Di que no es caritativo...

—Falta saber si esa deuda...

—Esa deuda no ha sido saldada, lo sé muy bien, y no por Juan, sino por tu esposo; por Ramón, que mil y mil veces me habló de ella. Lamentaba día y noche no haber liquidado con su hermano...

—Si así es..., pagaremos.

—Vosotros, hija mía, debéis pagar... Juan debiera ser generoso, más generoso con los suyos...

—Lo ha sido —interrumpió Margarita.

—Sí... —respondió el canónigo, dejando ver en sus labios una sonrisa de dolor, que contrajo levemente su rostro rozagante y gordinflón—. Sí —repitió—, pero ha debido serlo de mejor manera.

—¡A qué brindarnos favor y auxilio! ¡A qué traernos! Señor: el carácter de Juan, bien me lo decía mi esposo, es muy desigual.

—Algo hay de ello, Lola.

—¿Qué me aconseja usted?

—Nada, hija mía..., como no sea que tengas mucha prudencia, ¡mucha! Comprendo tu pena, comprendo tu contrariedad..., pero... ¡mucha prudencia! ¡Mucha, hijitas!

—¡Y yo que me prometía regresar a Pluviosilla para vivir allí tranquilamente!

—¡Espera!...

—¿Para qué?

—Pablo se abrirá paso aquí...

—¡Quiéralo Dios!

¹³ 1901-1902: *Lola; imposible!* por *Lola!, ¡imposible!*

—Lo querrá, ¡que no todo ha de ser pena en esta vida!

—Me ocurre una cosa...

—¿Cuál es ella?

—Que usted..., usted que tiene tanto ascendiente sobre mi cuñado, le hable y le diga (de modo que no comprenda que lo hace usted por indicación mía), le diga ¡que sea generoso con nosotros! Yo no tengo codicias ni ambiciones —decía llorando la señora—, pero ¡hemos sufrido tanto; hemos pasado tan amargos días; hemos padecido pobreza tales, que deseo calma, sosiego, descanso, tranquilidad!...¹⁴

—Lo haré con gusto, Lola, con mucho gusto, con la diligencia de que di muestras hace seis meses, en Pluviosilla, para poner paz entre Juan y vosotros.

—¡Gracias, señor, mil gracias! ¡Dios le pagará a usted esa buena obra!

—Hablaré con Juan, y luego iré a verte. Tengo apuntada tu dirección.

—¡Adiós, señor!... —dijo Margarita.

—¡Adiós!

—¡Él os acompañe, hijas mías!

¹⁴ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 41.

LXXIII

Juan no volvió a acordarse de la carta que tenía en el bolsillo. Al regresar del paseo, metiose en El Cometa de Plata —una de las cantinas próximas al hotel— y se bebió dos vasos de ajenjo.¹ Comió precipitadamente, mas no sin buen apetito, y después de apurar a tragos gruesos unos cuantos sorbos de café, pidió un abrigo ligero y salió en busca de Conchita Mijares, a quien debía encontrar con algunas amigas en el Jardín de la Plaza, donde suelen congregarse, en las noches calurosas, las pollas más bonitas de Pluviosilla.² De allí, después de dar unas vueltas, no bien sonara el toque de queda, se irían a la casa de Arturo Sánchez, quien, muy modestamente, y pidiendo a Juan mil perdones, había invitado para pasar la velada y tomar una tacita de té.

En Pluviosilla, durante el invierno, a días espléndidos y límpidos suceden otros de lluvia y chipichipi. A los esplendores de aquella tarde incomparable, a las maravillas de aquel crepúsculo de oro y de púrpura, a la diafanidad de aquel cielo y a los prestigios³ de aquel orto lunar, siguióse, como Concha se lo estuvo temiendo, una noche húmeda y fría. Cuando Juan salió de la cantina, todavía estaba despejado el firmamento... Unas cuantas nubes solamente flotaban, présagas de norte, allá sobre las cimas de los montes orientales, y la luna,

¹ Sobre El Cometa de Plata, *vid. supra*, cap. v, nota 17; acerca del ajenjo, *vid. supra*, cap. VIII, nota 6.

² El Jardín de la Plaza corresponde al parque Castillo, antigua Plaza de la Parroquia, nombrada así en honor de Apolinar Castillo, gobernador de Veracruz de 1880 a 1883 (*cf.* Sol 1995b, p. 190n). En el capítulo x de *La Calandria* hay una detallada descripción de este espacio público (*vid.* Delgado 1891, pp. 84-87). Respecto de la Parroquia y su reloj, mencionado más adelante, *vid. supra*, cap. IV, nota 24.

³ *Prestigio*: 'Fascinación que se atribuye a la magia o es causada por medio de un sortilegio' (RAE 2014, s. v.).

triumfante, radiosa e inmensa, roja aún, ascendía en una gloria de vapores leves que iban agrupándose allá y más allá, en los picachos y en las cumbres, como la plumazón de un cisne recogida por manos invisibles. Densa nube negra subía presurosa de los valles de Mata Espesa y de Villaverde. De pronto sopló⁴ vientecillo desapacible y húmedo, y el norte se apresuró a entenebrececer los horizontes y a tender en la bóveda cerúlea sus luengos inconmensurables capuces. El río, tan ruidoso y gárrulo en las noches anteriores, callaba lánguido y aterido; la niebla invadía las calles, y lluvia finísima empapaba el suelo. Los focos eléctricos parecían velados en crespones y la esfera iluminada del reloj de la Plaza se iba extinguendo entre la bruma.

Sintió Juan ante aquel espectáculo la más honda tristeza; la tristeza desoladora de una ciudad chica, de mal piso, fangosa, sin carruajes, sin casinos, sin teatros... Levantose el cuello del abrigo, buscó los guantes y, calzándoselos, echó a andar, procurando seguir por el lado más defendido contra el viento.

¿Adónde iría? ¿Al Jardín? ¿Le aguardarían allí sus amiguitas?

“¡Iré allá!”, pensó.

A pocos pasos se encontró con Arturo.

—En busca de usted iba yo... —díjole cortésmente el covachuelista—. ¡Las señoritas nos esperan en casa!

Y siguieron⁵ por una de las calles laterales, cuyas malas aceras y cuyo piso quebrado eran insufribles para quien, como Juanito, estaba habituado a ir y venir en carruaje, o a subir y bajar por las cómodas avenidas de la deslumbrante Lutecia, la Universidad de los Siete Pecados Capitales, como dijo alguno muy conocedor de la materia,⁶ hasta perderse por⁷ las calles del norte de la ciudad, y pronto estuvieron en la casa de Arturo.

Allí estaba toda la compañía, toda, sin que faltaran las partes de por medio. Se charló, se bailó; declamaron versos Conchita y Arturo, y estos, con un sobrino de

⁴ 1901-1902 incluye: *un*

⁵ 1901-1902: *se perdieron por siguieron*

⁶ Sobre esta frase y su autor, *vid. supra*, cap. xxiv, nota 9.

⁷ 1901-1902: *perdiéronse hacia por hasta perderse por*

don Juan Jurado, recitaron la escena más hermosa de *El drama nuevo*, la escena de Shakespeare con Alicia y Edmundo.⁸

Sirvieron el té. Las hermanas de Arturo hicieron los honores, y luego, al son de una música traída de una calleja inmediata, a falta de la del maestro Olesa,⁹ siguieron bailando hasta las dos de la mañana.

Concha bailó con Juan casi todas las piezas, mereciendo las censuras de todos los presentes porque, al ir y venir por la sala, o de palique en un ángulo de esta, la pareja no hizo más que charlar en francés, lengua que no entendía ningún otro de los presentes.

¿De qué hablaban con tanto interés y con tal entusiasmo que la monologuista se decidió a hablar su pésimo francés? ¡Ah, picaruelo Amor, qué pronto te descubrieron aquellas chicuelas!

Ello es que, cuando a las dos de la mañana Arturo y Juan, con Paquita y las Sánchez, fueron a dejar a Concha, esta dio una cita al enamorado doncel. Juan ofreció que acudiría puntualmente a la hora señalada.

Despidiéronse allí, después que Juan invitó al poetilla para que almorzara con él al siguiente día.

Al entrar en el hotel, un criado entregó al mancebo un mensaje telegráfico y una carta que desde media tarde habían llevado para él. La carta era de Elena. El mensaje era de don Juan, quien le decía:

Sal mañana para Veracruz, a fin de embarcarte al día siguiente. En París te encontrarás cartas mías e instrucciones claras y precisas. Avisa de tu partida, escríbenos de esa ciudad, y recibe saludos de todos.

⁸ Sobre Juan Jurado, *vid. supra*, caps. xvii, nota 17, y xxxviii, nota 7. Acerca de la obra de Tamayo y Baus, *vid. supra*, cap. xxv, nota 6.

⁹ Este músico, a quien se ha identificado con Alfredo Oropesa, afamado director de orquesta orizabeño, también aparece en *La Calandria e Historia vulgar* (*vid. Delgado 1891*, caps. xvii, pp. 146, 148 y 150, y xviii, p. 176; *Delgado 1904a*, cap. vi, p. 30).

LXXIV

Así hablaba la ceguezuela:

Esto es inexplicable. Te escribo y no me contestas, y he tenido que valerme de unas personas amigas para que esta otra carta llegara a tus manos. No puedo explicarme tu conducta. ¡Por Dios que vuelvas, siquiera por un día, antes de partir para Europa! ¡Por Dios que regreses pronto! No sé qué cosa podré decirte que a ti no se te¹ haya ocurrido. Juan, Juan de mi vida, ¡ten compasión de esta pobre mujer!

Al llegar al término de este párrafo, se acordó el mancebo de que tenía en el bolsillo otra carta, la cual debía ser de Elena. Buscola aquí y allá, hasta que al fin dio con ella. El criado, al limpiar la ropa, la había encontrado y la había puesto en la papelera.

Tomó la cartita, abriola nerviosamente y, retirándola por breves instantes, dijo para sí: “¿Quién la escribiría? Esta letra no es de Elena... Es letra de mujer, y de mujer poco práctica en escribir... ¿Quién se habrá enterado de esto?”.

Y siguió leyendo...

En el rostro de Juan se iba manifestando la impresión que aquella carta le causaba... Primeramente, algo así como una ofensa que le irritaba por inoportuna y tiránica, provocadora de soberbio desdén; después cierto remordimiento doloroso, muy doloroso, conmovió aquel corazón mal educado, peor dirigido, ajeno a nobles sentimientos, menospreciador de todo aquello que no fuese la satisfacción de un capricho, el cobarde halago de una miserable vanidad. Juan no tenía idea del deber; no acertaba a condolerse del dolor y de la desgracia de otros,

¹ 1901-1902 no incluye: se te

y, rebelde al menor pesar, irritado contra la menor dolencia, sabía buscar en la morfina, en el éter, en el cloroformo o en el alcohol, alivio para una enfermedad, consuelo para cualesquiera penas, por insignificantes que fuesen, y olvido para un desengaño. ¿Desengaños? ¡Cuán pocos, y eso en los primeros años juveniles, en el colegio, durante los cuatro años que pasó en Suiza!... Quiso noblemente a un compañero, a un colombiano, dulce y sincero al parecer. El muchacho se portó mal. Al cariño de Juan correspondió el mejor día con una vileza que hirió al mozo en lo más vivo y le decidió a cerrar su corazón a todo afecto y a todo sentimiento generoso. ¿Para qué? ¡Si él no necesitaba de nadie, sí, de nadie, porque era rico!... ¡Tenía su padre tanto dinero! Desde entonces se buscó amigos en el grupo de los más listos, entre aquellos que más se le parecían. Los mimos de la familia, la mocedad parisiense y la vida frívola y ostentosa completaron la obra, y lo poco bueno que en aquel corazón pudo sembrar el buen abate Bonheur, aquel anciano tan cariñoso, tan discreto y tan sabio, desapareció en el periodo crítico de los veinte años, arrancado de cuajo por el vientecillo pestilente de los bulevares de París y por los huracanes mansos de Montecarlo.

Sin embargo, algo quedaba de bueno en aquella alma “siempre deslumbrada por relámpagos de sombra”, porque Juan, al llegar a cierto párrafo de la carta de su prima, sintió que algo muy penoso y triste subía dificultosamente hacia sus ojos. Sintiose condolido, y por su mente desfilaron en rápida hilera, como una bandada de palomas heridas, muchas infelices mujeres... Quedose inmóvil ante aquella visión importuna; quedose con las dos cartas en la mano, afligido, trémulo, casi angustiado...

Una lágrima asomó en sus ojos, abrasadora y fresca al par... Un noble sentimiento conmovió aquel corazón duro... Una idea generosa aleteó en aquel cerebro vacío de altos pensamientos, y una oleada de plácida alegría le bañó benéfica y le hizo sentir la delicia del deber cumplido, la regocijada serenidad de la conciencia satisfecha, el aroma místico y celeste del arrepentimiento y del bien.²

Volvió a leer las cartas; leyolas atento, y reflexionó; y luego se levantó y se puso a escribir una larguísima. Al revisarla no le pareció buena, la hizo menudos

² 1901-1902: aquí concluye la entrega número 42.

pedazos, y escribió otra que corrió la misma suerte... De codos en el pupitre, ante el papel blasonado, con la cabeza entre las manos, resolvióse, después de algunos minutos de meditación,³ a hablar poco y a decir mucho:

Así escribió:

Mi querida prima:

Yo volveré prontamente, y tú te verás satisfecha en tus deseos. Ten confianza en mí. Yo arreglaré a París el asunto de mi padre, y volveré hacia ti a corazón ligero. Yo tengo una pena secreta. Espera. Te anunciaré de mi regreso y arribo.

Todo de ti.

JUAN

Pluviosilla, 25 de febrero de 1895.

Dobló la carta, metiéndola en un sobre, puso el sobrescrito, según le indicaba Elena en sus dos cartas, y la colocó en el sitio donde el criado debía recogerla para llevarla al correo.

“¿Quién será esta Filomena?”, díjose al asentar sobre la carta una hoja de papel para fijar el timbre.

Y procedió a la *toilette* nocturna, llena el alma de nobles anhelos y palpitándole el corazón de sentimientos cariñosos y compasivos.

Al meterse en la cama se acordó de que hacía muchos años que no oraba ni al acostarse ni al levantarse, y pasó ante su vista la noble figura del abate Bonheur. Volvían de una excursión botánica. El excelente maestro, a quien ni las ciencias naturales, ni la Filosofía, ni la Filología habían conseguido apartar⁴ de las cosas de tejas arriba, venía cerca de él. ¡Qué dulce su cariñosa voz! ¡Qué afecto! ¡Qué santos consejos!

—¡No olvides —le repetía, agitando en la mano femenil, pálida, exangüe, aristocrática y distinguida, un ramo de helechos— que en nuestra propia conciencia llevamos un acusador, un reo y un juez!

³ 1901-1902: *reflexión*, por *meditación*,

⁴ 1901-1902: *apartarle* por *apartar*

Juan quiso rezar, pero no pudo hacerlo... Tenía en sus labios la dulce oración enseñada por los labios maternos, pero le faltaron fuerzas para unir a las palabras una fervida efusión cordial. Le acometió invencible pereza.

De un soplo apagó la bujía y se revolvió friolento entre las ropas húmedas, pensando: “Habrá que recomendar al *garçon* que eche esa carta en el correo... A las diez: pedir un tren especial; a las once ver a Conchita... Sería imposible partir en la tarde.⁵ Sí; ¡un tren especial!”.

Sonó solemne y majestuosa la campana parroquial...

“¿Toque de fuego? —pensó el mozo—. ¡Ah! Es el alba..., el día que viene..., el sol..., luz..., alegría...”.

Y se envolvió en las ropas y se durmió, arrullado por el ruido del cercano río.

⁵ 1901-1902 no incluye: *en la tarde*.

A las ocho de la mañana se fue Juan a una casa de baños no distante del hotel. El norte había huido y un sol magnífico, anunciador de la próxima primavera, derramaba en la soberbia y rica vega del Albano su incomparable luz. Los campos húmedos esplendían con sus mil tonos diversos, y las nubes que durante la noche velaron el cielo huían hacia los montes de Ocaso, rasgando sus caudas vaporosas en los picos de la cordillera. En torno del pico parecían enroscarse, ciñéndole un turbante de blondas. Detúvose Juan un momento ante la balaustrada del puente y se puso¹ a contemplar la ribera donde bananeros sonantes y sauces melancólicos se mecían al soplo del vienteillo matinal. El río medio enturbiado corría murmurante.

La triste mirada del mancebo seguía distraída el movimiento de las copas y el ondular de las hojas flabeliformes. Hacía memoria de su llegada a Pluviosilla diez meses antes; de la impresión que su prima le² había causado, impresión penosa al principio, al considerar la desdicha de la ciega; grata después, cuando pudo estimar la hermosura de esta, y cuando llegó a estimar el ingenio vivo de la joven y su exquisita delicadeza para interpretar en el piano a Chopin y Mendelssohn, y particularmente para tocar apasionadamente, con gracia y expresión singulares, las danzas de Cuba y los danzones veracruzanos. Al pensar en Elena se la imaginaba llorosa, triste, abatida y acongojada. ¡Pobre muchacha! ¡Era tan infeliz! Entonces pensó en que no había dicho al criado que llevara la carta al correo. “¡Esta tarde! —díjose—. ¡Tiempo hay de sobra!”. Y se fue poco a poco a la casa

¹ 1901-1902: *detuvo por puso*

² 1901-1902 no incluye: *le*

de baños. Pronto regresó, y mientras le servían el desayuno puso cuatro letras al superintendente del Ferrocarril Mexicano, para pedirle un tren especial. Concluido el desayuno ordenó al criado que arreglara el equipaje, que llevara la carta al correo y que pidiera la cuenta del hotel; se mudó vestido, se acicaló y fuese en busca de Conchita Mijares. Debía encontrarla en la Saucedá.³ Allí estaría con alguna de ellas, con Paquita o con otra amiga más íntima.

El paseo estaba desierto. Juan consultó el reloj y, un tanto impaciente, echose a vagar por las calles del centro, a la sombra de los ocotes y los abetos.

Los buenos propósitos que horas antes parecían señoreados de aquel espíritu, débil para todo lo serio y todo lo bueno, flaqueaban en él, y los esplendores de París, los placeres de la cosmopolita capital francesa, tentadores más que nunca al compararlos el mancebo con el silencio y el aburrimiento de la fértil Pluviosilla, le alejaban a cada instante de lo que él, sonriendo, llamaba su vuelta al buen camino. Mas a poco cierto misterioso sentimiento (desconocido para Juan hasta el instante aquel) le hizo volver, no sin energía, a sus propósitos de la madrugada. ¿Qué sentimiento era ese? Tardó el mancebo en darse cuenta de él. Nunca se le había imaginado así.⁴ Un sentimiento satisfactorio, que más lo sería si hubiera llegado por otros caminos: el sentimiento de la paternidad, sentimiento naciente, muy leve, acaso vago, de suaves lineamientos. Y con él cierto noble orgullo de virilidad; orgullo másculo, que se complacía de su existencia y parecía ir en aumento, duplicando su energía, para fijarse robusto, poderoso, firmísimo, en un niño delicado, risueño, gracioso, de hoyosas mejillas, de rostro como de rosas y de alabastro, con grandes ojos negros en los cuales centelleaba doble luz; un niño en quien⁵ todos descubrían rasgos de la fisonomía paternal, en unión encantadora con la belleza materna; porque Elena era muy hermosa, ¡hermosísima!... Pero, ¡ay!, en aquel momento, como una racha de viento que apaga al paso una hoguera incipiente, mil pensamientos inesperados le acometieron irresistibles... El sacrificio de una libertad que nunca tuviera freno... La vida en Europa con tantos

³ 1901-1902: *Alameda*. por *Sauceda*. // Respecto de este parque, identificado con la Alameda de Orizaba (de ahí el lapsus del autor), *vid. supra*, cap. II, nota 16.

⁴ 1901-1902: *jamás*. por *así*.

⁵ 1901-1902: *que por quien*

y tantos amigos... La juventud prematuramente sacrificada en un hogar entristecido, sí, anegado en tristeza, porque no podría haber alegría, ni recepciones, ni fiestas en el hogar de un hombre cuya esposa fuera⁶ ciega. Hermosa, sin duda, pero ciega y sin fortuna... ¿Podía Elena ser en su casa lo que él había deseado siempre, cuando pensara en casarse, esto es, una mujer *comme il faut*, brillante, sugestiva, reina de sus salones, en torno de la cual se congregaran o pudieran congregarse caballeros distinguidísimos, políticos, diplomáticos, banqueros, literatos, artistas?... ¿Una ciega? ¡Imposible!

“¡Eh! —exclamó, acallando la voz que interiormente iba a defender a Elena—. ¡Eh! ¡No preocuparse! ¡A París!”. ¡Tiempo había para decidirse y resolver la dificultad! “En último caso..., el arreglo será fácil...”.⁷

Y delante de Juan una mano invisible le mostró una cartera repleta de billetes de banco.

“¡Ea! —repitiose impaciente, consultando por segunda vez el reloj—. ¿Cuánto tarda esa chica?”.

Iba a regresarse, cuando la descubrió en el extremo de la calle.

“¡Hela allí!”.

Adelantose al encuentro de Conchita, la cual venía sola y avanzaba ligera y alegre como un pájaro.

⁶ 1901-1902: *era por fuera*

⁷ Hay una notable semejanza entre la situación que viven Elena y Juan, y la que se plantea en dos cuentos de Delgado: “Epílogo” y “El retrato del nene” (ambos de 1898). En el primero, ambientado en Pluviosilla, una joven apasionada y hermosa, llamada Elena, se enamora de un muchacho de mejor posición social que ella. Sabiendo que la unión no gozaría de la bendición de sus padres y poniendo en práctica las nobles enseñanzas recibidas en el hogar, el protagonista resiste a los encantos de su amada y decide poner término a su amor, antes de que este deje de ser meramente platónico. En el segundo, situado en la Ciudad de México, Julio, joven y apuesto estudiante de excelentes costumbres, conquista a Inés, tímida muchacha que no sin gran vacilación acaba por corresponder a los galanteos de su pretendiente. Este, vencido por su vanidad y deseoso de protagonizar una aventura amorosa que le granjee la estimación de sus compañeros, convence a Inés de entregarse a él; fruto de esos amores es un pequeño del que Inés manda a su antiguo amante un retrato que se convierte en vivo remordimiento para el mancebo, quien no vuelve a ver a la muchacha ni al niño. Precisamente, Joaquina Navarro incluyó estos y otros relatos —“Amistad” (1898), “Adolfo” (1901) y “Margarita” (1901)— en el “grupo de *Los parientes ricos*”, por la proximidad de los problemas y personajes planteados (1955, pp. 151-153).

Pasaron largo rato en la calle de abetos. Juan se gozaba en la ligereza de la joven, la cual, viva y decidora, para todo dicho⁸ galante tenía oportuna respuesta; para cada frase amorosa, una contestación afable,⁹ aunque oliente a comedia, y en cada situación apasionada, un sonrojo que pasaba por aquella caruchita risueña,¹⁰ simpática y expresiva, con la roja coloración de un sol que se va y se pierde entre cúmulos de fuego.

—¿A París? —dijo repentinamente la muchacha, después de un largo rato de silencio, durante el cual recorrieron por décima vez la calle sombría.

—Sí... ¡A París!... —respondióle su compañero en tono dulcemente sugestivo.

Conchita se detuvo, fijó la mirada en el suelo, y, al parecer distraída, pero en realidad hondamente preocupada, principió a apartar con la punta de la sombrilla los despojos crinados de los ocotes.

—Sí, ¡a París! —repitió Juan.

—¿Y después? —preguntó la joven.

—A Italia.

—¿Y después? —volvió a preguntar Conchita.

—Regresaremos a París...¹¹

Entonces el mancebo trazó a grandes rasgos, con palabra viva, ardiente, rápida, insinuante, tentadora, mareante, embriagadora como veneno somnífero, el deslumbrante cuadro de la vida de París, de los encantos de una sociedad culta y elegante, dueña de mil bellezas y de mil diversas elegancias... La navegación feliz... Las noches a bordo, sobre cubierta, bajo el constelado cielo de los trópicos..., como dos recién casados que hacen viaje de novios, envidiados de todos aquellos que los ven... Después... Europa... El vértigo de los bulevares... Fiestas, espectáculos... Los domingos en el campo, a las orillas del Sena..., las barcas, el almuerzo bajo las parras, el vino de Champagne, centellante en las copas; el regreso al fin del día, en el tren repleto de burgueses que vuelven ahítos

⁸ 1901-1902: *toda frase por todo dicho*

⁹ 1901-1902: *cariñosa, por afable,*

¹⁰ En 1901-1902 se omite *risueña* y en su lugar hay una *y*; sin duda se trata de un error que se corrigió en 1903.

¹¹ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 43.

y regocijados... Lujo..., elegancia, trajes suntuosos... La existencia cosmopolita de la ciudad suprema... El Arte... La Gran Ópera... El Teatro Francés... Los grandes artistas... Los dramáticos célebres... La cena íntima en el restaurant de moda... ¡Los hermosos días!...

Todo esto, dicho hábilmente, aunque con mil y mil giros y frases francesas..., desplegando ante la chica un programa tentador de satánica urdimbre, que exponía ante Conchita magias y prestigios, siempre por ella presentidos y millones de veces precisados por libros de viajes y novelas francesas...

Vacilaba la joven. Tenía miedo, pero no se daba cuenta de que estaba al borde de un abismo. Repentinamente la razón, en un relámpago, la hizo ver claro.

—Y... —dijo, no atreviéndose a expresar su pensamiento.

Juan la interrogó con un gesto. Concha no respondió, y pensativa se ocupó en plegar su sombrilla.

—¿Y qué?

—Y... ¿el mundo?... ¿La sociedad?... ¿Mi familia?... ¿Los padres de usted?

—¿De quién? —replicó Juan sonriendo.

Concha le miró sin comprender lo que le decía su amante.

—Dices... —contestole Juan dulcemente—, dices... los “padres de usted”.

—¡Ah! —exclamó Conchita riendo graciosamente, aunque cejjunta y cabizbaja—. ¡Ah! —repitió—. ¡Tus padres! —Y agregó—: ¡La falta de costumbre!...

—Respóndeme, que no hay tiempo que perder... He pedido un tren para las siete de la noche... ¡Respóndeme!

—¿Y después? —tornó a preguntar la joven.

—Después... ¡Los padres... todo lo perdonan!... Y... llevarás mi nombre... Solo de esta manera podremos vencer las ideas de mi familia. ¡Es tan rara!, ¡tan caprichosa!... Para ella no hay más que el dinero... Y yo te quiero porque..., ¡precisamente porque no eres rica! Respóndeme... No hay tiempo que perder...

Vaciló un momento Conchita, o, mejor dicho, detuvo su respuesta, buscando en el fondo de su alma la audacia femenil que, una vez lanzada, es irreparable e irresistible. Por fin dijo con voz reconcentrada y resuelta:

—Sí.

—¡Gracias! —murmuró Juan, y poniendo una mano sobre el hombro de la joven, y alargándole la mano, estrechó ardientemente la diestra de Conchita.

Luego le dio el brazo y, hablando en voz baja, llegaron a la puerta principal de la Saucedá.

Algunas personas conocidas entraban a la sazón en el paseo. Saludaron cortésmente. Juan unió su saludo al de la monologuista, la cual contestó sonrojada.

—Bien —dijo Juan—. ¡A las siete!... No digas que hoy debo partir... ¡No faltes!...

—¡Adiós!

—¡Adiós!

La joven siguió calle abajo, mientras Juan tomó hacia la derecha, camino del hotel.

LXXVI

Arturito Sánchez acudió con puntualidad británica a la cita de su aristocrático y elegante compañero.

Se almorzó ricamente y, a la usanza rusa (según dijo el refinado lagartijo), se bebió en toda la comida vino de Champagne.

Trataron los mancebos de mil cosas diversas, y, a la mitad del segundo servicio, el escribientillo-poeta, que no estaba satisfecho de los pocos medros que lograba en Pluviosilla, aprovechó la ocasión para conquistarse la protección de nuestro caballere. Tímido al principio, franco después y siempre discreto, porque el cantor ebene en tales cosas no era rana,¹ pidióle cohorte² y favor para encontrar en México un buen empleo: un empleo lucrativo.

—¡Aquí se muere uno de fastidio!... ¡Aquí, mi excelente y fino amigo, no hay porvenir!... Aquí se atrasa uno, se empolva..., mejor dicho, no se adelanta, no puede uno adelantar ni prosperar... ¿Sueldos? ¡Una bicoca! ¡Y démonos por felices con no perecer de inanición!... ¿Progreso intelectual? ¡Ninguno! Pluviosilla va en depresión...

”Díganlo si no los periódicos... ¡*El Contemporizador!* ¡Escrito por cretinos! ¿*El Siglo de León XIII?* ¡Escrito por fanáticos y santurrones! Jurado, que tiene talento y relevantes aptitudes periodísticas, no logra jamás que vivan sus papeles...³ ¿Cultura literaria? ¡Pedir peras al olmo! ¡Es imposible seguir viviendo aquí!... Y

¹ *No ser rana alguien*: ‘No ser torpe; ser hábil, entendido, en general o en cierta cosa’ (Moliner 2006, s. v. “rana”).

² *Pedir cohorte*: probablemente se usa esta expresión con un sentido próximo a *cohortar*, ‘confortar’, ‘dar vigor, espíritu y fuerza’ (RAE 1899, s. v.).

³ Sobre *El Contemporizador* y *El Siglo de León XIII*, *vid. supra*, cap. xvii, notas 30 y 31, respectivamente; acerca de Juan Jurado, *vid. supra*, caps. xvii, nota 17, y xxxviii, nota 7.

óigame⁴ usted, mi buen amigo (aunque parezca inmodestia mía...): me siento con alientos, con brío; mi pluma es vigorosa... ¡Tengo fe en el porvenir!... Lo que me hace falta es vivir en un centro literario... ¡En lo que se llama un centro literario! ¡Si yo me viese allá, allá, en México, en esa ruidosa ciudad que no conozco, y que yo me imagino soberbia, deslumbrante, foco de ciencia, de cultura, emporio de artes, así como Madrid, como Viena, como París!...

Juan refrenó una sonrisa. Arturo prosiguió:

—¡Allá, en ese México, al lado o cerca de tantos periodistas, de tantos oradores, de tantos poetas, de tantos artistas, de tantos reyes del verbo humano, del verbo humano que irradia como el sol!...⁵ Si yo me viese allí, al lado de todos esos hombres a quienes admiro y venero..., mi suerte... ¡sería otra!

Esto decía el escribientillo, acariciando con el índice y el medio el pie de su copa, complaciéndose en la limpidez del vino y gozándose en seguir con una sonrisa y con ojos atentos las burbujillas que subían del fondo.⁶

—Usted tiene mucho talento... —se dejó decir Juan—. Tiene usted *esprit*.

Arturo, alentado, siguió diciendo:

—Usted está..., ¡vamos!, usted está en condiciones de hacerme bien, sirviéndome de valedor (emito esta palabra en su buen sentido)...⁷ Usted, en la posición brillante con que la fortuna caprichosa le ha favorecido, con sus buenas y altas relaciones, puede valerme.

—¡Con gusto! —contestole Juan con suma bondad, riendo internamente al ver cómo su interlocutor pretendía cortar los espárragos en trocitos—. A mi regreso de Europa, que será próximo, vendré a Pluviosilla... Entonces me llevaré a usted a México, y entonces ¡ya veremos! En casa, en las oficinas públicas, no faltará... ¡algo! Será usted presentado a mis amigos, y quedará usted satisfecho de mí.

—¡Salud! —dijo entre dientes Arturo, alzando su copa.

⁴ 1901-1902: *dígame* por *óigame*

⁵ 1901-1902: *sol...* por *soll...*

⁶ 1901-1902 incluye: *de la copa*

⁷ *Valedor*: 'Persona que vale o ampara a otra' (RAE 1899, s. v.). Es probable que el sentido "negativo" de la palabra tenga que ver con la definición que consigna Francisco Santamaría: 'Amigo, camarada, compañero. Es término de la gente del hampa' (2005, s. v.).

—*Santé!* —murmuró Juan, levantando la suya, y ahogó otra sonrisa al ver el destrozo que de la elegante verdura hiciera su parlero comensal.

A la hora de los postres hablose de viajes. Juan contaba las maravillas de París, ponderaba su belleza; charlose⁸ de su intelectualidad, de sus placeres, y... terminó la comida.

Arturo se despidió para ir a su oficina.

—¿Cuándo nos veremos? —preguntó al salir.

—Mañana... —contestole Juan—. Estoy invitado a comer en la Fábrica del Albano.⁹ El administrador es amigo de mi padre...

—¿A qué hora saldrá usted para allá?

—Pienso irme a las cinco...

—Entonces... no podré verle hasta mañana...

—Mañana —murmuró Juan, impaciente y deseoso de que Arturo se fuera.

No bien se fue el mancebo, Juan llamó al *garçon* y díjole en francés:

—¿Están listos los equipajes?

—¡Listos! —respondió el criado.

⁸ 1901-1902: *charló* por *charlose*

⁹ Sobre la Fábrica del Albano, *vid. supra*, cap. V, nota 5.

LXXVII

Oscura la noche; el patio de la entrada semialumbrado por un foco puesto en el extremo de un mástil; la estación desierta; el andén tenebroso; luz insuficiente en la oficina del jefe, donde apenas era visible la mesa de despacho esclarecida por una lámpara de petróleo; en los asientos del corredor de espera, un mozo de cordel, fastidiado y soñoliento; frente al restaurant silencioso, un velador que iba y venía meciendo su linterna, la cual asomaba entre las puntas de un sarape rojo; el tren listo: un vagón con dormitorio y un carro de equipajes. La doble locomotora, próxima al carro y separada un tanto de este, resoplaba de tiempo en tiempo, interrumpiendo la vibración ensordecedora de su caldera en alta presión. El humo de las chimeneas, traído hacia el andén por el húmedo vientecillo de la noche, hacía pavoroso el aspecto de aquel sitio tan animado durante el día.¹

El conjunto de edificios fronteros,² galeras, talleres, cobertizos, acervos de leña y de carbón, tan oscuros como el piso cubierto de hulla y de balasto volcánico, era terrorífico. Detrás de las tapias que por el lado opuesto limitaban el recinto, en el espacio que dejaban libre las altas chimeneas, las arboledas de un jardín colindante dibujaban, sobre la incierta irradiación de una cercana fábrica, quebrada silueta de ángulos agudos en la cual se adivinaban perfiles de abetos y de fúnebres cipreses. Allá, por sobre la masa fuliginosa de la cordillera, en un claro de cielo, pródiga en irisados cambiantes, fulguraba la más bella de las estrellas australes, el divino Canopo.

¹ 1901-1902: aquí concluye la entrega número 44.

² 1901-1902: *fronterizo*, por *fronteros*,

El *garçon* esperaba en la entrada del andén, cerca de tres mundos y entre maletillas y sombrereras.

“¿Quién irá con el señor?... ‘Cenaremos en el camino’, dijo el amo... ¡Vaya! Parece que el compañero es merecedor de muchas atenciones...”.

Pensando en esto alzó una cesta, en la cual asomaban sus cabecitas típicas dos botellas de vino de Champagne. Después arregló la cubierta de otra cesta llena de comestibles y, oliéndola, dijo para sí: “¡Qué bien huele!”.

En aquellos momentos se llegó el jefe de la estación.

—¿A qué hora vendrá ese caballero?... Necesito combinar mis trenes... Faltan diez minutos para las siete... —dijo el empleado y, con las manos en los bolsillos, se echó a pasear delante de su oficina, por cuya ventana salía la luz de la lámpara a dibujar en las baldosas los cuadros de la vidriera.

El criado, en su jerga hispano-gálica, contestó que su amo no debía tardar.

Dos garroteros, alumbrados por un farolillo, a gatas bajo los coches, revisaban el rodaje y lubricaban chumaceras. La gran farola de la máquina lanzaba a lo largo de la vía su poderoso haz de rayos, haciendo más densa la oscuridad de los costados. Sobre la túrrida y pacífica Pluviosilla extendía el alumbrado público su vaga claridad lunar.

Volvió el jefe:

—Está listo el furgón... Pueden llevar los bultos.

El mozo de cordel vino con un camión y se llevó los baúles y los sacos.

Oyose a poco el ruido de un carruaje que venía a todo correr. Era un coche de sitio. ¡Bien se le conocía desde lejos por el estrépito de sus ruedas pesadas y por el retemblido de sus vidrios!

Entró en el patio rápidamente y vino a detenerse delante de la escalinata. Saltó del pescante uno de los aurigas y abrió la portezuela. Salió Juan, puso en manos del cochero un puñado de monedas y, después, volvióse para dar la mano a una mujer que se disponía a bajar del pesado simón. La dama misteriosa traía velado el rostro por un mantón. Antes de bajar alargó a su acompañante una caja.

—¡Es mi sombrerillo!... —díjole muy quedo.

Sonrió Juan y tomó la caja. Dio en seguida el brazo a la tapada, y paso a paso dirigiéronse al andén.

—*Sapristi!* —exclamó el criado, acercándose a recibir órdenes de Juan.

Dióselas este en francés y le entregó la caja.

El *garçon* corrió al coche y echó todas las persianas; colocó en sitio apropiado bultos y maletillas, y salió a la plataforma, mientras por el extremo opuesto entraba la pareja.

Era preciso partir cuanto antes. El joven, impaciente e inquieto, bajó en busca del jefe.

—¿A qué hora partirá el tren? —preguntó.

—Dentro de cinco minutos... —contestó el interpelado, después de consultar con una ojeada el regulador de la oficina—. Cruzarán en Atoyac³ con el número 7... —Y agregó—: El criado tiene ya los billetes.

En ese momento llegó Arturito a la estación. Había sabido en el hotel que Juan partiría esa noche y corrió a la estación. Dirigióse al tren. En la puerta del coche se encontró al criado, quien le dijo dónde estaba Juan. Cuando por este preguntó Arturito, pudo observar el poeilla que una mujer cuyo cuerpo no le era desconocido se entraba en el departamento extremo del vagón.

“¿Quién será ella? —pensó sonriendo y con la curiosidad consiguiente a quien de pronto se encuentra en camino de descubrir una aventura galante o pecaminosa—. ¿Quién será ella? —repitiose—. ¡Ese cuerpecillo cimbrador lo conozco yo!...”.

A la sazón salía Juan de la oficina. Arturo se detuvo cerca de la ventana iluminada, diciendo:⁴

—¿Se nos marcha usted, amigo mío, sin decir ni adiós?

—Pero con el propósito de escribir a ustedes tan luego como llegara a Veracruz... Un telegrama de mi padre me obliga a salir inopinadamente. Ruégole que me despida cariñosamente de todas nuestras amigas. Escribiré a usted de

³ Atoyac era una estación del ferrocarril situada entre Orizaba y Veracruz.

⁴ 1901-1902: *diciéndole*; por *diciendo*:

París y le remitiré libros nuevos que le serán a usted útiles; de los más remarcables.

Quedó enganchada la máquina; el conductor vino a presentarse; el jefe dio vía libre, se despidió Juan y anunció que el tren iba a ponerse en movimiento.

—¡Adiós, amigo mío! —exclamó Juan, abrazando al poetilla, mientras este se deshacía en protestas de amistad.

—¡Dichoso usted! ¡Buen viaje y pronto regreso!

Subió Juan a la plataforma, silbó la potente locomotora, lanzó un par de penachos de humo asfixiante y partió el tren. Juan dijo el último adiós a su amigo, agitando los guantes, y entró en el vagón.

—¡Tengo miedo!... —díjole quedo Conchita Mijares, llorosa y angustiada—. ¡Si fuese posible detener el tren!

Serenola el mancebo, levantó una cortinilla y sentose al lado de la joven, llamando la atención de esta acerca del aspecto de la ciudad, que parecía envuelta en una poética claridad lunar.

Concha miró hacia el caserío, sobre el cual resplandecían los focos eléctricos como estrellas caídas en techos y arboledas, y lanzando penoso suspiro se echó a llorar.

LXXVIII

La intranquilidad de la pobre ceguezuela era de las más dolorosas. Pasaban las horas y la infeliz muchacha se vivía contando los minutos y suplicando a Filomena que fuese al correo para buscar en la lista si había carta de Juan.

Mas tanta inquietud y tanto afán eran inútiles. Elena, angustiada, presentía el desdén de su primo y, retirada en su alcoba, pretextando malestar, desazonada y abatida, se hundía en los oscuros abismos de su infortunio.

Una mañana, el mismo día en que Juan salió de Pluviosilla, fue a la compra Filomena. Regresaba con el recado, y regresaba presurosa, tan de prisa que por poco la atropella un carruaje, el de un general que habitaba cerca de la plazuela de Cartagena.¹ Llegó Filomena en momentos en que, calzándose los guantes, doña Dolores y Margot se iban a México, al llamado del doctor Fernández.

La criada entró contentísima en la alcoba de Elena.

—¡Niña!... ¡Ahora sí! ¡Aquí está! —exclamaba, mostrando por alto la cartita aristocrática, como si la joven pudiese verla—. ¡Aquí está! —repetía la criada.

—¡Gracias a Dios! ¡Dámela! ¡Dámela! ¡Me parece mentira lo que me estás diciendo!

Elena, con ansia creciente, tomó la carta, la besó y aspiró largamente el perfume de que venía impregnada. Era el mismo que Juan usaba, el que dejaban sus vestidos y sus manos; fragancia elegante, aristocrática y embriagadora...

¹ La plaza de Cartagena se ubicaba en Tacubaya. Albergaba un “precioso jardín, frecuentado por las familias que allí enc[ontraban] distracción y salud”. De ese punto partían cada veinte minutos coches urbanos que enlazaban, “por medio de la vía férrea”, la plaza mayor de México y la población de Tacubaya (Rivera Cambas 1880, vol. 2, p. 379).

Filomena se complacía en contemplar el regocijo pueril de la ceguezuela y en pie, frente a esta, suelto el rebozo, en el brazo la cesta llena de verduras, la fiel criada, muda y absorta, lloraba de alegría.

—Vamos, Filomena: ¡léeme esta carta!

—Volveré, señorita, volveré... ¡Voy a dejar todo esto!...

Fuese Filomena y, mientras, la ceguezuela, estrechando cariñosamente entre ambas manos la deseada misiva, anhelaba poder leerla como saben leer papeles cerrados las sonámbulas y las pitonisas.

“¿Qué me dirá? ¿Me anunciará su venida? ¡Sí; Juan es bueno! Digan lo que quieran, ¡sí, Juan es bueno! Su mal está en que le han mimado y consentido... Nunca le contrariaron la voluntad... ¡Por eso es tan imperioso y avasallador!... Pero... es bueno, sí que es bueno..., y... ¡me quiere mucho!”.

Ante la pobre ciega surgió entonces, de entre las tinieblas que la envolvían, la figura imaginaria de Juan, tal como Elena la suponía, reuniendo en el conjunto rasgos característicos de familia y pormenores fisionómicos dados por amigas y parientes: una figura apuesta y viril, en la que los ojos atávicos de los Collantes lucían sus negras y rizadas pestañas, y sus pupilas negras, brillantes y siempre húmedas...

Volvió Filomena y con el mayor cuidado, sirviéndose de una horquilla que tomó del tocador de Margarita, abrió la carta.

El contenido de esta hizo irradiar de alegría el rostro de la criada, pero anubló con negra tristeza el semblante de Elena...

—Juan... no volverá... —dijo aterrorizada.

—¿Por qué dice usted eso, niña Elenita?

—Porque así lo hace comprender esa carta..., porque así lo presiento y así me lo repite este pobre corazón mío que nunca me engaña...

—¡No!... ¡Niña!

—Sí; no hay que hacerse ilusiones... Hace un momento, antes de que tú vinieras, antes de que me leyeras esa carta, pensaba yo de otro modo... ¿Por qué no acude Juan a mi llamado? ¿Por qué se está en Pluviosilla? ¿Qué hace que no se escapa y viene y habla conmigo?...

—Pues a mí esa carta, niña Elena, me parece muy formal, muy seria y... ¡hasta muy cariñosa!

—¿Cariñosa? ¿Llamas cariñosa a esa carta? ¡Qué bien se conoce, muchacha, qué bien se conoce que no has amado nunca, que no has amado jamás como yo amo a Juan! ¡No, no, eso no puede satisfacer a una mujer enamorada, enamorada como yo!

Sollozaba Elena, ahogando, o más bien tratando de ahogar los sollozos.

—Acaso tenga usted razón... Lo que a mí no me gusta² es que no veo franqueza en su primo de usted. Me parece que..., ¡vamos!, ¡que no procede con sinceridad! ¿Duda usted de él?

—¿Que si dudo?... ¡Sí! ¡Sí, Filomena, por desgracia mía!

—¿Qué haremos?

—¿Qué? ¡Escribir otra carta! ¡Escribirla ahora mismo!

Y se pusieron a la obra.

Dictó la carta Elena, y dictóla enérgica, con brío varonil, diciendo al mozo cuáles eran sus deberes, apelando a su entereza y a su dignidad.

—“Dicen —dictó Elena— que las mujeres somos débiles. Quienes dicen eso se engañan. Los hombres suelen ser más débiles que nosotras. A veces, de puro egoístas tocan en cobardes. Y no creo que seas cobarde, ni que en este caso te portes como un mal caballero. Si tal hicieras, llegaría yo a creer que no eres merecedor del cariño y del amor supremo de una mujer que vale algo y que en algo se estima; no, ni de una mujerzuela infame, de esas que arrastran por las calles los últimos restos de una belleza consumida en el fango del vicio y en los muladares de la perdición. Tú harás lo que quieras, te conducirás en este caso como mejor te plazca; pero yo, ahora y siempre, seré superior a ti. No me parecen francas tus palabras; así lo atestigua tu carta, esa carta fría, helada, sin expresión ni cariño y, lo que es peor, sin amor. Sí; sin amor, sin lo que espera una mujer del hombre a quien ha entregado su alma y su vida, cuanto ella es, cuanto ella vale. No seré yo quien te haga ver que en este caso, más que en otro cualquiera, hay circunstancias especiales... No seré yo quien te recuerde mi desgracia y que, para

² 1901-1902 y 1903: *quita por gusta* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

colmo de ella, y esa será mi mayor desventura, no tendré la dicha de ver a mi hijo... Espero tu respuesta, tu respuesta a vuelta de correo. Si no vienes, si me contestas con una negativa y huyes como un personaje de novela cursi, entonces... ¡yo sé lo que tengo que hacer!”.

—¿Y qué hará usted, niña Elena?

—¡Nada! —respondió la ciega, con cierta expresión infinitamente dolorosa, alzando los hombros en un arranque de desdén y de hondo desprecio por la vida.

—¿Qué hará usted? —insistió la criada—. ¿Decirle todo a la señora?

—No.

—¿Al papá de don Juanito, a su tío de usted?

—No.

—¿Pues qué?

—Nada.

—¡Eso no es posible!

—Sí es posible.

—¡Dígame usted lo que piensa hacer! —volvió a insistir la muchacha en tono suplicante.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —preguntó con temerosa curiosidad Filomena.

—¿Sabes qué?

La criada contestó con un movimiento de cabeza diciendo que no. La ceguezuela, volviendo a todos lados sus ojos de mirada vaga e inexpresiva, dijo en voz baja, con miedo, como si temiera de sí misma:

—Me mataría.

—¿Y el niño? —se apresuró a exclamar Filomena.

—¡No! ¡No! —gritó Elena—. ¡Por él viviré! ¡Viviré para él, y sufriré todo, y padeceré cien mil martirios!

—Sí, niña Elena; si es usted buena, es usted cristiana... ¿No es verdad que una mancha así no la borra más que el amor maternal?

Quedose pensativa la ceguezuela. Después de un rato, dijo resueltamente:

—Acabaremos.

Y dictó el resto de la carta en tono cariñosísimo.

—Ahora... —exclamó con acento resuelto— ciérrala y llévala al correo. ¡Y será la última!

LXXIX

Repantigado pacíficamente en su poltrona, calados los anteojos, el doctor Fernández leía un periódico. En eso ocupaba el tiempo el buen canónigo desde su regreso del coro hasta las doce del día, hora en que, ni minuto más ni minuto menos, se sentaba a la mesa, a comer, con excelente y fidelísimo apetito, los cinco platillos reglamentarios: el caldo tradicional, como el que los ilustres abuelos acostumbraban a tomar allá en los felices tiempos del virrey Bucareli;¹ sopa, de pan frecuentemente, de arroz a veces; cocido de lo más pingüe y variado; pollitos en especia; algo de verdura; frijoles, sin los cuales no se la pasaba el buen señor, y... postres: algunos bizcochuelos, y dulces, y frutas, a las cuales era muy dado, por motivos de régimen interno.

Pero si las gacetas, como solía llamar a los periódicos (y pocos entraban en aquella casa), no traían nada interesante, o habían salido sin nada digno de atención, entonces el señor Fernández mataba las horas en despachar su correspondencia, que no era ni larga ni numerosa, o en continuar sus lecturas favoritas (a las cuales consagraba las veladas), sus lecturas de Alamán o de García Icazbalceta, el incomparable investigador de nuestro siglo XVI.² Tenía el

¹ Esto es, entre 1771 y 1779, cuando gobernó la Nueva España este administrador sevillano que hizo crecer las rentas públicas e impulsó grandemente el comercio.

² Sobre Lucas Alamán, historiador y político guanajuatense, Delgado incluyó una referencia en *Angelina*; la joven así llamada, modelo de lectoras, “gustaba de los libros serios y se parecía por los históricos. Había leído tres o cuatro veces la *Historia* de Alamán, y solía atreverse contra los juicios del célebre escritor, no sin gran disgusto de mi tía Pepa, para quien los dichos de don Lucas eran un evangelio” (Delgado 1895, cap. XII, pp. 118-119). Por lo que atañe a Joaquín García Icazbalceta, célebre historiador, geógrafo, filólogo y bibliógrafo nacido en la Ciudad de México, Delgado lo mencionó elogiosamente en dos de sus obras; destacó sobre todo su labor lexicográfica, fruto de la cual fue un *Diccionario de mexicanismos* que por desgracia quedó inconcluso a la muerte de su autor (cf. Delgado 1904b, p. 81, y 1902, p. xxxix). Cabe agregar que ambos escritores se incluyeron en la Biblioteca de Autores Mexicanos de Agüeros (donde, como

doctor Fernández rara predilección por tal centuria de nuestra historia y holgábase en discutir de ella y de las cosas de Nueva España en tales tiempos, y de los hombres y acaecimientos de esos años. ¡Buenos ratos que se pasaba tratando de esos asuntos con Ágreda y el padre Andrade!³ ¡Buenas corrían para él las horas verificando fechas, revolviendo códices y desembrollando mamotretos, cuando acometía la empresa de aclarar algún punto de la historia eclesiástica! Tenía preparado un libro biográfico de los deanes de la Metropolitana y una edición de las actas del cabildo, ilustrada con notas eruditísimas, en las cuales, al decir de Galindo y Villa, a quien fueron comunicadas confidencialmente, se dilucidaban muy importantes cuestiones y se aclaraban muchos pasajes oscuros de Motolinia y de Mendieta.⁴ Cuando sus mencionados amigos reclamaban la publicación de esas obras, el doctor Fernández se soltaba lamentando la frivolidad de los espíritus en los tiempos actuales, aplazaba la salida de sus librecitos —como solía decir— y repetía tristemente estos versos de un célebre poeta italiano, aplicándolos a nuestro país:

Che ignora il tristo seculo

se sabe, vieron la luz *Los parientes ricos*); de Icazbalceta se publicaron 10 tomos (de 77), y de Alamán, 4. Respecto de esta colección, *vid.* el primer capítulo del “Estudio preliminar”.

³ Muy probablemente se trata de José María de Ágreda y Sánchez, distinguido bibliófilo mexicano que estuvo a cargo de la biblioteca de la Catedral Metropolitana, además de desempeñarse como subdirector de la Biblioteca Nacional y bibliotecario del Museo Nacional. Poseía una de las más valiosas bibliotecas del país, que lamentablemente se dispersó a su muerte y de la que él mismo formó un catálogo. Por su parte, el sacerdote Vicente de P. Andrade, también bibliógrafo y dueño de una vasta biblioteca (la cual corrió la misma suerte que la de Ágreda), escribió más de cuatrocientas obras, entre libros, folletos y artículos; de ellas, la principal es sin duda su *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo xvii* (1894).

⁴ El historiador, profesor y periodista Jesús Galindo y Villa llegó a presidir la Academia Mexicana de la Historia y la Sociedad Científica Antonio Alzate, amén de dirigir la Academia de Bellas Artes. Fue colaborador de diversos diarios, como *El Nacional*, *El Universal*, *El Mundo Ilustrado*, *La Voz de México*, *El Imparcial* y *El Tiempo* (en este último pudo coincidir con Rafael Delgado, quien solía publicar ahí). De igual modo, a semejanza del autor de *La Calandria*, Galindo y Villa impartió clases en la Escuela Nacional Preparatoria. Algunas de sus obras son *Apuntes de epigrafía mexicana* (1892), *La Plaza Mayor de la Ciudad de México* (1914), *Polvo de historia* (1923) e *Historia sumaria de la Ciudad de México* (1925). En cuanto a Motolinia (fray Toribio de Benavente), fue, como es bien sabido, uno de los doce franciscanos pioneros que arribaron a territorio novohispano; nahuatlato y autor de una *Historia de los indios de la Nueva España* (iniciada hacia 1536), se le conoce por su postura humanista hacia los habitantes originarios del Nuevo Continente. Por su parte, fray Gerónimo de Mendieta, franciscano español y gran amigo de Motolinia y de fray Bernardino de Sahagún, escribió una valiosísima *Historia eclesiástica indiana* (culminada en 1597), sobre la labor evangelizadora de su orden en la Nueva España.

*gl'ingegni e le virtudi;
che manca ai degni studi
l'ignuda gloria ancor.*⁵

¡Dulce placidez la de aquella casa montada a la antigua, ajuarada a la antigua y mantenida sin variaciones ni mudanzas, como en los buenos viejos tiempos! ¡Grato silencio el de aquella morada! ¡Silencio serenador de toda inquietud del alma, solo turbado por la campana con que el viejo portero anunciaba la llegada de alguna visita, o por el canto de unos canarios muy lindos, idílicos habitantes de una hermosa pajarera, hecha con mucho arte y conforme a la traza de la Colegiata de Guadalupe!⁶

Leía pacíficamente un periódico el doctor Fernández, y leíale sonriendo, como quien muy en su interior se burla de la credulidad de un ingenio. Tratábase en aquel papel, y en larguísimo artículo, de cosas de la monarquía azteca, muy anteriores a la conquista de Cortés, y el canónigo, que no creía media palabra de cuanto a esos tiempos rezan los libros, reía compadecido. Sonó la campana del portero y, a poco, la campanilla del portón, y el criado que andaba por el comedor, arreglando la mesa, anunció a doña Dolores y a Margot.

—¡Bienvenidas! ¡Que pasen! —dijo, y tiró el periódico sobre el velador próximo y se quitó los anteojos.

No tardaron en entrar las señoras. El doctor Fernández se levantó y se adelantó a recibirlas.

—¡Venís a buena hora, hijas mías! —exclamó al verlas—. Podremos hablar tranquilamente, pues tenemos buen rato para ello... Acaban de dar las once... Os

⁵ Estos versos provienen del canto xx de Giacomo Leopardi, titulado “Il risorgimento”. Su traducción, de Juan Bautista Bertrán, es la siguiente: ‘Que ignora el triste siglo / los ingenios y las virtudes; / que falta a los dignos estudios / la inútil gloria todavía’ (Leopardi 2002, p. 91). Sobre Leopardi, *vid. supra*, cap. LXV, nota 7.

⁶ Conocida en la actualidad como Templo Eucarístico de Cristo Rey, la Colegiata o antigua Basílica fue construida entre 1695 y 1709 por el arquitecto Pedro de Arrieta. Este edificio barroco de cantera y tezontle fue bendecido el 27 de abril de 1709 y alojó la imagen de la Virgen de Guadalupe hasta la erección de la Basílica actual, obra de Pedro Ramírez Vázquez. La Colegiata recibió ese título (por el cual, sin ser catedral, podía poseer su propio cabildo) en 1749, y el 24 de mayo de 1904 fue elevada a Basílica por mandato de Pío X (*cf.* González Gamio 2014, s. p.; *vid.*, asimismo, *supra*, cap. XXXII, nota 4).

esperaba a la tardecita... ¡Ea! ¡Sentaos! ¿Cómo va? ¿Cómo está Elena? ¿Qué dicen esos muchachos? Ese Ramón... ¿estudia? Y Pablo... ¿progresas?

La dama contestaba con el semblante a tales preguntas.

Margarita murmuró:

—Todos bien.

—Sentaos —repitió el canónigo.

Momentos después agregó, ocupando su sillón favorito:

—Perdonadme, hijas mías, perdonadme que os haya hecho venir en vez de ir a veros, como era del caso y como debí hacerlo...,⁷ pero..., ¡ya lo sabéis!, a mi edad anda uno achacoso o desmazelado... Desde los días de la Candelaria⁸ ando mal, y... a mis años todo se vuelve dolamas.

—¿Ha estado usted enfermo?

—Enfermo..., no; pero, a deciros verdad..., no ando bien. Por eso no me visteis en la comida de Juan la noche que estuvo allá monseñor Fuentes...

—Echamos a usted de menos... —dijo Margarita—, pero mis tíos nada me dijeron...

—Sabed que en esos días guardé cama... Un resfrío... La *influenza*, según el médico... La tal *influenza* que, a lo que veo y todos miramos, saca fácilmente del paso a los señores facultativos... ¡Todo es *influenza*!... ¡Todo se vuelve *influenza*!⁹ Prediqué el día de la Candelaria, y a poco de bajar del púlpito me sentí mal... Y no creáis que estuve en cama muchos días... Tres nada más. Al cuarto vine a esta sala... El¹⁰ quinto fui al comedor... El¹¹ sexto me eché a la calle.¹²

”¡Bueno soy para estar encerrado y proceder contra mis hábitos y costumbres! No, hijas mías, cuando se me llegue la hora y Dios me llame, lo cual no tardará

⁷ 1901-1902 y 1903: *hacer...*, por *hacerlo...*, // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

⁸ Esto es, el 2 de febrero.

⁹ La primera inclusión del término *influenza* en un diccionario académico tuvo lugar en 1895, con la siguiente definición: ‘Palabra italiana que se emplea para designar una enfermedad epidémica, conocida con los nombres vulgares de *dengue* y *trancozo* y que es una especie de catarro epidémico’ (Zerolo 1895, s. v.). Sin embargo, la Real Academia solo lo admitió en 1927 y lo definió como ‘italianismo por *trancozo* o *gripe*’ (RAE 1927, s. v.).

¹⁰ 1901-1902: *Al por El*

¹¹ 1901-1902: *Al por El*

¹² 1901-1902: aquí concluye la entrega número 45.

en suceder, la muerte me ha de encontrar en pie. ¡Mientras, aquí vamos tirando!... Ya lo sabéis... Yo..., ¡ni cama, ni medicinas, ni médicos! ¡Y así he sido siempre! Por eso el deán y yo hemos visto al cabildo renovarse dos veces...

—Cierto es —contestó doña Dolores— que siempre tuvo usted excelente salud.

—¡Es de familia! Mi abuelo murió de noventa y cuatro años... Mi padre de noventa... Mi madre de ochenta y siete... Hemos sido de buena madera... ¡Ya me veis! Voy llegando a los setenta y ocho, y ni me canso ni me¹³ fatigo... Subo al púlpito, hablo la media hora de rigor..., y así hablara una hora..., ¡bajaría tan listo y tan campante!... En quince años no he faltado al coro más que en dos ocasiones: el año pasado, cuando nos vimos en Pluviosilla, y ahora, en los días esos de que os tengo hablado...

Hizo una pausa el canónigo, sacó la tabaquera, tomó un polvo, se limpió la nariz con el amplio y bien doblado pañuelo de hierbas, se acomodó en el asiento y, cuando la señora iba a felicitarle por tan buena salud, prosiguió:

—Es preciso que Ramoncillo (¡que tiene, tiene su talento!) no desmaye ni pierda el tiempo. Sí; es preciso que cuanto antes haga la carrera... de abogado, ¿no es eso? ¡Vaya en gracia! No será santo... No sé quién dijo que en el Cielo no hay más que un abogado, san Ivo, y eso... ¿sabéis por qué? Porque no ha podido entrar en la morada de los bienaventurados un alguacil que le arroje de allí...¹⁴ ¿Estamos? ¡Bien! ¡Bien! ¡Que sea abogado el Ramoncillo, y que Dios le dé clientes que estén en lo justo, y pleitos productivos! ¡Ya tendrá que subvenir a ustedes! ¡Y Pablo otro tanto! Pablo... Me parece un guapo chico... Su tío dice que es inteligente y apto para todo...

Margot, durante todo el tiempo que llevaba de hablar el canónigo, estaba entretenida en mirar el tapete, un tapete más que marchito, vetusto, pero de muy gallardos dibujos: grecas ligerísimas y ramos de adormideras en que las flores se

¹³ 1901-1902 no incluye: *me*

¹⁴ La historia de san Ivo se narró al menos en dos cómicas versiones incluidas en la edición dominical de *El Tiempo* ("Leyenda de san Ivo, patrón de los abogados franceses", en *El Tiempo. Edición Ilustrada*, t. IV, núm. 151, el 17 de junio de 1894, p. 183, e "Ivo de Saint Briec. Único abogado en el cielo", en *El Tiempo. Edición Literaria*, t. X, núm. 456, 3 de junio de 1900, pp. 172-173); la primera de estas piezas lleva la firma de Guy de Maupassant, mientras que de la segunda no se consigna el nombre del autor. Es de suponer que de la leyenda del santo circularon diversos relatos, incluido el que refiere el padre Fernández.

abrían magníficas y opulentas de lozanía, y las hojas se encorvaban con prodigiosa flexibilidad. Doña Dolores estaba pendiente de los ojos y de los labios del canónigo.

—Sí; jeso es lo prudente, Lola! Así conviene. No esperéis nada de Juan. La liquidación queda hecha... Efectivamente Ramón debía eso... Adeudáis algo, pero eso se arreglará fácilmente... ¡y algo alcanzaréis!

—¿Pero cómo —apresurose a decir la dama—, cómo, si adeudamos, podremos alcanzar algo?

—Muy sencillamente: se trata de unos encajes...

—¿Pero esos no son de mis hijas?

—Como es legado de Eugenia y de Surville...

—Es cierto...

—Pero... —interrumpió Margot, en quien, a pesar de su serenidad y de su discreción, se alzaron contrariados el bien parecer y el amor a las galas—, pero eso no es posible...

—Vamos, criatura —replicó el canónigo antes de oír lo que la blonda señorita iba a decirle—, ¿para qué quieres tú encajes de esos? ¿No te parece que en ustedes galas tan ricas, pues encajes de esos son joyas de millonarias y de reinas, resultarían un escándalo, o eso que ahora se llama una..., una...?

—Cursilería,¹⁵ ¿no es eso?

—¡Eso! —contestó el doctor Fernández, moviendo la cabeza.

—Convenido... Pero mañana, cualquier día... —murmuró Margot.

—Comprendo, criatura, comprendo... Algo me sospecho de tus ilusiones y de tus esperanzas, buena niña... ¡Dios te haga feliz, como lo mereces!

—Cuanto a mí —dijo vivamente Margarita—, puede estar segura, mamá, y usted también, señor, que no deseo ni joyas ni encajes... Soy mujer, y soy joven, pero no me pago de galas ni menos de lujos... ¡Va una tan guapa con un vestidito

¹⁵ La voz *cursilería* no se incluyó en un diccionario académico hasta 1901 (cf. Toro y Gómez 1901, s. v.). El significado del término era 'cualidad de cursi', y este último sustantivo, a semejanza de lo que ocurre actualmente, designaba a 'la persona que presum[ía] de fina y elegante sin serlo'. También se aplicaba 'a lo que, con apariencia de elegancia o riqueza, [era] ridículo y de mal gusto' (RAE 1899, s. v.).

de lana, de muselina o de percal! Mamá: por parte mía... no vaciles, salgamos pronto de este asunto que va haciéndose enojoso. Cuentas claras, dicen, conservan amistades... Pues entre parientes...

—Pero usted, señor, ¿no le hizo ver a Juan...?

—Más de lo que tú piensas y supones... Dejad esto en paz... ¡y confiemos en Dios!

La dama y su hija quedaron silenciosas. La señora fijó la mirada en el suelo. La señorita jugaba con la punta de su pañuelo y contemplaba el monograma en él bordado delicadamente.

—Y yo... que había soñado en regresar a Pluviosilla, y allí comprar unas casitas, y que Ramón allí estudiara, y que Pablo volviese a su empleo en la Fábrica del Albano, donde le recibirían gustosos..., ¡y huir de aquí, de este bullicio, de este vértigo, de estas frivolidades, de esta vanidad que en todo y por todo impera!...

Doña Dolores decía esto en tono congojoso. El canónigo sintió en su alma toda la angustia de su amiga y pensó: “Pronto me moriré... Mis parientes no son pobres... Gabriela vive en la abundancia... El chico ese tiene lo bastante para arrastrar por el mundo su desgracia...¹⁶ Al morir dejaré a Lola y a sus hijas... algo de lo que tengo...”. Y agregó en tono sentencioso:

—Dios te ayudará, Lola. Él, que cuida de los lirios del campo y de los gorriones, cuidará de tus hijas, que lirios son también.¹⁷

Siguió hablando dulce y cariñosamente.

—Bien, señor... Pues..., ahora..., el último favor.

—¿Cuál, hija mía?

¹⁶ Se refiere a dos personajes de *Angelina*: Gabriela y su hermano Pepillo, un “pobre niño, lisiado, enfermizo, horrendamente precoz” (Delgado 1895, cap. LI, p. 445); ambos son sobrinos del doctor Fernández y herederos de Carlos Fernández, próspero hacendado y terrateniente de Villaverde. Tanto Gabriela como su papá se mencionan en el capítulo XX.

¹⁷ Posible alusión al Evangelio de San Mateo 6, 26-30: “Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? [...] ¿Y por qué os afanáis por el vestido? Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón, en medio de todo su esplendor, se vistió como uno solo de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no lo hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?” (cito por la versión Reina Valera revisada, 1977).

—Decir a Juan, como usted lo crea más conveniente y oportuno, que no se hable más de esto, que se pague... y me remita lo que reste a favor nuestro... Yo no sé lo que valdrán los encajes...

—Adviértote que han sido puestos en el valor que Surville les atribuye... Alcanzaréis mil pesos...

—No hablemos más del asunto.

Dolores y su hija se despidieron, el canónigo las acompañó hasta la escalera. Al verlas irse, díjose: “¡Pobres gentes! ¡Qué poco le costaría a Juan ser generoso!...”.

Y en seguida, al oír que el reloj de la sala daba las doce, dijo al criado que a la sazón salía del comedor:

—La comida.

LXXX

A las diez de la noche, tres horas después de la partida de Juan, una de las tías de Conchita Mijares se presentó en la casa de Arturo Sánchez, en busca de su sobrina.

—Salió a las cinco..., no ha vuelto aún y no sabemos dónde estará... —decía.

—¡No ha venido por aquí en todo el día! —contestó una de las muchachas—. Tal vez salió de allá con intención de venir... En la calle se encontraría a algunas amigas y se iría con ellas... Cuando usted llegue ya estará allá. ¡Qué paseadora es Concha!

—¡Pero, Dios mío, qué muchacha esa tan alocada y caprichosa! Siempre estoy yo con ella: “Concha: ¡por la Virgen santísima!, ¡que tengas más juicio y más cordura!”. Pero la niña no hace caso... Es nuestra cruz.

La buena señora se despidió desazonada y en sobresalto, como si presintiera una desgracia... Las Sánchez, aunque no muy discretas de ordinario, se quedaron comentando el incidente y, de comentario en comentario, llegaron a las apostillas y a los escolios, y decían:

—El viaje a México y la permanencia en casa de las Collantes; el trato con los primos de estas; el ir y venir con ellos; el andar en los salones de los ricachos, en una sociedad de la cual nada se imaginaba Concha, ¡la traen perdida! Ha venido deslumbrada y llena de ambiciones... Juraríamos que ha llegado a soñar con un marido de la aristocracia y que, enloquecida por tal sueño, ¡a veces se cree en la opulencia, pisando alfombras y servida por lacayos vestidos con lujosísima librea!... ¿No han observado todos (no solo nosotras que la tratamos diariamente, sino hasta quienes apenas tratan con ella) que no habla más que de lujos y esplendores?

—¡Ahora me explico —dijo una— el empeño de Concha para que pusiéramos *Fru-Fru!*¹ ¡Si no charla más que de palacetes y grandes comidas!²

—¡Pasemos todo eso! —exclamó, interrumpiendo, la mayor—. ¿Creen ustedes que ha hecho bien Concha en subir y bajar con Juan Collantes? Yo creo que no. Ni las de su casa hicieron bien en permitirle que fuese sola al paseo. Sola, sí, porque de su familia no iba nadie... ¡Cualquiera diría que a ellas, a las de su casa, les gustaban los galanteos de ese muchacho, que es simpático, ni quien lo niegue, pero que en lo que menos ha de pensar es en casarse, y menos con nuestra amiguita! Los ricos buscan ricas... (eso lo sabe todo el mundo). Y más esos ricos que tienen las costumbres francesas... ¡Quia!

Así charlaron largamente.

Al otro día, cuando Arturo volvió de la oficina, llegó entre contrariado y burlón.

—¿Saben ustedes la gran noticia? —prorrumpió diciendo, al entrar.

—¡No! —respondieron las jóvenes, ya sentadas a la mesa y en espera de su hermano.

—Pues... prepárense a escuchar... ¡un drama!... Vamos, ¡una comedia!... Mejor dicho: un sainete... ¡más interesante que cuantas obras y piezas hemos representado acá!

—¡Di, por Dios! —exclamó la menor de las hermanitas de Arturo, una chica que cortaba un pelo en el aire y, lo que es más difícil, a lo largo.

—Conchita Mijares... no parece. ¡Ni quien dé razón de ella! Pero ya sé dónde para la prenda.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyen. La mamá de Concha, por medio del licenciado Castro Pérez, ha acudido a la autoridad para que se averigüe el paradero de esa tonta... ¡No sé yo a dónde se le fue la viveza a nuestra amiga!

—¿Y han aclarado algo? —preguntó la madre de Arturo.

¹ Muy probablemente se trata de la comedia francesa en cinco actos *Froufrou*, de Henri Meilhac y Ludovic Halévy, la cual se estrenó en París el 30 de octubre de 1869. En México se montó en varias ocasiones; una de ellas tuvo lugar en febrero de 1887, cuando la compañía de Sarah Bernhardt la incluyó entre las funciones que dio en el Gran Teatro Nacional (cf. Olavarría 1895, vol. 4, p. 16).

² 1901-1902: aquí concluye la entrega número 46.

—Nada; ¡pero se aclarará!

—¿Y desde cuándo desapareció la palomita? —dijo una de las muchachas.

—Desde anoche. Alguno la vio en la tarde, a eso de las cinco... Llevaba una caja... Tal cuentan.

Todas las hermanas de Arturo se miraron, como explicándose algo.

—¡Ah! Yo me lo explico... Anoche vino a buscar a Concha una de sus tías...

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—No, mamá —se apresuró a decir Enriqueta—; después de las diez... Como anoche... ya no le vimos..., no pudimos decirle nada a Arturo.

—Bueno..., pues ya sé dónde está Concha a esta hora —respondió el poeta.

—¿Dónde?

—¡En un vapor..., navegando en aguas del Golfo, en compañía de Juan Collantes..., con quien se largó anoche a Veracruz... en tren especial!... Yo fui a despedirme de Juan, porque supe casualmente que se iba..., y vi en el vagón a una mujer cuyo aspecto y cuyo cuerpecito me eran conocidos... ¡Y vaya si lo eran! Entonces no acerté a decir quién era... ¡Hasta pensé que fuese alguna mujer que Juan había traído de México! Esta mañana, al saber el rapto..., me di cuenta de todo.

—¿Es rapto? Nadie se roba..., *rapta* (como dice Jurado) a una mujer.³ Las mujeres se van con quien ellas quieren que se las lleve y... ¡esa es la verdad!... ¡Que no busquen disculpas! ¿Tengo o no tengo razón?

—Razón tienes... ¡y de sobra! —contestó Arturo—. Después, ellas, las muy hipócritas, se quejan de su desgracia... ¡Con su pan se lo coman! Lo dice el refrán: al que por su gusto muere... ¡hasta la muerte le sabe!

—Cualquiera diría... que... te duele... —dijo Leonor.

—¿A mí? —replicó Arturito, muy picado.

—¡A ti, hermanito mío, a ti, que bien sabemos que la marquesita de Collantes, desde antes de ser marquesa, no te parecía costal de paja!... ¡No lo niegues,

³ La Real Academia no dio entrada a la voz *raptar* sino hasta 1925; en esa edición de su *Diccionario de la lengua*, el término remitía a la tercera acepción del verbo *robar*: 'Sacar a una mujer, violentamente o con engaño, de la casa y potestad de sus padres o parientes' (RAE 1925, s. v.).

hermanito mío! ¡La verdad primero que todo! Confiésalo; confiesa que el asunto te ha podido... No en vano has sentido amor por Concha. Ella tendrá mil defectos, ni quien lo niegue..., pero... hay que conceder que es muy simpática, ¡y muy bonitilla! Díganlo si no las décimas que le hiciste, tan apasionadas y tórridas; que lo digan el interés y el cariño con que siempre representaste con ella. En *La hija del rey*⁴ eras un torrente de amor... caballeresco, ideal..., insuperable..., ¡sublime! Un volcán... ¡en plena erupción!

Arturo, contrariado y puesto en berlina,⁵ sonreía, disimulando su desazón. Ciertamente: Concha le tenía prendado por⁶ aquella viveza de ratoncillo y aquel ingenio ligerísimo, con los cuales se atraía la monologuista a cuantos mozos se le acercaban.

—Ya... veremos el fin de esta novelita... —agregó Arturo, afectando indiferencia—. Comprendo la exposición..., adivino la trama..., me doy cuenta de los resortes dramáticos..., presiento el nudo... y miro claramente el desenlace... o, mejor dicho, ¡la catástrofe!⁷ Último acto: en París... ¡No lo sé, porque no conozco París!, pero... me lo imagino: Le Moulin Rouge.⁸

Y de Concha y de su escapatoria con Juan se conversó durante la comida.

Terminada la charla habló la madre de Arturo.

—Concha no es mala... Se resiente de mala educación... Tiene más talento que todos los de su casa... Se impone a todos con su viveza y con su charla, y... de allí procede todo.

—Cada cual en su fila... —agregó Arturo sentenciosamente— y *pax Christi*.⁹

⁴ Sobre esta obra de José Peón y Contreras, *vid. supra*, cap. xxv, nota 3.

⁵ *Poner, quedar en berlina*: 'En ridículo' (RAE 2014, s. v. "berlina").

⁶ 1901-1902: *con por por*

⁷ 1901-1902: *catástrofe. por catástrofe!*

⁸ Situado en el barrio rojo de Pigalle, en Montmartre, el cabaret Moulin Rouge, icono de la *belle époque* francesa y entorno predilecto de pintores bohemios como Toulouse-Lautrec, se inauguró en 1889. Su dueño, el empresario francés Josep Oller, "sabía que la combinación de refinamiento, bohemia, excentricidad y unas gotas de controlada sordidez resultaba irresistible para la burguesía". En su establecimiento, el cliente "cumpliría la fantasía de visitar los barrios bajos, mezclarse con las clases populares, beber junto a personas de dudosa reputación y bailar con mujeres de 'vida alegre'" (*"Belle Époque"*, 2017, s. p.).

⁹ 1901-1902: *Christi! por Christi*.

LXXXI

Pronto corrió la noticia por toda la ciudad y el nombre de Conchita iba y venía de lengua en lengua.

Es Pluviosilla pacífica de suyo, muy pacífica, y tanto, tanto, que a veces parece a quien la observa discretamente como laguna de aguas muertas. Solo de tiempo en tiempo se anima y se divierte. Ni la Política, perra vieja que ladra en todas partes, que muerde en muchas y rabia en algunas, es capaz de inquietar al vecindario y de perturbar la paz augusta y octaviana de que allí se disfruta. Necesítase de fiestas colombinas¹ o de festejos finiseculares, como quien dice, de algo merecedor de un carmen horaciano, para que se muevan y se entusiasmen aquellas gentes, y se reúnan y se agrupen, y se asocien al amparo de nombres florales (gravísimo escándalo para² la Filología, nuestra señora), con el honesto propósito de echar la casa por la ventana. Sí; aquella paz y aquella tranquilidad beatíficas —olímpicas, que dijo el otro— son deleitosas.

Pero como en este misérrimo planeta no hay nada completo, el *venticello* de la murmuración sopla suavísimo, al menor desequilibrio de la atmósfera; sopla dulce y festivo al principio, luego destemplado y por último penetrante y pungente, lo mismo en casas y en calles que en mentideros y cantinas. Vientecillo suave, suavísimo, que no apagaría una cerilla, pero que aviva mil chispas ocultas en el rescoldo de las pasiones viles y embozadas, esas que como los caracoles no sacan los cuernos sino en los momentos oportunos; que se encastillan en el caracol del disimulo o de la reserva marrullera. ¡Cosas de pueblo que no han

¹ Sobre las llamadas fiestas de Colón o colombinas en Orizaba, *vid. supra*, cap. xxvii, nota 9.

² 1901-1902: *de por para*

podido ser aniquiladas ni por el aumento de habitantes ni por la prosperidad siempre creciente de la feliz y opulenta ciudad, la Mánchester de México!

¿Cómo se habló de Concha? ¿Cómo fueron pasados por tamiz los antecedentes, méritos, cualidades y virtudes de todos los Collantes habidos y por haber? ¿Cómo la guapeza de Conchita fue puesta en tela de juicio, y cómo se la juzgó por la murmuración justiciera, la que no raja ni desuella, y se viste de Temis,³ y pronuncia sentencias y falla ex cátedra? Piénselo el curioso lector discreto, si sabe de lo que aquí se trata y puntual y honradamente se refiere. ¡Cómo lamentaban muchos (piadosamente, por supuesto) el extravío de la muchacha, seducida por un chico sugestivo y por la tentadora perspectiva de un viajecito ameno a la deslumbradora Lutecia! “¡La mala educación —decían otros—, la mala educación, que es la única que produce tales peras!”. “¡La falta de religión!”, repetían los de más allá. “¡La educación jesuítica!”, voceaban en el grupo jacobino, a la sazón muy ardoroso, crudo y batallador.

En las casas, entre señoras mayores..., ¡ni se diga! Ello es que Conchita andaba de boca en boca, y en ninguna parte se encontraba un temeroso que no se atreviera a tirar la primera piedra. Hablose del asunto en la botica más concurrida; charlose de ella en *El Siglo Eléctrico* y en *El Cometa de Plata*,⁴ y en juzgados y covachuelas no se quedaron cortos. Los mozos mordían de pura envidia; las muchachas no callaban, pero se mostraban más discretas y hasta piadosas. Las señoritas de Pluviosilla son más dulces que miel hiblea,⁵ y mansas y buenas como tórtolas. Oían y, o callaban compasivas, o fallaban con tino, dando muestras de altísima rectitud moral.

Los periódicos... ¡Ah! ¿Los periódicos? Esos, esos no tuvieron queda la pluma ni trabada la lengua y, a fuer de informadores, soltaron la sin hueso.⁶

*El Siglo*⁷ de León XIII habló⁸ poco, poquísimo, al fin de su florilegio semanal:

³ La diosa Temis era una de las Titánides, hijas de Urano y Gea; los griegos la consideraban una personificación de la justicia.

⁴ Sobre estas cantinas, *vid. supra*, cap. v, nota 17.

⁵ Esto es, la que se produce en Hiblea, monte y ciudad de la Sicilia antigua (*cf.* RAE 2014, s. v. “hiblea”).

⁶ *La sin hueso*: ‘La lengua, en cuanto órgano de la palabra’ (RAE 2014, s. v. “hueso”).

⁷ 1901-1902: *Hijo por Siglo*

⁸ 1901-1902: *dijo por habló*

Cuéntase por ahí —dijo textualmente— la fuga de una palomica con un pichón de rico plumaje, con un palomo semiparisiense y semimexicano, en busca de los esplendores de las capitales europeas. La autoridad no ha conseguido dar con la pareja, la cual, acaso, a estas horas navega viento en popa en las aguas del Golfo. ¿Él? Vástago mayor de un banquero hijo de Pluviosilla, residente por muchos años en París y al presente radicado [en] la Ciudad de México. ¿Ella? Una muchacha de no feo rostro, lista, con grandes dotes para el teatro dramático y muy aplaudida en un teatro casero.

Y agregaba:

Y si, lector, dijeres ser comento,
como me lo contaron, te lo cuento.⁹

El Contemporizador no fue más discreto pero sí menos castizo. Decía:

RAPTO. Tiene noticia la autoridad de que una joven llamada C. M. fue raptada hace dos días por un joven acaudalado, educado en París y de nombre J. C., miembro de una familia muy conocida en Pluviosilla. Motivos poderosos, al alcance de muchos abonados, nos obligan a dar solo las iniciales de los prófugos. La policía anda sobre la pista.

Los sueltos anteriores fueron leídos en todas partes, y en todas partes comentados.

Una noticia publicada en *El Diario Comercial*¹⁰ de Veracruz vino a aumentar el fuego de la chismografía: la lista de los pasajeros salidos en el trasatlántico

⁹ Con estos mismos versos (aunque con la variante *dijerdes* en vez de *dijeres*), José de Espronceda concluyó tanto la cuarta y última parte de *El estudiante de Salamanca* (1840) como su *Diablo mundo* (1841). Proviene del segundo canto, octava 8, de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, “por el poco conocido poeta del siglo XVI Juan de Castellanos” (Espronceda 1989, p. 156n). Es muy probable que la fuente de Delgado haya sido este último autor, a quien llegó a citar como ejemplo de nobleza y elegancia de estilo en sus *Lecciones de literatura* (Delgado 1904b, p. 25).

¹⁰ Impreso en la Tipografía El Progreso, *El Diario Comercial* comenzó a publicarse en 1879 y sobrevivió hasta 1907. En un principio su director fue Salvador Díaz Mirón, a quien sustituyó, tiempo después, José P. Rivera. Decía defender “los intereses morales, mercantiles y materiales de la localidad”. Sus grandes tiros y reducido precio de venta permiten considerarlo como un periódico moderno (cf. Palacio 2015, p. 63).

Júpiter. En ella había una línea que decía sencillamente: “Juan Collantes y esposa”.

LXXXII

Concha, antes de partir, escribió una carta que en estos términos decía:

Mi adorada mamá:

Debo explicarte mi conducta, antes de embarcarme; pero, primeramente, he de implorar tu perdón; tu perdón que no habrás de negarme. Hay almas que nacieron para vivir unidas. La mía y la de Juan son de esas. Esto lo dice todo. He dejado a ustedes, pero su recuerdo vive en mi corazón e irá conmigo. Yo volveré. ¿Cuándo? ¡Cuando sea yo la esposa de Juan! Entonces, los que ahora me censuran (pues ya me imagino lo que de mí dirán al saber mi salida inopinada) me disculparán y serán bondadosos. El dinero es el rey del mundo ¡y todo lo puede! La vida de Pluviosilla me era fastidiosa, y justo es que, ya que ahí no pude encontrar un buen partido, yo me lo haya buscado hasta hallarlo.¹ A las tristezas de aquí sucederán las alegrías de París y de Europa... ¡Viajes!... Viajes en Italia..., en² España... Las corridas de toros en Madrid y en Sevilla... La Grande Ópera y, sobre todo..., las representaciones del Teatro Francés, ¡mi sueño dorado! ¡Ya sé que diréis que Juan me abandonará cualquier día!... ¿Eso?... ¡lo veremos! Porque yo tengo más talento que él, ¡vaya!, ¡más de aquello con lo cual se hacen los sermones!³ Yo sabré bien lo que debo hacer. El resultado será el que yo quiero, el que yo me propongo que sea, y ese será y no

¹ 1901-1902: *encontrarlo. por hallarlo.*

² 1901-1902: *¡Viajes..., viajes en Italia!... En por ¡Viajes!... Viajes en Italia..., en*

³ *Aquello con lo cual se hacen los sermones*: posible referencia al poema cómico “El *cancán*. Epístola a Ignacio Manuel Altamirano” (1869), de Manuel Peredo. En este texto, el autor respondió a una serie de artículos que Altamirano había publicado en *El Renacimiento* criticando el *cancán*. En unos versos muy curiosos, exhortó a su “exmaestro y amigo” a cesar sus ataques de la siguiente manera: “Prepárate a escuchar las que te digo / cuatro verdades frescas; / primera, que no sabes lo que pescas; / segunda, que los fines / del *cancán* no se tuercen con latines; / tercera, que no muestras grande acierto / predicando en desierto; / y cuarta, que ya es mengua / en contra del *cancán* soltar la lengua. / Abjura como yo, abjura, Ignacio [...]. / *Tienes con lo que se hacen los sermones, / ¿y así al *cancán* te pones?*” (*Los trovadores* 1900, p. 211; las cursivas del penúltimo verso son mías).

otro. Esta es la situación, y no hay que engañarse; que a la larga, “a la fin y a la postre” (como sabe decir el padre Anticelli), yo he de triunfar, ¡porque pueden mucho los ojos de una mujer!

Comprendo que, al leer entre lágrimas y sollozos esta carta, diréis que soy ligera y vacía de cascos; comprendo cómo me acusaréis, cómo diréis perrerías de mí. ¡Paciencia, mamá; paciencia, tías! Todo se arreglará, aunque para el arreglo tenga que pasar algún tiempo. Entonces, ni yo ni ustedes tendrán que lavar, que aplanchar ni que hacer la cocina; entonces..., ¡adiós, bastidor! ¡No más bordados! ¡No más romperse los pulmones bordando cifras⁴ para quienes van a casarse, o para que las novias, a excusas⁵ de sus padres, obsequien a sus pretendientes! Entonces nos reuniremos... Y... ¡qué de comodidades, qué descanso, qué días tan alegres! ¡Nada de inquietarse, nada de afligirse, mamá! Ahora no hay que hacer caso de lo que digan. Yo⁶ volveré a Pluviosilla, y entonces daré recepciones y fiestas, y los que ahora murmuran de mí se tendrán por dichosos si los invito alguna vez.

A Óscar, al pobre Óscar, a quien ustedes no quieren, pero que es un excelente chico, mas no para mí ni para mis deseos y aspiraciones, que me perdone; que ya me olvidará y amará a otra.

Estoy contenta, muy contenta, porque soy dueño del porvenir. Pero, si he de decir verdad, si he de decirla, en estos momentos siento que mis ojos se llenan de lágrimas al pensar en ustedes, en aquella casita nuestra, donde hemos pasado tantas dificultades, tantas pobrezas, ocultadas noblemente; donde hasta miserias y hambres hemos padecido; sí, se llenan de lágrimas mis ojos, y siento que se me anuda la garganta, y que la pluma se me escapa de las⁷ manos. Me ocurre decirle a Juan: “¡Vete; yo me vuelvo a mi casa!”. Pero el paso está dado. ¡Valor! Y... ¡adiós! ¡Adiós, mamacita! ¡Adiós, mis buenas tías! ¡Adiós! A mi papá, si algún día va por allá, decidle que lo quiero, a pesar de que él tiene la culpa de todo, porque no me ha dado más que las siete letras de mi apellido; sí, que lo quiero, pero que no me acuse ni me acrimine, porque, al hacerlo, ¡él se acusaría y se acriminaría!

¡Perdón, madre mía! Lo merezco porque este papel está bañado con mis lágrimas. Lo escribo mientras Juan ha ido a la casa del consignatario. Mandaré esta carta al correo antes de que él venga, o la echaré en el buzón que hay a la puerta del hotel. De París

⁴ *Cifra*: ‘Enlace de dos o más letras, generalmente las iniciales de nombres y apellidos, que como abreviatura se emplea en sellos, marcas’ (RAE 2014, s. v.).

⁵ *A excusas*: ‘Con disimulo o cautela’ (RAE 1899, s. v. “excusa”).

⁶ 1901-1902 y 1903: *Y por Yo* // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

⁷ 1901-1902: *mis* por *las*

volveré a escribir y les daré mi dirección para que me contesten. Dentro de dos horas estaremos navegando. Al ver perderse en la remota lontananza el Citlaltépetl, les mandaré a ustedes en un beso mi⁸ último adiós.

¡Un beso, mamá! ¡Otro para mis tías! Perdónenme, perdonen a su

CONCHITA

Al acabar de leer esta carta, aquellas buenas y sencillas mujeres se echaron a llorar. Se miraban unas a las otras y ninguna se atrevía a desplegar los labios.

⁸ 1901-1902: *un por mi*

LXXXIII

—No —decía doña Dolores—; yo he de hablar con mi cuñado para hacerle ver que si tiene derecho, acaso discutible, para cobrarnos esa suma, no lo tiene para que le paguemos lo que generosamente nos facilitó, halagándonos con promesas, a fin de que viniésemos a México...

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡No te conozco! —dijo Pablo, acercándose a la señora, la cual, contrariada y mohína, se quitaba los guantes presurosamente, sentada en el sofá—. ¡No te conozco, Lolita mía! —añadió en tono cariñoso.

—¡Pero, hijo!

—¡No hay pero que valga! Piensa que...

—¡En nada puedo pensar!

—¡Mamá!...

—¡Hijo mío!

—Mira, mamá linda: la dignidad nos ordena callar. ¿Fue favor? ¿Sí? Pues recibirle como tal. ¿Fue cálculo? Pues... ¡darse por no entendidos! Humilla horriblemente la idea de reclamar la plena satisfacción de una merced...

—¡Ni merced ni favor!

—Es cierto... ¿Qué pedimos nosotros? ¡Nada! Pues, si nada pedimos, ¿a qué reclamar?... ¡Callemos, y haremos¹ santamente!

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Pues que...

¹ 1901-1902: *oremos por haremos*

—¡Pues nada! Hoy, lo mismo que siempre..., sin darnos por entendidos de lo que pasa.

—¿Y los encajes?

—Como si fueran... percales...

—¿Y las niñas? ¿Y tus hermanas?...

—Mis hermanas, mientras yo viva, tienen estos brazos, y estas manos, y esta cabeza... que... ¡para algo sirve!

—¡Es cierto, hijo mío! ¡Eres muy noblote!... ¡Como tu padre!

—Vea usted, mamá: no pienso... ni he pensado... Sí; lo he pensado... He pensado en casarme... Vea usted que allá en la tierra, en el terruño, hay unos ojitos, ojazos, que..., lo diré, lo diré... porque tengo que decirlo..., ¡unos ojos, mamita..., que parecen dos soles; una carita risueña, en la cual resplandecen en celestial consorcio la pureza, la bondad, la dulzura y la alegría! Pues bien, pues bien, una niña de cuerpo esbelto, muy bien educadita, muy cariñosa con sus padres y con sus hermanos, muy piadosa (sin gazmoñerías), con un rostro rociado de lunares y con una alma tan grande y tan tierna..., me tiene cautivo... Y... por usted, por mi Margot, por mi Elena, hasta por ese tarambana de mi hermanito Ramón, no pienso en casamiento. Y..., ¡vea usted!, ¡sería yo tan feliz! ¡Tan feliz!

—¡Gracias, hijo mío! —exclamó, abrazándole, la dama—. Estimo en cuanto vale tu abnegación. Nadie mejor que yo sabe cuánto merece esa niña; nadie la quiere más que yo, y no solo porque te ama, sino porque... es una joyita, una perla... y ¡qué perla!

—Pues... ¡óigame usted, mamá! Óigame: no me casaré jamás... porque todos mis esfuerzos son para usted: todo mi trabajo para ustedes. ¿Que he hecho locuras? ¡Pocas! ¿Que he malgastado dinero? ¡Poco! Y no se repetirá eso, no se repetirá, ¡se lo aseguro a usted, mamá!

—¡Gracias, Pablo! Tu mamá te lo agradece. ¡Eres digno de tus padres!

El rostro del mancebo resplandeció de júbilo y de honorífica satisfacción. En él, nobles anhelos y espontáneo arrepentimiento eran como dobles alas que le sublimaban y le remontaban al Cielo.

—Óigame usted, mamá.

—Te escucho.

—¡Ni una palabra! Decir a todo que sí... ¡y se acabó! ¿Necesitan dinero? Pues... ¡pedírmelo! Aquí estoy yo para eso, que yo sabré ingeniarme... Ante todo y sobre todo, la dignidad y la justa estimación de sí mismo.

—¿Y el porvenir?

—Como el presente. Como el porvenir será mejor... ¡aprobar todo!

—¡Tienes razón, Pablo, tienes razón!

Doña Dolores se rindió a la generosidad de su hijo.

—Usted no conoce a mi tío. ¡Yo, sí! ¡Como que le trato diariamente, en su trono, en su reino, en el reino del comercio, en el cual, como en el juego y en la mesa, se conoce a las personas! ¡Mi tío es de lo más raro!... ¡Qué carácter tan desigual y caprichoso! El otro día reclamó porque a un empleado le habían dado un duro para pagar un carruaje, y... poco después..., ¡diez minutos después!, a solicitud de quien un rato antes no le era grato..., mandó que le entregaran quinientos pesos... En cambio..., duda y recela de mí...

En esos momentos entró Filomena, llevando la correspondencia que el cartero, “el buen amigo, el cartero”,² acababa de darle: tres cartas y dos periódicos mal enfajillados: *El Siglo de León XIII* y *El Contemporizador*. Dos cartas eran para doña Dolores y³ la otra para Margarita.

Distribuyolas⁴ Pablo y, mientras leían la señora y la señorita, desplegó uno de los papeles para enterarse de lo que pasaba en Pluviosilla, aunque bien sabía él cuán pocas noticias locales traían los tales periódicos. De pronto exclamó la joven:

—¡Jesús! Me lo temía yo... ¡Me lo temía yo! ¡Así tenía que pasar! ¡Mamá! Oye... ¡Óyeme tú, Pablo!

El joven dejó el periódico y se dispuso a escuchar.

—Oigan lo que me dice Marta...

Y la blonda señorita leyó:

² Muy probable alusión al poema “Calicot” (1886), de Manuel Gutiérrez Nájera, cuya primera estrofa reza: “—Abre la puerta, portero, / que alguno tocando está. / —Es el amigo cartero. / —En su gran bolsa de cuero, / *mi buen amigo el cartero* / ¿qué traerá?” (2000, p. 228; las cursivas son mías).

³ 1901-1902: *Dolores*, por *Dolores* y

⁴ 1901-1902: *Margarita*. *Distribuyolas* por *Margarita*. / *Distribuyolas*

—“Te vas a llenar de asombro al enterarte de lo que voy a decirte. Tu grande amiguita Concha Mijares...”.

A la sazón llegó Elena.

Apoyándose en los muebles, iba en busca del sofá. Pablo le dio la mano y la llevó a un asiento que estaba cerca del suyo.

—Sigán leyendo... Sabré qué novedades hay en el terruño...⁵

Margot prosiguió:

—“Concha Mijares ha dado la gran campanada... Es el platillo de todas las conversaciones. Da pena oír lo que dicen de ella. Yo no quiero ya oír lo que cuentan. Figúrate tú que de la noche a la mañana desapareció de su casa... La buscaron por todas partes y no dieron con ella. Decían que se había ido con el novio, un tal Óscar, que está empleado en la Fábrica del Albano. No sé lo que el pobre dirá, pero puedes estar segura de que no debe saberle a rosas el incidente, tanto más cuanto que, creyendo la familia de Concha, su mamá y sus tías, que con Óscar se había ido la tortolita, acusaron a este y estuvo preso tres o cuatro horas, hasta que se aclaró que el infeliz era inocente. Eso me han contado...”.

—¡Vaya! —exclamó Pablo—. ¡Esta sí fue comedia de veras!... ¿Qué dirá Arturo Sánchez, que se bebía los vientos por su monologuista?

—Sigue leyendo, criatura... —dijo doña Dolores.

—“Eso me han contado. No tardó en saberse la verdad, porque Concha le escribió a su mamá una carta en Veracruz, antes de embarcarse con su elegante caballero, con tu primito Juan...”.⁶

—¿Con quién? —preguntó la ceguezuela.

—¡Con Juan! —respondió Pablo, repitiendo las palabras de Martita.

—¡Eso no es posible! —replicó Lena—. ¡Historias y chismes de Pluviosilla!

Margarita volvió los ojos hacia su hermana y, tras una rápida vacilación, siguió leyendo:

—“Juan Collantes, quien, según dicen, estuvo aquí pocos días, de paso para Europa. Anduvieron en paseos, y alguno vio a Concha, sola con él, una mañana

⁵ 1901-1902: *terreno...* por *terruño...*

⁶ 1901-1902: *Juan* por *Juan...*”.

en la Saucedá, el mismo día en que la pareja emprendió el vuelo. Salieron de aquí en la noche, en tren especial. Arturo Sánchez le contó a mi hermano Pepe que cuando él fue a despedirse de tu primo, cuyo repentino viaje supo por casualidad en el hotel, vio en el vagón a una mujer cuyo aspecto no le pareció desconocido, ¡qué desconocido había de serle!, y que no era otra que nuestra amiga...”.

Un grito de Elena interrumpió la lectura. La pobre ciega se había desmayado...

Entre los tres la llevaron a la pieza inmediata y la acostaron en la cama de doña Dolores.

Disponíase Pablo a ir en busca de un médico cuando la joven volvió en sí. Al cuidado de ella se quedaron Margot y Filomena.

—¿Pues qué ha sucedido, niña Margarita? —preguntó la fiel servidora.

—Yo te contaré... —contestole en voz baja la blonda señorita.

LXXXIV

Mientras, en la sala, Pablo y doña Dolores hablaban del asunto.

—En mala hora se ha enamorado Lena de su primo.

—¡Ya se le pasará, mamá! Esto que hoy ha sabido servirá de muy eficaz remedio. Juan no volverá a México en muchos años. No le gusta esto; le fastidia, le exaspera.

—Mil veces le dijimos a Lena quién es Juan; mil veces le hicimos observar el poco valer de ese muchacho... Pero ella, ¡en sus trece!

—Yo también, mamá, yo también le dije lo mismo... ¿Y qué hizo? ¡Disgustarse! ¡Buen rato me dio, porque ya conoce usted el carácter de Lena! Dulce y apacible al parecer, tiene momentos en que envenena sus palabras...

—¡Ten compasión de ella, Pablo!¹ Considera que es muy desgraciada... No era así de niña. ¡Qué mucho que la ceguera le haya amargado el carácter!

—Algo conseguimos... Si a tiempo no le hablamos, a estas horas serían novios...

—Así lo creo, hijo mío...

—Yo, hace más de un mes, le hablé a Juan del asunto y le dije terminantemente que dejara en paz a mi hermana... Le hice ver que tales amores serían una locura... Para casarse con una ciega se necesita un heroísmo tal... ¡Juan es incapaz de una idea generosa!... No hay en él nada noble... Es un niño mimado, corrompido en París. Le conozco muy bien. ¡Vaya si le conozco!

¹ En ambos testimonios se lee *Juan* en vez de *Pablo*; es evidente que se trata de un error, ya que doña Dolores está hablando con su hijo mayor.

—Entiendo que ni Juan, ni Carmen, ni María, ni Alfonso saben lo acaecido. Callémonos y... ¡adelante!

La señora volvió a sus cartas y Pablo a sus periódicos. Cartas y periódicos hablaban del raptó. Las Pradilla referían el caso más o menos como a Margot se lo contaba Marta. El padre Anticelli decía únicamente: “Ya sabrás la burrada de Concepción Mijares... ¡Era de esperarse! ¡Dios ponga remedio! Que lo que ha pasado sirva de ejemplo a muchas madres y a muchas hijas”.

Pablo leyó a doña Dolores los sueltos de los periódicos, y una y otro lamentaron el afán informador de la prensa, que no se detiene ni ante la vida privada con tal de dar noticias.

Vuelta en sí, la ceguezuela se echó a llorar, pero luego se quedó aletargada o dormida. Cubriola Margot con una colcha y se fue al comedor con Filomena, a la cual contó brevemente lo que habían sabido y lo que en concepto suyo había causado el desmayo de Elena.

—Si yo le dijera a usted, niña Margarita... —se atrevió a decir la criada.

—Si supiera yo... ¿qué?

—No. ¡Es mejor que no lo sepa usted!...

—Algo me ocultas que me hará mal... Dilo, que a todo estoy dispuesta...

—Y..., bien visto, tiene usted razón... Si tarde o temprano ha de saberlo usted..., sépalo usted desde ahora...

—¡Di, por Dios! —exclamó Margot sobresaltada.

—¿Pero no se afligirá usted ni se apenará?

—Habla, ¡por la Virgen santísima!

—Pues... lo diré... —respondió Filomena dolorosamente resuelta—. Elenita está enamorada de don Juanito...

—Ya lo he comprendido... ¡No es nuevo para mí!...

—Y son novios...

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Elenita me lo ha dicho...

—¡No, eso no es verdad! Ni Juan le ha dicho nada ni Elena le habría² correspondido sin decírmelo antes...

—Pues son novios...

—Lamento el noviazgo. Con lo que ha pasado..., se acabarán esos amores... Juan no ha de regresar en muchos años.

—No, pero... —y la infeliz criada vacilaba—, pero... hay algo muy grave, niña, muy grave... Ármese usted de valor... para oírlo...

—¡Me asustas, mujer! —exclamó Margot, abriendo sus grandes y hermosos ojos, asaltada por una idea horrible—. ¡No me digas nada!

—Niña... —respondió Filomena con acento suplicante y doliente—, pero... ¡si es preciso que lo sepa usted!

Vaciló Margarita, y después de unos cuantos minutos de silencio, decidida a oír lo que iban a decirle, murmuró con dulzura:

—Dímelo...

Y Filomena,³ en voz muy baja, casi en secreto, dijo al oído de la joven unas cuantas palabras...

Quedose atónita Margot, como si le hubieran anunciado que segundos después iba a ser precipitada en un abismo sin fondo...

—¡Eso no puede ser! ¡Eso no es cierto!...

—Sí, niña..., ¡es cierto!

—Mujer..., ¡tú te has vuelto loca!

—¡Ojalá, niña Margarita!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Margot, temblando de pies a cabeza, angustiada, próxima a sollozar, llenos de lágrimas los ojos.

—Lo sé... porque ella me lo dijo.

—¿Ella?

—Sí.

—¿Cuándo?

² 1901-1902: *había* por *habría*

³ 1901-1902 no incluye: *Filomena*,

—La semana pasada... ¡Si yo le he escrito las cartas para ese señor, y yo misma las he llevado al correo!

Un relámpago de cólera cruzó por el rostro de la hermosa señorita, la cual dejó escapar con tono de severísima reprensión:

—¡Filomena!

—Niña... —murmuró dulcemente la criada—, ¿qué podía yo hacer?

Bañada en llanto, siguió diciendo:

—¡Cómo he padecido desde que lo supe! Ese secreto me quema el alma, es como una víbora que se me ha enroscado en el corazón... ¡Cómo he llorado! Desde ese día no puedo dormir... Me he pasado las noches bañada en llanto... ¡Qué desgracia!

—¡Pobre de ti, Filomena! ¡Eres una santa! No digas nada. Yo hablaré con Elena... y después... ¡Dios dirá!

Secose los ojos y se dirigió al teléfono. Llamó y pidió comunicación con la casa de su tío y con el departamento de su primo.

—Alfonso... ¿Alfonso? ¿Eres tú?... Bien... ¡Cuánto me alegro!... Sí, porque necesito hablar contigo... ¿A qué horas?... Antes... A las tres... No... A las tres... ¿Sin falta? Te lo ruego... Me urge hablar contigo... Te espero... ¡Adiós!

LXXXV

—¿Quién te ha dicho eso? —respondió la ceguezuela, erguida y con suprema altivez irritada.¹

—No hay para qué decirlo. Dime: ¿es verdad?

—¿Para qué deseas saberlo?...

—¡Para acudir en tu auxilio, Lena! —contestó la joven dulcemente, oponiendo su ternura y bondad angelicales a la aspereza de su hermana.

—Nadie debía habértelo dicho.

—Han hecho bien en decírmelo...

—Filomena me ha traicionado...

—¡Filomena es un ángel, criatura! Eres injusta al hablar de ella así.

—No es tiempo ya de tratar de eso...

—Cuéntame todo...

—Es duro, muy duro, el tener que contártelo...

—Piensa que me lo cuentas a mí, a mí, a tu hermana, a tu buena Margot.

Elena relató la triste historia y, al terminar, dijo:

—Lo demás... Que te lo diga una carta... Toma esta llave... Abre el ropero, y en una caja de guantes, en la caja que él me regaló, está la carta.

Precipitose la joven y con interés tormentoso leyó la carta de Juan. Guardola y, volviendo a la cama donde permanecía la ceguezuela, díjole indignada:

—¡Juan es un canalla! Debe volver... Yo haré que vuelva... ¡y pronto!²

—No volverá... —respondió la ciega.

¹ 1901-1902: *irrita*. por *irritada*.

² 1901-1902: *pronto*. por *pronto!*

—Pero...

—¡Que no vuelva jamás! Yo viviré con mi deshonra... Viviré para el ser que late en mi seno, Margot. ¡Líbreme Dios de ser su esposa! Ayer lo ansiaba, se lo pedía urgentemente... ¡Ahora no! ¡Es un villano, un canalla!... Tienes razón: ¡un canalla!

—Te engaña la cólera... Le amas... Su destino es el tuyo. Yo haré que comprenda... Tú, Lena mía, sé dócil. Acaso todo esto pase inadvertido para mamá y para nuestros hermanos...

—¿Piensas que sería yo feliz, que pueda ser feliz al lado de Juan?...³ Desgracia por desgracia..., prefiero la vergüenza de mi deshonra a vivir a su lado. Juan no me ama y no volverá... Así lo pienso desde que Filomena me leyó la carta esa que acabas de leer... Y yo... ¡lo adoro!

Oyose la voz de Alfonso, que llegaba.

—¡Silencio, Lena! No te levantes... Estás delicada... Lenita mía... —agregó acariciándola—, calma, calma ¡y mucha fe en Dios!

La hermosa señorita enjugó sus ojos, se arregló el cabello y, mirándose en el espejo del tocador, se pasó rápidamente por el rostro la borla de pluma.

—Quietecita, Elena..., ¡y pide a Dios que me ayude!

—¿Qué vas a hacer?

—¡Quietecita!... ¡Muy quieta, muy quieta!

Y salió precipitadamente al corredor.

³ 1901-1902: *Piensas que sería yo feliz, que pueda ser feliz al lado de Juan...* por *¿Piensas que sería yo feliz, que pueda ser feliz al lado de Juan?...*

LXXXVI

—Ven acá... —dijo Margarita a su primo, tomándole una mano y llevándole al sofá—. ¡Ven acá! ¡Estoy muy triste! ¡Muy triste! ¡Muy afligida! Necesito de tu cariño y de tus consuelos...

Alfonso la contempló un instante, embelesado ante¹ la ideal belleza de la blonda señorita.

—¿Tú has llorado, Margot?

—No... —contestó esta, sonriendo dolorosamente.

—Sí; tú has llorado... Sabré la causa de ese lloro... Nunca miré en tu rostro una expresión tan angustiosa... ¿Qué te apena? Estás acongojada...

—No...

—Sí, alma mía.

—Siéntate aquí, a mi lado, y escúchame. Quiero que me escuches, pero con mucha atención, con mucho cariño, con toda tu bondad, ¡con la infinita bondad de tu alma! Alfonso: ¡tú eres bueno!

—¿Bueno yo? ¿Antes? ¡Quién sabe! De lo que estoy cierto es de que voy siendo bueno merced a ti, merced a tu amor... Deseo ser bueno, y serlo más y más cada día... porque tú eres buena... Margot: ¡eres un ángel!

—¡Galante está el señorito! —repuso la joven, en cuyos labios se dibujó una sonrisa de alegría, rápida y efímera, y en cuyos soberbios ojos centelló un relámpago de satisfacción—. Eres bueno —siguió diciendo— y... ¡yo quiero que lo seas más y más! No comprendo que una mujer ame a quien sea malo. ¡Imposible! El amor es verdad, bondad y belleza. ¡Solo Dios ama a quienes le

¹ 1901-1902: *con por ante*

ofenden! ¡Dios, que murió en la cruz por todos los pecadores! ¡Dios, que se regocija más cuando entra en el Cielo un culpable arrepentido que cuando llega un inocente!² No puedo comprender que haya amor para un canalla. No merece ser amado quien no es capaz de amar. Un hombre malo no puede sentir el amor... ¿Sabes lo que dijo santa Teresa?

—No...

—Pues la santa dijo que, si Satanás fuera capaz de amar, ¡dejaría de ser quien es!... Pero... —agregó nerviosamente— ¡hablemos de otra cosa!

—¿Qué te apena, alma mía? Nunca te he visto así... Padesces... Dícenmelo tus ojos... Me lo revela tu semblante... Cuéntame tu pena.

—Voy a contártela... porque con tal objeto te llamé.

—Cuando me hablaste esta mañana, me dije: “¿Qué me querrá Margot?”. Sí... Porque es la primera vez que me llamas por teléfono...

—Temía yo molestarte...

—A tiempo me llamaste... En ese momento iba yo a salir...

—Bien, pues óyeme; pero, te lo pido con todas las fuerzas de mi alma, escúchame con mucho cariño, con suma paciencia.

—Con todo mi amor.

—¡Es tan triste, tan doloroso y tan atroz lo que vas a saber... que... no sé cómo empezar!

—¿De qué se trata, alma mía? Me has puesto en desazón... ¿Se trata de la liquidación esa de mi padre con tu mamá?

—¡No! —replicó la joven con viveza—. ¿De dinero? ¡Quién piensa en eso! La liquidación está hecha y aceptada.

—Pues... entonces... ¿de qué?

—De algo gravísimo.

—¿Qué será ello?

—¿Tienes noticias de lo que Juan ha hecho en Pluviosilla?

² Referencia al versículo final de la parábola de la oveja perdida o descarriada, contenida en el Evangelio de San Lucas (15, 7): “Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento” (cito por la versión Reina Valera revisada, 1977).

—No.

—Pues lee en esos papeles que están ahí, a tu lado, en ese sillón... No —dijo interrumpiéndose—; ¿para qué? Yo voy a decirte en pocas palabras lo que cuentan esos periódicos y... lo que nos dicen de Pluviosilla personas verídicas y bien impuestas...

Alfonso interrogó a su prima con una mirada.

—Juan... se ha llevado a Concha Mijares. La fuga, el rapto, como dicen los periódicos, ha causado grandísimo escándalo.

—¡Juan es capaz de eso y de mucho más!

—¡Vaya si lo es!

—¿Y eso es lo que te apena? Él es un calavera incorregible... Ella..., ¡tú la conoces mejor que yo! ¡Peor para ellos!... Mi padre nada sabe... No es esta la primera locura de Juan... En Trouville y en Niza...

—¡No me cuentes asquerosidades, Alfonso!

—No, señorita mía... No las contaré...

—Yo soy quien las va a referir.

Cuando Margarita dijo esto, tenía los ojos llenos de lágrimas y, trémula y afligida, retorció impaciente la borlilla de seda de un cojín. Alfonso, conmovido por el llanto de su prima, compadecido de la pena profunda que la atormentaba, sintió impulsos de acariciar aquella linda cabeza rubia, doblegada por el dolor, pero se contuvo y limitose a ofrecerle el pañuelo.

—Sí —dijo Margarita, como rompiendo interno diálogo—, yo las referiré..., las referiré haciendo un esfuerzo supremo, a la manera de quien se ve obligado a tocar un sapo repugnante o a tomar un lienzo inmundo.

—¡No puedo comprenderte, Margot! —contestó Alfonso, inquieto y agitado por la urgencia de su curiosidad.

—¡Ojalá no me comprendieras!

Alfonso palideció, sobrecogido de susto y asaltado por un presentimiento vago, pero atormentador.

—Habla... No acierto a adivinar lo que quieres que adivine.

—¿Observaste alguna vez la inclinación de tu hermano hacia mi hermana?

—Sí.

—¿Observaste también la predilección de Elena para Juan?

—Sí.

—¿Sí? Pues... bien...³

—Te comprendo... Que son novios y que las locuras de mi hermano han venido a malograr las esperanzas y las ilusiones de esa pobre niña, ¿no es eso?

—Algo más.

—¿Algo más? No te entiendo. ¿Qué más puede ser? No te comprendo...

—No quieres comprenderme, o, mejor dicho, no puedes comprenderme...

Margarita se detuvo un instante, ahogando un sollozo. Dominose y dijo:

—No me entiendes y..., ¡y yo no sé cómo decirte lo que a decirte voy!

—Margarita mía... —dijo Alfonso suplicante, tomando a la joven una mano—.

¡Margarita mía..., habla sin temor!

—La creciente palidez de tu rostro, lo inquieto de tu mirada, lo trémulo de tu voz me indican... que ya vas entendiéndome.

Y la joven retiró su mano de entre las manos de su amante.

—Me espanto de lo que estoy pensando...

—¡Sin duda has acertado ya! Y Juan se ha marchado, y al irse da un escándalo, contesta fríamente a los ruegos de Elena, le dice que volverá... Y la infeliz ciega, mi pobre hermana..., cuyo infortunio no tiene nombre, reunirá una deshonra a su desdicha... ¡La⁴ desventurada... no tendrá en sus dolores... ni el consuelo de verse en los ojos de su hijo!

Atónito, el mancebo se puso en pie, pero poco a poco volvió a su asiento, se acomodó en él, se mesó el cabello y, abatido, sombrío, sin una palabra que acudiera a sus labios, fijó en el límpido cielo invernal, en el jirón cerúleo que desde

³ En 1901-1902 hay líneas transpuestas, de suerte que se lee: *¿Observaste también la predilección / —¿Sí? Pues... bien... / —Sí. / de Elena para Juan?* La equivocación se corrige a medias en 1903, ya que las líneas 2 y 3 (*—¿Sí? Pues... bien... / —Sí.*) permanecen intercambiadas, error que enmendé.

⁴ 1901-1902: *y la* por *¡La*

allí se descubría,⁵ una mirada de horrorosa desesperación. Margot sollozaba convulsamente.

Después de largo rato de silencio, Alfonso prorrumpió:

—¡Eso no⁶ tiene nombre!

—No le tiene... —repuso Margarita, y continuó en tono más sereno—. Ni mamá ni mis hermanos saben nada..., pero tendrán que⁷ saberlo. Hoy lo supe yo...

La joven refirió entonces lo acaecido esa mañana, al tener noticia de la fuga de Concha Mijares, y cómo Filomena, en los últimos días piadosa depositaria de tal secreto, se le había descubierto algunas horas antes.

—¿Qué haremos? —preguntó Alfonso después de escuchar el triste relato.

—¡Eso mismo me pregunto yo, Alfonso!

—¡La situación es atroz, Margarita mía!

—Sí que lo es.

—Si Juan estuviera aquí...

—¡Si Juan estuviera aquí —exclamó Margot en un arranque de cólera—, si Juan estuviera aquí..., Pablo se encargaría de arreglarlo todo!

Alfonso no contestó. La joven siguió diciendo:

—Ha huido como un cobarde, como un ladrón nocturno... ¡Qué tiempos estos! Es honrado, honradísimo, quien no se toma un centavo ajeno... Merece cárcel quien se hurta unos cuantos duros, una cartera, un reloj o una joya... ¡Y no hay presidios para quien roba el honor, para quien inunda alma y familia en⁸ océanos de hiel y de oprobio! Da asco el ir por esas calles... ¡Con cuántos bandidos, robadores de honras, no nos encontramos diariamente, a cada paso, en esas calles ruidosas, en esa brillante ciudad, en ese cenagal pestífero! ¡Y tenemos que saludarlos, que contestar a sus palabras, que darles la mano!... Y eso no es solo aquí; ¡es en todas partes!... Dan asco la humanidad y la vida. No vale la pena la

⁵ En ambos testimonios se lee: *allí cubría*. Antes de la segunda palabra se aprecia un espacio en blanco y, muy tenue, lo que parece una s. Pude restituir el texto faltante gracias a la fe de erratas.

⁶ 1901-1902 no incluye: *no*

⁷ 1901-1902: *de por que*

⁸ 1901-1902: *familias con por familia en*

vida, si hemos de saber o de sospechar tales cosas... Juan ha huido como un bribón... Un caballero debía...

—Seamos justos, Margot...⁹ Ese viaje lo dispuso y lo ordenó mi padre... No disculpo a mi hermano, antes, por lo contrario, me causa horror su proceder..., pero él no pensaba en hacer ese viaje, que obedece, tal creo, a una operación mercantil.

—Acaso... Pero Juan no ha debido irse. Cuando se rueda así, tan miserablemente, por los abismos de la maldad, hasta caer en tamaños pudrideros, solo un canalla se queda y sigue revolcándose en los fangos del fondo. El hombre de valer, el hombre de corazón hidalgo, el hombre bien nacido, el¹⁰ hombre de honor, se levanta y sube, sube, ¡aunque al terminar el ascenso esté moribundo! ¿Tengo razón o no la tengo? Respóndeme.

Alfonso contestó que sí, moviendo la cabeza.

—Y ahora, ¿qué nos falta ya? Nada. ¿Desgracias? ¡Hemos tenido tantas! Por algo se llevó Dios a nuestro padre. ¿Pobreza? La tenemos, pero la hemos llevado noblemente y la sufrimos con alto decoro. Bajamos, no de la opulencia, pero sí de una buena posición, y entonces, como antes, supimos siempre conservar y seguir mereciendo la estimación y el respeto de todos. Ahora... ¿qué nos queda? El recurso de ir a ocultar nuestra deshonra y nuestra vergüenza en el rincón de una aldea... Y eso será lo único que, tal vez, nos haga dignos de una sombra de respeto, de un sentimiento compasivo. Un retiro olvidado... será para nosotros la única ambición.

—¿Y si Juan vuelve, y vuelve pronto, y se casa con Elena?

—Entonces..., ¡entonces dirían las gentes que mi hermana soportaba el enredo ese..., el lío...,¹¹ ¿no dicen así?, ¿el lío?, el lío con nuestra amiga Conchita Mijares! Y dirán más: que aquí, en esta casa honradísima, tuvo principio esa novelita naturalista...; que nosotros la vimos principiar, ¡y hasta dirán que la favorecimos!

⁹ 1901-1902: *Margot. Margot. por Margot...*

¹⁰ 1901-1902: *es por el*

¹¹ *Lío*: 'Enredo, chisme, cuento' (Santamaría 2005, s. v.). También es probable que Margot aluda a una acepción de índole figurada y familiar que la Academia solo consignó en su decimotava edición y que hoy sigue vigente: 'Amancebamiento' (cf. RAE 1956 y 2014, s. v.).

—¡Exageras, Margot!

—Me ocurre otra cosa: si tu hermano viniera, y como buen caballero se casara con Elena, ¿la haría feliz? Responde.

—¿Quién penetra las sombras de lo porvenir?

—¡No la haría feliz! En Juan no hay alteza de carácter ni sentido moral... ¡No he podido encontrar en ese espíritu ni un sentimiento noble, ni una idea generosa!

—Ya te lo tengo dicho...

—¡Infeliz Elena!

—Margarita mía: es preciso que Juan regrese... y cumpla con su deber... Hoy mismo impondré de todo a mis padres.

—Quienes se opondrán a esa boda...

—¿Por qué dices eso?

—Porque ese casamiento sería una locura...

—¡Peor para mi hermano!

—¡Tú puedes pensar así, pero yo no! No quiero ver triplicado el infortunio de Elena. Además..., por otros motivos tus padres se opondrán a esa boda.

—¿Por cuáles?

—Mis tíos tolerarán, en último caso, que alguno de ustedes se case con una pobre..., pero después de la falta de Elena, sí, falta (con dolor lo confieso), dirán, y con justicia, que mi hermana no merece a Juan...

—El caso es excepcional.

—Sí lo es...¹²

—Por lo mismo, hablaré con mis padres.

—Al venir a tu encuentro, al llamarte por teléfono esta mañana para que supieras de este dramita íntimo, pensaba yo rogarte que me acompañaras a ver a mis tíos, para pedirles solemnemente, de rodillas si era preciso, que hicieran regresar a Juan y le obligaran a reparar su falta. Ahora pienso de otro modo. Lena sería muy desdichada al lado de Juan... ¡Eso es patente! ¿Un matrimonio? ¡Desgracia sobre desgracia! Además, Elena no lo pide ni lo desea.

¹² En 1901-1902 hay tres líneas transpuestas; se lee: —*Sí lo es...* / —*El caso es excepcional.* / a *Juan...* Esta vez, el error se corrige por completo en 1903.

—¿Por qué?

—No le ama... —Y Margarita se apresuró a enmendar su respuesta—: ¡Sí, sí le ama! ¡Esa es su única disculpa! ¡Le ama, pero... no le estima!...

—Hablaré con mis padres.

—Yo no haría tal.¹³

—Es mi deber...

—Ciertamente.

—Ellos estarán de la parte nuestra.

—Acaso..., pero ¿qué se conseguiría?

—Que obliguen a Juan a reparar su falta.¹⁴

—Es decir..., a aumentar la infelicidad de mi hermana... ¿Qué mujer podrá ser feliz al lado de Juan? ¡Ni Concha Mijares! Pues imagínate a una ciega al lado de ese hombre...

—¡Por la Virgen santísima, Margot!

La blonda señorita quedó en silencio, doblando y desdoblando el pañuelo que Alfonso le había dado. El joven, cabizbajo y mudo, contaba las flores del tapete, mientras en su cabeza se revolvían pensamientos encontrados. Al cabo de un largo rato de cavilación, dijo incorporándose en el asiento:

—Margarita mía: te amo con toda mi alma. En ti he encontrado un ángel redentor. De mí, del indiferente, del maleado por cien filosofías perversas y ponzoñosas, del entenebrecido por la flamante literatura, has hecho un hombre religioso, un creyente; de quien arrastró sus primeros años juveniles por los bulevares de París y de Viena, has hecho un hombre de altas y serenas aspiraciones; del cansado de la vida, del pesimista incipiente, hiciste un satisfecho de la existencia; de quien lloraba desengaños, hiciste un enamorado, dichoso y feliz, porque es dueño de tu corazón, de tu alma, de tu destino y de tu felicidad; del que desfallecía desencantado hiciste un mozo que sueña azules sueños... Te amo y me amas... Pues bien..., pediré tu mano ¡y serás mi esposa!... Esto, en lo

¹³ En 1901-1902 hay tres líneas transpuestas; se lee: —Yo no haría tal. / —Hablaré con mis padres. / pero... no le estima!... La equivocación se enmienda en 1903.

¹⁴ 1901-1902: ¿Que obliguen a Juan a reparar su falta? por Que obliguen a Juan a reparar su falta.

cual pienso desde hace muchos días, vendrá a tiempo y resolverá en parte la tremenda dificultad en que estamos... ¡Nos casaremos, se casará Juan con Elena y la tempestad habrá pasado! Mañana pediré tu mano.

—¡Jamás! —exclamó la blonda niña, irguiéndose con dignidad regia—. ¡Jamás! Juan ha abierto entre nosotros dos un abismo. ¡Te amo, sí, te amo! No porque eres guapo e inteligente y rico... ¡Te amaría aunque fueses un mendigo! ¡Te amo porque eres bueno! ¡Te amo, te amaré siempre..., hasta la hora de mi muerte... y después, más allá, en el Cielo! Pero no puedo ser tu esposa. El decoro me lo impide... Me lo veda la dignidad. La vida que te había consagrado tiene ya otro destino. Hace un momento, mientras tú callabas y yo jugaba con este pañuelo, lo he resuelto.

—¿Un convento?

—¡No he nacido para monja!...

—¿Qué destino es ese?

—¡Ser para ese niño infeliz una madre abnegada y cariñosa!

—¡Por Dios, Margarita! ¿No me amas?

—¡Con toda mi alma, con todas las energías de mi ser!

—Pues... ¿entonces?

—¡No insistas! Esta noche (Dios me dará fortaleza) sabrán mi madre y mis hermanos lo que pasa. Me escucharán (siempre me escuchan y siguen mis consejos) y nos iremos de aquí, muy lejos de aquí, ¡a ocultar nuestra desgracia y nuestra vergüenza!

—¡Margarita!... Me amas y no podrás olvidarme...

—No quiero olvidarte... Vivirás en mi corazón.

—Una súplica... No digas nada a los tuyos mientras yo no hable con mis padres. Hoy no podré hacerlo sino muy tarde... Papá está citado por el secretario de Hacienda... El empréstito ha sido cubierto en Londres... Tal vez Juan llegue tarde.

—¡Haz lo que quieras!...

Quedose pensativa Margot. A poco dijo:

—Alfonso: Dios sabe cuánto te he querido y cómo te amo; Él sabe que te amaré siempre... Digámonos adiós.

—Margot... —suplicó el mancebo.

—Dicho y resuelto está. Mi dignidad de hermana y mi decoro de mujer que se complace en vivir por sobre los fangos de este mísero mundo me apartan de ti. ¡Guárdeme Dios de que diera yo motivo para que alguien tuviera derecho a decir que yo tolero o disimulo lo que la sociedad ignora aún y que tal vez no quede oculto! ¡Guárdeme el Cielo de parecer que transijo con ciertas cosas!

—¡Margot!... —murmuró tímidamente Alfonso,¹⁵ rendido a la enérgica resolución de la joven.

—¡Digámonos adiós! Tu presencia en esta casa será mal vista en lo futuro... y nosotros no podremos evitarlo. Será mal vista... no por causa tuya, que eres acreedor a la mayor estimación...; ¡por causa de Juan! Se diría que el interés..., se diría que nuestro rebajamiento moral... ¡En fin, no quiero hablar de eso! ¡Adiós, Alfonso! ¡Sé digno de tu alma nobilísima! Acaso te olvides de esta pobre mujer que tanto te quiere... ¡Se olvida con tanta facilidad en esta vida! Si algún día quieres casarte..., busca para compañera de tu vida una joven que te quiera tanto como yo; que te quiera mucho, porque ¡como te amo yo nadie te amará! ¡Elige una esposa merecedora de tu amor!

—¡Ten piedad de mí, Margarita!

Entonces la rubia doncella se levantó, asió las manos de su primo, se las estrechó apasionadamente y le bañó con una inmensa mirada de amor y de ternura. Después, bajos los ojos, el acento trémulo, díjole:

—¡Adiós!

Lágrimas de fuego cayeron en las manos de Alfonso.

Salió este con el corazón hecho pedazos, pero iluminada el alma con la remota claridad de una dulce esperanza. Al salir de aquella casa, tal vez para siempre, pudo oír el desgarrador y congojoso llanto de Margarita.

En ese momento entró Elena en la sala. Margarita corrió a su encuentro y las hermanas se abrazaron.

¹⁵ 1901-1902: *Juan, por Alfonso,*

—¡Todo lo he oído! —exclamó la ciega—. Has hecho muy bien: ¡lo que tú piensas... pienso yo!... Comprendo tu sacrificio... ¡Perdóname, Margarita, perdóname!

La joven apartó los brazos que la sujetaban, y secándose los ojos, se dirigió al escritorio, y muy de prisa, con ansia febril, pero con el pulso firme y resuelto, escribió larguísima carta, en cuya cubierta puso:

Al R. P.

P. Anticelli, S. J.

Iglesia de Santa Marta,¹⁶

Pluviosilla

¹⁶ 1901-1902 incluye: *en*

LXXXVII

La escena fue larga y enojosa. Oyó don Juan a Alfonso y dijo con ruda franqueza:

—Siempre creí que esa familia... fuera para nosotros causa de muy graves disgustos. Yo, Alfonso, entiéndelo, ni quito ni pongo rey...¹ ¡Allá se las avengan! Algo así me esperaba yo, aunque no creí nunca que las cosas llegasen a tal punto. ¡Parece que la familia de mi hermano Ramón está destinada a ser nuestra mala sombra!

—¡Preocupación tuya, papá!

—No, Alfonso: no es preocupación mía.

—Tiene razón tu padre, Alfonso. ¡Buenos ratos le dio tu tío! Y cuenta que Juan hizo por él cuanto pudo... Prueba de ello es la liquidación que acaba de hacer con Lola... ¡Y qué trabajo no ha costado el arreglo de la tal liquidación!

—Bien, mamá —replicó el joven—. Pero ahora no se trata de eso... Se trata de que mi hermano se ha conducido mal; de que ha abusado de la confianza nuestra, y de la confianza de mi tía y de mis primos; de que ha robado el honor a una pobre muchacha, prima suya, ¡buena y digna de mejor suerte!

—¿Buena, dices? ¡Los resultados lo comprueban!

—De cualquiera manera, mamá... —repuso Alfonso respetuosamente—, Juan no es inocente. ¿Quién tuvo razón, antes de ahora, para hablar mal de Elena? ¡Bastante tenía la infeliz con su ceguera!

¹ “Ni quito Rey, ni pongo Rey, mas ayudo a mi Señor” es una frase proverbial que suele atribuirse al caballero francés del siglo XIV Bertrand Duguesclin (cf. Castañares *et al.* 2013, s. v. “Duguesclin”). En el capítulo LX de la segunda parte del *Quijote*, Cervantes la pone en boca de Sancho, aunque modificada: “Ni quito rey ni pongo rey [...], sino ayúdome a mí, que soy mi señor” (Cervantes 2006, p. 1006).

El banquero, repantigado en su asiento, fumando un habano, seguía atentamente la conversación.

—Confieso que Juan ha debido portarse de otro modo. ¿Pero quién nos asegura que el muchacho, cuya cabeza de chorlito es mi eterna pesadilla, no haya sido víctima de un plan bien fraguado, y que no haya caído en un lazo?

—Mamá... ¡Por Dios!

—Desengáñate: el padre Grossi, que no solo es un sabio y un santo, sino también un hombre de mundo...

—Y cuyo influjo puede ser fatal en esta casa... —interrumpió diciendo Alfonso.

—¡Por lo contrario, Alfonso! ¡Me parece benéfico, muy benéfico, muy benéfico!... Ustedes, tú y tu hermano, no lo quieren, porque no les gusta nada que huelga a Iglesia. ¡Consecuencia de las ideas que trajeron de Suiza! ¡No sé yo cómo educan en esos colegios tan afamados! El padre Grossi me lo anunció un día. Me dijo que estuviese yo alerta. Me parece que estoy oyendo sus palabras... “Mi señora: cuide usted de esos muchachos... ¡porque me parece que las primitas los quieren atrapar!...”. Y después me dijo, lo que ya sabía yo, que los enlaces entre parientes no son buenos; que traen mil... (no recuerdo qué palabra usó), mil... perturbaciones, físicas y morales; que por eso han degenerado muchas dinastías, y me dijo que, si yo no creía en eso, que lo consultara yo con el doctor Mendizábal o con el doctor Lavista;² que por ese motivo la Iglesia, en su portentosa sabiduría, es tan discreta en ese punto; que la Ciencia ha venido a darle la razón a la Iglesia. Sí, sí, ¿quién es responsable de que Juan no haya caído en un lazo, hábilmente tendido?

² Se refiere sin duda a los famosos y respetados médicos Gregorio Mendizábal y Rafael Lavista. El primero era originario de Orizaba, de donde salió en 1864 para estudiar en la Escuela de Medicina de la Ciudad de México. Tras obtener el título, en su ciudad natal ejerció su profesión durante 25 años (1869-1894) y a la par ocupó las cátedras de física y química en el Colegio Preparatorio (del que Delgado también fue profesor e incluso rector; al respecto, *vid. supra*, cap. xv, nota 7). Al cabo de ese lapso regresó a la capital para desempeñarse como diputado. Un año más tarde ingresó como médico en el Hospital Juárez, que dirigió de 1898 a 1911. Asimismo, fue miembro de la Academia Nacional de Medicina y senador (1910). En cuanto al duranguense Lavista, también estudió en la Escuela de Medicina; luego de obtener el título de médico cirujano, en 1862, se empleó en el Hospital de San Andrés, que llegó a dirigir (1874). Connotado especialista en cirugía y prolífico autor de textos especializados sobre el tema, fue miembro y presidente en varias ocasiones de la Academia Nacional de Medicina (1881, 1893, 1895 y 1897).

—¿Qué motivos tiene usted para pensar así? —preguntó Alfonso contrariado, y más que contrariado, afligido.

—No los tengo... Pero, ya me conoces, peco de maliciosa.

—¡Lo cual puede extraviar a cada rato el recto criterio de usted!

—Di lo que gustes... Pero yo no olvido nunca aquello de... piensa mal y acertarás... ¿No eres novio de Margarita?

—Sí...

—¡Pues ya lo ves!... ¡Qué casualidad que las dos hermanas se hayan enamorado de los dos hermanos!

—¡Mamá!

—Cuando el dinero no abunda, hijo mío...

—¡Maldito dinero!

—Que sirve para todo...

—Hasta para que Juan cometa infamias... y llegue a París... no con una princesa rusa, sino con una princesa azteca.

—¡Ello es que sirve!

—¡Hasta para darlo a puñados al padre Grossi!

Y volviéndose a don Juan, díjole:

—Papá: ¿cree usted que mi hermano ha procedido bien?

—No.

—¿Cree usted que debe volver, y volver pronto, a reparar esa falta?...

—Sí, pero... ¡si conviene!...

—¡Pues no ha de convenir!

—¡Ya has oído a tu mamá!

—Sí; tengo la creencia de que, desde que llegaron a México, se dijeron:³ “¡A casar a Margarita y a Elena con Alfonso y con Juan!”.

—Mamá..., ¡Margarita vale mucho!

—No lo dudo...

—¡Es un ángel!

—Que se quiere casar contigo.

³ 1901-1902: *dijeron...!* por *dijeron*:

—¡Ah! Mamá..., ¡si usted supiera!

—Cuéntame eso que quieres que yo sepa.

—Que Margarita, con una energía y con una dignidad sublimes..., hoy, hace unas cuantas horas, ha rehusado mi mano.

—Procedió cuerdamente..., porque ni tu padre ni yo aprobaríamos tal casamiento... ¿No es cierto, Juan?

El banquero alzó los hombros desdeñosamente.

—Sepa usted, mamá, que, si Margarita aceptara mi mano, nada me detendría..., ¡nada!

—¡Eres dueño de hacer lo que te plazca!... Pero no contarías con tu padre ni conmigo... Ya lo he dicho: ¡no aprobaré jamás enlaces entre parientes!... Tú, Alfonso mío..., ¡tienes mejor destino!...

Alfonso volvió los ojos hacia su padre, que permanecía inmóvil.

—¡Bien!... No insisto. Margarita rehúsa mi mano con motivo de la infamia de Juan... Si este cumpliera como caballero..., acaso Margarita se rendiría a mis súplicas... ¡Papá! —dijo el joven en tono solemne—. ¿No se cree usted obligado, en conciencia, a llamar a Juan para que se case con Elena?

Tardó en responder... Lanzó por fin una bocanada de humo y dijo secamente:

—No.

—Esa familia tiene razón; esa familia... Dígame usted: si Pablo hubiese seducido a mi hermana María... (el ejemplo es horrible, ¿no es verdad?), ¿qué harían ustedes?

Ninguno contestó.

—¡Favor de responder, papá!... ¡Mamá..., responda usted!

Alfonso, abatido, sentose impaciente en un sillón. Estaba pálido y sus ojos brillaban como los de un loco...

—¡No sé lo que haría! —respondió fríamente el capitalista—. ¡No me había ocurrido semejante cosa! Un matrimonio dura toda la vida...

Entonces habló doña Carmen:

—¡Por María! ¡Por ella me opongo y me opondré siempre a ese casamiento! No quiero que esa niña inocente sepa lo que no debe saber... Nuestra tolerancia

importaría un mal ejemplo que mi conciencia me impide dar. Juan...⁴ No permitas que mi hijo regrese... ¡Que se quede en Europa! Me es penoso vivir lejos de él..., ¡pero estoy dispuesta a ese sacrificio!

—No volverá —dijo secamente el banquero—. ¡Como que para salvarle le hice marchar a Francia!

Quedose Alfonso atónito:⁵ no sé qué muy negro, algo muy tenebroso, bajó de su cabeza hasta su corazón, haciéndosele pedazos; algo que lastimaba en aquella alma sensible y delicada los más puros afectos: cierto desprecio por sus padres.

—Te autorizo... para que digas a tu tía... —terminó diciendo el banquero, tras breve pausa— que lo sé todo; que no soy, como pudiera suponerlo, un descastado; que señalo a Elena una pensión vitalicia...

Sintiose Alfonso abochornado y pensó: “¿Y por qué no señalar otra pensión a Conchita Mijares?”. Iba a decirlo, pero el respeto filial le hizo callar humildemente. Levantose, se despidió, besó en la frente a sus padres y bajó a su departamento.

⁴ 1901-1902: *dar.* / *Juan...* por *dar. Juan...*

⁵ 1901-1902 incluye: *un*

LXXXVIII

Cuando Alfonso subía la escalera, el camarero que le esperaba allí se apresuró a encender los focos de la habitación. Entró el mancebo y el criado se acercó para ayudarle a desvestirse.

—¿Qué hora es? —preguntó el joven.

—Las doce —le contestó el mozo.

—Toma... —dijo en voz baja Alfonso, entregándole sombrero, guantes y sobretodo—. Y... ¡vete!

El criado dejó a un lado, en el divancillo, cuanto había recibido; encendió la bujía de la mesa de noche; mulló los almohadones; arregló el edredón, sobre el cual se desbordaba el embozo de una sábana riquísima; puso en la cama la camisa de dormir, e iba a retirarse cuando le ocurrió, atendiendo al mal humor de su amo, que debía insistir en que este aceptara su auxilio para desvestirse. Acercose el camarero, pero Alfonso, al verle cerca, despidióle bruscamente, repitiendo:

—¡Vete! ¡Vete!... Despiértame a las nueve.

Inclinose respetuoso el camarero y se fue.

—¡No apagues! —gritole el joven, a tiempo que se extinguían los focos eléctricos, dejando ver, por un instante, el rojo efímero de su alambre incandescente.

Regresó el criado.

—Decía usted...

—¡Que no apagaras!

Salió el camarero y los focos volvieron a encenderse.

Quitose Alfonso¹ la americana, el chaleco, la corbata y los puños; púsose el batín, y echose a pasear a lo largo de las habitaciones, desde las alcobas hasta el saloncito. Ardíale la cabeza, y en su cerebro mil y mil pensamientos se agitaban y revolvían en formidables luchas. No se daba cuenta de lo que pensaba ni de lo que deseaba pensar. La voluntad parecía como aniquilada en él. Nervioso, inquieto, febril, iba y venía, sin detenerse para nada, sin que pudiera serenarse, sin conseguir calma para su espíritu conturbado y dolorido. Deseaba silencio, y el ruido de los carruajes que pasaban le causaba impaciencia. A veces era el de un coche de sitio cuyos vidrios retemblaban horrorosamente; otras el solemne, uniforme y sordo de un tren rico, tirado por soberbio tronco, cuyas fuertes, poderosas pisadas resonaban a compás en la calle solitaria. El reloj de La Esmeralda dio las doce...² Otros relojes públicos las dieron también. Por fin hubo silencio... que pronto fue turbado por el vocear de un vendedor que pregonaba las últimas castañas...

Impaciente y contrariado, detúvose Alfonso en el saloncito, encendió un cigarrillo y se sentó en el sofá. ¡Cómo le entristeció el suntuoso aspecto de aquella estancia que, iluminada por varios focos, velados por una pantalla de seda, parecía de marfil! ¡Cómo se le vino a la memoria la esbelta y prócer figura de Margot, aquella mañana en que vino con Elena a visitar aquel departamento! “Aquí estuvo sentada —se decía Alfonso—, aquí posó sus plantas, encantada³ del gusto y de la elegante disposición del saloncillo y⁴ del gabinete!”. Entonces todo sonreía, todo era amable, como el cielo de Niza en una mañana de primavera... ¡Cuán pronto se mudan las cosas! ¡Qué rápidamente se van los buenos y hermosos días, y qué pronto llegan las horas tristes y las tardes nubladas! Pero él... ¡nunca había sufrido tanto ni se había sentido atormentado por una pena tan honda!

¹ En 1901-1902 y 1903 se lee: *Juan*. Sin duda es un error, pues todo el capítulo trata de Alfonso.

² Se refiere al emblemático reloj incrustado en la fachada del edificio de la joyería La Esmeralda, obra de los ingenieros Eleuterio Méndez y Francisco Serrano. La construcción, cuyo frente caía “sobre las calles de Plateros y del Espíritu Santo” (hoy Isabel la Católica 26, justo en el actual museo del Estanquillo), se inauguró con gran pompa el 28 de noviembre de 1892, si bien el afrancesado establecimiento, propiedad de los señores Hauser y Zivy, llevaba varios años de haberse constituido (cf. sin firma, “Joyería de la Esmeralda”, en *El Siglo XIX*, novena época, año LII, t. 102, núm. 14 479, 28 de noviembre de 1892, p. 2).

³ 1901-1902: *encanto por encantada*

⁴ 1901-1902 no incluye: y

Bien recordaba él aquella tarde, cuando en Niza, viniendo en un faetón, de vuelta del Paseo de los Ingleses, supo de labios del barón de Kamienski (aquel pianista polonés, tan hábil y tan listo, y que tocaba tan lindas mazurcas) el casamiento de Ruth con el inglesito... Y... ¡ciertamente que sintió como si le hubieran clavado un dardo en mitad del pecho! Pero aquello... era otra cosa muy distinta de esta... Aquellos⁵ amores fueron un delirio... Una copa de vino de Champagne después de una batalla de flores... ¡y nada más!... Pero ahora..., ¡perder a Margarita! ¡A Margarita, tan bella, tan dulce, tan inteligente, tan buena!... ¿Y por qué, por qué? ¡Por causa de Juan! ¿Por qué había de pagar él faltas de otro? Y quería encontrar en la conducta de Margarita algo digno de censura... ¿Era orgullosa, con ese orgullo que suelen tener los débiles, los pobres y los humildes, y que a las veces raya en terrible insolencia; orgullo que los hace erguirse cuando se sienten heridos o lastimados por la superioridad social de la riqueza? No. ¿Era una comedianta que por primera vez representaba dramas tirantes y patéticos? No. “¿Sería cierto lo que mi madre piensa —se decía receloso—, que estos amores, los de Margot conmigo, y los de Juan con Elena, obedecen a un calculado plan? ¡No!...”. Y apartó de sí, enérgicamente, aquella idea satánica, ¡y al apartarla le pareció ver la dulce y angelical figura de su blonda prima! ¡No! ¡No!...

Y levantose, arrojó el cigarrillo⁶ en una escupidera cercana y volvió a pasearse por las habitaciones, como abrumado por un pensamiento que le oprimía el espíritu y le envenenaba el corazón.

“Mis padres —pensaba— no están en lo justo... ¡Qué idea tienen de la honradez!... ¡Y ese padre Grossi que aconseja cosas tales! ¿Qué le diré yo mañana a Margarita? ¡Eso de confesar que mis padres miran este asunto... como le miran... es atroz! Y si me dice..., ¡no me lo dirá, no, pero tiene que pensarlo!, que mis padres... valen muy poco..., ¿qué haré yo? ¡No! ¡Jamás!... Escribiré”.

Fuese al gabinete y escribió esta carta:

⁵ 1901-1902: *Algunos por Aquellos*

⁶ 1901-1902: *cigarro por cigarrillo*

Margarita:

No me esperes, porque no iré. Me falta valor para ello, y bien sabes cómo y cuánto te amo. Respeto tu resolución, pero en mí no muere la esperanza. Me amas, lo sé; me amas, y yo he puesto a tus plantas mi vida y mi alma. Día llegará en que, pasadas estas borrascas que así azotan mi dicha y entenebrecen mis sueños más hermosos, más puros y más nobles, serena tu alma y resignado tu corazón, vuelvas⁷ a aceptar un afecto que hoy se ve inmolado en aras de tu decoro y de tus sentimientos, cruda e infamemente heridos. ¡Tienes razón, mucha razón! Pero yo la tengo también para quejarme de mi fatal destino. Margarita mía: en mí no morirán ni el amor ni la esperanza. Tú me enseñaste a levantar mi espíritu a muy altas regiones, a esas regiones por las cuales me has llevado en alas de tu fe. Resignado pero triste, confiaré en Dios. Para estas luchas, para estos combates de la vida, tú me has dado fuerzas; tú has robustecido mi corazón. ¡Qué triste y dura es la vida! Pero yo me acuerdo de aquellas palabras de *madame Craven*,⁸ escritas de tu mano en una tarjetilla que llevo en mi cartera: “La vida no puede ser nunca enteramente feliz, porque no es el Cielo; ni enteramente desgraciada, porque no es más que el camino que al Cielo nos conduce”. ¡Gracias, Margarita mía!

¡Pasarán años y años, y viviré para amarte, y procuraré siempre ser digno de ti!

ALFONSO

En otro pliego escribió lo que sigue:

Hablé con mis padres. Larga y penosa fue la conferencia. ¡A qué contarte pormenores! ¡Cómo he padecido! Mi padre me autoriza para decir a ustedes que Elena gozará, desde hoy, de una pensión vitalicia. ¡Yo he sido el primero en desaprobado este ofrecimiento!

Al pie trazó una rúbrica.

Luego dobló la carta, plieguito a plieguito, la metió en un sobre, le pegó, púsole el sobrescrito y tiró la pluma.

Falto de sueño, se tendió en el sofá, y allí, luchando inútilmente, sin lograr unos cuantos minutos de reposo, revolviéndose a cada rato sobre los cojines, ansiando

⁷ 1901-1902: *vuelves* por *vuelvas*

⁸ Sobre *madame Craven*, *vid. supra*, cap. xxx, nota 19.

que amaneciera, pasó largas horas de insomnio penosísimo. Sintió frío, se levantó en busca de abrigo, trajo una manta zamorana, se envolvió en ella y se acurrucó en una poltrona.

Rayaba la aurora. La campana de la Profesa⁹ llamaba a misa, y a misa llamaban las cien iglesias de la populosa ciudad, que, despierta ya, dejaba oír, desperezándose, sus mil ruidos y voces matinales: paso de coches, clamor de tranvías, el rodar pesado y torpe de las carretas trajinantes, silbidos de locomotoras...

—¡Ya es de día! —exclamó Alfonso, pensando que no había oído el toque de alba, tan solemne y majestuoso, en la soberbia¹⁰ Catedral. Dejó la poltrona y abrió el balcón, por el cual entraron en la estancia oleadas de aire fresco y las claridades purpúreas de un espléndido crepúsculo. En ese instante se apagó la luz eléctrica. La bujía de la mesa de noche flameaba mortecina.

⁹ Sobre esta iglesia, *vid. supra*, cap. I, nota 12.

¹⁰ 1901-1902: *cercana por soberbia*

LXXXIX

A las seis de la tarde recibió Margarita la carta de su primo. Contestola inmediatamente, y así decía:

Te repito lo que ayer oíste de mis labios: ¡te amo con toda mi alma, pero nuestra felicidad es un imposible!

Bien sabe Dios que era tu cariño la realización de mis sueños. Estimo tu afecto y agradezco los propósitos nobilísimos de tu amor. Seré fiel a tu afecto y a tu memoria. Ellos serán para mí alivio y consuelo, el único rayo de alegría en mis horas de tristeza.

¿Me dices que en ti no ha muerto ni morirá la esperanza? ¿Quién penetra los arcanos de lo porvenir? ¿Quién adivina sus misterios? ¿Quién pudo pensar, hace pocos meses, cuando la dicha nos sonreía, que la maldad y la infamia viniesen a entenebrececer el cielo límpido de nuestro amor? ¿Te acuerdas de lo que conversamos aquella tarde, en el balcón, cuando te di la tarjetita con las palabras de *madame Craven*? ¡Qué de cosas me decía mi corazón, présago de infortunios!

¡Dichosa de mí si he conseguido que ames la vida! ¡Dichosa mil veces, si he sabido despertar en tu alma tan nobles anhelos! Confiar y esperar. ¡Es tan breve la vida!

Dos días después, a eso de las nueve, trajo el cartero varias cartas: dos para Pablo, en las cuales varios amigos de Pluviosilla le hablaban de la fuga de Concha; otra de las Pradilla para doña Dolores, quienes le hacían varios encargos: telas, cintas y una medicina; otra del padre Anticelli para Margot.

Tomó esta su carta y se fue al jardinito.¹ Allí, cerca de una tapia, bajo las enredaderas polvorosas, sentada en el banco rústico, se impuso la joven de la letra del jesuita.

Apresúrome, conforme a tus deseos, a contestar tu carta. ¡Sea todo por Dios, hijita mía! Te compadezco con toda mi alma y te he encomendado vivamente al Sagrado Corazón de Jesús, que es fuente inexhausta de fortaleza y de consuelo. Dios, en sus altos designios, acaso en su infinita y misteriosa misericordia, prueba así a sus elegidos, y depura y acrisola las almas al fuego del dolor. Sepamos darnos cuenta de que no se mueve la hoja del árbol sin la divina voluntad.²

Todo esto que me cuentas me lo temía yo, y recuerda las insinuaciones que yo hice a Dolores el día que vinieron ustedes a decirme adiós. No solo insinuaciones, sino recomendaciones también. En alguna de mis cartas volví a tratar del asunto.

A tu consulta debo contestar que el caso es gravísimo y que Elena es quien debe resolverle³ atenta a las circunstancias y de acuerdo con los preceptos divinos. Ella, ella es quien debe decidir. Ciertamente que la felicidad de ese matrimonio no es probable. Oigan humildemente la opinión de Dolores, y después decidan, pero sin vacilaciones ni debilidades, con brío y fortaleza de buenos católicos. Es cosa imposible, así me lo parece (y tú palparás las dificultades), ocultar a Dolores tamaña desgracia. Opino que, con prudencia y tino, cosas que a ti no te faltan, debes enterarla de todo. Cuida de que Pablo, que es algo belicoso, no haga tonterías.

Pon el asunto en manos de Nuestro Señor e implora la intercesión de la santísima Virgen. Ellos acudirán en auxilio vuestro⁴ si los invocáis con un corazón sincero, libre de odio y de rencores. Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Sea cual fuere el resultado, no dejéis de ser dignos, y compasivos, y piadosos, con la cieguita, a quien saludarás de parte mía muy cariñosamente.

Saluda también a Dolores y a tus hermanos.

A tus oraciones se encomienda este pobre anciano que pronto comparecerá ante el supremo tribunal de Dios.

P. ANTICELLI, S. J.

¹ 1901-1902 y 1903: *jardincito*. por *jardinito*. // Modifiqué siguiendo la indicación de la fe de erratas.

² Sobre esta frase, *vid. supra*, cap. xxx, nota 3.

³ 1901-1902: *resolverse* por *resolverle*

⁴ 1901-1902: *nuestro* por *vuestro*

XC

Margarita se pasó la noche meditando en lo que debía hacer al siguiente día.

¿Cómo preparar el ánimo de doña Dolores? ¿Qué haría para serenar el de Pablo, que era de tan irascible carácter? La señora recibiría la tremenda noticia con entereza, como que le sobraban en casos supremos aplomo y energía... ¡Pero... después! ¡Aquella desgracia iba a quebrantar su salud, hasta entonces completa, y pena tan honda, más tarde o más temprano, le costaría la vida! Pablo, de ordinario blando y sereno, tenía en ciertos momentos unos arranques de cólera que causaban miedo. Por eso Margarita no le contrariaba nunca ni le exasperaba, lo cual siempre le dio magníficos resultados. Así lo hizo, meses antes, para separarle de la mala compañía de Juan, que le iba siendo nociva, más que nociva, pernicioso. Ella, con dulzura y cariño, conseguía todo de sus hermanos. Ramón era caprichoso, pero no persistía en sus caprichos. Pablo era arrebatado pero, no contrariándole, a poco, tan luego como reflexionaba un punto, parecía de miel. Y aquello no podía ser diferido ni era conveniente dejarlo para más tarde. ¿Qué se conseguiría con ello? ¡Nada! Días más, días menos..., llegaría el momento de decirlo todo, pues, como decía el cariñoso padre Anticelli, no sería posible ocultarlo a doña Dolores. Además: Elena necesitaba de cuidados... ¿Dejarlo para más tarde? Había en hacerlo mil peligros... “Y yo necesito del auxilio de Pablo — pensaba Margarita— porque sin él no podría yo hacer nada...”.

La blonda señorita daba vueltas en su lecho, presa del insomnio, oyendo la respiración tranquila e igual de Elena, que dormía en el otro lado de la alcoba...

Margot suspiraba¹ por el nuevo día... ¡Cuántas veces no volvió sus ojos hacia la cerrada ventana para descubrir las² vislumbres de la claridad matutina en las hendeduras de la puerta, ansiando por los rumores matutinos y por la luz del sol, tan gratos y consoladores a quienes sufren o padecen! ¡Qué lento iba el tiempo! Lamentaba la joven la pereza de las horas..., mas no tardaba en desear que aquella noche fuese eterna. Como si por ello cesaran o desaparecieran la aflicción y el pesar. La mente fatigada de Margarita, aquel pensamiento suyo tan agitado desde hacía varios días, huía de las causas que le tenían en brega e iba a refugiarse en dulces memorias, en los prados serenos de los recuerdos gratos, al borde de las aguas límpidas y gárrulas de los felices días...³ Margarita, volviendo hacia otros tiempos, repasaba cosas y escenas de su niñez... Y la imagen de don Ramón se le aparecía risueña y afable, cariñosa y complaciente, obsequiosa y tierna. ¡Era tan bueno aquel padre! ¡Amaba tanto a los suyos! ¡La vida habría dado él por evitarles el menor disgusto! ¡Quería tanto a Elena, tanto, particularmente desde que cegó la pobre niña! ¡Qué dolor tan grande para él, si viviera y llegara a enterarse de aquel infortunio, de aquella deshonra; si supiese de aquella mancha caída en un nombre tan limpio!

Ardíanle las sienes a Margarita y a cada rato volvía las almohadas, en busca de la frescura que se prometía hallar⁴ en los lienzos... Hallaba⁵ consuelo, y entonces pensaba en Alfonso, en el inteligente y buen muchacho que tanto la quería, ¡a cuyo lado habría sido ella tan feliz! Sí, sí, porque eran dos almas gemelas, idénticas, criadas la una para la otra.

Por fin sueño piadoso vino a adormecerla...

¹ 1901-1902: *respiraba* por *suspiraba*

² 1901-1902: *los* por *las* // Cabe señalar que, aunque hoy en día la Academia acepta el uso de este sustantivo como femenino y masculino, en la edición del *Diccionario* de 1899 solo se consignaba el género femenino (RAE 1899 y 2014, s. v.).

³ En 1903 hay tres líneas transpuestas, de modo que se lee: *pidas y gárrulas de los felices días... / [me]morias, en los prados serenos de los re- / cuerdos gratos, al borde de las aguas lím-* Seguí, en consecuencia, la lección de 1901-1902, que presenta el orden correcto, y la siguiente indicación de la fe de erratas: "La línea 11 debe ser 10; la 12, 11 y la 10 la 12".

⁴ 1901-1902: *encontrar* por *hallar*

⁵ 1901-1902: *Encontraba* por *Hallaba*

Muy tempranito estaba en pie. Se vistió y se dispuso para ir a misa. Antes de salir, sin acabar de componerse el manto, entró en la alcoba de sus hermanos y llamó a Pablo. El mozo se despertó impaciente y contrariado.

—¿Qué quieres? —contestó desperezándose y revolviéndose entre las ropas.

—Me voy a misa...

—¡Óyela por mí!

—Me voy a misa... Levántate y ve a buscarme a la Parroquia...⁶ Necesito hablar contigo largamente..., pero no aquí... Donde estemos solos, donde nadie pueda escucharnos.

—¿De qué se trata?

—¡Ya lo sabrás!

Y mientras la joven salía, Pablo se incorporó sobre las almohadas, hizo un esfuerzo y se sentó al borde [de] la cama.

Cuando terminó la misa, ya estaba Pablo en espera de su hermana.

—Vamos —dijo esta, apoyándose en el brazo de Pablo—, vamos a la Alameda... Allí hablaremos... Es muy grave⁷ lo que vas a oír...

Margarita se mostraba serena, tranquila, en cierto modo indiferente al asunto, como alardeando de entereza.

Fresco vientecillo movía las copas de los fresnos, y en toda la arboleda los gorriones regocijados cantaban la plácida sinfonía primaveral. El aire olía a rosas.

Quien hubiera seguido de cerca a los hermanos⁸ habría podido darse cuenta, por los movimientos del mancebo, de la impresión que le causaban las palabras de Margot. Primero de curiosidad vivamente azuzada; luego de sorpresa, cuando levantó las manos, abiertas las palmas; en seguida de espanto, cuando las dejó caer; de cólera, cuando se echó el sombrero hacia arriba; de rabia, al dar un paso

⁶ Se refiere a la parroquia de Nuestra Señora de la Purificación, mejor conocida como La Candelaria, la cual se fundó en 1556, “sobre las ruinas de un templo prehispánico que estuvo consagrado a la diosa Cihuacóatl”. Ubicada en lo que hoy es la avenida Revolución, la iglesia queda justo enfrente de la Alameda de Tacubaya, mencionada un poco más adelante (cf. González Gamio 2011, s. p.).

⁷ 1901-1902: *grande por grave*

⁸ En la fe de erratas de 1903 se pide cambiar *hermanos* por *hermos*. Sin embargo, la modificación no parece tener sentido. En todo caso, no localicé el término *hermos* en ningún diccionario (respecto de esta modificación y de la fe de erratas, *vid.* el segundo capítulo del “Estudio preliminar”).

atrás, cerrando los puños, como si tuviera sendos revólveres; de impotencia cuando, crispando los dedos, torció los brazos, y, por último, de preocupación, de pena, de profundo y cruel dolor, o de impotencia desesperante, cuando buscó un asiento a la vera⁹ de la calle menos transitada.

Margarita se mostraba impasible, estoica, minuciosa, al referir el drama. ¡Qué dulzura, qué cariño! ¡Cuántas veces posó su manecita enguantada en el hombro de Pablo!¹⁰ ¡Cuántas veces le acarició el rostro con cariño de madre mimosilla!

Hablaron allí durante dos horas. Algo preguntó la joven con insistencia definitiva, porque Pablo¹¹ se levantó, haciendo una señal de asentimiento, y ambos tomaron el camino de su casa...

Los esperaban para desayunarse. Ramoncillo, listo para irse a la escuela, había dejado encima de una silla el libro y el sombrero; doña Dolores, sentada a la mesa, charlaba con el chico risueña y afable; Elena permanecía en su alcoba. Había pretextado¹² tener sueño.

—¡Déjenla dormir! ¡Pobrecilla! —dijo la madre.

El desayuno fue triste. Nadie hablaba. Margarita procuraba animar a todos, pero le era imposible tejer conversación. Pablo a duras penas pasaba bocado.

Cuando doña Dolores acabó de desayunarse, Pablo consultó su muestra¹³ y, dirigiéndose a su hermano, díjole, dando un castañetazo:

—¡Te quedan tres minutos para tomar el tranvía!... ¡Largo! ¡A la escuela!

El mocito se levantó, respetuoso como siempre a las órdenes de su hermano, se despidió de Margarita y de Pablo, besó a doña Dolores en la frente y se fue.

—Mamá¹⁴ —dijo Pablo en tono zalamero y acariciador—, vamos a la sala. Margarita y yo tenemos que decirte unas cositas...

Y, acariciando a la dama, llevola por el corredor. Desde allí gritó con acento afectuoso:

—Margot..., ¡te esperamos!

⁹ 1901-1902: *acera por vera*

¹⁰ 1901-1902: *Alfonso! por Pablo!*

¹¹ 1901-1902: *Alfonso por Pablo*

¹² 1901-1902: *Pretextó por Había pretextado*

¹³ *Muestra*: 'Reloj, especialmente el de faltriquera' (RAE 2014, s. v.).

¹⁴ 1901-1902: *Mamasita por Mamá*

—¡Voy allá! —respondió la blonda señorita.

—Filomena —dijo esta a la criada, en tono urgente—. ¡Llegó el momento temido! Vete al lado de Lena... ¡No te separes de allí y no la dejes ir a la sala!

XCI

—Y bien... —exclamó la señora, trémula y bañada en llanto, mirando angustiada a sus hijos—. Esto acabará con mi vida, por mucha que sea la fortaleza que Dios me dé para sobrellevar este infortunio. Tras de la pobreza (acaso la miseria)... vino... ¡la deshonra!

—¡Calma, madre mía! ¡Esto no tiene remedio! Si la voluntad de Elena es esa..., ¡callemos! Callemos nuestra desgracia. ¿Aceptar dinero? ¡Jamás! ¡Antes me volaba yo el cráneo! Hoy mismo recogeré en el despacho papeles y documentos que allí tengo, escribiré a mi tío, dándole... las gracias... Quanto a Juan..., ¡algún día volverá! ¡Si me fuera posible ir a buscarle! Nos iremos de aquí, a donde convenga y cuando sea oportuno. Las gentes honradas y laboriosas no se mueren de hambre... Nos iremos de aquí, para que nadie sospeche lo que ha pasado, y seremos con Elena dulces, compasivos y piadosos. Que ni una palabra, ni una queja de nosotros le recuerde su falta y la deshonra de su nombre.

—¿Y con ese niño, o niña, lo que sea? —preguntó doña Dolores, ahogando un sollozo.

—¿Separarle de Elena? ¿Separarle de nosotros? ¡Jamás! —exclamó Margarita, presa de convulsa agitación.

—¡Nunca! —añadió Pablo imperiosamente.

—¡Pobre criatura! —sollozó la dama—. ¡No en mis días! Será la única alegría de mi vejez. Pero... ¿qué diremos, cuando alguien pregunte de quién es ese niño?

Nadie respondió. Margarita y Pablo se vieron atónitos, sin saber ni qué decir ni qué pensar.

En ese instante se abrió la puerta de la pieza contigua y apareció Filomena.

Todos levantaron la cabeza y la miraron como para decirle, severamente, que su presencia era inoportuna en tal sitio y en aquel momento.

La criada se acercó tímida y sonrojada; se adelantó hacia el joven y, con¹ repentina resolución, dijo:

—¡Perdónenme el atrevimiento!... ¡Dispéñeme usted, niño Pablo! Si preguntan de quién es el niño..., pues... digan que es de usted... ¡y mío!

Jalapa, noviembre de 1902

FIN.

¹ 1901-1902: *en por con*

APÉNDICES

APÉNDICE 1
FE DE ERRATAS
(1903)

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
—	—	—	—
7	12	Pluviosilla.	Pluviosilla,
11	3	diario	diaria
15	17	Cervantes..	Collantes....
46	2	crugieron	crujieron
46	3	crugieron	crujieron
48	4 y 5	zacari-na	sacari-na
61	11	México	Méjico
62	25	cronotrópica	cromotrópica
72	21	prinicipios	principios
82	25	sí señor	siseñor
88	32	como el aro-	como aro-
112	22	nostalgía	nostalgia
120	32	los	lo
126	20	traducía	traducían
162	28 y 29	au-rrea	au-rea
193	20	jardincito	jardinito
194	23	era	eran
199	4	México	Méjico
204	12	recaudo	recado
209	4	“correccto	“correcto”
225	2	si toda	sí, toda
226	3	confíaselos	Confíaselos
236	3 y 4	regadi-sas	regadi-zas
237	31	magestuoso	majestuoso
239		<i>Suprímase la línea 13.</i>	
239	14	vieron	no vieron
243	14	prófuga	prófugo
245	12	crugientes	crujientes

246	19	esmaltado	esmaltando
246	22	prometodora	prometedora
247	7	ahsios	alisos
256	3 y 4	hom-bre!	hombre
257	5	csaa	casa
314	8	munificiente	munificente
316	2	dirá	dará
317	14 y 15	Com-prendo,	¿Com-prendes,
317	30	pdieras	pudieras
317	31	voz trémula	faz pálida
332	11	más	las más
333	14	ingenua	ingenua alegría
373	28	¡As	¡Así,
403	11	coramvóbis	coranvobis
409	17	ella	ésta
419	14	tu tía	su tía
421	11	á las	en las
423	30	aún	aun
428	9	Linilla	Lenilla
429	24	Egido	ejido
430	1	Elena	Elena,
436	14	mucho	mucho tus
472	2	sou- (nient	sou- (vient
494	2 y 3	in-mundana	in-munda
502	5	México	Méjico
506	21	blancas	anchas
507	1	mivelado	mivelada
507	1	nuves	nubes
516	8	militar	miliar
516	24	México	Méjico
532	8	especial	especial
536	30	areglo	arreglo
539	30	perdido	pedido
541	6 y 7	champagne	Champagne
547	24	tórrida	túrrida

554	25	quita	gusta
555	16	esasa	esas
563	1	hacer	hacerlo
563	24	sesto	sexto
880 [sic]	5	trataba	trabada
580	7	hablo	habló
580	27	Contemporizador	Contemporizador”
580	28	castizo:	castizo.
585	12	Y	Yo
586	23	Citlalpetl	Citlaltépetl
587	8	México	Méjico
587	10	señora;	señora,
590	16	Pablo;	Pablo,
591	8	y mientras leían	y, mientras leían
592	33	—¡Historias	¡Historias
603	19	muy quieta	¡Muy quieta
606	18	No comprendo,	No comprendo
607	22	¡Es tan triste;	¡Es tan triste,
610	8	—Margarita	Margarita
611	5	desde allí	desde allí se des-
612	6	jaya	joya
612	8	oced-*	océa-
613	2	del iondo	del fondo.
616	11	cazibajo	cabizbajo
623	4	tú, y tu	tú y tu
626	31	No volverá,	No volverá.
632	3	faeton	faetón
633	5	cigarrilo	cigarrillo
634	11	Para estas luchas;	Para estas lucha,**
638	23 y 24	jardín-cito	jardinito
643	4	eterna; como	eterna. Como
643	9	refugiarse	á refugiarse
643		<i>La línea 11 debe ser 10; la 12, 11 y la 10 la 12.</i>	
644	26	mira,*	misa

645	8	hermanos,	hermos
646	4	Ermita	Escuela
646	21	escuela	Escuela!

En la pág. 106 (Cap. xv) las líneas 10, 11 y 12 están invertidas. Los lectores sabrán seguir las en el orden debido.

* En estos casos, la errata indicada no aparece en el documento.

** Como puede verse, la corrección introduce un nuevo error.

APÉNDICE 2
TIPOLOGÍA DE ERRORES
(1901-1902 y 1903)

Errata	Clasificación	Testimonio que introduce la errata	Capítulo	Número de entrega	Detectada en la fe de erratas
<i>diario por diaria</i>	Error por sustitución	1903	1	—	Sí
<i>centifalia por centifolia</i>	Error por sustitución	1901-1902	2	2	No
<i>poyada por apoyada</i>	Error por omisión	1901-1902	2	2	No
<i>Mala-Espesa por Mata-Espesa</i>	Error por sustitución	1901-1902	5	4	No
<i>tabelionos por tabeliones</i>	Error por sustitución	1901-1902	6	4	No
<i>la por lo</i>	Error por sustitución	1901-1902	7	5	No
<i>cronotrópica por cromotrópica</i>	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	8	5	Sí
<i>baltzonero por baltronero</i>	Error por sustitución	1901-1902	8	5	No
<i>carnalides por carnalidades</i>	Error por omisión	1901-1902	8	5	No
<i>cmpos por campos</i>	Error por omisión	1901-1902	8	5	No
<i>prinicipios por principios</i>	Error por adición	1901-1902 y 1903	10	6	Sí
<i>mandré por mandaré</i>	Error por omisión	1903	10	—	No
<i>Jan por Juan</i>	Error por omisión	1901-1902	10	6	No
<i>merificas por miríficas</i>	Error por sustitución	1901-1902	11	7	No
<i>merifico por mirífico</i>	Error por sustitución	1901-1902	13	8	No
<i>Parras por Porras</i>	Error por sustitución	1901-1902	15	9	No
<i>Sixtecia por Lutecia</i>	Error por sustitución	1901-1902	16	9	No
<i>poyo por apoyo</i>	Error por omisión	1901-1902	17	10	No
<i>plácidos por flácidos</i>	Error por sustitución	1901-1902	17	10	No
<i>plácidos por flácidos</i>	Error por sustitución	1901-1902	17	10	No
<i>aquela por aquella</i>	Error por omisión	1901-1902	19	10	No
<i>aurea por aurea</i>	Error por adición	1901-1902 y 1903	21	11	Sí
<i>ignable por ignoble</i>	Error por sustitución	1901-1902	25	13	No
<i>Resta por Resto</i>	Error por sustitución	1901-1902	27	14	No
<i>rataban por trataban</i>	Error por omisión	1903	27	—	No
<i>cuenta por cuentan</i>	Error por omisión	1901-1902	27	14	No

"correcto" por "correcto"	Error por adición	1901-1902 y 1903	28	15	Sí
vista por vistas	Error por omisión	1901-1902	29	15	No
Cravesí por Craven	Error por sustitución	1901-1902	30	16	No
ambobs por ambos	Error por adición	1901-1902	31	17	No
anantes por antes	Error por adición	1903	32	—	No
human por humana	Error por omisión	1901-1902	32	18	No
campos por lampos	Error por sustitución	1901-1902	32	18	No
azar por azor	Error por sustitución	1901-1902	33	18	No
esmaltado por esmaltando	Error por omisión	1903	33	—	Sí
prometodora por prometedora	Error por sustitución	1903	33	—	Sí
su por sus	Error por omisión	1901-1902	33	18	No
ahsios por alisios	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	33	18	Sí
zalde por jalde	Error por sustitución	1901-1902	33	18	No
fias por frías	Error por omisión	1903	33	—	No
unbes por nubes	Error por transmutación	1903	33	—	No
haugar por hangar	Error por sustitución	1901-1902	33	18	No
lo por los	Error por omisión	1901-1902	34	19	No
hombre! por hombre	Error por adición	1903	34	—	Sí
csaa por casa	Error por transmutación	1901-1902 y 1903	34	19	Sí
das por días	Error por omisión	1901-1902	34	19	No
Chrisi por Christi	Error por omisión	1901-1902	34	19	No
acaba por acaban	Error por omisión	1901-1902	35	19	No
emanas por semanas	Error por omisión	1901-1902	35	19	No
Treppel por Freppel	Error por sustitución	1901-1902	35	19	No
para por poca	Error por sustitución	1901-1902	35	19	No
dejarlas por dejarlos	Error por sustitución	1901-1902	36	20	No
interrumpi6 por interrumpió	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	39	21	No
exclammó por exclamó	Error por adición	1901-1902 y 1903	39	21	No
broces por bronces	Error por omisión	1903	39	—	No
Nallar por Nadar	Error por sustitución	1901-1902	39	21	No
llevaba por llegaba	Error por sustitución	1901-1902	41	22	No

<i>munificiente por munificent</i>	Error por adición	1901-1902 y 1903	42	22	Sí
<i>cosa por con</i>	Error por sustitución	1901-1902	42	22	No
<i>dirá por dará</i>	Error por sustitución	1903	42	—	Sí
<i>pdieras por pudieras</i>	Error por omisión	1903	42	—	Sí
<i>Espléndio por Espléndido</i>	Error por omisión	1901-1902 y 1903	43	23	No
<i>darlo por serlo</i>	Error por sustitución	1901-1902	44	23	No
<i>esuchaban por escuchaban</i>	Error por omisión	1901-1902	44	23	No
<i>crítico pontifical por crítico, pontificas</i>	Error por sustitución	1901-1902	46	24	No
<i>ha por has</i>	Error por omisión	1901-1902	46	24	No
<i>romático por romántico</i>	Error por omisión	1901-1902	46	24	No
<i>apresuraros por apresuraron</i>	Error por sustitución	1901-1902	48	25	No
<i>ociales por sociales</i>	Error por omisión	1901-1902	49	25	No
<i>vámanos por vámonos</i>	Error por sustitución	1901-1902	49	25	No
<i>cohe por coche</i>	Error por omisión	1901-1902	49	25	No
<i>cotejar por cortejar</i>	Error por omisión	1901-1902	50	26	No
<i>Sataonás por Satanás</i>	Error por adición	1901-1902	51	26	No
<i>As por Así</i>	Error por omisión	1901-1902 y 1903	51	26	Sí
<i>satisfecho por satisfechos</i>	Error por omisión	1901-1902	52	27	No
<i>lado por landó</i>	Error por omisión	1901-1902	53	27	No
<i>Ploiosella por Pluviosilla</i>	Error por sustitución	1901-1902	57	29	No
<i>chiquitela por chicuela</i>	Error por sustitución	1901-1902	57	29	No
<i>viinieron por vinieron</i>	Error por adición	1901-1902	57	29	No
<i>sacrala por sacarla</i>	Error por transmutación	1901-1902	57	29	No
<i>vivr por vivir</i>	Error por omisión	1901-1902	58	29	No
<i>Sarville por Surville</i>	Error por sustitución	1901-1902	59	30	No
<i>Linilla por Lenilla</i>	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	60	31	Sí
<i>Egido por ejido</i>	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	60	31	Sí
<i>buenas y simpáticas primas por buenos y simpáticos primos</i>	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	61	32	No
<i>anonas por ananás</i>	Error por sustitución	1901-1902	62	33	No

<i>esmaragdinos por esmaradignos</i>	Error por transmutación	1901-1902 y 1903	62	33	No
<i>LXII por LXIII</i>	Error por omisión	1901-1902	63	34	No
<i>vino por vivo</i>	Error por transmutación	1901-1902	63	34	No
<i>frípolo por frívolo</i>	Error por transmutación	1901-1902	64	35	No
<i>cierto por cierta</i>	Error por sustitución	1903	65	—	No
<i>sounient por souvient</i>	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	66	37	Sí
<i>conruscante por coruscante</i>	Error por adición	1901-1902 y 1903	67	37	No
<i>coro-chuelista por covachuelista</i>	Error por transmutación	1901-1902	67	37	No
<i>mi por su</i>	Error por transmutación	1901-1902	67	37	No
<i>recuerdo por recurso</i>	Error por transmutación	1901-1902	68	38	No
<i>inmundana por inmund</i>	Error por adición	1903	69	—	Sí
<i>diferentes por diferente</i>	Error por adición	1901-1902	70	40	No
<i>consulta por consueta</i>	Error por sustitución	1901-1902	71	40	No
<i>Pluviosilia por Pluviosilla</i>	Error por sustitución	1901-1902	71	41	No
<i>militar por miliar</i>	Error por adición	1903	72	—	Sí
<i>opulentías por opulencias</i>	Error por sustitución	1901-1902	72	41	No
<i>Cnomió por Comió</i>	Error por adición	1901-1902	73	42	No
<i>cuantos por cuantas</i>	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	73	42	No
<i>caprices por capuces</i>	Error por sustitución	1901-1902	73	42	No
<i>Boncheur por Bonheur</i>	Error por adición	1903	74	—	No
<i>visión⁶ por visión</i>	Error por adición	1901-1902	74	42	No
<i>Filomela por Filomena</i>	Error por sustitución	1901-1902	74	43	No
<i>visita por vista</i>	Error por adición	1903	74	—	No
<i>hechos por hehechos</i>	Error por omisión	1901-1902	74	43	No
<i>ciefia por ciega</i>	Error por sustitución	1901-1902	75	43	No
<i>areglo por arreglo</i>	Error por omisión	1903	75	—	Sí
<i>vejijunta por cejjijunta</i>	Error por sustitución	1901-1902	75	44	No
<i>perdido por pedido</i>	Error por adición	1901-1902 y 1903	75	44	Sí

<i>Contemporizador</i> por <i>Contemporizador</i>	Error por adición	1901-1902	76	44	No
<i>ltas</i> por <i>altas</i>	Error por sustitución	1901-1902	77	45	No
<i>tórrida</i> por <i>túrrida</i>	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	77	45	Sí
<i>antelaba</i> por <i>anhelaba</i>	Error por sustitución	1901-1902	78	45	No
<i>carcterísticos</i> por <i>característicos</i>	Error por omisión	1901-1902	78	45	No
<i>familias</i> por <i>familia</i>	Error por adición	1901-1902	78	45	No
<i>esasa</i> por <i>esas</i>	Error por adición	1903	78	—	Sí
<i>conónigo</i> por <i>canónigo</i>	Error por sustitución	1901-1902	79	45	No
<i>tías</i> por <i>tíos</i>	Error por sustitución	1901-1902	79	45	No
<i>un</i> por <i>una</i>	Error por omisión	1901-1902	79	46	No
<i>Survilles</i> por <i>Surville</i>	Error por adición	1901-1902	79	46	No
<i>hicste</i> por <i>hiciste</i>	Error por omisión	1901-1902	80	47	No
<i>representastes</i> por <i>representaste</i>	Error por adición	1901-1902	80	47	No
<i>senteciosamente</i> por <i>sentenciosamente</i>	Error por omisión	1901-1902	80	47	No
<i>aniquilados</i> por <i>aniquiladas</i>	Error por sustitución	1903	81	—	No
<i>Thanís</i> por <i>Themis</i>	Error por sustitución	1901-1902	81	47	No
<i>no</i> por <i>ni</i>	Error por sustitución	1901-1902	81	47	No
<i>trataba</i> por <i>trabada</i>	Error por sustitución	1903	81	—	Sí
<i>Citlalpetl</i> por <i>Citlaltépetl</i>	Error por omisión	1903	82	—	Sí
<i>Antes</i> por <i>Ante</i>	Error por adición	1903	83	—	No
<i>sabre</i> por <i>sobre</i>	Error por sustitución	1903	83	—	No
<i>jaya</i> por <i>joya</i>	Error por sustitución	1903	86	—	Sí
<i>misererablemente</i> por <i>miserablemente</i>	Error por adición	1901-1902 y 1903	86	47	No
<i>iondo</i> por <i>fondo</i>	Error por sustitución	1903	86	—	Sí
<i>Juen</i> por <i>Juan</i>	Error por sustitución	1901-1902	86	47	No
<i>cazibajo</i> por <i>cabizbajo</i>	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	86	47	Sí
<i>mallado</i> por <i>maleado</i>	Error por sustitución	1901-1902	86	47	No
<i>hicste</i> por <i>hiciste</i>	Error por omisión	1901-1902	86	47	No
<i>onsotros</i> por <i>nosotros</i>	Error por transmutación	1901-1902	86	47	No

<i>eM por Me</i>	Error por transmutación	1901-1902	86	47	No
<i>rebajamietno por rebajamiento</i>	Error por transmutación	1901-1902 y 1903	86	47	No
<i>vivr por vivir</i>	Error por omisión	1901-1902	87	47	No
<i>descartado por descastado</i>	Error por sustitución	1901-1902	87	47	No
<i>cigarrilo por cigarrillo</i>	Error por omisión	1903	88	—	Sí
<i>cercarrillo por cercana</i>	Error por sustitución	1901-1902	88	47	No
<i>locomtoras por locomotoras</i>	Error por omisión	1901-1902 y 1903	88	47	No
<i>decidían por decidan</i>	Error por adición	1901-1902	89	47	No
<i>reicbiría por recibiría</i>	Error por transmutación	1901-1902	90	47	No
<i>encierto por en cierto</i>	Error por sustitución	1901-1902	90	47	No
<i>revólvers por revólveres</i>	Error por omisión	1901-1902	90	47	No
<i>importancia por impotencia</i>	Error por sustitución	1901-1902	90	47	No
<i>tomar por tomaron</i>	Error por omisión	1901-1902	90	47	No
<i>Ermita por escuela</i>	Error por sustitución	1901-1902 y 1903	90	47	Sí
<i>impresiosamente por imperiosamente</i>	Error por sustitución	1901-1902	91	47	No

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE RAFAEL DELGADO

La Calandria. Prólogo de Francisco Sosa. Orizaba: Tipografía Católica de Pablo Franch, 1891. [Disponible en línea en http://clasicos.librosmexico.mx/sites/default/files/pdf_libros/17920-2-95439.pdf] (última consulta: 23-09-2020)].

Angelina. 2.^a ed. México: Antigua Imprenta de Eduardo Murguía, 1895. [Disponible en línea en <https://ia802604.us.archive.org/31/items/angelina00delggoog/angelina00delggoog.pdf>] (última consulta: 23-09-2020)].

“Apuntes biográficos [de Silvestre Moreno]”, en Silvestre Moreno 1901: v-xxiii.

Obras de don Rafael Delgado, t. I, *Cuentos y notas*. Biografía del autor de Francisco Sosa. México: Imp. de V. Agüeros, Editor, 1902 (Biblioteca de Autores Mexicanos, 42). [Disponible en línea en http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080013802_C/1080013802_C.html] (última consulta: 23-09-2020)].

Obras de don Rafael Delgado, t. II, *Los parientes ricos*. México: Imp. de V. Agüeros, Editor, 1903a (Biblioteca de Autores Mexicanos, 47). [Disponible en línea en http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080013802_C/1080013803_T2/1080013803_T2.html] (última consulta: 23-09-2020)].

Obras de don Rafael Delgado. *Los parientes ricos*. México: Imp. de V. Agüeros, Editor, 1903b. [Disponible en línea en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/obras-de-don-rafael-delgado-los-parientes-ricos/>] (última consulta: 23-09-2020)].

Historia vulgar. *Novela escrita enteramente para “El País”*. México: Tipografía de la Compañía Editorial Católica, 1904a. [Disponible en línea en <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020028219/1020028219.html>] (última consulta: 23-09-2020)].

- Lecciones de literatura*, I, *Estilo y composición*. Jalapa-Enríquez: Imprenta del Gobierno del Estado, 1904b.
- Obras completas*, vol. I, *Poesías*. Prólogo general de Leonardo Pasquel. Prólogo del volumen de Francisco R. Vargas. Jalapa: Ediciones de la Universidad Veracruzana, 1953a (Biblioteca de Autores Veracruzanos).
- Obras completas*, vol. II, *Conversaciones literarias*. Prólogo de Francisco R. Vargas. Jalapa: Ediciones de la Universidad Veracruzana, 1953b (Biblioteca de Autores Veracruzanos).
- Obras completas*, vol. III, *Estudios literarios*. Prólogo de Francisco R. Vargas. Jalapa: Ediciones de la Universidad Veracruzana, 1953c (Biblioteca de Autores Veracruzanos).
- Obras completas*, vol. IV, *Discursos*. Prólogo de Francisco R. Vargas. Jalapa: Ediciones de la Universidad Veracruzana, 1953d (Biblioteca de Autores Veracruzanos).
- Obras completas*, vol. XI, *Lecciones de literatura*. Prólogo de Francisco R. Vargas. Jalapa: Ediciones de la Universidad Veracruzana, 1953e (Biblioteca de Autores Veracruzanos).
- Cuentos y notas*. 8.^a ed. Prólogo de Francisco Sosa. Edición y notas de Pedro Caffarel Peralta. México: Porrúa, 1995a (Colección de Escritores Mexicanos, 69).
- La Calandria*. Edición, introducción y notas de Manuel Sol. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1995b (Clásicos Mexicanos, 5).

OBRAS CITADAS

- Adame Goddard, Jorge. *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1981 (Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 15).
- . “Significado de la coronación de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en 1895”, en *Estudios sobre política y religión*. México: UNAM, 2008. 273-288. [Disponible en línea en

- <<http://ru.juridicas.unam.mx/xmlui/bitstream/handle/123456789/11433/significado-de-la-coronacion-de-la-imagen-de-nuestra-senora-de-guadalupe-en-1895.pdf?sequence=15&isAllowed=y>> (última consulta: 01-12-2020)].
- Agüeros, Agustín. “La labor literaria de *El Tiempo*”, en *El Tiempo*, año xxvi, núm. 8 303, número especial (1 de julio de 1908): 3.
- Agüeros, Victoriano. *Obras literarias*, t. I, *Artículos sueltos*. México: Imp. de V. Agüeros, Editor, 1897 (Biblioteca de Autores Mexicanos, 8).
- Aguirre Sorrondo, Antxon. “Los espárragos. Hierbas de Venus”, en *Zenbakia*, 530 (abril de 2010): s. p. [Disponible en línea en <<http://www.euskonews.eus/0530zbk/gaia53004es.html>> (última consulta: 14-10-2020)].
- Alemany y Bolufer, José. *Diccionario de la lengua española*. Barcelona: Ramón Sopena, 1917. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española, O-92. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, NTLLE, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].
- Altamirano, Ignacio Manuel. “Revistas literarias de México (1821-1867). Primera revista”, en *Obras completas*, vol. XII, *Escritos de literatura y arte*, t. I. Selección y notas de José Luis Martínez. México: SEP, 1988. 29-174.
- Arrom, Silvia Marina. “La Güera Rodríguez: la construcción de una leyenda”, en *Historia Mexicana*, 69, 2 (2019): 471-510. [Disponible en línea en <<https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/3972/3948>> (última consulta: 25-05-2023)].
- Arróniz, Joaquín. *Ensayo de una historia de Orizaba*. Orizaba: Imprenta de J. B. Aburto, 1867. [Disponible en línea en <<http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080018209/1080018209.html>> (última consulta: 27-10-2020)].
- Arteta Gamerding, Begoña. “Destino manifiesto en los viajeros norteamericanos (1830-1845)”, en *Theomai*, 3 (2001): s. p. [Disponible en línea en <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12400308>> (última consulta: 17-11-2021)].

- Augé, Claude (dir.). *Pequeño Larousse ilustrado. Nuevo diccionario enciclopédico*. 3.^a ed. Adaptación española de Miguel de Toro y Gisbert. París: Librería Larousse, 1916. [Disponible en línea en <<https://archive.org/download/PequeoLaroussellustrado/larousse.pdf>> (última consulta: 23-10-2020)].
- Baquero Goyanes, Mariano. *El cuento español en el siglo XIX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Patronato Menéndez Pelayo-Instituto Miguel de Cervantes, 1949. [Disponible en línea en <<http://www.cervantesvirtual.com/downloadPdf/el-cuento-espanol-en-el-siglo-xix/>> (última consulta: 26-02-2021)].
- Barbier, F., y M. Carré. *Fausto. Drama lírico en cinco actos. Traducida al italiano por el señor Aquiles de Laugieres y puesta en música por el maestro G. [sic] Gounod*. Madrid: Imprenta y Librería de la Sra. Viuda e Hijos de D. J. Cuesta, 1864.
- Barceló Quintal, Raquel Ofelia. “Los cocineros y pasteleros franceses en la Ciudad de México: la modernidad en la mesa durante el Porfiriato”, en *Cuadernos de Nutrición*, 35, 2 (marzo-abril de 2012): 47-56.
- Batticuore, Graciela. *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en Argentina*. Buenos Aires: Ampersand, 2017 (Scripta Manent).
- “Belle Époque. París y las largas noches del Moulin Rouge”, en *La Vanguardia*, 21 de octubre de 2017. [Disponible en línea en <<https://www.lavanguardia.com/historiayvida/historia-contemporanea/20171021/47314369191/10-cosas-vez-sabias-sobre-moulin-rouge.html>> (última consulta: 27-04-2021)].
- Bello, Andrés. *Obras completas*, t. I, *Poesías*. 2.^a ed., facsimilar de la de 1952. Prólogo de Fernando Paz Castillo. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1981. [Disponible en línea en <<http://www.cervantesvirtual.com/downloadPdf/poesias-28/>> (última consulta: 03-12-2020)].
- Bello, Kenya. “*The American Star*: el destino manifiesto y la difusión de una comunidad imaginaria”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 31 (enero-junio de 2006): 31-56. [Disponible en línea en

- <<http://www.scielo.org.mx/pdf/ehmcm/n31/0185-2620-ehmcm-31-00031.pdf>>
(última consulta: 17-11-2021)].
- Bhaskar, Michael, y Angus Phillips. “Capítulo1. Introducción”, en Michael Bhaskar y Angus Phillips (eds.), *Los fundamentos del libro y la edición. Manual para este siglo XXI*. Traducción de Íñigo García Ureta. Madrid: Trama Editorial, 2019. 14-47.
- Bickley, James G. *The Life and Works of Rafael Delgado*. Tesis de doctorado. Berkeley, CA: Universidad de California, 1935.
- Blasco, Eusebio. *Día completo. A propósito escrito expresamente para el beneficio de la eminente actriz doña Josefa Hijosa*. Madrid: Imprenta de José Rodríguez, 1880.
- Bleiberg, Germán, y Julián Marías (dirs.). *Diccionario de literatura española*. 3.^a ed., corregida y aumentada. Madrid: Revista de Occidente, 1964.
- Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco. “Bellas letras, academias y periódicos en México durante el siglo XIX”, en Raquel Mosqueda Rivera, Luz América Viveros Anaya y Ana Laura Zavala Díaz (eds.), *Literatura y prensa periódica. Siglos XIX y XX. Divergencias, rupturas y otras transgresiones*. México: Seminario de Edición Crítica de Textos, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2019 (Resurrectio, VI. Estudios, 7). 269-294.
- Botrel, Jean-François. “La novela por entregas: unidad de creación y de consumo”, en Jean-François Botrel y Serge Salaün (coords.), *Creación y público en la literatura española*. Madrid: Castalia, 1974 (Literatura y Sociedad). 111-155.
- . “La novela, género editorial (España, 1830-1930)”, en Paul Aubert (ed.), *La novela en España (siglos XIX-XX)*. Madrid: Casa de Velázquez, 2001. 35-51.
- . “De lecturas breves, fraccionadas y periódicas”, en *Cultura Escrita & Sociedad*, 7 (septiembre de 2007): 19-31. [Disponible en línea en <http://www.botrel-jean-francois.com/Lecturas_breves.html> (última consulta: 19-05-2022)].
- Bourdieu, Pierre. “Une révolution conservatrice dans l’édition”, en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 126-127 (marzo de 1999): 3-28. [Disponible en línea en <https://www.persee.fr/doc/arss_0335-5322_1999_num_126_1_3278> (última consulta: 21-10-2021)].

- Brushwood, John. "Lo que los mexicanos entienden por realismo y naturalismo", en *Una especial elegancia. Narrativa mexicana del porfiriato*. México: Dirección de Literatura, Coordinación de Difusión Cultural, UNAM, 1998 (Textos de Difusión Cultural, Serie El Estudio). 51-66.
- Burgo Tajadura, Jaime Ignacio del. "El carlismo y su agónico final", en *Príncipe de Viana*, LXXIV, 257 (2013): 281-299. [Disponible en línea en <<https://revistas.navarra.es/index.php/PV/article/view/641/776>> (última consulta: 25-03-2021)].
- Caffarel Peralta, Pedro. "Prólogo", en Rafael Delgado 1995a: xxvii-xxxix. [Aparece como 1995a].
- Camarillo Carbajal, María Teresa. *Efemérides del periodismo mexicano*. México: Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM-El Informador, 2006.
- Campos, Rubén M. "La literatura realista mexicana, IX. 'La Calandria', 'Angelina', de Rafael Delgado", en *El Nacional*, año XIX, t. XIX (6 de junio de 1897): 2.
- Carden, Poe. "Parnassianism, Symbolism, Decadentism—and Spanish American Modernism", en *Hispania*, 43, 4 (diciembre de 1960): 545-551.
- Carrasco, María José. "El pendón de San Fernando se exhibirá en la Catedral de Sevilla", en *El País*, 8 de junio de 1999: s. p. [Disponible en línea en <https://elpais.com/diario/1999/06/09/andalucia/928880544_850215.html>].
- Casa Editorial y Librería de los Señores Hernando y Compañía, impresores y libreros de la Real Academia Española. *Catálogo de las obras de literatura e historia*. Madrid: Librería de Hernando y Compañía, 1897.
- Castañares, Wenceslao, José Luis González Quirós y Melitón Cardona. *Diccionario de citas* [libro electrónico]. s. e.: 2013.
- Catelli, Nora. *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la literatura en la narrativa moderna*. Barcelona: Anagrama, 2001 (Argumentos).
- Ceballos, Ciro B. *En Turania. Retratos literarios (1902)*. Estudio preliminar, edición crítica, notas e índices de Luz América Viveros Anaya. México: Seminario de Edición Crítica de Textos, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2010 (Resurrectio, I. Edición Crítica, 1).

- Ceballos Viro, Álvaro. "Las colecciones editoriales y la construcción nacional", en *La colección. Auge y consolidación de un objeto editorial (Europa/Américas, siglos XVIII-XIX)*. Edición académica de Christine Rivalan Guégo y Miriam Nicoli. Prólogo de Jean-Yves Mollier. Traducción de Jaime Velásquez. Bogotá: Universidad de los Andes-Ediciones Uniandes-Universidad Nacional de Colombia, 2017 (La Biblioteca Editorial). 309-335.
- Cervantes Becerril, Freja. *El pájaro trasmutado en piedra: la Colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica*. Tesis de doctorado. México: UNAM, 2019. [Disponible en línea en <<http://132.248.9.195/ptd2019/junio/0789968/0789968.pdf>> (última consulta: 10-09-2021)].
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Novelas ejemplares* [edición digital]. Alicante: Biblioteca Virtual Cervantes, s. a. [Disponible en línea en <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/novelas-ejemplares--0/html/ff32b242-82b1-11df-acc7-002185ce6064_5.html#l_4_> (última consulta: 24-09-2020)].
- . *Don Quijote de la Mancha*. 9.^a reimp. Edición del IV Centenario, a cargo de Francisco Rico. Madrid: RAE-ASALE-Santillana, 2006.
- Chamberlin, Vernon A., e Ivan A. Schulman, *La "Revista Ilustrada de Nueva York". History, Anthology, and Index of Literary Selections*. Columbia: University of Missouri Press, 1976.
- Chartier, Roger. "Materialidad del texto, textualidad del libro", en *Orbis Tertius*, 11, 12 (2006): 1-9.
- . *El orden de los libros. Lectores, autores y bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Nueva edición actualizada. Prólogo de Ricardo García Cárcel. Barcelona: Gedisa, 2017a.
- . "Materialité du texte et attentes de lecture. Concordances ou discordances?", en *Lumen. Selected Proceedings from the Canadian Society for Eighteenth-Century Studies*, 36 (2017b): 1-20.

- Chaves, José Ricardo. “Bajo el signo de Orfeo: duelo, melancolía y castración del héroe decadente”, en *Poligrafías. Revista de Literatura Comparada*, 1 (1996): 163-185.
- . “La resistencia de la filología”, en Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé (coords.), 2001: 13-29.
- . “Fausto en tiempos de don Porfirio”, en *Literatura Mexicana*, 21, 2 (2010): 225-234. [Disponible en línea en <<http://www.scielo.org.mx/pdf/lm/v21n2/v21n2a14.pdf>> (última consulta: 20-10-2020)].
- Cherubini, Tommaso. “Las medallas de la custodia franciscana de Tierra Santa”, en *Omni. Revue Internationale de Numismatique*, 6 (abril de 2013): 161-166. [Disponible en línea en <<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4266742.pdf>> (última consulta: 13-10-2020)].
- Clark de Lara, Belem. “Advertencia editorial”, en José Tomás de Cuéllar, *Obras III, Narrativa III, Historia de Chucho el Ninfo. Con datos auténticos debidos a indiscreciones femeniles (de las que el autor se huelga)*. Edición crítica, estudio preliminar, notas e índices de Belem Clark de Lara. México: UNAM, 2011 (Nueva Biblioteca Mexicana, 171). IX-XXVII.
- Clark de Lara, Belem, Concepción Company Company, Laurette Godinas y Alejandro Higashi (eds.). *Crítica textual. Un enfoque multidisciplinario para la edición de textos*. México: El Colegio de México, 2009.
- Clark de Lara, Belem, y Fernando Curiel Defossé (coords.). *Filología mexicana*. México: UNAM, 2001.
- . “Filología literaria”, en Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé (coords.), 2001: 77-110. [Aparece como 2001a].
- Clark de Lara, Belem, y Luz América Viveros Anaya. “Voces en torno a la construcción de un campo literario mexicano”, en Guadalupe Curiel Defossé y Belem Clark de Lara (coords.), *Hacia la conformación del sistema literario mexicano del siglo XIX. Fuentes hemerográficas*. México: Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 2017. 93-136.

- Clark de Lara, Belem, y Ana Laura Zavala Díaz (introducción y rescate). *La construcción del modernismo (antología)*. México: UNAM, 2002.
- . “Acerca de la edición crítica de las obras de José Tomás de Cuéllar. Generación de infraestructura”, en Belem Clark de Lara *et al.* (eds.), 2009: 79-91.
- (coords.). *Historia de las literaturas en México. Siglo XIX, 3, La modernidad literaria: creación, publicaciones periódicas y lectores en el Porfiriato (1876-1911)*. México: UNAM, 2020.
- . “Introducción”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (coords.), 2020: 3-19. [Aparece como 2020a].
- Coloma, Luis. *Pilatillo*. Ilustrado por Paciano Ross. Bilbao: Administración del “Mensajero del Corazón de Jesús”, 1886. [Disponible en línea en <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000211080&page=1>> (última consulta: 25-05-2023)].
- Contreras, Felipe T. “A propósito de la novela mexicana *Los parientes ricos*”, en *Revista Positiva*, 47 (9 de septiembre de 1904): 532-538.
- Contreras Mauss, Miguel Ángel. “La estela del tren en Fortín e Ixtac”, en *Identidad Veracruz* [revista digital], 2 de febrero de 2019: s. p. [Disponible en línea en <<https://www.identidadveracruz.com/2019/02/02/la-estela-del-tren-en-fortin-e-ixtac/>> (última consulta: 25-05-2023)].
- Cruz Casado, Antonio. *Una recuperación: “Las semanas del jardín” de Miguel de Cervantes*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. [Disponible en línea en <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc319s7>> (última consulta: 24-09-2020)].
- Cuéllar, José Tomás de. *Obras II. Narrativa II. Ensalada de pollos. Novela de estos tiempos que corren tomada del carnet de Facundo (1869-1870, 1871, 1890)*. Edición crítica, prólogo y notas de Ana Laura Zavala Díaz. México: UNAM, 2007 (Nueva Biblioteca Mexicana, 166).
- Darnton, Robert. “¿Cuál es la historia de los libros?”, en *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado*. Traducción de Roger García Lenberg. Madrid: Trama Editorial, 2010. 177-204.
- Diccionario de términos clave de ELE* [español como lengua extranjera]. Madrid: Instituto Cervantes, s. a. [Disponible en línea en Centro Virtual Cervantes,

<https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/diccio_ele/default.htm>
(última consulta: 17-02-2023)].

Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México. 2 t. 3.^a ed., corregida y aumentada, con un apéndice. México: Porrúa, 1971.

Diccionario universal de historia y geografía. Obra dada a luz en España por una sociedad de literatos distinguidos, y refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México con noticias históricas, geográficas, estadísticas, y biográficas sobre las Américas en general, y especialmente sobre la República Mexicana. 7 t. y un apéndice de 3 t. México: Tipografía de Rafael-Librería de Andrade, 1853.

Diego, José Luis de. *Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición* [libro electrónico]. Buenos Aires: Ampersand, 2020 (Scripta Manent).

Diego, Rosa de. “Introducción”, en *Antología de la poesía romántica francesa*. Edición bilingüe de Rosa de Diego. Madrid: Cátedra, 2000a (Letras Universales). 7-152.

———. “Sobre el héroe decadente”, en *Thélème. Revista Complutense de Estudios Franceses*, 15 (2000b): 57-68.

Diócesis de Orizaba. “Historia” [documento en línea publicado en la página oficial de la institución], 21 de octubre de 2020 (fecha de última consulta). [Disponible en línea en <<https://www.diocesisdeorizaba.mx/diocesis/historia/>>].

Directorio telefónico de la Ciudad de México. Año de 1891. Edición facsimilar. México: Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 1979.

Domínguez, Ramón Joaquín. *Diccionario nacional o Gran diccionario clásico de la lengua española (1846-1847)*. 2 vols. 5.^a ed. Madrid-París: Establecimiento de Mellado, 1853a. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española, 3-A-14 y 3-A-15. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, NTLLE, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>>].

———. *Suplemento al Diccionario nacional o Gran diccionario clásico de la lengua española*. 5.^a ed. Madrid-París: Establecimiento de Mellado, 1853b. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española,

3-A-15. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, NTLLE, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].

———. *Nuevo suplemento al Diccionario nacional o Gran diccionario clásico de la lengua española*. Madrid: Imprenta y Librería Universal de los Sres. Crespo, Martín y Comp., Editores, 1869. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española, O-22. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, NTLLE, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].

Domínguez, Ricardo. “Rafael Delgado y la ‘Revista Ilustrada’ de N. York”, en *El Partido Liberal*, t. XVI, núm. 2 563 (28 de septiembre de 1893): 1-2.

El Tiempo. Edición Literaria. Editor propietario y director: Victoriano Agüeros. Colaboración: Ipandro Acaico, D. Joaquín García Icazbalceta, Presb. Lic. D. Tirso Rafael Córdoba, D. José María Roa Bárcena, D. José Sebastián Segura, Dr. D. Manuel Peredo, Lic. D. Francisco de P. Guzmán, *miembros correspondientes de la Real Academia Española*, y Lic. D. Agustín Rodríguez. t. I. México: Imprenta de la Biblioteca Religiosa, Histórica, Científica y Literaria, 1883.

Espronceda, José de. *El estudiante de Salamanca. El diablo mundo*. Edición, introducción y notas de Robert Marrast. Madrid: Castalia, 1989 (Clásicos Castalia).

Feria Vázquez, Miguel Ángel. “Parnasianismo y simbolismo en la encrucijada de la modernidad: hacia una revisión general de sus vínculos”, en *Thélème. Revista Complutense de Estudios Franceses*, 30, 2 (2015): 203-221.

Fernández, Medardo. “Lo que *El Tiempo* ha hecho en pro del periodismo”, en *El Tiempo*, año XXVI, núm. 8 303, número especial (1 de julio de 1908): 2.

Fernández Ledesma, Enrique. *Historia crítica de la tipografía en la Ciudad de México. Impresos del siglo XIX*. Edición facsimilar de la de 1934-1935. México: UNAM, 1991.

Figuroa Doménech, J. *Guía general descriptiva de la República Mexicana. Historia, geografía, estadística, etc., etc. Con triple directorio del comercio y la industria. Autoridades, oficinas públicas. Abogados, médicos, hacendados, correos,*

- telégrafos y ferrocarriles, etc., etc., etc.*, t. I, *El Distrito Federal*. Ramón S. Araluce, Editor. Barcelona: Imprenta de Henrich y Compañía, 1899.
- Flores Monroy, Mariana. “*Angelina*”: *una nueva lectura de Rafael Delgado*. Tesis de licenciatura. México: UNAM, 2006. [Disponible en línea en <<http://132.248.9.195/pd2006/0605050/Index.html>> (última consulta: 23-09-2020)].
- Galindo Peláez, Gerardo Antonio. *El Colegio Preparatorio de Orizaba, 1824-1910. Continuidad y cambio*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 2013. [Disponible en línea en <<http://libros.uv.mx/index.php/UV/catalog/view/BI266/98/355-1>> (última consulta: 23-10-2020)].
- Gallardo Negrete, Francisco. “El tranvía de la ciudad de México: una historia para personas que viajan en camión y en metro”, en *La brújula. El blog de la metrópoli*, 20 de febrero de 2018. [Disponible en línea en la página electrónica de Nexos: <https://labrujula.nexos.com.mx/?p=1716#_edn3> (última consulta: 18-11-2020)].
- Galván Gaytán, Columba Camelia. “De libros y lectura en una novela de *El pensador mexicano*”, en Isaías Lerner, Roberto Nival y Alejandro Alonso (coords.), *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. IV, *Literatura hispanoamericana*. Nueva York: Juan de la Cuesta-Asociación Internacional de Hispanistas-Fundación Duques de Soria-City University of New York, 2004. 213-220. [Disponible en línea en <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1220260>> (última consulta: 18-04-2023)].
- García Barragán, María Guadalupe. *El naturalismo literario en México. Reseña y notas bibliográficas*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 1993 (Cuaderno del Centro de Estudios Literarios).
- García Cubas, Antonio. *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual estado social, ilustradas con más de trescientos fotograbados. Parte primera. Los monasterios*. México: Imprenta de Arturo García Cubas, Hermanos Sucesores, 1904. [Disponible en línea en <<http://www.cervantesvirtual.com/downloadPdf/el-libro->

de-mis-recuerdos-narraciones-historicas-anecdoticas-y-de-costumbres-mexicanas-anteriores-al-actual-estado-social-primera-parte/> (última consulta: 29-09-2020)].

García Díaz, Bernardo. “La construcción de la fábrica y la invención del pueblo de Santa Rosa, Veracruz”, en *México-Francia: memoria de una sensibilidad común; siglos XIX-XX* [en línea]. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1993. t. II: 61-80. [Disponible en línea en <<http://books.openedition.org/cemca/834>> (última consulta: 02-12-2020)].

Garfield, Simon. *Es mi tipo. Un libro sobre fuentes tipográficas*. Traducción de Miguel Marqués. México: Santillana, 2011.

Gaspar y Roig. *Biblioteca ilustrada de Gaspar y Roig. Diccionario enciclopédico de la lengua española, con todas las voces, frases, refranes y locuciones usadas en España y las Américas Españolas [...]*. t. I. Madrid: Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, editores, 1853. [Reproducido del ejemplar de la biblioteca de la Real Academia Española, O-15. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].

Genette, Gérard. *Umbrales*. Traducción de Susana Lage. México: Siglo XXI Editores, 2001 (Lingüística y Teoría Literaria).

Geraldo Camacho, Diana Vanessa. *De técnicas y tradiciones: “Monja y casada, virgen y mártir” de Vicente Riva Palacio y la novela de folletín del siglo XIX*. Tesis de doctorado. México: El Colegio de México, 2013.

Godinas, Laurette. “Hacia una historia de la crítica textual en México”, en Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé (coords.), 2001: 141-177.

González Gamio, Ángeles. “La Candelaria en Tacubaya”, en *La Jornada*, 30 de enero de 2011. [Disponible en línea en <<https://www.jornada.com.mx/2011/01/30/opinion/034a1cap>> (última consulta: 05-05-2021)].

———. “La Colegiata”, en *La Jornada*, 7 de diciembre de 2014. [Disponible en línea en <<https://www.jornada.com.mx/2014/12/07/opinion/034a1cap>> (última consulta: 23-04-2021)].

- González Lezama, Raúl. “La Ley Lerdo: un gran paso para la secularización de la sociedad mexicana” [documento en línea publicado en el portal del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México], 10 de junio de 2019. [Disponible en <https://inehrm.gob.mx/es/inehrm/La_ley_Lerdo> (última consulta: 20-10-2020)].
- González Obregón, Luis. *Las calles de México. Leyendas y sucesos. Vida y costumbres de otro tiempo*. 2.^a reimp. de la 14.^a ed. Prólogos de Carlos G. Peña y Luis G. Urbina. México: Porrúa, 2018 (Sepan Cuantos..., 568).
- González-Stephan, Beatriz. “La in-validez del cuerpo de la letrada: la metáfora patológica”, en *Revista Iberoamericana*, 71, 210 (enero-marzo de 2005): 55-75.
- Gosálvez, Patricia. “Un refrán falso en la plaza Mayor. Don Rodrigo fue degollado, no ahorcado, tal como afirma el dicho popular”, en *El País*, 22 de junio de 2009. [Disponible en línea en <https://elpais.com/diario/2009/06/22/madrid/1245669865_850215.html> (última consulta: 03-11-2020)].
- Grazia, Margreta de, y Peter Stallybrass. “The Materiality of the Shakespearean Text”, en *Shakespeare Quarterly*, 44, 3 (otoño de 1993): 255-283.
- Grésillon, Almuth. “La critique génétique: origines et perspectives”, en Bénédicte Vauthier y Jimena Gamba Corradine (eds.), 2012: s. p.
- Gutiérrez Nájera, Manuel. *Poesía*. Edición facsimilar de la de 1896. Prólogo de Justo Sierra. Edición y presentación de Ángel Muñoz Fernández. México: Factoría, 2000.
- . *Plato del día (1893-1895)*. Edición crítica y estudio preliminar de Belem Clark de Lara. Índices de Belem Clark de Lara y Pamela Vicenteño Bravo. México: UNAM, 2018 (Nueva Biblioteca Mexicana, 180).
- Gutiérrez Sebastián, Raquel. “Hacia el modelo de novela regional: *El sabor de la tierruca* de José María de Pereda”. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. [Disponible en línea en <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmchq3t7>> (última consulta: 13-10-2020)].

- Hay, Louis. "Édition critique et génétique: du Moyen Age à nos jours. Quelques remarques", en Bénédicte Vauthier y Jimena Gamba Corradine (eds.), 2012: s. p.
- Header, Harry. *Breve historia de Italia*. Edición revisada y actualizada por Jonathan Morris. Traducción de Borja García Bercero. Madrid: Alianza Editorial, 2003 (El Libro de Bolsillo).
- Hibbs-Lissorgues, Solange. *Influencia de Louis Veuillot (1813-1883) y de la prensa ultramontana francesa en las publicaciones católicas españolas del siglo XIX*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010. [Disponible en línea en <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmccg077>> (última consulta: 26-03-2021)].
- Higashi, Alejandro. "La edición crítica como hipótesis de trabajo", en Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé (coords.), 2001: 533-549.
- . "Leer *Balún-Canán* sin abrir el libro: la bibliografía material en el análisis de la obra literaria", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LXI, 2 (2013a): 557-605.
- . *Perfiles para una ecdótica nacional. Crítica textual de obras mexicanas de los siglos XIX y XX*. México: Seminario de Edición Crítica de Textos, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM-UAM Iztapalapa, 2013b.
- . "Consecuencias cognitivas de la intervención editorial en la poesía mexicana contemporánea", en *Valenciana*, 18 (julio-diciembre de 2016): 35-66.
- Historia general de México. Versión 2000*. 5.^a reimp. México: El Colegio de México, 2004.
- Ibarra López, Armando Martín. "Apuntes para una historia de la telecomunicación en México", en *Comunicación y Sociedad*, 22-23 (septiembre de 1994-abril de 1995): 103-146. [Disponible en línea en <http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/comsoc/pdf/22-23_1995/103-146.pdf> (última consulta: 03-03-2021)].
- Ignotus. "Voto de admiración y amistad al señor don Rafael Delgado", en *El Tiempo*, año XVIII, núm. 5 308 (9 de junio de 1901): 1.

- Italia, Paola, y Giulia Raboni. “¿Qué es la Filología de autor?”, en *Creneida. Anuario de Literaturas Hispánicas*, 2 (2014): 7-56.
- Jiménez de Báez, Yvette (ed.). *Varia lingüística y literaria*, t. III, *Literatura: siglos XIX y XX*. México: El Colegio de México, 1997.
- Jiménez Marce, Rogelio. “El deterioro ambiental en la región de los Tuxtlas, Veracruz, a finales del siglo XIX”. Ponencia presentada en el XVIII Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe, A. C., celebrado del 25 al 27 de abril de 2012, Querétaro. [Disponible en línea en <https://www.institutomora.edu.mx/amec/XVIII_Congreso/ROGELIO%20JIMENEZ.pdf> (última consulta: 09-04-2021)].
- Kordic Riquelme, Raïssa. “La crítica textual hispanoamericana: algunas especificaciones metodológicas”, en *Onomázein*, 13 (primer semestre de 2006): 191-202. [Disponible en línea en <<https://www.redalyc.org/pdf/1345/134516555013.pdf>> (última consulta: 24-09-2020)].
- Kuntz Ficker, Sandra, y Elisa Speckman Guerra. “El Porfiriato”, en *Nueva historia general de México*. México: El Colegio de México, 2010. 499-548.
- Le Robert. Dico en ligne* [diccionario de la lengua francesa en línea], 24 de mayo de 2023 (fecha de última consulta). [Disponible en línea en <<https://dictionnaire.lerobert.com>>].
- Lenz, Hans. *Historia del papel en México y cosas relacionadas: 1525-1950*. 2.^a ed. México: Cámara Nacional de las Industrias de la Celulosa y del Papel-Miguel Ángel Porrúa, 2001.
- Leopardi, [Giacomo]. *Los cantos*. Traducción de Juan Bautista Bertrán. Barcelona: Ediciones 29, 2002 (Colección Ucieza).
- Lira, Andrés. “La consolidación nacional (1853-1887)”, en Gisela von Wobeser (coord.), 2010: 185-207.
- Littau, Karin. *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*. Traducción de Elena Marengo. Buenos Aires: Manantial, 2008.
- Lluch-Prats, Javier. “Un diálogo pendiente entre dos orillas. Aspectos de la crítica genética en ámbito hispánico”, en *Recto/Verso*, 2 (diciembre de 2007): 1-9.

- [Disponible en línea en <http://www.revuerectoverso.com/IMG/pdf/Javier_def.pdf> (última consulta: 23-09-2020)].
- . “Las variantes de autor en el proceso genético y editorial del texto contemporáneo”, en *Lapurdum. Revista de Estudios Vascos*, 13 (febrero de 2009): 233-244. [Disponible en línea en <<https://journals.openedition.org/lapurdum/2102>> (última consulta: 23-09-2020)].
- . “El obrador del escritor y la edición filológica del texto literario contemporáneo”, en Bénédicte Vauthier y Jimena Gamba Corradine (eds.), 2012: s. p.
- Lois, Élide. “La irrupción de la crítica genética y el Programa Internacional ‘Archivos’”, en Bénédicte Vauthier y Jimena Gamba Corradine (eds.), 2012: s. p.
- López Portillo y Rojas, José. *La novela. Breve ensayo presentado a la Academia Mexicana*. México: Tipografía Vizcaíno y Viamonte, 1906.
- Lorenzo Rumbao, Belem. “Mancerina”, en *Peza do Mes*. Galicia: Museo Arqueológico Provincial de Ourense, septiembre de 2007. [Disponible en línea en <<https://www.yumpu.com/pt/document/read/39640304/pdf-galego-museo-arqueoloxico-provincial-de-ourense>> (última consulta: 05-10-2020)].
- Los trovadores de México. Poesías líricas de autores contemporáneos*. 2.^a ed. Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1900. [Disponible en línea en <<https://ia800203.us.archive.org/3/items/lostrovadoresde00pezagoog/lostrovadoresde00pezagoog.pdf>> (última consulta: 29-04-2021)].
- Lozada León, Guadalupe. “Las estaciones de Buenavista. Los gloriosos días del ferrocarril en México” [edición digital], en *Relatos e Historias en México*, año VII, 83 (julio de 2015): s. p.
- Luna Argudín, María. “La reforma limanturiana (1905)”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 67-68 (verano-otoño de 1996): 173-201.
- Maíz, Claudio. “Las re(d)vistas latinoamericanas y las tramas culturales: redes de difusión en el romanticismo y el modernismo”, en *Cuadernos del CILHA*, 12, 14 (2011): 75-91. [Disponible en línea en

- <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=181721529004>> (última consulta: 16-01-2022)].
- Martínez, José Luis. “México en busca de su expresión”, en *Historia general de México. Versión 2000*, 2004: 707-755. [Aparece como 2004a]
- (ed.). *Semblanzas de académicos. Antiguas, recientes y nuevas*. México: FCE-Academia Mexicana de la Lengua, 2004b (Vida y Pensamiento de México).
- Martínez Luna, Esther. “Ideas para el XIX. Buen gusto”, en *Frontal Gaceta*, 15 de marzo de 2015: s. p. [Disponible en línea en <<https://gacetafrontal.wordpress.com/2015/03/15/ideas-para-el-xix-buen-gusto/>> (última consulta: 25-04-2023)].
- Martínez Martín, Jesús A. (dir.). *Historia de la edición en España (1836-1936)*. Madrid: Marcial Pons, 2001 (Historia).
- . “Capítulo 1. La edición artesanal y la construcción del mercado”, en Jesús A. Martínez Martín (dir.), 2001: 29-71. [Aparece como 2001a].
- . *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936* [libro electrónico]. Madrid: Marcial Pons, 2009 (Historia).
- Matijasevic, Eugenio. “No se mueve la hoja”, en *Acta Médica Colombiana*, 43, 1 (enero-marzo de 2018): 1-9.
- Matos Moctezuma, Eduardo. “¿A quién representan los llamados ‘Indios Verdes’?”, en *Arqueología Mexicana*, 129 (septiembre-octubre de 2014): 86-87.
- McKenzie, D. F. *Bibliografía y sociología de los textos*. Traducción de Fernando Bouza. Madrid: Akal, 2005.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Epistolario*. 22 vols. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1982-1991. [Disponible en línea en <http://www.cervantesvirtual.com/portales/marcelino_menendez_pelayo/epistolario_edicion/> (última consulta: 27-10-2021)].
- Mera Ovando, Luz María, y Robert Bye Boettler. “La dahlia, una belleza originaria de México”, en *Revista Digital Universitaria*, 7, 11 (10 de noviembre de 2006): 1-11. [Disponible en línea en <http://www.revista.unam.mx/vol.7/num11/art90/nov_art90.pdf> (última consulta: 10-12-2019)].

- Meyer, Jean. *Una revista curial antisemita en el siglo XIX: "Civiltà Cattolica"*. México: CIDE, 2011 (Documentos de Trabajo). [Disponible en línea en <<http://hdl.handle.net/11651/988>> (última consulta: 17-03-2021)].
- Meyer Cosío, Francisco Javier. *La minería en Guanajuato: denuncios, minas y empresas, 1892-1913*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán-Universidad de Guanajuato, 1998.
- Molière, *Œuvres de Molière, avec des remarques grammaticales; des advertissemens et des observations sur chaque pièce, par M. Bret*, t. IV. París: Compagnie des Libraires Associés, 1773. [Disponible en línea en <<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b8617185f/f1.item/f1n589.pdf?download=1>> (última consulta: 25-03-2021)].
- Moliner, María. *Diccionario de uso del español*. 2 t. 6.^a reimp. de la 2.^a ed. Madrid: Gredos, 2006.
- Moore, Ernest R., y James G. Bickley. "Bibliografía, Rafael Delgado, notas bibliográficas y críticas", en *Revista Iberoamericana*, 6, 11 (febrero de 1943): 155-202.
- Monroy, Atenedoro. "Valor estético de las obras de la escuela decadentista. Ensayo crítico premiado en los Juegos Florales de Puebla [1902]", en *Revista Positiva*, 3, 29 (23 de abril de 1903): 175-225.
- Montero Padilla, José. "El pelo de la dehesa: una relectura", en Miguel Ángel Muro Munilla (coord.), *Actas del Congreso Internacional "Bretón de los Herreros: 200 años de escenarios"*, Logroño, 14, 15 y 16 de octubre de 1996. España: Instituto de Estudios Riojanos, 1998. 87-100. [Disponible en línea en <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=564944>> (última consulta: 23-10-2020)].
- Mora, Pablo. "Elites en México y España: en torno a la literatura mexicana (antologías y edición), 1877-1880", en Evelia Trejo Estrada, Aurora Cano Andaluz y Manuel Suárez Cortina (eds.), *Elites en México y España. Estudios sobre política y cultura*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad de Cantabria, 2015 (Serie Historia General, 32). 341-364.

- Moreno, Silvestre. “Noticias históricas acerca de la fundación y vicisitudes del Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba”, en José María Naredo 1898: t. II, libro tercero, 333-387.
- . *Obras*, t. I, *Opúsculos varios*. México: Imp. de V. Agüeros, Editor, 1901 (Biblioteca de Autores Mexicanos, 32).
- . “La novela realista. Estudio leído en una de las sesiones de la Sociedad Sánchez Oropesa [abril de 1883]”, en Silvestre Moreno 1901: 135-155. [Aparece como 1901a].
- . “La novela en México. Con motivo de *La Calandria* de don Rafael Delgado”, en Silvestre Moreno 1901: 391-427. [Aparece como 1901b].
- . “Breve alocución pronunciada al inaugurarse la estatua erigida en Orizaba al señor cura don José Nicolás del Llano, el 4 de diciembre de 1898”, en Silvestre Moreno 1901: 577-584. [Aparece como 1901c].
- Naredo, José María. *Estudio geográfico, histórico y estadístico del cantón y de la ciudad de Orizaba*. 2 t. Orizaba: Imprenta del Hospicio, 1898. [t. I: libro primero, “Parte geográfica”, y libro segundo, “Parte histórica”; t. II: libro tercero, “Orizaba”. Disponibles en línea en <<http://132.248.9.195:8080/fondoantiguo2/1418990-656068/JPEG/Index.html>> y <<http://132.248.9.195:8080/fondoantiguo2/1418990-656069/JPEG/Index.html>>, respectivamente].
- Nathan, Elia. “Marsilio Ficino, o la humanización de lo divino. Parte II”, en *Dianoia. Anuario de Filosofía*, 30, 30 (1984): 267-281. [Disponible en línea en <<http://dianoia.filosoficas.unam.mx/index.php/dianoia/article/view/777/781>> (última consulta: 28-01-2021)].
- Navarro, Joaquina. *La novela realista mexicana*. México: Compañía General de Ediciones, 1955.
- Neri-Vela, Rolando. “Los primeros oftalmólogos mexicanos del siglo XIX”, en *Revista Mexicana de Oftalmología*, 90, suplemento 1 (2016): 22-29. [Disponible en línea en <<https://www.elsevier.es/es-revista-revista-mexicana-oftalmologia-321-pdf-X0187451916497979>> (última consulta: 16-10-2020)].

Nervo, Amado. "Revista literaria", en *Segundo Almanaque Mexicano de Artes y Letras*. Publicado por Manuel Caballero. México: Imp. y Lit. de la Oficina Imp. de Estampillas, 1896. 23-32.

———. "Fuegos fatuos. Nuestra literatura", en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (introducción y rescate), 2002: 163-165.

Nieto García, Raúl. "El convento grande de San Francisco de la Ciudad de México", en *Bitácora Arquitectura*, 3 (octubre de 2012): 12-19. [Disponible en línea en <<http://www.revistas.unam.mx/index.php/bitacora/article/view/33872>> (última consulta: 27-01-2021)].

Nuevo diccionario francés-español y español-francés, más completo que cuantos se han publicado hasta el día, redactado sobre el de Núñez de Taboada, y aumentado con más de 10 000 voces y 10 000 acepciones nuevas que no se hallan en el de dicho autor, t. I. Barcelona: Juan Oliveres, Impresor de S. M., 1854.

Nuevo diccionario español-francés y francés-español, más completo que cuantos se han publicado hasta el día, redactado sobre el de Núñez de Taboada, y aumentado con más de 10 000 voces y 10 000 acepciones nuevas que no se hallan en el de dicho autor, t. II. Barcelona: Juan Oliveres, Impresor de S. M., 1848.

Olavarría y Ferrari, Enrique de. *Reseña histórica del teatro en México*. 4 vols. 2.^a ed. México: Imprenta, Encuadernación y Papelería "La Europea", 1895. [Disponible en línea en <<http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000134070>> (última consulta: 26-04-2021)].

Olea Franco, Rafael. "La Calandria: de sentimientos y tradiciones literarias", en Yvette Jiménez de Báez (ed.), 1997: 225-248.

Page, Carlos A. "Los primeros retratos de Ignacio y los inicios de la iconografía ignaciana", en *IHS. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, 7, 2 (julio-diciembre de 2019): 63-75. [Disponible en línea en <<https://doi.org/10.31057/2314.3908.v7.n2.27671>>].

Palacio, Celia del. *Índice del Fondo Hemerográfico Veracruzano del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1999.

- . *Pasado y presente: 220 años de prensa veracruzana (1795-2015)*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 2015. [Disponible en línea en <<http://libros.uv.mx/index.php/UV/catalog/download/BI305/141/420-1?inline=1>> (última consulta: 29-04-2021)].
- Palenque, Marta. “El ‘Hada verde’ en la poesía modernista. Algunos ejemplos españoles”. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2015. [Disponible en línea en <<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-hada-verde-en-la-poesia-modernista-algunos-ejemplos-espanoles/html/>> (última consulta: 14-10-2020)].
- Palma, Ricardo. *Epistolario*. 2 vols. Lima: Cultura Antártica, 1949.
- Pani, Erika. “‘Para difundir las doctrinas ortodoxas y vindicarlas de los errores dominantes’: los periódicos católicos y conservadores en el siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. II, *Publicaciones periódicas y otros impresos*. México: UNAM, 2005. 119-144.
- Pardo Bazán, Emilia. *Obras completas*, t. I, *La cuestión palpitante*. 4.^a ed. Madrid: Imprenta de A. Pérez Dubroll, 1891. [Disponible en línea en <<http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020027905/1020027905.html>> (última consulta: 23-09-2020)].
- Pascual García, Francisco. “25 años de labor periodística”, en *El Tiempo*, año XXVI, núm. 8 303, número especial (1 de julio de 1908): 1-2.
- Payno, Manuel. “Tacubaya”, en *Diccionario universal de historia y geografía*, 1853: t. V, 1005-1008.
- Peón y Contreras, José. *El sacrificio de la vida. Drama en tres actos en prosa*. México: Imprenta de “El Eco de Ambos Mundos”, 1876. [Disponible en línea en <<http://www.cervantesvirtual.com/descargaPdf/el-sacrificio-de-la-vida--drama-en-tres-actos-en-prosa/>> (última consulta: 12-04-2021)].
- Perales Ojeda, Alicia. *Las asociaciones literarias mexicanas*, t. I y II. 2.^a ed. México: Instituto de Investigaciones Filológicas y Literarias, UNAM, 2000 (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).

- Pereda, José María de. *Obras completas*, t. IX, *Sotileza*. Madrid: Imprenta y Fundición de Tello, 1888.
- Piantadosi, Giulio Maria. “Pasquino: la red social del Renacimiento”, en *El Independiente*, 9 de marzo de 2019. [Disponible en línea en <<https://www.elindependiente.com/tendencias/historia/2019/03/09/pasquino-la-red-social-del-renacimiento/>> (última consulta: 26-03-2021)].
- Poblete, Juan. “La construcción social de la lectura y la novela nacional: el caso chileno”, en *Latin American Research Review*, 34, 2 (1999): 75-108. [Disponible en línea en <<https://www.jstor.org/stable/2503913>> (última consulta: 19-08-2022)].
- Prantl, Adolfo, y José L. Groso. *La Ciudad de México. Novísima guía universal de la capital de la República Mexicana. Directorio clasificado de vecinos y prontuario de la organización y funciones del gobierno federal y oficinas de su dependencia. Obra ilustrada con fotograbados de Ulderigo Tabarracci, tirados aparte, y acompañada de un plano topográfico de la ciudad*. México: Juan Buxó y Compañía, Editores, 1901. [Disponible en línea en <<https://archive.org/download/laciudademxico00grosgoog/laciudademxico00grosgoog.pdf>>].
- RAE. *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. 7.^a ed. Madrid: Imprenta Real, 1832. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, NTLE, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>>].
- . *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. 11.^a ed. Madrid: Imprenta de Don Manuel Rivadeneyra, 1869. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, NTLE, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>>].
- . *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. 12.^a ed. Madrid: Imprenta de D. Gregorio Hernando, 1884. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española. Disponible en *Nuevo*

- tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].
- . *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. 13.^a ed. Madrid: Imprenta de los Sres. Hernando y Compañía, 1899. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].
- . *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. 14.^a ed. Madrid: Imprenta de los Sucesores de Hernando, 1914. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].
- . *Diccionario de la lengua española*. 15.^a ed. Madrid: Calpe, 1925. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].
- . *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe, 1927. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].
- . *Diccionario de la lengua española*. 18.^a ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1956. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].
- . *Diccionario de la lengua española*. 1.^a reimp. de la 23.^a ed. Edición del Tricentenario. México: Planeta Mexicana, 2014. [Cito por la versión 23.3, en línea, disponible en <<https://dle.rae.es>>].
- RAE y ASALE. *Diccionario panhispánico de dudas*. Con la colaboración del Instituto Cervantes. Colombia: RAE-ASALE-Santillana, 2005. [Disponible en línea en <<https://www.rae.es/dpd>>].
- . *Ortografía de la lengua española*. México: Planeta, 2011.

- Ramière, Enrique. *Apostolado de la Oración*. Traducción del francés de Francisco de Paula Maruri. Bilbao: Imp. de A. Pérez Dubrull, 1884. [Disponible en línea en <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcxp935>> (última consulta: 11-11-2020)].
- Ramírez, Israel. “Genética y crítica textuales en la edición de obras contemporáneas”, en Belem Clark de Lara *et al.* (eds.), 2009: 209-231.
- Ramírez Olvera, Pedro. *Se nos vino la bonanza: minería y sociedad en Mineral de Pozos, Guanajuato, durante el Porfiriato (1877-1911)*. Tesis de licenciatura. Querétaro: Universidad Autónoma de Querétaro, 2019. [Disponible en línea en <<http://ri-ng.uaq.mx/handle/123456789/1617>> (última consulta: 21-05-2023)].
- Ramírez Vuelvas, Carlos. *La patria imaginada de la lengua española. La fundación del México literario en el Madrid finisecular (1878-1912)*. Tesis de doctorado. Madrid: Universidad Complutense, 2012. [Disponible en línea en <<https://eprints.ucm.es/id/eprint/16394/1/T33861.pdf>> (última consulta: 03-11-2021)].
- Reyes, Alfonso. “Don Victoriano Agüeros”, en *Obras completas*, t. I, *Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*. 3.^a reimp. México: FCE, 1996. 283-289. [Artículo fechado en “México, diciembre de 1911” y originalmente publicado en la *Revista de América*, París, 1912, pp. 277-284].
- Ribera Carbó, Eulalia. “Élites cosecheras y ciudad. El tabaco y Orizaba en el siglo XIX”, en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 6, 119, 51 (1 de agosto de 2002): 1-13. [Disponible en línea en <<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn119-51.htm>> (última consulta: 07-10-2020)].
- . “El inicio del alumbrado eléctrico en Orizaba, México, 1889-1899”, en Horacio Capel Sáez, Miriam H. Zaar y Magno Vasconcelos Pereira Junior (eds. lits.), *La electrificación y el territorio. Historia y futuro*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2017. 1-21. [Disponible en línea en <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6962233&orden=0&info=link>> (última consulta: 06-10-2020)].
- Ribera Carbó, Eulalia, y Fernando Aguayo. *Imágenes y ciudad. Orizaba a través de la lente, 1872-1910*. México: Instituto Mora-Universidad Veracruzana-Fundación

- Miguel Alemán-Patronato del Archivo Histórico de la Ciudad de Orizaba, 2014 (Historia Urbana y Regional).
- Ripalda, Gerónimo de. *Catecismo y exposición breve de la doctrina christiana. Con un tratado muy útil del orden con que el Christiano debe ocupar el tiempo, y emplear el día*. Puebla de los Ángeles: Oficina de don Pedro de la Rosa, 1802. [Disponible en línea en <<http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080021543/1080021543.html>> (última consulta: 21-10-2020)].
- Rivera Cambas, Manuel. *México pintoresco, artístico y monumental. Vistas, descripción, anécdotas y episodios de los lugares más notables de la capital y de los estados, aun de las poblaciones cortas, pero de importancia geográfica o histórica*. 3 vols. México: Imprenta de la Reforma, 1880.
- Rodríguez González, Yliana. “La novela realista mexicana y las preceptivas neoclásicas: una relación fantasma”, en Pierre Civil y François Cremoux (eds.), *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Nuevos caminos del hispanismo*. Madrid-Fránfort: Iberoamericana Vervuet, 2010. [Disponible en línea en <https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/16/aih_16_2_272.pdf> (última consulta: 1-02-2023)].
- . “¿Cómo se leyó *Santa*, de Federico Gamboa? Algunos apuntes sobre su recepción”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 40, 80 (segundo semestre de 2014): 395-410.
- . *El lugar común en la novela realista mexicana hacia el final del siglo XIX. Perfil y función*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2015.
- Rodríguez Navas y Carrasco, Manuel. *Diccionario general y técnico hispanoamericano*. Madrid: Cultura Hispanoamericana, 1918. [Reproducido a partir de csic, Biblioteca General (C/ Serrano), Colección Rodríguez Marín, 4445. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].
- Rojas Garcidueñas, José. “Francisco Sosa”, en José Luis Martínez (ed.), 2004b: 547-549.

- Rueda Laffond, José Carlos. "Capítulo 2. La fabricación del libro. La industrialización de las técnicas. Máquinas, papel y encuadernación", en Jesús A. Martínez Martín (dir.), 2001: 73-110. [Aparece como 2001a].
- . "Capítulo 6. El alcance de la modernización. La producción multiplicada y el aumento de las tiradas", en Jesús A. Martínez Martín (dir.), 2001: 207-239. [Aparece como 2001b].
- Ruiz, Elisa. "Crítica textual. Edición de textos", en José María Díez Borque (coord.), *Métodos de estudio de la obra literaria*. Madrid: Altea-Taurus-Alfaguara, 1989 (Persiles, 150). 67-120.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen, y Sergio Márquez Acevedo. *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*. México: Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 2000.
- Salado Álvarez, Victoriano. "Máscaras. Don Rafael Delgado", en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año VI, núm. 16 (segunda quincena de agosto de 1903): 241-243.
- . "Los modernistas mexicanos. Oro y negro", en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (introducción y rescate), 2002: 203-212.
- Salvá, Vicente. *Nuevo diccionario de la lengua castellana, que comprende la última edición íntegra, muy rectificada y mejorada del publicado por la Academia Española, y unas veinte y seis mil voces, acepciones, frases y locuciones, entre ellas muchas americanas [...]*. París: Vicente Salvá, 1846. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española, O-43. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].
- . *Suplemento*, en *Nuevo diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española, añadido con unas veinte y seis mil voces, acepciones, frases y locuciones, entre ellas muchas americanas [...]*. 8.^a ed. París: Librería de Garnier Hermanos, Sucesores de D. V. Salvá, 1879. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española, O-77. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].

- Sánchez García, Raquel. "Capítulo 7. Diversas formas para nuevos públicos", en Jesús A. Martínez Martín (dir.), 2001: 241-268.
- . "Morfología del texto y producción de sentido en la lectura", en *Ayer*, 58, 2 (2005): 57-86.
- Sánchez Hernández, Ricardo Alejandro. *Recinto para las artes y espectáculos Cinco Señores. Proyecto de intervención en la ex hacienda minera de Cinco Señores en Mineral de Pozos, Guanajuato, México*. Tesis de licenciatura. México: UNAM, 2016. [Disponible en línea en <https://ru.dgb.unam.mx/handle/DGB_UNAM/TES01000752921> (última consulta: 25-01-2021)].
- Sandoval, Adriana. *A cien años de "La Calandria"*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1999 (Biblioteca).
- . "Prólogo", en Rafael Delgado, *Los parientes ricos*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 2007 (Biblioteca del Universitario, 22). 13-28.
- Sanfilippo B., José. "Biografía del doctor Manuel Carmona y Valle", en *Gaceta de la Facultad de Medicina, UNAM*, 25 de mayo de 2001. [Disponible en línea en <http://www.facmed.unam.mx/_gaceta/gaceta/may252k1/carmona.htm> (última consulta: 05-10-2020)].
- Santamaría, Francisco J. *Diccionario de mejicanismos. Razonado; comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanoamericanos*. 7.^a ed. México: Porrúa, 2005.
- Sarlo, Beatriz. "Intelectuales y revistas: razones de una práctica", en *Cahiers du CRICCAL*, 9-10 (1992): 9-16. [Disponible en línea en <https://www.persee.fr/doc/ameri_0982-9237_1992_num_9_1_1047> (última consulta: 16-01-2022)].
- Schmitt, Marlène. "Modes de publication et genre littéraire: la novela por entregas du XIX^e siècle au Mexique", en *América. Cahiers du CRICCAL*, 23 (1999): 101-112.
- Serés, Guillermo. "La imaginación de Santa Teresa: virtudes y desatinos de 'la loca de la casa'", en *Edad de Oro*, 34 (2015): 11-34. [Disponible en línea en

- <<https://revistas.uam.es/edadoro/article/view/edadoro2015.34.001/3786>> (última consulta: 12-11-2020)].
- Sevilla Muñoz, Julia, y María I. Teresa Zurdo Ruiz-Ayúcar (dirs.). *Refranero multilingüe*. Madrid: Instituto Cervantes (Centro Virtual Cervantes), 2009. [Disponible en línea en <<http://cvc.cervantes.es/lengua/refranero/>> (última consulta: 09-04-2021)].
- Sol, Manuel. “Introducción”, en Rafael Delgado 1995b: 15-75. [Aparece como 1995b].
- . “El bovarismo en *La Calandria* de Rafael Delgado”, en Yvette Jiménez de Báez (ed.), 1997: 249-261.
- Solé Peñalosa, Guillermina. *Verdugados, guardainfantes, valonas y sacristanes. La indumentaria, joyería y arreglo personal en el siglo xvii novohispano*. Tesis de doctorado. México: UNAM, 2009. [Disponible en línea en <<http://132.248.9.195/ptd2009/octubre/0650786/Index.html>> (última consulta: 17-11-2021)].
- Sosa, Francisco. “Prólogo”, en Rafael Delgado 1891: v-viii.
- . *Las estatuas de la Reforma. Noticias biográficas de los personajes en ellas representados*. 2.^a ed. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1900. [Disponible en línea en <<http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080011240/1080011240.PDF>> (última consulta: 17-11-2020)].
- . “Prólogo”, en Rafael Delgado 1902: v-xxxv.
- Sosa M., José Octavio, y Mónica Escobedo F. *Dos siglos de ópera en México*. 2 vols. Presentación de Eduardo Lizalde. México: UNAM, 1988.
- Stohaugh, Margaret Helen. *La música en la novela mexicana de 1810 a 1910*. Tesis de doctorado. México: UNAM, 1952. [Disponible en línea en <<http://132.248.9.195/pmig2016/0123738/Index.html>> (última consulta: 09-04-2021)].
- Suleiman, Susan Rubin. “Le récit ‘exemplaire’”, en *Le Roman à thèse ou l'autorité fictive*. París: Garnier, 2018. 35-70.

- Teresa de Jesús, santa. *Escritos*, t. I. Madrid: M. Rivadeneyra, 1861 (Biblioteca de Autores Españoles desde la Formación del Lenguaje hasta Nuestros Días, 2). [Reproducción digital disponible en línea en <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcdn453> (última consulta: 23-10-2020)].
- . *Obras*, t. III, *Camino de perfección*. Edición y anotación de Silverio de Santa Teresa, C. D. Burgos: Tipografía de “El Monte Carmelo”, 1916.
- Thérenty, Marie-Ève. *La invención de la cultura mediática. Prensa, literatura y sociedad en Francia en el siglo XIX*. México: Instituto Mora, 2013 (Cuadernos de Secuencia).
- Torné, Emilio. “La mirada del tipógrafo. El libro entendido como una máquina de lectura”, en *Litterae. Cuadernos sobre Cultura Escrita*, 1 (2001): 145-177. [Disponible en línea en <https://e-archivo.uc3m.es/handle/10016/2265> (última consulta: 23-09-2020)].
- Toro y Gómez, Miguel de. *Nuevo diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana*. París-Madrid: Librería Armand Colin-Hernando y Cía., 1901. [Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española 37-VII-23. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, NTLLE, en <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtll>].
- Toussaint, Manuel. “El convento y la iglesia de San Bernardo”, en *Arquitectura y Decoración. Órgano de la Sociedad de Arquitectos Mexicanos*, 2, 7 (1938): 29-34. [Disponible en línea en http://fa.unam.mx/repentina/wordpress/wp-content/Newsletter/raices/RD12/decoracion_07.pdf (última consulta: 29-09-2020)].
- . *Arte colonial en México*. 2.^a ed. México: Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM-Imprenta Universitaria, 1962.
- Toussaint Alcaraz, Florence. *Escenario de la prensa en el Porfiriato*. Pachuca: Elementum, 2018.
- Unsel, Sigfried. *El autor y su editor. Trabajar con: Hesse, Brecht, Rilke, Walser* [libro electrónico]. Prólogo de Jorge Herralde. Traducción de Genoveva y Antón Dieterich. Barcelona: Taurus, 2018.

- Valdez García, Jorge E. “Orígenes de la Sociedad Mexicana de Oftalmología”, en *Revista Mexicana de Oftalmología*, 90, suplemento 1 (2016): 30-35. [Disponible en línea en <<https://www.elsevier.es/es-revista-revista-mexicana-oftalmologia-321-pdf-X0187451916497987>> (última consulta: 16-10-2020)].
- Valladolid, Alberto. “Ángela Peralta: ‘el Ruiseñor Mexicano’”, en *Intermezzo*, enero-febrero de 2009; reproducido en la página electrónica de Pro Ópera, A. C. [Disponible en línea en <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwifkOGblp7sAhUROs0KHZuiDV8QFjABegQIARAC&url=https%3A%2F%2Fproopera.org.mx%2Fwp-content%2Fuploads%2F2019%2F12%2F46-homenaje-mzo-%25E2%2588%259A_compressed.pdf&usg=AOvVaw0gdcyelhuetjYryifkLEw> (última consulta: 05-10-2020)].
- Vanderlepe, José. *Manual enciclopédico o Repertorio universal de noticias interesantes, curiosas e instructivas sobre diferentes materias. Útil a toda clase de personas*. 3.^a ed., considerablemente aumentada. Madrid: Boix Editor, 1842. [Disponible en línea en <https://books.google.com.mx/books/download/Manual_enciclopédico_ó_Reperitorio_univ.pdf?id=FrU-ovKRrRcC&output=pdf&sig=ACfU3U2zsQi2RRKG_tAT-3OhnPSr7T_u-w> (última consulta: 26-02-2021)].
- Vauthier, Bénédicte, y Jimena Gamba Corradine (eds.). *Crítica genética y edición de manuscritos hispánicos contemporáneos. Aportaciones a una “poética de transición entre estados”* [libro electrónico]. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2012 (Estudios Filológicos, 333).
- Vázquez, Josefina Zoraida. “Los primeros tropiezos”, en *Historia general de México. Versión 2000*, 2004: 525-582.
- . “El establecimiento del México independiente (1821-1848)”, en Gisela von Wobeser (coord.), 2010: 163-183.
- Velasco, Raquel. *Las representaciones del esplendor*. México: Conaculta-Instituto Veracruzano de la Cultura, 2012.

- Vera, Héctor. *A peso el kilo. Historia del sistema métrico decimal en México*. México: Libros del Escarabajo, 2007.
- Veillot, Louis. “Livre XII. De la noblesse”, en *Ça et là*. 4.^a ed. París: Gaume Frères et J. Duprey, Éditeurs, 1860. t. 2, 221-273. [Disponible en línea en <<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k9756147h>> (última consulta: 21-04-2021)].
- Vicenteño Bravo, Pamela. “Creaciones y experiencias materiales: la cultura impresa durante el Porfiriato”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (coords.), 2020: 21-39.
- Villaseñor y Villaseñor, Alejandro. *Obras*, t. III, *Biografías de los héroes y caudillos de la Independencia*, 1. México: Imp. de V. Agüeros, Editor, 1910 (Biblioteca de Autores Mexicanos, 73).
- Villoro, Luis. “Los dos discursos de Maquiavelo”, en *Dianoia. Anuario de Filosofía*, 37 (1991): 119-132. [Disponible en línea en <<http://dianoia.filosoficas.unam.mx/index.php/dianoia/article/download/606/611>> (última consulta: 28-01-2021)].
- Vitoux, Jean. “Le Baron Brisse : un journaliste gargantuesque”, en *Canal Académies*, <<https://www.canalacademies.com>>, 3 de febrero de 2013. [Disponible en <<https://www.canalacademies.com/emissions/les-chroniques/histoire-et-gastronomie/le-baron-brisse-un-journaliste-gargantuesque>> (última consulta: 22-05-2023)].
- Viveros Anaya, Luz América. “Cuentos Mexicanos (1897): hacia el triunfo del modernismo decadentista”, en *Bibliographica*, 6, 1 (primer semestre de 2023): 185-220.
- Wobeser, Gisela von (coord.). *Historia de México*. México: FCE-SEP-Academia Mexicana de la Historia, 2010.
- Zamora Casillas, Yolanda. *La máquina de composición: el linotipo llega a México (1898-1899)*. Idónea comunicación de resultados. México: Maestría en Diseño y Producción Editorial, UAM, 2013.
- Zanetti, Susana. *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 2002.

- Zavala Díaz, Ana Laura. “Yo nunca escribo una novela sin que me la pidan’: José Tomás de Cuéllar, escritor de novelas por entregas”, en Rafael Olea Franco (ed.), *Doscientos años de narrativa mexicana. Siglo XIX*. México: El Colegio de México, 2010 (Serie Literatura Mexicana, XI). 155-180.
- . *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente (1893-1903)*. México: Seminario de Edición Crítica de Textos, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2012 (Resurrectio, VI. Estudios, 1).
- . “¿Lectura o lectores en el siglo XIX mexicano? Respuesta”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (coords.), 2020: 404-413.
- . *Cuerpo, enfermedad y escritura. Narrativa mexicana del Porfiriato*. México: Seminario de Edición Crítica de Textos, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2021 (Resurrectio, VI. Estudios, 12).
- . “De silencios, apropiaciones y desplazamientos: el decadentismo mexicano en la prensa finisecular”, en *(an)ecdótica*, 7, 1 (enero-junio de 2023): 29-53.
- Zea, Leopoldo. *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. 7.^a reimp. México: FCE, 1993 (Sección de Obras de Filosofía).
- Zerolo, Elías. *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*. 2 vols. París: Garnier Hermanos, 1895. [Reproducido del ejemplar de la biblioteca de la Real Academia Española, O-58 - O-59. Disponible en *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española, NTLLE*, en <<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>>].
- Zola, Émile. *El naturalismo. Ensayos, manifiestos y artículos polémicos sobre la estética naturalista*. Traducción de Jaume Fuster. Selección, introducción y notas de Laureano Bonet. Barcelona: Península, 1989 (Nexos, 34).
- Zorrilla, José. *Obras*, t. 1, *Obras poéticas*. Con su biografía por Ildefonso de Ovejas. París: Baudry, Librería Europea, 1847 (Colección de los Mejores Autores Españoles, t. XXXIX). [Disponible en línea en <https://books.google.com.mx/books/download/Obras_poéticas_con_una_biografía%20C3%ADa_por_l.pdf?id=6ejiGwfod4QC&output=pdf&sig=ACfU3U0rjviWzRzIwfybTlksRDFguCTJQ> (última consulta: 12-11-2020)].